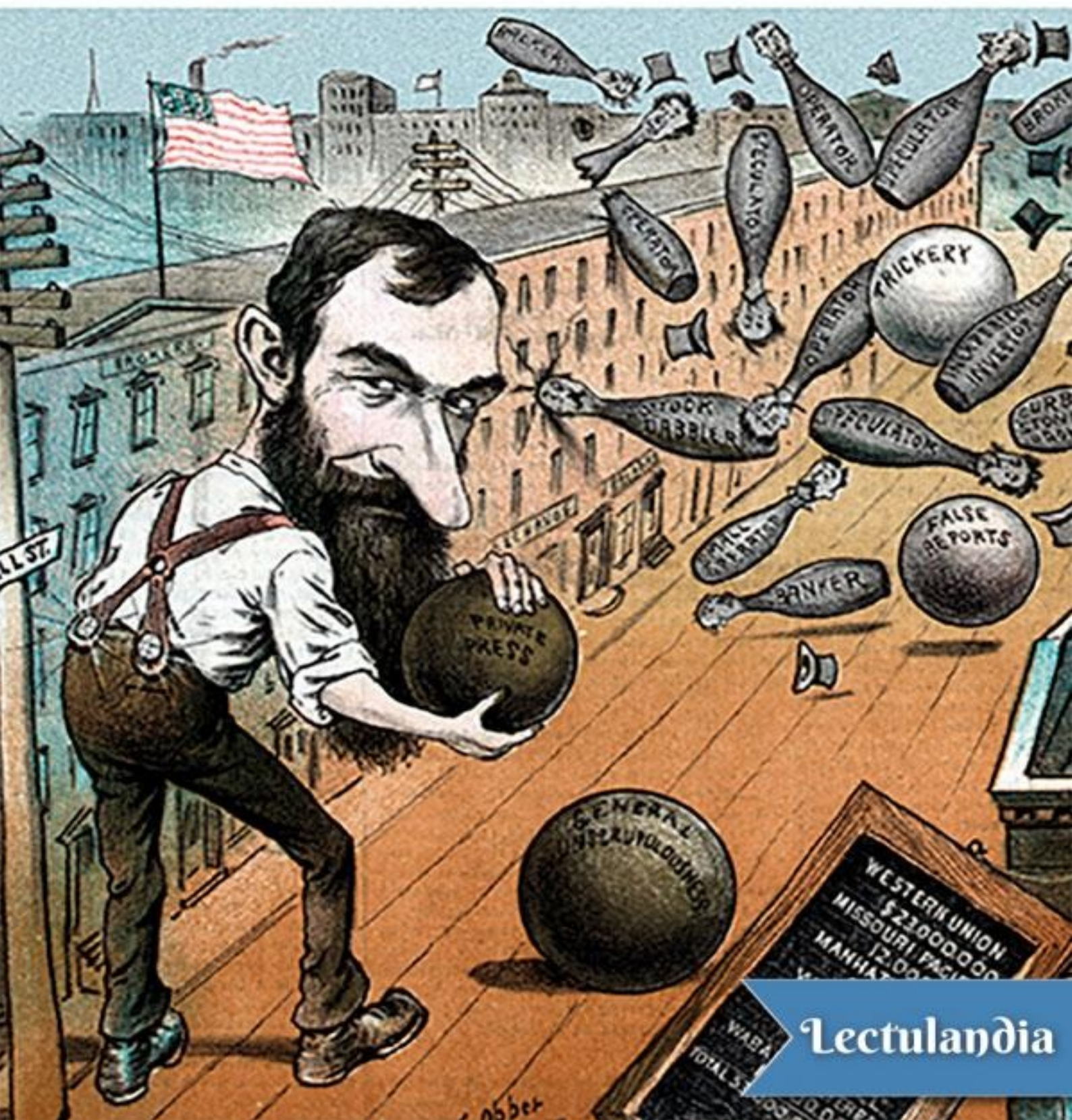


Theodore Dreiser

El financiero



El financiero relata la historia de Frank Cowperwood, un hombre nacido para el éxito en el mundo de los negocios de la floreciente sociedad americana de los años sesenta y setenta del siglo XIX. Su extremada ambición, el gusto por el lujo, las mujeres y el deseo de poder conducen al protagonista a una especulación despiadada, para lo que se apoya en banqueros, financieros y funcionarios, cuyo desfile a lo largo de la novela muestra un auténtico catálogo de los personajes que encarnaron la quimera del sueño americano. Un relato que, inspirado en el magnate estadounidense Charles Tyson Yerkes, promotor de la mayor parte de los sistemas de transporte público de Chicago y Londres, retrata con fidelidad el mundo de los negocios de entonces aunque también de ahora, pues en su crítica realista y cruda percibimos que, a pesar del tiempo pasado, muchas cosas apenas han cambiado. *El financiero* es la primera parte de la *Trilogía del deseo*, de la que forman parte *El titán* (1914) y *El estoico* (1947).

Lectulandia

Theodore Dreiser

El financiero

Trilogía del deseo - 1

ePub r1.0

Titivillus 02.08.18

Título original: *The Financier*
Theodore Dreiser, 1912
Traducción: María José Martín Pinto

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

THEODORE DREISER, UN HOMBRE ADELANTADO A SU TIEMPO

Theodore Dreiser nació en Terre Haute, en el estado de Indiana, el 27 de agosto de 1871, en el seno de una familia muy humilde. Fue el undécimo hijo de los trece que tuvo el matrimonio compuesto por Sarah Maria (Schänäb de soltera), procedente de una comunidad menonita de Dayton (Ohio), de orígenes alemanes, y John Paul Dreiser, un inmigrante alemán católico. La pobreza en la que vivía la familia empujó a Theodore a trabajar desde muy joven en los más variados oficios, si bien no abandonó su formación y, aunque nunca terminó la escuela secundaria, logró ingresar en la Universidad de Indiana, aunque sólo durante un curso (1889-1890). Su auténtica escuela definitivamente habría de ser la de la experiencia y la de la vida.

Efectivamente, su pericia con la escritura le permitió comenzar a trabajar como reportero para varios periódicos de Chicago: el *Chicago Daily Globe*, el *St Louis Globe Democrat* y el *St Louis Republic*. Posteriormente, abandonó Chicago y siguió ejerciendo como periodista en ciudades como Pittsburgh y Nueva York, entre otras. Su experiencia en el campo del periodismo sirvió a Theodore no sólo para entrenarse en la redacción literaria, sino también para conocer la realidad social que con tanto acierto plasmaría en sus obras, consagrándolo como el pionero del naturalismo americano. Ante él se abrió un mundo muy distinto del que su estrecha educación católica impuesta en el seno familiar le había mostrado. Igualmente, la lectura de autores como Charles Darwin, Herbert Spencer y Thomas Huxley, así como Thomas Hardy y Honoré de Balzac en el ámbito de la literatura, tuvieron un gran impacto en Dreiser.

Mientras desempeñaba su tarea como reportero del *St Louis Republic*, en 1893, conoció a Sara Osborne White, alias *Jug*, una maestra de Missouri, a la que acompañó junto con otras damas a la Exposición Universal de Chicago. En 1898 contraerían matrimonio, pero este no habría de durar mucho. Theodore y Sara no parecían compartir las mismas inquietudes y en 1909 se separaron, mas Sara nunca concedería el divorcio a su marido. Este mantendría a lo largo de su vida varias relaciones, si bien fue la que tuvo con su prima Helen Patges Richardson, la más estable. De hecho, Theodore y Helen contraerían matrimonio en 1944.

Fue en 1900, antes de su separación matrimonial, cuando Dreiser publicó su primera novela, *Sister Carrie (Nuestra hermana Carrie)*, la cual causó un gran revuelo debido al tratamiento que el autor hacía de la sexualidad de la mujer y de las relaciones extramatrimoniales. Dreiser conocía muy bien, por la experiencia vital de su propia hermana Emma, lo que suponía para la mujer enfrentarse a determinadas situaciones en las que quedaba expuesta a la crítica y el rechazo social. *Carrie*, la joven que da título a la novela, es una muchacha que huye del campo y de la pobreza

en busca de una vida mejor en la ciudad. Para los editores y la crítica americana resultaba intolerable que una mujer de «vida relajada» terminara triunfando y que la historia concluyera sin la moraleja adecuada. Sin embargo, la crítica sí fue favorable al otro lado del Atlántico y Europa reconoció la brillantez de la obra de Dreiser. América tardaría en admitir su error y retiró del mercado los ejemplares, lo que sumió al autor en una depresión que le llevó a abandonar la literatura durante unos años. Afortunadamente, pese a la censura, *Nuestra hermana Carrie* tendría finalmente el éxito que se merecía. En 1952 el director William Wyler la llevaría a la gran pantalla.

En 1911 Dreiser publicó su segunda novela, *Jennie Gerhardt*, que de nuevo tenía a una mujer que lucha por un futuro mejor como protagonista. Afortunadamente, en esta ocasión el apoyo recibido por Dreiser a su novela, pese a ser también censurada por cuestiones morales, propició que pudiera dedicarse en exclusiva a la literatura. Su producción desde entonces sería imparable. Tan sólo un año después, en 1912, saldría a la luz la primera obra de la «Trilogía del deseo» con *The Financier* (*El financiero*), a la que seguiría *The Titan* (*El titán*) en 1914. La tercera obra y última de esta trilogía se publicaría póstumamente, en 1947, con el título *The Stoic* (*El estoico*). En 1915 publicó el semiautobiográfico *The Genius* (*El genio*), que relata las vivencias de un pintor llamado Eugene Witla. La obra fue censurada por la Sociedad para la Supresión del Vicio de Nueva York, entre otros motivos por sus críticas a la burguesía americana.

Durante estos años también cultivó otros géneros como el teatro (*Plays of the Natural and Supernatural* [*Comedias de lo natural y sobrenatural*], 1916, y *The Hand of the Potter* [*La mano del alfarero*], 1919) y publicó once relatos cortos bajo el título *Free and Other Stories* (*Libre y otras historias*, 1918). Igualmente escribió obras de carácter autobiográfico como *A Traveler at Forty* (*Un viajero a los cuarenta*, 1913), *A Hoosier Holiday* (*Una fiesta en Indiana*, 1916) y *A Book About Myself* (*Un libro sobre mí mismo*, 1922), que sería reeditada con otro título años más tarde (*Newspaper Days* [*Días de periodista*]), en 1931, el mismo año que se publicara su también autobiográfica *Dawn*. También escribió un ensayo filosófico (*Hey Rub-a-dub-dub: A Book of Essays and Philosophy* [*Hey Rub-a-dub-dub: un libro de ensayos y filosofía*], 1920) y un libro sobre la ciudad de Nueva York (*The Color of a Great City* [*El color de una gran ciudad*], 1923).

No obstante, su gran éxito vendría con *An American Tragedy* (*Una tragedia americana*, 1925), la que sería reconocida como su gran obra cumbre. En *Una tragedia americana* Dreiser relata la historia de un chico de orígenes humildes que sueña con alcanzar una vida mejor. Para lograrlo, mata a su novia, que está embarazada, y se casa con una mujer de buena posición. Inspirada también en un personaje real (la historia de Chester Gillete), Dreiser vuelve a incidir en temas como la ambición, la superación, la búsqueda de la felicidad y a retratar la sociedad americana y sus convencionalismos de manera magistral. La obra, aclamada por la crítica y considerada en la actualidad como una de las más importantes en lengua

inglesa del siglo xx, fue llevada al teatro y al cine dos veces, primero en 1931, versión que sería criticada por el mismo autor, y en 1951, esta segunda vez con un título diferente al de la novela: *A Place in the Sun (Un lugar en el sol)* y con más éxito de crítica. Recibió dos premios Oscar: a la mejor dirección y al mejor guion.

Theodore Dreiser se convirtió en un autor de éxito y a partir de entonces se dedicó con más empeño que antes a denunciar en sus obras la desigualdad, la discriminación y la pobreza. Sus escritos respondían a su activismo en campañas como la huelga de mineros en Pineville y Harlan, o la denuncia del linchamiento de Frank Little, líder de la IWW (Industrial Workers of the World). Ideológicamente afín al socialismo, Dreiser escribió una visión favorable sobre la Unión Soviética, que había visitado en 1927, en *Dreiser Looks at Russia (Dreiser mira a Rusia, 1928)*, y denunció el capitalismo feroz, la censura y la falta de libertad en obras como *Tragic America (América trágica, 1932)* y *America Is Worth Saving (América merece salvarse, 1941)*. Asimismo, publicó varios relatos cortos en *Chains (Cadenas, 1927)* y los dos volúmenes de *A Gallery of Women (Galería de mujeres, 1929)*, retratos de quince mujeres de diversa condición social que él había conocido. Ya en 1919 había escrito un libro semejante, *Twelve Men (Doce hombres)*, dedicado como indica su título a doce hombres, entre ellos a su hermano Paul, que llegó a ser un reconocido músico. Igualmente, se atrevió con la poesía en *Moods [Talantes]* y *Cadenced and Declaimed [Rimado y recitado]*, ambos publicados en 1935. En 1929 escribió otro retrato de la ciudad de Nueva York: *My City (Mi ciudad)*.

En 1930 Dreiser fue nominado para el Premio Nobel de Literatura, pero este fue concedido al también escritor americano Sinclair Lewis. Sus últimas novelas, *The Bulwark (El baluarte, 1946)* y *The Stoic (El estoico, 1947)*, fueron publicadas póstumamente, pues murió el 28 de diciembre de 1945 en Hollywood (California) a la edad de setenta y cuatro años.

EL INICIO DE LA TRILOGÍA DEL DESEO: *EL FINANCIERO*

Una historia sobre el mundo de los negocios

En 1912 Dreiser publicó el primer libro de lo que constituiría su conocida como «Trilogía del deseo»: *El financiero*. Con esta obra iniciaba el relato de un hombre hecho a sí mismo, Frank Algernon Cowperwood, quien desde su infancia se había mostrado como un chico despierto y hábil para los negocios: su primer gran éxito empresarial había consistido en la compraventa de jabón de Castilla, siendo tan sólo un muchacho de trece años... Este no fue más que el inicio de una serie de beneficiosas inversiones que convertirían al señor Cowperwood en un reconocido hombre de negocios de la ciudad de Filadelfia.

El protagonista está inspirado en el magnate estadounidense Charles Tyson Yerkes, responsable del desarrollo del transporte de Chicago y Londres. Como el

personaje de la vida real, Cowperwood centra sus negocios en la construcción de las líneas de tranvía que atravesarían la ciudad americana a finales del siglo XIX, y sus ganancias no dejan de crecer exponencialmente gracias a ello, así como paralelamente lo hacen su riqueza, su influencia social y sus amistades. La clave de su éxito es confiar en uno mismo, porque su principio vital es que uno depende de sí para prosperar y triunfar, pues la vida, en términos darwinistas, es una lucha entre los individuos por la supervivencia.

Efectivamente, Cowperwood consigue ser un hombre afortunado en todos los sentidos, incluido en el amor. Logra casarse con una hermosa mujer, mayor que él y viuda de un pequeño empresario, Lillian Semple Cowperwood, con la que forma una familia modélica y que le dará dos preciosos hijos. Vive en una bonita casa que enriquece con obras de arte y las últimas tendencias en mobiliario y decoración. Tiene amistades y conocidos con influencias por doquier... Pero el mundo de los negocios no entiende de fama, fortuna y amistad cuando las cosas se tuercen. La economía americana está en manos de banqueros y hombres de negocios sin escrúpulos que no dudan en especular en su beneficio a costa de hundir a los más pobres, incluso si es la nación entera. Son esos hombres que se aprovechan de la guerra civil que enfrenta a los estados del Norte y del Sur para medrar en sus negocios o que conducen al país a pánicos financieros como los vividos en 1893 y 1907 y sus consiguientes depresiones. Aquellos que manipulan las altas esferas políticas para conseguir sacar adelante sus planes empresariales; unas altas esferas que a su vez se benefician de los hombres de negocios con sus inyecciones de dinero. La novela se convierte así en un retrato fiel, semiperiódístico, del mundo empresarial y de los negocios de finales del siglo XIX y principios del XX, que se une a los que sobre este tema se escribieron en esta época e incluso con anterioridad. El peso político, económico y social de los hombres de negocios era tan fuerte que la sociedad americana comenzaba a denunciar y movilizarse por el cambio de los parámetros que movían la economía, también en Europa. Y los periodistas, como Dreiser, tuvieron mucho que ver en ello. En *El financiero* realidad y ficción se mezclan constantemente y los personajes verídicos desfilan entre los imaginarios de manera que el lector puede sumergirse en una historia que bien podría haber sucedido fielmente.

Cowperwood logra convertirse en uno de esos hombres sin escrúpulos, pero Dreiser logra que el lector entienda al personaje e incluso le respete y le compadezca en los momentos en que cae en desgracia... o en todo caso, logra que no se le desprecie como se llega a despreciar al resto. Porque Frank Cowperwood termina siendo también víctima del mundo financiero y porque encarna igualmente el rechazo a los convencionalismos morales de la burguesía americana. Efectivamente, en el caso de Cowperwood, al desastre financiero se une su relación extramatrimonial con Aileen Butler, la hija de Edward Malia Butler, un contratista de Filadelfia del cual Frank es durante un tiempo asesor. Cuando Butler descubre, a través de una carta

anónima, que su hija es la amante de Frank, urde un plan para arruinar a este y enviarle a la cárcel, aprovechando el caos financiero que causa el gran incendio de Chicago de 1871. Y no le faltan amigos en las altas esferas políticas para conseguirlo.

En ocasiones podríamos pensar que la benevolencia de Dreiser hacia el protagonista podría interpretarse como una alabanza del capitalismo que tanto combatió en su vida real en defensa del socialismo, pero Cowperwood es quien permite perfilar a la perfección al tipo de hombre que la obra pretende denunciar. Es el claro prototipo del tipo que amenaza económica y socialmente al país y contra cuyas prácticas se debe establecer una legislación urgentemente. Y a la vez, Cowperwood (un hombre inteligente, con encanto y con una moralidad más progresista) desafía a los hombres de negocios de la época, a su moral hipócrita y a la exhibición obscena de sus excesos renaciendo de sus cenizas y recuperando, tras el pánico de 1873, de nuevo su riqueza.

Esa crítica a la falta de moral y de escrúpulos del mundo de las finanzas hace de *El financiero* una obra intemporal, cuya historia y personajes no resultarán ajenos al lector de hoy. Cuando el lector actual lea la novela, se percatará de que las causas de la crisis económica iniciada en 2008, que todavía lastra a tantos países de todo el mundo, no se alejan mucho de las que motivaron los colapsos financieros de finales del siglo XIX y primera mitad del XX. Y la sensación que le dejará es que a los personajes que movían los hilos de la economía de aquella época no los ha barrido el tiempo y siguen decidiendo, cual moiras, el destino del hombre.

El efecto «Cowperwood»

Como mencionamos líneas antes, para el personaje protagonista, Dreiser se inspiró en el magnate filadelfio Charles Tyson Yerkes (1837-1905), quien alcanzó su gran fortuna gracias a sus ilícitas inversiones y especulaciones en el negocio del tranvía de la ciudad de Chicago. Sin embargo, la personalidad de Yerkes —que integraría el grupo de los conocidos como «barones ladrones» junto con financieros como J. P. Morgan, Andrew Carnegie, Jay Gould o John D. Rockefeller entre otros— parece estar lejos de la de Frank A. Cowperwood. Efectivamente, Dreiser no permite, al menos por el momento, que su personaje traspase los límites que puedan provocar en el lector una animadversión a su persona y/o actos. Cowperwood se presenta como un hombre perfecto hasta cuando se equivoca, y el efecto positivo que causa su personalidad sobre todos aquellos que le rodean es evidente en todo momento; incluso los que más tarde se convertirán en sus enemigos no pueden dejar de reconocer su encanto y carisma. De ahí que todos los personajes que desfilan por la novela se contraponen a Cowperwood, o se amoldan a él, irremediablemente, para brillar o para oscurecerse en una historia donde el hilo conductor no es otro que el ascenso y la lucha por mantenerse en lo más alto de un hombre singular.

Que Frank Cowperwood es especial es evidente desde su infancia, cualidad que no es heredada sino que surge como un brillante en bruto en una familia media

acomodada muy convencional. Henry Worthington Cowperwood, el padre del financiero, es el ejemplo perfecto de hombre íntegro: pulcro, comedido, trabajador y cumplidor, pero falto, sin embargo, de la seguridad de su hijo: «Carecía en gran medida de las dos cosas necesarias para distinguirse en cualquier campo: magnetismo y visión». Es por ello que el éxito en la vida de Henry Cowperwood sólo es posible si su hijo se lo puede procurar; igual que el fracaso viene determinado por el de Cowperwood hijo. Y lo mismo le ocurre a la esposa del protagonista, Lillian Semple, quien es excepcional hasta que deja de serlo a ojos de su marido.

Hermosa, paciente y serena, Lillian alimenta durante un tiempo el ego de Cowperwood y su apetito sexual pese a que «no era brillante ni activa»; simplemente, «merecía la pena, porque mirarla era muy agradable y creaba una estampa dondequiera que se parara de pie o sentada». Como una figurita de porcelana... Una descripción reveladora del egocentrismo de Cowperwood, quien se dará cuenta con el tiempo de que no quiere a Lillian porque no está hecha para él, puesto que la mujer a «su medida» todavía está por llegar; «el destino se la entregaría con total seguridad».

Aileen, sin embargo, vuelve a despertar la pasión de Cowperwood. Rebosante de vitalidad, ella es una mujer provocativa, incluso viril, pero, sobre todo, un apoyo incondicional para «su Frank»; una mujer perfecta para Cowperwood, pues ella no siente «el más mínimo temor espiritual». Aileen es, en ese sentido, una mujer valiente y adelantada a su tiempo, y Frank, que rechaza el puritanismo de la sociedad americana de corazón, no por conveniencia, se ve favorecido por esa actitud abierta y complaciente de la que ha sido capaz de volver a despertar su pasión.

Pero Cowperwood no engaña nunca al lector, su lema es que sólo cree en él mismo y nada más que en él; es pura confianza en sus capacidades. Le es posible mantener su mente fría ante la adversidad porque sabe que siempre hallará una solución, y eso es lo que le diferencia de la mayor parte de los hombres de negocios, principalmente de Stener, el más oscuro y despreciable de todos los que asoman por la novela por su ignorancia y su cobardía, «uno de esos hombres, de los que hay tantos miles en cualquier comunidad grande, sin amplitud de visión, sin perspicacia, sin destreza y sin habilidad en nada». Su debilidad, que le convierte en un hombre manejable, es la clave de la prosperidad pero también del fracaso de Cowperwood; no obstante, la gran diferencia es que este logra renacer de sus cenizas, cosa que Stener jamás podrá hacer sin ayuda de otros. Esos otros que también han contribuido al enriquecimiento del protagonista y a su desgracia. Edward Malia Butler, un hombre hecho a sí mismo, es la fuerza, la persuasión y la inteligencia para los negocios, mas limitado por un sentimiento: el del amor a su hija. Prueba de que los sentimientos y las pasiones no llevan a feliz término ningún negocio. Y junto a él, Mollenhauer y Simpson, que manejan sin escrúpulos la política de la ciudad, pero sobre todo el tesoro de esta, para su beneficio. Fríos y calculadores, estos magnates no conocen amigos cuando hay un negocio entre manos. Son los «barones ladrones» de la novela que emulan a los que en los Estados Unidos del siglo XIX saqueaban las arcas

públicas.

No querríamos que lo hasta aquí dicho de Cowperwood pudiese haber despertado el recelo del lector hacia el personaje. Es curioso que Cowperwood, pese a compartir muchos puntos de vista con esos magnates sin escrúpulos, siga siendo a lo largo de la historia un hombre de principios que podrá hacer creer al lector, pese a contar con todos los datos, en su candidez e inocencia. Cowperwood es un hombre seguro de sí mismo porque puede serlo, porque se ha demostrado día a día que es capaz de conseguir lo que se propone. Y aunque es egoísta, frío y calculador, también ama apasionadamente y es capaz de renunciar a muchas cosas por aquello que cree. Y también defiende la libertad y reprueba la hipocresía y el puritanismo de la clase alta norteamericana... Al final, Cowperwood también embaucará al lector con su efecto, porque a todos nos gusta compartir nuestro tiempo con quien queremos, disfrutar del dinero y de la buena vida.

CRONOLOGÍA

- 1871** Nace Theodore Herman Albert Dreiser en Terre Haute, Indiana, el duodécimo hijo de un inmigrante germano, John Dreiser.
- 1889** Tras su graduación en un colegio de Warsaw, Indiana, asiste a la Universidad de Indiana durante un año.
- 1892** Comienza a trabajar como reportero del *Chicago Daily Globe* y como enviado especial en Saint Louis para el *St. Louis Globe Democrat*.
- 1893** Trabaja durante un año para el *St. Louis Republic*.
- 1898** Se casa con Sara Osborne.
- 1900** Publica su primera novela *Nuestra hermana Carrie* [*Sister Carrie*].
- 1901** En respuesta a un linchamiento del que fue testigo, publica en *Ainslee's Magazine* el relato «Niger Jeff».
- 1906** Trabaja durante un año como redactor jefe de la revista femenina *Broadway Magazine*.
- 1907** Trabaja durante un año como editor de la revista *Butterick Publications*.
- 1909** Se separa de su esposa Sarah debido a su relación con Thelma Cudlipp, hija de un compañero de trabajo.
- 1911** Publica su segunda novela, *Jenny Gerhardt*.
- 1912** Publica la primera novela de su *Trilogía del deseo: El financiero* [*The Financial*].
- 1913** Publica su ensayo *A Traveler Forty*. Inicia una relación con la pintora y actriz Kyra Markham.
- 1914** Publica la segunda novela de su *Trilogía del deseo: The Titan* [*El titán*].
- 1915** Publica *El genio*.
- 1916** Publica su primera obra teatral, *Plays of the Natural and Supernatural*, y su ensayo *A Hoosier Holiday*.
- 1918** Publica *The Hand of the Potter* [*La mano del alfarero*], y otros relatos cortos con el título de *Free and Other Stories*.
- 1919** Publica su ensayo *Twelve Men*. Inicia una relación con su prima Helen Patges Richardson.
- 1920** Publica el ensayo *Hey Rub-a-Dub-Dub: A Book of the Mystery and Wonder and Terror of Life*.
- 1922** Publica el ensayo *A Book About Myself*; reeditado posteriormente en *Newspaper Days*.
- 1923** Publica el ensayo *The Color of a Great City*.
- 1925** Publica la novela considerada como su gran obra maestra: *Una tragedia americana*.
- 1926** Publica el ensayo *MOODS Cadenced and Declaimed*, con una tirada única y numerada de 550 ejemplares autografiados.
- 1927** Publica una colección de relatos cortos con el título de *Chains: Lesser Novels and Stories*.

- 1928** Publica su ensayo *Dreiser Looks at Russia*, resultado de su viaje a la Unión Soviética.
- 1929** Publica una colección de relatos cortos con el título de *Una galería de mujeres* y el ensayo *My City*. Su poema «The Aspirant» es publicado en *The Poetry Quartos*, una colección de poemas reunidos por Paul Johnston.
- 1930** Dreiser es nominado al Premio Nobel de Literatura.
- 1931** Se estrena en el cine *Una tragedia americana*. Asume la dirección del Comité Nacional para la Defensa de los Presos Políticos (NCDPP). Publica *Tragic America*, una crítica al capitalismo americano, y *Dawn*.
- 1941** Publica *America Is Worth Saving*, en la misma línea de crítica al capitalismo.
- 1944** Se casa con Helen Patges Richardson.
- 1945** Se une al Partido Comunista en el mes de agosto. Muere en Hollywood, Los Ángeles, el 28 de diciembre.
- 1946** Se publica *póstumamente* *The Bulwark*.
- 1947** Se publica postumamente la tercera y última novela de su *Trilogía del deseo*: *The Stoic [El estoico]*.

CAPÍTULO I

La Filadelfia en la que nació Frank Algernon Cowperwood era una ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes o más. Disfrutaba de hermosos parques, edificios notables y estaba llena de recuerdos históricos. Muchas de las cosas que nosotros y él conocimos más tarde no existían entonces —el telégrafo, el teléfono, el tren expreso, el barco de vapor transoceánico y el reparto del correo en la ciudad—. No existían los sellos de correos ni las cartas certificadas. El tranvía eléctrico no había llegado; en su lugar, había multitud de tranvías tirados por caballos, y para los viajes más largos, se contaba con el ferrocarril, que lentamente se iba desarrollando y aún estaba conectado en gran medida mediante canales.

El padre de Cowperwood trabajaba como empleado en un banco cuando Frank nació, pero diez años después, cuando el chico empezaba a fijarse en el mundo con mirada vigorosa y sensata, el señor Henry Worthington Cowperwood se convirtió en el heredero del puesto de cajero que había quedado libre como consecuencia de la muerte del presidente del banco y del ascenso consiguiente de los otros directivos, con el salario, munificente para él, de tres mil quinientos dólares al año. Enseguida decidió, tal como comunicó gozosamente a su esposa, llevarse a su familia del número 21 de Buttonwood Street al 124 de New Market Street, a un barrio mucho mejor, donde había una bonita casa de ladrillo de tres plantas de altura en oposición a su domicilio actual en una casa de dos plantas. Existía incluso la posibilidad de que algún día llegaran a tener algo todavía mejor, pero por el momento, esto era suficiente. Estaba extremadamente agradecido.

Henry Worthington Cowperwood era un hombre que sólo creía en lo que veía y que se sentía satisfecho de ser lo que era: un banquero, o un potencial banquero. En esta época era una figura notable —alto, delgado, inquisitivo, con aspecto de erudito— de bonitas patillas suaves y bien recortadas que le llegaban hasta más abajo de los lóbulos de las orejas. Tenía el labio superior delicado y curiosamente largo, la nariz larga y recta, y un mentón que tendía a ser puntiagudo. Las cejas eran pobladas y acentuaban unos ojos desvaídos de un verde grisáceo, y el pelo era corto y liso, y lo llevaba con la raya bien hecha. Siempre vestía con levita —era lo habitual en los círculos financieros de aquellos días— y sombrero de copa. Y llevaba las manos y las uñas inmaculadamente limpias. Su actitud podría haberse denominado como severa, aunque en realidad era más cultivada que austera.

Al tener la ambición de prosperar social y económicamente, ponía mucho cuidado en con quién y de quién hablaba. Tenía el mismo temor a expresar una opinión política o social excesiva o impopular que a ser visto con algún personaje de mala fama, aunque en realidad, no tenía ninguna opinión de gran importancia política que expresar. No era ni pro ni antiesclavista, aunque el ambiente era tormentoso entre las opiniones a favor de la abolición y los que se oponían a ella. Creía sinceramente que con los ferrocarriles se harían grandes fortunas, siempre y cuando se tuviera el capital

y esa cosa curiosa que era el magnetismo personal; la capacidad de ganarse la confianza de otros. Estaba seguro de que Andrew Jackson estaba totalmente equivocado al oponerse a Nicholas Biddle y al Banco de los Estados Unidos^[1], una de las grandes cuestiones del momento; y le preocupaba, y con razón, la tormenta perfecta de dinero emitido por los bancos estatales que flotaba por allí y que llegaba a su banco constantemente —desvalorizado, por supuesto, y que volvía a entregarse a prestatarios ávidos a cambio de un beneficio—. Su banco era el Third National de Filadelfia^[2], y estaba ubicado en lo que era sin duda el centro de Filadelfia, y en aquel momento, prácticamente de todas las finanzas nacionales —Third Street— y sus propietarios dirigían una correduría financiera como negocio suplementario. En aquellos días había una auténtica plaga de bancos estatales, grandes y pequeños, que emitían billetes prácticamente sin regulación alguna basándose en activos peligrosos y desconocidos, que quebraban y suspendían operaciones con extraordinaria rapidez. Tener conocimientos de todo esto suponía un requisito importante del puesto del señor Cowperwood. Como resultado, se había convertido en el alma de la cautela. Desgraciadamente para él, carecía en gran medida de las dos cosas necesarias para distinguirse en cualquier campo: magnetismo y visión. No estaba destinado a ser un gran financiero, aunque sí parecía haber sido designado para ser moderadamente próspero.

La señora Cowperwood era de temperamento religioso; era una mujer pequeña con el pelo castaño claro y los ojos marrones, que había sido muy atractiva en su día, pero que se había vuelto puritana y poco sentimental, predispuesta a tomarse muy en serio el cuidado maternal de sus tres hijos y de su hija. Los primeros, capitaneados por Frank, el mayor, eran una fuente de considerables disgustos para ella, porque hacían continuas expediciones a distintas partes de la ciudad, mezclándose con chicos malos, probablemente, y viendo y oyendo cosas que no deberían ver ni oír.

Frank Cowperwood era, ya a los diez años, un líder nato. Tanto en el colegio al que asistió como en la escuela secundaria, se le consideraba como alguien en cuyo sentido común se podía confiar incuestionablemente en todo momento. Era un joven robusto, valiente y desafiante. Desde el comienzo mismo de su vida, quiso saber de economía y política. Los libros no le interesaban nada. Era un chico limpio, espigado, bien proporcionado, de cara pulcra y radiante, de rasgos perfilados y afilados, con grandes ojos grises, frente ancha y el pelo castaño oscuro corto e hirsuto. Era de actitud incisiva, rápida e independiente y hacía preguntas constantemente con el deseo voraz de hallar una respuesta inteligente. Nunca tenía dolores ni molestias, comía con deleite y controlaba a sus hermanos con mano de hierro. «¡Vamos, Joe!», «¡Date prisa, Ed!». No daba las órdenes de manera brusca, pero sí con mucha seguridad, y Joe y Ed las acataban. Desde el principio, admiraron a Frank y lo consideraron el jefe, y escuchaban con avidez cualquier cosa que él tuviera que decir.

Estaba siempre reflexionando, reflexionando —fascinado por la información, fuera de la naturaleza que fuera— porque no era capaz de entender cómo estaba

organizado este lugar al que había llegado, esta vida. ¿Cómo habían llegado al mundo todas estas personas? ¿Qué estaban haciendo aquí? ¿Y quién empezó todo esto? Su madre le contó la historia de Adán y Eva, pero no la creyó. Había un mercado de pescado no muy lejos de su casa y allí, de camino a ver a su padre en el banco, o guiando a sus hermanos en sus expediciones de después del colegio, le gustaba echar un vistazo a cierto tanque que había delante de uno de los puestos donde se guardaban los ejemplares raros de animales marinos que traían los pescadores de la bahía de Delaware^[3]. Una vez vio un caballito de mar —un extraño animalito marino que se parecía un poco a un caballo— y otra vez vio una anguila eléctrica que el descubrimiento de Benjamín Franklin^[4] ya había explicado. Una vez vio que metían un calamar y una langosta en el tanque, y en relación con ellos fue testigo de una tragedia que lo acompañó toda su vida y que le aclaró las cosas considerablemente a nivel intelectual. A la langosta, según parecía de lo que comentaban los curiosos desocupados, no le dieron comida, ya que se consideraba que el calamar era su presa legítima. Estaba en el fondo del tanque de vidrio transparente sobre la arena amarilla, sin ver nada aparentemente —no se sabía hacia dónde miraban aquellos ojos redondos parecidos a pequeños botones negros— pero, aparentemente, no se separaban del cuerpo del calamar. Este último, pálido y de textura cerosa, muy parecido a la grasa de cerdo o al jade, se movía como un torpedo, pero sus movimientos aparentemente no escapaban nunca a los ojos de su enemiga, porque su cuerpo empezó a desaparecer gradualmente en pequeñas porciones arrancadas por las pinzas implacables de su perseguidora. La langosta saltaba como una catapulta hasta donde estuviera el calamar, que parecía estar soñando de manera despreocupada, y el calamar, muy alerta, se alejaba como una flecha, soltando al mismo tiempo una nube de tinta tras la que desaparecía. Pero no siempre tenía éxito. Con frecuencia, quedaban en las pinzas de la langosta pequeñas porciones de su cuerpo o de su cola. Fascinado por el drama, el joven Cowperwood venía diariamente a observar.

Una mañana estaba delante del tanque con la nariz casi pegada contra el cristal; sólo quedaba una pequeña parte del calamar y su saco de tinta estaba más vacío que nunca. En una esquina del tanque estaba la langosta, al parecer preparada para la acción.

El chico se quedó todo el tiempo que pudo: lo fascinaba aquella encarnizada lucha. Ahora, quizá al cabo de una hora o de un día, el calamar podría morir, aniquilado por la langosta, y la langosta se lo comería. Volvió a mirar a la máquina de destrucción de color verde cobrizo de la esquina y se preguntó cuándo ocurriría. Esta noche, quizá. Volvería por la noche.

Regresó aquella noche, y ¡ved!, lo que se esperaba había ocurrido. Había una pequeña multitud alrededor del tanque. La langosta estaba en la esquina, y ante ella se encontraba el calamar partido en dos y parcialmente devorado.

—Al final lo pilló —observó un curioso—. Yo estaba aquí hace una hora, dio un salto y lo agarró. El calamar estaba demasiado cansado. No fue lo suficientemente

rápido. Retrocedió, pero la langosta ya había calculado que haría eso; llevaba ya mucho tiempo observando sus movimientos. Lo ha pillado hoy.

Frank se limitó a mirar fijamente. Qué lástima que se lo hubiera perdido. Sintió una pizca de pena por el calamar al verlo muerto. Después dirigió la mirada hacia la vencedora.

—Así es como tiene que ser, supongo —comentó para sí—. El calamar no fue lo suficientemente rápido —concluyó.

»El calamar no podía matar a la langosta; no tenía armas. La langosta sí podía matar al calamar; tenía unas armas muy poderosas. El calamar no tenía nada con lo que alimentarse, y la langosta tenía como presa al calamar. ¿Cuál podía ser el resultado? ¿De qué otra manera habría podido ser? No tenía nada que hacer —concluyó finalmente, mientras trotaba hacia su casa.

El incidente le causó una gran impresión. Respondía a grandes rasgos al enigma que lo había estado incordiando tanto en el pasado: «¿Cómo está organizada la vida?». Las cosas se alimentaban unas de otras para vivir, esa era la respuesta. Las langostas se alimentaban de los calamares y de otras cosas. ¿Y qué se alimentaba de las langostas? ¡Los hombres, por supuesto! ¡Desde luego que era así! ¿Qué se alimentaba de los hombres?, se preguntó. ¿Otros hombres? Los animales salvajes se alimentaban de los hombres. Y había indios y caníbales. Y algunos hombres morían como consecuencia de tormentas o accidentes. No tenía muy claro lo de que los hombres se alimentaran de otros hombres, pero los hombres sí que mataban a otros hombres. ¿Qué decir de las guerras, las peleas callejeras y las turbas? Una vez vio cómo una turba asaltaba el edificio del *Public Ledger*^[5] cuando volvía del colegio. Su padre le había explicado el porqué. Fue por los esclavos. ¡Eso era! Desde luego que los hombres vivían de otros hombres. Mira los esclavos. Son hombres. Por eso hay tanta excitación estos días. Los hombres matan a otros hombres, a los negros.

Se fue a casa muy satisfecho consigo mismo por haber hallado la solución.

—¡Madre! —exclamó al entrar en la casa—, ¡por fin lo ha pillado!

—¿Ha pillado a quién? ¿Qué ha pillado a qué? —preguntó extrañada—. Ve a lavarte las manos.

—Pues la langosta esa de la que os estuve hablando a ti y a papá el otro día, que ha cogido al calamar.

—¡Qué lástima! ¿Qué te hace interesarte en esas cosas? Corre a lavarte las manos.

—No se ven cosas así a menudo. Yo nunca lo había visto antes. —Salió al patio trasero, donde había un grifo y una columna con una mesita encima, y sobre ella, un cacharro brillante de estaño y un cubo de agua. Aquí se lavó las manos y la cara.

—Papá —le dijo a su padre más tarde—, ¿te acuerdas del calamar?

—Sí.

—Pues está muerto. La langosta lo cogió.

Su padre continuó leyendo.

—Qué mala suerte —dijo con indiferencia.

Pero durante días y semanas Frank estuvo pensando en esto y en la vida a la que se había visto arrojado, porque ya andaba reflexionando sobre lo que sería en este mundo y en cómo iba a salir adelante. De ver a su padre contar dinero, estaba seguro de que le gustaría la banca, y Third Street, donde estaba la oficina de su padre, le parecía la calle más limpia y más fascinante del mundo.

CAPÍTULO II

La juventud del joven Frank Algernon Cowperwood transcurrió durante años en lo que podría llamarse una cómoda y feliz existencia familiar. Buttonwood Street, donde pasó los primeros diez años de su vida, era un lugar estupendo para que viviera un chico. Contenía fundamentalmente pequeñas casas de ladrillo rojo de dos o tres plantas, con pequeños escalones de mármol blanco que conducían hasta la puerta principal, y delgados adornos de mármol blanco que bordeaban la puerta principal y las ventanas. Había árboles en la calle, muchos árboles. La superficie de la calle estaba cubierta de adoquines grandes y redondos, que las lluvias dejaban limpios y brillantes. Y las aceras eran de ladrillo rojo, siempre frescas y húmedas. En la parte de atrás, había un patio con hierba y árboles, y a veces con flores, ya que las parcelas tenían casi siempre al menos treinta metros de profundidad, y como la parte delantera de las casas se pegaba a la acera que corría por delante, eso dejaba un espacio amplio en la parte trasera.

Los Cowperwood, tanto el padre como la madre, no eran tan prácticos ni tan rígidos como para que eso les impidiera seguir la tendencia natural de ser felices y alegres con sus hijos; de modo que esta familia, que aumentó a razón de un niño cada dos o tres años tras el nacimiento de Frank, hasta que hubo cuatro hijos, resultaba un caso bastante llamativo cuando él tenía diez años y estaban a punto de mudarse a la casa de New Market Street. Los contactos de Henry Worthington Cowperwood aumentaban a medida que su posición se hacía de mayor responsabilidad, y gradualmente se iba convirtiendo en todo un personaje. Ya conocía a unos cuantos de los comerciantes más prósperos que hacían transacciones con su banco, y como sus responsabilidades de empleado le obligaban a visitar otros bancos, había llegado a ser conocido y bien considerado en el Banco de los Estados Unidos, en el Drexel, en el Edwards y en otros^[1]. Los agentes de bolsa sabían que representaba a una organización muy sólida, y aunque no lo consideraban una persona brillante, sí se le conocía por ser un individuo extremadamente fiable y digno de confianza.

El joven Cowperwood indudablemente compartió los progresos de su padre. A menudo se le permitía ir al banco los sábados, cuando podía observar con gran interés el hábil intercambio de billetes en la agencia de corredores de la empresa. Quería saber de dónde procedían los distintos tipos de dinero, por qué se exigían descuentos y por qué se recibían, y lo que hacían los hombres con todo el dinero que percibían. Su padre, complacido por su interés, se lo explicaba gustosamente, de modo que ya a una edad muy temprana —entre los diez y los quince años— el chico adquirió amplios conocimientos sobre la condición financiera del país —lo que era un banco estatal y lo que era un banco nacional; lo que hacían los agentes de bolsa; lo que eran las acciones y por qué fluctuaba su valor—. Empezó a ver con claridad lo que significaba que el dinero fuera un medio de intercambio, y cómo se calculaban los valores según un valor primario, el del oro. Era financiero por instinto, y todo el

conocimiento que concernía a ese gran arte le resultaba tan natural como lo son las emociones y las sutilezas de la vida para un poeta. Este medio de intercambio, el oro, le interesaba intensamente. Cuando su padre le explicó cómo se sacaba de la mina, soñaba que tenía una mina de oro y se despertaba deseando que fuera así. Sentía igualmente curiosidad por las acciones y los bonos y aprendió que algunas acciones y bonos no valían ni el papel en el que estaban escritos, y que otros valían mucho más de lo que indicaba su valor nominal.

—Mira, hijo mío —le dijo un día su padre—, no verás muchas de estas por este barrio con frecuencia.

Se refería a una serie de participaciones de la Compañía Británica de las Indias Orientales^[2], depositadas como avales a dos tercios de su valor nominal para un préstamo de cien mil dólares. Un magnate de Filadelfia las había hipotecado para disponer del dinero en efectivo. El joven Cowperwood las miraba con curiosidad.

—No parece que valgan mucho, ¿verdad? —comentó.

—Valen exactamente cuatro veces su valor nominal —dijo su padre con aire de superioridad.

Frank volvió a examinarlas:

—La Compañía Británica de las Indias Orientales —leyó—. Diez libras; eso son cerca de cincuenta dólares.

—Cuarenta y ocho con treinta y cinco —comentó su padre con sequedad—. Pues si tuviéramos un lote de esas no tendríamos que trabajar mucho. Verás que casi no tienen marcas. No las mueven mucho. No creo que estas se hayan usado antes como garantía.

El joven Cowperwood las devolvió al rato, no sin haber percibido antes con claridad las amplias ramificaciones de las finanzas. ¿Qué era la Compañía de las Indias Orientales? ¿A qué se dedicaba? Su padre se lo contó.

En casa también escuchaba hablar mucho sobre inversiones y aventuras financieras. Oyó hablar, por un lado, de un personaje curioso de nombre Steemberger^[3], un gran especulador de carne de res procedente de Virginia, que se había visto atraído hasta Filadelfia en aquellos días con la esperanza de conseguir grandes créditos fácilmente. Steemberger, o eso decía su padre, estaba próximo a Nicholas Biddle, Lardner y otros del Banco de los Estados Unidos, o al menos tenía amistad con ellos, y parecía poder obtener de su organización prácticamente todo lo que les pedía. Sus operaciones de compra de ganado en Virginia, Ohio y en otros estados eran importantes, suponiendo, de hecho, un monopolio total del negocio del suministro de carne a las ciudades del este. Era un hombre grande, enorme, y tenía la cara parecida a la de un cerdo, según decía su padre. Llevaba chistera y una levita larga que le quedaba holgada alrededor del ancho pecho y del estómago. Había conseguido forzar la subida del precio de la carne de res hasta los treinta centavos el medio kilo, provocando que todos los minoristas y los consumidores se rebelaran, y esto era lo que hacía que llamara tanto la atención. Solía venir a la correduría del

banco de Cowperwood padre con hasta cien o doscientos mil dólares en pagarés a doce meses del Banco de los Estados Unidos en denominaciones de mil, cinco mil y diez mil dólares, que hacía efectivas a un diez o un doce por ciento por debajo de su valor nominal, y habiendo dado previamente al Banco de los Estados Unidos su propio pagaré a cuatro meses por la cantidad total. Sacaba el dinero en la ventanilla de corredería del Third National en paquetes de billetes de valor a la par de Virginia, Ohio y oeste de Pensilvania porque él hacía sus desembolsos principalmente en aquellos estados. El Third National conseguía en primer lugar un beneficio de un cuatro a un cinco por ciento sobre la transacción original; y como aceptaba los billetes del Western con descuento, también obtenía beneficios con ellos.

Había otro hombre del que hablaba su padre, un tal Francis J. Grund^[4], un famoso corresponsal y miembro de un *lobby* de Washington, que tenía la facultad de desenterrar secretos de todo tipo, especialmente los que tuvieran que ver con la legislación financiera. Los secretos del presidente y del gabinete, así como los del Senado y los de la Cámara de Representantes parecían estar al descubierto para él. Grund, hacía años, había ido comprando grandes cantidades de varios tipos de certificados de deuda y bonos de Texas a través de uno o dos corredores de bolsa. La República de Texas, en su lucha por la independencia de México, había emitido gran variedad de bonos y certificados, cuyo valor ascendía a diez o quince millones de dólares. Más tarde, relacionado con el plan de convertir a Texas en un estado de la Unión, se aprobó un proyecto de ley por el que se proporcionaba una contribución por parte de los Estados Unidos de cinco millones de dólares, aplicables a la cancelación de esta vieja deuda. Grund lo sabía y también conocía el hecho de que parte de esta deuda, debido a las peculiares condiciones en las que se emitió, debía pagarse en su totalidad, mientras que otras partes se iban a reducir y se iba a producir un falso intento, acordado de antemano, de aprobar el proyecto de ley en una sesión con la finalidad de ahuyentar a los forasteros que hubieran podido enterarse y empezar a comprar los viejos certificados consiguiendo así una ganancia. Él informó al Third National Bank de este hecho, y por supuesto la información llegó hasta Cowperwood como cajero. Se lo contó a su esposa, y así su hijo, de manera indirecta, se enteró y le brillaron los grandes ojos claros. Se preguntaba por qué su padre no se aprovechaba de la situación y compraba certificados de Texas para sí mismo. Según dijo su padre, Grund, y posiblemente tres o cuatro más, habían ganado más de cien mil dólares cada uno. No era algo exactamente legítimo, parecía pensar, pero aun así también lo era. ¿Por qué no debería recompensarse esa información interna? De algún modo, Frank se dio cuenta de que su padre era demasiado honesto, demasiado cauteloso, pero cuando él creciera, se dijo a sí mismo, iba a convertirse en corredor de bolsa, o en financiero, o en banquero, y haría ese tipo de cosas.

Justo por esta época vino a casa de los Cowperwood un tío que no había aparecido anteriormente en la vida de la familia. Era hermano de la señora Cowperwood, y tenía por nombre Seneca Davis; sólido, untuoso, de un metro setenta

y siete de altura, con un cuerpo grande y redondo, y la cabeza abombada y lisa, casi calvo; de complexión rubicunda y ojos azules, y el poco pelo que tenía era de un tono arenoso. Iba exageradamente bien vestido según los usos de aquellos días, permitiéndose llevar chalecos de flores, levitas largas de colores claros, y el invariable, para un hombre más o menos próspero, sombrero de copa. Frank se sintió instantáneamente fascinado por él. Había sido hacendado en Cuba y aún poseía un gran rancho allí y podía contarle historias de la vida en Cuba —rebeliones, emboscadas, lucha cuerpo a cuerpo con machetes en su propia plantación y cosas de ese tipo—. Trajo con él una colección de conejillos de indias, por no hablar de la fortuna de la que disponía a modo de renta y de varios esclavos —uno, llamado Manuel, un negro alto y huesudo, era su asistente permanente, un ayuda de cámara, por así decirlo—. Transportaba barcos llenos de azúcar sin refinar desde su plantación hasta los muelles de Southwark en Filadelfia. A Frank le gustaba porque se tomaba la vida de manera jovial y afable, de manera un tanto ruda e informal para esta casa un tanto silenciosa y reservada.

—¡Nancy Arabella —dijo a la señora Cowperwood al llegar un domingo por la tarde llenando toda la casa de alegre sorpresa ante su aparición inesperada e imprevista— no has crecido ni un centímetro! Creía que cuando te casaras aquí con mi eminente pariente engordarías como tu hermano. ¡Pero mírate! Juro por Dios que no pesas ni dos kilos. —Y la cogió por la cintura, elevándola y bajándola de nuevo, para gran perturbación de los niños que nunca habían visto que nadie manipulara a su madre con tanta familiaridad.

Henry Cowperwood estaba extremadamente interesado en su próspero pariente y estaba encantado con su llegada. Durante los doce años anteriores, desde que se casó, Seneca Davis no le había prestado mucha atención.

—Mira estos pequeños filadelfios con la cara del color de la masilla —continuó—. Deberían venir a mi rancho de Cuba y ponerse morenos. Eso les quitaría este color de cera —y pellizcó la mejilla de Adelaide, que tenía ahora cinco años—. Digo, Henry, que tienes una casa muy bonita —y observó el salón de la casa, bastante convencional y de tres plantas, con ojo crítico.

Con unas medidas de seis metros por siete y con terminaciones en imitación de madera de cerezo, con un conjunto nuevo de muebles de salón del diseñador Sheraton^[5], presentaba un aspecto pintorescamente armonioso. Desde que Henry se convirtiera en cajero, la familia había adquirido un piano —decididamente, un lujo en aquellos días— traído de Europa, con la intención de que Anna Adelaide aprendiera a tocarlo cuando tuviera edad suficiente para ello. Había unos cuantos adornos poco convencionales en la habitación —una araña de gas y una pecera con peces de colores, algunas conchas raras y muy pulidas, y un cupido de mármol con una cesta de flores—. Era verano, las ventanas estaban abiertas, y los árboles del exterior, con las ramas verdes muy extendidas, resultaban agradables a la vista mientras daban sombra a la acera de ladrillo. El tío Seneca salió al patio trasero.

—Bueno, aquí se está bastante bien —observó, fijándose en un gran álamo y viendo que el patio estaba parcialmente pavimentado y cercado por muros de ladrillo por los que trepaban enredaderas—. ¿Dónde está la hamaca? ¿No colgáis una hamaca aquí en verano? En mi veranda de San Pedro tengo seis o siete.

—No habíamos pensado poner una por los vecinos, pero sería agradable —coincidió la señora Cowperwood—. Henry tendrá que comprar una.

—Tengo dos o tres en mis baúles en el hotel. Las hacen mis negros de allí. Mandaré a Manuel con ellas por la mañana.

Arrancó una hoja de la enredadera, le pellizcó la oreja a Edward, le dijo a Joseph, el segundo chico, que le iba a traer un hacha de guerra india, y volvió a entrar en la casa.

—Este es el chico que me interesa —dijo al rato, poniéndole a Frank una mano en el hombro—. ¿Cuál es su nombre completo, Henry?

—Frank Algernon.

—Bueno, le podías haber puesto el nombre por mí. Este chico tiene algo. ¿Qué te parecería venirte a Cuba y convertirte en hacendado, muchacho?

—No estoy seguro de que me gustara —contestó el mayor.

—Bueno, eso es ser claro. ¿Qué tienes en contra?

—Nada, simplemente que no sé nada de eso.

—¿Qué sabes?

El chico sonrió sabiamente:

—No mucho, supongo.

—Bueno, ¿y qué te interesa?

—¡El dinero!

—¡Ajá! Lo llevas en la sangre, ¿eh? Lo has sacado de tu padre, ¿eh? Bueno, esa es una buena cualidad, y además, dicho como un hombre. Oiremos hablar de eso más tarde. Nancy, estás criando un financiero, me parece. Habla como si lo fuera.

Miró a Frank detenidamente ahora. Había auténtica fuerza en aquel cuerpo joven y robusto, no había duda. Aquellos ojos grandes y grises estaban llenos de inteligencia. Indicaban mucho sin revelar nada.

—¡Un chico listo! —Le dijo a Henry, su cuñado—. Me gusta la pinta que tiene. Tienes una familia espléndida.

Henry Cowperwood sonrió secamente. Este hombre, si Frank le gustaba, podía hacer mucho por el chico. Podría incluso llegar a dejarle parte de su fortuna con el tiempo. Era rico y soltero.

El tío Seneca se convirtió en un visitante frecuente de la casa —él y su guardaespaldas negro, Manuel, que hablaba inglés y español, para gran asombro de los niños— y se fue interesando cada vez más por Frank.

—Cuando ese chico tenga la edad suficiente para saber lo que quiere hacer, creo que le ayudaré a conseguirlo —le dijo a su hermana un día, y ella le contestó que le estaba muy agradecida. Habló con Frank sobre sus estudios y descubrió que no le

interesaban mucho los libros ni la mayor parte de las cosas que estaba obligado a aprender. La gramática era una abominación. La literatura era una tontería. El latín no servía para nada. La historia, bueno, tenía cierto interés.

—Me gustan la contabilidad y la aritmética —observó—. Pero lo que quiero hacer es ponerme a trabajar. Eso es lo que quiero hacer.

—Eres demasiado joven, hijo —observó su tío—. Sólo tienes... ¿cuántos años tienes ahora? ¿Catorce?

—Trece.

—Bueno, no puedes dejar el colegio antes de los dieciséis. Te irá mejor si te quedas hasta los diecisiete o dieciocho. No te vendrá mal. No volverás a ser un niño.

—No quiero ser un niño. Quiero irme a trabajar.

—No vayas demasiado rápido, hijo. Te harás un hombre dentro de nada. Quieres ser banquero, ¿no?

—¡Sí, señor!

—Bueno, cuando llegue el momento, si todo va bien y te has portado bien y aún te interesa, te ayudaré a empezar en el negocio. Si yo estuviera en tu lugar y quisiera ser banquero, primero pasaría un año o así en una buena casa comisionista de grano. Ahí conseguirás una buena formación. Aprenderás muchas cosas que necesitarás saber. Y, mientras tanto, cuida de tu salud y aprende todo lo que puedas. Esté donde esté, infórmame, y yo escribiré para averiguar cómo te has portado.

Le dio al chico una moneda de oro de diez dólares con la que abrir una cuenta bancaria. Y no resulta extraño decir que le gustaba mucho más toda la familia Cowperwood por este joven dinámico, autosuficiente y sobresaliente, que era parte integral de ella.

CAPÍTULO III

Tenía trece años cuando el joven Cowperwood inició su primer negocio. Un día, caminando por Front Street, una calle de establecimientos de importación y venta al por mayor, vio la bandera de un subastador colgada ante un almacén de comestibles al por mayor, desde cuyo interior le llegaba la voz del subastador:

—¿Qué me ofrecen por este excepcional lote de café de Java, de veintidós sacos en total, que se está vendiendo en el mercado a siete dólares y treinta y dos centavos el saco al por mayor? ¿Quién da más? ¿Quién da más? El lote completo debe salir junto. ¿Quién da más?

—Dieciocho dólares —sugirió un comerciante que estaba de pie junto a la puerta, más por empezar la puja que por otra cosa. Frank se paró.

—¡Veintidós! —dijo otro.

—¡Treinta! —un tercero.

—¡Treinta y cinco! —un cuarto, y así hasta setenta y cinco, cuatro menos que la mitad de su valor.

—¡Ofrecen setenta y cinco! ¡Ofrecen setenta y cinco! —gritó el subastador, bien alto—. ¿Hay otras pujas? Setenta y cinco a la una. ¿Alguien ofrece ochenta? Setenta y cinco a las dos, y... —hizo una pausa, levantando una mano de forma dramática. Después volvió a bajarla dando una palmada contra la otra mano— vendido al señor Silas Gregory por setenta y cinco. Toma nota de eso, Jerry —dijo al empleado pelirrojo y pecoso que estaba junto a él. Después se volvió hacia otro lote de alimentos de primera necesidad, esta vez, fécula; once barriles.

El joven Cowperwood estaba haciendo un cálculo rápido. Si, como decía el subastador, el café valía siete dólares con treinta y dos centavos el saco en el mercado libre, y este comprador se llevaba el café por setenta y cinco dólares, en aquel preciso instante le estaba ganando ochenta y seis dólares con cuatro centavos, por no mencionar las ganancias que obtendría si lo vendía al por menor. Según recordaba, su madre lo estaba pagando a veintiocho centavos el medio kilo. Se acercó, con los libros metidos debajo del brazo, para observar las operaciones más de cerca. La fécula, según oyó al poco, estaba valorada en diez dólares el barril, y sólo reportaba seis. Unos barriles de vinagre se liquidaron a un tercio de su valor, y así sucesivamente. Empezaron a entrarle ganas de poder hacer una oferta, pero no tenía dinero; sólo llevaba algunas monedas en el bolsillo. El subastador lo vio de pie allí prácticamente debajo de sus narices, y se sintió impresionado por la imperturbabilidad, por la solidez, de la expresión del muchacho.

—Ahora voy a ofrecerles un estupendo lote de jabón de Castilla^[1], nada menos que siete cajas, que, como saben, si tienen algunos conocimientos sobre el jabón, se está vendiendo ahora a catorce centavos la pastilla. Este jabón vale en cualquier sitio en estos momentos once dólares y setenta y cinco centavos la caja. ¿Quién da más? ¿Quién da más? ¿Quién da más?

Hablaba rápido, como solían hacer los subastadores, poniendo mucho énfasis innecesario, pero Cowperwood no estaba excesivamente impresionado. Estaba haciendo cálculos rápidos para sí. Siete cajas a once dólares con setenta y cinco centavos sumarían exactamente ochenta y dos dólares con veinticinco centavos. Y si las vendía a la mitad, si las vendía a la mitad...

—Doce dólares —dijo un postor.

—Quince —dijo otro.

—Veinte —dijo un tercero.

—Veinticinco —un cuarto.

Después empezó a subir dólar a dólar porque el jabón de Castilla no era un producto de primera necesidad. «Veintiséis», «Veintisiete», «Veintiocho», «Veintinueve». Hubo una pausa. «Treinta», observó el joven Cowperwood decididamente.

El subastador, un hombre bajo y esbelto de cara delgada, con el pelo abundante y ojo incisivo, lo miró con curiosidad y casi con incredulidad, pero sin pararse. De alguna manera y a pesar de sí mismo, se había dejado impresionar por el peculiar ojo del chico; y ahora presentía, sin saber por qué, que la oferta probablemente era legítima y que el chico tenía el dinero. Podría ser el hijo de algún tendero.

—¡Ofrecen treinta! ¡Ofrecen treinta! ¡Ofrecen treinta por este estupendo lote de jabón de Castilla! Es un lote estupendo. Vale catorce céntimos la pastilla. ¿Alguien da treinta y uno? ¿Alguien da treinta y uno? ¿Alguien da treinta y uno?

—Treinta y uno —dijo una voz.

—Treinta y dos —respondió Cowperwood, y se repitió el mismo proceso.

—¡Ofrecen treinta y dos! ¡Ofrecen treinta y dos! ¡Ofrecen treinta y dos! ¿Alguien ofrece treinta y tres? Es un jabón estupendo. Siete cajas de estupendo jabón de Castilla. ¿Alguien ofrece treinta y tres?

El joven Cowperwood estaba haciendo cálculos. No llevaba dinero encima, pero su padre era el cajero del Third National Bank y podría dar su nombre como recomendante. Podría venderle todo el jabón al tendero de la familia, seguramente; si no, a otros tenderos. Otras personas estaban deseosas de conseguir ese jabón al mismo precio. ¿Por qué no él?

El subastador hizo una pausa.

—¡Treinta y dos a la una! ¿Alguien ofrece treinta y tres? ¡Treinta y dos a las dos! ¿Alguien ofrece treinta y tres? ¡Treinta y dos a las tres! Siete estupendas cajas de jabón. ¿Alguna otra puja? ¡A la una, a las dos! ¡A las tres! ¿Alguna otra puja? —Volvió a levantar la mano—. Y vendido al señor... —Se inclinó mirando a la cara del joven postor con curiosidad.

—Frank Cowperwood, hijo del cajero del Third National Bank —contestó el chico con decisión.

—Ah, sí —dijo el hombre, con la mirada del chico clavada en él.

—¿Podría esperar mientras voy al banco corriendo y traigo el dinero?

—Sí. No tardes mucho. Si no estás aquí dentro de una hora, volveré a venderlo.

El joven Cowperwood no contestó. Salió deprisa y corrió rápido; primero, al tendero de su madre, que tenía la tienda a sólo una manzana de su casa.

A unos diez metros de la puerta aflojó el paso, adoptó un aire despreocupado, y al entrar miró a su alrededor buscando el jabón de Castilla. Allí estaba, del mismo tipo, expuesto en una caja con exactamente el mismo aspecto que su jabón.

—¿Cuánto vale la pastilla, señor Dalrymple? —preguntó.

—Dieciséis centavos —contestó aquel personaje ilustre.

—Si pudiera venderle siete cajas por sesenta y dos dólares así tal cual, ¿las cogería?

—¿Del mismo jabón?

—Sí, señor.

El señor Dalrymple calculó durante un momento.

—Sí, creo que sí —contestó con precaución.

—¿Me pagaría hoy?

—Te daría un pagaré. ¿Dónde está el jabón?

Estaba perplejo y algo atónito ante esta inesperada propuesta por parte del hijo de su vecino. Conocía bien al señor Cowperwood, y a Frank también.

—¿Se lo quedará si se lo traigo hoy?

—Sí —contestó—. ¿Vas a entrar en el negocio del jabón?

—No, pero sé dónde puedo conseguir ese tipo de jabón a buen precio.

Salió de nuevo apresuradamente y corrió hasta el banco de su padre. Ya no era hora de atención al público, pero él sabía cómo entrar y sabía que su padre se alegraría de ver que iba a ganar treinta dólares. Sólo quería coger el dinero prestado por un día.

—¿Qué pasa, Frank? —preguntó su padre levantando la vista de su escritorio cuando apareció sin aliento y con la cara roja.

—¡Quiero que me prestes treinta y dos dólares! ¿Lo harás?

—Bueno, sí, podría ser. ¿Qué quieres hacer con ese dinero?

—Quiero comprar jabón, siete cajas de jabón de Castilla. Sé dónde puedo conseguirlo y dónde venderlo. El señor Dalrymple se lo quedará. Ya me ha ofrecido sesenta y dos por él. Y yo puedo conseguirlo por treinta y dos. ¿Me dejarás el dinero? Tengo que volver corriendo y pagarle al subastador.

Su padre sonrió. Nunca había visto a su hijo mostrar una actitud tan comercial. Era muy sagaz, muy despierto, para ser un chico de trece años.

—Vaya, Frank —dijo, dirigiéndose hacia un cajón en el que había algunos billetes—, ¿es que vas a convertirte ya en financiero? ¿Estás seguro de que no vas a salir perdiendo con esto? Sabes lo que estás haciendo, ¿no?

—Déjame el dinero, papá, ¿lo harás? —rogó—. Te lo demostraré dentro de un momento. Sólo déjame. Puedes confiar en mí.

Era como un sabueso tras el rastro de la presa. Su padre no pudo resistirse a su

solicitud.

—Desde luego que sí, Frank —contestó—. Confío en ti. —Y contó seis certificados de cinco dólares y dos de uno de la moneda propia del Third National—. Aquí tienes.

Frank salió del edificio corriendo dándole las gracias brevemente y volvió a la sala de subastas tan rápido como le permitieron sus piernas. Cuando entró, se estaba subastando azúcar. Se abrió paso hasta el empleado del subastador.

—Quiero pagar ese jabón —sugirió.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Me dará un recibo?

—Sí.

—¿Lo llevan ustedes?

—No. No lo llevamos. Tienes que llevártelo en el plazo de veinticuatro horas. Esa dificultad no lo incomodó.

—De acuerdo —dijo, y se metió en el bolsillo el recibo de su compra.

El subastador lo observó cuando salía. A la media hora estaba de vuelta con un carretero: un desocupado de los que esperaban en el dique-muelle a que les saliera un trabajo.

Frank había negociado con él para que entregara el jabón por sesenta centavos. Al cabo de otra media hora estaba a la puerta del atónito señor Dalrymple a quien hizo salir para mirar las cajas antes de intentar moverlas. Su plan era hacer que las llevaran a su casa si, por cualquier razón, la operación no se hacía. Aunque era su primera aventura comercial, estaba fresco como una lechuga.

—Sí —dijo el señor Dalrymple rascándose la cabeza de pelo gris pensativamente—. Sí, es el mismo jabón. Me lo quedo. Mantengo mi palabra. ¿Dónde lo conseguiste, Frank?

—En la subasta de Bixom ahí más arriba —contestó con franqueza y despreocupadamente.

El señor Dalrymple hizo que el carretero metiera el jabón, y tras cierto protocolo, porque el agente esta vez era un chico, rellenó su pagaré a treinta días y se lo entregó.

Frank le dio las gracias y se embolsó el pagaré. Decidió volver al banco de su padre y descontar el pagaré, como había visto hacer a otros, devolviéndole así el dinero a su padre y obteniendo sus propios beneficios en dinero contante y sonante. Normalmente no se podía hacer un día cualquiera si el banco ya estaba cerrado al público, pero su padre haría una excepción en su caso.

Volvió de prisa, silbando, y su padre levantó la vista sonriendo cuando él entró.

—Bien, Frank, ¿qué tal te ha ido? —preguntó.

—Aquí tengo un pagaré a treinta días —le dijo, sacando el papel que Dalrymple le había dado—. ¿Quieres descontármelo? Puedes coger tus treinta y dos de ahí.

Su padre lo examinó atentamente:

—¡Sesenta y dos dólares! —observó—. ¡Del señor Dalrymple! ¡Este papel es

válido! Sí, claro que puedo. Te costará un diez por ciento —añadió en tono de chanza—. ¿Por qué no te lo quedas tú sin más? Te puedo dejar los treinta y dos dólares hasta final de mes.

—Ah, no —dijo su hijo—. Descuéntalo y coge tu dinero. Puede que yo necesite el mío.

Su padre sonrió ante su actitud tan formal.

—De acuerdo —dijo—. Lo arreglaré mañana. Explícame cómo lo has hecho. —Y su hijo se lo contó.

A las siete de la tarde de aquel día su madre se enteró del asunto, y también en su momento el tío Seneca.

—¿Qué te había dicho, Cowperwood? —preguntó—. Ese chico tiene madera; sí, el jovencito. No lo pierdas de vista.

La señora Cowperwood miró a su hijo con curiosidad durante la cena. ¿Era este el chiquillo que ella había acunado en su regazo no hacía tanto tiempo? Estaba claro que estaba creciendo muy deprisa.

—Bueno, Frank, espero que puedas hacer eso mismo a menudo —dijo ella.

—Sí, yo también, mamá —fue la respuesta un tanto evasiva.

Aunque no todos los días se descubría una subasta, y el tendero de su familia estaba receptivo a una transacción sólo cada cierto periodo razonable de tiempo, desde el primer momento, el joven Cowperwood supo cómo ganar dinero. Recabó suscripciones para una revista juvenil, se encargó de la operación para la venta de un nuevo tipo de patines de hielo, y una vez organizó a una pandilla de chicos del barrio para formar una sociedad con la finalidad de comprar los sombreros de paja para el verano al por mayor. Su idea no era la de hacerse rico mediante el ahorro. Desde el primer momento, tenía la noción de que era mejor gastar mucho y de que, de algún modo, prosperaría.

Fue en este año, o un poco antes, cuando comenzó a interesarse por las chicas. Desde el principio había tenido muy buen ojo para descubrir a las más guapas; y, siendo como era atractivo y con magnetismo, no le resultaba difícil despertar el interés y la simpatía de aquellas en las que él estaba interesado. Una muchacha de doce años, Patience Barlow, que vivía un poco más arriba en su misma calle, fue la primera en atraer su atención o en sentirse atraída por él. Su pelo negro y sus brillantes ojos negros eran su dote, con unas trenzas preciosas que le caían por la espalda, y unos delicados piececitos y tobillitos, que acompañaban a una delicada figurita. Era cuáquera, hija de padres cuáqueros, y llevaba una pequeña y recatada toca. Sin embargo, era de carácter vivaz y le gustaba este chico independiente, autosuficiente y franco. Un día, tras un intercambio de miradas ocasionales, le dijo con una sonrisa y el valor que era innato en él:

—Tú vives un poco más arriba de mi casa, ¿no?

—Sí —dijo ella un poco aturullada—. Yo vivo en el número ciento cuarenta y uno —expresado esto último con un nervioso balanceo de su mochila escolar.

—Conozco la casa —dijo él—. Te he visto entrar. Vas al mismo colegio que mi hermana, ¿no? ¿No eres Patience Barlow? —Había oído a unos chicos decir su nombre.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Lo he oído —dijo y sonrió—. Te he visto. ¿Te gusta el regaliz?

Se metió las manos en el bolsillo para buscar unos palitos frescos de los que se vendían por aquella época.

—Gracias —dijo ella con dulzura, cogiendo uno.

—No es muy bueno. Hace tiempo que lo llevo en el bolsillo. El otro día tenía melcocha.

—Está bien —contestó y mordió el extremo del suyo.

—¿No conoces a mi hermana, Anna Cowperwood? —insistió a modo de presentación—. Está en un curso menos que tú, pero he pensado que a lo mejor la has visto.

—Creo que sé quién es. La he visto volviendo del colegio.

—Yo vivo ahí mismo —le dijo señalando hacia su casa según se acercaban, como si ella no lo supiera—. Ya te veré por aquí, supongo.

—¿Conoces a Ruth Merriam? —preguntó ella, cuando él estaba a punto de entrar en la calle adoquinada para llegar hasta su puerta.

—No, ¿por qué?

—Va a dar una fiesta el martes que viene —le informó aparentemente sin motivo alguno, pero sólo aparentemente.

—¿Dónde vive?

—Ahí, en el veintiocho.

—Me gustaría ir —dijo él amablemente, al tiempo que se giró para marcharse.

—A lo mejor te invita —le contestó ella, envalentonándose a medida que la distancia entre ellos aumentaba—. Yo se lo pediré.

—Gracias —sonrió él.

Y ella echó a correr alegremente.

Él se quedó mirándola sonriente. Era muy bonita. Sintió unos enormes deseos de besarla, y lo que podría llegar a ocurrir en la fiesta de Ruth Merriam apareció ante sus ojos con total claridad.

Esta fue sólo una de sus primeras aventuras amorosas, o de sus amores de juventud, que le entretenían la mente de cuando en cuando en la amalgama de los acontecimientos posteriores. Besó a Patience Barlow secretamente muchas veces antes de buscarse a otra chica. Ella salió corriendo, junto con otros de la calle, alguna noche de invierno para jugar en la nieve, o se demoró ante su puerta después del anochecer en los días en que oscurecía temprano. Era muy fácil encontrar la ocasión de besarla, y hablar con ella de tonterías en las fiestas. Después vino Dora Fitter, cuando él tenía dieciséis años y ella catorce; y Marjorie Stafford, cuando él tenía diecisiete y ella quince. Dora Fitter era morena y Marjorie Stafford era clara como la

mañana, con las mejillas muy coloradas, los ojos de color azul grisáceo, el pelo rubio, y rolliza como una perdiz.

Fue a los diecisiete cuando decidió dejar el colegio. No se había graduado; sólo había terminado el tercer curso de la escuela secundaria, pero ya había tenido suficiente. Desde los trece años tenía la mente puesta en las finanzas; es decir, en la forma en la que veía que se manifestaban en Third Street. Había algunas cosas que había podido hacer para ganarse algo de dinero de vez en cuando. Su tío Seneca le había permitido trabajar como ayudante del pesador en los muelles de azúcar de Southwark, donde se pesaban sacos de ciento cuarenta kilos para llevarlos a los almacenes aduaneros del gobierno ante la mirada de los inspectores de los Estados Unidos. En algunas emergencias lo llamaron para que ayudara a su padre, y le pagaron. Incluso llegó a un acuerdo con el señor Dalrymple para ayudarlo los sábados; pero cuando su padre llegó a cajero de su banco recibiendo unos ingresos de cuatro mil dólares al año, poco después de que Frank cumpliera los quince, estaba claro que Frank no podía continuar con un empleo tan humilde.

Justo por esta época, su tío Seneca, de nuevo de vuelta en Filadelfia más grueso y dominante que nunca, le dijo un día:

—Mira Frank, si estás preparado, creo que sé dónde hay una buena oportunidad para ti. No recibirás ningún salario durante el primer año, pero si te andas con ojo, probablemente te den algo como compensación al final de ese tiempo. ¿Has oído hablar de Henry Waterman & Co. de Second Street?

—He visto el establecimiento.

—Me dicen que es posible que tengan un puesto de contable para ti. Son una especie de agentes, una casa de comisionistas de grano. Tú dices que quieres meterte en ese negocio. Cuando salgas del colegio, te vas a ver al señor Waterman y le dices que vas de mi parte, y creo que te buscará un sitio. Hazme saber cómo te ha ido.

El tío Seneca ahora estaba casado, pues había atraído la atención, a causa de su riqueza, de una pobre aunque ambiciosa matrona de la sociedad de Filadelfia. Y como consecuencia, se consideraba que las conexiones generales de los Cowperwood se habían visto infinitamente ampliadas. Henry Cowperwood estaba planeando mudarse con su familia al extremo de North Front Street, que en aquella época dominaba una vista preciosa del río y era testigo de la construcción de algunas viviendas espléndidas. Sus cuatro mil dólares al año en esta época anterior a la Guerra Civil^[2] eran una cantidad considerable. Estaba haciendo unas inversiones que para él eran prudentes y conservadoras, y debido a su conducta juiciosa, cautelosa, sistemática y precisa como un reloj, se creía que entraba dentro de lo razonable esperar que algún día fuera el vicepresidente, o incluso, el presidente de su banco.

Esta oferta del tío Seneca para colocarlo en Waterman & Co. le parecía a Frank lo más apropiado para ayudarlo a empezar enseguida, así que se presentó en aquel negocio en el 74 de South Second Street un día de junio y fue recibido cordialmente por el señor Henry Waterman padre. Pronto se enteró de que había un Henry

Waterman hijo, un joven de veinticinco años, y un George Waterman, el hermano, de cincuenta años, que era accionista y hombre de confianza, y que participaba en la dirección de la empresa. Henry Waterman padre, un hombre de cincuenta y cinco años de edad, era el director general de la organización, de punta a cabo: era el que viajaba por el territorio cercano para ver a los clientes cuando eso era necesario, el que daba el asesoramiento definitivo en los casos en los que su hermano no conseguía ajustar el asunto, y el que sugería y aconsejaba nuevas aventuras comerciales que sus socios y sus asalariados llevaban a término. Por su aspecto era un hombre de tipo flemático —bajo, robusto, con arrugas alrededor de los ojos, de estómago más bien protuberante, con el cuello rojo, rubicundo, con los ojos un poco saltones, pero astuto, amable, simpático e ingenioso—. Había levantado un negocio sólido y próspero gracias a las ideas surgidas fruto de su natural sentido común. Se iba haciendo fuerte con los años y habría agradecido con alegría la colaboración incondicional de su hijo, si este último hubiera resultado completamente apropiado para el negocio.

Sin embargo, no lo era. Ni tan llano, ni tan listo, ni tan complacido por el trabajo que tenía, como su padre; de hecho, el negocio en realidad le ofendía. Si hubieran dejado el comercio a su cuidado, este habría desaparecido rápidamente. Su padre lo adivinó, se sintió apenado, y deseaba que apareciera en algún momento un joven al que le interesara el negocio, que lo manejara con el mismo espíritu con el que se había manejado hasta entonces, y que no echara a su hijo de allí.

Entonces llegó el joven Cowperwood, del que le había hablado Seneca Davis. Lo miró de arriba abajo con ojo crítico. Sí, este muchacho podría servir, pensó. Tenía algo que le hacía parecer relajado y suficiente. No parecía estar ni mínimamente nervioso o incómodo. Sabía llevar los libros, decía, aunque no sabía nada sobre los detalles del negocio del grano y las comisiones. Le resultaba interesante. Le gustaría probar.

—Me gusta ese tipo —le confió Henry Waterman a su hermano en el momento en el que Frank se hubo marchado con instrucciones de presentarse a la mañana siguiente—. Tiene algo. Es lo más limpio, enérgico y lleno de vida que ha entrado aquí desde hace mucho tiempo.

—Sí —dijo George, un hombre mucho más delgado y ligeramente más alto, con los ojos oscuros, velados y reflexivos, y una barba rala y poco poblada de pelo castaño oscuro que contrastaba de manera chocante con la blancura de su cabeza calva con forma de huevo—. Sí, es un muchacho agradable. Me sorprende que su padre no lo coja en su banco.

—Bueno, quizá no pueda —dijo su hermano—. No es más que el cajero allí.

—Sí, es cierto.

—Bueno, le haremos una prueba. Me apuesto lo que quieras a que es bueno. Ese joven parece el apropiado.

Henry se levantó y salió por la puerta principal mirando hacia Second Street: el

fresco pavimento de adoquines, resguardado del sol oriental por el muro de edificios del lado este —de los cuales formaba parte el suyo—, los ruidosos camiones y los carros, las gentes atareadas que se movían apresuradamente de acá para allá le agradaron. Miró los edificios de enfrente —todos ellos de tres o cuatro plantas, mayormente de piedra gris y llenos de vida— y bendijo su suerte por haberse ubicado desde un principio en un barrio tan próspero. ¡Si hubiera comprado más propiedades en la época en la que adquirió esta!

«Espero que el joven Cowperwood resulte ser el tipo de hombre que busco», observó para sí, meditabundo. «Podría ahorrarme muchas gestiones estos días.»

Curiosamente, tras sólo tres o cuatro minutos de conversación con el chico, presintió una marcada eficiencia natural. Algo le decía que el chico lo haría bien.

CAPÍTULO IV

El aspecto de Frank Cowperwood en aquel momento era, cuando menos, atractivo y satisfactorio. La naturaleza había previsto que alcanzara el metro setenta y siete de alto. Tenía la cabeza grande, bien formada, de aspecto especialmente comercial, cubierta de encrespado pelo castaño oscuro, y que se sostenía sobre un par de hombros cuadrados y un cuerpo fornido. Sus ojos ya tenían el aspecto que se adquiere tras años de aguda reflexión. Eran inescrutables y no dejaban traslucir nada. Tenía un paso elástico, ligero y confiado al andar. La vida no le había propinado golpes duros ni rudos despertares. No se había visto forzado a sufrir enfermedad, ni dolor, ni privación de ningún tipo. Veía que había gente más rica que él, pero él esperaba llegar a ser rico. Su familia era respetada y su padre estaba bien situado. No le debía nada a nadie. Una vez permitió que un pequeño pagaré venciera en el banco, y su padre montó tal escándalo que nunca lo olvidó. «Preferiría andar arrastrándome a cuatro patas antes de permitir que se protestara uno de mis pagarés», observó el viejo caballero; y esto hizo que se le grabara en la mente lo que no era necesario enfatizar tan vehementemente: la importancia del crédito. Nunca se protestó ni venció ningún documento suyo después de ese incidente debido a su negligencia.

Resultó ser el empleado más eficiente que hubiera conocido nunca la casa de Waterman & Co. En un primer momento, lo pusieron en contabilidad como ayudante, para reemplazar al despedido señor Thomas Trixler, y al cabo de dos semanas, George dijo:

—¿Por qué no nombramos a Cowperwood jefe de contabilidad? Ya sabe más de lo que Sampson llegará a saber nunca.

—De acuerdo, George, cámbialo, pero no te alborotes demasiado. No será contable durante mucho tiempo. Quiero comprobar si será capaz de hacerse cargo de algunas de estas transferencias por mí dentro de poco.

Los libros de los señores Waterman & Co., aunque bastante complicados, eran un juego de niños para Frank. Los examinaba con una facilidad y una rapidez que sorprendían a su antiguo superior, el señor Sampson.

—Ese tipo —dijo Sampson a otro empleado el primer día que vio trabajar a Cowperwood— es demasiado rápido. Terminará cometiendo algún error. Conozco a los de esa clase. Espera un poco hasta que tengamos uno de esos días de muchos créditos y transferencias urgentes.

Pero el error que el señor Sampson había anticipado no se materializó. En menos de una semana, Cowperwood conocía la situación financiera de los señores Waterman tan bien como ellos, o mejor, hasta el último dólar. Sabía cómo estaban distribuidas sus cuentas, de qué sector sacaban mayores beneficios, quién enviaba buen y mal producto: la variación de los precios a lo largo de un año daba toda esa información. Para satisfacerse a sí mismo revisó ciertas cuentas en el libro de contabilidad, verificando así sus sospechas. La contabilidad no era algo que le interesara, aparte de

para que quedaran los registros por escrito, para que sirviera como demostración de la vida de una empresa. Sabía que no se dedicaría a eso durante mucho tiempo. Surgiría alguna otra cosa; pero vio al instante en qué consistía el negocio de los comisionistas de grano, hasta el último detalle. Vio cómo por falta de mayor actividad a la hora de ofrecer las mercancías enviadas —mayor comunicación con las compañías navieras y con los compradores, un mejor acuerdo de trabajo con los comisionistas de los alrededores— esta casa, o más bien, sus clientes, puesto que ella no tenía nada, soportaba unas pérdidas importantes. Un hombre expedía un remolcador o un carro de fruta o verduras a un mercado supuestamente estable o al alza, pero si otros diez hombres hacían lo mismo al mismo tiempo, u otros comisionistas estaban saturados de fruta y verduras, y no hubiera forma de deshacerse de ellas en un espacio de tiempo razonable, el precio tenía que caer. Todos los días llegaban remesas especiales. Al instante se le ocurrió que sería de mucha más utilidad a la casa haciéndose cargo de los grandes cargamentos, pero vaciló a la hora de decir algo tan pronto. Con total probabilidad, las cosas se ajustarían solas al cabo de poco tiempo.

Los Waterman, Henry y George, estaban enormemente satisfechos con la forma en la que llevaba sus cuentas. Había cierta sensación de seguridad simplemente con su mera presencia. Pronto comenzó a llamar la atención del hermano George hacia la condición de ciertas cuentas, haciendo sugerencias sobre su posible liquidación o suspensión, lo que agradó enormemente a aquel individuo. Vio la posibilidad de aligerar sus propias tareas mediante la inteligencia de este joven, mientras que, al mismo tiempo, desarrollaba una agradable sensación de compañerismo con él.

El hermano Henry estaba a favor de hacerle una prueba trabajando fuera. No siempre era posible satisfacer los pedidos con las existencias que tenían a mano, y alguien tenía que salir a la calle o ir a la lonja para comprar, y normalmente era él el que lo hacía. Una mañana, cuando los documentos de embarque indicaban un probable exceso de harina y escasez de grano —Frank fue el primero en darse cuenta —, el mayor de los Waterman lo llamó a su oficina y le dijo:

—Frank, me gustaría que te encargaras de ver qué puedes hacer con esta situación con la que nos enfrentamos en la calle. Mañana vamos a estar saturados de harina. No podemos pagar cargos por almacenaje y con los pedidos que tenemos no acabaremos con ella. Andamos cortos de grano. Quizá podrías negociar con algunos de esos agentes para deshacernos de la harina y conseguirme suficiente grano para completar estos pedidos.

—Me gustaría intentarlo —dijo su empleado.

Sabía por sus libros dónde estaban las distintas casas comisionistas. Sabía lo que la lonja y los distintos comisionistas que negociaban con estos productos tenían que ofrecer. Esto era lo que le gustaba hacer: ajustar una dificultad comercial de este tipo. Fue agradable estar en la calle de nuevo, ir de un sitio a otro. No le gustaba trabajar en un escritorio, anotando en los libros y estudiándolos detenidamente. Como dijo años más tarde, su cerebro era su oficina. Se apresuró hasta el comisionista más

importante para enterarse del estado en el que estaba el mercado de la harina, y para ofrecer su superávit al mismo precio que habría esperado obtener si no se hubieran encontrado con una posible saturación. ¿Querían comprar seiscientos barriles de harina de primera calidad con entrega inmediata (cuarenta y ocho horas era lo que se consideraba inmediato)? La ofrecería a nueve dólares justos, en el barril. No la querían. La ofreció por partes, y algunos aceptaron quedarse con una parte y otros con otra. Al cabo de una hora más o menos lo tenía todo asegurado salvo un lote de doscientos barriles, que decidió ofrecer conjuntamente a un famoso agente llamado Genderman con el que su empresa no hacía negocios. Este último, un hombre grande con el pelo canoso rizado, la cara curtida y aun así regordeta y unos ojos pequeños que se asomaban al exterior sagazmente a través de abultados párpados, miró a Cowperwood con curiosidad cuando este entró.

—¿Cómo se llama, joven? —le preguntó, echándose hacia atrás en su silla de madera.

—Cowperwood.

—¿Entonces trabaja para Waterman & Co.? Sin duda quiere marcarse un tanto. ¿Es por eso por lo que ha venido hasta mí? —Cowperwood se limitó a sonreír—. Bien, me quedo con su harina. La necesito. Factúrenmela.

Cowperwood se marchó apresuradamente y se fue directo a una empresa de corredores de Walnut Street con los que trabajaba su empresa, e hizo que pujaran por el grano que necesitaba al precio prevalente. Después volvió a la oficina.

—Bien —dijo Henry Waterman cuando él le hubo informado—, lo has hecho muy rápido. Le vendiste al viejo Genderman doscientos barriles directamente, ¿no? Eso está muy bien. No es uno de nuestros clientes, ¿no?

—No, señor.

—Eso me parecía. Bueno, si eres capaz de hacer este tipo de cosas en la calle, no pasarás mucho más tiempo con los libros.

A partir de entonces y con el tiempo, Frank se convirtió en una figura habitual en el distrito de las comisiones y en la lonja (de productos agrícolas), equilibrando cosas para su empleador, consiguiendo las cosas más dispares que pudieran necesitar, intentando atraer nuevos clientes y deshaciéndose de los excesos de mercancía colocándola en los lugares más inesperados. Los Waterman estaban sin duda atónitos ante su facilidad en este aspecto. Tenía una facultad asombrosa para recibir comentarios agradecidos, hacer amigos y conseguir que lo introdujeran en nuevas esferas. Por las viejas venas de la compañía Waterman empezó a correr vida nueva. Sus clientes estaban más satisfechos. George estaba a favor de mandarlo a los distritos rurales para fomentar el comercio, cosa que al final se hizo.

Cuando se acercaba la Navidad, Henry le dijo a George:

—Tendremos que hacerle a Cowperwood un regalo generoso. No tiene salario. ¿Qué te parecerían quinientos dólares?

—Eso es bastante, tal como están los tiempos que corren, pero supongo que lo

vale. Ciertamente ha hecho todo lo que se esperaba de él, y más. Está hecho a medida para este negocio.

—¿Qué dice del negocio? ¿Lo has oído alguna vez decir si está satisfecho?

—Creo que le gusta bastante. Tú lo ves tanto como yo.

—Bien, pues que sean quinientos. Ese tipo no sería un mal socio para este negocio algún día. Le ha cogido el tranquillo a la perfección. Encárgate de que reciba los quinientos dólares acompañados de unas palabras de parte de los dos.

De modo que la noche antes de Navidad, cuando Cowperwood estaba inspeccionando documentos de embarque y certificados de remesa como paso previo a dejarlo todo en orden de cara al parón de las fiestas, George Waterman se acercó a su escritorio.

—Trabajando duro —dijo de pie bajo la vacilante luz de gas y mirando con gran satisfacción a su enérgico empleado.

Eran las primeras horas de la tarde y la nieve dibujaba un paisaje moteado al otro lado de las ventanas que tenía delante.

—Sólo unos cuantos puntos antes de terminar —sonrió Cowperwood.

—Mi hermano y yo nos hemos sentido especialmente satisfechos con la manera en la que has realizado el trabajo durante los últimos seis meses. Queríamos reconocértelo de alguna forma y hemos pensado que quinientos dólares serían algo apropiado. Empezando el uno de enero te daremos un salario regular de treinta dólares a la semana.

—Les estoy muy agradecido, sin duda —dijo Frank—. No esperaba tanto. Es mucho. Aquí he aprendido muchas cosas que me alegro de saber.

—¡No hay de qué! Sabemos que te lo has ganado. Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras. Nos alegramos de tenerte con nosotros.

Cowperwood sonrió con aquel gesto suyo cordial y afable. Se sentía muy cómodo ante esta muestra de aprobación. Tenía un aspecto alegre y jovial con su ropa buena de *tweed* inglés.

Aquella noche de camino a casa especuló sobre la naturaleza de este negocio. Sabía que no iba a quedarse allí durante mucho tiempo, a pesar de este regalo y de la promesa del sueldo. Le estaban agradecidos, por supuesto; y ¿por qué no iban a estarlo? Era eficiente, y lo sabía; con él todo transcurría sin problemas. Pero nunca se le había ocurrido pensar que perteneciera al reino de los empleados. Esos seres eran los que deberían trabajar para él, y los que terminarían haciéndolo. No había nada salvaje en su actitud, ni rabia contra el destino, ni un miedo oscuro al fracaso. Estos dos hombres para los que trabajaba no eran a sus ojos más que personajes —su negocio tenía significado por sí mismo—. Veía sus debilidades y sus carencias como hubiera podido verlas un hombre de mucha más edad en un niño.

Aquella noche después de cenar y antes de marcharse para visitar a su chica, Marjorie Stafford, le dijo a su padre lo del regalo de quinientos dólares y lo del sueldo que le habían prometido.

—Eso es espléndido —dijo el padre—. Te está yendo mucho mejor de lo que pensaba. Imagino que te quedarás allí.

—No. Creo que lo dejaré en algún momento del año que viene.

—¿Por qué?

—Bueno, esto no es exactamente lo que quiero hacer. Está bien, pero creo que preferiría probar qué tal se me da como corredor. Eso me gusta.

—¿No crees que estás cometiendo una injusticia con ellos al no decírselo?

—En absoluto. Ellos me necesitan —dijo mientras se inspeccionaba en un espejo enderezándose la corbata y ajustándose el abrigo.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—No. Voy a hacerlo ahora.

Salió al comedor, donde se encontraba su madre, y rodeando su pequeño cuerpo con sus brazos, dijo:

—¿Qué te parece, mami?

—Bueno, ¿qué? —preguntó ella mirándole a los ojos afectuosamente.

—Me han dado quinientos dólares esta tarde, y me darán treinta a la semana el año que viene. ¿Qué quieres por Navidad?

—Nada. No quiero nada. Tengo a mis hijos.

Él sonrió:

—De acuerdo. Pues que no sea nada, entonces.

Pero ella sabía que él le compraría algo.

Salió, parándose un momento en la puerta para coger a su hermana por la cintura juguetonamente, y diciendo que volvería sobre medianoche, salió apresuradamente hacia la casa de Marjorie porque le había prometido llevarla a un espectáculo.

—¿Hay algo que quieras por Navidad este año, Margy? —preguntó después de besarla en el pasillo tenuemente iluminado—. Esta noche me han dado quinientos dólares.

Ella era una cosita inocente de sólo quince años, sin ninguna picardía ni astucia.

—No hace falta que me compres nada.

—¿Que no hace falta? —preguntó apretándole la cintura y besándola en la boca otra vez.

Era magnífico desenvolverse así en el mundo y pasárselo tan bien.

CAPÍTULO V

El octubre siguiente, cuando había pasado ya su dieciocho cumpleaños hacía casi seis meses, y sintiendo la seguridad de que no querría volver a tener nada que ver nunca más con el negocio de las comisiones del grano tal como lo llevaban en Waterman & Co., Cowperwood decidió cortar sus relaciones con ellos y entrar a trabajar a las órdenes de Tighe & Co., banqueros y agentes de bolsa.

El encuentro con Tighe & Co. había tenido lugar durante el cumplimiento habitual de sus obligaciones como corredor libre de Waterman & Co. Desde el principio, el señor Tighe mostró un marcado interés por este joven y diestro emisario.

—¿Qué tal les va el negocio a ustedes? —solía preguntar afablemente, o— ¿Se están encontrando con que les dan muchos pagarés estos días?

Debido a la situación inestable del país, la hiperinflación de los valores, la agitación causada por la esclavitud y demás, la perspectiva era que se avecinaban tiempos difíciles. Y Tighe —aunque él mismo no habría sabido explicar por qué— estaba convencido de que merecía la pena hablar con este joven de esos asuntos. En realidad no tenía edad suficiente como para saber, y aun así sí que sabía.

—Ah, nos van bastante bien las cosas, señor Tighe, muchas gracias —solía contestar Cowperwood.

—Déjeme que le diga —le dijo a Cowperwood una mañana— que esta agitación por la esclavitud, si no se para, nos va a traer problemas.

Un esclavo negro propiedad de un visitante de Cuba acababa de ser secuestrado y liberado porque las leyes de Pensilvania hacían de la libertad el derecho de cualquier negro que entrara en el estado, aunque fuera sólo en tránsito hacia otra parte del país, y a causa de eso había una gran excitación. Varias personas habían sido arrestadas y los periódicos estaban tratando el asunto concienzudamente.

—No creo que el Sur vaya a apoyar este asunto. Nos está causando problemas en el negocio y lo mismo les debe de estar ocurriendo a otros. Cualquier día de estos tendremos una secesión, eso está más claro que el agua. —Su forma de hablar tenía un sutil deje irlandés.

—Se nos viene encima, creo —dijo Cowperwood en voz baja—. A mi juicio no se puede arreglar. El negro no vale tanta agitación, pero seguirán alborotando por él; la gente sentimental siempre actúa así. No tienen otra cosa que hacer. Está afectando a nuestro comercio en el Sur.

—Eso pensaba. Es lo que la gente me dice.

Se volvió hacia un nuevo cliente cuando Cowperwood salió, pero de nuevo el chico lo había sorprendido por ser indescriptiblemente sólido y profundo en sus reflexiones sobre los asuntos financieros. «Si ese joven quisiera un puesto, se lo daría», pensó.

Finalmente le dijo un día:

—¿Qué te parecería probar qué tal se te da trabajar de operador en la bolsa para

mí? Necesito a un joven aquí. Se va uno de mis empleados.

—Me gustaría —contestó Cowperwood sonriendo y con aspecto de estar muy satisfecho—. Tenía pensado hablar con usted en algún momento.

—Bien, pues si estás preparado y puedes hacer el cambio, tienes las puertas abiertas. Puedes venir en cuanto te venga bien.

—Tendría que dar aviso con una antelación razonable en el otro sitio —dijo Cowperwood en voz baja—. ¿Le importaría esperar una semana o dos?

—En absoluto. No es tan urgente. Ven en cuanto puedas arreglar las cosas. No quiero causarles ningún inconveniente a tus jefes.

Sólo dos semanas más tarde, Frank se marchó de Waterman & Co., interesado, pero aun así nada alterado, por sus nuevas perspectivas. Y fue para gran pena del señor George Waterman. En cuanto al señor Henry Waterman, él se sintió irritado por su deserción.

—Vaya, pensé que te gustaba el negocio —exclamó vehementemente cuando fue informado por Cowperwood de su decisión—. ¿Es un problema de salario?

—No, en absoluto, señor Waterman. Es simplemente que quiero entrar en el negocio de la correduría pura y dura.

—Bueno, es una lástima sin duda. Lo siento. No quiero rogarte si eso contraría tus intereses. Sabes lo que haces. Pero George y yo prácticamente habíamos decidido ofrecerte intereses del negocio al cabo de poco tiempo. Pero ahora coges y te marchas. Maldita sea, hombre, hay mucho dinero en este negocio.

—Lo sé —sonrió Cowperwood—, pero no me gusta. Tengo otros planes a la vista. Nunca me convertiré en un comisionista de grano.

El señor Waterman no era capaz de comprender ni mínimamente por qué no le interesaba un éxito tan obvio en este campo. Temía el efecto de su partida en el negocio.

Y una vez que hubo hecho el cambio, Cowperwood estuvo convencido de que este nuevo trabajo era más apropiado para él en todos los sentidos —igual de fácil y más rentable, por supuesto—. En primer lugar, la empresa de Tighe & Co., a diferencia de la de Waterman & Co., estaba ubicada en un espléndido edificio en el número 66 de South Third Street, en lo que era entonces, y siguió siendo durante una serie de años más, el corazón del distrito financiero. Las grandes instituciones de gran importancia y reputación nacional e internacional estaban allí cerca y a mano: Drexel & Co., Edward Clark & Co., el Third National Bank, el First National Bank, la bolsa e instituciones similares. Había también casi una veintena de bancos más pequeños y empresas de correduría en las proximidades. Edward Tighe, cabeza y director de esta empresa, era un irlandés de Boston, hijo de un inmigrante que había florecido y prosperado en aquella ciudad conservadora. Había venido a Filadelfia a satisfacer su interés por la vida especulativa de allí. «Está claro que es un lugar excepcional para aquellos de nosotros que andamos despiertos», decía a sus amigos con ligero acento irlandés, y se consideraba a sí mismo muy despierto. Era de estatura media, no muy

robusto, con el pelo ligera y prematuramente canoso, y con una actitud tan alegre y simpática como combativa y autosuficiente. Tenía el labio superior adornado por un bigote corto y gris.

—Que el cielo me proteja —dijo al poco de llegar allí—; estos pensilvanos no te pagan nunca nada por lo que puedan emitir un bono.

Era el periodo durante el cual el crédito de Pensilvania, e igualmente el de Filadelfia, era muy malo a pesar de su gran riqueza.

—Si llega a haber guerra, habrá batallones de pensilvanos marchando y ofreciendo pagarés por sus comidas. Si viviera lo suficiente, podría hacerme rico comprando los pagarés y los bonos de Pensilvania. Creo que en algún momento pagarán, ¡pero son mortalmente lentos! Me habré muerto antes de que el gobierno del estado se ponga al día con los intereses que me debe ya.

Era cierto. La condición de las finanzas del estado y de la ciudad era de lo más reprochable. Tanto el estado como la ciudad eran lo suficientemente ricos, pero había tantas intrigas para saquear la tesorería en ambos casos, que cuando había que llevar a cabo cualquier trabajo, era necesario emitir bonos para recaudar el dinero. Estos bonos, o certificados, como se les llamaba, prometían un interés del seis por ciento; pero cuando ese interés vencía, en lugar de pagarlo, el tesorero de la ciudad o del estado, según fuera el caso, lo sellaba con la fecha de presentación, y el certificado entonces pasaba a devengar intereses no sólo por el valor nominal original, sino también por la cantidad adeudada entonces en concepto de intereses. En otras palabras, poco a poco, el interés se iba convirtiendo en interés compuesto. Pero esto no ayudaba al hombre que quisiera recaudar dinero, ya que como aval no podían hipotecarse por más del setenta por ciento de su valor de mercado y no se vendían a la par, sino al noventa. Se podían comprar o aceptar en ejecución, pero eso suponía una espera muy larga. Además, a la hora del pago final de la mayoría mandaba el favoritismo, porque sólo cuando el tesorero sabía que determinados certificados estaban en manos de «un amigo», anunciaba que iban a pagarse tales y cuales certificados —esos en concreto de los que él tenía noticia.

Lo que es más, el sistema monetario de los Estados Unidos estaba entonces sólo empezando tímidamente a salir de una situación próxima al caos para entrar en una situación que comenzaba a aproximarse al orden. El Banco de los Estados Unidos, cuyo progenitor fue Nicholas Biddle, había desaparecido completamente en 1841, y la Tesorería de los Estados Unidos con su sistema de subtesorería se había implantado en 1846, pero aún había muchísimos bancos estatales, en número suficiente como para hacer que el agente de cambio medio tuviera que ser una especie de enciclopedia de lo que eran las instituciones solventes y las insolventes. Aun así, las cosas iban mejorando lentamente, ya que el telégrafo había facilitado las cotizaciones del mercado de valores, no sólo entre Nueva York, Boston y Filadelfia, sino también entre la oficina del agente local de Filadelfia y su bolsa de valores. En otras palabras, se había introducido el cable corto y privado. La comunicación era más rápida y más

libre, y se iba haciendo mejor cada día.

Se habían construido ferrocarriles hacia el sur, el este, el norte y el oeste. Aún no existían ni el teletipo bursátil ni el teléfono, y la Cámara de Compensación acababa de crearse en Nueva York^[1], pero aún no se había introducido en Filadelfia. En lugar de un servicio de cámara de compensación, había mensajeros que iban corriendo de los bancos a las empresas de correduría, haciendo los balances de las cuentas en sus libros, intercambiando billetes, y una vez a la semana, transfiriendo las monedas de oro, que era lo único que se podía aceptar para los saldos adeudados al no existir una moneda nacional estable. En la bolsa, cuando sonaba el gong que anunciaba el cierre de la actividad del día, un grupo de jóvenes, conocidos como «encargados de liquidaciones», imitando un sistema importado de Londres, se reunía en el centro de la sala y comparaba o reunía las distintas operaciones del día en un círculo, eliminando así todas las ventas y reventas entre determinadas empresas, que se cancelaban unas a otras. Llevaban largos libros de contabilidad y cantaban las transacciones: «Delaware y Maryland vendidos a Beaumont & Co.», «Delaware y Maryland vendidos a Tighe & Co.», y así sucesivamente. Esto simplificaba la contabilidad de las varias empresas y daba lugar a que las transacciones comerciales fueran más rápidas y más estimulantes.

Cada alta en la bolsa se vendía a dos mil dólares. Los miembros de la bolsa acababan de aprobar reglas que limitaban la actividad comercial al intervalo entre las diez y las tres (antes de esto el horario comercial era cualquier momento entre la mañana y la medianoche), y habían fijado las tarifas a las que podían comerciar los agentes, en vista de las intrigas despiadadas que habían tenido lugar antes. Se establecieron severas penalizaciones para los que no obedecieran. En otras palabras, las cosas estaban tomando forma para un gran negocio en bolsa, y Edward Tighe pensaba, junto con otros agentes, que tenía un gran futuro por delante.

CAPÍTULO VI

La familia Cowperwood estaba por esta época establecida en su nueva, más grande y elegantemente amueblada casa de la calle North Front Street, mirando al río. La casa tenía cuatro plantas de altura y casi ocho metros de fachada a la calle, sin patio.

Aquí la familia empezó a recibir invitados a pequeña escala y, de vez en cuando, venían a verlos representantes de las distintas empresas que Henry Cowperwood se había ido encontrando en su escalada ascendente hasta su puesto de cajero. No eran invitados muy distinguidos, pero entre ellos se incluían una serie de personas que gozaban de tanto éxito como él —directores de pequeños negocios que hacían operaciones con su banco, comerciantes de productos textiles, piel, comestibles (al por mayor) y grano—. Los hijos habían llegado a desarrollar amistades propias. De vez en cuando, a través de contactos de la iglesia, la señora Cowperwood se aventuraba a dar un té o una recepción por la tarde, durante las que incluso Cowperwood padre intentaba hacer el papel de caballero galante saludando de pie de manera ridículamente afable a quienes su esposa había invitado. Y siempre y cuando pudiera mantenerse gravemente solemne sin que se le exigiera decir mucho, no le resultaba excesivamente molesto. A veces se permitían un poco de canto, ocasionalmente se bailaba un poco, y tenían «compañía para cenar», de manera informal, con considerablemente más frecuencia de la que la habían tenido antes.

Y fue aquí, durante su primer año de vida en esta casa, donde Frank conoció a una tal señora Semple, que le interesó enormemente. Su marido tenía un pretencioso almacén de calzado en Chestnut Street, cerca de Third, y tenía intención de abrir un segundo un poco más abajo en la misma calle.

La ocasión del encuentro fue una visita vespertina por parte de los Semple, ya que el señor Semple estaba deseoso de hablar con Henry Cowperwood con respecto a un nuevo artilugio de transporte que estaba llegando al mundo —específicamente, el tranvía—. Se había puesto en funcionamiento una línea provisional, integrada en la North Pennsylvania Railway Company^[1], a lo largo de algo menos de dos kilómetros y medio de vías, que iba desde Willow Street pasando por Front hasta Germantown Road, y desde allí a lo largo de varias calles hasta lo que se conocía entonces como la Terminal de Cohocksink; y se pensaba que con el tiempo este modo de locomoción terminaría expulsando a los cientos de omnibuses tirados por caballos que ahora atestaban las calles del centro hasta hacerlas intransitables. El joven Cowperwood había sentido un gran interés desde el principio. En cualquier caso, el transporte por ferrocarril le interesaba en general, pero esta fase en particular le resultaba de lo más fascinante. Ya estaba dando lugar a que se hablara ampliamente de ello, y él, junto con otros, ya había ido a verlo. Un tipo nuevo de coche, extraño aunque interesante, de algo más de cuatro metros de largo, dos metros de ancho y casi de igual altura, que se desplazaba sobre pequeñas ruedas de hierro y que estaba causando gran

satisfacción porque era más silencioso y viajaba con más suavidad que los omnibuses; y Alfred Semple estaba valorando en secreto la posibilidad de invertir en otra línea propuesta que había de recorrer las calles Fifth Street y Sixth Street, si lograban conseguir de la asamblea legislativa una licencia exclusiva.

Cowperwood padre preveía un gran futuro para este medio de transporte, pero lo que no veía todavía era cómo se iba a recaudar el capital necesario. Frank creía que Tighe & Co. deberían intentar convertirse en los agentes que vendieran las nuevas acciones de la Fifth and Sixth Street Company, ante la eventualidad de que tuvieran éxito en conseguir la licencia exclusiva. Tenía entendido que ya se había formado una compañía, que se iba a emitir una gran cantidad de acciones contra la posible licencia y que estas participaciones se iban a vender a cinco dólares, contra un valor nominal definitivo de cien. Pensaba que ojalá tuviera suficiente dinero como para quedarse con un buen paquete de ellas.

Mientras tanto, Lillian Semple atrajo y mantuvo su interés. Exactamente qué era lo que hacía que lo sedujera a esta edad sería difícil de decir, porque en realidad no era apropiada para él sentimentalmente, ni intelectualmente, ni en ningún otro aspecto. Él no carecía de experiencia con otras mujeres y chicas, y aún mantenía una relación incierta con Marjorie Stafford; pero Lillian Semple, a pesar del hecho de que estaba casada y de que él pudiera tener cierto interés legítimo en ella, parecía ser no más inteligente y más sensata, sino más rentable. Tenía veinticuatro años frente a los diecinueve de Frank, pero resultaba aún lo suficientemente joven por su forma de pensar y por su aspecto como para parecer de la misma edad que él. Ella era ligeramente más alta —aunque él ya había terminado de crecer (un metro setenta y siete)— y, a pesar de su altura, bien proporcionada, artística en cuanto a su forma y cualidades, y con cierta inconsciente placidez del alma, que procedía más de la falta de comprensión que de la fuerza del carácter. Tenía el pelo del color de las nueces secas, abundante e intenso, y su complexión era de cera —cera cremosa—, con los labios de un rosa pálido, y los ojos que cambiaban del gris al azul y del gris al marrón, según la luz a la que se vieran. Tenía las manos delgadas y bien formadas, la nariz recta y la cara artísticamente delgada. No era brillante ni activa, sino más bien sosegada y escultural sin saberlo. Cowperwood se sintió arrebatado por su aspecto. Su belleza estaba a la altura del actual sentido de lo artístico que él tenía. Era preciosa, pensaba él; elegante, majestuosa. Si él pudiera elegir esposa, este era el tipo de chica que a él le gustaría tener.

Aun así, el juicio que Cowperwood hacía sobre las mujeres era más temperamental que intelectual. Concentrado como estaba en su deseo de riqueza, prestigio y preponderancia, se sentía confuso, cuando no cohibido, por consideraciones relativas a la posición, a la respetabilidad y otras similares. No obstante, la mujer hogareña no significaba nada para él. Mientras que la mujer apasionada significaba mucho. Oía hablar en conversaciones familiares sobre esta o la otra alma sacrificada entre las mujeres, así como entre los hombres —mujeres que

trabajaban y se esclavizaban por sus maridos o por sus hijos, o ambos, que cedían ante los parientes o los amigos en épocas de crisis o en momentos cruciales, porque eso era lo adecuado o resultaba amable—, pero estas historias no llamaban su atención. Prefería pensar en las personas —incluso en las mujeres— como honesta y francamente egoístas. No habría sido capaz de explicar por qué. La gente parecía estúpida, o en el mejor de los casos desafortunada, al no saber qué hacer en todas las circunstancias y cómo protegerse. Se hablaba mucho de moralidad, se alababan mucho la virtud y la decencia, y los que se creían moralmente superiores levantaban mucho las manos en señal de horror ante aquellos que faltaban, o que se rumoreaba que habían faltado, al séptimo mandamiento. Él no se tomaba estos comentarios en serio. Ya lo había roto en secreto muchas veces. Otros jóvenes también lo hacían. Una vez más, estaba un poco cansado de las mujeres de las calles y de las del burdel. Había demasiados aspectos burdos y pérfidos que tenían que ver con aquellos contactos. Durante un tiempo, el brillo de los oropeles de la casa de mala reputación atrajo su atención, porque su lujo ejercía cierta fuerza —intenso, por norma general, de mobiliario rojo y mullido, cortinajes rojos y llamativos, algunos cuadros toscos ostentosamente enmarcados y, sobre todo, las mujeres de cuerpos fuertes o sensualmente débiles que moraban allí para (según lo expresaba su madre) preñar sobre los hombres—. La fuerza de sus cuerpos, la lujuria de sus almas y el hecho de que pudieran, con una muestra de afecto o de bondad, recibir a un hombre detrás de otro, en un primer momento le dejaba atónito y más tarde, le asqueó. Después de todo, no eran inteligentes. Allí no había vivacidad de pensamiento. Lo único que sabían hacer, mayormente, según pensaba, era esta única cosa. Intentaba imaginarse el desánimo de la mañana siguiente, los posos rancios de las cosas cuando sólo el sueño y la idea de las ganancias podrían ayudar un poco; y más de una vez, ya a esta edad, movió la cabeza negativamente. Él deseaba un contacto más íntimo, sutil, individual y personal.

Y entonces llegó Lillian Semple, que no era para él más que la sombra de un ideal. Aun así, le aclaró ciertas ideas suyas referentes a las mujeres. Físicamente no era ni tan vigorosa ni tan brutal como aquellas otras mujeres a las que había conocido en los lupanares hasta entonces —brutas y desvergonzadas, que contravenían las teorías y las nociones aceptadas—, y por esa misma razón, le gustó. Y sus pensamientos seguían centrados en ella a pesar de los días frenéticos que ahora se le pasaban veloces como el rayo en su nuevo empleo. Porque este mundo de la bolsa en el que ahora se encontraba, por muy primitivo que hoy nos pueda parecer, era de lo más fascinante para Cowperwood. La sala a la que iba en Third Street con Dock, donde se reunían hasta ciento cincuenta corredores o sus agentes y los empleados, no tenía nada reseñable artísticamente hablando —una sala cuadrada de casi veinte por veinte metros que iba desde la segunda planta hasta el tejado de un edificio de cuatro plantas—, pero a él le resultaba impresionante. Las ventanas eran altas y estrechas, un reloj de gran esfera miraba hacia la entrada oeste de la sala por donde se accedía

desde las escaleras, y una serie de instrumentos telegráficos, junto con sus correspondientes sillas y escritorios, ocupaban la esquina noreste. En el suelo, durante los primeros días de la bolsa, había hileras de sillas donde los corredores se sentaban mientras los variados lotes de acciones se les iban ofreciendo. Más adelante en la historia de la bolsa se quitaron las sillas y se introdujeron postes o carteles verticales en distintos puntos que indicaban dónde se negociaba con determinadas acciones, y los hombres interesados en ellas se reunían a su alrededor para hacer su negocio. Desde un pasillo de la tercera planta una puerta daba entrada a la tribuna de visitantes, pequeña y pobremente amueblada, y en la pared oeste, había una gran pizarra en la que aparecían los valores actuales de las acciones según la información llegada por telégrafo desde Nueva York y Boston. En el centro de la sala había una especie de valla que rodeaba el escritorio y la silla del registrador oficial, y una minúscula galería se abría desde la tercera planta en la parte oeste para dar paso al secretario de la junta cuando tuviera que hacer algún anuncio especial. Había una sala en la esquina sudoeste donde se recogían los informes y los compendios anuales de los socios y desde donde se avisaba con distintas señales que se tenían determinadas acciones y que estaban a disposición de los socios.

Al joven Cowperwood no lo habrían admitido bajo ningún concepto, ni como corredor ni como agente o ayudante de corredor, de no haber sido por Tighe, que con la idea de que lo necesitaba y creyendo que le sería muy útil, le compró un puesto en la bolsa; cargando los dos mil dólares que le costó como deuda y haciéndolo después en apariencia socio suyo. Iba contra las normas de la bolsa simular asociaciones de este modo para colocar a un hombre en el parqué, pero los corredores lo hacían. Estos hombres conocidos por ser socios menores y ayudantes del parqué eran denominados burlescamente como «cazadores de octavos» y «corredores de dos dólares» porque siempre andaban buscando pequeñas órdenes y estaban dispuestos a comprar o vender para cualquiera por una comisión, por supuesto dando cuenta a sus empresas de su trabajo. Cowperwood, independientemente de sus méritos intrínsecos, fue considerado desde el principio uno de ellos y quedó bajo la dirección del señor Arthur Rivers, el operador de bolsa habitual de Tighe & Co.

Rivers era un hombre de treinta y cinco años, extremadamente enérgico, bien vestido, bien proporcionado, de rostro duro, fino y perfilado, adornado con un negro y delgado bigote y unas cejas negras y claramente delineadas. El pelo le llegaba hasta un punto extraño en mitad de la frente, donde lo partía, y en la barbilla tenía un ligero y atractivo hoyuelo. Tenía la voz suave y sus modales eran moderados y conservadores, y tanto dentro como fuera de este mundo de la correduría y de las acciones, sus modales estaban siempre controlados por las buenas formas. Al principio Cowperwood se preguntaba por qué trabajaría Rivers para Tighe —parecía igual de capaz—, pero después se enteró de que era parte de la empresa. Tighe era el organizador y el que se dedicaba a ir saludando a todo el mundo, y Rivers era el operador de bolsa y el corredor libre.

Era inútil, como Frank pronto descubrió, intentar deducir con exactitud por qué las acciones subían y bajaban. Había algunas razones de carácter general, por supuesto, tal como le explicó Tighe, pero no siempre se podía uno fiar de ellas.

—Claro, cualquier cosa puede dar lugar a un mercado o romperlo —le explicó Tighe con su delicado deje irlandés—, desde la caída de un banco hasta el rumor de que el primo lejano de tu abuela está resfriado. Es un mundo muy poco convencional, Cowperwood. Nadie puede explicarlo. He visto bruscas caídas en picado de acciones que no se podrían explicar en absoluto; nadie podría. No sería posible averiguar por qué cayeron. Y he visto cómo ocurrían subidas de la misma manera. ¡Dios mío, los rumores de la bolsa! Ni el diablo sabe de qué van. Si bajan en un momento normal, alguien está descargando, o están manipulando el mercado. Si suben —bien sabe Dios que deben ser buenos tiempos o que alguien está comprando—, eso está claro. Aparte de eso, pues pídele a Rivers que te enseñe cómo funciona todo. Pero no pierdas nunca para mí. Eso es pecado capital en esta oficina, dijo haciendo una mueca maliciosa ante su comentario, aunque fuera amablemente.

Cowperwood lo entendió; mejor que nadie. Este mundo sutil le gustaba. Iba con su temperamento.

Había rumores, rumores y más rumores de grandes empresas relacionadas con el ferrocarril y el tranvía, de urbanizaciones de terrenos, de que el gobierno iba a revisar los gravámenes, de guerra entre Francia y Turquía, de hambruna en Rusia o Irlanda, y así sucesivamente. El primer cable transatlántico no se había colocado todavía y las noticias de cualquier tipo que llegaban del extranjero eran lentas y escasas. Aun así había grandes figuras de las finanzas en el lugar, hombres como Cyrus Field, o William H. Vanderbilt, o F. X. Drexel^[2] que estaban haciendo cosas maravillosas, y sus actividades y los rumores que tenían que ver con ellas valían mucho.

Frank pronto aprendió todos los detalles técnicos de la situación. Un «toro», aprendió, era aquel que compraba anticipándose a un precio mayor en el futuro; y si se «cargaba» con una «línea» de acciones, entonces se decía que era «largo». Vendía para «materializar» sus beneficios, o si sus márgenes habían desaparecido, entonces estaba «limpio». Un «oso» era el que vendía acciones que con frecuencia no tenía, anticipándose a una bajada de precios, ante la que él compraría y saldaría sus deudas previas. Iba «corto» cuando había vendido lo que no tenía, y «cubría» cuando compraba para cumplir con sus ventas y para materializar sus beneficios o para protegerse contra pérdidas mayores en caso de que los precios subieran en lugar de bajar. Estaba en una «esquina» cuando se encontraba con que no podía comprar para restituir las acciones que había tomado prestadas para traspaso y cuya devolución le habían exigido. Se veía entonces obligado a pagar prácticamente al precio fijado por aquellos a los que él y otros «cortos» habían vendido.

Al principio se sonreía ante los aires de gran secretismo y de saber hacer mostrados por parte de los jóvenes. Desconfiaban de manera exagerada y tonta. Los hombres mayores, por norma general, eran inescrutables. Simulaban indiferencia,

incertidumbre. Y sin embargo eran como determinados tipos de pez tras determinado tipo de cebo. ¡Un chasquido y la oportunidad había desaparecido! Otro había cogido lo que tú querías. Todos llevaban pequeños cuadernos, y todos entrecerraban los ojos de una manera peculiar, o tenían una postura o un movimiento que significaba: «¡Hecho!», «¡Te tengo!». A veces parecía que ni siquiera confirmaban sus compras o sus ventas —de lo bien que se conocían—, pero lo hacían. Si el mercado estaba activo por alguna razón, era probable que los operadores y sus agentes fueran más numerosos que si estaba tranquilo y el comercio era indiferente. A las diez sonaba un gong que llamaba a la actividad, y si había una subida o bajada notoria en algunas acciones o grupo de acciones, podías ser testigo de una escena bastante animada. Entre cincuenta y cien hombres se ponían a gritar, a gesticular y a dar empujones a diestro y siniestro en un balanceo aparentemente sin objeto, esforzándose por sacar partido a las acciones ofrecidas o requeridas.

—Cinco octavos por quinientas P. y W. —decía alguien, Rivers o Cowperwood, o cualquier otro agente.

—Quinientos a tres cuartos —llegaba la respuesta de otro, que, o bien tenía orden de vender las acciones a ese precio, o bien estaba deseoso de vender en corto, esperando coger una parte suficiente de las acciones más tarde a una cifra inferior para completar su orden y conseguir además otra pequeña ganancia extra. Si la oferta de acciones a esa cifra era grande, Rivers probablemente continuaba ofreciendo cinco octavos. Sin embargo, si se daba cuenta de que había un aumento de la demanda, probablemente pagaba tres cuartos por ellas. Si los operadores de bolsa profesionales pensaban que Rivers tenía una orden de compra grande, probablemente intentarían comprar las acciones antes de que él pudiera hacerlo a tres cuartos, creyendo que podrían vendérselas a él a un precio ligeramente más alto. Los operadores de bolsa profesionales eran, por supuesto, aplicados estudiantes de psicología, y su éxito dependía de su capacidad para adivinar si un agente que representaba a un gran manipulador, como Tighe, tenía una orden lo suficientemente grande como para afectar al mercado lo bastante como para darles una oportunidad de «entrar y salir», como ellos lo llamaban, con beneficios antes de que él hubiera completado la ejecución de su orden. Eran como halcones esperando la oportunidad de quitarle la presa de las garras a sus oponentes.

Cuatro, cinco, diez, quince, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, y a veces todos ellos, intentaban sacar partido de una subida determinada de unas acciones determinadas, o bien vendiendo, o bien ofreciéndose a vender, en cuyo caso la actividad y el ruido se convertían en algo ensordecedor. Determinados grupos podían estar negociando con cosas diferentes, pero la gran mayoría abandonaban lo que estuvieran haciendo para sacar partido a una especialidad. El entusiasmo de ciertos agentes y empleados jóvenes por descubrir lo que pasaba y por sacar partido de cualquier subida o bajada requería una rápida acción física, yendo precipitadamente de acá para allá y comunicándose entre ellos alzando los dedos con gran excitación.

Caras distorsionadas aparecían dando empujones por encima de hombros o por debajo de brazos. Se permitían hacer los gestos más ridículos tanto adrede como de manera inconsciente. A veces había situaciones en las que casi se ahogaba a algún individuo con la profusión de brazos, caras, hombros que se dirigían hacia él cuando manifestaba la más mínima intención de comprar o vender a un precio que pudiera resultar rentable. Al principio le pareció algo maravilloso al joven Cowperwood —su aspecto físico—, porque le gustaba la presencia y la actividad humanas; pero poco más tarde, la sensación de todo aquello como una imagen o una situación dramática de la que él formaba parte se debilitó, al darse cuenta con mayor claridad de los entresijos del problema que tenía ante sí. Comprar y vender acciones, como se dio cuenta pronto, era un arte, una sutileza, casi una emoción psíquica. Las cosas en las que había que ir «largo» eran la sospecha, la intuición y la sensación.

Con el tiempo también llegó a preguntarse quiénes eran los que realmente ganaban dinero, ¿los corredores de bolsa? En absoluto. Algunos de ellos ganaban dinero, pero eran, como vio muy pronto, como bandadas de gaviotas o de petreles de la tempestad, cerniéndose al socaire del viento, hambrientos e impacientes por agarrar a cualquier pez imprudente. Detrás de ellos había otros hombres, hombres de ideas astutas y recursos ingeniosos. Estas acciones representaban las empresas y los valores en cartera de aquellos hombres que disponían de medios inmensos, y que eran los que proyectaban y construían los ferrocarriles, abrían las minas, organizaban las iniciativas comerciales y los que levantaban fábricas enormes. Ellos quizá utilizaran agentes de bolsa u otros agentes para comprar y vender en bolsa, pero estas compras y ventas, debían ser, y siempre lo eran, algo secundario al hecho real: la mina, el ferrocarril, la cosecha de trigo, el molino de harina y así sucesivamente. Todo lo que no fueran ventas directas para producir un beneficio rápido sobre los valores, o compras para mantenerlas como inversión, no era más que simple y llanamente especulación bursátil, y estos hombres eran unos especuladores. Él no era más que el agente de un especulador. En este momento no le suponía ningún problema, pero ahora lo que era ya no representaba ningún misterio para él. Como en el caso de Waterman & Co., evaluó a estos hombres con perspicacia y llegó a la conclusión de que algunos eran débiles, otros tontos, algunos inteligentes, otros lentos, pero por regla general, todos eran de miras estrechas o deficientes porque eran agentes, instrumentos o especuladores. Un hombre, un hombre de verdad, nunca debía ser un agente, ni un instrumento, ni un especulador, y tanto si actuaba para sí como para otros, él los emplearía. Un hombre de verdad, un financiero, nunca era un instrumento. Él utilizaba los instrumentos. Él creaba. Él iba en cabeza.

Con claridad, con mucha claridad, a los diecinueve, veinte y veintiún años de edad, se dio cuenta de todo esto, pero aún no estaba preparado del todo para hacer nada al respecto. Sin embargo, estaba seguro de que su momento llegaría.

CAPÍTULO VII

Mientras tanto, su interés por la señora Semple había ido curiosamente creciendo en secreto. Cuando recibió una invitación para visitar la casa de los Semple, la aceptó con gran placer. La casa estaba ubicada no muy lejos de la suya, en North Front Street, en las proximidades de lo que ahora se conoce como el número 956. En verano, contaba con gran profusión de hojas verdes y de enredaderas. El pequeño porche lateral que adornaba la pared sur gozaba de unas preciosas vistas del río, y todas las puertas y ventanas terminaban en lunetas de pequeños cristales. El interior de la casa no era tan agradable como habría imaginado. Carecía de detalles artísticos que resultaran impresionantes, al menos en cuanto a los muebles se refería, aunque eran nuevos y de buena calidad. Los cuadros eran... bueno, simplemente cuadros. No había nada reseñable en cuanto a los libros: la Biblia, unas cuantas novelas actuales, algunos de los más significativos sobre historia, y una serie de anticuados ejemplares sueltos que serían probablemente libros heredados de parientes. La porcelana era buena, con un delicado dibujo. Las alfombras y el papel de las paredes eran de tonos demasiado fuertes. Y así sucesivamente. Aun así, la personalidad de Lillian Semple merecía la pena, porque mirarla era muy agradable y creaba una estampa dondequiera que se parara de pie o sentada.

No había niños, una carencia de las características propias de su sexo que no era achacable a ella, puesto que anhelaba tenerlos. Carecía de una experiencia notable en cuanto a vida social, sin contar la que había tenido con la familia Wiggin, de la que ella era miembro, sólo la visitaban parientes y algunos amigos del vecindario. Lillian Wiggin, que era su nombre de soltera, tenía dos hermanos y una hermana, quienes vivían todos en Filadelfia y estaban ya casados por esta época, y que pensaban que a ella le había ido muy bien con su matrimonio.

No podía decirse que hubiera amado locamente al señor Semple en ningún momento. Aunque se había casado con él de buen grado, no era el tipo de hombre que pudiera despertar una pasión notable en ninguna mujer. Era práctico, metódico y ordenado. Su zapatería era de las buenas: bien surtida con los estilos de moda en aquel momento y un modelo de limpieza y de lo que podría denominarse como una agradable luminosidad. Le encantaba hablar —cuando lo hacía, para empezar— de la fabricación del calzado y del desarrollo de los distintos estilos y de los últimos modelos. Los zapatos fabricados de manera industrial —parcialmente fabricados a máquina— estaban empezando a tener éxito lentamente, y aparte de estos, de los cuales tenía provisión, empleaba a zapateros que trabajaban en los bancos para satisfacer a sus clientes confeccionando los zapatos completamente a medida.

La señora Semple leía un poco, no mucho. Tenía el hábito de sentarse a veces a reflexionar pensativamente, aunque no se tratara de ningún pensamiento profundo. Pero, sin embargo, tenía esa curiosa belleza de cuerpo que hacía que pareciera algo así como la figura de un antiguo jarrón o como si hubiera salido de un coro griego.

Incuestionablemente, era esta luz la que veía Cowperwood, porque desde el principio era incapaz de quitarle los ojos de encima. De algún modo, ella era consciente de esto, pero no le concedió ninguna importancia. Completamente convencional, satisfecha con la idea de que su vida estaba ahora unida permanentemente a la de su marido, se había acomodado a una existencia formal y tranquila.

Al principio, cuando Frank venía de visita, ella no tenía mucho que contar. Era amable, pero el peso de la conversación recaía sobre su esposo. Cowperwood observaba las variaciones de la expresión de su cara de cuando en cuando, y si ella hubiera sido mínimamente clarividente, debería haber sentido algo. Afortunadamente, no lo era. Semple le hablaba con amabilidad, primero porque Frank estaba empezando a ser financieramente relevante, era afable y halagador, y en segundo lugar, porque estaba ansioso por hacerse más rico, y de alguna manera, Frank representaba el progreso para él en esa línea. Una tarde de primavera se sentaron en el porche y hablaron —de nada especialmente importante— de la esclavitud, de los tranvías, del pánico —estaba ocurriendo entonces el de 1857^[1]— y del desarrollo del Oeste. El señor Semple quería saberlo todo sobre la bolsa. A su vez, Frank le preguntó por el negocio de la zapatería, aunque en realidad no le interesaba. Todo el tiempo, inofensivamente, miraba a la señora Semple. Sus modales eran relajantes, atractivos, deliciosos. Ella les sirvió el té y el pastel. Al cabo del rato pasaron dentro para evitar los mosquitos. Ella tocó el piano. A las diez, él se marchó.

A partir de entonces, durante un año más o menos, Cowperwood compró sus zapatos al señor Semple. Ocasionalmente también se paraba en la tienda de Chestnut Street para charlar. Semple le pedía opinión sobre si era aconsejable comprar acciones de la línea de Fifth Street y Sixth Street, que, habiéndose asegurado el permiso, estaba creando gran excitación. Cowperwood le aconsejó utilizando su mejor criterio. Seguro que serían rentables. Él mismo había comprado cien acciones a cinco dólares la acción, e instó a Semple a hacerlo. Pero a nivel personal, él no le interesaba. A él le gustaba la señora Semple, aunque no la veía con mucha frecuencia.

Más o menos un año más tarde murió el señor Semple. Fue una muerte prematura, uno de esos episodios fortuitos y de alguna manera insignificantes que, sin embargo, resultan ser de un leve dramatismo para aquellos más interesados. Cogió un resfriado de pecho a finales del otoño —una de esas enfermedades que normalmente se atribuyen a haber tenido los pies fríos o a haber salido sin abrigo en un día húmedo— y había insistido en ir a atender su negocio cuando la señora Semple le rogó que se quedara en casa hasta que se recuperara. A su manera, era un hombre muy terco, no de una manera escandalosa, pero sí silenciosamente y de forma soterrada. El negocio era algo tremendamente acuciante. Según la imagen que se había hecho de sí mismo, pronto tendría un valor de cincuenta mil dólares. Y entonces cogió este resfriado — cinco días más de neumonía— y se murió. La tienda de calzado estuvo cerrada varios días y la casa estuvo llena de amigos compasivos y de gente de la iglesia. Hubo un funeral y después un oficio en la iglesia presbiteriana Callowhill, a la que ellos

pertenecían, y después lo enterraron. La señora Semple lloró amargamente. La conmoción de la muerte la afectó muchísimo y la dejó durante un tiempo en un estado depresivo. Uno de sus hermanos, David Wiggin, se hizo cargo de dirigir el negocio de calzados durante un tiempo por ella. No había testamento, pero en el ajuste final, que incluía la venta del negocio de calzado, y no habiendo deseo por parte de nadie de impugnar su derecho a todas las propiedades, ella recibió más de dieciocho mil dólares. Continuó residiendo en la casa de Front Street y pasó a ser considerada una encantadora e interesante viuda.

Durante todo este proceso, el joven Cowperwood, de sólo veinte años, se puso silenciosamente de manifiesto. Los visitó durante la enfermedad. Asistió al funeral. Ayudó a su hermano, David Wiggin, a deshacerse del negocio de calzado. La visitó una o dos veces después del funeral y después, se mantuvo a distancia durante un tiempo considerable. Reapareció a los cinco meses y desde ese momento se convirtió en un visitante a intervalos regulares —periodos de una semana o diez días.

De nuevo sería difícil decir qué era lo que veía en Semple. Su belleza de cualidad cérea lo fascinaba; su indiferencia quizá despertara su alma combativa. Él no habría podido explicar por qué, pero la quería de manera urgente y apasionada. No podía pensar en ella en términos razonables, y no le hablaba mucho de ella a nadie. Su familia sabía que iba a verla, pero en la familia Cowperwood había crecido un profundo respeto por la fuerza mental de Frank. Era simpático, animado, alegre la mayor parte del tiempo, sin ser hablador, y decididamente era un hombre de éxito. Todo el mundo sabía que estaba ganando dinero. Tenía un salario de cincuenta dólares a la semana, y estaba seguro de que pronto ganaría más. Algunos de los lotes de West Filadelfia que había comprado tres años antes habían aumentado considerablemente de valor. Sus valores en cartera de los tranvías se incrementaron en lotes adicionales de cincuenta y cien, y ciento cincuenta acciones en nuevas líneas integradas estaban subiendo lentamente a pesar de la dificultad de los tiempos, desde los cinco dólares iniciales en cada caso a diez, quince y veinticinco dólares la acción; todas destinadas a ir a la par. Gustaba en el distrito financiero y estaba seguro de que tenía por delante un futuro lleno de éxito. Debido a su análisis de la situación de la correduría, había llegado a la conclusión de que no quería ser un especulador de la bolsa. En vez de eso, estaba sopesando la posibilidad de dedicarse a la correduría de letras de cambio, un negocio que, según había observado, era muy rentable y que no conllevaba riesgos, siempre y cuando se tuviera capital. A través de su trabajo y de los contactos de su padre había conocido a mucha gente: comerciantes, banqueros, minoristas. Sabía que podía hacerse con sus asuntos de negocios, o al menos con parte de ellos. La gente de Drexel & Co. y los de Clark & Co. tenían buena relación con él. Jay Cooke^[2], una personalidad de la banca en alza, era amigo personal suyo.

Mientras tanto visitaba a la señora Semple, y mientras más la visitaba, más le gustaba. No había intercambio de ideas brillantes entre ellos; pero él sabía cómo ser tranquilizador y sociable cuando quería. La aconsejó sobre sus asuntos de negocios

de una manera tan inteligente que incluso sus parientes lo aprobaban. Llegó a gustarle a ella por ser tan considerado, tranquilo, reconfortante y tan dispuesto a explicarle las cosas una y otra vez hasta que todo le quedaba claro. Ella veía que él se preocupaba de sus asuntos casi como si fueran los suyos propios, intentando que estuvieran seguros y a salvo.

—Eres tan amable, Frank —le dijo una noche—. Te estoy tremendamente agradecida. No sé qué habría hecho si no hubiera sido por ti.

Ella lo miró a la cara, una cara atractiva que a su vez la miraba, con la simplicidad de una niña.

—En absoluto. En absoluto. Quiero hacerlo. No me habría sentido bien si no hubiera podido hacerlo.

En los ojos de Cowperwood había un rayo peculiar y sutil; no un brillo. Ella sintió afecto por él, comprensión, y se sintió complacida de tener a alguien en quien poder apoyarse.

—Bueno, te estoy muy agradecida en cualquier caso. Has sido muy bueno. Vuelve el domingo, si quieres, o cualquier tarde. Estaré en casa.

Fue mientras la visitaba de esta forma cuando su tío Seneca murió en Cuba y le dejó quince mil dólares. Este dinero le hizo tener casi veinticinco mil dólares propios, y sabía exactamente qué iba a hacer con ese dinero. Desde la muerte del señor Semple se había desatado el pánico, lo que para él había ilustrado con mucha claridad lo inestable que era el negocio de la bolsa. Había una grave depresión comercial. El dinero escaseaba hasta tal punto que podía decirse que ni siquiera existía. El capital, asustado por un comercio y unas condiciones financieras inciertas por todas partes, se retiró a sus escondites en los bancos, cámaras, tetras y medias. El país parecía estar arruinándose. La guerra con el Sur o la Guerra de Secesión se adivinaba vagamente en la distancia. El estado de ánimo de toda la nación era el de un estado de nervios. La gente tiraba sus valores en la bolsa para obtener dinero. Tighe despidió a tres de sus agentes. Redujo los gastos de todas las formas posibles y utilizó todos sus ahorros personales para proteger sus propiedades particulares. Hipotecó su casa y sus terrenos; todo. Y en muchos de los casos, el joven Cowperwood fue su intermediario, llevando bloques de acciones a distintos bancos para obtener de ellos lo que pudiera.

—Ve a ver si el banco de tu padre me prestaría quince mil por estas —le dijo a Frank un día presentándole un lote de acciones de Filadelfia y Wilmington. Frank había oído a su padre hablar de ellas en el pasado diciendo que eran excelentes.

—Deberían ser buenas —dijo dubitativo Cowperwood padre cuando le mostró el paquete de valores—. En cualquier otro momento lo serían. Pero ahora el dinero es muy escaso. Nos resulta tremendamente difícil estos días cumplir con nuestras propias obligaciones. Hablaré con el señor Kugel —el señor Kugel era el presidente.

Hubo una larga conversación; una larga espera. Su padre volvió para decirle que dudaba que pudieran hacerle el préstamo. El ocho por ciento, que se pedía entonces por el dinero, era un interés bajo, teniendo en cuenta la falta que había. Por un diez

por ciento, el señor Kugel podría hacer un préstamo a la vista. Frank volvió hasta su jefe, cuya cólera comercial creció ante las noticias.

—¡Por Dios bendito! ¿Es que no queda ningún dinero en la ciudad? —preguntó beligerantemente—. ¡El interés que piden es ruinoso! No puedo soportar eso. Bien, llévalos de nuevo y tráeme el dinero. ¡Dios mío, esto no va a servir para nada!

Frank regresó:

—Pagaré el diez por ciento —dijo en voz baja.

A Tighe le concedieron un depósito de quince mil dólares con la prerrogativa de poder sacarlo de manera inmediata. Hizo enseguida un cheque por el importe total de los quince mil al Girard National Bank^[3] para cubrir pérdidas allí. Y así iba.

En estos días, el joven Cowperwood seguía estas complicaciones financieras con interés. No le importaba la causa de la esclavitud, ni tampoco lo que se decía sobre la secesión, ni el progreso o el declive general del país, exceptuando los aspectos en los que pudiera afectar a sus intereses más inmediatos. Anhelaba convertirse en un financiero estable, pero ahora que había visto las entrañas del negocio de la correduría de bolsa, no estaba tan seguro de que quisiera permanecer en ella. Especular con las acciones en condiciones producidas por este pánico parecía algo muy arriesgado. Toda una serie de agentes se arruinó. Los vio llegar hasta Tighe con las caras angustiadas pidiéndole que se cancelaran determinadas operaciones. Hasta sus hogares estaban en peligro, le dijeron. Desaparecerían, y sus esposas y sus hijos se quedarían en la calle.

Incidentalmente, este pánico sólo hacía que Frank estuviera aún más seguro de lo que realmente quería hacer; ahora que tenía este dinero, iniciaría su propio negocio. Ni siquiera le tentó la oferta de Tighe de convertirlo en un socio menor.

—Creo que tiene un buen negocio —le explicó al rechazar su oferta—, pero yo quiero entrar en el negocio del corretaje de pagarés por mi cuenta. No me fío de este asunto de la bolsa. Preferiría tener un pequeño negocio propio que todo el del parque de este mundo.

—Pero eres muy joven, Frank —le rebatió su jefe—. Te queda mucho tiempo para poder trabajar por tu cuenta. —Al final se separó amistosamente tanto de Tighe como de Rivers—. Ese es un tipo inteligente —observó Tighe tristemente.

—Conseguiré lo que se proponga —contestó Rivers—. Es el muchacho de esa edad más inteligente que he visto.

CAPÍTULO VIII

El mundo de Cowperwood era de un tono rosado por esta época. Estaba enamorado y tenía dinero propio para poner en marcha su nuevo negocio. Podría coger sus acciones del tranvía y conseguir un setenta por ciento de su valor de mercado. También podía hipotecar sus lotes y conseguir así dinero con ellos, en caso necesario. Había establecido relaciones financieras con el Girard National Bank —el presidente Davison le había cogido cariño— y tenía la intención de conseguir préstamos de esa institución algún día. Lo único que quería eran inversiones apropiadas —cosas sobre las que poder obtener un beneficio seguro y rápido—. Vio buenas perspectivas de conseguir beneficios en las líneas del tranvía, que se desarrollaban rápidamente en ramificaciones locales.

Por esta época se compró un caballo y una calesa —el caballo y el vehículo más atractivos que pudo encontrar—, cuya combinación le costó quinientos dólares, e invitó a la señora Semple a pasear con él. Al principio ella se negó, pero más tarde accedió. Él le había hablado de su éxito, de sus posibilidades, de sus inesperados quince mil dólares y de su intención de empezar en el negocio del corretaje de pagarés. Ella sabía que era probable que el padre de él ascendiera al cargo de vicepresidente del Third National Bank, y a ella le caían bien los Cowperwood. Ahora comenzó a darse cuenta de que allí había algo más que amistad. El chico de antaño era un hombre, y la visitaba. Resultaba casi ridículo a la vista de los hechos —ella era mayor, viuda y con una plácida disposición al retiro—, pero la propia fuerza callada y la determinación de este joven dejaban claro que no se iba a dejar convencer por el sentido de la convención de ella.

Cowperwood no se engañó con nobles teorías de conducta con respecto a ella. Era preciosa, con un encanto mental y físico para él que le resultaba irresistible, y eso era lo único que él deseaba saber. Ninguna otra mujer lo atraía así. Nunca se le ocurrió que no pudieran o no debieran gustarle otras mujeres al mismo tiempo. Había mucha palabrería sobre la santidad del hogar. Pero a él le resbalaba como el agua por las plumas de un pato. No estaba deseoso de su dinero, aunque era muy consciente de que lo tenía. Sentía que podía utilizarlo en beneficio de ella. La quería físicamente. Sentía un interés vivo y primitivo por los hijos que tendrían. Quería descubrir si sería capaz de conseguir que ella lo amara vigorosamente y así arrancar los recuerdos de su vida anterior. Extraña ambición. Extraña perversión, casi podría decirse.

A pesar de sus miedos y de su incertidumbre, Lillian Semple aceptó sus atenciones y su interés porque, igualmente a pesar de ella misma, él la atraía. Una noche, cuando se iba a la cama, se detuvo ante su tocador y se observó la cara, el cuello desnudo y los brazos. Eran muy bonitos. Algo sutil surgió en ella mientras se inspeccionaba el pelo largo y de peculiares matices. Pensó en el joven Cowperwood y entonces le dio un escalofrío y se avergonzó por la visión del difunto señor Semple y por la fuerza y naturaleza de la opinión pública.

—¿Por qué vienes a verme con tanta frecuencia? —le preguntó cuando vino a visitarla la tarde siguiente.

—Ah, ¿no lo sabes? —le contestó él, mirándola de forma esclarecedora.

—No.

—¿Estás segura de que no?

—Sé que te caía bien el señor Semple, y que, como esposa suya, yo también te caía bien. Pero ya no está.

—Y tú estás aquí —contestó él.

—¿Y yo estoy aquí?

—Sí. Me gustas tú. Me gusta estar contigo. ¿No te gusto yo así?

—Pues, nunca lo he pensado. Eres mucho más joven que yo. Tengo cinco años más que tú.

—En años, está claro que sí —dijo él—. Eso no significa nada. Soy quince años mayor que tú en otros aspectos. Sé más de la vida en cosas que tú nunca podrás ni aspirar a saber, ¿no te parece? —añadió suavemente, persuasivamente.

—Bueno, eso es cierto. Pero yo sé muchas cosas que tú no sabes —rio ella suavemente, mostrando sus bonitos dientes.

Era por la tarde. Estaban en el porche lateral. El río estaba ante ellos.

—Sí, pero eso es sólo porque tú eres una mujer. Un hombre no puede aspirar a conocer con exactitud el punto de vista de una mujer. Pero yo estoy hablando de cuestiones prácticas del mundo. En ese aspecto, no eres tan mayor como yo.

—Bueno, ¿y qué más da?

—Nada. Me has preguntado que por qué venía a verte. Por eso. En parte.

Él se refugió en el silencio y se quedó mirando al agua.

Ella lo miró. El atractivo cuerpo de él, que se iba ensanchando lentamente, había alcanzado prácticamente la madurez total. Su cara tenía una expresión casi pueril debido a sus grandes e intensos ojos claros e inescrutables. Ella no habría podido adivinar qué escondían veladamente en sus profundidades. Tenía las mejillas rosadas, las manos no muy grandes, pero sí fibrosas y fuertes. El cuerpo de ella, pálido, incierto y lánguido, producía en él una forma de energía dinámica incluso a aquella distancia.

—No creo que debas venir a verme con tanta frecuencia. A la gente no le parecerá bien. —Se atrevió a adoptar un aire distante y de matrona; el que en un principio adoptaba con él.

—La gente —le dijo él—, no te preocupes por la gente. La gente cree lo que tú quieras que crean. Te ruego que no adoptes ese aire tan distante conmigo.

—¿Por qué?

—Porque me gustas.

—Pero no debes. Está mal. Nunca podré casarme contigo. Eres demasiado joven. Yo soy demasiado mayor.

—¡No digas eso! —dijo él con autoridad—. Eso no tiene sentido. Quiero que te

cases conmigo. Sabes que sí. ¿Y cuándo va a ser?

—Bueno, ¡qué tontería! ¿Cómo se te ocurre una cosa así? —exclamó ella—. Eso no ocurrirá nunca, Frank. ¡No puede ser!

—¿Por qué no puede ser? —preguntó él.

—Porque, bueno, porque soy mayor que tú. A la gente le parecería extraño. No estoy libre desde hace suficiente tiempo.

—Oh, ¡suficiente tiempo de nada! —exclamó él irritado—. Eso es lo único que tengo contra ti, que te preocupas demasiado por lo que piense la gente. Ellos no construyen tu vida. Y desde luego no construyen la mía. Piensa en ti primero. Tienes una vida que construir. ¿Vas a permitir que otra gente se interponga en el camino de lo que tú quieres hacer?

—Pero no quiero hacerlo —sonrió ella.

Él se levantó y se acercó a ella, mirándola a los ojos.

—¿Y? —preguntó ella nerviosa y burlonamente.

Él simplemente la miró.

—¿Y? —inquirió, aturullada.

Él se encorvó para cogerle los brazos, pero ella se levantó.

—No debes acercarte a mí —ella le suplicó con determinación—. Entraré en la casa y no te permitiré venir más. ¡Es terrible! ¡Eres tonto! No debes interesarte por mí.

Ella mostró una gran determinación y él desistió. Pero sólo por el momento. Volvió a visitarla una y otra vez. Entonces, una noche cuando habían entrado a causa de los mosquitos, y cuando ella hubo insistido en que él debía dejar de ir a verla porque sus atenciones empezaban a ser evidentes para otras personas y ella caería en desgracia, él la cogió en sus brazos a pesar de sus protestas desesperadas.

—¡Bueno, vamos a ver! —exclamó ella—. ¡Ya te lo dije! ¡Es una tontería! ¡No debes besarme! ¿Cómo te atreves? ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Ella se soltó y subió unas escaleras cercanas corriendo hasta su habitación. Cowperwood la siguió velozmente. Cuando ella empujaba la puerta, él la obligó a abrirse de nuevo y volvió a cogerla. Le levantó los pies del suelo y la sostuvo transversalmente, echada en sus brazos.

—¿Cómo has podido? —exclamó ella—. No volveré a hablarte nunca más. No volveré a permitir que vuelvas aquí si no me dejas en el suelo ahora mismo. ¡Bájame!

—Te bajaré, cariño —dijo él—. Te bajaré —dijo mientras acercaba la cara de ella a la suya para besarla. Estaba muy excitado.

Mientras ella se retorció y protestaba, él volvió a llevarla a la planta de abajo hasta el salón y se sentó en el gran sillón, sosteniéndola aún fuertemente entre sus brazos.

—¡Ay! —suspiró ella, dejándose caer rendida sobre su hombro cuando él se negó a soltarla. Entonces, debido a la determinación inflexible que mostraba su cara, a una intensa atracción en él, ella sonrió—. ¿Cómo iba a explicarlo si alguna vez llegara a

casarme contigo? —preguntó débilmente—. ¡Tu padre! ¡Tu madre!

—No tienes necesidad de explicar nada. Yo lo haré. Y no tienes que preocuparte por mi familia. A ellos no les importará.

—Pero a la mía sí —se espantó ella.

—No te preocupes por la tuya. Yo no voy a casarme con tu familia. Voy a casarme contigo. Somos económicamente independientes.

Ella volvió a caer en protestas adicionales, pero más la besaba él. Sus caricias tenían una persuasión mortífera. El señor Semple nunca había mostrado un fuego así. Él despertaba en ella una fuerza de sentimientos que no habían estado allí antes. Le producía miedo y vergüenza.

—¿Te casarás conmigo dentro de un mes? —preguntó él alegremente, cuando ella se calló.

—¡Sabes que no lo haré! —exclamó ella nerviosa—. ¡Menuda idea! ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Qué diferencia hay? Al final nos casaremos. —Estaba pensando en lo atractiva que él podría hacerla parecer en otro ambiente. Ni ella ni su familia sabían vivir.

—Bueno, dentro de un mes no. Espera un poco. Me casaré contigo después de algún tiempo, después de que sepas si realmente me quieres.

La apretó con fuerza.

—Te lo demostraré —le dijo él.

—Para, por favor. Me haces daño.

—¿Qué me dices? ¿Dos meses?

—Por supuesto que no.

—¿Tres?

—Bueno, quizá.

—No hay quizá que valga en ese caso. Nos casamos.

—Pero no eres más que un niño.

—No te preocupes por mí. Ya descubrirás lo niño que soy.

De repente él parecía abrir ante ella un mundo nuevo, y se dio cuenta de que en realidad nunca había vivido antes. Este hombre representaba algo más grande y más fuerte de lo que su marido hubiera soñado nunca. Era terrible, irresistible, a su manera joven.

—Bueno, dentro de tres meses, entonces —susurró ella mientras él la mecía apretada entre sus brazos.

CAPÍTULO IX

Cowperwood comenzó en el negocio del corretaje de pagarés con una pequeña oficina en el número 64 de South Third Street, donde muy pronto tuvo el placer de descubrir que sus excelentes antiguos contactos de negocios lo recordaban. Él se dirigía a alguna casa donde sospechara que estuvieran deseosos de obtener dinero en efectivo y se ofrecía a negociar sus pagarés o cualquier otro documento que pudieran emitir al seis por ciento de interés por una comisión, y después, vendía el papel por una pequeña comisión a alguien dispuesto a hacer una inversión segura. A veces su padre, y otras veces otras personas, lo ayudaron con sugerencias sobre el cuándo y el cómo. Sumando las dos partes, podía ganar entre un cuatro y un cinco por ciento del total de la transacción. En el primer año sacó seis mil dólares limpios tras deducir todos los gastos. No era mucho, pero lo estaba aumentando de otra forma que pensaba que le reportaría un gran beneficio en el futuro.

Antes de que la primera línea de tranvías, que era un asunto desastroso, se hubiera colocado en Front Street, las calles de Filadelfia estaban atestadas de cientos de omnibuses sin ballestas que traqueteaban por encima de los duros e irregulares adoquines. Ahora, gracias a la idea de John Stephenson en Nueva York, había llegado la idea del raíl doble, y además de la línea de Fifth Street y Sixth Street (los tranvías atravesaban una calle y volvían a entrar por la otra), que había dado unos dividendos excelentes desde el principio, había otras muchas líneas propuestas o en construcción. La ciudad estaba tan deseosa de ver cómo los tranvías sustitúan a los omnibuses como de ver a las líneas del ferrocarril sustituir a los canales. Había oposición, por supuesto. Siempre la hay en estos casos. Se levantaron voces contra un posible monopolio. Los contrariados y derrotados propietarios y los conductores de los omnibuses hicieron oír sus quejas.

Cowperwood tenía una fe ciega en el futuro del ferrocarril urbano. Como consecuencia de esta idea, arriesgó todo lo que pudo escatimar en nuevas emisiones de acciones de nuevas compañías. Quería estar en una posición de influencia, dondequiera que le fuera posible, siempre, aunque esto resultaba un poco difícil en el asunto de los tranvías, ya que él era demasiado joven cuando empezaron y aún no había podido organizar sus contactos financieros como para que le sirvieran de mucho. La línea de Fifth y Sixth Street, que se había puesto en marcha recientemente, pagaba seiscientos dólares al día. Estaba en pie el proyecto de una línea para Filadelfia oeste (Walnut y Chestnut), al igual que las líneas que ocuparían Second y Third Street, Race y Vine, Spruce y Pine, Green y Coates, Tenth e Eleventh, y así sucesivamente. Las estaban construyendo y estaban respaldadas por poderosos capitalistas que tenían influencia sobre la legislatura estatal y podían, a pesar de las grandes protestas públicas, obtener las licencias. Los cargos de corrupción impregnaban el ambiente. Se decía que las calles tenían mucho valor y que las compañías deberían pagar un impuesto de carretera de mil dólares cada kilómetro y

medio. Sin embargo, estas espléndidas licencias salían adelante, y el público, al enterarse de los beneficios que daba la línea de Fifth Street y Sixth Street, estaba ansioso por invertir. Cowperwood era uno de ellos, y cuando se construyó la línea de Second Street y Third Street, invirtió en ella, y también en la línea de Walnut Street y Chestnut Street. Empezó a vislumbrar la posibilidad de ser él quien controlara una línea, pero de momento no veía exactamente cómo podría hacerlo, puesto que su negocio estaba lejos de ser una mina.

En mitad de estos primeros trabajos se casó con la señora Semple. No hubo ningún gran alboroto, ya que él no lo quería y su futura esposa estaba nerviosa y temía a la opinión pública. La familia de él no lo aprobó por completo. Ella era demasiado mayor, pensaban su padre y su madre, y además Frank, con sus posibilidades, podría haber conseguido a alguien mucho mejor. Su hermana Anna pensaba que la señora Semple había estado urdiendo algo, lo cual, por supuesto, no era cierto. Sus hermanos, Joseph y Edward, estaban interesados sin estar del todo seguros de qué era lo que pensaban, ya que la señora Semple era atractiva y además, tenía dinero.

Fue en un cálido día de octubre cuando él y Lillian fueron al altar, en la Primera Iglesia Presbiteriana de Callowhill Street. Su novia, para satisfacción de Frank, tenía un aspecto exquisito con un vestido de encaje con cola color crema —una creación que había costado meses de trabajo—. Sus padres, la señora de Seneca Davis, la familia Wiggin, hermanos y hermanas, y algunos amigos estuvieron presentes. Él se opuso un poco a esta idea, pero Lillian así lo quiso. Él se mantuvo erguido y correcto en su traje de fino paño negro durante la ceremonia de la boda —porque ella así lo deseaba—, pero más tarde se cambió a un elegante traje de negocios para el viaje. Lo había organizado todo para hacer un viaje de dos semanas a Nueva York y Boston. Cogieron el tren de la tarde hacia Nueva York, hasta donde se tardaban cinco horas en llegar. Cuando por fin estuvieron solos en el Astor House de Nueva York, tras horas fingiendo y tras la simulación de indiferencia en público, él la cogió entre sus brazos.

—Oh, es delicioso —exclamó— tenerte toda para mí solo.

Ella respondió a su entusiasmo con aquella pasividad sonriente y seductora que él había admirado tanto, pero que esta vez estaba fuertemente teñida de un deseo manifiesto. Pensó que nunca se hartaría de ella, de su bello rostro, de sus preciosos brazos, de su cuerpo suave y lánguido. Eran como dos niños, besuqueándose y arrullándose, montando en calesa, saliendo a cenar, visitando los monumentos. Él tenía curiosidad por visitar las secciones financieras de ambas ciudades. Nueva York y Boston le gustaban por parecerle comercialmente sólidas. Se preguntaba, al observar la primera de ellas, si alguna vez se marcharía de Filadelfia. Iba a ser muy feliz allí ahora, pensó, con Lillian y posiblemente con una progenie de pequeños Cowperwood. Iba a trabajar mucho y a ganar dinero. Con sus medios y los de ella bajo su mando, podría convertirse fácilmente en alguien notablemente acaudalado.

CAPÍTULO X

El ambiente que establecieron en la casa a su regreso de la luna de miel significó una gran mejora del gusto con respecto al que había caracterizado la vida anterior de la señora Cowperwood como señora Semple. Habían decidido ocupar la casa de ella, en North Front Street, al menos durante un tiempo. Cowperwood, agresivo en su actual estado de ánimo artístico, había objetado en cuanto se prometieron al estilo de los muebles y los artículos de decoración, o a la falta de ellos, y había sugerido que se le permitiera acondicionarlo de forma más acorde con su idea de lo que resultaba apropiado. Durante los años en los que se había ido convirtiendo en un hombre, había llegado a tener de manera instintiva nociones firmes de lo que era artístico y refinado. Había visto muchas casas más distinguidas y armoniosas que la suya. No se podía pasear o ir en calesa por Filadelfia sin ver y sin sentirse impresionado por la tendencia general hacia una vida social más cultivada y selectiva. Se estaban erigiendo muchas casas excelentes y caras. El césped delantero, con cierto intento por convertirlo en un jardín de flores, estaba alcanzando popularidad. En las casas de los Tighe, los Leigh, de Arthur Rivers y de otros, había visto piezas de arte de cierta distinción —bronces, mármoles, tapices, cuadros, relojes, alfombras.

Le parecía ahora que su casa, comparativamente corriente, podía convertirse en algo encantador por comparativamente poco dinero. El comedor, por ejemplo, que miraba hacia el sur por encima de una extensión de hierba y varios árboles y arbustos a través de dos ventanas simples ubicadas en una pared lateral a la espalda de la veranda y cuya vista alcanzaba hasta donde terminaba la propiedad de los Semple y comenzaba la de un vecino, se podía convertir en algo mucho más atractivo. Aquella verja —de estacas grises y puntiagudas— se podía quitar y colocar un seto en su lugar. La pared que separaba el comedor del salón se podía echar abajo y colocar en su lugar un cortinaje que le resultara agradable. Se podía construir una ventana mirador para reemplazar a las dos ventanas rectangulares actuales —un mirador que llegaría hasta el suelo y que se abriría sobre el césped mediante unas hojas giratorias con cristales emplomados en forma de diamante—. Todos estos muebles lamentables y anodinos, traídos de Dios sabría dónde —en parte heredados de los Semple y de los Wiggin, y en parte comprados— se podían tirar o vender, para traer algo más armonioso. Conocía a un joven de nombre Ellsworth, un arquitecto recién graduado de un colegio local, con el que había fraguado una interesante amistad —una de esas inexplicables inclinaciones del temperamento—. Wilton Ellsworth tenía espíritu de artista, callado, meditabundo, refinado. A partir de una conversación sobre las cualidades de cierto edificio que se estaba levantando en Chestnut Street, y que Ellsworth calificó como atroz, habían terminado hablando del arte en general, o de la falta de él, en Estados Unidos. Y se le ocurrió que Ellsworth era el hombre que podría convertir sus ideas sobre decoración en una exquisitez. Cuando le sugirió el joven a Lillian, ella estuvo plácidamente de acuerdo con él y también con sus ideas sobre

cómo se podría modificar la casa.

De modo que mientras ellos estuvieron fuera de luna de miel, Ellsworth comenzó la remodelación por un coste estimado de tres mil dólares, lo cual incluía los muebles. No se completó hasta casi tres semanas después de su regreso; pero una vez que estuvo terminada, dio lugar a una casa relativamente nueva. El mirador del comedor caía hasta cerca de la hierba, como Frank deseaba, y las ventanas de cristales emplomados con forma de diamante giraban sobre varillas de latón dorado. El salón y el comedor estaban separados por puertas correderas, pero la intención era la de colgar en esa abertura un tapiz de seda que representaba una escena de boda en Normandía. Se usó viejo roble inglés en el comedor y una imitación americana del Chippendale^[1] y del Sheraton para la salita y los dormitorios. Había unas cuantas acuarelas sencillas colgadas aquí y allá, algunos bronce de Hosmer y Powers, una Venus de mármol de Potter^[2], un escultor ahora olvidado, y otras obras de arte — nada especialmente distinguido—. El suelo estaba cubierto de agradables alfombras de colores apropiados. La señora Cowperwood estaba escandalizada por la desnudez de la Venus, que transmitía un ambiente de libertad europea, no muy común en Estados Unidos, pero no dijo nada. Todo era armonioso y relajante, y ella no se sentía capaz de juzgarlo. Frank sabía mucho más de estas cosas que ella. Y después, con una sirvienta y un empleado para todo, comenzaron un programa para recibir invitados a pequeña escala.

Los que recuerdan los primeros años de su vida de casados pueden apreciar mejor los sutiles cambios que esta nueva condición produjo en Frank, ya que, igual que todos los que aceptan el yugo nupcial, se vio hasta cierto punto influido por las cosas de las que se rodeaba. Fundamentalmente, por ciertos rasgos de su carácter, uno se habría imaginado que estaba llamado a ser un ciudadano de eminente respetabilidad y valía. Parecía ser el ideal del hombre de su hogar. Le encantaba volver a casa con su esposa por las tardes, dejando atrás la zona del centro llena de gente, en la que se oía el ruido del tráfico y los hombres se apresuraban de un lado a otro. Aquí sentía que estaba en su sitio y que era físicamente feliz en la vida. La idea de la mesa de comedor con velas encima (idea suya); la idea de Lillian con un vestido de cola de seda azul claro o verde —le gustaba ella vestida de esos colores—; la idea de una gran chimenea con llameantes troncos sólidos de más de un metro y de Lillian acurrucándose en sus brazos absorbía su imaginación inmadura. Como ya se dijo antes, no le interesaban los libros, pero la vida, los cuadros, los árboles, el contacto físico —estos, a pesar de sus ya fascinantes e inteligentes cálculos financieros— lo atrapaban. Ansiaba con todas las fuerzas de su naturaleza vivir rica, lujosa, plenamente.

Y la señora Cowperwood, a pesar de la diferencia de años, parecía ser en esta época la compañera adecuada para él. Una vez que había tomado conciencia, y por el momento, era pródiga en muestras de afecto, sensible y soñadora. Tanto a él como a ella les apetecía tener un bebé y, al poco tiempo, ella le susurró su estado de feliz

buena esperanza. Ella medio había llegado a pensar que quizá fuera responsable de su esterilidad anterior, y se sorprendió con alegría al tener la prueba de que no era así. Le abría nuevas posibilidades; un futuro aparentemente glorioso al que no le tenía miedo. A él le gustaba la idea de tener un hijo que fuese una copia de sí mismo. Este pensamiento era casi codicioso. Durante días y semanas, meses y años, al menos los primeros cuatro o cinco, le proporcionaba una intensa satisfacción llegar a casa por las tardes, pasear por el patio, pasear en calesa con su esposa, invitar a amigos a cenar, hablar con ella para explicarle las cosas que tenía intención de hacer. Ella no entendía sus abstracciones financieras, y él no se molestaba en aclarárselas.

Pero lo atrapaban el amor, su bello cuerpo, sus labios, sus modales tranquilos —el encanto de todas estas cosas combinadas y sus dos hijos, cuando llegaron; dos en cuatro años—. Hacía saltar a Frank hijo, que fue el primero en llegar, sobre sus rodillas, mientras le miraba los piececillos regordetes, los ojos como carbones encendidos, la boca aún casi sin formar, como un capullo, y se preguntaba sobre el proceso por el que los niños llegaban al mundo. Había mucho sobre lo que pensar al respecto —los espermatozoides del principio, el extraño periodo de gestación de las mujeres, el peligro de las enfermedades y del parto—. Había pasado por una época de auténtica tensión cuando su hijo Frank nació, ya que la señora Cowperwood estaba asustada. Él temía por la belleza del cuerpo de ella y le inquietaba la idea de perderla; y en realidad, pasó por su primera preocupación cuando se quedó de pie junto a la puerta el día que el niño nació. No mucha —era demasiado autosuficiente, tenía demasiados recursos; pero aun así estaba preocupado, evocando pensamientos de muerte y del final de su estado actual—. Después le trajeron la noticia, tras ciertos gritos angustiosos y penetrantes, de que todo había ido bien y se le permitió ver al recién llegado. La experiencia ensanchó su concepción de las cosas, le hizo más sólido en sus juicios sobre la vida. Cobró énfasis esa vieja convicción de la tragedia que subyace bajo la superficie de las cosas, como la madera que hay bajo el barniz. El pequeño Frank, y después Lillian, de ojos azules y pelo dorado, animaron su imaginación durante un tiempo. La idea de un hogar comprendía muchas cosas, después de todo. Así era como la vida estaba organizada, y como no podía ser de otro modo, la piedra angular era el hogar.

Sería imposible señalar en toda su extensión lo sutiles que fueron los cambios materiales que se produjeron aquellos años —cambios tan graduales que, al igual que el movimiento de las aguas mansas, resultaron imperceptibles—. Acumuló una riqueza considerable durante los siguientes cinco años —una enorme riqueza, teniendo en cuenta lo poco que había tenido en sus comienzos—. En su ambiente financiero, llegó a conocer de manera bastante íntima, en lo que a relaciones comerciales se refiere, a algunos de los personajes más hábiles de aquel mundo que se ensanchaba incesantemente. En sus tiempos con Tighe y en la bolsa, le habían hablado de muchas figuras curiosas —funcionarios del estado y de la ciudad de un grado u otro que «estaban saliendo bien librados de la política», y de algunas figuras

nacionales que venían a veces de Washington a Filadelfia a ver a Drexel & Co., a Clark & Co., e incluso a Tighe & Co—. Estos hombres, según supo, tenían idea o avances de noticias sobre cambios legislativos o económicos que con seguridad afectarían a las acciones o a las oportunidades de negocio. Un joven empleado le había tirado una vez de la manga en Tighe:

—¿Ves a ese hombre que entra para ver a Tighe?

—Sí.

—Ese es Murtagh, el tesorero de la ciudad. No hace nada, pero menudo negocio tiene. Todo ese dinero para invertir sin tener que dar explicaciones más que por el capital principal. Los intereses son para él.

Cowperwood lo entendió. Todos estos funcionarios del estado y de la ciudad se dedicaban a especular. Tenían por costumbre depositar los fondos del estado y de la ciudad en manos de determinados banqueros y agentes de bolsa en calidad de agentes autorizados o de depositarios designados por el estado. Los bancos no pagaban intereses más allá de los que pagaban a los funcionarios. Prestaban el dinero a ciertos agentes de bolsa siguiendo las órdenes secretas de los funcionarios, y estos últimos lo invertían en «ganancias aseguradas». Los banqueros conseguían el uso gratuito del dinero durante parte del tiempo, y los agentes durante la otra parte: los funcionarios ganaban dinero y los agentes se llevaban una suculenta comisión. Había un círculo político en Filadelfia del que formaban parte el alcalde, ciertos miembros del ayuntamiento, el tesorero, el jefe de policía, el comisario de obras públicas y otros. Normalmente se trataba de un caso de «hoy por ti y mañana por mí». A Cowperwood le parecía al principio un trabajo despreciable, pero muchos hombres se estaban enriqueciendo rápidamente y a nadie parecía importarles. Los periódicos hablaban continuamente del patriotismo y del orgullo civil, pero nunca decían ni una palabra sobre estos temas. Y los hombres que lo hacían eran poderosos y respetados.

Había muchas casas, en un círculo que se expandía constantemente, que lo consideraban un agente de confianza para deshacerse de las emisiones fiduciarias o de los pagarés. Parecía saber siempre rápidamente dónde dirigirse para obtener el dinero. Desde el principio tuvo como norma guardar siempre veinte mil dólares en efectivo a mano para poder aceptar una propuesta al instante y sin discusión. Así que a menudo pudo decirle a alguien: «Bueno, por supuesto que puedo hacerlo», cuando, de haber sido de otro modo, o en otras circunstancias, no habría podido. Le preguntaron si no estaría dispuesto a encargarse de determinadas transacciones en la bolsa. No era miembro de la bolsa, y al principio tampoco tenía intención de serlo; pero ahora cambió de opinión, y pagó por su membresía, pero no sólo en la de Filadelfia, sino también en la de Nueva York. Un tal Joseph Zimmerman, un comerciante de textiles para el que había gestionado algunas emisiones fiduciarias, le sugirió que se encargara de llevar sus acciones del tranvía, y este fue el comienzo de su regreso a la bolsa.

Mientras tanto, su vida familiar iba cambiando —haciéndose, podría decirse,

mejor y más segura—. La señora Cowperwood se había visto obligada, por ejemplo, a hacer sutiles reajustes en sus relaciones personales con la gente, al igual que le había ocurrido a él. Cuando el señor Semple estaba vivo, ella se había relacionado fundamentalmente con unos cuantos comerciantes —minoristas y pequeños mayoristas—, pero muy pocos. Algunas de las mujeres de su iglesia, la Primera Presbiteriana, estaban en términos de amistad con ella. Había habido reuniones para tomar el té en la iglesia y otras reuniones sociales de la comunidad religiosa a las que ella y el señor Semple asistían, y aburridas visitas a los parientes de él y a los de ella. Los Cowperwood, los Waterman y otras cuantas familias de similar importancia habían sido la notable excepción. Ahora todo eso había cambiado. Al joven Cowperwood no le interesaban mucho los familiares de ella, y los Semple se habían alejado como consecuencia del segundo, y escandaloso para ellos, matrimonio de ella. La familia de él se encontraba muy cercana, atraída mediante vínculos de afecto y prosperidad mutua, pero lo mejor de todo era que estaba atrayendo hacia sí a algunas personalidades verdaderamente significativas. Traía a su casa de visita —no a hablar de negocios, ya que esa idea le disgustaba— a banqueros, inversores, clientes y posibles futuros clientes. Las zonas del Schuylkill, del Wissahickon y otras eran lugares de moda para ir a cenar y a los que se podía ir los domingos. Él y la señora Cowperwood iban a menudo en calesa a casa de la señora de Seneca Davis, a la del juez Kitchen, a la de Andrew Sharpless, un abogado al que conocía, a la de Harper Steger, su propio abogado, y a casas de otros. Cowperwood tenía el don de la simpatía. Ninguno de estos hombres y mujeres podían sospechar la profundidad de su naturaleza —estaba siempre pensando, pensando sin parar, pero disfrutaba de la vida por el camino.

Una de sus primeras y más genuinas inclinaciones fue hacia la pintura. Admiraba la naturaleza, pero de algún modo y sin saberlo, pensaba que se podría captar mejor a través de la personalidad de un intérprete, del mismo modo que adquirimos nuestras ideas sobre la ley y la política a través de los individuos. A la señora Cowperwood no le importaba un rábano, pero lo acompañaba a las exposiciones, sin dejar de pensar en todo momento que Frank era un tanto peculiar. Como la amaba, él intentó hacer que ella se interesara en estos temas de una manera racional, pero aunque ella fingía un poco, no era capaz de ver nada ni de hacer que le importara, y era muy evidente que no podía.

Los niños ocupaban gran parte de su tiempo. Sin embargo, a Cowperwood esto no le preocupaba. Le parecía delicioso y pensaba que realmente merecía la pena que ella se dedicara tanto a ellos. Al mismo tiempo, su actitud apática, su vaga sonrisa y la aparente indiferencia que mostraba a veces, que provenía fundamentalmente de su sentido de seguridad absoluta, también le atraían. ¡Ella no era distinta a él! Se tomó su segundo matrimonio de forma muy parecida a como se había tomado el primero —un hecho solemne que no contenía ninguna posibilidad de modificación mental—. En lo que a él se refería, sin embargo, estaba inmerso en el ajetreo de un mundo en el

que, al menos financieramente, todo se modificaba constantemente —hubo muchos cambios repentinos e inauditos—. Empezó a observarla a veces con ojo especulativo —no de forma muy crítica, porque le gustaba— intentando sopesar su personalidad. Ahora ya hacía más de cinco años que la conocía. ¿Qué sabía de ella? El vigor de la juventud —de esos primeros años— había compensado por otras muchas cosas, pero ahora que ya la tenía a buen recaudo...

Durante este periodo tuvo lugar el lento acercamiento a la guerra y, finalmente, la declaración de guerra entre el Norte y el Sur, a la que asistieron con tanta excitación que influyó de manera notable prácticamente en la mente de todos. Fue espléndido. Después hubo reuniones, públicas y emotivas, y disturbios; el incidente del cuerpo de John Brown; la llegada de Lincoln, el gran plebeyo, de camino desde Springfield, Illinois, hacia Washington vía Filadelfia, para jurar el cargo; la batalla de Bull Run; la batalla de Vicksburg; la batalla de Gettysburg, y así sucesivamente^[3]. Cowperwood tenía entonces sólo veinticinco años, y era un joven sereno y decidido que pensaba que toda la agitación por la esclavitud quizá estuviera bien fundada en los derechos humanos —sin duda—, pero que era extremadamente peligrosa para los negocios. Esperaba que ganara el Norte, pero podría resultarle duro a él personalmente y a otros financieros. No tenía interés en luchar. Le parecía una tontería hacerlo a título individual. Quizá a otros les interesara; había muchas pobres criaturas inmaduras y de mente débil que se expondrían a que les pegaran un tiro, pero que no servían más que para que les dieran órdenes o para que los mataran. En cuanto a él, la vida le era sagrada, así como su familia y sus intereses personales. Recordaba haber visto un día, en una de las tranquilas calles laterales, cuando los trabajadores se dirigían a sus casas de vuelta del trabajo, a un pequeño pelotón de soldados de alistamiento desfilando de manera entusiasta, con la bandera de la Unión ondeando, acompañados por el sonido de los tambores y los pífanos, con la idea, por supuesto, de impresionar a los hasta entonces ciudadanos indiferentes o indecisos, de exaltarlos hasta tal extremo que perdieran el sentido de la proporción, de sus propios intereses, y que, olvidándose de todo —de sus esposas, padres, casa e hijos—, viendo sólo la gran necesidad del país, se unieran a las filas en formación y se alistaran. Vio a un trabajador balanceando su cubo, y evidentemente sin contemplar semejante desenlace para su día de trabajo, pararse, quedarse escuchando al pelotón según se acercaba, y según pasaba, con una peculiar mirada de incertidumbre y duda, unirse a las filas y marchar solemnemente tras ellos en dirección a los cuarteles de reclutamiento. Qué era lo que había atrapado a este hombre, se preguntaba Frank. Cómo se había dejado vencer tan fácilmente. No había tenido la intención de marcharse. Tenía la cara llena de churretes de suciedad propios de su trabajo —parecía un hombre de una fundición o un maquinista, de unos veinticinco años—. Frank se quedó mirando mientras el pequeño pelotón desaparecía al final de la calle y daba la vuelta a la esquina bajo los árboles.

Este espíritu bélico actual resultaba extraño. Le parecía que la gente no tenía

interés más que en oír el sonido de los tambores y los pífanos, ni más que en ver a las tropas, de las que ahora pasaban por miles de camino hacia el frente cargadas con el frío acero en forma de armas al hombro, ni más que de oír hablar de la guerra y de los rumores de guerra. Era un sentimiento emocionante, sin duda; grande pero nada rentable. Implicaba renuncia, y eso no podía entenderlo. Si él iba, quizá lo mataran, y entonces ¿de qué serviría su noble emoción? Prefería ganar dinero y regular los actuales asuntos políticos, sociales y financieros. El pobre tonto que se había unido a las filas del pelotón de reclutamiento —no, tonto no; no iba a llamarlo así—, el pobre trabajador sobreexcitado, bueno, que el cielo se apiadara de él, que el cielo se apiadara de todos ellos porque no sabían lo que hacían.

Un día vio a Lincoln —un hombre alto, que arrastraba los pies, largo, huesudo y desgarrado, pero tremendamente impresionante—. Era una mañana cruda, húmeda de finales de febrero, y el gran presidente de la guerra acababa de terminar su solemne declaración oficial relativa a los lazos que quizá se hubieran llevado al límite, pero que no debían romperse. Cuando salía por la puerta del Salón de la Independencia, el famoso lugar de nacimiento de la libertad, su cara reflejaba una calma triste y meditabunda. Cowperwood lo miró fijamente mientras salía por la puerta rodeado por los jefes del Estado Mayor, los dignatarios locales, los detectives y las caras de curiosidad y solidaridad del público. Mientras estudiaba su porte extrañamente tosco, lo asaltó la gran valía y dignidad de aquel hombre.

«Ese es un hombre de verdad», pensó; «un temperamento maravilloso». Cada uno de sus gestos le descubría una gran fuerza. Lo observó subir a su carruaje, pensando: «Así que ese es el que corta troncos para hacer cercas^[4], el abogado del campo. Bien, el destino ha elegido a un gran hombre para esta crisis».

La cara de Lincoln lo persiguió durante días, y con mucha frecuencia durante la guerra, su mente volvió a aquella singular figura. No le cabía duda alguna de que, fortuitamente, había tenido la oportunidad de admirar a uno de los hombres verdaderamente grandes del mundo. La guerra y las cuestiones de estado no eran para él, pero sabía lo importantes que eran esos asuntos, a veces.

CAPÍTULO XI

Fue durante la guerra y después de que quedara perfectamente claro que no iba a ser cuestión de unos días, cuando le llegó a Cowperwood la primera gran oportunidad financiera. Había una enorme demanda de dinero en aquel momento por parte de la nación, del estado y de la ciudad. En julio de 1861, el Congreso había autorizado un préstamo de cincuenta millones de dólares garantizado por bonos a veinte años con un interés que no excediera el siete por ciento, y el estado autorizó un préstamo de tres millones con una garantía muy similar, siendo las primeras garantías manejadas por financieros de Boston, Nueva York y Filadelfia, y las segundas sólo por financieros de Filadelfia. Cowperwood no tenía mano en esto. No era lo suficientemente grande. Leía en los periódicos sobre las reuniones de hombres a los que conocía en persona o por su reputación, para «sopesar la mejor manera de ayudar a la nación o al estado», pero a él no se le incluía. Pero su alma anhelaba llegar a ser uno de ellos. Se dio cuenta de con cuánta frecuencia bastaba la palabra de un hombre rico —sin dinero, ni certificados, ni avales, ni nada—, simplemente su palabra. ¡Sólo con que se rumoreara que Drexel & Co., o Jay Cooke & Co., o Gould y Fiske^[1] estaban detrás de algo, se consideraba seguro! Jay Cooke, un joven de Filadelfia, había dado un gran golpe cogiendo este préstamo del estado en compañía de Drexel & Co., y vendiéndolo a la par. La opinión general era que debería venderse y que sólo podría hacerse a noventa. Cooke no lo creía. Creía que el orgullo y el patriotismo del estado garantizarían poder ofrecer el préstamo a los pequeños bancos y a ciudadanos anónimos, y que ellos lo suscribirían al completo y más. Los acontecimientos justificaron magníficamente a Cooke, y su reputación pública quedó asegurada. Cowperwood deseaba poder dar algún golpe parecido, pero era demasiado práctico como para preocuparse por ninguna otra cosa que no fueran los hechos y condiciones que tenía ante él.

Su oportunidad llegó unos seis meses después cuando se supo que el estado iba a necesitar mucho más dinero. Habría que equipar y pagar a su cuota de tropas. Había que tomar medidas de defensa y había que volver a reponer la tesorería. Finalmente la legislatura autorizó y dio la orden para la petición del préstamo de veintitrés millones de dólares. Se habló mucho en la calle sobre quién se haría cargo —Drexel & Co. y Jay Cooke & Co., por supuesto.

Cowperwood reflexionaba sobre esto. Si pudiera hacerse cargo de una fracción de este gran crédito ahora —le habría resultado imposible hacerse cargo de la totalidad, ya que carecía de los contactos necesarios—, podría aumentar considerablemente su reputación como agente, al tiempo que conseguiría una bonita suma. ¿Cuánto podría él manejar? Esa era la cuestión. ¿Quién se quedaría con las otras porciones? ¿El banco de su padre? Probablemente. ¿Waterman & Co.? Un poco. ¿El juez Kitchen? Una pequeña fracción. ¿La compañía de Mills-David? Sí. Pensó en los distintos individuos y en las distintas empresas que, por una razón u otra —amistad personal,

simpatía, gratitud por antiguos favores, y demás— cogerían un porcentaje de los bonos al siete por ciento a través de él. Sumó todas sus posibilidades y descubrió que, con total probabilidad, con un poco de trabajo preliminar de persuasión, podría colocar un millón de dólares si su influencia personal, a través de figuras políticas locales, pudiera hacer que le llegara esa parte el crédito.

En particular había un hombre que había crecido mucho en su estima y que tenía algún sutil contacto político que no resultaba perceptible a simple vista, y ese era Edward Malia Butler. Butler era contratista, y se encargaba de la construcción de alcantarillado, tuberías de agua, cimientos de edificios, pavimentado de calles y cosas similares. Al principio, mucho antes de que Cowperwood lo conociera, había trabajado como contratista de la recolección de basuras por cuenta propia. Por aquella época, la ciudad no había hecho extensivo el servicio de limpieza de las calles, particularmente a las zonas de las afueras y a algunas de las partes más pobres y antiguas. Edward Butler, entonces un irlandés joven y pobre, había empezado por recoger y acarrear la basura gratuitamente, para dársela de comer a sus cerdos y a su ganado. Más tarde descubrió que había gente dispuesta a pagar una pequeña cantidad por este servicio. Entonces, un personaje político local, un concejal amigo suyo — ambos eran católicos— vio un aspecto nuevo en todo el asunto. Se podía convertir a Butler en el encargado oficial de recoger las basuras. El ayuntamiento podría votar una asignación anual para este servicio. Butler podría contratar más carros de los que tenía ahora; decenas de ellos, muchos más. Y no sólo eso, sino que no se autorizaría a ningún otro para que se encargara de recoger las basuras. Había otros, pero el contrato oficial que se le había concedido sería también, oficialmente, el final de la vida de todos y cada uno de los molestos rivales. Habría que apartar determinada cantidad de los rentables beneficios para aliviar los sentimientos de aquellos que no eran contratistas. Y en épocas de elecciones habría que prestar fondos a determinados individuos y organizaciones; pero eso no tenía importancia. Sería una pequeña cantidad. De esa manera, Butler y Patrick Gavin Comiskey, el concejal (este último en secreto), comenzaron una relación comercial. Butler dejó de llevar él mismo el carro. Contrató a un joven, un chico irlandés del barrio, Jimmy Sheehan, para que fuera su ayudante, capataz, mozo de cuadra, contable y cosas así. Como pronto empezó a ganar entre cuatro y cinco mil dólares al año, cuando antes sólo ganaba dos mil, se mudó a una casa de ladrillo en un barrio de las afueras de la zona sur y mandó a sus hijos al colegio. La señora Butler dejó de hacer jabón y de dar de comer a los cerdos. Y desde entonces, la vida se había portado excelentemente bien con Edward Butler.

Al principio no sabía leer ni escribir, pero ahora ya sabía hacerlo, por supuesto. A través de su asociación con el señor Comiskey había aprendido que había otras posibilidades de contratación —alcantarillado, tuberías de agua, tuberías de gas, pavimentado de calles y otras similares—. ¿Quién mejor que Edward Butler para hacerlo? Conocía a los concejales, a muchos de ellos. Se reunía con ellos en la parte

trasera de las tabernas los domingos, y los sábados en las comidas campestres de los políticos, y en los comités y conferencias para las elecciones, ya que como beneficiario de la generosidad de la ciudad, se esperaba que contribuyera no sólo con dinero, sino también con su consejo. Curiosamente, había desarrollado una extraña sabiduría política. Sabía reconocer a un hombre de éxito o al próximo en tenerlo en cuanto lo veía. Muchos de sus contables, capataces y listeros se habían graduado convirtiéndose en concejales y en legisladores estatales. Se sabía que a sus nominados —a los que él sugería en las conferencias políticas— con frecuencia les iba muy bien. Al principio llegó a tener influencia en el distrito de su concejal, después en el distrito legislativo, después en las concejalías de la ciudad pertenecientes a su partido —*whig*, por supuesto— y, después, se suponía que tenía una organización.

Había fuerzas misteriosas que trabajaban para él en el concejo. Se le concedían importantes contratos y siempre pujaba. El negocio de la basura formaba ya parte del pasado. Su hijo mayor, Owen, era miembro de la legislatura del estado y socio suyo en los negocios. Su segundo hijo, Callum, era empleado del departamento de aguas de la ciudad y también ayudante de su padre. Aileen, su hija mayor, de quince años, aún estaba en Santa Agatha, un convento y escuela religiosa de Germantown^[2]. Norah, su segunda hija y la más pequeña de sus hijos, de trece años, asistía a un colegio privado local dirigido por una hermandad católica. La familia Butler se había mudado desde la zona sur de Filadelfia a Girard Avenue, cerca del mil doscientos, donde comenzaba a haber una vida social bastante interesante. No formaban parte de ella, pero Edward Butler, contratista, ahora de cincuenta y cinco años de edad, y dueño de unos, digamos, quinientos mil dólares, tenía muchos amigos políticos y financieros. Ya no era un campesino rudo, sino un hombre sólido de cara colorada y ligeramente bronceado, de hombros anchos y pecho macizo, ojos grises, pelo canoso y con la típica cara irlandesa, que se había vuelto sabio, tranquilo e indescifrable gracias a su mucha experiencia. Sus pies y manos grandes indicaban que había habido un día en el que no había vestido con los mejores trajes de paño inglés ni con la mejor piel curtida, pero su presencia no resultaba ofensiva en ningún aspecto; sino más bien todo lo contrario. Aunque aún conservaba el acento irlandés, hablaba con suavidad y era encantador y persuasivo.

Había sido uno de los primeros en interesarse por el desarrollo del sistema de tranvías y había llegado a la conclusión, al igual que le había ocurrido a Cowperwood y a muchos otros, de que iba a ser algo importante. Los beneficios en efectivo de las acciones que se había visto inducido a comprar eran amplia prueba evidente de ello. Los había gestionado a través de algún que otro agente al no haber sido capaz de entrar en las organizaciones corporativas originales. Quería hacerse con las acciones de este tipo que pudiera, fueran de la empresa que fueran, ya que creía que todas tenían futuro, pero lo que más deseaba era hacerse con el control de una línea o dos. Relacionado con esta idea, estaba buscando a algún joven de confianza, honrado y

capaz, dispuesto a trabajar bajo su dirección y a hacer lo que él le dijera. Entonces oyó hablar de Cowperwood y un día mandó a buscarlo para que fuera a visitarlo a su casa.

Cowperwood respondió rápidamente porque había oído hablar de Butler, de su ascenso, de sus contactos y de su fuerza. Fue a la casa, como se le había dicho, una fresca y vigorizante mañana de febrero. Después recordaría el aspecto de la calle; con aceras amplias pavimentadas con ladrillos, la calzada de macadán ligeramente espolvoreada de nieve y bordeada de jóvenes árboles achaparrados desprovistos de hojas, y de farolas. La casa de Butler no era nueva —él la había comprado y arreglado—, pero no se trataba de ningún ejemplo insatisfactorio de la arquitectura de la época. Tenía más de quince metros de ancho, cuatro pisos de altura, construida en meláfido^[3] con cuatro grandes escalones de piedra blanca que llevaban hasta la puerta. Los arcos de las ventanas, enmarcados de blanco, tenían dovelas en forma de u. Había cortinas de encaje que permitían vislumbrar los cortinajes rojos y lujosos tras las ventanas que brillaban con calidez contra el frío y la nieve del exterior. Una criada irlandesa limpia y arreglada acudió a la puerta y él le dio su tarjeta, y fue invitado a entrar en la casa.

—¿Está el señor Butler en casa?

—No estoy segura, señor. Voy a averiguarlo. Puede que haya salido.

Al poco rato se le invitó a subir a la planta de arriba, donde encontró a Butler en una sala de aspecto más bien comercial. Tenía una mesa de escritorio, una silla de oficina, algunos muebles de cuero y una librería, sin llegar a parecer del todo ni por su conjunto ni por su simetría, ni una oficina ni una salita. Había varios cuadros en las paredes: un óleo imposible, por un lado, oscuro y tétrico; una escena de un canal con una barcaza en rosa y verde Nilo por otro; y varios daguerrotipos de parientes y amigos que no estaban tan mal. Cowperwood distinguió a dos niñas: una con el pelo de color dorado rojizo y otra con un color que parecía un castaño sedoso. El hermoso efecto plateado del daguerrotipo había sido coloreado. Eran chicas guapas, sanas, sonrientes, celtas, con las cabezas muy juntas y que parecían mirarlo directamente. Las admiró de pasada y se imaginó que serían las hijas de Butler.

—¿Señor Cowperwood? —preguntó Butler pronunciando el nombre completo con un curioso acento sobre las vocales (era un hombre que se movía con lentitud, solemne y deliberado). Cowperwood notó que su cuerpo era robusto y fuerte como el roble curado, curtido por el viento y la lluvia. La carne de sus mejillas aparecía completamente estirada y no había nada que resultara fofo ni flácido en él.

—Ese soy yo.

—Tengo un asuntillo de acciones sobre el que hablar con usted (pronunció la palabra «asuntillo» de una manera peculiar) y me pareció que era mejor que viniera usted aquí en lugar de ir yo hasta su oficina. Podemos tener más privacidad y, además, ya no soy tan joven como antes.

Se permitió casi hacer un guiño mientras inspeccionaba a su visitante.

Cowperwood sonrió.

—Bueno, espero poder serle de utilidad —dijo afablemente.

—En este momento estoy interesado en hacerme con algunas acciones de los tranvías en la bolsa. Más tarde le hablaré de eso. ¿No le gustaría tomarse algo? Hace frío esta mañana.

—No, gracias. No bebo nunca.

—¿Nunca? Es una palabra demasiado fuerte en lo que se refiere al whisky. Bueno, no importa. Es una buena norma. Mis chicos ni lo tocan, y yo me alegro. Como le digo, estoy interesado en hacerme con unas cuantas acciones en la bolsa; pero, a decir verdad, me interesa aún más encontrar a algún joven inteligente como usted a través de quien yo pueda trabajar. Una cosa lleva a la otra, ya sabe cómo es este mundo. —Y miró a su visitante sin comprometerse y aun así, haciendo gala de su interés de una manera cordial.

—Muy cierto —contestó Cowperwood a su vez con un destello de simpatía en la mirada.

—Bueno —meditó Butler, medio para sí, medio para Cowperwood—, hay una serie de cosas que un joven inteligente podría hacer para mí en la calle si así se lo propusiera. Yo tengo a mis dos chicos, inteligentes, pero no quiero que se conviertan en especuladores de bolsa, y ni siquiera sé si lo harían o si sabrían hacerlo aunque yo quisiera que lo hicieran. Pero ahora no se trata de especulación en bolsa. Ya estoy muy ocupado tal como están las cosas, y, como le dije hace un rato, me va bien. Ya no me resulta tan fácil mantenerme alerta y enérgico como antes. Pero si tuviera al joven apropiado —he investigado sus antecedentes, por cierto, no se preocupe—, podría llevarme una serie de cositas —inversiones y préstamos— que podrían aportarnos un poco a cada uno. A veces los jóvenes de la ciudad me piden consejo para una cosa u otra —quizá tienen un poco para invertir, y así...

Hizo una pausa y se quedó mirando seductoramente por la ventana, sabiendo con certeza que Cowperwood estaba muy interesado, y que esta mención a la influencia política y a los contactos no haría más que abrirle el apetito. Butler quería que viera con claridad que la fidelidad era lo principal en este caso —la fidelidad, el tacto, la sutileza y la capacidad para guardar secretos.

—Bueno, si ya ha investigado mis antecedentes... —comentó Cowperwood, con su propia sonrisa esquiva, dejando la frase sin terminar.

Butler sintió la fuerza del temperamento y del argumento. Le gustaban la actitud y el equilibrio de aquel joven. Bastante gente le había hablado de Cowperwood (ahora era Cowperwood & Co., aunque lo de la compañía era pura ficción). Le preguntó algo de la calle, de cómo iba el mercado y sobre lo que sabía de tranvías. Finalmente le esbozó el plan de comprar todas las acciones que pudiera de dos líneas concretas: Ninth y Tenth, y Fifteenth y Sixteenth, sin llamar la atención, si era posible. Había que hacerlo despacio, parte en la bolsa y parte comprando a accionistas individuales. No le dijo que había cierta presión legislativa que él

esperaba poner en uso para conseguir para sí franquicias para obtener extensiones más allá de las zonas en las que ahora terminaban las líneas, de modo que cuando llegara el momento de extender las instalaciones, tendrían que vérselas con él o con sus hijos, que podrían ser grandes accionistas minoritarios en esas mismas zonas. Era un plan previsor e implicaba que las líneas terminarían cayendo en sus manos o en las de sus hijos.

—Estaré encantado de trabajar con usted, señor Butler, de la forma que usted sugiera —observó Cowperwood—. De momento no puedo decir que tenga un gran negocio, no son más que posibilidades. Pero mis contactos son buenos. Soy miembro de la bolsa de Nueva York y de la de Filadelfia, y a los que han trabajado conmigo les gustan los resultados que obtengo.

—Yo ya sé algunas cosas sobre su trabajo —reiteró Butler prudentemente.

—Muy bien, entonces; cuando tenga un encargo puede visitarme en mi oficina, escribirme, o bien yo le visitaré aquí. Trataré sus asuntos bajo el secreto profesional, de modo que cualquier cosa que diga será estrictamente confidencial.

—Bien, de momento no vamos a decir nada más. Dentro de unos días tendré algo para usted. Cuando lo tenga, podrá retirar dinero de mi banco por el importe que necesite con una cantidad límite determinada. —Se puso de pie y miró hacia la calle, y Cowperwood también se levantó.

—Hace un día bonito, ¿verdad?

—Desde luego que sí.

—Bueno, estoy seguro de que llegaremos a conocernos mejor.

Y extendió la mano.

—Eso espero.

Cowperwood salió con Butler, que lo acompañó hasta la puerta. Al salir, una chica joven entró saltando desde la calle, con las mejillas rojas y los ojos azules, y con una capa escarlata de capucha puntiaguda echada sobre el pelo dorado rojizo.

—Ah, papi, casi te derribo del golpe.

Dirigió a su padre una sonrisa radiante y resplandeciente, en la que incluyó casualmente a Cowperwood. Tenía los dientes brillantes y pequeños, y los labios del color rojo de las flores.

—Llegas pronto a casa. Creía que ibas a quedarte todo el día.

—Sí, pero he cambiado de opinión.

Ella entró balanceando los brazos.

—Sí, bueno... —continuó Butler, cuando ella se hubo marchado—. Entonces lo dejamos un día o dos. Adiós.

—Adiós.

Cowperwood bajó los escalones entusiasmado por esta mejoría en sus perspectivas financieras; pero, incidentalmente, dedicó un pensamiento pasajero al feliz espíritu de la juventud que se había manifestado en esta doncella de mejillas rojas. ¡Qué chica tan alegre, vital y saltarina! Tenía en la voz el timbre vigoroso de

los quince o dieciséis años. Era toda vitalidad. Menudo partido para un joven algún día, y su padre lo haría rico, sin duda, o ayudaría a que lo fuera.

CAPÍTULO XII

Fue a Edward Malia Butler a quien se dirigió Cowperwood ahora, unos diecinueve meses después, cuando pensó que a través de su influencia quizá pudiera conseguir la concesión de una parte de la emisión de bonos estatal. Probablemente, Butler podría estar interesado en quedarse con algunos para sí, o podría ayudarle a colocar algunos. Cowperwood había llegado a caerle muy bien y ahora aparecía en sus libros como posible comprador de grandes paquetes de acciones. Y a Cowperwood le caía bien este irlandés grande y sólido. Le gustaba su historia. Había conocido a la señora Butler, una irlandesa algo gorda e imperturbable, y enormemente sensata, a la que las apariencias no le importaban nada y a la que aún le gustaba meterse en la cocina a supervisar la comida. Ya conocía a Owen y a Callum Butler, los hijos, y a Aileen y Norah, las hijas. Aileen era la que había llegado brincando escaleras arriba el primer día que él había visitado la casa de los Butler varias temporadas antes.

En la chimenea del improvisado despacho privado de Butler ardía un acogedor fuego cuando Cowperwood llegó. Se acercaba la primavera, pero las tardes seguían siendo frescas. El hombre mayor invitó a Cowperwood a ponerse cómodo en uno de los grandes sillones de cuero que estaban ante la chimenea y después se dispuso a escuchar el recital de lo que esperaba conseguir.

—Pero eso no es tan fácil —comentó al final—. Tú deberías saberlo mejor que yo. Yo no soy financiero, como bien sabes. —Y sonrió como disculpándose.

—Es una cuestión de influencias —continuó Cowperwood—. Y de favoritismo. Eso lo sé. Drexel & Co. y Cooke & Co. tienen contactos en Harrisburg. Tienen a sus propios hombres para cuidar de sus intereses. El fiscal general y el tesorero del estado trabajan codo con codo con ellos. Aunque yo haga una oferta y pueda demostrar que puedo manejar el préstamo, eso no me ayudará a conseguirlo. Otra gente ya lo ha hecho. Se necesitan amigos, influencia. Ya sabe cómo funciona.

—Esas cosas —dijo Butler— son fáciles si sabes acercarte a los grupos adecuados. Ahí tienes a Jimmy Oliver; él debería saber algo de eso. —Jimmy Oliver era el antiguo fiscal del distrito, ahora en el ejército y casualmente asesor gratuito del señor Butler en muchos aspectos. Accidentalmente, también era buen amigo personal del tesorero del estado.

—¿Qué parte del préstamo quieres?

—Cinco millones.

—¡Cinco millones! —Butler se irguió en el sillón—. Pero, hombre, ¿de qué estás hablando? Eso es muchísimo dinero. ¿Dónde vas a vender todo eso?

—Quiero hacer una oferta por cinco millones —dijo sosegadamente y con suavidad—. Sólo quiero un millón, pero quiero el prestigio de hacer una oferta de buena fe por cinco millones. Me vendrá muy bien ahí fuera.

Butler se dejó caer de nuevo en el sillón algo aliviado.

—¡Cinco millones! ¡Prestigio! Tú quieres un millón. Bueno, eso es otra cosa. Eso no es mala idea. Deberíamos ser capaces de conseguir eso.

Se frotó la barbilla y se quedó mirando el fuego fijamente.

Y Cowperwood, cuando se marchó de la casa aquella noche, se sentía confiado en que Butler no le fallaría y que pondría la maquinaria en funcionamiento. Por lo tanto, no se sorprendió cuando, unos días más tarde, le presentaron al tesorero de la ciudad, Julian Bode, quien le prometió presentarle al tesorero del estado, Van Nostrand, y encargarse de que sus peticiones de que se le tomara en consideración llegaran a las personas adecuadas.

—Por supuesto, ya sabe —le dijo a Cowperwood en presencia de Butler, ya que fue en la casa de este último donde tuvo lugar la reunión— que estos banqueros son muy poderosos. Ya sabe quiénes son. No quieren que haya ninguna interferencia en este asunto de la emisión de acciones. Estuve hablando con Terrence Relihan, que los representa allí arriba (refiriéndose a Harrisburg, la capital del estado) y dice que no están dispuestos a tolerarlo en absoluto. Puede que tenga problemas aquí mismo en Filadelfia una vez que lo consiga; ya sabe que son muy poderosos. ¿Está seguro de dónde podrá colocarlo?

—Sí, estoy seguro —contestó Cowperwood.

—Bueno, lo mejor a mi juicio es que no diga nada en absoluto. Simplemente haga su oferta. Van Nostrand, con la aprobación del gobernador, le hará la concesión. Creo que podemos arreglarlo con el gobernador. Una vez que lo tenga, quizá quieran hablar personalmente con usted, pero eso ya es asunto suyo.

Cowperwood sonrió con ese gesto suyo inescrutable. Había muchas entradas y salidas en este mundo de las finanzas. Era una red interminable de agujeros secretos a través de los que se movían todo tipo de influencias. El ingenio, la agudeza, el momento adecuado y la ocasión eran a veces de utilidad. Aquí estaba él, entrando en contacto con el tesorero del estado y con el gobernador sólo gracias a su ambición por tener éxito, y nada más. Iban a considerar su caso personalmente porque él pedía que se considerara, y sólo por eso. Otros más influyentes tenían tanto o más derecho que él a una parte, pero no la cogerían. El valor, las ideas, la agresividad, ¿de cuánto servían cuando se tenía suerte!

Se marchó pensando en lo sorprendidos que estarían Drexel & Co. y Cooke & Co. de verlo aparecer en el campo como competidor. En su casa, en una pequeña habitación de la segunda planta junto a su dormitorio, y que él había montado a modo de despacho, con un escritorio, una caja fuerte y una silla de cuero, consultó sus recursos. Había muchas cosas en las que pensar. Volvió a repasar la lista de personas a las que había visto y con las que podía contar para que suscribieran parte de la concesión del millón de dólares, y en lo que a eso se refería, estaba a salvo. Calculó que podría ganar un dos por ciento sobre el total de la transacción, o veinte mil dólares. Si era así, iba a comprarse una casa en Girard Avenue más allá de la de los Butler, o mejor aún, se compraría un trozo de terreno y erigiría una, hipotecando casa

y propiedad para poder hacerlo. Su padre gozaba de una agradable prosperidad. Quizá quisiera construirse una casa junto a la suya y podrían vivir uno al lado del otro. Su propio negocio, aparte de este trato, le dejaría diez mil dólares este año. Sus inversiones en los tranvías, cincuenta mil en total, le estaban pagando un seis por ciento. La propiedad de su esposa, representada por esta casa, algunos bonos del estado y propiedades inmobiliarias en la zona oeste de Filadelfia sumaban cuarenta mil más. Entre los dos eran ricos, pero él esperaba serlo mucho más. Lo único que necesitaba ahora era mantener la serenidad. Si tenía éxito en este asunto de la emisión de bonos, podría volver a hacerlo y a mayor escala. Habría más emisiones. Apagó la luz al cabo del rato y entró en la alcoba de su esposa, donde ella estaba durmiendo. La niñera y los niños estaban en otra habitación más allá.

—Bueno, Lillian —le dijo cuando ella se despertó y se giró hacia él—, creo que por fin tengo solucionado el asunto ese de los bonos del que te estuve hablando. En cualquier caso, creo que conseguiré un millón, lo que supondrá veinte mil. Si es así, nos construiremos una casa en Girard Avenue. Esa va a ser la calle. El colegio^[1] está conformando ese barrio.

—¡Eso estará muy bien, Frank! —observó ella y le acarició el brazo mientras él se sentaba en el lado de la cama.

El comentario de ella era vagamente especulativo.

—Tendremos que prestarle algo de atención a los Butler de ahora en adelante. Ha sido muy agradable conmigo y va a ser útil; estoy seguro. Me pidió que te llevara alguna vez. Tenemos que ir. Y ser amables con su esposa. Puede hacer mucho por mí si quiere. También tiene dos hijas. Tendremos que invitarlos aquí.

—Los invitaré a cenar algún día —accedió ella alegremente y mostrándose servicial—, y pasaré para llevar a la señora Butler a dar una vuelta, o ella puede llevarme a mí.

Ella ya se había enterado de que los Butler eran algo ostentosos —la generación de los jóvenes—, de que eran muy sensibles en cuanto a su ascendencia, y que, a su juicio, se suponía que el dinero compensaba cualquier deficiencia en cualquier otro aspecto. «Butler es un hombre muy presentable», le había comentado Cowperwood a ella una vez, «pero la señora Butler, bueno, está bien, pero es un poco ordinaria. Aunque creo que es una buena mujer, amable y de buen corazón». La previno para que no pasara por alto a Aileen y a Norah, porque los Butler, tanto el padre como la madre, estaban muy orgullosos de ellas.

La señora Cowperwood tenía treinta y dos años por esta época, y Cowperwood tenía veintisiete. El nacimiento y el cuidado de dos hijos habían marcado algunas diferencias en cuanto al aspecto de ambos. Ella ya no era tan agradablemente suave, sino más angular. Tenía las mejillas hundidas, como tantas de las mujeres de Rosetti y de Burne-Jones^[2]. Su salud no era tan buena como solía; el cuidado de dos niños y una tendencia tardía y no diagnosticada a la gastritis la habían menguado. Resumiendo, ella se sentía algo agotada a causa de los nervios y sufría de ataques de

depresión. Cowperwood se había dado cuenta de eso. Intentaba ser amable y considerado, pero era un observador demasiado utilitario y de mente práctica como para no percatarse de que probablemente su esposa tendría una salud delicada más adelante. La compasión y el afecto eran cosas maravillosas, pero el deseo y el encanto debían perdurar o uno se veía abocado a ser tristemente consciente de su pérdida. Ahora con mucha frecuencia veía chicas jóvenes que eran de su agrado, y que eran sumamente robustas y alegres. Estaba bien, era aconsejable y práctico regirse por las virtudes tal como marcaban el léxico social actual, pero si tu esposa era de salud delicada... Y, además, ¿un hombre sólo tenía derecho a una esposa? ¿No debía mirar nunca a otra mujer? ¿Y si él encontraba a alguien? Reflexionaba sobre esas cosas durante las horas de trabajo y llegaba a la conclusión de que no tenía tanta importancia. Si un hombre podía sin exponerse, estaba bien. Aun así, debía tener cuidado. Esta noche, sentado en el lado de la cama de su esposa, estaba pensando en esto porque había vuelto a ver a Aileen Butler al pasar por la puerta de la salita tocando el piano y cantando. Era como un pájaro brillante que irradiaba salud y entusiasmo, un recordatorio de la juventud en general.

«El mundo es extraño», pensó. Pero sus pensamientos eran sólo suyos, ya que no tenía intención de hablarle a nadie de ellos.

El asunto de los bonos, cuando llegó, fue un compromiso curioso, porque aunque ganó los veinte mil dólares o más y sirvió para introducirlo en el grupo de financieros de Filadelfia y del estado de Pensilvania, no le permitió manipular las suscripciones como había planeado. Vio al tesorero del estado en el despacho de un abogado de gran prestigio, donde trabajaba cuando estaba en la ciudad. Fue cortés con Cowperwood porque tenía que serlo. Le explicó cómo se regulaban las cosas en Harrisburg. Se recurría a los grandes financieros para los fondos de las campañas. Estaban representados por partidarios en la asamblea del estado y del Senado. El gobernador y el tesorero eran libres, pero había otras influencias: prestigio, amistad, poder social, ambiciones políticas, etc. Los hombres grandes podían constituir una sociedad de responsabilidad limitada, lo que en sí mismo era injusto; pero después de todo, eran los patrocinadores oficiales para los grandes préstamos de dinero de este tipo. El estado tenía que mantener buenas relaciones con ellos, especialmente en tiempos como estos. Al ver que el señor Cowperwood estaba en tan buena disposición de colocar el millón que esperaba conseguir, sería perfectamente natural concedérselo; pero Van Nostrand tenía una contraoferta que hacer. Si el grupo de financieros que ahora manejaba el asunto así lo deseaba, ¿estaría Cowperwood dispuesto a cederles su concesión a cambio de una retribución —por una suma idéntica a la que esperaba conseguir—, en el caso de que se le hiciera la concesión? Era lo que deseaban algunos financieros. Era peligroso oponerse a ellos. Estaban perfectamente dispuestos a permitir que hiciera la oferta por los cinco millones y obtuviera así el prestigio correspondiente; también les parecía aceptable que se le concediera un millón y obtuviera así el prestigio correspondiente, pero deseaban

manejar los veintitrés millones de dólares en un lote único. Parecía mejor. No habría necesidad de anunciar que él se había retirado. Estarían conformes con que él alcanzara la gloria de haber hecho lo que se había propuesto hacer. Aun así sólo el ejemplo ya era malo. Otros podrían desear imitarlo. Si llegara a saberse en la calle a nivel particular que lo habían forzado a abandonar a cambio de una retribución, eso disuadiría a otros de imitarlo en el futuro. Además, si se negaba, podrían causarle problemas. Podrían exigirle el pago de sus préstamos. Varios bancos podrían no mantener relaciones tan amistosas con él en el futuro. Podrían prevenir a sus poderdantes contra él de una manera u otra.

Cowperwood lo entendió. Aceptó. Ya era algo el haber conseguido poner de rodillas a tantos grandes y poderosos. ¡Sabían que existía! Muy bien. Podía aceptar la concesión y unos veinte mil y retirarse. El tesorero del estado estaba encantado. Esto resolvía una propuesta muy delicada para él.

—Me alegro de haberme entrevistado con usted —le dijo—. Me alegro de haberle conocido. Volveré para hablar con usted cuando pase por aquí de nuevo. Almorzaremos juntos.

El tesorero del estado, por alguna razón, sabía que el señor Cowperwood era un hombre que podría hacerle ganar dinero. Tenía buena vista, y su expresión era de alerta, y aun así, sutil. Les habló de él al gobernador y a unos cuantos socios más.

Y así se hizo finalmente la concesión. Cowperwood, tras algunas negociaciones privadas en las que conoció a los directivos de Drexel & Co., recibió el pago de sus veinte mil dólares y les cedió a ellos su porcentaje de la concesión. De vez en cuando aparecían caras nuevas por su despacho; entre ellas, la de Van Nostrand y un tal Terrence Relihan, representante de otras fuerzas políticas de Harrisburg. Le presentaron un día al gobernador durante una comida. Su nombre apareció en los periódicos y su prestigio creció con rapidez.

Comenzó a trabajar inmediatamente con el joven Ellsworth en los planos para su nueva casa. Esta vez iba a construir algo excepcional, le dijo a Lillian. Iban a tener que recibir invitados en casa —a recibir invitados a una escala mucho mayor que nunca—. North Front Street se estaba volviendo demasiado insulsa. Puso la casa en venta, lo consultó con su padre y descubrió que él también estaba dispuesto a mudarse. La prosperidad del hijo había redundado a favor del padre. Los directores del banco se estaban volviendo mucho más amables con él. El presidente Kugel iba a retirarse al año siguiente. Debido al sonado éxito del hijo, así como a los largos años de servicio, iban a convertirlo en presidente. Frank era un importante prestatario del banco de su padre, y al mismo tiempo, también era un gran depositario. Su conexión con Edward Butler era significativa. Envió al banco de su padre determinadas cuentas que, de otro modo, no se habrían asegurado. El tesorero de la ciudad mostró interés en él, y el tesorero del estado. Cowperwood padre iba a ganar veinte mil dólares al año como presidente, y se lo debía en gran parte a su hijo. Las dos familias se llevaban ahora maravillosamente bien. Anna, que ahora tenía veintiún años, y

Edward y Joseph pasaban la noche con frecuencia en casa de Frank. Lillian visitaba prácticamente todos los días a la madre de él. Había mucho intercambio de cotilleos familiares, y les pareció bien construir una casa al lado de la otra. De modo que Cowperwood padre compró un terreno de quince metros de fachada junto a los diez de su hijo, y juntos comenzaron a levantar dos casas encantadoras y espaciosas, que estarían conectadas mediante un pasaje cubierto o pérgola, que se cerraría con cristal en invierno.

Se eligió la piedra de más éxito en la zona, un granito verde; pero el señor Ellsworth prometió presentarla de tal forma que resultara especialmente agradable. Cowperwood padre decidió que podía permitirse gastar setenta y cinco mil dólares — tenía ahora doscientos cincuenta mil—; y Frank decidió que podía arriesgar cincuenta, en vista de que podría conseguir dinero mediante una hipoteca. Planeaba al mismo tiempo mover su despacho más hacia el sur en Third Street y ocupar su propio edificio. Sabía dónde se iba a producir una oportunidad en un edificio de más de siete metros y medio, que aunque era viejo, se podría renovar con una nueva fachada de piedra caliza de color rojizo, lo que le daría un aire muy importante. Mentalmente veía un elegante edificio con una inmensa ventana de cristal, con los elementos de madera del interior visibles desde fuera; y encima de la puerta, o a un lado, en letras de bronce, Cowperwood & Co. Ante él comenzó a dibujarse de manera imprecisa, pero cierta, una nube aborregada que representaba su futura fortuna. Iba a ser rico; muy, muy rico.

CAPÍTULO XIII

Durante todo el tiempo que Cowperwood había ido progresando con paso seguro, la gran guerra de la rebelión había llegado casi al final de la lucha. Era octubre de 1864. La toma de Mobile y la batalla de la Espesura eran aún recuerdos cercanos^[1]. Grant estaba ahora ante Petersburg y el gran general del Sur, Lee, estaba haciendo la última y desesperada exhibición de su habilidad como estratega y soldado^[2]. Había habido ocasiones —como, por ejemplo, durante el largo y tedioso periodo en el que el país esperaba que cayera Vicksburg y que el ejército del Potomac saliera victorioso, cuando Pensilvania fue invadida por Lee^[3]— en las que las acciones bajaron y las condiciones comerciales fueron muy malas en general. En momentos como estos, la propia capacidad de manipulación de Cowperwood se vio desafiada hasta el extremo, y tuvo que hacer guardia hora tras hora para encargarse de que su fortuna no se viera destruida por alguna noticia inesperada y demoledora.

Su actitud personal hacia la guerra, sin embargo, y aparte de su sentimiento patriótico de que la Unión debía mantenerse, era que se trataba de algo destructivo y malgastador. No le faltaban emoción ni sentimiento patrióticos en modo alguno, a pesar del hecho de que pensaba que la Unión, tal como había llegado a ser, extendiéndose desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde las nieves de Canadá hasta el Golfo, merecía la pena. Desde su nacimiento en 1837 había visto a la nación alcanzar la extensión física —excepto Alaska— que ahora poseía. Poco antes de su juventud, Florida había sido añadida a la Unión mediante su compra a España; México, tras la injusta guerra de 1848, había cedido Texas y el territorio al oeste. Las disputas fronterizas entre Inglaterra y Estados Unidos en el lejano noroeste finalmente se habían arreglado. Para un hombre con una gran imaginación social y financiera, estos hechos no podían menos que ser significativos; como mínimo, daban la sensación de las ilimitadas posibilidades comerciales que existían potencialmente en un espacio tan amplio. El suyo no era el tipo de entusiasmo financiero especulativo que, en el tipo conocido como el «promotor», ve infinitas posibilidades de ganancia en cada riachuelo inexplorado y en cada llanura; pero la propia inmensidad del país sugería posibilidades que él esperaba que pudieran mantenerse intactas. Le parecía que un territorio que cubría toda la superficie de un área situada entre dos mares poseía unas potencialidades que no podría mantener si se perdían los estados del Sur.

Al mismo tiempo, la libertad de los negros no era para él un punto importante. Había observado a aquella raza desde su infancia con considerable interés, y le habían llamado la atención virtudes y defectos que le parecían inherentes y que, obviamente para él, condicionaban sus experiencias.

No estaba para nada seguro, por ejemplo, de que los negros pudieran llegar a ser algo mucho más significativo de lo que eran. En cualquier caso, iba a ser una lucha

muy difícil para ellos, de la que muchas generaciones futuras no llegarían a ver el final. No tenía ningún conflicto particular con la teoría de que llegaran a ser libres; no veía ninguna razón especial por la que el Sur no pudiera protestar vigorosamente contra la destrucción de su propiedad y de su sistema. Le parecía lamentable que los esclavos negros sufrieran abusos en algunos casos. Estaba seguro de que eso debería regularse de alguna forma; pero más allá de eso, no veía que hubiera ninguna gran base ética para las disputas de sus patrocinadores. La gran mayoría de hombres y mujeres, tal como él lo veía, no estaban esencialmente por encima de la esclavitud, ni siquiera cuando tenían todas las garantías de una constitución formulada para evitarla. Había una esclavitud mental, la esclavitud de la mente débil y del cuerpo débil. Seguía las disputas de hombres como Sumner, Garrison, Phillips y Beecher^[4] con considerable interés, pero en ningún momento le pareció que el problema fuese vital para él. No le interesaba ser soldado ni oficial del ejército, no tenía el don de la polémica y su mente no era de tipo controvertible, ni siquiera en el campo de las finanzas. Le preocupaba sólo ver lo que le resultara ventajoso y dedicar toda su atención a eso. Esta guerra fratricida en la nación no podía ayudarle. Realmente retrasaba, creía él, el auténtico ajuste comercial y financiero del país, y esperaba que terminara pronto. No era de esos que se quejaban amargamente de los excesivos impuestos de la guerra, aunque sabía que estaban resultando complicados para muchos. Algunas de las historias de muerte y desastre lo conmovieron enormemente, pero, ay, estaban entre los incomprensibles destinos de la vida y él no podía remediarlos. Y así, él había seguido su camino día tras día, viendo la llegada y partida de las tropas, viendo las bandas de hombres enfermos, sucios, desgredados y flacos que regresaban de los campos y de los hospitales, y lo único que podía hacer era sentir lástima por ellos. Esta guerra no era para él. No había tomado parte en ella, y estaba seguro de que sólo podría alegrarse cuando concluyera —no como patriota, sino como financiero—. Era un despilfarro, patético y desafortunado.

Los meses pasaron rápidamente. Mediaron unas elecciones locales y había un nuevo tesorero en la ciudad, un nuevo tasador de impuestos y un nuevo alcalde, pero Edward Malia Butler parecía seguir teniendo la misma influencia que antes. Los Butler y los Cowperwood se habían hecho muy amigos. A la señora Butler le gustaba bastante Lillian, aunque eran de creencias religiosas diferentes, y se iban a pasear en carruaje o de compras juntas; la más joven de las dos criticaba a la mujer mayor y se avergonzaba de ella por su mala gramática, su acento irlandés y sus gustos plebeyos —como si los Wiggins no hubieran sido tan plebeyos como los demás—. Por otro lado, la señora Butler, como ella se veía obligada a admitir, era simpática y tenía buen corazón. Le encantaba regalar, puesto que ella tenía mucho, y enviaba presentes a diestro y siniestro, a Lillian, a los chicos y a otros. «Ahora deben venir a cenar con nosotros» —la relación con los Butler había llegado a ese nivel de confianza— o «Debe venir a pasear conmigo mañana».

«Aileen, que Dios la bendiga, es una chica estupenda», o «Mi querida Norah no

se encuentra bien hoy».

Pero Aileen, con sus aires, su disposición agresiva, su gusto por la atención y su vanidad, irritaba y a veces disgustaba a la señora Cowperwood. Ahora a los dieciocho años tenía una figura que resultaba sutilmente provocativa. Su actitud era la propia de un chico, hombruna a veces, y aunque se había formado en un convento, tenía inclinación a resistirse a cualquier tipo de restricción. Pero a sus ojos azules se asomaba una dulzura que resultaba de lo más compasiva y humana.

Sus padres habían escogido Saint Timothy y el colegio del convento de Germantown para su educación —lo que ellos llamaban una buena educación católica—. Había aprendido mucho sobre la teoría y las formas del ritual católico, pero no lograba entenderlas. La iglesia, con sus elevadas ventanas tenuemente iluminadas, con el alto altar blanco, con la figura de san José a un lado y la de la Virgen María al otro, vestidos con túnicas azules con estrellas doradas, con sus halos y sus cetros, la habían impresionado enormemente. La iglesia en su conjunto —cualquier iglesia católica— era algo que le gustaba observar, era reconfortante. El altar, durante la misa mayor, iluminado con medio centenar de velas o más, dignificado y convertido en algo impresionante gracias a las ricas vestiduras de encaje de los sacerdotes y los acólitos, los impresionantes bordados y los preciosos colores del amito, de la casulla, la capa, la estola, el manípulo, le gustaban y le llamaban la atención. Digamos que en ella siempre se ocultaba cierto sentido de la grandiosidad junto con una afición por el color y por el amor. Desde el principio tuvo cierta conciencia del sexo. No tenía deseos de saber nada con precisión ni de tener una información exacta. La sensualidad innata rara vez los tiene. Disfruta del sol, se baña en el color, habita en el sentido de lo impresionante y lo espléndido y allí reside. No es necesaria la precisión, a menos que se trate de un carácter agresivo y codicioso, cuando se manifiesta en un deseo de posesión. La sensualidad verdaderamente controladora no se puede manifestar en los temperamentos más activos, ni tampoco en los más precisos.

Es necesario definir estas afirmaciones en lo que atañen a Aileen. No sería justo describir su carácter como claramente sensual por esta época. Era demasiado rudimentario. Toda cosecha requiere su tiempo de maduración. El confesionario, tenuemente iluminado los viernes y sábados por la tarde, cuando la iglesia estaba sólo alumbrada por unas cuantas lámparas, y las advertencias del sacerdote, las penitencias y el perdón eclesiástico que este le susurraba a través de la estrecha celosía la emocionaban por ser algo sutilmente agradable. No tenía miedo a sus pecados. El infierno, que con tanta claridad le hacían ver, no la amedrentaba. No había echado raíces en su conciencia. Los ancianos y ancianas que entraban cojeando en la iglesia y se inclinaban para rezar murmurando mientras sujetaban las cuentas del rosario eran objeto de un interés curioso, al igual que las tallas de madera de la peculiar colección de relieves que enfatizaban las estaciones de la cruz. Le había gustado confesarse, particularmente cuando tenía catorce y quince años, y escuchar la voz del sacerdote cuando la amonestaba, «Bueno, querida niña». Un sacerdote

particularmente anciano, un padre francés, que fue al colegio a escuchar sus confesiones, le interesaba por ser amable y dulce. Su perdón y su bendición parecían sinceras; mejor que las oraciones de ella, que realizaba de manera mecánica. Y había también un sacerdote joven en St. Timothy, el padre David, robusto y rosado, al que le caía un bucle negro sobre la frente y que llevaba su sombrero eclesiástico de un modo casi garboso, que recorría el pasillo los domingos rociando agua bendita con un gesto amplio, definido y distinguido de la mano, del que se quedó prendada. Oía confesiones, y de vez en cuando, a ella le gustaba susurrarle sus extraños pensamientos, mientras que en realidad lo que hacía era especular sobre lo que él estaría pensando. No podía asociarlo, aunque quisiera, con ninguna autoridad divina. Era demasiado joven y demasiado humano. Había algo ligeramente malicioso e incitante en el placer que le producía contarle sus cosas y marcharse después arrepentida y caminando recatadamente. En Santa Agatha había sido difícil lidiar con ella. Estaba demasiado llena de vida, como las buenas hermanas del colegio pronto percibieron, y era demasiado activa para dejarse controlar fácilmente. «Esa señorita Butler», le comentó una vez la hermana Constantia, la madre superiora, a la hermana Sempronia, la mentora de Aileen, «es una muchacha muy animada y podría darle muchos problemas a menos que la trate con tacto. Quizá tenga que convencerla con pequeños obsequios. Así progresará más». Y así, la hermana Sempronia había buscado averiguar qué era lo que más interesaba a Aileen para poder sobornarla con ello. Al ser tremendamente consciente de los medios de su padre y envanecerse de su superioridad personal, no resultó ser tarea fácil. Pero había querido ir a su casa de cuando en cuando; había querido que se le permitiera llevar el rosario de grandes cuentas de las hermanas con su cruz colgante de ébano y su Cristo de plata, y que se le presentó como un gran privilegio. Por mantenerse en silencio en clase, por caminar con suavidad y por hablar en tonos bajos —hasta donde ella podía—, por no entrar a hurtadillas en las habitaciones de las otras muchachas después de que se apagaran las luces y por abandonar sus encaprichamientos con alguna que otra hermana compasiva, se le concedieron estos privilegios y se le ofrecieron algunos otros como caminar por los jardines los sábados por la tarde, tener todas las flores que quisiera y algunos vestidos y joyas más. Le gustaban la música y la idea de pintar, aunque no tenía talento para ello; y los libros y las novelas le interesaban pero no podía comprenderlos. En cuanto al resto —gramática, ortografía, costura, religión e historia general—, los detestaba. Las clases de Comportamiento sí le atraían algo. Le habían gustado las reverencias algo exageradas que le enseñaban, y a menudo había reflexionado sobre cómo las utilizaría cuando llegara a casa.

Cuando salió al mundo las pequeñas distinciones sociales que se han mencionado comenzaron a imprimirse en ella y deseó de corazón que su padre construyera una casa mejor —una mansión— como las que veía en otros sitios, para presentarla en sociedad adecuadamente. De no ser posible, sólo le quedaba recurrir a la ropa, las joyas, montar a caballo, los carruajes y los diferentes cambios de vestuario

consiguientes y que estas actividades le permitían. Su familia no podía recibir visitas de manera distinguida donde se encontraba, y así, ya a los dieciocho, estaba comenzando a sentir el aguijón de la ambición no satisfecha. Deseaba intensamente la vida. ¿Cómo iba a conseguirla?

Su habitación era un estudio de la idiosincrasia de una mente ambiciosa e impaciente. Estaba llena de ropa, de cosas bellas para todas las ocasiones —joyas—, que pocas veces podía ponerse —zapatos, medias, lencería, lazos—. Había hecho un estudio rudimentario de los perfumes y cosméticos, aunque no necesitara los últimos para nada, y también estaban presentes en abundancia. No era muy ordenada y le encantaba la suntuosidad de aquel despliegue; y las cortinas, colgaduras, los adornos de mesa y los cuadros tendían a la opulencia, lo que no casaba bien con el resto de la casa.

Aileen siempre le recordaba a Cowperwood uno de esos caballos de largas patas libre de riendas. Se la encontró varias veces comprando con su madre o en el carruaje con el padre, y siempre le interesaba y le divertía el tono afectadamente aburrido que adoptaba ante él. Aquellos «¡Dios mío! ¡Dios mío! La vida es tan tediosa, ¿no le parece?», cuando, en realidad, todos y cada uno de sus momentos le provocaban un interés de lo más emocionante. Cowperwood le tomó la medida mentalmente con total exactitud. Una muchacha con un gran sentido de lo que era la vida, romántica, llena de pensamientos de amor y de sus posibilidades. Cuando la miraba, tenía la sensación de estar viendo lo mejor que la naturaleza puede hacer cuando intenta producir la perfección física. Se le ocurrió pensar que algún joven afortunado se casaría con ella pronto y se la llevaría de allí; pero si alguien quería sujetarla bien, tendría que hacerlo mediante el afecto, la atención y sutiles halagos, o no lo conseguiría.

—Pequeña impertinente —cosa que no era en absoluto—. Piensa que el sol sale y se pone en el bolsillo de su padre —dijo Lillian un día a su marido—. Oyéndola hablar, parece que descienden de reyes irlandeses. Me divierte su pretendido interés por el arte y la música.

—Bueno, no seas demasiado dura con ella —le dijo Cowperwood con diplomacia. Ya le gustaba mucho Aileen—. Toca muy bien y además, tiene buena voz.

—Sí, lo sé; pero carece de auténtico refinamiento. ¿Cómo iba a tenerlo? Mira a su padre y a su madre.

—Yo no aprecio carencias tan reseñables en ella —insistió Cowperwood—. Es inteligente y atractiva. Por supuesto, aún no es más que una niña, un poco engreída, pero se le pasará. Y no carece de juicio y buen sentido, además.

Aileen, como él bien sabía, era muy agradable con él. Le caía bien. Ella siempre se aseguraba de tocar el piano y de cantar para él cuando iba a su casa, y sólo cantaba cuando él estaba allí. Había algo en el paso firme y seguro, en el cuerpo fornido y en la atractiva cabeza que la atraía. A pesar de su vanidad y su egocentrismo, a veces se

sentía intimidada en su presencia; nerviosa. Parecía más alegre y resplandeciente cuando estaba él.

Una de las cosas más fútiles del mundo es la de realizar cualquier intento por definir el carácter de alguien con exactitud. Todos los individuos son un montón de contradicciones; máxime los más capaces.

En el caso de Aileen Butler sería imposible dar una definición exacta. Ciertamente gozaba de una inteligencia basta y sin refinar —también de una fuerza innata, algo domesticada por las doctrinas y convenciones de la sociedad de la época, pero que aún se manifestaba a veces con total claridad de una manera elemental y no del todo carente de encanto—. Por esta época, aún tenía dieciocho años —y era decididamente atractiva desde el punto de vista de un hombre del temperamento de Frank Cowperwood—. Ella le ofrecía algo que él no había conocido hasta entonces y que ni siquiera había deseado de manera consciente. Vitalidad y vivacidad. Ninguna otra mujer ni muchacha que hubiera conocido antes había poseído tanta fuerza innata como ella. Su pelo dorado rojizo —no tanto pelirrojo, como de un rubio dorado con reflejos rojizos— formaba densos bucles que le caían sobre la frente y se le rizaba en la base del cuello. Tenía una nariz preciosa, que no era delicada, sino de corte recto con dos pequeños orificios, y los ojos, eran grandes y, aun así, perceptiblemente sensuales. Su tono azul grisáceo le resultaba a él muy agradable, y su acicalamiento, debido a su temperamento, por supuesto, casi sugerían un lujo excesivo: las pulseras, los brazaletes para el tobillo, los pendientes y los pectorales de las odaliscas que, por supuesto, no se hallaban allí. Ella le confesó años más tarde que le habría encantado pintarse las uñas y las palmas de las manos de rojo turco. Saludable y vigorosa, sentía un interés crónico por los hombres —le interesaba lo que ellos pensarán de ella— y en qué lugar quedaba si la comparaban con otras mujeres.

El hecho de que pudiera ir en carruaje, vivir en una casa magnífica en Girard Avenue, visitar casas como la de los Cowperwood y otros era una razón de peso; pero aun así, incluso a su edad, se daba cuenta de que la vida era algo más que aquellas cosas. Muchos carecían de ellas y aun así, vivían.

Pero estas manifestaciones de riqueza y privilegios le interesaban mucho; y cuando se sentaba al piano a tocar, paseaba en su carruaje, o cuando caminaba o se colocaba frente al espejo, era consciente de su figura, de sus atractivos, de lo que significaban para los hombres y de cómo la envidiaban las mujeres. A veces miraba a las muchachas pobres, de pecho plano o de caras poco agraciadas y sentía lástima de ellas; otras veces, sentía una intensa e inexplicable oposición hacia alguna mujer o muchacha atractiva que se hubiera atrevido a afrontarla social o físicamente. Había muchachas pertenecientes a las mejores familias que, en Chestnut Street, en las tiendas caras o en la avenida, cuando iban a caballo o en carruajes, levantaban la cabeza, dando a entender con el gesto, con tanta claridad como puedan hacerlo los movimientos humanos, que provenían de mejores familias y lo sabían. Cuando esto ocurría, ambas se miraban de manera desafiante. Ella deseaba más que nada ascender

en la vida, pero a pesar de eso, los hombres ñoños de mejor posición social no le atraían en absoluto. Ella quería un hombre. De vez en cuando había alguno que «se aproximaba», aunque no del todo, y le llamaba la atención, pero la mayoría de ellos eran políticos o legisladores, conocidos de su padre, y no eran nada socialmente; de modo que terminaban cansándola y desilusionándola. Su padre no conocía a la auténtica elite. Pero el señor Cowperwood parecía muy refinado, enérgico y reservado. A menudo miraba a la señora Cowperwood y pensaba que era muy afortunada.

CAPÍTULO XIV

La transformación de Cowperwood en Cowperwood & Co. tras su impresionante operación con los bonos, por fin le permitió relacionarse con el hombre que jugaría un importante papel en su vida, moral y financieramente, así como en otros aspectos. Se trataba de George W. Stener, el nuevo tesorero electo de la ciudad, que, para empezar, era una marioneta en manos de otros hombres, pero que, también y a pesar de este hecho, se convirtió en un personaje de considerable importancia por la sencilla razón de que era débil. Stener se había dedicado a negocios inmobiliarios y de aseguradoras a pequeña escala antes de convertirse en el tesorero de la ciudad. Era uno de esos hombres, de los que hay tantos miles en cualquier comunidad grande, sin amplitud de visión, sin perspicacia, sin destreza y sin habilidad en nada. Nunca oirías a Stener decir ni una sola idea nueva. No tuvo ni una sola en toda su vida. Por otro lado, no era mal tipo. Su aspecto tedioso, polvoriento y ordinario era más una cuestión de carácter que de cuerpo. Tenía los ojos de un impreciso gris azulado; el pelo fino de un polvoriento castaño claro. La boca; no había nada reseñable en su boca. Era bastante alto, medía casi un metro ochenta, y tenía los hombros moderadamente anchos, pero su figura era cualquier cosa menos proporcionada. Daba la impresión de tener los hombros ligeramente encorvados, tenía el estómago algo protuberante y sólo hablaba de lugares comunes —los cotilleos insignificantes de los periódicos, de la calle y los negocios—. Le caía bien a la gente de su vecindario. Pensaban que era honrado y amable, y hasta donde se sabía, así era. Su esposa y sus cuatro hijos eran tan mediocres e insignificantes como suelen serlo las esposas y los hijos de este tipo de hombres.

Aun así, y a pesar de ello, o quizá, al menos en términos políticos, precisamente por todo eso, George W. Stener llegó a ser objeto de la atención pública temporalmente gracias a ciertos métodos políticos que habían venido dándose en Filadelfia sin sufrir prácticamente ninguna modificación en los últimos cincuenta años. Primero, al ser de la misma fe política que el partido local dominante, el concejal y líder del distrito electoral de su distrito había llegado a considerarlo un alma fiel —alguien útil para fomentar el voto—. Y en segundo lugar —aunque no tuviese absolutamente ningún valor como orador, puesto que carecía de ideas—, podía enviarlo puerta por puerta para que le preguntara al frutero, al herrero y al carnicero qué opinaba de distintas cosas sabiendo que se ganaría su amistad, lo que a largo plazo les permitiría predecir con bastante exactitud el voto probable. Además, se le podían suministrar unos cuantos tópicos para que él los repitiera. El Partido Republicano, que entonces estaba recién nacido y aun así dominaba en Filadelfia, necesitaba «tu» voto; era necesario impedir que entraran los granujas de los demócratas —le habría costado decir por qué—. Habían estado a favor de la esclavitud. Abogaban por el libre comercio. Ni una sola vez se le ocurrió que estas cosas no tuvieran nada que ver con el ejecutivo local ni con la administración

financiera de Filadelfia. ¿Y si no era así? ¿Qué importaba eso?

En Filadelfia, en esta época, se suponía que un senador de los Estados Unidos, un tal Mark Simpson, junto con Edward Malia Butler y Henry A. Mollenhauer, un rico comerciante de carbón e inversor, controlaban conjuntamente, como así hicieron, el destino político de la ciudad. Tenían representantes, diputados, espías y herramientas —una gran empresa—. Entre ellos se encontraba este mismo Stener —un minúsculo engranaje en la maquinaria silenciosa de sus asuntos.

Prácticamente en ninguna otra ciudad más que en esta, donde los habitantes eran mortalmente mediocres en su cualidad de comunes y corrientes, podía un hombre como Stener haber resultado elegido tesorero de la ciudad. Las bases, excepto contadas excepciones, no redactaban el programa político. Un círculo interno se ocupaba de ese asunto. Determinados puestos se asignaban a tal o cual hombre, o a tal o cual facción del partido por tales o cuales servicios prestados; pero ¿quién no sabe de política?

A su debido tiempo, por lo tanto, George W. Stener terminó convirtiéndose en persona grata para Edward Strobik, un antiguo concejal que más tarde se convirtió en líder del distrito electoral y luego en presidente del concejo municipal, y que, en su vida privada, se dedicaba a la venta de piedra para la construcción y era propietario de una fábrica de ladrillos. Strobik era uno de los secuaces de Henry A. Mollenhauer, el más frío y duro de los tres líderes políticos. Este último quería obtener ciertas cosas del concejo, y Strobik era su herramienta. Hizo que eligieran a Stener; y como votaba fielmente lo que se le decía que votara, este último más tarde fue nombrado superintendente adjunto del departamento de carreteras.

Aquí fue donde Edward Malia Butler le echó el ojo y a quien le resultó ligeramente útil. Después, el comité político central, con Butler al cargo, decidió que necesitaban un hombre agradable y dócil, que fuese, al mismo tiempo, absolutamente fiel, para el cargo de tesorero de la ciudad, y así fue como Stener apareció en la candidatura. Sabía poco de finanzas, pero era un excelente contable; y además, ¿no estaba allí Regan, el asesor de la corporación, otra herramienta política de este gran triunvirato, para aconsejarle en todo momento? Lo estaba. Era un asunto muy simple. Aparecer en la candidatura equivalía a ser elegido, de modo que, tras unas cuantas semanas de experiencias extremadamente difíciles en las tribunas, durante las que, tartamudeando, había hecho las consabidas declaraciones de que la ciudad necesitaba una administración honrada, fue nombrado para el cargo; y ahí estaba.

En realidad, las cualificaciones ejecutivas y financieras de George W. Stener para el cargo habrían dado igual, pero en estos momentos, la ciudad de Filadelfia aún renqueaba bajo el peor sistema financiero, o la falta del mismo, que ninguna ciudad haya tenido que soportar: al asesor y al tesorero se les permitía recaudar y custodiar dinero propiedad de la ciudad fuera de las arcas privadas de la ciudad, sin que existiera además la exigencia por parte alguna de que ese dinero se invirtiera con intereses en beneficio de la ciudad. En vez de eso, lo único que se esperaba que

hicieran, aparentemente, era que devolvieran el principal cuando asumieran o dejaran el cargo. Ni se suponía ni se les exigía públicamente que el dinero recaudado, u obtenido de cualquier fuente, se mantuviera intacto en las arcas de la tesorería de la ciudad. Podían prestarlo, depositarlo en bancos o utilizarlo para los intereses privados de cualquiera, siempre y cuando el principal fuese devuelto sin que nadie se enterara. Por supuesto que esta teoría de las finanzas no era algo que contase con autorización pública, pero era algo que se sabía a nivel político y periodístico, y también en las altas finanzas. ¿Cómo detenerlo?

Cowperwood, al acercarse a Edward Malia Butler, había entrado de manera inconsciente en este ambiente de especulación errática e insatisfactoria sin darse cuenta. Cuando dejó la oficina de Tighe & Co. siete años antes, lo hizo con la idea de que en adelante no tendría nada que ver con el corretaje de acciones; pero he aquí que nos lo encontramos metido de nuevo en él, con más brío del que hubiera mostrado nunca, porque ahora trabajaba para sí mismo, para Cowperwood & Co., y estaba deseoso de satisfacer a todos aquellos individuos poderosos que gradualmente iban llegando hasta él. Todos tenían un poco de dinero. Todos tenían pistas y querían que él se encargara de mover determinado tipo de acciones con margen, porque otros políticos lo conocían y porque se sabía que era un hombre seguro. Y era cierto. No era especulador ni jugador, o al menos no lo había sido hasta entonces para sí mismo. De hecho, a menudo se relajaba al pensar que en todos aquellos años nunca había jugado para sí mismo, sino que siempre había actuado estrictamente para otros. Pero ahora tenía aquí a George W. Stener con una proposición que no era exactamente lo mismo que especular en bolsa, y aun así, lo era.

Durante un largo periodo en los años que precedieron a la Guerra Civil, y durante la misma, es necesario explicar y recordar aquí que la ciudad de Filadelfia había tenido por costumbre, como corporación, y cuando no había fondos en la tesorería, emitir lo que se conocía como certificados de la ciudad, que no eran más que pagarés al seis por ciento de interés, pagaderos a veces a treinta días, y otras veces a tres o seis meses —dependiendo siempre de la cantidad y del tiempo que el tesorero de la ciudad estimaba que necesitaría para tener suficiente dinero en la tesorería como para abonarlos y cancelarlos—. Con frecuencia se pagaba así a pequeños comerciantes y a grandes contratistas; los pequeños comerciantes que vendían suministros a las instituciones de la ciudad, por ejemplo, se veían obligados a descontar sus pagarés en el banco si necesitaban el dinero, normalmente por noventa centavos el dólar, mientras que los grandes contratistas podían permitirse mantener los suyos y esperar. Resulta evidente que esto iba en detrimento del pequeño comerciante y del minorista, mientras que demostraba ser algo rentable para el gran contratista o el corredor de pagarés, ya que la ciudad pagaría los certificados en algún momento, y el seis por ciento era un interés lucrativo, teniendo en cuenta que la seguridad era absoluta. El banquero o el corredor que obtenía los certificados de los pequeños comerciantes por noventa centavos cada dólar sacaba un provecho considerable si conseguía esperar.

En un principio, casi con total probabilidad, no hubo intención por parte del tesorero de la ciudad de hacerle una injusticia a nadie, y es probable que en el momento no hubiera fondos para pagar. Sin embargo, aunque así hubiera sido, no había excusa más tarde para emitir los certificados, en vista de que la ciudad podría haberse gestionado sencillamente de manera bastante más económica. Pero estos certificados, como se puede imaginar fácilmente, se habían convertido en una magnífica fuente de ingresos para los corredores de pagarés, banqueros, financieros políticos y, en general, para todos los manipuladores internos de la política, de modo que continuaron siendo parte de la política fiscal de la ciudad.

Tenía sólo un inconveniente. Para sacar la máxima ventaja a esta condición, el banquero que tenía los certificados en su poder debía ser un «banquero de dentro», uno cercano a las fuerzas políticas de la ciudad, porque si no lo era y necesitaba dinero, y llevaba los certificados al tesorero de la ciudad, se encontraría con que no le daban efectivo por ellos. Pero si los transfería a algún banquero o corredor de pagarés cercano a la fuerza política de la ciudad, eso ya era otro tema. La tesorería buscaría la manera de pagar. O, si así lo deseaba el corredor o el banquero —el apropiado—, pagarés a tres meses vista, que si no eran liquidados en esa fecha, podían ser extendidos durante años y años proporcionándole un seis por ciento de interés, aunque la ciudad tuviera medios de sobra para liquidarlos. Esto significaba, por supuesto, que la ciudad estaba sufriendo costes por intereses que eran ilegales, pero eso tampoco importaba. Era algo que se podía tapar con un «sin fondos». El público general no lo sabía. Ni podía averiguarlo. Los periódicos no estaban vigilantes, al ser propolíticos. No había reformadores entusiastas y constantes que pudieran conseguir credibilidad política. Durante la guerra, los certificados de este tipo en circulación ascendían a bastante más de dos millones de dólares, y todos ellos con un interés del seis por ciento, pero entonces, por supuesto, el asunto empezó a ser algo escandaloso. Además, al menos algunos de los inversores empezaron a querer recuperar su dinero.

Por lo tanto, para cancelar esta deuda pendiente y que todo se quedara limpio y en orden de nuevo, se decidió que la ciudad debía solicitar un crédito, de unos dos millones de dólares —no hacía falta dar una cifra exacta—. Y este crédito debía adoptar la forma de certificados con intereses de un valor a la par de cien dólares, redimibles a seis, doce o dieciocho meses, según el caso. Debía parecer que estos certificados de préstamo se pondrían a la venta en el mercado libre, dejando apartado un fondo de amortización para su liquidación, y el dinero que se obtuviera por este medio debía destinarse a los certificados pendientes desde hacía tanto tiempo y que ahora eran tema de comentario público.

Resulta obvio que esto era desnudar a un santo para vestir a otro. Pero en realidad no hubo ninguna liquidación de la deuda pendiente. La intención de los intrigantes no era más que posibilitar que los políticos financieros de dentro pudieran seguir cosechando los mismos beneficios al permitir que se vendieran esos certificados a las partes adecuadas por noventa o menos, amparados en el argumento de que no había

mercado para ellos y de que el crédito de la ciudad era malo. Esto era verdad hasta cierto punto. La guerra acababa de terminar. El dinero estaba caro. Los inversores podían conseguir más del seis por ciento en cualquier otro sitio a menos que se les vendiera el crédito a noventa. Pero había unos cuantos políticos vigilantes que no formaban parte de la administración, y algunos periódicos y financieros que no tenían que ver con la política, que, debido al exacerbado patriotismo de la época, insistieron en que el crédito debía venderse a la par. Y por lo tanto, hubo de incluirse una cláusula a tal efecto en la ordenanza de autorización.

Como se puede ver con claridad, esto destruyó el complot de los políticos para quedarse con el crédito a noventa. Sin embargo, como querían que se les pagara el dinero que estaba comprometido en los antiguos certificados y que ahora no eran liquidables por falta de fondos, la única manera sería hacer que algún corredor que conociera los entresijos del mercado de valores se encargara de este nuevo crédito de la ciudad en la bolsa, de manera que se hiciera parecer que tenía un valor de cien y que se vendiera a los ajenos por esa cantidad. Más tarde, si, como ocurriría con total seguridad, caía por debajo de ese valor, los políticos podrían comprar cuanto desearan, para que al final la ciudad se los liquidara a la par.

George W. Stener, que acababa de entrar como tesorero de la ciudad en este momento, y que no aportó ningún conocimiento financiero a la propuesta, estaba muy preocupado. Henry A. Mollenhauer, uno de los hombres que había reunido gran cantidad de los antiguos certificados de la ciudad, y que ahora quería su dinero para invertirlo en ofertas de bonanza en el Oeste, visitó a Stener y también al alcalde. Él, junto con Simpson y Butler, componían los Tres Grandes.

—Creo que se debería hacer algo con estos certificados que continúan pendientes—explicó—. Tengo muchos y hay otros. Hemos ayudado a la ciudad desde hace mucho tiempo manteniéndonos en silencio; pero creo que ahora debería hacerse algo. El señor Butler y el señor Simpson piensan igual que yo. ¿No se podrían sacar a bolsa estos nuevos certificados de crédito para conseguir el dinero de esa forma? Quizá haya algún agente inteligente que pueda hacerlos subir hasta su valor nominal.

Stener se sintió halagado por la visita de Mollenhauer. Rara vez se molestaba en aparecer personalmente y sólo lo hacía por el peso que tenía y el efecto que provocaba su presencia. Visitó al alcalde y al presidente del concejo, al igual que hizo con Stener, con un aire distante, altivo e inescrutable. Para él no eran más que los recaderos de la oficina.

Para comprender con exactitud el motivo del interés de Mollenhauer en Stener, el significado de su visita y las acciones subsiguientes de Stener, será necesario otear el horizonte político desde algún tiempo atrás. Aunque George W. Stener era de alguna manera un secuaz de Mollenhauer, nombrado por él, este último sólo lo conocía vagamente. Lo había visto antes; había oído hablar de él; había dado su beneplácito para que el nombre apareciera en la lista local de candidatos porque los más cercanos a él y que estaban a sus órdenes le habían asegurado que Stener «estaba bien», que

haría lo que se le dijera, que no le causaría problemas a nadie, etcétera. De hecho, durante varias administraciones previas, Mollenhauer había mantenido una relación subrepticia con la tesorería, nunca tan próxima que pudiera rastrearse fácilmente. Era un hombre demasiado notorio tanto política como financieramente para eso. Pero no era ajeno al plan, del que Simpson, y probablemente Butler, tenía conocimiento, de utilizar soplones políticos y comerciales para sangrar a la tesorería de la ciudad todo lo que le fuera posible sin crear un escándalo. De hecho, unos años antes, ya había empleado a varios agentes —Edward Strobik, presidente del concejo, Asa Conklin, el entonces titular del puesto de alcalde, Thomas Wycroft, concejal, Jacob Harmon, concejal, y otros— para que crearan empresas fantasma con distintos nombres, cuya actividad tendría relación con las que la ciudad necesitara —madera, piedra, acero, hierro, cemento— y una larga lista, y por supuesto, recabando altos intereses para los que realmente se encontraban detrás de las empresas fantasma. Eso le ahorra a la ciudad las molestias de ir buscando por todas partes comerciantes honrados y razonables.

Como la actuación de al menos tres de estas empresas fantasma tendrá que ver con el desarrollo de la historia de Cowperwood, se pueden describir brevemente. Edward Strobik, el jefe y el más útil para Mollenhauer, a pequeña escala, era una persona muy activa de unos treinta y cinco años por entonces —delgado y algo enérgico, con el pelo y los ojos negros y un bigote negro excesivamente grande—. Era atildado y tenía tendencia a vestirse de manera llamativa —un par de pantalones de rayas, chaleco blanco, chaqué negro y sombrero de copa de seda—. Los zapatos marcadamente adornados iban siempre perfectamente brillantados y su immaculado aspecto le hizo ganarse el apodo de «el Petimetre» entre algunos. No obstante, era bastante capaz a pequeña escala y caía bien a muchos.

Sus dos cómplices más próximos, los señores Thomas Wycroft y Jacob Harmon, eran menos atractivos y menos brillantes. Jacob Harmon carecía de inteligencia en lo social, pero no en lo financiero. Era grande y de figura más bien triste, tenía el pelo de un castaño terroso y los ojos marrones, pero era bastante inteligente y estaba completamente dispuesto a aprobar cualquier cosa que no fuera demasiado atrevida en su criminalidad y que le proporcionara la suficiente protección como para mantenerse apartado de las garras de la ley. No se trataba tanto de que fuera astuto, sino de que era un tipo aburrido deseoso de prosperar.

Thomas Wycroft, el último de este útil triunvirato a pesar de su escasa categoría, era un hombre alto, delgado, con la piel cerosa, de ojos hundidos, cara demacrada y en definitiva, patético a la vista, pero inteligente. Era fundidor de oficio y se había metido en política de manera muy parecida a como lo hiciera Stener —porque era útil; y se las había arreglado para ganar dinero— vía este triunvirato del que Strobik era el cabecilla, y que estaba involucrado en varios negocios peculiares que se indicarán ahora.

Las compañías que estos asistentes habían montado bajo administraciones previas

para Mollenhauer comerciaban con carne, materiales de construcción, farolas, suministros para las carreteras y cualquier otra cosa que los distintos departamentos de la ciudad o de sus instituciones pudieran necesitar. Una vez que la ciudad concedía un contrato, este era irrevocable, pero con anterioridad había que amañarlo con determinado concejal y para eso hacía falta dinero. La compañía que se montaba de este modo no tenía por qué llegar a sacrificar ganado ni a fabricar farolas. Lo único que tenía que hacer era organizarse para hacerlo, obtener una escritura de constitución, asegurarse un contrato del concejo municipal para suministrar esos materiales a la ciudad (de lo que se encargarían Strobik, Harmon y Wycroft) y después subarrendar el servicio a algún matadero o fundición reales, quienes proporcionarían el material y les permitirían embolsarse los beneficios que, a su vez, se dividían o se pagaban a Mollenhauer y a Simpson en forma de donaciones políticas a clubes u organizaciones. Era muy fácil y, en cierta manera, legítimo. El matadero o la fundición que resultaban favorecidos no habrían podido esperar conseguir semejante contrato por sus propios medios. A Stener, o a quien estuviera a cargo de la tesorería en ese momento, había que reservarle no ya el uno o el dos por ciento, sino un porcentaje suculento de los beneficios, que podría embolsarse (otros tesoreros lo habían hecho) por sus servicios al prestar el dinero que habría que utilizar como garantía de que el contrato se cumpliría de manera adecuada a un tipo de interés bajo y al ayudar en algunos casos al matadero o a la fundición para llevar a cabo este propósito. Se le recomendaría a algún oficial mayor complaciente y de confianza. No era asunto de Stener que Strobik, Harmon y Wycroft, actuando para Mollenhauer, estuvieran casualmente planeando utilizar una parte de ese dinero prestado para otros propósitos completamente ajenos a los indicados. Lo único que era de su incumbencia era prestarlo. Ahora bien, sigamos. Un tiempo antes de ser siquiera nominado, Stener había sabido por Strobik, que, por cierto, era uno de sus garantes como tesorero (dicha garantía iba en contra de la ley, igual que las de los concejales Wycroft y Harmon, ya que las leyes de Pensilvania estipulaban que un servidor político no podía ser garante de otro), que los que habían hecho posible esta nominación y la elección de ninguna manera le pedirían que hiciera nada que no fuera perfectamente legal, pero que debía ser complaciente y no interponerse en los beneficios adicionales ni morder la mano que le daba de comer. También se le dejó perfectamente claro que una vez que hubiera tomado posesión de su cargo también habría algún dinerillo para él. Como ya se ha indicado, siempre había sido un hombre pobre. Había visto cómo a todos los conocidos que habían politiqueado en distintos grados hasta la fecha les había ido verdaderamente bien económicamente, mientras que él renqueaba como agente de seguros e inmobiliario. Había trabajado mucho cuando era asistente político de menor importancia. Otros políticos se estaban construyendo buenas casas en zonas nuevas de la ciudad. Se iban de excursión en grupo a Nueva York, Harrisburg o Washington. Se les veía conversar contentos en moteles o en hoteles rurales en temporada con sus esposas o sus favoritas, y él aún no

pertenecía a esta feliz multitud. Naturalmente, ahora que le habían prometido algo, estaba interesado y conforme. ¿Qué podría perder?

Cuando tuvo lugar esta visita de Mollenhauer con su sugerencia referente a la venta de los certificados del crédito por su valor nominal, aunque aparentemente no tenía nada que ver con la conexión clandestina con Stener, a través de Strobik y los otros, Stener reconoció sin ningún género de duda su propia subordinación política — la voz estentórea de su amo—, e inmediatamente se apresuró a acudir a Strobik en busca de información.

—¿Qué haría usted en este caso? —le preguntó a Strobik, que había sabido de la visita de Mollenhauer antes de que Stener se lo contara y estaba esperando a que Stener fuera a hablar con él—. El señor Mollenhauer habla de que el crédito se saque a bolsa por su valor nominal para que se venda por cien.

Ni Strobik ni Harmon ni Wycroft sabían qué hacer para que los certificados del crédito de la ciudad, que sólo valían noventa en el mercado libre, llegaran a venderse por cien en la bolsa, pero el secretario de Mollenhauer, un tal Abner Sengstack, le había sugerido a Strobik que, ya que Butler estaba haciendo negocios con el joven Cowperwood y Mollenhauer no tenía ningún interés especial en su agente privado en este caso, quizá podrían probar con Cowperwood.

Y así fue como a Cowperwood lo citaron en el despacho de Stener. Y una vez allí, como aún no había reconocido ni la mano de Mollenhauer ni la de Simpson en esto, se limitó a mirar al hombre peculiarmente mal hecho y de mejillas carnosas que tenía delante sin interés ni simpatía, dándose cuenta al instante de que tendría que tratar con un financiero neófito. ¡Ojalá lograra convertirse en el asesor de este hombre; ser el único consejero durante cuatro años!

—¿Cómo está usted, señor Stener? —dijo con voz suave y obsequiosa cuando el otro le tendió la mano—. Me alegro de conocerle. He oído hablar de usted, por supuesto.

Stener tardó mucho en explicarle a Cowperwood cuál era exactamente su dificultad. Lo hizo de manera torpe, atrancándose con los obstáculos de la situación que se veía obligado a solucionar.

—Lo principal, tal como yo lo veo, es hacer que estos certificados se vendan a la par. Puedo distribuirlos en lotes del tamaño que prefiera y con la frecuencia que prefiera. Ahora quiero los suficientes para liquidar certificados pendientes por valor de doscientos mil dólares y todo lo que pueda conseguir más adelante.

Cowperwood se sintió como un médico tomándole el pulso a un paciente —un paciente que en realidad no está enfermo, pero cuya tranquilidad le supondrá unos suculentos honorarios—. Los misterios de la bolsa eran para él coser y cantar. Sabía que si este crédito llegaba a sus manos —entero, si pudiera mantenerse en secreto que actuaba para la ciudad, y que si Stener le permitiera comprar como «toro» para el fondo de amortización al tiempo que vendía juiciosamente por un aumento—, podría hacer maravillas incluso con una emisión grande. Pero necesitaba tenerlo entero para

poder contar con agentes a su servicio. Ya se estaba formando mentalmente la estrategia por la que podría hacer que muchos especuladores de bolsa imprudentes fueran cortos de este crédito, al darles la impresión, por supuesto, de que se hallaba muy disperso en manos de varias personas, y de que podrían comprar cuanto quisieran. Después se darían cuenta de que no podían conseguirlo porque él lo tenía todo. Sólo que no arriesgaría tanto su secreto. Él no, ah, no. Pero haría subir el crédito a la par y después vendería. Esto sería algo muy gordo para él entre otros. Acertadamente presintió que la política tenía que ver con todo aquello —había hombres más astutos y más importantes detrás de Stener—. Pero ¿qué más le daba a él? Le estaban mandando a Stener de manera astuta y taimada. Quizá fuera que su nombre se estaba convirtiendo en un peso pesado entre los políticos. ¡Con lo que eso significaba!

—Le diré lo que me gustaría hacer, señor Stener —dijo después de escuchar su explicación y de preguntarle qué cantidad del crédito de la ciudad le gustaría vender durante el año próximo—. Estaré encantado de encargarme del asunto, pero me gustaría contar con un día o dos para pensarlo.

—Claro, por supuesto, por supuesto, señor Cowperwood —contestó Stener afablemente—. Me parece bien. Tómese su tiempo. Si sabe cómo se puede hacer, hágame saber cuándo está listo. Por cierto, ¿cuáles son sus honorarios?

—Bueno, la bolsa tiene un baremo fijo de tarifas que los agentes estamos obligados a respetar. Es un cuarto del uno por ciento sobre el valor nominal de los bonos y los préstamos. Por supuesto, puede que tenga que añadir muchas ventas ficticias —se lo explicaré más adelante—, pero no le cobraré nada por eso siempre y cuando sea un secreto entre nosotros. Le prestaré el mejor servicio que pueda, señor Stener. De eso puede estar seguro. Pero déjeme un día o dos para pensarlo.

Le dio la mano a Stener y se despidió. Cowperwood se sentía satisfecho de estar a punto de formar una asociación de gran importancia y Stener de haber encontrado a alguien en quien apoyarse.

CAPÍTULO XV

El plan que Cowperwood diseñó tras meditarlo durante unos días le resultará claro a cualquiera que sepa un poco sobre la manipulación comercial y financiera, pero será como un oscuro secreto para los demás. En primer lugar, el tesorero de la ciudad tendría que utilizar su despacho (el de Cowperwood) como si se tratara de un banco de depósitos. Tendría que entregarle, de manera efectiva, o garantizarle un crédito en los libros de contabilidad de la ciudad, sujeto a su orden, por determinadas cantidades de los créditos de la ciudad —doscientos mil dólares en un principio, ya que esa era la cantidad que se deseaba hacer subir rápidamente— y él entonces los llevaría a bolsa y vería lo que se podía hacer para que alcanzaran su valor nominal. El tesorero de la ciudad tendría que pedir autorización a la bolsa de valores de manera inmediata para solicitar que cotizara como bono. Después Cowperwood utilizaría su influencia para que dicha solicitud se resolviera rápidamente. Stener podría después deshacerse de todos los certificados de crédito a través de él y únicamente a través de él. Tendría que autorizarle a comprar, supuestamente para el fondo de amortización, las mismas cantidades que tendría que adquirir para mantener el precio a la par. Para hacer esto, una vez que se hubieran descargado un número considerable de los certificados del crédito en el mercado, quizá fuera necesario recomprar bastante. Pero volvería a venderse. La ley que exigía que las ventas se hicieran sólo a la par tendría que ser abrogada en este asunto; es decir, que las ventas aparentes y las ventas preliminares no podrían considerarse como ventas hasta que se alcanzara el valor nominal.

Esto suponía una sutil ventaja, como Cowperwood le señaló a Stener. En primer lugar, como los certificados alcanzarían su valor nominal a la larga de todos modos, no había objeción a que Stener o cualquier otro comprara bajo al precio inicial y los mantuviera hasta que subiera. Cowperwood lo incluiría entre sus clientes con mucho gusto por cualquier cantidad, y haría las liquidaciones al final de cada mes. No se le pediría que comprara los certificados en su totalidad. Podría gestionárselos por un margen razonable, digamos unos diez puntos. Stener podía estar seguro de que conseguiría el dinero. En segundo lugar, al comprar para el fondo de amortización, sería posible comprar esos certificados muy baratos, ya que al tener la emisión de reserva completamente en sus manos, Cowperwood podría sacar al mercado las cantidades que deseara en el momento en el que quisiera comprar, y de este modo, deprimir el mercado. Entonces podría comprar y, más tarde, el precio subiría. Teniendo la totalidad de la emisión en sus manos para deprimir o estimular el mercado a su antojo, no había ninguna razón para que la ciudad no alcanzara el valor nominal en todos sus certificados y, al mismo tiempo, ganar una cantidad considerable de dinero con la fabricación de las fluctuaciones. Él, Cowperwood, estaría encantado de conseguir la mayor parte de sus beneficios de aquella forma. La ciudad debería darle el porcentaje normal de todas las ventas reales de certificados

sobre el valor nominal (tendría que hacer eso ateniéndose a las normas para no tener problemas en la bolsa); pero aparte de eso, y para todas las demás ventas realizadas para manipular el mercado, de las que habría muchas, se dejaría guiar por su conocimiento de la bolsa para reembolsárselo. Y si Stener quería especular con él; bien.

Aunque esta transacción resulte de lo más misteriosa para los no iniciados, les resultará muy clara a aquellos que entiendan del asunto. Las artimañas manipuladoras se han dado siempre en la bolsa cuando un solo hombre o un grupo de hombres han tenido el control total de las acciones. No fue distinto a lo que más tarde ocurrió con Erie, Standard Oil^[1], el cobre, el azúcar, el trigo y así sucesivamente. Cowperwood fue uno de los primeros y uno de los más jóvenes en darse cuenta de cómo podía llevarse a cabo. Cuando habló con Stener por primera vez, tenía veintiocho años. La última vez que hizo negocios con él, tenía treinta y cuatro.

Las casas y la fachada de Cowperwood & Co. habían ido desarrollándose a buen ritmo. Esta última tenía adornos de estilo florentino temprano con ventanas que se iban estrechando a medida que se aproximaban al tejado, una puerta de hierro forjado flanqueada por jambas delicadamente talladas y un dintel recto de piedra caliza de color rojizo. Era baja y de aspecto distinguido. En el panel central se había dado forma a una mano, delicadamente trabajada, fina y artística, que sostenía en alto una antorcha llameante. Ellsworth le informó de que antiguamente había sido el símbolo de los cambistas utilizado en la vieja Venecia, cuyo significado hacía mucho que había caído en el olvido.

El interior estaba terminado en madera noble muy pulida, teñida para imitar el líquen gris que infesta los árboles. Se usaron grandes paños de vidrio biselado transparente, algunos ovalados, otros rectangulares, otros cuadrados y algunos circulares, según una conocida teoría del movimiento del ojo. Las lámparas de gas estaban inspiradas en los soportes de las primeras antorchas romanas y la caja fuerte de la oficina se convirtió en objeto de adorno, elevada sobre una plataforma de mármol en la parte trasera de la oficina y lacada de un gris plateado con el letrero «Cowperwood & Co.» grabado encima en letras doradas. El lugar estaba impregnado de una sensación de reserva y buen gusto y, al mismo tiempo, resultaba también inestimablemente próspero y sólido, e inspiraba confianza. Cowperwood, al verlo terminado, felicitó a Ellsworth alegremente:

—Me gusta. Es realmente precioso. Será un placer trabajar aquí. Si las casas se van a parecer a esto, serán perfectas.

—Espere a verlas. Creo que le complacerán, señor Cowperwood. Estoy poniendo especial cuidado en la suya porque es más pequeña. Es bastante más fácil trabajar en la de su padre. Pero la suya... —Comenzó a describirle el vestíbulo, la sala de visitas y el salón, que estaba disponiendo y decorando de forma que dieran un efecto de tamaño y dignidad que no se ajustaban al espacio que realmente había.

Y cuando se terminaron las casas, resultaron ser impresionantes y llamativas; muy

diferentes a las residencias convencionales de la calle. Estaban separadas por un espacio de seis metros, cubierto de césped. El arquitecto se había inspirado algo en la escuela Tudor^[2], sin llegar a ser tan elaborado como se puso de moda más tarde entre muchas de las residencias de Filadelfia y otros lugares. Las características más llamativas eran las entradas profundamente empotradas bajo arcos anchos, bajos y ligeramente decorados con flores de acanto, y tres ventanas en saliente de forma exquisita; una en la segunda planta de la casa de Frank y dos en la fachada de la de su padre. En las fachadas de las dos casas se veían seis gabletes^[3], dos en la de Frank y cuatro en la de su padre. En la fachada de cada una de las casas a la altura de la planta baja había una ventana empotrada sin relación con las entradas empotradas, formada al colocar la cara interna del muro exterior más retrasada que la cara externa del edificio. Esta ventana miraba a la calle a través de la abertura en forma de arco y estaba protegida por un muro bajo o balaustrada. Allí se podían colocar flores o enredaderas en macetas, lo que se hizo más tarde, dando así un agradable sensación de follaje desde la calle, y disponer unas cuantas sillas, a las que se accedía a través de unos marcos con gruesas rejas.

En la planta baja de cada una de las casas se colocaron invernaderos para flores, enfrentados, y en el jardín, que era de uso común, un estanque de mármol blanco de dos metros y medio de diámetro con un cupido de mármol sobre el que se dirigían varios surtidores. El jardín estaba cercado por un muro alto pero calado de ladrillo de un verde grisáceo, especialmente quemado con objeto de que tuviera el mismo color que el granito de la casa, y coronado por una albardilla de mármol blanco de un precioso aspecto suave y aterciopelado y en las que se había sembrado césped. Las dos casas, tal como se planeó originariamente, estaban conectadas por una pérgola baja de columnas verdes que podía cerrarse con cristales en invierno.

Las habitaciones, que ahora se estaban decorando y amueblando lentamente según los estilos de la época, resultaban muy significativas en cuanto a que aumentaban y afianzaban la idea que Frank Cowperwood tenía sobre el mundo del arte en general. Era una experiencia agradable e instructiva —que contribuía al crecimiento artístico e intelectual— escuchar a Ellsworth explicarle profusamente los estilos y los tipos de arquitectura y mobiliario, la naturaleza de las maderas y de los ornamentos que empleaba, las cualidades y las peculiaridades de las colgaduras, los cortinajes, los paneles de los muebles y los visillos de las puertas. Ellsworth era estudiante de decoración así como de arquitectura, y le interesaba el gusto artístico de los norteamericanos, que imaginaba que daría espléndidos resultados algún día. Estaba mortalmente cansado de las combinaciones del estilo compuesto romano prevalente en las casas de campo y en las de las zonas residenciales. Ya era hora de que se hiciera algo nuevo. No sabía aún qué sería, pero lo que había diseñado para Cowperwood y para su padre al menos era diferente, como él mismo decía, siendo al mismo tiempo reservado, simple y agradable. Estaba en marcado contraste con el resto de la arquitectura de la calle. Había ubicado el comedor de Cowperwood, la sala

de visitas, el invernadero y la trascocina en la primera planta, junto con el vestíbulo de la entrada principal, las escaleras y un guardarropa en el hueco de las escaleras. Para la segunda planta había reservado la biblioteca, la sala de estar, el salón y un pequeño despacho para Cowperwood, junto con una alcoba para Lillian, conectada con un vestidor y un baño.

En la tercera planta, cuidadosamente divididas y equipadas con baños y vestidores, estaban la habitación del bebé, las habitaciones de servicio y varios cuartos para invitados.

Ellsworth le mostró a Cowperwood libros de diseños que contenían muebles, tapices, anaqueles, vitrinas, pedestales y pianos de formas exquisitas. Hablaron de las maderas —palisandro, caoba, nogal, roble inglés, arce «ojo de pájaro»^[4]— y de los efectos de su manufactura, tales como el similor, la marquetería y el taraceado^[5]. Le explicó este último —lo difícil que era de fabricar y lo inapropiado que resultaba en algunos aspectos para este clima, ya que las incrustaciones de latón y de carey a veces se hinchaban con el calor o la humedad, de modo que se abombaban y se rompían—. Le habló de las dificultades y de los inconvenientes de determinados acabados, pero finalmente le recomendó muebles ornamentados con similor para la sala de visitas, tapices de medallón para el salón, muebles del renacimiento francés para el comedor y la biblioteca, arce «ojo de pájaro» (teñido de azul en un caso y dejado de su color natural en el otro) y nogal de formas ligeras y delicadamente tallado para las otras habitaciones. Las colgaduras, el papel de las paredes y los tapices para el suelo debían armonizar —no ser iguales—, y el piano y la cajonera para partituras del salón, así como los anaqueles, las vitrinas y los pedestales de las salas de visita, serían de marquetería o taraceado, si Frank no tenía inconveniente en asumir el gasto.

Ellsworth le aconsejó un piano triangular —las formas cuadradas eran indescriptiblemente aburridas para los iniciados—. Cowperwood lo escuchaba fascinado. Preveía una casa que sería austera, relajante y agradable a la vista. Si colgaba cuadros, debían estar montados sobre marcos dorados, grandes y profundos; y si deseaba tener una galería de cuadros, podría convertir la biblioteca en una, y la sala de estar, que quedaba entre la biblioteca y el salón de la segunda planta, podía ser transformada en una combinación de biblioteca y sala de estar. Y eso es lo que hizo con el tiempo, pero no hasta que su gusto por los cuadros hubo progresado considerablemente.

En este momento fue cuando comenzó a sentir auténtico interés por los objetos de arte, los cuadros, los bronce, las tallas y estatuillas, las vitrinas, pedestales, mesas y anaqueles. Filadelfia no tenía mucho que ofrecer que fuese distinguido en este campo —y desde luego no en el mercado—. Había muchas residencias privadas que se habían visto enriquecidas por los viajes; pero sus contactos con las mejores familias eran aún limitados. Había por entonces dos famosos escultores norteamericanos, Powers y Hosmer, de cuyas obras tenía algunos ejemplares; pero Ellsworth le dijo

que no eran el último grito en escultura y que debería investigar los méritos de los clásicos. Finalmente se hizo con una cabeza de David de Thorwaldsen^[6], que le encantaba, y con algunos paisajes de Hunt, Sully y Hart^[7], que le parecían más en consonancia con su nuevo mundo.

El efecto de una casa de estas características sobre su propietario es inequívoco. Pensamos que somos individuos, que somos diferentes, que estamos por encima de las casas y de los objetos materiales en general; pero hay una conexión sutil que hace que nos reflejen tanto como nosotros los reflejamos a ellos. La dignidad, la sutileza y la fuerza se prestan mutuamente, y la belleza, o la falta de ella, va de uno al otro como la lanzadera del telar, tejiendo, tejiendo. Corta el hilo, separa a un hombre de lo que por derecho es suyo, de lo que es característico de él, y tendrás una figura peculiar, un éxito a medias, un fracaso a medias, como una araña sin su tela, que nunca volverá a sentirse completa hasta que no se le restituyan toda su dignidad y todos sus emolumentos.

Al ver cómo se alzaba su nueva casa, Cowperwood sentía que tenía más peso en el mundo, y estar en posesión de su repentinamente adquirido contacto con el tesorero de la ciudad era como si le hubieran abierto de par en par una ancha puerta hacia los campos elíseos de la oportunidad. En aquellos días iba por la ciudad detrás de un tiro de zaínos^[8], cuya piel lustrosa y cuyos brillantes arneses metálicos denotaban el cuidado esmerado del caballero y del cochero. Ellsworth estaba construyendo un atractivo establo en la pequeña calle lateral que estaba detrás de las casas, para uso conjunto de ambas familias. Le dijo a la señora Cowperwood que tenía intención de comprarle un victoria —como se conocía entonces al carruaje bajo, abierto y de cuatro ruedas— en cuanto se hubieran terminado de instalar en su nueva casa, y que saldrían más. Hablaron sobre la importancia de recibir visitas —que él tendría que procurar relacionarse socialmente con ciertos personajes a los que ahora no conocía—. Junto con Anna, su hermana, y sus dos hermanos, Joseph y Edward, podrían utilizar las dos casas de manera conjunta. No había ninguna razón por la que Anna no pudiera conformar un matrimonio espléndido. Joe y Ed podrían casarse bien, ya que no estaban destinados a hacer nada extraordinario en el mundo del comercio. O, al menos, no perdían nada por intentarlo.

—¿No crees que eso te gustará? —le preguntó a su esposa, refiriéndose a sus planes de recibir visitas. Ella sonrió lánguidamente.

—Supongo que sí —le dijo.

CAPÍTULO XVI

No mucho después de que el tesorero Stener y Cowperwood llegaran a su acuerdo, se puso en marcha la maquinaria para llevar a efecto aquella relación político-financiera. La suma de doscientos diez mil dólares en certificados al seis por ciento de interés, pagaderos a diez años, fue transferida al crédito de Cowperwood & Co. en los libros de registro de la ciudad, sujeta a su orden. Después, cotizando debidamente, comenzó a ofrecerlos en pequeñas cantidades a más de noventa, creando al mismo tiempo la impresión de que iba a ser una inversión próspera. Los certificados fueron subiendo gradualmente y se fueron sacando en cantidades cada vez mayores hasta llegar a los cien, cuando la totalidad del valor de doscientos mil dólares —dos mil certificados en total— fueron saliendo en pequeños lotes. Stener estaba satisfecho. Había llevado doscientas acciones que le habían vendido a cien, lo que le supuso una ganancia de dos mil dólares. Era una ganancia ilegítima, inmoral; pero eso no le molestaba demasiado a su conciencia. En realidad, carecía de ella. Y se imaginó un futuro de días felices.

Es difícil expresar con total claridad el sutil pero significativo poder que esto dejó repentinamente en las manos de Cowperwood. Tengamos en cuenta que sólo tenía veintiocho años; casi veintinueve. Imaginen a un hombre versado por naturaleza en el arte de las finanzas, capaz de jugar con sumas de dinero en forma de bonos, certificados, acciones o dinero en efectivo, como lo haría un hombre corriente con el ajedrez o las damas. O, mejor aún, imaginen a uno de esos maestros en los misterios de las formas más elevadas del ajedrez; el tipo de mente tan bien ilustrada por los famosos e históricos jugadores de ajedrez, capaces de sentarse dando la espalda a un grupo de rivales en el que jugaban catorce hombres a la vez, haciendo todos los movimientos en sus turnos, recordando todas las posiciones de todos los hombres en todos los tableros, y ganando. Por supuesto que esto sería una exageración de la agudeza de Cowperwood en este momento, pero aun así, no iría del todo descaminada. Sabía instintivamente lo que se podía hacer con una suma determinada de dinero; cómo, si era en efectivo, podría ingresarse en un sitio, pero como crédito y base de los versátiles cheques, podía usarse no sólo en un sitio, sino en muchos otros al mismo tiempo. Esta manipulación, debidamente controlada y seguida, le proporcionaba un poder de compra diez o doce veces mayor del que la suma original le habría representado. Conocía instintivamente los principios de la compra de acciones con la ganancia sobre las mismas y el de la circulación de cheques sin fondos entre distintos bancos. Era capaz de ver con exactitud no sólo cómo hacer subir o bajar el valor de aquellos certificados del crédito, día tras día y año tras año —si tuviera la suerte de conservar el control que tenía sobre el tesorero de la ciudad—, sino también cómo esto le supondría crédito en los bancos con los que hasta ahora no había podido ni soñar. El banco de su padre fue uno de los primeros en beneficiarse con esto y en ofrecerle créditos. Los distintos políticos locales y sus jefes

—Mollenhauer, Butler, Simpson y otros—, viendo el éxito de sus esfuerzos en esta dirección, especularon también con el crédito de la ciudad. Para Mollenhauer y Simpson llegó a ser conocido por su reputación, aunque no personalmente, como el hombre que estaba convirtiendo esta propuesta de crédito de la ciudad en una emisión próspera. Se suponía que Stener había sido muy inteligente al encontrarlo. La bolsa estipulaba que todas las operaciones debían ser comparadas el mismo día y liquidadas antes del cierre del día siguiente; pero este acuerdo con el nuevo tesorero de la ciudad le daba a Cowperwood mucho más espacio, y ahora tenía siempre hasta principio de mes, o prácticamente treinta días a veces, para rendir cuentas de todas las operaciones relacionadas con la emisión del préstamo.

Y, lo que es más, no se trataba realmente de rendir cuentas que supusieran que tuviera que renunciar a algo. Como la emisión iba a ser tan grande, la suma que estaba a su disposición siempre sería elevada, de modo que las transferencias y el balance de cuentas no pasarían de ser un mero acto contable. Podría utilizar los certificados del crédito de la ciudad depositados a su nombre con fines manipuladores, ingresarlos en cualquier banco como garantía de un préstamo, casi como si fueran suyos, obteniendo así un setenta por ciento de su valor real en efectivo, y no dudó en hacerlo. Podría coger este dinero en efectivo, del que no tendría que rendir cuentas hasta finales de mes, para cubrir otras transacciones realizadas con acciones y sobre las que podría volver a coger dinero en préstamo. Los recursos con los que se encontraba ahora a su disposición eran ilimitados, no tanto sus propios recursos de energía e ingenio y los límites de tiempo dentro de los que tenía que trabajar. Los políticos no se daban cuenta aún de las inmensas ganancias que estaba consiguiendo para sí mismo, porque todavía no eran conscientes de la agudeza de su mente. Cuando Stener le dijo, después de hablar del asunto con el alcalde, Strobik y otros, que durante el transcurso del año le haría un traspaso formal en los libros de contabilidad del ayuntamiento de los dos millones del crédito de la ciudad, Cowperwood se quedó mudo —de placer—. ¡Dos millones! ¡Suyos, para que él los moviera! Lo habían requerido como asesor financiero, él los había asesorado y habían aceptado sus consejos. Bien. No era hombre de molestarse intrínsecamente con escrúpulos de conciencia. Y al mismo tiempo, aún se creía financieramente honesto. No era ni más inteligente ni más astuto que ningún otro financiero —ciertamente no más perspicaz de lo que sería cualquier otro si pudiera.

Es importante hacer notar aquí que esta proposición de Stener en lo referente al dinero de la ciudad no tenía nada que ver con la actitud de los principales líderes de la política local en cuanto al control de los tranvías, que era una fase nueva y misteriosa de la vida financiera de la ciudad. Muchos de los financieros más importantes y de los políticos financieros tenían interés en ellos. Por ejemplo, los señores Mollenhauer, Butler y Simpson estaban interesados en los tranvías por separado y por su propia cuenta. No había ningún acuerdo entre ellos sobre este asunto. Si se hubieran parado a pensar en el tema, habrían decidido que no querían que nadie de fuera interfiriera.

De hecho, el negocio de los tranvías de Filadelfia no estaba lo suficientemente desarrollado en este momento como para sugerirle a nadie la imponente intriga de uniones que vendría después. Pero relacionado con este nuevo acuerdo entre Stener y Cowperwood, fue Strobik el que ahora se acercó a Stener con una idea propia. Todos estaban seguros de que ganarían dinero por mediación de Cowperwood; él y Stener, especialmente. Lo que pasaba, por lo tanto, con él, Stener y con Cowperwood en calidad de su representante —o más bien como representante secreto de Stener, ya que Strobik no se atrevió a aparecer en el asunto—, era que estaban ahora comprando suficientes acciones del tranvía en una línea concreta para controlarla, y después, si él, Strobik, podía, mediante sus propios esfuerzos, hacer que el concejo municipal apartara determinadas calles para su extensión, pues ya estaba; serían los propietarios. Sólo que después, se proponía quitarse de encima a Stener si podía. Pero este trabajo preliminar tenía que hacerlo alguien, y ese bien podía ser Stener. Al mismo tiempo, tal como él lo veía, había que hacer este trabajo con mucho cuidado, porque, como es natural, sus superiores estaban vigilantes, y si averiguaban que estaba metiendo las manos en asuntos de este tipo para su propio beneficio, podrían imposibilitarle para continuar políticamente en un puesto desde el que podría seguir ayudándose a sí mismo igualmente. Cualquier organización externa, como una compañía de tranvías que ya existiera, tenía derecho a apelar al concejo de la ciudad para exigir determinados privilegios que naturalmente contribuirían a su progreso y al crecimiento de la ciudad, y al ser igual que otros casos, no se les podrían denegar. De modo que él no podría aparecer como accionista y, al mismo tiempo, como presidente del concejo. Pero al contar con Cowperwood, que actuaba secretamente para Stener, eso ya era otra cosa.

Lo más interesante de esta propuesta, tal como finalmente la presentó Stener a Cowperwood en nombre de Strobik, era que planteaba la cuestión de la actitud de Cowperwood hacia la administración de la ciudad, sin que lo pareciera. Aunque estaba actuando como agente privado de Edward Butler, y con este mismo plan en mente, y aunque no se había encontrado nunca con Mollenhauer ni con Simpson, presentía que en lo que a la manipulación del crédito de la ciudad se refería, estaba actuando para ellos. Por otro lado, en este asunto privado de la compra de acciones del tranvía que Stener ahora le proponía, se dio cuenta desde el principio, por la actitud de Stener, de que había algo turbio en él, de que Stener sentía que estaba haciendo algo que no debería hacer.

La primera mañana que Stener abordó este asunto fue en su despacho del viejo ayuntamiento ubicado en la intersección de Sixth Street con Chestnut Street. Se sentía muy bien, animado por la prosperidad que preveía.

—Cowperwood, ¿si alguien tuviera suficiente dinero, habría alguna propiedad del tranvía que pudiera comprar para terminar haciéndose con el control?

Cowperwood sabía que existían esas propiedades. Su mente especialmente alerta ya hacía mucho que había visto las oportunidades que ofrecían. Los omnibuses

tirados por caballos estaban desapareciendo lentamente. Ya habían adquirido las mejores rutas, pero aun así, había otras calles y la ciudad seguía creciendo. La población que iba llegando supondría un gran negocio en el futuro. Merecía la pena pagar casi cualquier precio por las líneas cortas que ya se habían construido siempre que se pudiera esperar y prolongar las líneas hacia zonas más extensas y mejores en el futuro. Y él ya había concebido mentalmente la teoría de la «cadena interminable» o de la «fórmula aceptable», como se denominó más tarde, que consistía en comprar determinada propiedad con pago a largo plazo y emitir después bonos o acciones suficientes no sólo para pagar al vendedor, sino para ofrecerle además un reembolso al comprador por las molestias, por no hablar del margen que le permitía invertir en otras cosas —propiedades de naturaleza similar, por ejemplo, de las que también podría emitir bonos, y así hasta el infinito—. Después se convirtió en algo consabido, pero entonces era algo nuevo, y él se guardó la idea para sí. No obstante, se alegró de que Stener le hablara de esto, ya que los tranvías eran su pasatiempo y estaba convencido de que se convertiría en un gran experto si alguna vez tenía la oportunidad de controlarlos.

—Claro que sí, George —dijo sin comprometerse—, hay dos o tres que ofrecen una buena oportunidad para quien tenga dinero suficiente. He visto que de vez en cuando alguno que otro ofrece bloques de acciones en la bolsa. Sería buena política ir cogiendo estas cosas cuando se ofrecen, y después ver más tarde si alguno de los otros accionistas no querría vender. En este momento, Green y Coates me parece una buena propuesta. Si tuviera tres o cuatro mil dólares que pensara que pudiera ir metiendo ahí gradualmente, le haría un seguimiento. Sólo hace falta tener el treinta por ciento de las acciones de cualquier ferrocarril para controlarlo. La mayoría de las acciones están tan dispersas que nunca votan, y creo que tres o cuatro mil dólares controlarían esa línea. —Mencionó otra línea que, con el tiempo, se podría asegurar de la misma manera.

Stener meditó.

—Eso es mucho dinero —dijo pensativo—. Ya hablaremos de esto más adelante. —Y se fue a ver a Strobik.

Cowperwood sabía que Stener no tenía esos tres o cuatro mil dólares para invertir en nada. Sólo tenía una manera de conseguirlos; y esa era cogerlos prestados de la tesorería de la ciudad sin pagar los intereses. Pero no lo haría por iniciativa propia. Tendría que haber alguien que lo respaldara, y quién podría ser si no Mollenhauer o Simpson, o incluso Butler, aunque lo dudaba, a menos que el triunvirato estuviera trabajando conjuntamente y en secreto. Pero ¿qué importaba eso? Los políticos de mayor importancia estaban siempre utilizando la tesorería, y ahora en lo único que pensaba era en su propia actitud con respecto a la utilización de ese dinero. No habría ninguna consecuencia negativa para él si los negocios de Stener iban bien; y no había ninguna razón por la que eso no fuera a ser así. E incluso si no lo eran, él simplemente habría actuado como agente. Además, vio cómo al manipular ese dinero

para Stener, él podría probablemente asegurarse el control de determinadas líneas para sí mismo.

Estaban tendiendo una línea a unas cuantas manzanas de su nueva casa —se llamaba la línea de Seventeenth y Nineteenth Street— que le interesaba especialmente. La tomaba ocasionalmente cuando tenía prisa o no tenía ganas de molestarse en coger el carruaje. Atravesaba dos calles florecientes de casas de ladrillo rojo y estaba destinada a tener un gran futuro una vez que la ciudad creciera lo suficiente. De momento no era lo suficientemente larga. Si pudiera hacerse con esa, por ejemplo, y combinarla con las líneas de Butler, una vez que se las hubiera asegurado —o con las de Mollenhauer, o las de Simpson—, podrían persuadir a la legislatura de que les concediera franquicias adicionales. Soñaba incluso con una asociación entre Butler, Mollenhauer, Simpson y él mismo. Entre ellos, a nivel político, podrían conseguir cualquier cosa. Pero Butler no era ningún filántropo. Habría que abordarlo con un buen pájaro en mano. La asociación debía ser claramente aconsejable. Además, él estaba negociando con acciones del tranvía para Butler, y si esta línea en concreto era tan buena, Butler podría preguntarse por qué no se la había sugerido a él en primer lugar. Sería mejor, pensó Frank, esperar hasta que se hubiera hecho con ella de manera efectiva, en cuyo caso el asunto cambiaría. Entonces podría hablar como capitalista. Empezó a soñar con un sistema de tranvías que cubriera toda la ciudad controlado por unos cuantos hombres, o preferiblemente, por él solo.

CAPÍTULO XVII

Con el paso del tiempo, Frank Cowperwood y Aileen Butler se habían ido haciendo más afines. Debido a la presión de su creciente número de asuntos, no le había prestado tanta atención como podría, pero la había visto con frecuencia durante el último año. Ella tenía ahora diecinueve años y había madurado sutilmente algunas de sus ideas. Por un lado, comenzaba a ver la diferencia entre el buen gusto y el mal gusto en las casas y los muebles.

—Papá, ¿por qué seguimos en este granero viejo? —le preguntó a su padre una noche durante la cena, cuando el habitual grupo familiar se encontraba sentado a la mesa.

—Me gustaría saber qué tiene de malo esta casa —preguntó Butler, que estaba muy pegado a la mesa y con la servilleta cómodamente remetida bajo la barbilla, algo en lo que insistía cuando no tenían visita—. Yo no veo que haya nada malo en esta casa. Tu madre y yo nos las arreglamos para vivir muy bien en ella.

—Ay, papá, es terrible. Y tú lo sabes —intervino Norah, que tenía diecisiete años y era tan inteligente como su hermana, aunque tuviera algo menos de experiencia—. Todo el mundo lo dice. Mira todas las casas bonitas que están construyendo por todas partes a nuestro alrededor.

—¡Todo el mundo! ¡Todo el mundo! ¿Y quién es todo el mundo, vamos a ver? —preguntó Butler, con un leve toque de cólera y mucho humor—. Yo soy alguien y a mí me gusta. A los que no les gusta no tienen que vivir en ella. ¿Quiénes son? ¿Qué le pasa a la casa, vamos a ver?

La cuestión había salido exactamente en los mismos términos unas cuantas veces y se había despachado exactamente de la misma manera, o se había obviado completamente con una sana mueca irlandesa. Esta noche, sin embargo, estaba destinada a ser objeto de una consideración más prolongada.

—Sabes que está mal, papá —lo corrigió Aileen con firmeza—. ¿De qué te sirve enfadarte por eso? Es vieja, barata y está deslucida. Todos los muebles están deslustrados. Habría que darle a alguien el piano viejo ese de ahí. No voy a tocarlo más. Los Cowperwood...

—¡Ah, que es viejo! —exclamó Butler, cuyo deje irlandés se acentuaba con la ira que él mismo se provocaba, hasta tal punto que casi pareció que había dicho otra cosa—. ¡Deslucida! ¿De dónde te has sacado eso? Del convento, supongo. ¿Y dónde están deslustrados? Enséñame dónde.

Casi había llegado al comentario sobre Cowperwood, pero no le había dado tiempo cuando intervino la señora Butler. Era una mujer robusta, de cara ancha, y casi siempre sonriente, con los ojos de un gris borroso irlandés y un toque de rojo en el pelo, ahora matizado por las canas. En la mejilla izquierda, por debajo de la altura de la boca, tenía un gran lobanillo que se la acentuaba de manera rotunda.

—¡Niños! ¡Niños! —El señor Butler, a pesar de todas sus responsabilidades

políticas y comerciales, era para ella tan niño como cualquier otro—. Nada de discutir ahora. Vamos. «Darle» a tu padre los tomates.

Había una criada irlandesa sirviendo la mesa; pero se pasaban los platos unos a otros igualmente. Sobre la mesa, muy baja, colgaba una lámpara de araña de recargados adornos y muy iluminada, que sostenía dieciséis velas de imitación de porcelana blanca, lo que suponía otra ofensa para Aileen.

—¡Mamá! ¿Cuántas veces te he dicho que no digas «darle»? —suplicó Norah, muy descorazonada por los errores gramaticales de su madre—. Sabes muy bien que dijiste que no lo harías.

—¿Y quién es nadie para decirle a tu madre lo que debería decir? —dijo Butler, más furioso que nunca ante esta repentina e injustificada rebelión y este ataque—. Tu madre ya hablaba antes de que ninguna de vosotras hubiera nacido, para vuestra información. ¡Es mejor mujer que ninguna de las mujeres con las que andas estos días, pequeña arpía!

—Mamá, ¿has oído lo que me ha llamado? —se quejó Norah, apretándose contra el brazo de su madre, fingiendo miedo y descontento.

—¡Eddie! ¡Eddie! —lo amonestó la señora Butler, implorándole a su marido—. Sabes que no lo dice en serio, Norah, querida. ¿Es que no lo sabes?

Estaba acariciándole la cabeza a su hija. La alusión a sus errores gramaticales no le había afectado lo más mínimo.

Butler se arrepintió de haber llamado «arpía» a su hija pequeña, pero estos hijos suyos —¡Válgame Dios!— eran un auténtico fastidio. ¿Por qué, en nombre de todos los santos del cielo, no era esta casa lo suficientemente buena para ellos?

—¿Por qué no dejáis todos de montar tanto alboroto en la mesa? —observó Callum, un joven agradable cuyo pelo negro y lacio le caía sobre la frente en forma de largo y distinguido flequillo que iba desde la oreja izquierda hasta alcanzar casi la derecha, y que lucía un bigotito corto y cuidado. Tenía la nariz corta y respingona, y las orejas algo prominentes; pero era inteligente y atractivo. Tanto él como Owen se daban cuenta de que la casa era vieja y de que su disposición no era la mejor, pero a su padre y a su madre les gustaba, de modo que el sentido comercial y la paz familiar los obligaban a mantener silencio al respecto.

—Pues a mí me parece cruel tener que vivir en esta casa vieja cuando hay gente que no nos llega ni a los talones viviendo en casas mejores. Los Cowperwood, vamos, hasta los Cowperwood.

—¡Sí, los Cowperwood! ¿Qué pasa con los Cowperwood? —preguntó Butler, girándose para mirar a Aileen, que estaba sentada junto a él, de frente y con la cara encendida.

—Pues que hasta ellos tienen una casa mejor que la nuestra, cuando no es más que uno de tus agentes.

—¡Los Cowperwood! ¡Los Cowperwood! No quiero oír hablar más de los Cowperwood. Yo no me guío por lo que hacen los Cowperwood. Supongamos que

tienen una bonita casa, ¿y qué? Mi casa es mi casa. Quiero vivir aquí. Llevo demasiado tiempo viviendo aquí como para recogerlo todo y mudarme a otro sitio. Si no os gusta, ya sabéis lo que podéis hacer. Os mudáis si queréis. Yo no pienso irme.

Butler tenía la costumbre de agitar las manos en el aire ante las narices de su esposa o sus hijos para mostrar su oposición cuando se enfrascaba en estas riñas familiares, que eran siempre así de triviales.

—Bueno, me iré un día de estos —contestó Aileen—. Gracias a Dios no tendré que vivir aquí para siempre.

Por su mente desfilaron brevemente la preciosa sala de visitas, la biblioteca, el salón y las alcobas de los Cowperwood, que estaban decorando ahora y de los que Anna Cowperwood tanto hablaba —su refinado y precioso piano de cola triangular con dorados y pintado de rosa y azul—. ¿Por qué no podían tener cosas así? Su padre era, incuestionablemente, diez veces más rico. Pero no, su padre, al que quería muchísimo, era de la vieja escuela. No era más que lo que la gente lo acusaba de ser, un tosco contratista irlandés. Quizá fuera rico. La injusticia de estas cosas la ponía furiosa; ¿por qué no podía ser rico y también refinado? Entonces podrían tener... Pero, ay, ¿de qué servía protestar? Nunca llegarían a ninguna parte mientras su padre y su madre estuvieran al cargo. No le quedaría más remedio que esperar. El matrimonio era la respuesta —el matrimonio adecuado—. ¿Pero con quién iba a casarse?

—No vais a seguir discutiendo sobre eso, ¿verdad? —rogó la señora Butler, tan fuerte y paciente como el santo Job.

—Pero podríamos tener una casa decente —insistió Aileen.

—O redecorar esta —le susurró Norah a su madre.

—¡A callar ya! Cuando llegue el momento —contestó la señora Butler a Norah—. Espera. Algún día lo arreglaremos todo, seguro. Ahora vete a tus clases. Ya has comido suficiente.

Norah se levantó y se marchó. Aileen se calmó. Su padre era sencillamente cabezota e imposible. Pero también era cariñoso, así que se puso a hacer pucheros para obligarlo a disculparse.

—Vamos, venga —dijo él, cuando se levantaron de la mesa, consciente del hecho de que su hija estaba descontenta con él. Debía hacer algo para apaciguarla—. Toca algo al piano para mí; algo bonito. —Él prefería la música fuerte y estruendosa, que ponía de manifiesto sus habilidades y su capacidad muscular y le hacía preguntarse cómo lo conseguía. Para eso servía su educación, para posibilitar que ella tocara aquellas cosas tan difíciles con rapidez y con contundencia—. Y tendrás un piano nuevo en cuanto lo quieras. Ve y encárgate de todo. A mí me parece que este está bien, pero si no lo quieres, adelante.

Aileen le apretó el brazo. ¿De qué servía discutir con su padre? Cambiar sólo el piano no valía para nada, cuando toda la casa y toda la estética familiar eran inadecuadas. Pero tocó a Schumann, Schubert, Offenbach y a Chopin^[1] mientras el

viejo caballero paseaba de un lado para otro meditando sonriente. Había auténtico sentimiento y su interpretación era correcta en algunos casos, porque Aileen no carecía de juicio, aunque fuese tan fuerte y vigorosa, y además, tan desafiante; pero nada de aquello tenía sentido para él. Miró a su hija, tan inteligente, tan saludable y tan extraordinariamente bella, y se preguntó qué le depararía la vida. Se casaría con algún hombre rico —algún joven rico y elegante con buen sentido comercial— y él, el padre, le dejaría a ella mucho dinero.

Iba a haber una recepción y un baile para celebrar la inauguración de las casas de los dos Cowperwood —la recepción se celebraría en la residencia de Frank Cowperwood, y el baile sería más tarde en la de su padre—. El domicilio de Henry Cowperwood era mucho más pretencioso; en su caso, la sala de visitas, el salón, el salón de música y el invernadero estaban todos en la planta baja y eran mucho más grandes. Ellsworth lo había dispuesto de modo que todas esas salas pudieran convertirse en una sola, de vez en cuando, dejando una sala excelente para celebrar conciertos con el público en pie, bailes y cualquier acontecimiento que requiriera la presencia de muchos invitados. La intención de los dos hombres, desde el principio, había sido la de utilizar conjuntamente las dos casas. Para empezar, realizaban un uso conjunto de varios sirvientes, del mayordomo, del jardinero, de la lavandera y de las doncellas. Frank Cowperwood contrató a una institutriz para sus hijos. El mayordomo no era tal propiamente dicho; era el asistente personal de Henry Cowperwood. Pero sabía trinchar y presidir, y podía servir en ambas casas según la ocasión. También había un mozo de cuadra y un cochero para el establo común. Cuando se necesitaban dos carruajes al mismo tiempo, ambos conducían. Tenían un acuerdo de funcionamiento muy agradable y satisfactorio.

La preparación de esta recepción había sido una cuestión importante, porque, por motivos financieros, era necesario que fuese lo más cara posible, y por motivos sociales, lo más exclusiva posible. Por lo tanto, se decidió que la recepción de la tarde en la casa de Frank, que se prolongaba de manera natural hasta la de Henry, debía ser para todos: los Tighe, los Stener, los Butler, los Mollenhauer, así como para los grupos más selectos, a los que pertenecían, por ejemplo, Arthur Rivers, la señora de Seneca Davis, el señor y la señora de Trenor Drake, y algunos de los más jóvenes Drexel y Clark, a los que Frank conocía. No era probable que estos últimos condescendieran, pero había que enviarles los programas. Más tarde, si era posible, habría que atender a un grupo menos popular, aunque habría que aumentarlo para incluir a los amigos de Anna, de la señora Cowperwood, de Edward y de Joseph, aparte de la lista que Frank personalmente tuviera en mente. Esta iba a ser la lista: aquí debían estar invitados los mejores a los que pudiera persuadir o presionar de entre los jóvenes socialmente selectos.

No era posible, sin embargo, dejar de invitar a los Butler, padres e hijos, particularmente a los hijos, tanto para la tarde como para la noche, puesto que Cowperwood se sentía atraído por Aileen, y a pesar del hecho de que la presencia de

los padres sería de lo más insatisfactorio. Sabía que incluso Aileen era ligeramente insatisfactoria para Anna y para la señora Cowperwood; y ellas dos, mientras supervisaban juntas la lista de invitados, hablaron a menudo del asunto.

—Es un marimacho —comentó Anna a su cuñada cuando llegaron al nombre de Aileen—. Y se cree que sabe mucho y no es en absoluto refinada. ¡Su padre! Si yo tuviera un padre como el suyo, no me haría la lista.

La señora Cowperwood, que estaba ante el secreter de su nueva alcoba, enarcó las cejas.

—¿Sabes una cosa, Anna? A veces me gustaría que los negocios de Frank no me obligaran a tener nada que ver con ellos. La señora Butler es un aburrimiento. Tiene buena intención, pero no sabe de nada. Y Aileen es demasiado basta. Demasiado atrevida, en mi opinión. Viene aquí y toca el piano, particularmente cuando Frank está aquí. No me importaría mucho por mí, pero sé que a él debe de molestarle. Todas sus piezas son ruidosas. Nunca toca nada realmente delicado ni refinado.

—A mí no me gusta cómo viste —observó Anna, dándole la razón a su cuñada—. Se arregla de una manera muy llamativa. El otro día la vi en su carruaje, y ¡Dios mío! ¡Tendrías que haberla visto! Llevaba una chaqueta zuava^[2] carmesí cargada de galones y ribeteada de negro, y un turbante con una enorme pluma carmesí y lazos carmesíes que le llegaban casi hasta la cintura. Imagínate ponerte un sombrero como ese para llevar el carruaje. ¡Y las manos! Tendrías que haber visto la postura en la que ponía las manos, oh, tan..., estudiada. Las tenía levemente flexionadas —y le mostró cómo—. Llevaba guanteletes amarillos y sostenía las riendas en una mano y la fusta en la otra. Conduce como una loca cuando conduce, claro, y William, el lacayo, estaba detrás de ella. Tendrías que haberla visto. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Se cree que es alguien! —y Anna dejó escapar una risita, mitad de reproche mitad divertida.

—Supongo que tendremos que invitarla; no veo cómo podríamos evitarlo. De todos modos, ya sé exactamente lo que hará. Se dará una vuelta manteniendo su pose y mostrando una actitud altiva.

—La verdad es que no sé cómo puede —comentó Anna—. Norah sí me cae bien. Es mucho más agradable y no se cree tan importante.

—Sí, a mí también me gusta Norah —añadió la señora Cowperwood—. Es muy dulce y además, para mi gusto, más guapa.

—Desde luego. Yo opino lo mismo.

Sin embargo, era curioso que fuese Aileen la que acaparase prácticamente toda su atención y la que hiciera que se fijaran en lo que denominaban sus idiosincrasias. Todo lo que decían era cierto, a pesar de la peculiaridad de los comentarios; pero, además, la muchacha era realmente bella y estaba muy por encima de la media tanto en inteligencia como en fuerza. Era extremadamente ambiciosa, y llamaba aún más la atención, lo que a algunos les resultaba irritante, porque ella dejaba traslucir que era consciente de sus propios defectos sociales, contra los que luchaba internamente. Le molestaba que la gente pudiera con toda justicia considerar a sus padres inadecuados,

y a ella misma también, por esa misma razón. Era intrínsecamente tan válida como cualquier otro. Cowperwood, que era tan capaz y que se estaba volviendo tan distinguido en poco tiempo, parecía darse cuenta de ello. Con el paso del tiempo se habían hecho más afines. Era agradable y le gustaba hablar con ella. Cada vez que iba a su casa últimamente, o que ella iba a la de él y él estaba presente, se las arreglaba siempre para decirle alguna cosa. Se acercaba mucho a ella y la miraba de manera cálida y con simpatía.

—Bueno, Aileen —veía la simpatía en sus ojos—, ¿cómo va todo? ¿Cómo están tu padre y tu madre? ¿Has estado montando a caballo? Muy bien. Te vi esta mañana. Estabas preciosa.

—¡Oh, señor Cowperwood!

—De verdad. Estabas arrebatadora. El traje de amazona negro te sienta bien. Distingo tu pelo rubio desde muy lejos.

—No debe decirme eso. Me hará volverme vanidosa. Mi padre y mi madre me dicen que ya soy demasiado vanidosa.

—No les hagas caso a tu padre ni a tu madre. Si te digo que estabas arrebatadora, es que lo estabas. Siempre lo estás.

—¡Oh!

Ahogó un pequeño grito de placer y se le subió el color a las mejillas y a las sienes. El señor Cowperwood lo sabía, por supuesto. Estaba muy bien informado y era intensamente enérgico. Y ya era muy admirado por muchos, incluidos su padre y su madre, y el señor Mollenhauer y el señor Simpson, según había oído. Y su casa y su despacho eran preciosos. Además, su callada intensidad iba bien con la fuerza inquieta de ella.

De modo que Aileen y su hermana fueron invitadas a la recepción, pero a los Butler, madre y padre, se les dio a entender de la manera más diplomática posible, que el baile que se celebraría después era principalmente para la gente joven.

La recepción convocó a multitud de gente. Hubo muchas, muchísimas presentaciones. Hubo discretas descripciones de los pequeños efectos que el señor Ellsworth había conseguido en unas circunstancias algo penosas, paseos bajo la pérgola y visitas a ambas casas para inspeccionarlas en detalle. Muchos de los huéspedes eran viejos amigos. Se reunieron en las bibliotecas y en los comedores a charlar. Hubo muchas bromas, palmaditas en el hombro, hubo quien contó buenas historias, y así la tarde dio paso a la noche, y se marcharon.

Aileen había causado sensación con un traje de calle de seda azul oscuro con esclavina de terciopelo a juego con elaborados plisados y drapeados del mismo tejido. Un casquete de terciopelo azul con la copa alta y una gran orquídea de imitación color burdeos le habían conferido un aire alegre y gallardo. Bajo el casquete, llevaba el pelo dorado rojizo recogido en un moño enorme, del que se escapaba un largo rizo que le caía sobre el cuello. No era tan atrevida como parecía, pero le encantaba dar esa impresión.

—Estás maravillosa —le dijo Cowperwood al pasar ella por su lado.

—Esta noche llevaré algo diferente —fue la respuesta de ella.

Dio un giro y, con andar ligero y jactancioso, entró en el comedor y desapareció. Norah y su madre se quedaron para charlar con la señora Cowperwood.

—Bueno, qué bonito está todo, ¿verdad? —dijo en voz baja la señora Butler—. Estoy segura de que va a ser feliz aquí. Seguro que sí. Cuando Eddie arregló la casa en la que vivimos ahora, le dije yo: «Eddie, es casi demasiado elegante para nosotros; vaya que sí», y va él y me dice: «Norah, no hay nada en este mundo ni en el otro que tú no te merezcas», y me besó. ¿Qué te parece eso para venir de un muchachote patoso irlandés?

—Me parece extremadamente dulce, señora Butler —comentó la señora Cowperwood, un poco nerviosa a cuenta de los otros.

—A mamá le encanta hablar. Vamos, mamá. Vamos a ver el comedor —era Norah la que hablaba.

—Bueno, le deseo que sea siempre feliz aquí. Eso le deseo. Yo siempre he sido feliz en mi casa. Ojalá que usted también sea feliz siempre. —Y se alejó andando como un pato y de buen humor.

La familia Cowperwood cenó deprisa a solas entre las siete y las ocho. A las nueve, comenzaron a llegar los invitados y ahora la multitud tenía un aspecto diferente —las muchachas, vestidas de malva, de blanco, de rosa salmón y de gris plateado, dejaban de lado sus chales de encaje y los holgados dolmanes^[3], y los hombres, vestidos de negro, las ayudaban—. Fuera hacía frío y se oía el golpetear de las puertas de los carruajes ante la llegada incesante de nuevos huéspedes. La señora Cowperwood estaba de pie junto a su marido y a Anna en la entrada principal a la sala de visitas, mientras que Joseph y Edward Cowperwood, con el señor y la señora de Henry Cowperwood se quedaron un poco rezagados. Lillian estaba encantadora con un vestido de cola rosa palo, de escote bajo y cuadrado, que dejaba ver un delicado canesú de rico encaje. Su cara y su figura seguían siendo extraordinarias, aunque la cara había dejado de tener la tersura dulce de años atrás cuando Cowperwood la conoció. Anna Cowperwood no era una belleza, aunque tampoco se podía decir de ella que fuera poco atractiva. Era pequeña y morena, tenía la nariz respingona, unos ojos azules chispeantes y cierto aire de coquetería, inteligencia, curiosidad y, ¡ay!, crítica. Se vestía con bastante discreción. El negro, adornado con brillantes lentejuelas, le sentaba muy bien a pesar de tener la tez morena, al igual que la rosa roja que llevaba en el pelo. Tenía los hombros y los brazos blancos y redondeados y la piel suave. Sus ojos brillantes, el aire coqueto y sus comentarios inteligentes ayudaban a crear la ilusión del encanto, aunque, como se decía a menudo, de poco servía: «Los hombres quieren a las muñequitas».

Entre los jóvenes que vinieron por la noche se encontraban Aileen y Norah; la primera, se quitó un fino velo de encaje negro y un dolmán de seda negra, que su hermano Owen le cogió. Norah estaba con Callum, un muchacho irlandés espigado,

derecho y sonriente, que daba la impresión de que se labraría un importante futuro. Ella lucía un vestido corto y juvenil que le llegaba ligeramente por debajo del empeine, una tenue figura de seda lavanda y blanca, con una esponjosa falda con miriñaque de delicados volantes fruncidos ribeteados de encaje, sobre los que destacaban algún que otro minúsculo lazo de color lavanda. Llevaba una gran banda de color lavanda alrededor de la cintura, y en el pelo, una rosa de tela del mismo color. Estaba completamente cautivadora; ilusionada y con los ojos brillantes.

Pero tras ella estaba su hermana vestida de bellissimo satén negro, cubierta de escamas de lentejuelas carmesíes con reflejos plateados, como si fuera un pez, con los brazos suavemente redondeados desnudos hasta los hombros, y el escote tan bajo por delante y en la espalda como su atrevimiento, según su sentido de lo que era el decoro, le permitía. Su figura era exquisita, recta, de pecho generoso, con las caderas algo más que suavemente pronunciadas, lo que, sin embargo, daba lugar a una línea armoniosa y deliciosa; y este cuerpo de escote bajo en forma de uve pronunciada, tanto en el pecho como en la espalda, descansaba sobre una corta sobrefalda de elegantes pliegues confeccionada en tul negro y gasa plateada, que la hacían resaltar de manera perfecta. En el cuello, redondeado y suave, llevaba un collar de dos centímetros de ancho de azabache negro formado por cuentas cuadradas facetadas, que hacía resaltar su blancura rosada. Su tez, de tono subido debido a su color saludable, había sido realzada con un levísimo y negro lunar postizo sobre la mejilla; y el pelo, acentuado su color dorado rojizo por el vestido, había sido diestramente rizado y le quedaba suelto a la altura de los ojos. Pero la mayor parte de este tesoro estaba peinado en dos trenzas flojas que iban recogidas en una redecilla negra de lentejuelas en la parte trasera del cuello; y las cejas habían sido realzadas con un lápiz hasta conseguir algo tan llamativo como su pelo. Para la ocasión quizá su aspecto fuera demasiado contundente, aunque probablemente eso se debiera más a su vitalidad que a su atuendo. En su caso, el arte habría estado en suavizar su relevancia física y espiritual. Pero para ella la vida significaba resaltarlos.

—¡Lillian! —Anna le dio un codazo a su cuñada. Le dolía pensar que Aileen iba de negro y estaba mucho más guapa que ninguna de las dos.

—Ya la he visto —contestó Lillian bajando el tono.

—De modo que has vuelto —se estaba dirigiendo a Aileen—. Hace frío fuera, ¿verdad?

—No me importa. Las salas están preciosas.

Estaba mirando las habitaciones suavemente iluminadas y al gentío que tenía delante.

Norah comenzó a cotorrear con Anna.

—Creí que nunca iba a conseguir ponerme esto —hablaba de su vestido—. Aileen no quería ayudarme, ¡la infame!

Aileen había continuado para saludar a Cowperwood y a su madre, que estaba junto a él. Se había quitado del brazo el lazo negro de satén que le sujetaba la cola del

vestido y golpeó la falda repetidamente con el pie para que se soltara. Los ojos le brillaban de manera casi suplicante a pesar de toda su arrogancia, como los de un enérgico pastor escocés, y sus dientes parejos se veían preciosos.

Cowperwood la entendió a la perfección, igual que le ocurría con cualquier animal bello y brioso.

—No tengo palabras para decirte lo bella que estás —le susurró, con familiaridad, como si hubiese entre ellos un viejo entendimiento—. Cual fuego y una canción.

No sabía por qué lo había dicho. No era especialmente poético. Tampoco había preparado la frase con antelación. Desde que la vislumbró en la entrada, los sentimientos y los pensamientos se le habían encabritado y precipitado como caballos briosos. Esta muchacha le hacía apretar los dientes y entrecerrar los ojos. De manera involuntaria, se le crispó el gesto, lo que le iba haciendo parecer más desafiante, más fuerte y eficiente a medida que ella se acercaba.

Pero Aileen y su hermana fueron casi inmediatamente rodeadas por jóvenes que buscaban ser presentados para poder escribir sus nombres en los carnés de baile de las muchachas^[4], y por el momento, la perdió de vista.

CAPÍTULO XVIII

Las semillas del cambio —sutil, metafísico— tienen raíces profundas. Desde la primera mención del baile por parte de la señora Cowperwood y de Anna, Aileen había sido consciente de su deseo de ser presentada de una manera más efectiva de la que hasta ahora, y a pesar del dinero de su padre, había logrado. La compañía con la que habría de encontrarse, como muy bien sabía, sería mucho más impresionante y distinguida que las que había frecuentado socialmente hasta entonces. Y entonces, también Cowperwood apareció como algo más definido en su mente de lo que lo había hecho antes, y no podía quitárselo de la cabeza por nada del mundo.

Se le había representado su imagen hacía sólo una hora mientras se vestía. De alguna manera se había vestido para él. Nunca olvidaba las veces en las que la había mirado con interés. Una vez había hecho un comentario sobre sus manos. Hoy le había dicho que estaba «arrebataadora» y ella había pensado en lo fácil que le resultaría impresionarlo esta noche —demostrarle lo bellísima que realmente era.

Se había quedado de pie ante el espejo desde las ocho hasta las nueve —eran las nueve y cuarto cuando por fin terminó de arreglarse— considerando qué debería ponerse. Tenía dos grandes espejos de cuerpo entero en el armario —un mueble inusitadamente grande— y uno en la puerta de su aposento. Se quedó delante de este último, mirándose los brazos y los hombros desnudos y la figura proporcionada, pensando en el hecho de que tenía un hoyuelo en el hombro izquierdo y en que había escogido un liguero granate decorado con hebillas de plata en forma de corazón. El corsé no se podía apretar lo suficiente al principio y le riñó a su doncella, Kathleen Kelly. Estudió cómo arreglarse el pelo y tuvo gran desasosiego hasta que finalmente quedó listo. Se delineó las cejas y se tiró un poco del pelo para que quedara suelto e indefinido alrededor de la frente. Cortó el lunar con las tijeras de las uñas y probó con trocitos de distintos tamaños en varios lugares hasta que, finalmente, encontró un tamaño y un lugar que le sentaban bien. Giró la cabeza a un lado y a otro para mirar el efecto que causaba la combinación del pelo, las cejas delineadas, el hoyuelo del hombro y el lunar. ¡Ojalá algún hombre pudiera verla alguna vez como estaba ahora, algún día! ¿Qué hombre? Aquel pensamiento salió huyendo como una rata asustada para esconderse en su agujero. A pesar de toda su fuerza, le producía miedo pensar en él —en ese hombre vigoroso.

Y después llegó el turno del vestido de cola. Kathleen sacó cinco, porque Aileen disfrutaba del honor y el placer de estas cosas hacía poco, y, con el permiso de su madre y su padre, se había complacido al máximo. Estudió uno de seda amarillo dorado, con los tirantes de encaje crema y algunos escudetes de cuentas granate en la cola que brillaban de manera encantadora, pero lo apartó. Miró con buenos ojos uno de seda de rayas negras y blancas que hacían un extraño efecto de gris, y aunque se sintió tremendamente tentada de ponérselo, finalmente renunció a él. Había un vestido burdeos con canesú y sobrefalda sobre seda blanca; uno exquisito de satén de

color crema; y luego este vestido negro de lentejuelas, que fue el que finalmente eligió. Se probó primero el de satén crema, a pesar de que le provocaba muchas dudas; pero sus ojos delineados y el lunar no iban bien con él. Luego se puso el de seda negra con las brillantes lentejuelas carmesíes de reflejos plateados y, ya estaba, ese la convenció. Le gustaban los coquetos pliegues de tul y plata alrededor de las caderas. La «sobrefalda», que se estaba poniendo de moda por aquella época, aunque evitada por las más conservadoras, había sido adoptada por Aileen con entusiasmo. Le gustaba el crujido de este vestido negro, y estiró el cuello levantando la nariz para hacer que se ajustara bien. Luego, después de hacer que Kathleen le apretara el corsé un poco más, se recogió la cola y se la colocó sobre el brazo cogiéndola por la cinta a tal efecto y volvió a mirarse. Faltaba algo. ¡Ah, sí, el cuello! ¿Qué debía ponerse, coral rojo? No le parecía que quedara bien. ¿Un collar de perlas? Eso tampoco serviría. Había un collar hecho de pequeños camafeos montados en plata que había comprado su madre, y otro de diamantes que pertenecía a su madre, pero no eran apropiados. Finalmente, el collar negro de azabache, que no valoraba en exceso, se le vino a la cabeza, y ¡oh, quedaba precioso! Qué suave, terso y reluciente se veía su cuello con él. Se acarició el cuello con afecto, pidió su mantilla de encaje negro, el dolmán de seda negra ribeteado de rojo y ya estaba lista.

Al entrar, el salón de baile le pareció muy bonito. Los jóvenes y las muchachas que allí estaban eran interesantes, y no le faltaron admiradores. Los más agresivos de entre estos jóvenes —los más enérgicos— adivinaron en esta doncella un estímulo para la vida, un aguijón para la existencia. Era como un tarro de miel rodeado de moscas hambrientas.

Pero a ella, mientras se le llenaba el carné de baile, lo que le dio por pensar era que no quedaba mucho para el señor Cowperwood, si quisiera bailar con ella.

Cowperwood meditaba, mientras recibía a los últimos invitados, sobre las sutilezas de este asunto de la disposición de los sexos en la vida. Dos sexos. No tenía la más mínima certeza de que existiera alguna ley que los gobernara. Comparada con Aileen Butler, su esposa ahora le parecía más bien sosa, demasiado vieja, y cuando él tuviera diez años más, ella parecería aún mucho mayor.

—Ah, sí, Ellsworth había conseguido una disposición de lo más atractiva en estas dos casas; mejor de lo que nunca pensamos que se pudiera hacer. —Hablaba con Henry Hale Sanderson, un joven banquero—. Tuvo la ventaja de combinar dos en una, y creo que se ha esforzado más con la mía, que es más pequeña, teniendo en cuenta las limitaciones de espacio, que con esta que es más grande. La de mi padre tiene la ventaja del tamaño, y no paro de decirle que es como si en realidad se hubiera limitado a construir un ala más para mi casa.

Su padre y sus amigos estaban en el comedor de su grandiosa casa, contentos de poder alejarse del gentío. Él tendría que quedarse, y además, eso era lo que quería. ¿Debería bailar con Aileen? A su esposa no le gustaba demasiado bailar, pero tendría que bailar con ella al menos una vez. Allí estaba la señora de Seneca Davis

sonriéndole, y Aileen. ¡Por Dios, era maravillosa! ¡Menuda muchacha!

—Me imagino que tu carné de baile rebosa. Déjame ver. —Se encontraba de pie ante ella y ella sostenía el pequeño cuaderno de bordes azules con monograma dorado. En la sala de música había una orquesta tocando y el baile comenzaría dentro de poco. Había sillas de delicada factura teñidas de dorado pegadas a las paredes y detrás de las palmeras.

La miró a los ojos; aquellos ojos ansiosos y entusiastas que amaban la vida.

—Lo tienes casi lleno. Veamos. Nueve, diez, once. Bueno, con eso será suficiente. No creo que quiera bailar demasiado. Es agradable ser tan popular.

—No estoy muy segura del número tres. Creo que es un error. Puede quedarse con ese si quiere.

Estaba mintiendo.

—¿Él no te importa mucho, verdad?

Se le encendieron un poco las mejillas al decirlo.

—No.

Las de ella estaban ardiendo.

—Bueno, te buscaré cuando anuncien ese. Eres tan encantadora que me das miedo. —La miró fijamente a los ojos con una mirada cargada de significado y después se marchó. A Aileen le palpitaba el pecho. A veces resultaba difícil respirar con aquel calor.

Mientras bailaba primero con la señora Cowperwood y más tarde con la señora de Seneca Davis, y luego con la señora de Martyn Walker, Cowperwood tuvo ocasión de mirar a Aileen con frecuencia, y cada vez que lo hacía, lo embargaba una sensación de enorme fuerza, de una energía bella aunque cruda y dinámica, que para él era irresistible y especialmente esta noche. Era muy joven. Era bellísima, esta chica, y a pesar de los recurrentes comentarios despectivos de su esposa, sentía que ella se hallaba más próxima a la actitud claramente agresiva e imperturbable de él que ninguna otra mujer que hubiera visto nunca. En algunos aspectos carecía de sofisticación, eso era evidente, pero, por otro lado, costaría muy poco hacerle comprender muchas cosas. La impresión que ella le daba era la de grandeza —no físicamente, aunque era casi tan alta como él—, sino emocionalmente. Le parecía que estaba intensamente viva. Pasó cerca de él varias veces, con los ojos muy abiertos y sonriente, con los labios separados, los dientes brillantes, y sintió que le despertaba una sensación de afinidad y compañerismo que nunca había experimentado previamente. Era preciosa —toda ella—, deliciosa.

—Me pregunto si habrán abierto ya el baile —le dijo cuando se acercó al comienzo de la tercera parte. Ella estaba sentada con su último admirador en una esquina alejada del salón general, de suelo claro ahora encerado hasta la perfección. Unas cuantas palmeras dispersas aquí y allá formaban parapetos verdes—. Espero que me disculpe —añadió, dirigiéndose respetuosamente a su acompañante.

—Por supuesto —respondió este último, levantándose.

—Sí, por supuesto —contestó ella—. Y será mejor que se quede aquí conmigo. Va a empezar pronto. ¿No le importa? —añadió, dedicándole una sonrisa radiante a su acompañante.

—En absoluto. Ha sido un vals precioso. —Y se alejó.

Cowperwood se sentó.

—Ese es el joven Ledoux, ¿verdad? Eso me parecía. Te he visto bailar. Te gusta, ¿no?

—Me vuelve loca.

—Bueno, yo no puedo decir lo mismo. Pero es fascinante. La pareja tiene mucha importancia. A la señora Cowperwood no le gusta tanto como a mí.

Su mención a Lillian le hizo a Aileen pensar en ella de manera ligeramente despectiva por un momento.

—Yo creo que usted baila muy bien. Yo también le he visto. —Se preguntó después si debería haber dicho aquello. Parecía de lo más atrevido, casi desvergonzado.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Él estaba un poco nervioso por su causa; sus pensamientos eran ligeramente imprecisos, porque le estaba complicando la vida, o terminaría haciéndolo si él se lo permitía, y por eso su conversación era un poco monótona. Estaba pensando en algo que decir; palabras que pudieran acercarlos aún más. Pero en aquel momento no lo lograba. La verdad sea dicha, en realidad quería decir muchas cosas.

—Bueno, eso ha sido muy amable de tu parte —añadió un momento después—. ¿Qué te impulsó a hacerlo?

Se volvió hacia ella fingiendo cierto aire de interrogación. La música comenzaba de nuevo y los bailarines se estaban poniendo de pie. Se levantó.

No había sido su intención darle a este comentario en particular un giro serio; pero ahora que estaba tan cerca de él, la miró a los ojos fijamente pero con una leve súplica y dijo:

—Sí, ¿por qué?

Habían salido de detrás de las palmeras y él le había puesto la mano en la cintura. El brazo derecho de él sostenía el brazo izquierdo de ella, ambos extendidos, brazo contra brazo y palma contra palma. La mano derecha de ella reposaba sobre su hombro izquierdo, y estaba muy cerca de él, mirándolo a los ojos. Cuando comenzaron las alegres notas del vals, ella apartó la mirada y después la dirigió al suelo sin contestar. Sus movimientos eran tan ligeros y etéreos como los de una mariposa. Él mismo sintió una repentina ligereza, como si se la hubiera contagiado alguna corriente invisible. Quería adoptar la agilidad del cuerpo de ella con el suyo, y lo consiguió. Sus brazos, el brillo y los destellos de las lentejuelas carmesíes contra la suave seda negra de su ajustado vestido, su cuello, su pelo brillante, todo se combinó para provocarle una ligera embriaguez mental. Era vigorosamente joven y, para él,

verdaderamente preciosa.

—Pero no me has respondido —continuó.

—¿No es preciosa esta música?

Él le apretó los dedos.

Ella levantó ahora los ojos tímidamente hacia él, porque, a pesar de su fuerza alegre y agresiva, le tenía miedo. Resultaba obvio que su personalidad era dominante. Ahora que estaba tan cerca de ella, bailando, lo concibió como algo maravilloso, pero a pesar de eso, experimentó una reacción nerviosa —un deseo momentáneo de alejarse corriendo.

—Muy bien... si no quieres decírmelo —dijo él sonriendo y en tono burlón.

Creó que ella querría que le hablara así, que la incitara aludiendo a aquel sentimiento oculto suyo; a esta fuerte atracción. Se preguntó qué se podría esperar de aquel entendimiento mutuo, en cualquier caso.

—Ah, sólo quería ver cómo bailaba —dijo ella dócilmente, tras haberse debilitado la fuerza del sentimiento primero al reflexionar sobre lo que estaba haciendo. Él se percató del cambio y sonrió. Era maravilloso bailar con ella. Nunca hubiera pensado que el baile pudiera contener tanto encanto.

—¿Te gusto? —dijo él, de repente, cuando quedaba poco para que terminara la música.

Ella se estremeció de pies a cabeza con aquella pregunta. Si le hubiera caído hielo por la espalda, no se habría sorprendido tanto. Se trataba aparentemente de un comentario falto de tacto, pero era cualquier cosa menos falto de tacto. Levantó la vista rápidamente, directamente, pero la fuerza de los ojos de él fue demasiado para ella.

—Pues, sí —contestó ella al tiempo que paraba la música, intentando que no le temblara la voz. Se alegró de que fueran caminando hacia una silla.

—Me gustas tanto —dijo él— que me he estado preguntando si de verdad yo te gusto. —Había súplica en su voz suave y dulce. Y su actitud era casi triste.

—Sí, por supuesto que sí —contestó ella al instante, volviendo a su actitud anterior hacia él—. Sabe que sí.

—Necesito gustarle a alguien como tú —continuó él, en la misma línea—. Necesito tener a alguien como tú con quien hablar. No lo creía así antes, pero ahora sí. Eres preciosa, maravillosa.

—No debemos —dijo ella—. No debo. No sé ni lo que estoy haciendo.

Miró a un joven que se dirigía hacia ella, y le dijo:

—Tengo que explicárselo. Era con él con quien tenía que haber bailado esta pieza.

Cowperwood lo comprendió y se alejó. Ahora tenía calor y estaba tenso; casi nervioso. Le resultaba evidente que había hecho o estaba planteándose hacer quizá algo desleal. Según los códigos de conducta social no tenía ningún derecho a hacerlo. Iba contra las reglas, tal como todo el mundo las entendía. Su padre, por ejemplo, y

todos los de aquella clase social en concreto. Es más, por mucho que se transgredieran las reglas, las reglas seguían estando allí. Como había oído decir una vez a un joven en el colegio, cuando contaron la historia de un chico que había llevado a una muchacha por mal camino, lo que condujo a un final desastroso: «Así no se hacen las cosas».

Aun así, aunque acabara de decir esto, pensaba apasionadamente en ella. Y a pesar de su posición social y financiera, de la que ahora se acordaba, le resultaba interesante ver cómo él mismo, no sólo de manera deliberada y calculadora —sino lo que era peor, entusiasta— atizaba el fuego, lo que conducía necesariamente a inflamar aún más las llamas de su deseo por esta muchacha; a alimentar un fuego que podría al final llegar a consumirlo a él, ¡y de manera deliberada e ingeniosa!

Aileen jugueteaba distraídamente con su abanico mientras un joven estudiante de Derecho de pelo negro y rostro enjuto hablaba con ella, y al ver a Norah a lo lejos, le rogó que le permitiera ir corriendo en su busca.

—Aileen —le dijo Norah—. ¡Te he estado buscando por todas partes! ¿Dónde has estado?

—Bailando, por supuesto. ¿Dónde crees que puedo haber estado? ¿No me has visto en la pista?

—No —se quejó Norah, como si fuese esencial que ella la hubiera visto—. ¿Hasta qué hora te vas a quedar?

—Hasta que se acabe, supongo. No lo sé.

—Owen dice que se marchará a las doce.

—Bueno, no importa. Alguien me llevará a casa. ¿Te lo estás pasando bien?

—Bien. Déjame que te cuente una cosa. Le pisé el vestido a una dama allí, en el último baile. Se enfadó muchísimo y me miró de mala manera.

—Bueno, no te preocupes, cariño. Eso no te hará daño. ¿Dónde vas ahora?

Aileen siempre tenía una actitud de lo más protectora con su hermana.

—Quiero encontrar a Callum. Tiene que bailar el siguiente conmigo. Sé lo que está intentando hacer. Está intentando esquivarme, pero no lo conseguirá.

Aileen sonrió. Norah estaba muy guapa. Y era muy inteligente. ¿Qué pensaría de ella si lo supiera? Regresó y su cuarto compañero de baile vino a buscarla. Empezó a hablar alegremente, porque sentía que debía aparentar serenidad; pero aquella pregunta que él le había hecho sonaba incesantemente en sus oídos, «Te gusto, ¿verdad?», y su posterior respuesta, insegura pero no por eso menos cierta, «Sí, por supuesto que sí».

CAPÍTULO XIX

El desarrollo de una pasión es algo muy peculiar. Entre las personalidades artísticas e intelectuales muy organizadas a menudo se da el caso de que comience con una alta valoración de determinadas cualidades, modificada por muchísimas reservas mentales. El egoísta, el intelectual, da poco de sí mismo y pide mucho. Sin embargo, los que aman la vida, sean hombres o mujeres, son propensos a ganar mucho cuando se hallan en armonía propicia con una personalidad así.

Cowperwood era, por naturaleza, egoísta e intelectual, aunque con ello se mezclaba un fuerte espíritu humano y democrático. Tendemos a pensar que el egoísmo y el intelecto se limitan exclusivamente a las artes. Las finanzas son un arte. Y en ellas se dan los actos de los más perspicaces intelectuales y de los egoístas. Cowperwood era financiero. En lugar de reflexionar sobre las obras de la naturaleza, sobre su belleza y su sutileza, redundando en un perjuicio material para él, encontró una buena manera, gracias a la rapidez del funcionamiento de su mente, mediante la que podía regocijarse en la belleza de la vida, intelectual y emocionalmente, sin interferir con sus perpetuos cálculos materiales y financieros. Y en lo que se refería a las mujeres y a la moral, lo que tenía mucho que ver con la belleza, la felicidad, con su sentido de la distinción y de la variedad en la vida, comenzaba ahora a darse cuenta, en lo tocante a él al menos, de que aparte de para mantener una sociedad organizada de la manera en la que se conocía, no había fundamento alguno para aquella idea de una sola vida y un solo amor. ¿Cómo había podido darse que tanta gente se hubiera puesto de acuerdo en este único punto, en que era necesario y bueno casarse con una única mujer y no separarse de ella hasta la muerte? No lo sabía. No iba a ser él quien se preocupara por las sutilezas de la evolución, que incluso entonces tanto ruido estaba haciendo en el extranjero, ni quien desentrañara las curiosidades de la historia en lo tocante a este asunto. No tenía tiempo. Baste con decir que los caprichos del temperamento y las condiciones con las que había entrado en contacto le demostraron que había gran insatisfacción con aquella idea. Las personas no eran inseparables hasta la muerte; y en los miles de casos en los que lo eran, no querían serlo. Una mente rápida y sutil, la oportunidad fortuita, hacían posible que alguna gente mitigara su infelicidad matrimonial y social; mientras que para otros, por falta de inteligencia, por una mente obtusa, por pobreza y por falta de encanto, no había escapatoria del fangal de su abatimiento. Se veían obligados por algún diabólico accidente al nacer o por falta de fuerza o recursos a abrasarse con el fuego de su propia desdicha, o a escapar de esta espiral mortal —que en otras circunstancias guardaba brillantes posibilidades— mediante la cuerda, el cuchillo, la bala o la taza de veneno.

«Yo también moriría», pensó para sí un día al leer sobre un hombre que, limitado por la enfermedad y la pobreza, había vivido solo durante doce años en un dormitorio trasero atendido por una vieja y probablemente decrepita ama de llaves. Una aguja de

zurcir clavada en el corazón había acabado con sus desgracias terrenales. «¡Al infierno con una vida así! ¿Por qué doce años? ¿Por qué no al final del segundo o el tercero?»

De nuevo le resultó evidente, en muchos aspectos, que la fuerza era la respuesta —una gran fuerza física y mental—. Los gigantes del comercio y del dinero podían hacer lo que querían en esta vida, y lo hacían. Él ya había visto suficientes muestras de ello en la ciudad en más de un sentido. Peor; los pequeños guardianes de la supuesta ley y de la moralidad, los periódicos, los predicadores, la policía y, en general, los que moralizaban en público, los que tanto alzaban la voz para denunciar el mal en los lugares más humildes, eran todos unos cobardes cuando se trataba de la corrupción en las altas esferas. No se atrevían ni a piar hasta que algún gigante había caído accidentalmente y ya podían hacerlo sin peligro para sí mismos. ¡Y entonces, cielos, qué algarabía! ¡Qué retumbar de tambores! ¡Cuántas expresiones de moralidad farisaica, cuántas afirmaciones manidas! ¡Corred ahora, buenas gentes, a ver con claridad cómo se trata el mal en las altas esferas! ¡Tanta hipocresía! ¡Tanta jerga! Pero aun así, así era como estaba organizado el mundo y no iba a ser él quien lo corrigiera. Que chismorrearan lo que quisieran. Lo que él tenía que hacer era hacerse rico y defenderse —construirse una apariencia de virtud y dignidad que hiciera aceptable su auténtica vida—. Lo conseguiría con la fuerza. Con su rapidez mental. Y tenía de las dos. «Yo me satisfago a mí mismo», era su lema; y bien podría haberlo grabado en algún escudo elaborado por él para exponer su reclamación ante la nobleza social e intelectual.

Pero en este momento, era el asunto de Aileen el que se planteaba, y debido a su carácter decidido y enérgico, no le preocupaba en absoluto el problema que representaba. Era un problema, igual que algunas de aquellas enrevesadas complicaciones financieras que se presentaban a diario; pero no era insoluble. ¿Qué quería hacer? No podía dejar a su esposa y fugarse con Aileen, eso era seguro. Tenía demasiados vínculos. Tenía demasiados lazos sociales, emocionales —pensando en sus padres y en sus hijos— y financieros que lo ataban. Además, no estaba seguro en absoluto de que quisiera hacerlo. No tenía intención de abandonar sus crecientes intereses, y al mismo tiempo, tampoco tenía intención de renunciar a Aileen de manera inmediata. La inesperada manifestación de interés por parte de ella era demasiado atractiva. La señora Cowperwood ya no era lo que debería ser ni física ni mentalmente, y eso en sí mismo era suficiente para justificar su actual interés en esta muchacha. ¿Por qué temer nada, si lo único que tenía que hacer era idear la manera de conseguir lo que quería sin consecuencias negativas para él? Al mismo tiempo pensaba que quizá nunca le fuera posible idear ninguna solución práctica ni protectora ni para él ni para Aileen, y eso lo sumió en el silencio, pensativo. Porque por el momento se sentía intensamente atraído por ella, eso era lo que sentía —algo químico y, por lo tanto, dinámico, era lo que primaba en él ahora y clamaba por expresarse.

Al mismo tiempo, al tener en cuenta a su esposa en relación con todo esto, tenía muchas dudas, algunas de ellas emocionales y otras financieras. A pesar de que ella se había rendido tras la muerte de su esposo al entusiasmo juvenil que él sentía por ella, desde entonces él se había dado cuenta de que ella era una de las guardianas de la moral pública —la pureza fría del copo de nieve en lo que era público, combinada a veces con el ánimo turbio de la lascivia—. Y además, como también había llegado a saber, se avergonzaba de la pasión que a veces la arrastraba y la dominaba. Esto irritaba a Cowperwood, como irritaría a cualquier temperamento fuerte, codicioso y perceptivo. Aunque no tenía ningún deseo de dar a conocer al mundo la naturaleza de sus sentimientos, ¿por qué debía haber ocultación entre ellos, o cuando menos una negación mental de un hecho al que físicamente ella contribuía? ¿Por qué hacer una cosa y pensar otra? Estaba seguro de que ella lo amaba a su manera tranquila, y no apasionada (al mirar atrás no podía decir que lo hubiera sido alguna vez), sino intelectualmente. El deber, tal como ella lo entendía, jugaba un papel importante en esto. Ella era sumisa. Y después estaba lo que pensaba la gente, lo que exigía el espíritu de la época —esas eran las grandes cosas—. Aileen, por el contrario, probablemente no era sumisa, y era obvio que por su temperamento no tenía lazos con las convenciones actuales. Sin duda habría sido tan bien instruida como otras muchas muchachas, pero sólo había que mirarla. No obedecía las instrucciones.

En los tres meses siguientes, esta relación adoptó una forma más flagrante. Aileen, a pesar de saber lo que sus padres pensarían con total seguridad, y lo indecibles que sus pensamientos eran para las mentes de su mundo y su época, persistió en ellos y en sus deseos. Cowperwood, ahora que ella había dado aquellos pasos y se había comprometido en intención, aunque no de obra, adoptó para ella un encanto peculiar. No era su cuerpo —las grandes pasiones nunca son eso exactamente—. El sabor de su espíritu era lo que la atraía y se imponía, como el brillo de la llama atrae a la polilla. Aunque Cowperwood gobernaba y controlaba sus ojos, en los que brillaba una luz romántica, estos se dirigían hacia ella de manera casi todopoderosa.

Cuando le tocaba la mano al marcharse, era como si ella hubiera recibido una descarga eléctrica, y recordaba lo difícil que le resultaba mirarlo directamente a los ojos. A veces, algo parecido a una fuerza destructiva parecía emanar de ellos. Otras personas, hombres especialmente, tenían dificultad en sostener la mirada vidriosa de Cowperwood. Era como si hubiera otros ojos tras los que veían, observando a través de unas cortinas finas y oscuras. Era imposible saber lo que estaba pensando.

En el transcurso de los meses siguientes, ella se percató de que se iba acercando cada vez más a Cowperwood. En casa de él una tarde, sentada al piano, sin que hubiese presente nadie más en aquel momento, él se inclinó hacia ella y la besó. A través de los intersticios de las colgaduras de las ventanas, fuera se veían una calle fría y cubierta de nieve y las luces parpadeantes de las farolas de gas. Había vuelto temprano, y al oír a Aileen, fue hasta donde ella estaba sentada al piano. Llevaba un sencillo vestido de paño de lana gris, adornado con flecos de bordados orientales de

color azul y naranja oscuro, y su belleza se veía aún más realzada por un sombrero gris diseñado para combinar con el vestido, con una pluma teñida de naranja y azul. Llevaba cuatro o cinco anillos, demasiados —un ópalo, una esmeralda, un rubí y un diamante—, que destellaban visiblemente mientras tocaba.

Supo que era él sin necesidad de volverse. Llegó junto a ella y levantó la cara sonriente, haciendo que se desvaneciera parte del ensueño evocado por Schubert —o que se fundiera dando lugar a otro estado de ánimo—. De repente se inclinó y pegó los labios con fuerza a los de ella. Se estremeció al contacto con su bigote suave. Dejó de tocar e intentó recuperar el aliento, porque, a pesar de lo fuerte que era, afectó a su respiración. El corazón le latía como un martillo pilón. No había dicho «Oh», ni «No debes», sino que se levantó y caminó hasta una ventana, donde alzó una cortina, fingiendo mirar hacia fuera. Sentía que estaba a punto de desmayarse de lo intensamente feliz que era.

Cowperwood la siguió rápidamente. Le deslizó los brazos alrededor de la cintura, mirándole las mejillas arreboladas, los ojos claros y húmedos y la boca roja.

—¿Me amas? —susurró, severo y apremiante debido al deseo.

—¡Sí! ¡Sí! Sabes que sí.

Le cogió la cara y la apretó contra la suya, y ella levantó las manos y le acarició el pelo.

De pronto se sintió abrumado por un sentimiento apasionado de posesión, dominio, felicidad y comprensión, de amor por ella y por su cuerpo.

—Te amo —dijo él, y como si se hubiera sorprendido a sí mismo al decirlo—. Creía que no pero sí, te amo. Eres preciosa y estoy loco por ti.

—Y yo te amo a ti —contestó ella—. No puedo evitarlo. Sé que no debería, pero oh... —La mano de ella se cerró sobre sus orejas y sus sienes. Acercó sus labios a los de él y soñó mirándolo a los ojos. Luego, ella se alejó rápidamente, mirando hacia la calle y él volvió a la sala de estar. Estaban solos. Él se debatía pensando si debería arriesgarse a algo más cuando apareció Norah, que había ido a ver a Anna a la casa de al lado, y poco después, la señora Cowperwood. Luego Aileen y Norah se marcharon.

CAPÍTULO XX

Una vez alcanzado este entendimiento definitivo e inequívoco, no era más que natural que esta relación se fuese volviendo cada vez más estrecha. A pesar de su educación religiosa, Aileen era decididamente víctima de su temperamento. Sus sentimientos y sus creencias religiosas no podían controlarla. Durante los últimos nueve o diez años se había ido formando lentamente en su mente la noción de cómo debería ser su amado. Debería ser fuerte, atractivo, directo, exitoso, tener los ojos claros y ser de complexión rubicunda y saludable, de mejillas brillantes, y poseer cierta comprensión y simpatía innatas —que amara la vida como ella lo hacía—. Se le habían acercado muchos jóvenes. Quizá el más próximo a su ideal fuera el padre David, de St. Timothy, y él era, por supuesto, sacerdote y había jurado ser célibe. Jamás se habían dicho ni una palabra, pero él había sido tan consciente de ella como ella de él. Después vino Frank Cowperwood, y gradualmente, debido a su presencia y al contacto con él, había ido conformándose en su mente como la persona ideal. Se sentía atraída como los planetas a su sol.

La pregunta es qué habría ocurrido si justo en este momento se hubieran podido introducir fuerzas antagónicas. Las emociones y las relaciones de este tipo pueden ocasionalmente, por supuesto, romperse y destruirse. Los caracteres de los individuos se pueden modificar o cambiar hasta cierto punto, pero debe haber suficiente fuerza. El miedo es un gran elemento disuasorio —el miedo a la pérdida material donde no hay temor espiritual—, pero la riqueza y la posición a menudo tienden a destruir este miedo. Es muy fácil intrigar cuando se tienen medios. Aileen no sentía el más mínimo temor espiritual. Cowperwood carecía de sentimiento espiritual o religioso. Miraba a esta muchacha y su único pensamiento era cómo podría engañar al mundo para poder disfrutar de su amor sin que su estado presente sufriera ningún cambio. Porque con toda seguridad, la amaba.

Los negocios requerían que visitara con frecuencia la casa de los Butler, y veía a Aileen en cada una de esas ocasiones. Ella se las arregló para adelantarse y apretarle la mano la primera vez que vino —para robar un beso rápido e intenso; y otra vez, cuando él salía, apareció ella de repente de detrás de las cortinas que colgaban de la puerta del salón.

—¡Cariño!

La voz era dulce y mimosa. Él se volvió haciéndole un gesto de advertencia con la cabeza indicando hacia la habitación de su padre en la planta de arriba.

Ella se mantuvo allí de pie ofreciéndole una mano y él dio un paso adelante durante un segundo. Al instante tenía los brazos de ella alrededor del cuello y él deslizó los suyos alrededor de la cintura de Aileen.

—Añoro tanto verte.

—Yo, también. Lo arreglaré de algún modo. Estoy pensando.

Se desasíó de sus brazos y salió, y ella corrió a la ventana y se quedó mirándolo

marchar. Caminaba por la calle en dirección oeste porque su casa estaba sólo a unas manzanas, y se fijó en la anchura de sus hombros y en el equilibrio de sus formas. Andaba enérgicamente y con decisión. ¡Este sí que era un hombre! Era su Frank. Ya pensaba en él en esos términos. Después se sentó al piano y tocó pensativamente hasta la hora de la cena.

Y era muy fácil para la mente ingeniosa de Frank Cowperwood, siendo rico como era, sugerir medios y maneras. Durante sus visitas cuando era más joven a lugares de mala reputación con sus consiguientes y ocasionales desviaciones del camino recto, había aprendido mucho sobre los curiosos recursos de la inmoralidad. Al tratarse de una ciudad de quinientos mil habitantes o más por esta época, Filadelfia tenía hoteles anodinos a los que se podía ir con cautela y que resultaban bastante protegidos de miradas indiscretas; y había casas de tipo conservador y residencial, donde se podían concertar citas a cambio de una retribución. Y en lo tocante a las salvaguardas contra la producción de nuevas vidas, ya no tenían misterios para él. Lo sabía todo sobre ese tema. La primordial advertencia era la de ser cuidadoso. Tenía que ser prudente porque se estaba convirtiendo en un hombre influyente y distinguido. Aileen, por supuesto, no era consciente, o sólo de manera imprecisa, del rumbo que estaba tomando su pasión; aún no veía con claridad el destino final al que este afecto podría llevarla. Lo que ansiaba era amor —ser acariciada y mimada— y verdaderamente no había pensado mucho en otra cosa. Otros pensamientos más atrevidos eran como ratas que asomaban la cabeza por sus agujeros oscuros en las esquinas en penumbra y se escabullían de nuevo al menor ruido. Y, además, todo lo que tuviera que ver con Cowperwood sería bello. Ella creía que él aún no la amaba como debería; pero lo haría. No sabía que quería interferir en los derechos de su esposa. No creía que eso fuera así. A la señora Cowperwood no le haría ningún daño que Frank la amara a ella, Aileen, también.

¿Cómo explicar estas sutilezas del temperamento y del deseo? La vida tiene que vérselas con ellas a cada paso. No se arredran, y los extensos y plácidos movimientos de la naturaleza fuera de los pequeños organismos del hombre parecen indicar que no le preocupa demasiado. Vemos muchos castigos en forma de cárceles, enfermedades, fracasos y naufragios; pero también vemos que la vieja tendencia no disminuye visiblemente. ¿Es que no existe ley alguna aparte de la sutil voluntad y del poder del individuo para conseguir algo? Si no la hay, va siendo buena hora de que lo sepamos; de una vez por todas. Podríamos entonces acordar actuar como lo hacemos; pero no habría ninguna tonta ilusión sobre la norma divina. *Vox populi, vox Dei*^[1].

Y así hubo otros encuentros, horas maravillosas que pronto comenzaron a pasar juntos cada vez que la pasión de ella crecía lo suficiente como para asegurarse su conformidad, sin que sintieran mucho miedo y sin pensar en el riesgo mortal que corrían. De algún que otro momento en su propia casa, robado cuando no había nadie cerca que pudiera verlos, pasaron a los encuentros clandestinos más allá de los confines de la ciudad. Cowperwood no era propenso por su temperamento a perder la

cabeza y desatender su negocio. De hecho, mientras más pensaba en esta evolución afectiva algo inesperada, más seguro estaba de que no debía dejar que interfiriera con el tiempo que debía dedicar a su negocio, ni con su buen juicio. Su despacho requería de toda su atención de nueve a tres. Podía quedarse hasta las cinco y media si le interesaban los beneficios; pero podría tomarse varias tardes libres, desde las tres y media hasta las cinco y media o las seis, y nadie lo sabría. Aileen tenía por costumbre salir sola en el carruaje casi todas las tardes con una pareja de fogosos alazanes, o a montar el caballo que su padre había comprado para ella a un famoso chalán^[2] de Baltimore. Como Cowperwood también conducía y montaba, no era difícil acordar lugares de encuentro lejanos, como la carretera de Wissahickon o la de Schuylkill. Había muchos rincones en el parque recién trazado en los que era tan improbable encontrarse con alguien como en mitad de un bosque. Siempre cabía la posibilidad de que se cruzaran con alguien; pero también cabía siempre la posibilidad de inventar alguna explicación plausible, o de no dar ninguna, ya que incluso en el caso de que se produjera ese encuentro, nadie sospecharía nada en circunstancias normales.

De modo que, de momento, se dedicaron al galanteo, a los típicos besuqueos y arrullos de los enamorados de manera simple y sin llegar, ni mucho menos, a nada definitivo; y sus agradables paseos a caballo juntos bajo el verdor de los árboles que anunciaban la primavera, eran idílicos. En Cowperwood se despertó el placer de gozar de la vida con una intensidad tal como nunca antes había experimentado, o eso creía al calor de este nuevo deseo. Lillian había sido adorable durante la primera época de sus visitas a North Front Street, y en aquellos tiempos, había imaginado que era indeciblemente feliz; pero de eso hacía casi diez años, y lo había olvidado. Desde entonces no había sentido ninguna gran pasión, ni había tenido ninguna relación de importancia; y después, de repente, en mitad de sus nuevos e importantes negocios, de su prosperidad, apareció Aileen, con su cuerpo y su alma jóvenes, y con sus apasionadas ilusiones. Se daba cuenta siempre de que, a pesar de su atrevimiento, sabía muy poco del mundo calculador y brutal con el que él estaba relacionado. Su padre le había regalado todos los caprichos que había querido sin restricción; su madre y sus hermanos la habían consentido, particularmente su madre. Su hermana pequeña pensaba que era adorable. Nadie podía imaginar ni por un momento que Aileen pudiera hacer alguna vez algo mal. Era demasiado sensata, después de todo, y tenía demasiadas ansias de ascender en la vida. ¿Por qué iba a hacerlo, cuando tenía toda la vida por delante para ser feliz; un maravilloso matrimonio por amor, en algún momento cercano, con algún pretendiente satisfactorio y adecuado?

Su madre solía decirle:

—Aileen, cuando te cases, prepararemos algo fabuloso aquí. Entonces seguro que redecoramos la casa, si es que no lo hacemos antes. Eddie tendrá que encargarse de todo, y si no, lo haré yo misma. No te preocupes.

—Sí, bueno, preferiría que la redecoraras ahora —era su respuesta.

Butler solía golpearle el hombro jovialmente de manera cariñosa y algo brusca y

le preguntaba:

—Bueno, ¿lo has encontrado ya? ¿O está dando vueltas por ahí fuera esperando a verte salir?

Si ella decía que no, él solía contestarle:

—Bueno, pues ya lo estará, no temas. ¡No me gustaría nada verte marchar, querida! Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, y recuerda que siempre podrás volver.

Aileen prestaba muy poca atención a estas bromas. Amaba a su padre, pero todo aquello era algo que daba por sentado. Era lo normal en su existencia y no le parecía significativo, aunque sí delicioso.

¡Pero con qué ansia se rendía ante Cowperwood bajo los árboles primaverales en esta época! No sospechaba siquiera aquella rendición última que se venía aproximando, porque ahora él simplemente la acariciaba y hablaba con ella. Él dudaba un poco de sí mismo. Las crecientes libertades que se iba tomando eran para él algo natural, pero intentando ser justo con ella, comenzó a hablarle de lo que su amor podría conllevar. ¿Lo entendía ella? ¿Podía? Esta fase desconcertaba a Aileen y le daba un poco de miedo al principio. Una tarde, se quedó de pie ante él, vestida con su traje negro de amazona y su sombrero alto de seda garbosamente colocado sobre el pelo rubio rojizo, golpeándose la falda de montar con su fusta corta meditando ensimismada mientras lo escuchaba. Él le había preguntado si sabía lo que estaba haciendo. Si sabía hacia dónde se estaban dirigiendo. Si de verdad lo amaba lo suficiente. Los caballos estaban atados a un matorral a unos metros de la carretera principal y de la orilla de un arroyo que hacía aquí saltos de agua, y al que se habían aproximado. Ella intentaba descubrir si podía verlos. No era más que fingimiento. No había ningún interés en aquella mirada. Estaba pensando en él y en la elegancia de su traje, y en lo exquisito que era este momento. Su caballo multicolor era delicioso. Las hojas habían crecido lo suficiente para tejer una diáfana celosía verde. Mirar a través del bosque era como asomarse a un tapiz adornado de verde. Las piedras grises estaban ligeramente cubiertas de musgo en las zonas salpicadas por el arroyo, y se oía el piar de los primeros pájaros —petirrojos, mirlos y reyezuelos.

—Mi niña —dijo él—, ¿entiendes todo esto? ¿Sabes exactamente lo que estás haciendo cuando te encuentras conmigo de esta manera?

—Creo que sí.

Se golpeó la bota y miró al suelo, y después levantó los ojos para mirar a través de los árboles y al cielo azul.

—Mírame, cariño.

—No quiero.

—Mírame, por favor. Quiero preguntarte algo.

—No me obligues, Frank, por favor. No puedo.

—Oh, sí, claro que puedes mirarme.

—No.

Ella se alejó un paso cuando él le cogió las manos, pero volvió a acercarse sin oponer resistencia.

—Y ahora mírame a los ojos.

—No puedo.

—Mira.

—No puedo. No me pidas que lo haga. Te contestaré, pero no me obligues a mirarte.

Levantó la mano hasta la mejilla de ella y la acarició. Y después le acarició el hombro y ella se apoyó contra él.

—Cariño, eres tan bella —dijo él por fin—. No puedo renunciar a ti. Sé lo que debería hacer. Y tú también lo sabes, imagino; pero no puedo. Tengo que tenerte. Si esto se terminara descubriendo, sería muy desagradable para ti y para mí. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—No conozco bien a tus hermanos, pero por lo que he visto de ellos, creo que son personas decididas. Y te tienen en muy alta estima.

—Sí. Desde luego. —Su vanidad se sintió ligeramente halagada con esto.

—Probablemente querrían matarme, sin duda, sólo por esto. ¿Qué crees que querrían hacer si... bueno, si pasara algo alguna vez?

Esperó, observando la belleza de su cara.

—Pero no tiene por qué pasar nada. No tenemos por qué ir más lejos.

—¡Aileen!

—No pienso mirarte. No es necesario que me lo pidas. No puedo.

—¡Aileen! ¿Lo dices en serio?

—No lo sé. No me lo preguntes, Frank.

—Sabes que no podemos dejarlo así, ¿verdad? Lo sabes. Este no es el final. Pero si... —Le explicó toda la teoría sobre los encuentros ilícitos, tranquilamente, con desapasionamiento—. Estás completamente a salvo, excepto por una cosa, que nos descubrieran fortuitamente. Podría ocurrir; y entonces, por supuesto, habría que estar preparados para aguantar. La señora Cowperwood nunca me concedería el divorcio; no tiene razones para hacerlo. Si ganara todo el dinero que espero —si consiguiera ganar un millón—, no me importaría dejar de trabajar. No espero pasarme toda la vida trabajando. Siempre he tenido intención de dejar de trabajar a los treinta y cinco. Para entonces ya habré ganado suficiente. Luego quiero viajar. Sólo faltan unos cuantos años. Si estuvieras libre; si tu padre y tu madre hubieran muerto... —Curiosamente ni siquiera se estremeció ante esta alusión de tipo práctico— el asunto sería muy diferente.

Hizo una pausa. Ella seguía mirando el agua y su mente se había escapado a un yate en el mar con él, a un palacio en algún lugar —sólo ellos dos—. Tenía los ojos medio cerrados mientras veía este mundo feliz; y se sentía fascinada al escucharlo a él.

—Que me cuelguen si sé cuál es la salida para todo esto. ¡Pero te amo! —La atrajo hacia él—. ¡Te amo, te amo!

—Sí —contestó ella con apasionamiento—. Quiero que me ames. No tengo miedo.

—He cogido una casa en North Tenth Street —dijo finalmente, cuando caminaban hacia los caballos y montaron—. No está amueblada todavía, pero pronto lo estará. Conozco a una mujer que se encargará de todo.

—¿Quién es?

—Una agradable viuda de casi cincuenta años. Muy inteligente; es atractiva y sabe mucho de la vida. La encontré a través de un anuncio. Podrías visitarla alguna tarde cuando hayamos organizado las cosas y echarle un vistazo a la casa. No es necesario que te reúnas con ella más que de manera informal. ¿Querrás hacerlo?

Ella continuó, pensativa, sin dar ninguna respuesta. Era directo y práctico con los planes.

—¿Lo harás? No te preocupes. Podrías conocerla. No es inaceptable en ningún sentido. ¿Lo harás?

—Hazme saber cuando esté lista —fue todo lo que finalmente dijo.

CAPÍTULO XXI

¡Ay, los caprichos de la pasión! ¡Las sutilezas! ¡Los riesgos! ¿Qué sacrificios no se ofrecen voluntariamente ante su altar? Al cabo de poco tiempo, esta residencia superior a la media a la que Cowperwood se había referido estuvo preparada, exclusivamente con el fin de servir para ocultarlos. La casa era gobernada por una viuda aparentemente reciente y a Aileen le resultaba posible visitarla sin sentirse incómoda y fuera de lugar. En aquel ambiente, y en aquellas circunstancias, no era difícil persuadirla para que se entregara a su amante por completo, dominada como lo estaba por un afecto y una pasión locos e irracionales. En un aspecto, el amor era un elemento en su descarga, porque ella verdaderamente amaba a este hombre por encima de todos los demás. No pensaba en ningún otro ni sentía lo más mínimo por ningún otro. Tenía la mente inundada de visiones del futuro cuando, de algún modo, ellos estarían juntos hasta el fin de los tiempos. La señora Cowperwood podría morir, o él podría escaparse con ella a los treinta y cinco cuando hubiera ganado un millón. Algún arreglo se podría hacer, de alguna manera. La naturaleza le había regalado a este hombre. Y ella confiaba en él implícitamente. Cuando le dijo que cuidaría de ella para que no le ocurriera nada malo, ella lo creyó sin reservas. Estos pecados eran comunes en el confesionario.

Es un hecho curioso que, por alguna sutileza de la lógica del mundo cristiano, se haya llegado a creer que no puede haber amor fuera del proceso convencional del cortejo y el matrimonio. Una vida, un amor, es la idea cristiana, y se ha esforzado por comprimir en este molde, en este dique, el mundo entero. Esa idea no existía en el pensamiento pagano. Los pueblos antiguos creían en la concesión del divorcio incluso por causas triviales; y entre los seres irracionales, la naturaleza no parece tener ningún plan para mantener la unión de dos más allá del cuidado temporal de su prole. Que el hogar moderno representa el más bello de los planes, cuando estos se basan en la simpatía mutua y en la comprensión entre los dos, no es ni siquiera cuestionable. Pero este plan no debería conllevar necesariamente la condena de todo aquel amor que no es tan afortunado de llegar a un feliz desenlace. La vida no puede meterse en ningún molde, y mejor sería que cualquier intento al respecto se abandonara al instante. Aquellos que son tan afortunados como para encontrar armoniosa compañía de por vida deberían congratularse y esforzarse por ser merecedores de ella. Aquellos que no han tenido esa suerte, aunque queden inscritos como parias, tienen aún cierta justificación. Y además, tanto si lo queremos como si no, con teoría o sin teoría, los fundamentos de la química y de la física siguen estando ahí. Los que se gustan, se atraen. Los cambios en el temperamento provocan cambios en las relaciones. El dogma puede atar a unos; el miedo, a otros. Pero siempre están aquellos sobre los que la física y la química tienen gran influencia, y con los que no sirven ni el dogma ni el miedo. La sociedad levanta las manos en señal de horror; pero en todas las épocas florecen Helenas, Mesalinas, Du Barrys, Pompadours,

Maintenons y Nell Gwyns^[1] y apuntan a relaciones que se basan en una mayor libertad, algo a lo que aún no hemos sido capaces de ajustar nuestras vidas.

Estos dos se sentían indeciblemente atados el uno al otro. Cowperwood, una vez que llegó a entenderla, imaginaba que había encontrado a la única persona con la que podría vivir felizmente el resto de su vida. Era joven, confiada, estaba llena de esperanza y no se desanimaba. Durante todos los meses que habían pasado desde que comenzaran a buscarse, la había estado comparando con su esposa hora tras hora. De hecho, su insatisfacción, aunque podría decirse que hasta entonces había sido sólo ligera, ahora tendía a convertirse en algo real. Pero, sin embargo, sus hijos sí le resultaban gratos y su hogar le parecía maravilloso. Lillian, flemática y ahora delgada, seguía sin poder considerarse una mujer poco atractiva. Durante todos estos años le había parecido aceptable; pero ahora su sensación de que no era suficiente para él iba en aumento. No era como Aileen; no era joven ni viva ni era tan desconocedora de los hechos más comunes de la vida. Y aunque, por lo general, no tenía tendencia a ser quejumbroso, ahora lo era ocasionalmente. Comenzó por hacerle preguntas a su esposa referentes a su aspecto; pequeños e irritantes porqués que son tan triviales y, al mismo tiempo, tan exasperantes y descorazonadores para una mujer. ¿Por qué no escogía un sombrero cuya tonalidad de malva se pareciera más al vestido? ¿Por qué no salía más? El ejercicio le vendría bien. ¿Por qué no hacía esto y por qué no aquello? Casi no era consciente de que lo hacía; pero ella sí lo era y percibía el trasfondo —el auténtico significado—, lo que le provocaba resentimiento.

—¿Por qué, por qué? —le respondió un día secamente—. ¿Por qué haces tantas preguntas? Ya no te importo tanto; ese es el porqué. Lo noto.

Él se reclinó sorprendido por la ofensiva. No tenía más prueba de nada que sus recientes comentarios; pero él no estaba completamente seguro. Se sintió ligeramente arrepentido de haberla irritado y así se lo dijo.

—Oh, no pasa nada —contestó ella—. Me da igual. Pero me he dado cuenta de que ya no me prestas tanta atención como solías. Ahora lo único que te importa es tu negocio; es lo primero y lo último, todo el tiempo. No puedes quitártelo de la cabeza.

Él dio un suspiro de alivio. Entonces, no sospechaba nada.

Pero, pasado algún tiempo, empezó a sentir más afinidad con Aileen y ya no le preocupaba tanto que su mujer pudiera o no sospechar. Comenzó a pensar ocasionalmente, cuando su mente recorría las diversas ramificaciones de aquella situación, que sería mejor si lo hiciera. No era mujer de discusiones ni peleas. Llegó a pensar, tras meditar sobre varios aspectos de su carácter, que quizá no ofreciera tanta resistencia a posibles reestructuraciones, como en un principio había imaginado. Quizá llegara incluso a divorciarse de él. El deseo y los sueños hacían que, incluso él, hiciera cálculos menos sensatos que los que normalmente se generaban en su mente.

Ahora, como se decía a sí mismo, el problema no estaba ni mucho menos tanto en su casa como en la de la familia Butler. Sus relaciones con Edward Malia Butler habían llegado a ser muy estrechas. Ahora lo asesoraba constantemente en la gestión

de sus valores, que eran numerosos. Butler tenía acciones en la Pennsylvania Coal Company, en el Delaware and Hudson Canal, en el Morris and Essex Canal y en el Reading Railroad^[2]. Como el viejo caballero había abierto sus miras a la importancia del asunto de los tranvías en Filadelfia, había decidido liquidar sus otros valores en los términos más ventajosos posibles y reinvertir el dinero en líneas locales. Sabía que Mollenhauer y Simpson lo estaban haciendo y eran excelentes jueces de la importancia de los asuntos de la ciudad. Como Cowperwood, tenía la idea de que si controlaba lo suficiente en ese campo, podría después llegar a una relación de colaboración con Mollenhauer y Simpson. La legislación política, ventajosa para las líneas combinadas, podría entonces ser algo fácil de garantizar. Podrían añadirse concesiones y extensiones necesarias a las ya existentes. La conversión de las acciones que tenía en circulación en otros campos y la compra de pequeños lotes de acciones del tranvía local eran cosa de Cowperwood. Butler, a través de sus hijos, Owen y Callum, también se ocupaba de planificar una nueva línea y de obtener una concesión, sacrificando, por supuesto, grandes bloques de acciones y dinero en efectivo a favor de otros, con la finalidad de obtener la influencia suficiente como para hacer que se aprobara esa legislación. Pero no se trataba de un asunto sencillo, en vista de que otros conocían los beneficios generales que ofrecía la situación, y debido a esto, Cowperwood, que había visto en esto una gran fuente de beneficios, pudo proveerse rápidamente —comprando bloques, de los que sólo una parte fue a Butler, Mollenhauer u otros—. En resumen, no sentía tanto entusiasmo por servir a Butler, o a cualquier otro, como por servirse a sí mismo si podía.

En esta relación, el plan que George W. Stener había propiciado, y que en realidad representaba a Strobik, Wycroft y Harmon, suponía una oportunidad para él. El plan de Stener era prestarle dinero de la tesorería de la ciudad al dos por ciento, o, si renunciaba a todas las comisiones, por nada (era absolutamente necesario contar con un agente por motivos de protección), y con él, adquirir la línea de la North Pennsylvania Company en Front Street, la cual, debido a su escasa longitud, menos de dos kilómetros y medio, y a la brevedad de la duración de la concesión, no iba muy bien ni cotizaba a un precio muy alto. Cowperwood, gracias a su habilidad para manipular terminaría haciéndose con una proporción considerable de las acciones —un veinte por ciento—. Strobik y Wycroft conocían a las partes de las que se podrían conseguir el grueso de las acciones si se maquinaba bien. Su plan era prolongar entonces la concesión y la propia línea con este dinero prestado, y más adelante, emitiendo un gran paquete de acciones e hipotecándolo con un banco escogido, devolver el principal a la tesorería de la ciudad y embolsarse los beneficios conseguidos con la línea. No había problema para hacer esto, en lo que a Cowperwood se refería, pero dividía mucho las acciones entre varios individuos, dejándolo a él con un porcentaje comparativamente pequeño; a cambio de tanta reflexión y sudores.

Pero Cowperwood era un oportunista, y para entonces, su moralidad financiera se

había vuelto especial y local. No le parecía sensato que nadie le robara a nadie cuando el acto de coger algo o beneficiarse fuese simple y llanamente considerado un robo. Eso era algo imprudente —peligroso—, y por lo tanto, inapropiado. Había muchas situaciones en las que lo que uno hiciera —tomar o beneficiarse de algo— estaría abierto a debate y a la duda. Según su opinión, la moralidad variaba dependiendo de las condiciones, si bien no del ambiente. Aquí en Filadelfia, la tradición (política, ojo; no en términos generales) era que el tesorero de la ciudad podía utilizar el dinero de la ciudad libre de intereses siempre y cuando devolviera el principal intacto. La tesorería y el tesorero eran como una colmena cargada de miel y una abeja reina alrededor de la que los zánganos —los políticos— se movían en enjambre en busca de beneficios. La parte desagradable de esta operación con Stener era que ni Butler ni Mollenhauer ni Simpson, que eran en realidad los superiores de Stener y Strobik, no supieran nada de ella. Stener y los que se ocultaban tras él, estaban actuando para sí mismos a través de él. Si aquellos más poderosos se enteraban de esto, podrían enajenarse. Tenía que pensar en esto. Pero si renunciaba a hacer tratos ventajosos con Stener o con cualquier otro que tuviera influencia en la política local, estaría tirando piedras a su propio tejado, porque otros banqueros y otros agentes estarían encantados de hacerlo. Y además, tampoco era nada seguro que Butler, Mollenhauer y Simpson llegaran a enterarse alguna vez.

En relación con esto, había otra línea en la que viajaba alguna vez, la línea de Seventeenth Street y Nineteenth Street, que a él le parecía personalmente mucho más interesante si conseguía el dinero. En un principio se había capitalizado con quinientos mil dólares; pero había habido una serie de bonos por valor de doscientos cincuenta mil dólares, que se habían añadido para realizar mejoras, y la compañía se estaba encontrando con muchas dificultades para pagar los intereses. El grueso de las acciones estaba disperso entre pequeños inversores y necesitaría la totalidad de aquellos doscientos cincuenta mil dólares para hacerse con ellas y conseguir que lo eligieran presidente o presidente de la junta directiva. Una vez dentro, sin embargo, podría utilizar sus acciones como mejor le pareciera, hipotecándolas mientras tanto en el banco de su padre por cuanto pudiera conseguir por ellas, y emitiendo más acciones con las que poder sobornar a los legisladores con el fin de prolongar la línea, y de aprovechar otras oportunidades con las que acrecentarla mediante compra o complementarla mediante acuerdos de trabajo. La palabra «sobornar» se utiliza aquí al estilo directo propio del norteamericano porque los sobornos eran lo que todos tenían en mente en relación con la legislatura estatal. Terrence Relihan —el pequeño hombrecillo moreno irlandés, un petimetre tanto en su atuendo como en sus modales—, que representaba los intereses financieros en Harrisburg, y que había acudido a Cowperwood tras la emisión del negocio de los cinco millones de dólares en bonos, le había dicho que en la capital no se podía hacer nada sin dinero, o su equivalente, los valores negociables. Si un legislador importante cedía su voto o su influencia, había que cuidar de él. Si él, Cowperwood, tenía algún plan que quisiera poner en

práctica en algún momento, Relihan le había confiado que estaría dispuesto a hablar con él. Cowperwood se había planteado el asunto de la línea de las calles Seventeenth Street y Nineteenth Street más de una vez, pero nunca se había sentido del todo seguro de querer ponerlo en marcha. Sus obligaciones en otras direcciones eran inmensas. Pero el aliciente estaba allí, y él seguía y seguía sopesándolo.

El plan de Stener de prestarle dinero con el que manipular el trato de la línea de la North Pennsylvania le hizo ver el sueño de la línea de las calles Seventeenth Street y Nineteenth Street con mejores ojos. De momento vigilaba constantemente los certificados de la emisión del préstamo para la tesorería de la ciudad —comprando grandes cantidades cuando el mercado caía para protegerla y vendiendo mucho, aunque con cautela, cuando veía que subía, y para hacerlo necesitaba tener mucho dinero disponible que se lo permitiera—. Temía continuamente que el mercado cambiara y que eso pudiera afectar a la cotización de todos sus valores, lo que podría resultar en el requerimiento de pago de sus préstamos. No había ninguna tormenta a la vista. No había nada que le hiciera pensar que podría ocurrir algo; pero no quería abarcar más de la cuenta. Tal como lo veía ahora, si cogía ciento cincuenta mil dólares del dinero de la ciudad y perseguía este asunto de las calles Seventeenth Street y Nineteenth Street, eso no sería abarcar demasiado, porque como consecuencia de esta nueva proposición, ¿no podía visitar a Stener para pedirle más dinero en préstamo en relación con estos otros negocios? Pero si ocurría algo... bueno.

—Frank —dijo Stener, al entrar en su oficina una tarde después de las cuatro cuando hubo pasado el ajetreo del trabajo del día (la relación entre Cowperwood y Stener hacía tiempo que había llegado a la fase del tuteo)—. Strobik cree que ha arreglado lo del trato de la North Pennsylvania de modo que podamos hacernos con ella si queremos. El accionista principal es un hombre llamado Colton; no como Ike Colton, sino Ferdinand. ¿Qué te parece el nombre? —Stener sonrió satisfecho y con suficiencia.

Las cosas habían cambiado para él considerablemente desde el día que fuera nombrado tesorero de la ciudad por casualidad y casi sin que sintieran especial preferencia por él. Su estilo de vestir había mejorado mucho desde que lo nombraran para el cargo y su comportamiento expresaba un bienestar, una confianza y un aplomo, que a él mismo le habría costado reconocer si se le hubiera permitido verse tal como lo hacían los que lo habían conocido antes. El antiguo movimiento nervioso de los ojos casi había desaparecido, y una sensación de tranquilidad, que antes había sido de inquietud, y que había surgido de la necesidad, había ocupado su lugar. Los pies, grandes, estaban encerrados en buenos zapatos de punta cuadrada fabricados en cuero suave; el pecho fornido y las gruesas piernas resultaban agradables a la vista, envueltos en un traje de paño gris parduzco de buen corte; y el cuello ahora lo rodeaba un cuello blanco bajo de puntas y una corbata de seda marrón. El pecho generoso, que se desparramaba un poco más abajo en el estómago, que no dejaba de

aumentar, estaba adornado con una pesada cadena de oro de grandes eslabones, y los puños blancos lucían grandes gemelos de oro con rubíes engarzados de un tamaño notable. Estaba sonrosado y decididamente debía de estar bien alimentado. De hecho, le iba especialmente bien.

Había trasladado a su familia de una desvencijada casa de madera de dos plantas en South Ninth Street a una cómoda casa de ladrillo de tres plantas de altura y tres veces más grande en Spring Garden Street. Su esposa tenía algunas amistades: las esposas de otros políticos. Sus hijos asistían a la escuela secundaria, algo que difícilmente habría podido esperar en otros tiempos. Era ahora dueño de catorce o quince propiedades inmobiliarias de escaso valor en distintas zonas de la ciudad, que con el tiempo podrían llegar a ser muy valiosas, y era socio comanditario de la South Philadelphia Foundry Company y de la American Beef and Pork Company, dos compañías sobre el papel, cuya actividad principal era la de subcontratar a humildes carniceros y fundidores que acataran las órdenes tal como se les daban sin hablar demasiado y sin hacer preguntas, para cumplir con los contratos que previamente se habían asegurado en el ayuntamiento.

—Sí, es un nombre extraño —dijo Cowperwood de manera indiferente—. Entonces, ¿lo tiene? Nunca pensé que esa línea fuese rentable, tal como estaba trazada. Es demasiado corta; debería tener unos cinco kilómetros más y llegar hasta la zona de Kensington.

—Tienes razón —dijo Stener sin entusiasmo.

—¿Dijo Strobik lo que quiere Colton por sus acciones?

—Sesenta y ocho, creo.

—La cotización actual del mercado. No quiere mucho, ¿no? Bien, George, con esa cotización harán falta unos —hizo un cálculo rápido basándose en el número de acciones que tenía Colton— ciento veinte mil para sacarlo a él solo. Pero eso no es todo. Están el juez Kitchen, Joseph Zimmerman y el senador Donovan —se estaba refiriendo al senador del estado de ese nombre—. Esta jugada te va a costar una suma considerable, y costará considerablemente más ampliar la línea. Me parece que es demasiado.

Cowperwood estaba pensando en lo fácil que resultaría aunar esta línea con su soñada línea de las calles Seventeenth Street y Nineteenth Street, y tras algún tiempo y con esto en mente, añadió:

—A ver George, ¿tú por qué diseñas todos tus proyectos a través de Strobik, Harmon y Wycroft? ¿No podríamos organizarnos tú y yo solos alguna cosa en vez de para tres o cuatro? Me parece que ese plan sería mucho más rentable para ti.

—¡Sí que lo sería, sí! —exclamó Stener con los ojos muy abiertos fijos en Cowperwood con una mirada de impotencia y súplica. Cowperwood le caía bien y siempre había esperado que llegaran a ser buenos amigos aparte de su estrecha relación financiera—. Lo he pensado. Pero estos tipos tienen más experiencia que yo en estos asuntos, Frank. Llevan más tiempo metidos en este juego. No sé tanto de

estas cosas como ellos.

Cowperwood sonrió para sus adentros, aunque su cara no lo reflejó.

—No te preocupes por ellos, George —continuó de manera afable y en tono confidencial—. Tú y yo juntos podemos llegar a saber y a hacer tanto como ellos o más. Créeme cuando te lo digo. Coge este negocio del ferrocarril ahora, George; tú y yo podríamos manejarlo igual de bien que con Wycroft, Strobik y Harmon en el negocio. No aportan nada a lo que ya sabemos de esta operación. Tampoco aportan dinero, porque eso lo haces tú. Lo único que hacen es acordar encargarse de que pase por la asamblea legislativa y el concejo, y en lo que se refiere a la asamblea, no pueden hacer más de lo que podría hacer cualquiera; de lo que podría hacer yo mismo, por ejemplo. Todo esto no es más que cuestión de arreglarlo con Relihan, ofreciéndole un dinero con el que él pueda trabajar. Aquí en la ciudad hay otras personas que pueden llegar al concejo igual que Strobik. —Estaba pensando (una vez que controlara una línea suya) en que podría reunirse con Butler para pedirle que usara sus influencias. Eso serviría para acallar a Strobik y a sus amigos—. No te estoy pidiendo que cambies de planes en el negocio este de la North Pennsylvania. No veo cómo podrías hacerlo. Pero hay otras cosas. En el futuro, ¿por qué no probamos a ver si tú y yo podemos hacer algo juntos? Saldrás mucho mejor parado, y yo también. Nos ha ido muy bien con la propuesta del crédito de la ciudad hasta la fecha, ¿no?

La verdad era que les había ido extremadamente bien. Aparte de lo que los cargos superiores habían ganado, la casa nueva de Stener, sus parcelas, la cuenta del banco, la buena ropa y su nuevo y cómodo estilo de vida se debían en gran medida al exitoso manejo de los certificados del crédito de la ciudad por parte de Cowperwood. Ya se habían hecho cuatro emisiones de doscientos mil dólares cada una. Cowperwood había comprado y vendido certificados por un valor de casi tres millones de dólares, haciendo unas veces de «toro» y otras de «oso». Stener valía ahora ciento cincuenta mil dólares.

—Sé de una línea aquí en la ciudad que se podría convertir en una propiedad espléndidamente rentable —continuó Cowperwood meditabundo—, si se consiguen hacer las gestiones apropiadas. Igual que la línea North Pennsylvania, no tiene la suficiente longitud. El territorio al que presta servicio no es lo suficientemente extenso. Habría que prolongarla; pero si tú y yo pudiéramos hacernos con ella, quizá podríamos arreglarlo con la North Pennsylvania Company o con alguna otra. Eso nos ahorraría tener que tratar con funcionarios y despachos y otras muchas cosas. Siempre se gana dinero cuando el poder adquisitivo es mayor.

Se calló y miró por la ventana de su elegante despacho de madera noble, especulando sobre el futuro. Por la ventana no se veía más que la parte trasera de otro edificio de oficinas que había sido anteriormente una residencia y donde crecía débilmente la hierba. El muro rojo y la anticuada cerca de ladrillo que lo separaba de la siguiente parcela le recordaba a su antigua casa en New Market Street, a la que

solía ir su tío Seneca como comerciante cubano seguido por su negro sirviente portugués. Aún podía verlo mientras estaba allí sentado mirando hacia el jardín trasero.

—Bueno —le preguntó Stener ambiciosamente, mordiendo el anzuelo—, ¿por qué no nos hacemos con ella; tú y yo? Supongo que podría arreglarlo en lo que al dinero se refiere. ¿Cuánto haría falta?

Cowperwood volvió a sonreír para sí.

—No lo sé exactamente —dijo, tras algún tiempo—. Quiero investigarlo en más profundidad. El único problema es que ya me estoy haciendo cargo de buena parte del dinero de la ciudad. Tengo esos doscientos mil dólares a cuenta de los negocios del crédito de la ciudad. Y este proyecto nuevo necesitará doscientos o trescientos mil más. Si no fuera posible... —Estaba pensando en uno de aquellos pánicos inexplicables de la bolsa —aquellas extrañas depresiones americanas que tenían tanto que ver con el temperamento de la gente, y tan poco con las condiciones básicas del país—. Si este trato con la North Pennsylvania estuviera listo y cerrado...

Se frotó el cuello y se tironeó el atractivo y sedoso bigote.

—No me preguntes más sobre esto, George —dijo finalmente, cuando se dio cuenta de que este último estaba empezando a preguntarse qué línea podría ser—. No digas absolutamente nada sobre este asunto. Quiero tener todos los datos exactos, y después hablaré contigo. Creo que tú y yo podemos hacer esto un poco más adelante, cuando tengamos encaminado el asunto de la North Pennsylvania. Ahora mismo tengo tanto trabajo que no estoy seguro de querer hacerme cargo enseguida; pero no digas nada y ya lo veremos. —Se volvió hacia la mesa y Stener se puso de pie.

—Te haré un ingreso por la cantidad que deseas en el momento en el que pienses que estás preparado para actuar, Frank —exclamó Stener, creyendo que Cowperwood no estaba tan ansioso como debería por hacer esto, sabiendo que siempre podía contar con él (Stener) cuando hubiera algo realmente provechoso a la vista. ¿Por qué no permitirle al capaz y maravilloso Cowperwood que los hiciera ricos a ambos?—. Sólo tienes que notificárselo a Stires y él te enviará el cheque. Strobik era de la opinión de que deberíamos actuar pronto.

—Me encargaré de eso, George —contestó Cowperwood con un tono de seguridad y confianza—. Saldrá todo bien. Déjame a mí.

Stener sacudió sus gruesas piernas para estirar los pantalones y le tendió la mano. Salió a la calle pensando en este nuevo negocio. Si conseguía meterse con Cowperwood, sin duda llegaría a ser rico, porque Cowperwood era muy cauteloso y muy competente. Su casa nueva, este precioso despacho, su fama creciente y sus sutiles contactos con Butler y con otros, hacían que Stener se sintiera completamente impresionado. ¡Otra línea! ¡La controlarían, y también la North Pennsylvania! Si esto seguía así, podría terminar convirtiéndose en un magnate —verdaderamente podría—, él, George W. Stener, que había sido un agente inmobiliario y de seguros de poca monta. Avanzó por la calle pensando, pero sin tener la más mínima idea de la

importancia de sus obligaciones civiles ni de la naturaleza de la ética social contra la que estaba atentando; como si no existieran.

CAPÍTULO XXII

Los servicios que llevó a cabo Cowperwood durante el año y medio siguiente para Stener, Strobik, Butler, el tesorero del estado Van Nostrand y el senador del estado Relihan, representante de los «intereses», así denominados, en Harrisburg, y para varios bancos que tenían amistad con estos caballeros, fueron numerosos y confidenciales. Para Stener, Strobik, Wycroft, Harmon y para sí mismo, ejecutó el trato de la North Pennsylvania, mediante el que se convirtió en el tenedor de un quinto de las acciones de control. Él y Stener se asociaron para adquirir la línea de Seventeenth Street y Nineteenth Street y para especular en bolsa al mismo tiempo.

Para el verano de 1871, cuando Cowperwood tenía casi treinta y cuatro años, poseía un negocio bancario de un valor estimado cercano a los dos millones de dólares, al que se sumaban propiedades personales por valor de casi medio millón, y las perspectivas eran, si todo seguía como hasta ahora, que contaría con tal riqueza que podría rivalizar con la de cualquier norteamericano. La ciudad, a través de su tesorero —aún el señor Stener—, era uno de sus depositantes, llegando casi a los quinientos mil dólares. Al estado, a través de su tesorero, Van Nostrand, le gestionaba doscientos mil dólares. Bode estaba especulando con acciones del tranvía por valor de cincuenta mil dólares. Relihan por la misma cantidad. En sus libros de contabilidad figuraba un pequeño ejército de políticos y de parásitos con distintas sumas. Y para Edward Malia Butler llegaba a gestionar ocasionalmente hasta cien mil dólares en reservas. Sus propios créditos en los bancos, que variaban de un día a otro dependiendo de los valores hipotecados, ascendían a setecientos u ochocientos mil dólares. Como una araña en una redcilla de lentejuelas, había extendido cada uno de los hilos de los que tenía conocimiento, los había comprobado y se había rodeado y se había enmarañado a sí mismo en una espléndida y brillante red de contactos, y no descuidaba ningún detalle.

Su asunto preferido, aquel en el que ponía más fe que en ninguna otra cosa, era el de las manipulaciones de su tranvía, y particularmente, en el control real de la línea de Seventeenth Street y Nineteenth Street. Mediante el adelanto, en depósito, que le hizo Stener en su banco en un momento en el que la línea Seventeenth y Nineteenth Street estaba de capa caída, se las había arreglado para conseguir el cincuenta y uno por ciento de las acciones para sí mismo y para Stener, en virtud de lo cual podría hacer lo que deseara con aquella línea. Para conseguirlo, sin embargo, había recurrido a algunos métodos muy «peculiares», como se les denominó más tarde en los círculos financieros, para conseguir estas acciones al precio tasado por él mismo. A través de otros agentes interpuso querellas por daños y perjuicios contra la compañía por impago de los intereses debidos. Una cuantas acciones en manos de un asalariado, la petición ante un tribunal de alzada de que se examinaran los libros de contabilidad de la compañía para determinar la conveniencia de una liquidación y un ataque simultáneo en la bolsa de valores, vendiendo a tres, cinco, siete y diez puntos por

debajo, atrajeron a los asustados accionistas a la bolsa con sus acciones. Los bancos consideraron que la línea suponía un riesgo inadmisibile y exigieron el pago de los préstamos relacionados con ella. El banco de su padre había concedido un crédito a uno de los principales accionistas y, por supuesto, ese pago se exigió rápidamente. Luego, a través de un agente, abordó a los mayores accionistas haciéndoles una oferta para sacarlos del apuro. Les quitarían las acciones de las manos a cuarenta. No habían logrado descubrir cuál era el origen de todas sus cuitas, e imaginaron que la línea estaba en malas condiciones, lo cual no era cierto. Mejor dejarla escapar. El dinero le llegó inmediatamente, y Cowperwood y Stener controlaron conjuntamente el cincuenta y uno por ciento. Pero, igual que en el caso de la North Pennsylvania, Cowperwood había estado comprando sin decir nada todas las pequeñas participaciones minoritarias, de modo que en realidad él tenía el cincuenta y uno por ciento de las acciones, y Stener otro veinticinco por ciento más.

Esto lo embriagó, porque inmediatamente vio la oportunidad de cumplir su tan añorado sueño: el de reorganizar la compañía junto con la línea de la North Pennsylvania, poniendo en circulación tres participaciones donde antes sólo había habido una, y tras deshacerse de todas menos de una de control vendiendo al público en general, utilizó el dinero conseguido para comprar en otras líneas que se harían subir para después venderlas de la misma manera. Resumiendo, fue uno de los primeros manipuladores atrevidos que más tarde se aprovecharían de otras fases aún más prósperas del desarrollo natural de los Estados Unidos para su propio engrandecimiento.

En relación con esta primera consolidación, su plan era hacer correr el rumor de la próxima consolidación de las dos líneas con la intención de dirigirse a la asamblea legislativa para solicitar los privilegios de la prolongación, realizar un prospecto prometedor y más tarde, los informes anuales, y hacer subir las acciones en la bolsa todo lo que sus crecientes recursos le permitieran. El problema es que cuando se intenta crear mercado para unas acciones —para deshacerse de una emisión grande, como era la suya (por valor de más de quinientos mil dólares)— al tiempo que se retienen los quinientos mil, se requiere mucho capital para manejarlo. En estos casos, el propietario se ve obligado no sólo a salir al mercado y hacer muchas compras ficticias, creando de este modo una demanda ficticia, sino que una vez que esta demanda ficticia ha engañado al público y ha conseguido deshacerse de una cantidad considerable de sus mercancías, se ve obligado, a menos que se deshaga de todas sus acciones, a respaldarlo. Si, por ejemplo, vendiera cinco mil acciones, como se hizo en este caso, y se quedara con cinco mil, debía ver que el precio público de las restantes cinco mil acciones no caía por debajo de determinado nivel, porque el valor de sus acciones personales caería con él. Y si, como suele ser el caso, las acciones particulares hubieran sido hipotecadas en bancos o compañías fiduciarias a cambio de un dinero con el que llevar a cabo otros negocios, la caída del valor en el mercado libre simplemente significaría que los bancos exigirían grandes márgenes para

proteger sus créditos o su liquidación total. Esto significaría que su trabajo habría resultado ser un fracaso y que él podría quebrar fácilmente. Ya estaba llevando a cabo una campaña difícil de este tipo en relación con su negocio del crédito de la ciudad, cuyo precio variaba de un día para otro, y que él mismo se esforzaba por hacer fluctuar, porque se beneficiaba principalmente gracias a estos cambios.

Pero esta segunda carga, siendo interesante como era, significaba que tendría que estar doblemente alerta. Una vez que vendiera las acciones a un precio alto, podría devolver el dinero que le había prestado el tesorero de la ciudad; sus propias participaciones, conseguidas gracias a la previsión, capitalizando el futuro y escribiendo astutos prospectos e informes, alcanzarían su valor nominal, o poco menos. Tendría dinero para invertir en otras líneas. Podría obtener la dirección financiera de la totalidad, en cuyo caso le haría valer millones. Uno de sus aciertos, que indicaba lo previsor y lo sutil que era aquel hombre, era el de crear una organización o una compañía diferente para cualquier extensión o prolongación que realizaba en su línea. De modo que si tenía cuatro o cinco kilómetros de vía en una calle y quería prolongarla dos o tres kilómetros más en la misma calle, en vez de incluir esa prolongación en la corporación existente, creaba una segunda corporación para controlar esos tres o cuatro kilómetros adicionales de derecho de paso. La capitalizaba con una cantidad determinada, emitía acciones y bonos para su construcción, equipamiento y para su gestión. Una vez hecho esto, incorporaba la empresa filial a la casa matriz y emitía más acciones y bonos de la casa matriz con los cuales hacerlo y, por supuesto, vendía estos bonos al público. Ni siquiera sus hermanos, que trabajaban con él, conocían las diversas ramificaciones de sus numerosos negocios, y ejecutaban sus órdenes a ciegas. A veces, Joseph, confundido, le decía a Edward: «Bueno, supongo que Frank sabe lo que se hace».

Por otro lado, ponía extremo cuidado en encargarse de que se hiciera frente al instante a todas las obligaciones, e incluso se anticipaba, porque quería hacer alarde de su regularidad. No había nada más valioso que la reputación y la fama. Su previsión, prudencia y puntualidad complacían a los banqueros. Pensaban que era uno de los hombres más cuerdos y astutos que habían conocido nunca.

Sin embargo, para la primavera y el verano de 1871, Cowperwood, sin llegar a estar en ningún peligro concebible de ningún tipo, se había involucrado en demasiados negocios. Debido a su gran éxito, se había vuelto más atrevido —más relajado— en sus negocios financieros. Gradualmente, y en gran medida debido a su propia confianza en sí mismo, había persuadido a su padre para que entrara en el juego de sus especulaciones con los tranvías y para que utilizara los recursos del Third National para hacerse cargo de una parte de sus créditos y para que proporcionara capital en los momentos en los que resultaba necesario tener recursos rápidamente. Al principio, el viejo caballero se había sentido bastante nervioso y era bastante escéptico, pero a medida que pasaba el tiempo, lo único que ocurría era que obtenían beneficios, de modo que se volvió más arriesgado y adquirió más confianza.

—Frank —decía, mirándolo por encima de los anteojos—, ¿no temes estar yendo demasiado deprisa con estos asuntos? Últimamente tienes muchos créditos.

—No más de los que he tenido siempre, papá, teniendo en cuenta mis recursos. No puedes hacerte con grandes negocios si no cuentas con grandes créditos. Lo sabes tan bien como yo.

—Sí, lo sé, pero ahora con Green y Coates, ¿no estás apostando muy fuerte ahí?

—En absoluto. Conozco las condiciones internas. Las acciones terminarán por subir en el futuro. Intentaré manipular para que suban las acciones y la combinaré con mis otras líneas si hace falta.

Cowperwood se quedó mirando fijamente a su hijo. Nunca se había visto a un agente más desafiante y atrevido.

—No tienes que preocuparte por mí, papá. Si vas a hacerlo, exige el pago de mis créditos. Ya me prestarán otros bancos a cuenta de mis acciones. Pero me gustaría que tu banco se llevara los intereses.

Así convenció a Cowperwood padre. No podía refutar aquel argumento. Su banco le estaba dando grandes créditos, pero no mayores que los que le daban a cualquier otro. Y en lo tocante a los grandes paquetes de acciones que tenía en las compañías de su hijo, ya le avisarían de cuándo tenía que deshacerse de ellos, si se daba la necesidad. También ayudaba a sus hermanos a ganar un dinero extra de la misma manera, y los intereses de ellos estaban ahora indisolublemente unidos con los suyos propios.

Sin embargo, con sus crecientes oportunidades financieras, Cowperwood también se había vuelto muy liberal en lo que podría llamarse su nivel de vida. Ciertos jóvenes marchantes de arte de Filadelfia, al saber de sus inclinaciones artísticas y de su creciente riqueza, lo habían seguido para hacerle sugerencias sobre mobiliario, tapices, alfombras, obras de arte y pinturas —al principio los maestros norteamericanos y más tarde exclusivamente los maestros extranjeros—. Ni su casa ni la de su padre habían sido completamente acondicionadas en este aspecto, y también estaba la otra casa de North Tenth Street, que deseaba que fuera preciosa. Aileen siempre había puesto objeciones a su propia casa. El amor por los ambientes distinguidos era un anhelo básico en ella. Pero este lugar en el que se reunían secretamente debía ser precioso. Ella lo deseaba tanto como él. De modo que se convirtió en una verdadera cueva del tesoro, con muebles más distinguidos que los que había en algunas de las salas de su propia casa. Comenzó a coleccionar allí ejemplos singulares de paños de altar, alfombras y tapices de la Edad Media. Compró muebles que seguían el estilo georgiano —una combinación de Chippendale, Sheraton y Heppelwhite con influencia del Renacimiento italiano y el Luis francés^[1]—. Descubrió bellos ejemplos de porcelana, estatuas, las formas de los jarrones griegos y bellas colecciones de marfiles y miniaturas talladas japonesas. Fletcher Gray, socio de Cable and Gray, una empresa local de importadores de objetos de arte, lo visitó con referencia a un tapiz tejido en el siglo XIV. Gray era un entusiasta, y casi

al instante transmitió parte de su contenido, y aun así, apasionado amor por lo bello a Cowperwood.

—Hay cincuenta valores de un solo tono de porcelana azul, señor Cowperwood —le informó Gray—. Hay al menos siete escuelas diferentes o épocas en cuanto a las alfombras —persa, armenia, árabe, flamenca, polaca moderna, húngara y demás—. Si alguna vez le interesa, sería algo muy distinguido hacerse con una colección completa —una representación— de algunas de determinada época, o de todas estas. Son preciosas. He visto algunas y he leído sobre otras.

—Terminaré convirtiéndome en un prosélito, Fletcher —le contestó Cowperwood—. O usted o el arte terminarán siendo mi ruina. Siento una inclinación natural por el arte, me parece, y entre usted, Ellsworth y Gordon Strake —otro joven apasionadamente interesado en la pintura— me arruinarán por completo. Strake tiene una idea espléndida. Quiere que empiece ya a hacerme con todos los ejemplares que pueda de las cosas más singulares de cada escuela o época del arte y que pudieran ilustrarlas debidamente. Me dice que las grandes pinturas van a incrementar su valor, y que lo que podría obtener por unos cuantos cientos de miles ahora, valdrá millones más adelante. No quiere que pierda el tiempo con el arte norteamericano.

—Tiene razón —exclamó Gray—, aunque no es buen negocio para mí alabar a otro marchante. Aunque eso le costaría mucho dinero.

—No tanto. O al menos, no todo al mismo tiempo. Sería cuestión de años, por supuesto. Strake opina que ahora podría conseguir algunos ejemplos excelentes de distintos periodos y que podría cambiarlos más adelante si apareciera algo mejor en esa misma línea.

A pesar de su placidez exterior, su mente estaba en búsqueda constante. Al principio, la riqueza había parecido ser su único objetivo, al que había añadido la belleza de las mujeres. Y ahora el arte, porque el arte —el primer débil resplandor de un amanecer rosado— había empezado a derramar su resplandor sobre él, y comenzaba a darse cuenta de lo necesario que era añadir la belleza de la vida a la belleza de la mujer —la belleza de lo material— y de cómo, de hecho, el único ambiente posible para la belleza suprema era el buen arte. Esta muchacha, Aileen Butler, con su inexperta juventud y su resplandor, estaba dando lugar en él al sentido de lo que era distinguido y le estaba generando una necesidad de esa distinción que nunca antes había sentido hasta ese extremo. Es imposible definir las sutilezas de este tipo de reacciones, la de un temperamento ante otro temperamento, porque nadie sabe hasta qué punto nos marcan las cosas que nos atraen. Una aventura sentimental, como esta había demostrado ser, era poco más que una gota de color añadida a un vaso de agua cristalina, o que un agente químico externo introducido en una delicada fórmula química.

En pocas palabras, a pesar de toda su tosquedad, Aileen Butler era una fuerza en sí misma. Su naturaleza, que de alguna manera era una protesta contra las condiciones poco delicadas por las que se veía rodeada, era casi irracionalmente

ambiciosa. Y pensar que durante tanto tiempo, al haber nacido en la familia Butler, se había visto sujeta y había sido víctima de ilusiones y condiciones tan poco artísticas y tan ordinarias, mientras que ahora, debido a su contacto con Cowperwood y a su subordinación mental a él, estaba aprendiendo tantas facetas maravillosas del refinamiento social y financiero que antes no habría podido ni sospechar. El milagro, por ejemplo, de una futura carrera social como esposa de un hombre como Frank Cowperwood. La belleza y el ingenio de su mente, que, tras horas de contacto íntimo con ella, se alegraba de revelar, y que ella no podía dejar de apreciar por lo claros que eran sus comentarios y sus instrucciones. El milagro de sus sueños de futuro, financieros y artísticos. Y, oh, ella era suya y él de ella. En realidad, a veces no cabía en sí del gozo y de la gloria de todo esto.

Al mismo tiempo, la reputación de su padre en la ciudad de antiguo contratista de la basura («recolector de bazofia» era el desconsiderado comentario de los ordinarios entendidos); sus propios e inútiles esfuerzos por enderezar la condición de vulgaridad material o de anarquía artística en su propia casa; la desesperanza de que la llegaran a admitir alguna vez en aquellos círculos distinguidos que para ella estaban tan lejos como el último sanctasanctorum de la respetabilidad establecida y de la distinción social, habían engendrado en ella, a pesar de su juventud, un sentimiento de oposición mortal a las condiciones de su casa tal como eran en aquel momento. ¡Una casa así comparada con la de Cowperwood! Su padre, ¡tan querido y tan ignorante! Y este gran hombre, su amante, se había dignado a amarla —y a ver en ella a su futura esposa—. ¡Por favor, Señor, que eso no fallara! Al principio había esperado conocer a unas cuantas personas a través de los Cowperwood, jóvenes y muchachas — particularmente hombres— que estuvieran en mejor posición de la que ella tenía ahora, y para los que su belleza y su futura fortuna sirvieran de recomendación; pero no había sido ese el caso. Los propios Cowperwood, a pesar de la inclinación de Cowperwood por el arte y de su creciente fortuna, todavía no habían conseguido penetrar en el círculo más selecto. De hecho, aparte de la sutil consideración preliminar que estaban recibiendo, estaban aún muy lejos.

A pesar de eso, Aileen, de manera instintiva, reconoció en Cowperwood una salida —una puerta— y al mismo tiempo, un sutil futuro artístico inminente de gran magnificencia. Este hombre se alzaría más allá de lo que ahora pudiera soñar —lo sentía—. Había en él, de una manera nebulosa e irreconocible, una gran realidad artística que era más refinada que nada que ella misma hubiera podido planificar. Ella quería lujos, magnificencia, posición social. Bien, si conseguía a este hombre, los tendría. Aparentemente, había barreras insuperables que se interponían en su camino; pero la suya no era una naturaleza débil, ni tampoco lo era la de él. Fueron a la par en temperamento desde el principio como dos leopardos. Los pensamientos de ella —a pesar de ser rudimentarios y de estar a medio formular— encajaban con los de él hasta cierto punto en cuanto a la paridad de sus fuerzas y de su cruda franqueza.

—Creo que papá no sabe cómo hacerlo —le dijo un día—. No es culpa suya. No

puede evitarlo. Sabe que no puede. Y él sabe que yo lo sé. Hace años que quiero que se mude de esa casa vieja. Sabe que debería hacerlo. Pero ni siquiera eso serviría de mucho.

Se quedó en silencio observándolo con una mirada directa, clara y vigorosa. A él le gustaban sus rasgos marcados, como los de un medallón, con su suave perfil griego.

—No te preocupes, querida —le contestó—. Ya nos encargaremos de todas esas cosas más tarde. De momento no veo la manera de salir de esto; pero creo que lo mejor es confesárselo a Lillian algún día, y ver si es posible organizarlo todo de otra manera. Quiero arreglarlo de modo que los niños no sufran. Puedo mantenerlos de sobra, y no me sorprendería que Lillian estuviera dispuesta a dejarme marchar. Lo que seguro que no querría sería que se supiera.

Contaba de manera práctica y masculina con el amor de ella por sus hijos.

Aileen lo miró con sus ojos claros, interrogantes y llenos de incertidumbre. No carecía por completo de empatía, pero de alguna manera no le parecía que esta situación necesitara tanto. La señora Cowperwood no le resultaba simpática y era algo basado simplemente en sus diferentes puntos de vista. La señora Cowperwood nunca podría comprender cómo una muchacha podía llevar la cabeza tan alta y «darse aires», y Aileen no podía comprender cómo podía nadie ser tan flemático y tan indolente como Lillian Cowperwood. La vida estaba hecha para montar, conducir, bailar, pasear. Estaba hecha para darse aires, para bromear, para parlotear y para coquetear. Y ver a esta mujer, esposa de un hombre joven y enérgico como Cowperwood, actuando, aunque fuese cinco años mayor y madre de dos hijos, como si la vida se hubiera terminado en todo lo referente al romanticismo, al entusiasmo y a la parte placentera, era demasiado para ella. Estaba claro que Lillian no estaba hecha para Frank; estaba claro que él necesitaba una mujer joven como ella y que el destino se la entregaría con total seguridad. ¡Y entonces llevarían una vida deliciosa!

—¡Oh, Frank —le decía una y otra vez—, si pudiéramos arreglarlo! ¿Crees que podremos?

—¿Que si creo que podremos? Por supuesto que sí. Sólo es cuestión de tiempo. Creo que si le expusiera el asunto con claridad, ella no querría que me quedara. Ten cuidado con cómo manejas tus asuntos. Si tu padre o tu hermano llegaran a sospechar de mí, esta ciudad explotaría, si no algo peor. Irían a por mí en todos los asuntos de negocios; eso, si no me matan antes. ¿Estás pensando detenidamente en lo que estás haciendo?

—Continuamente. Si ocurre algo, lo negaré todo. No pueden probarlo si yo lo niego. A la larga, volveré a ti, igualmente.

Estaban entonces en la casa de Tenth Street. Ella le acariciaba las mejillas con los dedos amorosos de la mujer locamente enamorada.

—Haré cualquier cosa por ti, cariño —afirmó—. Moriría por ti si hiciera falta. Te amo muchísimo.

—Bueno, querida, no hay peligro. No tendrás que hacer nada de eso. Pero ten cuidado.

CAPÍTULO XXIII

Después, tras varios años de relación secreta, durante los cuales los lazos de afinidad y comprensión se fortalecieron en lugar de debilitarse, llegó la tormenta. Estalló inesperadamente y con el cielo azul, y no guardaba relación con la intencionalidad ni con el deseo de ningún individuo. No fue otra cosa que un incendio, lejano —el gran incendio de Chicago de 1871, que arrasó aquella ciudad, la enorme área comercial hasta los cimientos^[1]— y de manera instantánea y casual dio lugar a un pánico financiero, brutal aunque breve, en varias otras ciudades de Estados Unidos. El incendio comenzó el sábado y continuó aparentemente sin cesar hasta el miércoles siguiente. Destruyó los bancos, las casas comerciales, las instalaciones portuarias y las propiedades de una extensa zona. Las mayores pérdidas recayeron sobre las compañías aseguradoras, que, de manera instantánea en muchos casos —la mayoría—, cerraron sus puertas. Esto provocó que las pérdidas retornaran a los fabricantes y mayoristas de otras ciudades que habían hecho negocios con Chicago, así como a los comerciantes de aquella ciudad. También sufrieron fuertes pérdidas los capitalistas del este que durante años habían sido los propietarios parciales, o bien soportaban pesadas hipotecas, de los magníficos edificios comerciales y de las residencias por los que Chicago ya rivalizaba con cualquier otra ciudad del continente. Los transportes también sufrieron y el fino olfato de Wall Street, de Third Street de Filadelfia y de State Street de Boston, percibió al instante con los primeros informes la gravedad de la situación. No se podía hacer nada ni el sábado ni el domingo una vez cerrada la bolsa, ya que los informes de apertura llegaban demasiado tarde. El lunes, sin embargo, llegaban los datos en cascada; los propietarios de los valores de los ferrocarriles, de los valores del estado, de los valores de los tranvías, y sin duda, de todas las demás acciones y bonos, empezaron a lanzarlos al mercado con el objeto de conseguir dinero en efectivo. Naturalmente, los bancos comenzaron a exigir el pago de los créditos y el resultado fue una estampida de la bolsa que igualó a la del Viernes Negro de Wall Street de dos años antes^[2].

Cowperwood y su padre estaban fuera de la ciudad cuando comenzó el incendio. Habían ido con varios amigos —banqueros— a echar un vistazo a una ruta propuesta para la prolongación de un ferrocarril de vapor, para lo que deseaban conseguir un crédito. Habían hecho gran parte de la ruta en calesas y regresaban a Filadelfia a última hora de la tarde del domingo cuando los gritos de los niños vendedores de periódicos que pregonaban un «extra» llegaron a sus oídos.

«¡Atención! ¡Extra! ¡Todas las noticias sobre el incendio de Chicago!»
«¡Atención! ¡Extra! ¡Chicago se quema! ¡Extra! ¡Extra!»

Los gritos eran interminables, siniestros, patéticos. Al anochecer de aquella gris tarde de domingo, cuando la ciudad se había retirado aparentemente para sus rezos y meditaciones del domingo, cuando las hojas y el aire hacían presagiar el final del año,

se percibía en el ambiente algo pesimista y sombrío.

—¡Eh, chico! —llamó Cowperwood, tras quedarse escuchando y al ver a un niño mal vestido y harapiento con un fardo de periódicos debajo del brazo doblar la esquina—. ¿Qué es eso de un incendio en Chicago?

Miró a su padre y a los otros hombres con una mirada cargada de significado mientras estiraba el brazo para coger el periódico y después, al mirar los titulares, se dio cuenta de lo peor.

CHICAGO ENTERO EN LLAMAS

EL FUEGO SE PROPAGA CON FURIA POR TODA LA ZONA COMERCIAL DESDE AYER POR LA TARDE.

BANCOS, CASA COMERCIALES Y EDIFICIOS PÚBLICOS EN RUINAS.

SUSPENDIDA LA COMUNICACIÓN TELEGRÁFICA DESDE ESTA TARDE A LAS TRES.

NO SE SABE CUÁNDO SE PODRÁ DETENER ESTA CATÁSTROFE.

—Eso parece bastante grave —dijo con calma a sus acompañantes, al tiempo que una fuerza fría e imperiosa se asomaba a sus ojos y a su voz. A su padre le dijo algo más tarde—: Esto va a ser el pánico, a menos que la mayoría de los bancos y de las agencias de corredores hagan una piña.

Pensaba rápido, con iniciativa y con su brillantez habitual en sus propias obligaciones pendientes. El banco de su padre tenía cien mil dólares en valores de su tranvía a sesenta, y cincuenta mil dólares del crédito de la ciudad a setenta. Su padre lo había respaldado con más de cuarenta mil dólares en efectivo para cubrir las manipulaciones del mercado con estas acciones. La entidad bancaria de Drexel & Co. figuraba en su contabilidad como acreedora por cien mil, y le exigirían el pago de ese crédito a menos que fueran especialmente misericordes, lo cual no era probable. Jay Cooke & Co. eran acreedores suyos por valor de otros ciento cincuenta mil. Y querrían su dinero. En otros cuatro bancos más pequeños y en tres corredurías era deudor por distintas sumas que podían llegar hasta los cincuenta mil dólares. El tesorero de la ciudad tenía negocios con él por valor de casi quinientos mil dólares, y si eso llegaba a saberse, supondría un escándalo; el tesorero del estado, por valor de doscientos mil. Había cuentas pequeñas, cientos de ellas, que oscilaban entre cien y cinco o diez mil dólares. El pánico traería consigo no sólo la retirada de los depósitos y la exigencia de la liquidación de los préstamos, sino también una grave depresión de los valores. ¿Cómo podría liquidar sus valores? —Esa era la cuestión—. ¿Cómo, sin vender a tantos puntos por debajo que eso se llevara su fortuna por delante y terminara arruinado?

No paraba de hacer cálculos mentales rápidamente al tiempo que despedía a sus amigos con un gesto de la mano, los cuales se marcharon apresuradamente preocupados por sus propios aprietos.

—Más vale que te vayas a casa, papá. Yo voy a enviar varios telegramas (todavía no se había inventado el teléfono). Volveré pronto y examinaremos esta situación

juntos. Pero lo veo muy negro. No le digas nada a nadie hasta que hayamos tenido nuestra charla; después, ya decidiremos lo que haya que hacer.

Cowperwood padre ya estaba tironeándose las patillas con aire confuso y preocupado. Reflexionaba sobre lo que podría llegar a ocurrirle en caso de que su hijo fracasara, ya que estaba fuertemente involucrado en sus negocios. Ahora empezaban a asomársele algunas canas, y estaba asustado, porque ya había forzado sus asuntos en muchos aspectos para proveer a su hijo. Si Frank no fuera capaz de satisfacer puntualmente la liquidación de los ciento cincuenta mil dólares que el banco podría tener que exigirle, él pagaría las consecuencias de la culpa y el escándalo de esta situación.

Por otro lado, su hijo meditaba sobre la situación tan complicada en la que se encontraba en aquel momento en lo tocante al tesorero de la ciudad y al hecho de que no le era posible respaldar el mercado por él solo. Aquellos que habrían estado en condiciones de ayudarlo, ahora se encontraban con las mismas dificultades que él. Había muchos puntos desfavorables en aquella situación. Drexel & Co. habían estado inflando las acciones del ferrocarril —y pidiendo fuertes créditos por ellas—. Jay Cooke & Co. habían estado respaldando a la Northern Pacific^[3]; estaban haciendo todo lo que podían por construir solos aquella enorme red transcontinental. Naturalmente, tenían valores a largo plazo y estaban, por lo tanto, en una situación delicada. A la primera insinuación se desharían de sus valores más seguros —bonos del gobierno y otros por el estilo— con el fin de proteger los valores más especulativos. Los osos le encontrarían sentido. Machacarían incansablemente, vendiendo al descubierto de principio a fin. Pero él no se atrevía a hacer eso. Iba a partirse el lomo trabajando, pero lo que necesitaba era tiempo. Sólo necesitaba tiempo —tres días, una semana, diez días— y esta tormenta seguramente pasaría.

Lo que más lo preocupaba era el asunto del medio millón invertido por Stener con él. Se acercaban las elecciones de otoño. Stener, aunque ya había cumplido dos legislaturas, aparecía en la lista de candidatos para la reelección. Un escándalo relacionado con la tesorería de la ciudad, sería algo nefasto. Terminaría con la carrera de funcionario de Stener; y muy probablemente terminaría en prisión. Podría acabar con las posibilidades de victoria del Partido Republicano. Su nombre aparecería como el responsable máximo del asunto. Si eso ocurría, tendría que vérselas con los políticos. Porque, si se viera en apuros, como se vería, y fracasaba, el hecho de que había estado intentando invadir los dominios del tranvía de la ciudad que ellos consideraban algo propio y sagrado, con dinero prestado por la propia ciudad, y de que este préstamo era susceptible de costarles las elecciones en la ciudad, saldría a la luz. Y no se lo tomarían bien. Sería inútil decir, como podría, que había cogido el dinero al dos por ciento (la mayor parte, para salvarse, había sido cubierta con una cláusula de ese tipo), o que había actuado como un mero agente de Stener. Eso podría colar con los cándidos profanos, pero jamás se lo tragarían los políticos. Lo sabían demasiado bien.

Esta situación tenía otro aspecto, sin embargo, que le infundía ánimos, y ese era su conocimiento de cómo iba en general la política de la ciudad. Era inútil que ningún político, por muy arrogante que fuera, adoptara un tono petulante en una crisis como esta. Todos ellos, grandes y pequeños, se estaban beneficiando de una manera u otra gracias a sus prerrogativas. Sabía que Butler, Mollenhauer y Simpson sacaban dinero gracias a los contratos —legales, aunque podrían considerarse fruto del más absoluto trato de favor— y también gracias a las enormes sumas de dinero recaudadas en forma de impuestos —impuestos sobre la tierra, sobre el agua, etcétera— que eran ingresadas en varios bancos designados por estos hombres y por otros, como depositarios del dinero de la ciudad. Los bancos supuestamente guardaban el dinero de la ciudad en sus cámaras acorazadas como un favor, sin pagar intereses de ningún tipo, y después lo reinvertían —¿para quién?—. Cowperwood no tenía ninguna queja, porque a él lo estaban tratando bien, pero estos hombres apenas podían esperar monopolizar todos los beneficios de la ciudad. No conocía ni a Mollenhauer ni a Simpson personalmente; pero sabía que tanto ellos como Butler habían ganado dinero con su manipulación del crédito de la ciudad. Por otro lado, Butler estaba en términos de amistad con él. No era descabellado pensar, en una crisis como esta, que llegado el peor de los casos, pudiera confesárselo a Butler con total franqueza y recibir su ayuda. En caso de que no pudiera arreglárselas secretamente con la ayuda de Stener, Cowperwood tomó la decisión de que eso sería lo que haría.

Decidió que su primer movimiento sería ir enseguida a casa de Stener y exigirle un crédito de trescientos o cuatrocientos mil dólares adicionales. Stener siempre había sido muy tratable, y en este caso vería la importancia de que no se hiciera público que faltaba medio millón. Después, tendría que intentar conseguir todo lo que pudiera. Pero ¿dónde? Tendría que visitar a los presidentes de los bancos y de las compañías fiduciarias y a los grandes corredores de bolsa y similares. Y después estaba el crédito de cien mil dólares que manejaba para Butler. Quizá podría persuadir al viejo contratista para que dejara ese. Se apresuró por llegar a su casa, cogió el cupé y condujo rápidamente hasta la casa de Stener.

Sin embargo, resultó, para su gran angustia y sorpresa, que Stener estaba fuera de la ciudad —en el Chesapeake con varios amigos cazando patos y pescando, y no se esperaba que volviera hasta varios días después—. Se hallaba en las marismas próximas a algún pueblecito. Cowperwood envió un telegrama urgente al punto más cercano y luego, para estar doblemente seguro, a varios puntos más de la misma zona, pidiéndole que regresara inmediatamente. No estaba seguro en absoluto, sin embargo, de que Stener regresara a tiempo y se sentía desconcertado e indeciso en aquel momento en cuanto a cuál debía ser su siguiente paso. Necesitaba recibir ayuda de alguna parte e inmediatamente.

De repente se le ocurrió una idea útil. Butler, Mollenhauer y Simpson tenían acciones a largo plazo en los tranvías. Debían unirse para respaldar la situación y proteger sus intereses. Ellos podrían ver a los grandes banqueros, Drexel & Co. y

Cooke & Co., y a otros para urgirles a que apoyaran el mercado. Podrían fortalecer las cosas de manera generalizada organizando un círculo de compra, y amparándose en su apoyo, si estaban dispuestos a hacerlo, él podría vender suficiente para liberarse, e incluso permitirle comprar en corto y ganar algo; muchísimo. Era una idea brillante, digna de una situación mejor, y su único punto débil era que no había seguridad de que se fuese a llevar a cabo.

Decidió ir a ver a Butler enseguida; lo único preocupante era que ahora se vería obligado a revelarle cuáles eran sus negocios y los de Stener. Y volvió a subirse en su cupé rápidamente para dirigirse a la casa de los Butler.

Cuando llegó allí, el famoso contratista estaba cenando. No había oído los gritos de los vendedores de periódicos y, por supuesto, aún no había caído en la importancia del incendio. Después de que el sirviente le anunciara la visita de Cowperwood, Butler llegó a la puerta sonriente.

—¿No quiere entrar y unirse a nosotros? Estamos cenando algo ligero. Tómese una taza de café, o de té, vamos.

—No puedo —le contestó Cowperwood—. Esta noche no; tengo demasiada prisa. Quiero verle sólo durante un momento y después volveré a marcharme. No le entretendré mucho tiempo.

—Bueno, siendo así, saldré enseguida. —Y Butler regresó al comedor a quitarse la servilleta. Aileen, que también estaba cenando, había oído la voz de Cowperwood y estaba en un sinvivir por verle. Se preguntaba qué lo habría traído a esta hora de la noche a ver a su padre. No podía levantarse de la mesa inmediatamente, pero esperaba poder hacerlo antes de que se marchara. Cowperwood estaba pensando en ella, incluso ante esta tormenta inminente, al igual que pensaba en su esposa y en otras muchas cosas. Si sus negocios se venían abajo, las cosas se pondrían difíciles para todos los que estaban unidos a él. Con estos primeros nubarrones del desastre, aún no sabía cómo podían sucederse las cosas. Pensaba en ello desesperadamente, pero no era presa del pánico. Su cara que, por naturaleza, era de rasgos suaves, había adoptado unas líneas finas, clásicas; los ojos eran tan duros como el acero fundido.

—Bueno, veamos —dijo Butler al regresar, mostrando en el semblante la cómoda relación que en aquel momento indudablemente tenía con el mundo—. ¿Qué se trae entre manos esta noche? Espero que no sea nada malo. Ha sido un día demasiado agradable para eso.

—Nada demasiado importante, espero yo también —contestó Cowperwood—. Pero quiero hablar con usted unos minutos, de todos modos. ¿No cree que sería mejor que subiéramos a su despacho?

—Eso mismo iba a decir —contestó Butler—; los puros están allí arriba.

Se dirigían hacia las escaleras desde la sala de visitas con Butler al frente, y cuando el contratista comenzó a subir, Aileen salió del comedor con un frufú de sedas. Llevaba el espléndido pelo estirado desde la base del cuello y tirante en la línea de la frente haciendo peculiares circunvoluciones que daban lugar a una corona

dorada de reflejos rojizos. Tenía la tez encendida, y los brazos y los hombros desnudos destacaban por su blancura contra el rojo oscuro de su vestido de noche. Ella se dio cuenta de que pasaba algo.

—Ah, señor Cowperwood, ¿cómo está usted? —exclamó adelantándose y extendiendo la mano mientras su padre continuaba subiendo las escaleras. Estaba haciendo que se retrasara deliberadamente para poder cruzar unas palabras con él y esta atrevida representación iba dirigida a los otros.

—¿Qué problema hay, cariño? —susurró en cuanto su padre no podía oírlos—. Pareces preocupado.

—Nada demasiado importante, o eso espero, cariño —dijo él—. Hay un incendio enorme en Chicago y mañana va a ser un día de muchos problemas. Tengo que hablar con tu padre.

Ella sólo tuvo tiempo para un «¡Oh!» angustiado y comprensivo antes de que él retirara la mano y siguiera a Butler al piso de arriba. Ella le apretó el brazo y cruzó la sala de visitas para llegar al salón. Se sentó, pensativa, porque nunca antes había visto la cara de Cowperwood con aquella expresión calculadora, fría y cargada de preocupación. Era sosegada, como la cera fina y blanca, y estaba igual de fría; y los ojos, ausentes e inescrutables. ¿Qué le ocurriría? ¿Estaba muy comprometido? Nunca le había hablado en detalle de sus asuntos. No los habría entendido completamente, igual que le habría pasado a la señora Cowperwood. Pero, aun así, estaba preocupada, porque se trataba de su Frank, y porque estaba unida a él por lo que para ella eran vínculos indisolubles.

La literatura, sin contar a los maestros, sólo nos ha proporcionado una imagen de la amante: la sirena sutil y calculadora que se deleita haciendo presa en las almas de los hombres. El periodismo y los panfletistas moralizantes de la época parecen alimentarla con ferviente entusiasmo. Parecería que la censura sobre la vida de los demás hubiera sido determinada por la divinidad y dejada su ejecución en manos de los más conservadores. Pero existe ese otro tipo de relación que no tiene nada que ver con los cálculos taimados y conscientes. En la inmensa mayoría de los casos es ajena a la astucia y la planificación. Cualquier mujer normal, controlada por sus afectos y profundamente enamorada, no tiene más capacidad que un niño de hacer otra cosa que no sea sacrificarse —presa del deseo de dar—; y mientras perdure este estado, eso será lo único que haga. Puede que cambie —«No hay mayor peligro que el de una mujer despechada»^[4]—, pero esa actitud solícita, sacrificada y entregada es con frecuencia la característica más sobresaliente de la amante; y es esta misma actitud, lo que la diferencia de la legalidad voraz del matrimonio establecido, la que ha provocado tantas heridas en las defensas de la segunda. El temperamento del ser humano, sea hombre o mujer, no puede evitar caer de rodillas para adorar este aspecto desinteresado y sacrificado. Se aproxima bastante a la excelencia. Parece estar relacionado con lo máximo en arte, con la grandeza de espíritu, que es la primera característica de las grandes pinturas, de la gran arquitectura, de la gran

escultura, de la gran decoración; concretamente, la generosidad, grande y sin restricciones, de sí misma, de la belleza. De ahí la importancia de este estado de ánimo concreto de Aileen.

Todas las sutilezas de esta combinación actual preocupaban a Cowperwood mientras seguía a Butler hasta su despacho en la planta de arriba.

—Siéntese, siéntese. ¿Le apetece tomarse algo? Nunca lo hace, ahora que lo pienso. Bueno, coja un puro, en cualquier caso. Bien, ¿qué es eso que le preocupa esta noche?

Les llegaba el ruido de voces débiles por la distancia, provenientes de las lejanas zonas residenciales más pobladas.

—¡Extra! ¡Extra! ¡Todas las noticias sobre el incendio de Chicago! ¡Chicago se quema!

—Precisamente eso —contestó Cowperwood al escucharlas—. ¿Se ha enterado de la noticia?

—No. ¿Qué es eso que gritan?

—Hay un gran incendio en Chicago.

—¡Ah! —contestó Butler, sin llegar a comprender aún lo que eso significaba.

—La zona financiera se está quemando, señor Butler —continuó Cowperwood de manera inquietante—, y creo que eso va a afectar mañana a las condiciones financieras de aquí. Por eso es por lo que he venido a verlo. ¿Cómo van sus inversiones? ¿Bastante lucrativas?

Butler de repente dedujo por la expresión de Cowperwood que había un problema grave. Levantó su enorme mano al tiempo que se reclinaba en su gran silla de cuero y se cubría la boca y el cuello con ella. Los ojos, grandes y de cejas peludas, le destellaban por encima de aquellos nudillos grandes y de la nariz aún más grande, ancha y cartilaginosa. Llevaba el pelo corto, canoso e hirsuto, cortado a la misma longitud por toda la cabeza.

—De modo que es eso —dijo él—. Espera que haya problemas mañana. ¿Cómo van sus propios asuntos?

—Estoy en una posición bastante buena, creo; todo sea dicho, si el dinero de esta ciudad no pierde la cabeza y se vuelve loco. Mañana habrá que hacer buen uso del sentido común, e incluso esta noche. Sepa que nos enfrentamos a un pánico importante. Señor Butler, será mejor que lo sepa. Puede que no dure mucho, pero mientras lo haga será fuerte. Las acciones caerán mañana diez o quince puntos a la apertura. Los bancos van a exigir la liquidación de los créditos a menos que se pueda llegar a algún acuerdo para evitarlo. No hay ningún hombre que pueda hacerlo solo. Tendrá que ser una asociación de hombres. Usted y el señor Simpson y el señor Mollenhauer podrían hacerlo; es decir, podrían si fueran capaces de persuadir a los grandes banqueros para que se unieran para respaldar al mercado. Va a haber un asalto a los tranvías locales; a todos ellos. A menos que estén bien sustentados, el mercado se vendrá abajo. Siempre he sabido que tiene bonos a largo plazo y he

pensado que usted, Mollenhauer y algunos otros quizá quisieran actuar. Si no, sería mejor que le confesara que me voy a ver en una situación difícil. No soy lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a esto solo.

Seguía meditando sobre cuál sería el mejor modo de confesarle toda la verdad en lo referente a Stener.

—Bueno, esto es bastante serio —dijo Butler, relajado y meditabundo. Estaba pensando en sus propios asuntos. A él tampoco le venía bien el pánico, pero no estaba en una situación desesperada. No se hundiría. Quizá perdiera algo de dinero, pero tampoco una suma importante; antes de que pudiera regularizar las cosas. Aun así, no tenía ningún interés en perder ningún dinero.

—¿Cómo es que se encuentra en tan mala situación? —preguntó con curiosidad. Se preguntaba por qué el hecho de que el mercado de los tranvías locales se viniera abajo afectaría a Cowperwood tan gravemente—. Usted no tiene nada en ellos, ¿verdad? —añadió.

Ahora la cuestión era si debía mentir o decir la verdad, y a Cowperwood literalmente le asustaba arriesgarse a mentir en este dilema. Si no conseguía el apoyo comprensivo de Butler, podría hundirse, y si eso ocurría, la verdad se sabría de todos modos.

—Será mejor que sea completamente honesto con usted en este asunto, señor Butler —dijo él, poniéndose completamente en manos de la comprensión de este hombre y mirándolo con aquella enérgica seguridad que Butler tanto admiraba. A veces se sentía tan orgulloso de Cowperwood como de sus propios hijos. Sentía que él había ayudado a que llegara donde estaba.

—La verdad es que he estado comprando acciones de los tranvías, pero no exactamente para mí. Voy a hacer algo ahora que creo que no debería, pero no puedo evitarlo. Si no lo hago, le afectará negativamente a usted y a otras muchas personas a las que no deseo perjudicar. Sé que tiene interés en el resultado de las elecciones de otoño. La verdad es que he estado comprando muchas acciones para el señor Stener y algunos de sus amigos. No estoy seguro de si todo el dinero ha salido de la tesorería de la ciudad, pero creo que la mayor parte sí lo ha hecho. Sé lo que eso supone para el señor Stener y para el Partido Republicano, y para sus propios intereses si yo quiebro. Para empezar, no creo que el señor Stener se metiera en todo esto por iniciativa propia —creo que tengo tanta culpa como quien más—, sino que surgió a raíz de otros temas. Como sabe, me encargué del asunto del crédito de la ciudad a petición de él, y después algunos de sus amigos quisieron que invirtiera en tranvías para ellos. Eso es lo que he estado haciendo desde entonces. Personalmente, he recibido generosos préstamos del señor Stener al dos por ciento. De hecho, en un principio las transacciones se hallaban cubiertas de esta manera. Ahora no quiero echarle la culpa a nadie. Todo vuelve a mí y estoy dispuesto a dejarlo ahí, pero si yo quiebro, le echarán la culpa al señor Stener y eso tendrá consecuencias en la administración. No quiero quebrar, naturalmente. No hay excusas que valgan. Aparte de esta situación de

pánico, no he estado en mejor posición en mi vida. Pero no puedo aguantar esta tormenta sin ayuda, y quiero saber si me ayudará. Si salgo adelante, le doy mi palabra de que me encargaré de que el dinero que ha salido de la tesorería vuelva allí. El señor Stener está fuera de la ciudad, si no, lo habría traído aquí conmigo.

Cowperwood mentía de todas todas en lo que a llevar a Stener con él se refería, y no tenía ninguna intención de reponer el dinero de la tesorería inmediatamente, sino gradualmente y del modo que a él mejor le conviniera; pero lo que había dicho había sonado bien y había creado una atmósfera creíble de equidad.

—¿Cuánto dinero ha invertido Stener con usted? —preguntó Butler. Se hallaba un poco confuso por el giro curioso que había tomado el asunto. Le hacía ver a Stener y a Cowperwood desde una óptica extraña.

—Unos quinientos mil dólares —contestó Cowperwood. El anciano se puso recto en la silla.

—¿Tanto dinero? —dijo.

—Aproximadamente; más o menos; no estoy completamente seguro.

El viejo contratista escuchó solemnemente todo lo que Cowperwood tuvo que contarle sobre el asunto, pensando en los efectos que tendría sobre el Partido Republicano y sobre sus propios intereses en los contratos. Cowperwood le caía bien, pero lo que le estaba contando era algo difícil —era difícil y era mucho pedir—. Era un hombre de pensamiento y acciones lentos, pero lo hacía bastante bien cuando se ponía a pensar. Tenía una cantidad considerable de dinero invertida en acciones de los tranvías de Pensilvania; quizá alcanzara los ochocientos mil dólares. Mollenhauer tendría quizá otro tanto. En cuanto al Senador Simpson, no sabría decir si tenía mucho o poco. Cowperwood le había contado en el pasado que pensaba que el senador tenía bastante. La mayoría de sus acciones, como en el caso de Cowperwood, estaban hipotecadas en diversos bancos a cambio de créditos, y estos créditos se habían invertido en otras cosas. No era aconsejable ni resultaría cómodo que le reclamaran el pago de aquellos créditos, aunque ninguno de los miembros del triunvirato se encontraba en una situación tan difícil como la suya. Podrían superar aquel momento sin demasiados problemas, aunque no sin una probable pérdida, a no ser que se apresuraran a tomar medidas para protegerse.

No le habría dado tanta importancia si Cowperwood le hubiera dicho que Stener había invertido, dijéramos, setenta y cinco mil o cien mil dólares. Eso se podría ajustar. ¡Pero quinientos mil dólares!

—Eso es mucho dinero —dijo Butler, pensando en la increíble audacia de Stener, pero sin identificarla aún con las astutas maquinaciones de Cowperwood—. Hay que pensarlo. No hay tiempo que perder si va a haber pánico por la mañana. ¿Hasta qué punto le beneficiará a usted si apoyamos el mercado?

—Muchísimo —le contestó Cowperwood—, aunque por supuesto tengo que reunir dinero de otras formas. Tengo sus cien mil dólares en depósito. ¿Hay posibilidad de que usted quiera ese dinero de manera inmediata?

—Puede ser —dijo Butler.

—Es probable que lo necesite con tanta urgencia que no pueda renunciar a él sin perjudicarme gravemente —añadió Cowperwood—. Esa es sólo una de muchas otras cosas. Si usted, el senador Simpson y el señor Mollenhauer se unieran —son los mayores accionistas de los tranvías— y fueran a visitar al señor Drexel y al señor Cooke, podrían arreglarlo todo de modo que fuese considerablemente más fácil. Todo saldrá bien si no me exigen la liquidación de los créditos, y eso no ocurrirá si el mercado no se hunde demasiado. Si lo hace, todos mis valores se verán depreciados y no podré resistirlo.

El viejo Butler se levantó.

—Este es un asunto muy serio —dijo—. Ojalá nunca se hubiera metido en negocios con Stener de esta manera. No parece adecuado y no hay modo de hacer que lo parezca. Es un asunto feo, muy feo —añadió hoscamente—. Aun así, haré lo que pueda. No puedo prometerle mucho, pero siempre me ha caído bien y ahora no voy a darle la espalda a no ser que me vea obligado a hacerlo. Y no soy el único de la ciudad que tiene intereses en este asunto. —Al mismo tiempo estaba pensando que era muy digno de Cowperwood venir a advertirle de esta manera en lo que a sus asuntos y a las elecciones de la ciudad concernía, aunque al hacerlo intentara salvar su propio cuello. Tenía intención de hacer lo que pudiera.

—¿Cree usted que podría mantener en secreto lo de Stener y la tesorería al menos durante un día o dos hasta que pueda resolver cómo salir de esta? —sugirió Cowperwood con cautela.

—No puedo prometerle eso —contestó Butler—. Haré todo lo que pueda y no permitiré que vaya más allá de lo que pueda evitar; puede contar con ello. —Estaba pensando en cómo podrían reponerse del delito de Stener si Cowperwood se hundía.

—¡Owen!

Se encaminó hacia la puerta y, al abrirla, llamó asomándose por encima de la barandilla.

—Sí, padre.

—Encárgate de que Dan enganche la calesa y la traiga a la puerta. Y tú ponte el abrigo y el sombrero. Quiero que vengas conmigo.

—Sí, padre.

Regresó.

—Menuda tormenta en un vaso de agua, ¿no? Chicago empieza a arder y yo tengo que preocuparme aquí en Filadelfia. Bueno, bueno... —Cowperwood estaba ahora ya de pie y se dirigía hacia la puerta—. ¿Y dónde va usted?

—De vuelta a mi casa. Espero la visita de varias personas. Pero volveré aquí más tarde, si me lo permite.

—Sí, sí —contestó Butler—. Seguro que estaré de vuelta a media noche, como mucho. Bueno, buenas noches. Nos veremos más tarde, entonces. Ya le contaré lo que haya averiguado.

Volvió a entrar en el despacho para coger algo y Cowperwood bajó solo las escaleras. Desde las cortinas de la sala de visitas, Aileen le hizo señas para que se acercara.

—Espero que no sea nada grave, cariño —le dijo ella con conmiseración, mirándole a los ojos, serios.

No era momento para el amor, y él se dio cuenta.

—No —dijo casi con frialdad—. Creo que no.

—Frank, no dejes que esto te haga olvidarte de mí durante mucho tiempo, por favor. No lo harás, ¿verdad? Te quiero mucho.

—¡No, no, no lo haré! —respondió con sinceridad, rápidamente y aun así de modo ausente—. ¡No puedo! ¿No sabes que eso no ocurrirá? —Él había comenzado a besarla, pero un ruido lo alertó. ¡Chist!

Caminó hasta la puerta y ella lo siguió con una expresión ansiosa y compasiva en los ojos.

«¿Y si le ocurría algo a su Frank? ¿Y si existía el peligro de que le ocurriera algo? ¿Qué podría hacer ella? Eso era lo que la preocupaba. ¿Qué haría, qué podría hacer para ayudarlo? Estaba tan pálido; tan crispado.»

CAPÍTULO XXIV

Habría que explicar brevemente aquí la situación del Partido Republicano en esta época en Filadelfia, su relación con George W. Stener, Edward Malia Butler, Henry A. Mollenhauer, el senador Mark Simpson, y otros, para poder prefigurar cuál era la situación de Cowperwood en aquel momento. Butler, como hemos visto, en general se interesaba por Cowperwood y tenía una relación afectuosa con él. Stener era la herramienta de Cowperwood. Mollenhauer y el senador Simpson eran rivales fuertes de Butler por el control de los asuntos de la ciudad. Simpson representaba el control republicano de la Asamblea Legislativa del estado, que podía dar órdenes a la ciudad en caso necesario, aprobando nuevas leyes electorales, revisando el fuero de la ciudad, iniciando investigaciones políticas y asuntos por el estilo. Tenía siempre a su disposición influyentes periódicos, empresas y bancos. Mollenhauer representaba a los alemanes, a algunos norteamericanos y a algunas grandes sociedades —un hombre muy sólido y respetable—. Los tres eran fuertes, capaces y peligrosos políticamente. Los dos últimos contaban con la influencia de Butler, particularmente sobre los irlandeses, y sobre cierto número de líderes de distritos electorales y de políticos católicos y laicos, que le eran tan leales como si él mismo formara parte de la iglesia. Lo que Butler les ofrecía a cambio era protección, influencia, ayuda y, en general, buena voluntad. Lo que la ciudad le daba a él a cambio, vía Mollenhauer y Simpson, venía en forma de contratos —sustanciosos— relacionados con la pavimentación de las calles, los puentes, los viaductos y las cloacas. Y para que él pudiera obtener estos contratos, los asuntos del Partido Republicano, del que era beneficiario al tiempo que líder, debían mantenerse razonablemente en orden. Al mismo tiempo, no le resultaba más necesario mantener en orden los asuntos del partido de lo que lo era para Mollenhauer o para Simpson, y además no era él quien había designado a Stener. Este último respondía directamente ante Mollenhauer más que ante ningún otro.

Mientras Butler subía a la calesa con su hijo iba pensando en esto, y lo estaba desconcertando enormemente.

—Cowperwood acaba de estar aquí —le dijo a Owen, quien en los últimos tiempos había ido adquiriendo una rápida comprensión de los asuntos financieros, y ya era más perspicaz tanto social como políticamente que su padre, aunque carecía del magnetismo del otro—. Me ha estado contando que se encuentra en una situación más bien complicada. ¿Me estás escuchando? —continuó, mientras se oía en la distancia «¡Extra! ¡Extra!»—. Chicago arde y mañana habrá problemas en la bolsa. Tenemos muchas de nuestras acciones distribuidas en distintos bancos. Si no ofrecemos una imagen de seguridad, nos reclamarán el pago de los créditos. Tenemos que encargarnos de eso mañana a primera hora. Cowperwood tiene cien mil míos que quiere que siga dejando allí, y tiene algún dinero que pertenece a Stener, según me cuenta.

—¿Stener? —preguntó Owen con curiosidad—. ¿Ha estado jugando a la bolsa? —Owen había oído rumores sobre Stener y otros hacía muy poco, a los que no había dado crédito y que tampoco le había contado a su padre—. ¿Cuánto dinero suyo tiene Cowperwood? —preguntó.

Butler meditó.

—Bastante, me temo —dijo finalmente—. De hecho, se trata de una cantidad importante —aproximadamente quinientos mil dólares. Si eso llegara a saberse, se armaría un buen jaleo, es lo que estoy pensando.

—¡Guau! —exclamó Owen atónito—. ¡Quinientos mil dólares! ¡Dios mío, padre! ¿Quieres decir que Stener se las ha arreglado para llevarse quinientos mil dólares? Vaya, nunca hubiera pensado que fuera lo suficientemente inteligente como para hacer eso. ¡Quinientos mil dólares! Se armará una buena si eso sale a la luz.

—¡Para! ¡Para! —contestó Butler, haciendo lo que podía por no perder de vista ningún aspecto de la situación—. Todavía no podemos saber exactamente cuáles fueron las circunstancias. Quizá no tuviera intención de coger tanto. Puede que todo salga bien todavía. El dinero está invertido. Cowperwood no ha quebrado aún. Se puede reponer. Lo que hay que ver ahora es si se puede hacer algo para salvarlo. Si me está diciendo la verdad —y que yo sepa nunca me ha mentado—, puede salir de esta si las acciones del tranvía no se derrumban por la mañana. Voy a ver a Henry Mollenhauer y a Mark Simpson. También están metidos en esto. Cowperwood quería que viera si podría conseguir que los banqueros se unieran para respaldar el mercado. Cree que podríamos proteger nuestros créditos si entramos a comprar para mantener el precio alto.

Owen estaba repasando mentalmente y a toda velocidad los asuntos de Cowperwood —hasta donde sabía de ellos—. Pensaba que deberían quitarse al banquero de encima. Este dilema era culpa suya, no de Stener; esa era su sensación. Le parecía extraño que su padre no se diera cuenta y eso le molestaba.

—Ya ves lo que pasa, padre —dijo de manera contundente tras algún tiempo—. Cowperwood ha estado utilizando el dinero de Stener para hacerse con acciones y ahora está en un apuro. Si no hubiera sido por el incendio, se habría salido con la suya y nadie se habría enterado; pero ahora quiere que tú, Simpson, Mollenhauer y los otros lo saquéis del problema. Es un tipo agradable y me cae bastante bien; pero estarías loco si hicieras lo que te pide. Ya tiene más de lo que le corresponde. El otro día me enteré de que tiene la línea de Front Street, y casi toda la de Green y Coates; y que él y Stener son dueños de la Seventeenth y Nineteenth; pero no me lo creí. Tenía la intención de preguntarte por esto. Creo que Cowperwood tiene la mayor parte de cada una de ellas escondida en alguna parte. Stener no es más que un peón. Lo mueve como mejor le conviene.

A Owen le brillaban los ojos con avaricia y con antagonismo. Debían castigar a Cowperwood, liquidarlo, echarlo del negocio del tranvía, en el que Owen ansiaba crecer.

—Pero mira —observó Butler con voz pastosa y solemne—, siempre he pensado que ese joven era un tipo listo, pero nunca me ha parecido que fuera tan listo como para eso. Así que ese es su juego. Tú también eres bastante sagaz, ¿no? Bueno, eso lo podemos arreglar si lo pensamos bien. Pero esto tiene más implicaciones. No nos podemos olvidar del Partido Republicano. Nuestro éxito va de la mano del suyo, ya lo sabes. —Se detuvo y miró a su hijo—. Si Cowperwood quebrara y no se pudiera devolver ese dinero... —Se interrumpió distraídamente—. Lo que me preocupa es el asunto de Stener y de la tesorería. Si no se hace algo con eso, puede costarle caro al partido en otoño, y a nosotros con algunos de nuestros contratos. Que no se te olvide que hay elecciones en noviembre. Me pregunto si debería reclamar esos cien mil dólares. Me va a hacer falta una cantidad considerable de dinero para hacer frente a mis créditos por la mañana.

La psicología es un asunto curioso, porque hasta ahora Butler no había empezado a caer en las verdaderas dificultades de la situación. En presencia de Cowperwood había estado tan influido por la personalidad de aquel joven, por la magnética presentación de su necesidad y por la simpatía que sentía hacia él que no se había parado a considerar todos los aspectos de su propia relación con la situación. Allí al fresco aire de la noche, hablando con Owen, que era ya de por sí personalmente ambicioso y que sentía cualquier cosa menos una consideración sentimental por Cowperwood, estaba empezando a despejarse y a ver las cosas con claridad. Tenía que admitir que Cowperwood había comprometido seriamente la tesorería de la ciudad y al Partido Republicano, y, por casualidad, también los intereses privados de Butler. A pesar de todo, Cowperwood le caía bien. No estaba dispuesto a abandonarle de ninguna manera. Ahora iba a ver a Mollenhauer y a Simpson para salvar a Cowperwood tanto como al partido y sus propios intereses. Y aun así era un escándalo. Eso no le gustaba; le molestaba. ¡Menudo pillo! Quién hubiera pensado que fuera tan taimado. Pero aun así, seguía cayéndole bien, incluso en aquel momento y circunstancia, y sentía que tenía que hacer algo por ayudar a aquel joven, si es que había algo que pudiera ayudarle. Quizá le dejara el crédito de cien mil dólares hasta última hora, como Cowperwood le había pedido, si los otros se mostraban comprensivos.

—Bueno, padre —dijo Owen, tras algún tiempo—. No veo por qué tienes que preocuparte más que Mollenhauer o que Simpson. Si los tres queréis ayudarle, podéis hacerlo; pero por más que lo intento, no entiendo por qué deberíais hacerlo. Sé que esto tendrá efectos negativos sobre las elecciones, si sale antes de entonces; pero podría silenciarse hasta ese momento, ¿no? En cualquier caso, tus participaciones en los tranvías son más importantes que las elecciones, y si ves que tienes el camino despejado para hacerte con las líneas de tranvía, no tendrás que preocuparte por ninguna elección. Mi consejo es que exijas la liquidación de esos cien mil dólares por la mañana y que compenses la caída de tus acciones de ese modo. Puede que haga quebrar a Cowperwood, pero a ti no te perjudicará en lo más mínimo. Puedes entrar

en bolsa y comprar sus acciones. No me sorprendería que viniera corriendo a verte para que te quedaras con ellas. Tienes que hacer que Mollenhauer y Simpson le den un buen susto a Stener para que no vuelva prestarle dinero a Cowperwood. Si no lo haces, Cowperwood irá corriendo allí a por más. Stener está ya demasiado involucrado. Si Cowperwood no quiere liquidar, muy bien; lo más probable es que se arruine de todos modos y entonces podrás comprar en la bolsa tanto como cualquier otro. Creo que venderá. No tienes por qué preocuparte por los quinientos mil de Stener. Nadie le dijo que los cogiera. Que se las arregle ahora solito. Puede que perjudique al partido, pero ya podrás encargarte de eso más tarde. Tú y Mollenhauer podéis arreglarlo con los periódicos para que no hablen del asunto hasta después de las elecciones.

—¡Para! ¡Para! —Fue todo lo que dijo el viejo contratista. Estaba pensando en todo seriamente.

CAPÍTULO XXV

La residencia de Henry A. Mollenhauer se encontraba en aquella época en un sector de la ciudad que era casi tan nuevo como el barrio de Butler. Estaba en South Broad Street, cerca de un bonito edificio recientemente construido para convertirse en biblioteca. Era una casa espaciosa del tipo que gustaba a los nuevos ricos de aquellos días; una estructura de cuatro pisos de altura de ladrillo amarillo y piedra blanca construida sin seguir las leyes de ningún estilo que pudiera identificarse fácilmente, pero que no resultaba carente de atractivo en su composición arquitectónica. Una ancha escalera conducía a una amplia veranda que daba paso a una puerta decididamente recargada, a cuyos lados aparecían estrechas ventanas, y estaba también adornada a ambos lados con unas jardineras de color azul pálido de un diseño bastante atractivo. El interior, dividido en veinte habitaciones, había sido panelado y entarimado con lo más caro que existía para los hogares de aquellos días. Había una gran sala de visitas, un amplio salón o sala y un comedor de al menos nueve metros de lado panelado en roble; y en la segunda planta, había una sala de música dedicada a los talentos de las tres ambiciosas hijas de Mollenhauer, una biblioteca y un despacho privado para él, una alcoba y un baño para su esposa y un invernadero.

Mollenhauer era un hombre importante, y así se sentía él. Su criterio financiero y político era extremadamente acertado. Aunque era alemán, o mejor dicho, norteamericano de padres alemanes, era un hombre cuyo aspecto norteamericano resultaba impresionante. Era alto, grueso, astuto y frío. El pecho grande y los hombros anchos soportaban una cabeza de proporciones distinguidas, que parecía a la vez redonda y alargada dependiendo del ángulo. El hueso frontal descendía marcando una curva sobresaliente sobre la nariz, y se proyectaba solemnemente sobre los ojos, en los que ardía una mirada astuta e inquisitiva. Y tanto la nariz, como la boca y el cuello, así como las mejillas duras y tersas, confirmaban la impresión de que sabía muy bien lo que deseaba en este mundo, y era muy capaz, sin reparar en obstáculos para conseguirlo. Tenía la cara grande, impresionante, bien moldeada. Era un excelente amigo de Edward Malia Butler, tal como se entienden estas amistades, y su respeto por Mark Simpson era tan sincero como el que siente un tigre por otro tigre. Respetaba la capacidad; estaba dispuesto a jugar limpio cuando el juego era limpio. Cuando no lo era, no era fácil medir el alcance de su astucia.

Cuando Edward Malia Butler y su hijo llegaron aquel domingo por la noche, este distinguido representante de un tercio de los intereses de la ciudad no los esperaba. Estaba en su biblioteca leyendo y escuchando a una de sus hijas tocar el piano. Su esposa y sus otras dos hijas habían ido a la iglesia. Era un hombre bastante doméstico. Aun así, al ser el domingo un día excelente para mantener reuniones, generalmente relacionadas con el mundo de la política, no le sorprendería que alguno de sus distinguidos cofrades lo visitara, y cuando el mayordomo, que también hacía

de lacayo, le anunció la presencia de Butler y de su hijo, se sintió complacido.

—Aquí está —le dijo a Butler afablemente, extendiendo la mano—. Me alegro mucho de verle. ¡Y Owen! ¿Cómo estás, Owen? ¿Qué quieren beber los caballeros, y qué quieren fumar? Sé que se tomarán algo. John —dirigiéndose al sirviente—, mire a ver si encuentra algo para estos caballeros. Acabo de estar escuchando a Caroline tocar; pero creo que la han asustado y se ha marchado, al menos de momento.

Movió una silla para Butler y le hizo indicaciones a Owen para que se sentara en otra al otro lado de la mesa. Al momento el sirviente había regresado con una bandeja de plata de elaborado diseño en la que portaba whiskies y vinos de varias añadas, y una profusión de puros. Owen era del nuevo tipo de financieros que ni fumaba ni bebía. Su padre hacía ambas cosas con moderación.

—Tiene una casa muy cómoda —dijo Butler, sin dar ninguna señal de la misión tan importante que lo había llevado hasta allí—. No me sorprende que se quede en casa los domingos por la tarde. ¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

—No mucho, hasta donde yo veo —contestó Mollenhauer pacíficamente—. Todo parece marchar sin problemas. No sabrá usted nada de lo que tengamos que preocuparnos, ¿verdad?

—Pues, sí —dijo Butler, apurando el resto del brandi con soda que le habían preparado—. Una cosa. No ha visto el periódico de la tarde, ¿verdad?

—No, no lo he visto —dijo Mollenhauer, enderezándose en la silla—. ¿Ha salido uno? ¿Qué ha pasado?

—Nada, aparte de que Chicago está ardiendo y parece que tendremos una tormenta financiera aquí por la mañana.

—¡No me diga! No me he enterado. Ha salido un periódico, ¿verdad? Bueno, bueno, ¿es muy grande el incendio?

—La ciudad entera está ardiendo, o eso dicen —intervino Owen, que observaba la cara del distinguido político con considerable interés.

—Bueno, menuda noticia. Tengo que mandar a alguien a buscar un periódico. ¡John! —llamó y apareció el sirviente—. Mire a ver si puede conseguirme un periódico en alguna parte. —El sirviente desapareció—. ¿Qué le hace pensar que esto pueda tener algo que ver con nosotros? —observó Mollenhauer, volviendo a Butler.

—Bueno, hay una cosa que tiene relación con eso y que no he sabido hasta hace un rato, y es que a nuestro hombre, Stener, puede faltarle dinero de las cuentas a menos que las cosas salgan mejor de lo que alguna gente parece pensar —sugirió Butler con calma—. Eso no quedaría bien antes de unas elecciones, ¿verdad? —Sus astutos ojos grises irlandeses miraron a los de Mollenhauer, que le devolvió la mirada.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó el señor Mollenhauer glacialmente—. No ha cogido mucho dinero de manera deliberada, ¿no es así? ¿Cuánto ha cogido, lo sabe?

—Bastante —contestó tranquilamente Butler—. Casi quinientos mil dólares,

según me han dicho. Aunque no diría exactamente que se lo ha llevado. Corre el riesgo de perderlo.

—¡Quinientos mil! —exclamó Mollenhauer asombrado, manteniendo aun así su calma habitual—. ¡No me diga! ¿Cuánto tiempo hace que viene ocurriendo esto? ¿Qué ha estado haciendo con el dinero?

—Ha prestado bastante; unos quinientos mil dólares a este joven Cowperwood de Third Street, que se ha estado encargando del crédito de la ciudad. Han estado invirtiéndolo para ellos en esto y aquello; comprando mayormente líneas de tranvía. (Ante la mención de los tranvías, la expresión impasible de Mollenhauer sufrió un cambio a duras penas perceptible.) Este incendio, según Cowperwood, va a provocar el pánico por la mañana con total seguridad, y a menos que cuente con considerable ayuda no ve cómo podría aguantar. Si no lo hace, faltarán quinientos mil dólares en la tesorería que no podrán reponerse. Stener está fuera de la ciudad y Cowperwood ha recurrido a mí para ver qué se puede hacer al respecto. En realidad, hizo algunos pequeños negocios para mí en el pasado, y pensó que quizá yo podría ayudarlo ahora; o sea, que yo podría conseguir que usted y el senador visitaran a los grandes banqueros conmigo para que ayudáramos a respaldar el mercado por la mañana. Si no lo hacemos, quebrará, y pensó que el escándalo nos perjudicaría en las elecciones. No me parece que esté urdiendo nada; sino simplemente está ansioso por salvarse a sí mismo y hacer lo justo conmigo; con nosotros, si puede —Butler se detuvo.

Mollenhauer, taimado y hermético como era, no parecía estar ni mínimamente conmovido por este inesperado giro. Al mismo tiempo, al no haber considerado nunca que Stener pudiera tener ninguna capacidad ejecutiva ni financiera, sentía cierta curiosidad e interés. ¡De modo que su tesorero estaba utilizando el dinero sin que él lo supiera, y ahora corría el riesgo de que lo procesaran! A Cowperwood sólo lo conocía de manera indirecta, como el que había sido contratado para manejar el crédito de la ciudad. Se había beneficiado al manejar ese crédito. ¡Evidentemente, el banquero había puesto en ridículo a Stener y había utilizado el dinero para comprar acciones del tranvía! Él y Stener debían de tener bastantes participaciones propias entonces. Eso interesó a Mollenhauer enormemente.

—¡Quinientos mil dólares! —repitió, cuando Butler hubo terminado—. Eso es bastante dinero. Si con sólo respaldar el mercado podemos salvar a Cowperwood, podríamos hacer eso, aunque si se trata de un pánico grave, no veo cómo nada de lo que podamos hacer le resultaría de mucha ayuda. Si está en un aprieto grande y se avecina un desplome importante, hará falta mucho más que nuestro simple apoyo al mercado para salvarlo. He pasado por eso antes. ¿No sabrá cuáles son sus obligaciones?

—No lo sé —dijo Butler.

—Y ¿dice usted que no le pidió dinero?

—Quiere que le deje mis cien mil hasta que vea si puede apañárselas o no.

—Y es cierto que Stener está fuera de la ciudad, supongo. —Mollenhauer era

desconfiado por naturaleza.

—Eso dice Cowperwood. Podemos enviar a alguien para que lo averigüe.

Mollenhauer estaba pensando en los distintos aspectos del caso. Apoyar el mercado estaría muy bien si eso lograba salvar a Cowperwood, al Partido Republicano y al tesorero. Al mismo tiempo, se podría obligar a Stener a devolver los quinientos mil dólares a la tesorería de la ciudad, y a que cediera sus participaciones a alguien; a él preferiblemente; a Mollenhauer. Pero ahora también tenía que tener en cuenta a Butler en este asunto. ¿Qué podría querer? Consultó con Butler y averiguó que Cowperwood había accedido a reponer los quinientos mil dólares en el caso de que pudiera reunirlos. No le había preguntado por las participaciones en el tranvía. ¿Pero qué seguridad podía tener nadie de que se pudiera salvar a Cowperwood? ¿Y de que pudiera o quisiera reunir el dinero? Y si conseguía salvarse, ¿le devolvería el dinero a Stener? Si necesitaba dinero, ¿quién podría prestárselo en un momento como aquel, en el caso de que el pánico fuese grave e inminente? ¿Qué seguridad podía él ofrecer? Por otro lado, si las partes adecuadas ejercían presión, podría obligársele a ceder todas sus participaciones en el tranvía por una miseria —las suyas y las de Stener—. Si él (Mollenhauer) lograba hacerse con ellas, no le importaría demasiado si las elecciones se ganaban o se perdían en otoño, aunque, al igual que a Owen, le satisfaría que no se perdieran. Se podrían comprar, como de costumbre. El desfalco —si la quiebra de Cowperwood hacía que el préstamo de Stener se convirtiera en uno — podría ocultarse durante el tiempo suficiente, pensó Mollenhauer, para ganar. Personalmente, tal como se le ocurrió en aquel momento, preferiría asustar a Stener de modo que le negara más ayuda a Cowperwood, para después asaltar las acciones del tranvía de este último junto con las de todos los demás, incluidos Simpson y Butler, ya que estamos. Una de las fuentes de la futura riqueza de Filadelfia se hallaba en aquellas líneas. Por el momento, sin embargo, tendría que fingir interés por salvar al partido en las urnas.

—No puedo hablar por el senador, evidentemente —continuó Mollenhauer pensativamente—. No sé qué pensará. Por lo que a mí respecta, estoy totalmente dispuesto a hacer lo que pueda para mantener alto el precio de las acciones, si eso ayuda en algo. Lo haría en cualquier caso para proteger mis créditos. Lo que deberíamos pensar, a mi juicio, es cómo evitar que esto salga a la luz en caso de que el señor Cowperwood quiebre, al menos hasta después de las elecciones. No tenemos la seguridad, por supuesto, de que por mucho que apoyemos el mercado, logremos sostenerlo.

—No la tenemos —contestó solemnemente Butler.

Owen pensó que veía acercarse un destino funesto para Cowperwood con total claridad. En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Una sirvienta, en ausencia del lacayo, anunció el nombre del senador Simpson.

—Justo el hombre apropiado —dijo Mollenhauer—. Acompáñelo arriba. Podrá ver usted lo que piensa.

—Quizá sería mejor que los dejara solos ahora —sugirió Owen a su padre—. Veré si puedo encontrar a la señorita Caroline para que cante para mí. Te esperaré, padre —añadió.

Mollenhauer le dedicó una sonrisa obsequiosa, y en cuanto salió del despacho, entró el senador Simpson.

Nunca prosperó un hombre más interesante que el senador Simpson en el estado de Pensilvania, lugar que ha producido muchos tipos interesantes. Comparado con cualquiera de los dos hombres que ahora lo saludaban afablemente y le daban la mano, era físicamente insignificante. Era pequeño —casi el metro setenta de estatura, frente a Mollenhauer que superaba el metro ochenta y a Butler que lo rozaba—, tenía la cara tersa y la mandíbula hundida hacia atrás. En los otros dos, este rasgo era prominente. Tampoco los ojos eran francos como los de Butler, ni desafiantes como los de Mollenhauer; pero en cuanto a perspicacia, ninguno de los otros dos podía rivalizar con él —tenía unos ojos hundidos, extraños, cavernosos, que te contemplaban como lo harían los de un gato desde un oscuro agujero, y que hacían pensar en la astucia que siempre ha distinguido a la familia felina—. Tenía una extraña mata de pelo negro que le caía sobre la frente blanca, pequeña y baja, y la piel pálida y azulada propia de alguien aquejado de alguna enfermedad; pero, sin embargo, residía en él una fuerza extraña, resistente, capaz de gobernar a los hombres —la agudeza con la que sabía cómo alimentar la codicia con la esperanza y el beneficio, y la crueldad con la que pagaba a los que le decían que no—. Era un hombre tranquilo, como bien podía serlo un hombre como él —su apretón de manos era débil, frío y escurridizo; la sonrisa era lánguida y ligeramente displicente, pero siempre hablaba con los ojos, que compensaban todos los defectos.

—Buenas tardes, Mark; me alegro de verle —fue el saludo de Butler.

—¿Cómo está, Edward? —Fue la comedida respuesta.

—Bueno, senador, no pierde el buen aspecto. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Esta tarde no, Henry —contestó Simpson—. No puedo quedarme mucho tiempo. He parado de camino a casa. Mi esposa está aquí, en casa de los Cavanagh y he venido a recogerla.

—Qué bien que haya venido, senador, justo en este momento —comenzó Mollenhauer, sentándose después de que lo hiciera su huésped—. Butler me ha estado hablando de un pequeño problema político que ha surgido desde la última vez que nos vimos. Imagino que se habrá enterado de que Chicago está ardiendo.

—Sí. Cavanagh me lo acaba de contar. Parece bastante serio. Creo que el mercado se desplomará por la mañana.

—A mí tampoco me sorprendería —añadió Mollenhauer lacónicamente.

—Aquí está el periódico —dijo Butler al ver entrar a John, el sirviente, de la calle con el periódico en la mano. Mollenhauer lo cogió y lo abrió ante sí. Era uno de los primeros «extras» que se publicaron en este país y contenía una impresionante extensión de tipos con los que anunciaba que el incendio de la ciudad del lago había

ido empeorando hora tras hora desde que estallara el día anterior.

—Bueno, esto es espantoso, desde luego —dijo Simpson—. Lo siento mucho por Chicago. Tengo muchos amigos allí. Espero que no resulte ser tan terrible como parece.

El hombre tenía una actitud más bien grandilocuente que no abandonaba nunca fuera cual fuera la circunstancia.

—El asunto del que Butler me estaba hablando —continuó Mollenhauer—, tiene que ver con esto en ciertos aspectos. Ya conoce la costumbre de los tesoreros de esta ciudad de prestar dinero al dos por ciento.

—¿Sí? —dijo Simpson inquisitivamente.

—Bien, pues, parece que el señor Stener ha estado prestando bastante dinero de la ciudad a este joven Cowperwood, de Third Street, que se ha estado haciendo cargo del crédito de la ciudad.

—¡No me diga! —dijo Simpson, aparentando sorpresa—. ¿No mucho, espero? —El senador, al igual que Butler y Mollenhauer, se estaba beneficiando enormemente con aquellos créditos baratos provenientes de la misma fuente, a través de varios depositarios seleccionados de la ciudad.

—Bien, parece que Stener le ha prestado quinientos mil dólares, y si por alguna causa, Cowperwood no fuera capaz de capear este temporal, a Stener podría faltarle esa cantidad y eso no quedaría muy bien como propuesta electoral de cara al público en noviembre, ¿no le parece? Cowperwood le debe a Butler aquí cien mil dólares y, por eso, fue a verlo esta tarde. Quería ver si Butler, a través de nosotros, podría hacer algo por sacarlo del apuro. Si no —hizo un gesto sugerente con la mano—, bueno, podría quebrar.

Simpson se toqueteó su extraña y ancha boca con su delicada mano.

—¿Qué han estado haciendo con los quinientos mil dólares? —preguntó.

—Ah, los chicos tienen que ganarse un dinerillo extra —dijo Butler jovialmente—. Creo que han estado comprando tranvías, en primer lugar. —Metió los pulgares en las sisas del chaleco. Y tanto Mollenhauer como Simpson sonrieron débilmente.

—Exacto —dijo Mollenhauer. El senador Simpson parecía simplemente estar sumido en profundos pensamientos.

También él estaba pensando lo inútil que era para nadie acercarse a un grupo de políticos con una propuesta como aquella, particularmente en mitad de una crisis como la que se prometía. Reflexionaba sobre el hecho de que si Butler, Mollenhauer y él se unían y le prometían a Cowperwood protección a cambio de su renuncia a las participaciones en el tranvía, eso cambiaría por completo las cosas. En ese caso sería muy fácil hacerse cargo del préstamo de la tesorería en silencio, e incluso emitir más dinero para financiarlo; pero no había seguridad, en primer lugar, de que pudieran obligar a Cowperwood a renunciar a sus acciones, y en segundo lugar, tampoco la había de que Mollenhauer y Butler se metieran con él, Simpson, en un negocio como aquel. Era evidente que Butler había venido a interceder por Cowperwood.

Mollenhauer y él mantenían una rivalidad soterrada. Aunque cooperaban políticamente, lo hacían con fines financieros esencialmente diferentes. No se habían aliado en ninguna propuesta financiera, igual que ocurría entre Mollenhauer y Butler. Y además, con total probabilidad, Cowperwood no era ningún iluso. Su culpabilidad no era comparable a la de Stener; este último era el que le había prestado a él el dinero. El senador reflexionó sobre si debería abordar aquella sutil solución a la situación que se le había ocurrido con sus colegas, pero decidió que no. Mollenhauer era un hombre demasiado traicionero como para asociarse con él en un asunto de este tipo. Era una oportunidad espléndida pero peligrosa. Sería mejor que lo intentara por sí solo. Por el momento, deberían exigirle a Stener que se encargara de que Cowperwood devolviera los quinientos mil dólares si podía. Si no, podrían sacrificar a Stener en beneficio del partido si era necesario. Las acciones de Cowperwood, teniendo esta información sobre el estado de sus asuntos, supondrían una buena oportunidad tras realizar algunos trabajitos en la bolsa a través de sus propios agentes. Podrían propagar rumores sobre el estado de las finanzas de Cowperwood y después, ofrecerse a quitarle de encima las acciones; por una miseria, por supuesto. En mal momento había acudido Cowperwood a Butler.

—Bueno, pues —dijo el senador tras un prolongado silencio—, puedo compadecerme del señor Cowperwood por la situación en la que se encuentra, y desde luego no lo culpo por comprar en el tranvía si puede; pero verdaderamente no veo qué se puede hacer por él en esta crisis. No sé ustedes, caballeros, pero yo no estoy en posición de sacarle las castañas del fuego a nadie aunque quisiera, al menos no ahora mismo. Todo depende de si creemos que el daño que corre el partido es razón suficiente para justificar que nos rasquemos el bolsillo para ayudarle.

Ante la mención del dinero real que habría que prestar, a Mollenhauer le cambió la cara.

—No creo que pueda hacer mucho por el señor Cowperwood —suspiró.

—Por Dios —dijo Butler, con gran sentido del humor—, me parece que será mejor que vaya recogiendo mis cien mil dólares. Será lo primero que haga por la mañana. —Ni Simpson ni Mollenhauer condescendieron a sonreír ni siquiera débilmente como hicieran antes. Simplemente se limitaron a mostrar una expresión solemne y prudente.

—Pero este asunto de la tesorería de la ciudad —dijo el Senador Simpson—, cuando se haya calmado un poco el ambiente, es algo a lo que tendremos que dedicarle cierta reflexión. Si el señor Cowperwood quebrara y la tesorería perdiera todo ese dinero, eso nos provocaría no poco sonrojo. ¿En qué líneas —añadió como si se le acabara de ocurrir— ha estado este hombre especialmente interesado?

—La verdad es que no lo sé —contestó Butler, que no quiso contarles lo que Owen le había dicho cuando venían de camino.

—No veo cómo podremos librarnos de sufrir considerables molestias después —dijo Mollenhauer—, a menos que podamos obligar a Stener a reponer el dinero antes

de que Cowperwood quiebre; pero si hiciéramos algo con lo que pudiera parecer que vamos a obligarlo a esa restitución, probablemente cerraría el negocio de cualquier manera. Así que por ahí no está la solución. Y no sería tratar bien a nuestro amigo Edward hasta que veamos cómo sale de este asunto. —Se estaba refiriendo al préstamo de Butler.

—Desde luego que no —dijo el senador Simpson, con auténtica sagacidad y tiento políticos.

—Tendré esos cien mil dólares por la mañana —dijo Butler—; no teman.

—Creo que —dijo Simpson—, si se filtra algo de este asunto, tendremos que hacer todo lo que podamos por silenciarlo hasta después de las elecciones. Y será mejor que los periódicos mantengan silencio por esa misma razón. Hay algo que sugeriría —y ahora estaba pensando en las propiedades del tranvía que Cowperwood había tan juiciosamente comprado—, y es que se advierta al tesorero que no preste más dinero en una situación de este tipo. Podría fácilmente transigir para prestar mucho más. Creo que si tienes unas palabras con él, Henry, lo evitaríamos.

—Sí, puedo encargarme de eso —dijo Mollenhauer con solemnidad.

—Mi conclusión es que —dijo Butler, de manera algo misteriosa, pensando en el error de Cowperwood al apelar a estos nobles protectores del público— será mejor que dejemos que estos asuntos se vayan resolviendo por sí solos.

Así acabaron los sueños de Frank Cowperwood de que Butler y sus socios políticos le ayudaran en aquellos momentos difíciles.

Las energías de Cowperwood después de dejar a Butler estuvieron dedicadas a la tarea de ver a otros que pudieran serle de alguna ayuda. Le había dejado a la señora Stener el recado de que si llegaba algún mensaje de su marido, debería notificárselo inmediatamente. Buscó a Walter Leigh, de Drexel & Co., a Avery Stone, de Jay Cooke & Co., y al presidente Davison, del Girard National Bank. Quería saber qué pensaban ellos de la situación y negociar un préstamo con el presidente Davison con el que pudiera cubrir todas sus propiedades inmobiliarias y personales.

—No puedo decírtelo, Frank —insistió Walter Leigh—; no sé cómo andarán las cosas mañana a mediodía. Me alegra saber cuál es tu posición. Y me alegra que estés haciendo lo que estás haciendo: organizar todos tus asuntos. Eso ayudará mucho. Te apoyaré en todo lo que pueda. Pero si el jefe decide que se reclame la liquidación de determinados créditos, habrá que reclamarlos, y no hay más. Haré todo lo que pueda para que parezca que las cosas están mejor. Si Chicago desaparece del mapa, seguro que las compañías de seguros —o algunas de ellas, al menos— irán a ver y después se andarán con cuidado. Supongo que reclamarás todos tus préstamos, ¿no?

—No, si no me veo obligado.

—Bueno, así es como actuamos nosotros —o como lo haremos.

Los dos hombres se dieron la mano. Se caían bien. Leigh pertenecía al círculo elegante de la ciudad, un hombre nacido para la alta sociedad, pero con un enorme sentido común y con mucha experiencia mundana.

—Voy a decirte algo, Frank —le dijo cuando se despedía—; siempre he pensado que arriesgabas demasiado en el tranvía. Es un negocio excelente si puedes arreglártelas, pero en un apuro como este puedes salir trasquilado. Has estado ganando dinero muy deprisa con eso y con los créditos de la ciudad.

Miró a su viejo amigo directamente a los ojos y ambos sonrieron.

Lo mismo pasó con Avery Stone, con el presidente Davison y con los otros.

Ya habían oído rumores del desastre cuando él llegó. No estaban seguros de qué traería la mañana. Pero parecía que sería poco prometedor.

Cowperwood decidió pasar a ver a Butler de nuevo porque estaba seguro de que su entrevista con Mollenhauer y con Simpson ya habría terminado. Butler, que había estado meditando sobre lo que debería decirle a Cowperwood, no mostró una actitud fría.

—Así que ha vuelto —dijo cuando apareció Cowperwood.

—Sí, señor Butler.

—Bueno, no estoy seguro de haber logrado hacer algo por usted. Me temo que no —dijo Butler cautelosamente—. Me ha encomendado usted una tarea difícil. Parece que Mollenhauer piensa apoyar el mercado por su propia cuenta. Creo que lo hará. Simpson tiene sus propios intereses que proteger y yo voy a comprar para mí mismo, por supuesto.

Hizo una pausa para pensar.

—No he conseguido que convoquen una reunión con ninguno de los grandes banqueros todavía —añadió con cautela—. Prefieren esperar a ver qué pasará por la mañana. Aun así, si yo estuviera en su lugar no me desanimaría. Si las cosas se ponen muy feas, podrían cambiar de opinión. Tuve que contarles lo de Stener. Es bastante serio, pero esperan que pueda usted salir adelante y arreglar el asunto. Yo también lo espero. En lo tocante a mi propio préstamo, bueno, ya veré cómo andan las cosas por la mañana. Si puedo, dentro de unos márgenes razonables, lo dejaré con usted. Será mejor que vuelva a verme para hablar del asunto. Yo no intentaría conseguir más dinero a través de Stener si estuviera en su lugar. Ya están las cosas lo bastante complicadas como están.

Cowperwood se dio cuenta enseguida de que no conseguiría ayuda de los políticos. Lo único que le preocupaba era esta referencia a Stener. ¿Se habrían comunicado ya con él? ¿Le habrían advertido? Si era así, su visita a Butler habría resultado ser un mal movimiento; pero aun así, desde el punto de vista de su posible quiebra por la mañana, había sido algo aconsejable. Al menos ahora los políticos sabían cuál era su posición. Si su situación llegaba a ser extremadamente difícil, volvería a visitar a Butler; los políticos podrían bien ayudarlo, o no; eso quedaba a su elección. Si no le ayudaban y quebraba, y se perdían las elecciones, sería culpa de ellos. Aun así, si lograba ser él el primero en ver a Stener, este no sería tan tonto como para tirar piedras a su propio tejado en una crisis como esta.

—Todo se ve muy oscuro esta noche, señor Butler —dijo sagazmente—, pero

creo que, aun así, saldré de esta. O eso espero, en cualquier caso. Siento haberle causado tantas molestias. Me habría gustado que hubieran tenido el camino expedito para ayudarme, pero si no pueden, no pueden. Tengo toda una serie de cosas que puedo hacer aún. Espero que me deje el préstamo todo el tiempo que pueda.

Salió con paso enérgico y Butler se quedó reflexionando.

—Es un joven muy inteligente —dijo—. Qué mala suerte. Pero aún puede que todo le salga bien.

Cowperwood se apresuró por llegar a su casa, donde se encontró con que su padre lo esperaba despierto y meditabundo. A él le habló con ese tono de intensa simpatía y comprensión que suele ser característico entre aquellos unidos por lazos de sangre. Apreciaba a su padre. Comprendía sus concienzudos esfuerzos por prosperar en la vida. No podía olvidar que cuando era niño había contado con la comprensión y el interés afectuosos de su padre. Probablemente podría cancelar el crédito que tenía del Third National a cuenta de unas acciones algo flojas de la ferroviaria Union Street Railway si no caían muchísimo. Debía cancelarlo costara lo que costara. Pero las inversiones de su padre en los tranvías, que habían ido incrementándose con sus propias empresas, y que ahora comprometían doscientos mil dólares más, ¿cómo iba a protegerlas? Las acciones estaban hipotecadas y ese dinero se había invertido en otros negocios. Habría que presentar garantías adicionales a los diversos bancos que las tenían. Todo eran préstamos, préstamos y más préstamos y su necesidad de protegerlos. Si pudiera conseguir un depósito adicional de Stener por doscientos o trescientos mil dólares. Pero eso, ante posibles dificultades financieras, sería de auténticos delincuentes. Todo dependía de lo que ocurriera por la mañana.

El lunes día nueve amaneció gris y sombrío. Se levantó con las primeras luces del día, se afeitó y se vistió, y cruzó bajo la pérgola gris verdosa para ir a la casa de su padre. Él también estaba levantado y haciendo cosas, ya que no había podido dormir. Las cejas y el pelo canosos tenían un aspecto algo greñudo y despeinado, y las patillas eran cualquier cosa menos favorecedoras. El viejo caballero tenía los ojos cansados y la tez cenicienta. Cowperwood se dio cuenta de que estaba preocupado. Levantó la vista desde un pequeño escritorio de marquetería ricamente decorado, que Ellsworth había encontrado en alguna parte, donde estaba elaborando en silencio una lista de sus recursos y deudas. Cowperwood hizo una mueca. Odiaba ver a su padre preocupado, pero no podía hacer nada por evitarlo. Cuando construyeron las casas juntos había esperado sinceramente que los días de preocupación para su padre se hubieran terminado para siempre.

—¿Haciendo recuento? —le preguntó sonriendo con familiaridad. Quería animar al viejo caballero tanto como le fuera posible.

—Sólo estaba repasando mis asuntos otra vez para saber cómo andarían en caso de que... —Miró a su hijo inquisitivamente y Frank volvió a sonreírle.

—Yo no me preocuparía, padre. Ya le dije que lo había arreglado para que Butler y sus amigos apoyen el mercado. Tengo a Rivers, a Targool y a Harry Eltinge en la

bolsa para ayudarme a vender y son los mejores. Ellos se harán cargo de la situación con el mayor cuidado. En este asunto no podría fiarme de Ed ni de Joe, porque en el momento en el que empezaran a vender, todo el mundo sabría lo que me pasa. De esta manera, mis hombres pasarán por osos que están intentando machacar el mercado, aunque sin demasiada dureza. Debería ser capaz de deshacerme de lo suficiente a diez puntos por debajo como para sacar quinientos mil. Puede que el mercado no baje más de eso. No hay forma de saberlo. No se puede hundir indefinidamente. ¡Ojalá supiera lo que van a hacer las grandes aseguradoras! El periódico de la mañana no ha llegado todavía, ¿verdad?

Iba a tirar de la campanilla, pero recordó que los sirvientes no se habrían levantado todavía. Fue él mismo hasta la puerta de entrada; allí estaban el *Press*^[1] y el *Public Ledger* recién salidos de la imprenta. Los cogió y echó un vistazo a las portadas. Se le cayó el alma a los pies. En uno de ellos, el *Press*, aparecía un extenso mapa negro de Chicago, algo de un aspecto de lo más fúnebre, que marcaba con el color negro el área quemada. Nunca antes había visto un mapa de Chicago de manera tan clara y definida. La zona blanca era el lago Michigan y el río Chicago dividía la ciudad en tres partes prácticamente iguales —la parte norte, la parte oeste y la parte sur—. Se dio cuenta enseguida de que la ciudad tenía una disposición curiosa, parecida a la de Filadelfia, y de que la zona de negocios tenía probablemente una extensión de entre cinco y ocho kilómetros cuadrados, ubicados en la intersección de las tres partes, al sur del cauce principal del río, donde este desembocaba en el lago después de que los brazos sudoeste y noroeste se hubieran unido para formarlo. Era una zona céntrica importante, pero, según aquel mapa, se había calcinado completamente. «Chicago convertida en cenizas» rezaba un gran subtítulo marcado con gruesos tipos negros. Detallaba los sufrimientos de los que se habían quedado sin hogar, el número de muertos y el número de aquellos cuyas fortunas habían quedado destruidas. Después disertaba sobre su más que probable efecto en el este. Las compañías de seguros y los fabricantes podrían no ser capaces de enfrentarse a la gran carga que todo esto iba a suponer.

—¡Maldita sea! —dijo Cowperwood con pesimismo—. Ojalá no me dedicara al agiotaje^[2]. Ojalá nunca me hubiera metido en este negocio. —Regresó a su salón y examinó ambas cuentas con el máximo cuidado.

Luego, aunque aún era temprano, él y su padre se dirigieron a su oficina. Ya había mensajes aguardándolo, al menos una docena o más, para cancelar o vender. Mientras estaba aún allí de pie, llegó un recadero con tres más. Uno era de Stener y decía que estaría de vuelta para las doce, que era lo más rápido que podría llegar. Cowperwood se sintió aliviado y al mismo tiempo angustiado. Necesitaría enormes sumas de dinero para cumplir con varios préstamos antes de las tres. Cada hora que pasaba era preciosa. Debía hacer preparativos para esperar a Stener en la estación y hablar con él antes de que nadie más pudiera verlo. Estaba claro que este iba a ser un día duro, sombrío y extenuante.

Para cuando llegó a Third Street, había allí todo un alboroto de banqueros y de agentes de bolsa convocados por las exigencias de la ocasión. Se oía un sospechoso rumor de pies apresurados —esa intensidad que marca claramente la diferencia entre cien personas plácidas y cien personas preocupadas—. En la bolsa, el ambiente era febril. Cuando sonó la campana, dio comienzo un alboroto nervioso. Aún reverberaban en el ambiente las vibraciones metálicas cuando los doscientos hombres que componían esta organización local en sus momentos de mayor tensión se lanzaron unos sobre otros en un forcejeo balbuceante por vender o comprar la ganga del momento. Los intereses eran tan variados que era imposible saber en qué poste era mejor comprar o vender.

Targool y Rivers habían recibido instrucciones de quedarse en el centro, y Joseph y Edward, de rondar por la parte de afuera para aprovechar las oportunidades de vender que ofrecieran un beneficio razonable sobre las acciones. Los osos estaban decididos a presionar a la baja, y todo dependería de cómo consiguieran aguantar los tranvías los agentes de Mollenhauer, Simpson, Butler y otros, y de si esas participaciones seguían conservando su fuerza o no. Lo último que Butler le había dicho la noche anterior era que harían todo lo que pudieran. Comprarían hasta cierto punto. No le dijo si respaldarían el mercado indefinidamente. No podía garantizar lo que harían Mollenhauer y Simpson, ni sabía tampoco cuál era el estado de sus asuntos.

Cowperwood entró cuando la excitación estaba en su punto más álgido. Mientras estaba aún en la puerta intentando llamar la atención de Rivers, sonó la campana de la bolsa y cesó la actividad. Todos los agentes y los corredores se volvieron hacia el pequeño balcón desde donde el secretario de la bolsa realizaba los anuncios; y allí estaba, con la puerta abierta tras él, un hombre pequeño, moreno, con aspecto de empleado, de unos treinta y cinco o cuarenta años, cuya figura sombría y cara pálida hablaban de la mente metódica que no conoce un solo pensamiento arriesgado. En la mano derecha sostenía una hoja de papel blanco.

—La American Fire Insurance Company de Boston anuncia su incapacidad para hacer frente a sus pagos. —La campana volvió a sonar.

La tormenta volvió a desatarse inmediatamente, más locuaz incluso que antes, porque, si en una sola hora de investigación en este lunes por la mañana había caído una aseguradora, ¿qué podrían sacar a la luz cuatro o cinco horas, o un día o dos? Eso significaba que los hombres que se habían quedado sin sus negocios en el incendio de Chicago no podrían reanudar su actividad. Significaba que ya se habría exigido la liquidación de todos los préstamos relacionados con esta empresa o que se exigiría ya. Y los gritos de los asustados toros ofreciendo lotes de mil y de cinco mil participaciones de la Northern Pacific, de la Illinois Central, de Reading, de Lake Shore, Wabash^[3]; de todas las líneas de tranvía, y de los créditos de la ciudad de Cowperwood a precios cada vez más bajos, eran suficientes para desmoralizar a todo aquel que tuviera algo que ver con ellas. Se apresuró por llegar junto a Arthur Rivers

durante una pausa, pero tenía poco que decirle.

—Parece que la gente de Mollenhauer y de Simpson no están haciendo mucho por el mercado —observó con gravedad.

—Les han llegado avisos de Nueva York —explicó Rivers con solemnidad—. No se puede hacer mucho por sostenerlo. Hay tres aseguradoras a punto de abandonar, según tengo entendido. Creo que harán el anuncio en cualquier momento.

Se alejaron un poco del pandemonio para hablar de medios y maneras. Según el acuerdo que había alcanzado con Stener, Cowperwood podría comprar hasta cien mil dólares de crédito de la ciudad, aparte de las habituales ventas aparentes, o de la manipulación del mercado, con la que ellos ganaban dinero. Esto sería en el caso de que el mercado necesitara de verdad un apoyo. Decidió comprar por valor de sesenta mil dólares ahora y utilizar eso para sostener sus otros créditos. Stener le pagaría esto al instante, proporcionándole así más dinero en efectivo. Eso podría serle de ayuda de un modo u otro; y además, podría servir para fortalecer las otras garantías el tiempo suficiente al menos como para permitirle conseguir un poco más de beneficio al vender al menos algo por encima de un precio de ruina. ¡Ojalá tuviera los medios para vender en corto en este mercado! Si hacerlo no terminara significando la ruina de su posición actual. Era propio de este hombre darse cuenta, incluso en mitad de esta crisis, de que aquello mismo que se veía obligado a hacer dados su necesidad y sus compromisos, y que podría terminar arruinándolo, podría también, en unas circunstancias ligeramente diferentes, proporcionarle grandes beneficios. Pero no podría sacarle provecho. No podía estar a ambos lados del mercado. Tenía que elegir entre oso y toro, y ahora mismo su necesidad lo obligaba a ser un toro. Era extraño pero cierto. Su perspicacia le serviría de poco provecho ahora. Estaba a punto de girarse para ir a ver a cierto banquero que quizá le prestara algo a cuenta de su casa, cuando volvió a sonar la campana. De nuevo volvió a cesar la actividad. Arthur Rivers, desde su posición en el poste de los valores del estado, donde se vendía el crédito de la ciudad, y donde había empezado a comprar para Cowperwood, le lanzó una mirada cargada de significado. Newton Targool se apresuró por llegar junto a Cowperwood.

—Ahora sí que tienes problemas —exclamó—. Yo no intentaría vender contra este mercado. No sirve de nada. Te están comiendo el terreno. Los precios se han desplomado. Las cosas se darán la vuelta dentro de pocos días. ¿No puedes aguantar? Aquí vienen más problemas.

Levantó la vista hacia el balcón desde el que se hacían los anuncios.

—La Eastern and Western Fire Insurance Company de Nueva York anuncia que no puede hacer frente a sus obligaciones.

Se oyó un sonido bajo parecido a un «¡Oh!». El mazo del secretario golpeó pidiendo orden.

—La Erie Fire Insurance Company de Rochester anuncia que no puede hacer frente a sus obligaciones.

Y de nuevo aquel «¡Oh!».

De nuevo el mazo.

—La American Trust Company de Nueva York ha suspendido pagos.

—¡Ooooh!

Se había desatado la tormenta.

—¿Qué te parece? —preguntó Targool—. No puedes capear este temporal. ¿No puedes dejar de vender y aguantar unos días? ¿Por qué no vendes en corto?

—Deberían cerrar este sitio —dijo Cowperwood bruscamente—. Esa sería una magnífica solución. Así no podría hacerse nada.

Fue apresuradamente a consultar con aquellos que, al encontrarse en un aprieto similar al suyo, podrían utilizar su influencia para llevarlo a efecto. Era una jugarreta ingeniosa contra los que, hallando ahora un mercado favorable con su bajada constante, estaban cosechando una fortuna. Pero eso, ¿qué podía importarle a él? El negocio era el negocio. De nada servía vender a precios de ruina y dio a sus lugartenientes la orden de dejar de vender. Se quedaría en la ruina a menos que los banqueros lo favorecieran, o que cerrara la bolsa o que pudiera convencer a Stener de que le hiciera un nuevo depósito de trescientos mil dólares urgentemente. Se apresuró a visitar a varios banqueros y corredores de aquella misma calle para sugerirles precisamente que hicieran aquello: cerrar la bolsa. Unos minutos antes de las doce, fue a la estación a esperar a Stener; pero para su gran desilusión, este último no llegó. Parecía que hubiera perdido el tren. Cowperwood presintió algo, alguna jugarreta; y decidió dirigirse al ayuntamiento y también a la casa de Stener. Quizá hubiera regresado y estuviera intentando evitarlo.

Al no encontrarlo en su despacho, condujo directamente hasta su casa. No le sorprendió encontrarse aquí con Stener, que salía en aquel momento, con aspecto pálido y alterado. Al ver a Cowperwood, se quedó blanco.

—Vaya, hola, Frank —exclamó avergonzadamente—, ¿de dónde vienes?

—¿Qué pasa, George? —preguntó Cowperwood—. Tenía entendido que llegarías a Broad Street.

—Sí, esa era la idea —contestó Stener tontamente—, pero pensé que era mejor bajarme en West Philadelphia y así cambiarme de ropa. Todavía tengo muchas cosas a las que atender esta tarde. Iba a ir a verte. —Tras el telegrama urgente de Cowperwood, esto era una tontería, pero el joven banquero lo dejó pasar.

—Sube, George —le dijo—. Tengo que hablarte sobre algo realmente importante. Te conté en el telegrama que había muchas posibilidades de que se produjera el pánico. No hay ni un minuto que perder. Las acciones están rozando el suelo y me están pidiendo que liquide la mayoría de mis préstamos. Quiero saber si tú me prestarás trescientos cincuenta mil dólares durante unos cuantos días al tres o el cuatro por ciento. Te lo devolveré todo. Lo necesito con mucha urgencia. Si no lo consigo, es muy probable que vaya a la quiebra. Y ya sabes lo que eso significa, George. Inmovilizará hasta mi último dólar. Y tus acciones del tranvía quedarán

inmovilizadas con las mías. No podré dejar que tú liquides las tuyas y eso dejará mis préstamos de dinero de la tesorería en muy mala posición. Tú no podrás devolver el dinero y ya sabes lo que eso significa. Estamos juntos en esto. Quiero sacarte de esta sin problemas, pero no puedo hacerlo sin tu ayuda. Tuve que acudir a Butler anoche para hablar de un préstamo de dinero suyo y estoy haciendo todo lo que puedo para conseguir dinero de otras fuentes. Pero no veo cómo salir de esta, me temo, a menos que estés dispuesto a ayudarme —Cowperwood se paró—. Quería exponerle el caso con total claridad y precisión antes de que tuviera ocasión de negarse —para convencerlo de que él también estaba en un aprieto.

De hecho, lo que Cowperwood había sospechado, había ocurrido literalmente. Habían localizado a Stener. En el momento en el que Butler y Simpson se marcharon la noche anterior, Mollenhauer había mandado a buscar a su muy eficiente secretario, Abner Sengstack, y lo había enviado a averiguar la verdad sobre el paradero de Stener. Luego, Sengstack le había enviado un largo telegrama a Strobik, que se encontraba con Stener, urgiéndolo para que previniera a este último en contra de Cowperwood. Ya se conocía cuál era el estado de la tesorería. Sengstack recogería a Stener y a Strobik en Wilminston (la idea era evitar que Cowperwood consiguiera llegar a Stener primero) y les expondría con claridad cuál era el estado actual de la situación. No podría utilizarse más dinero o se tomarían acciones judiciales. Si Stener quería ver a alguna otra persona, ese debía ser Mollenhauer. Segnstack, tras recibir un telegrama de Strobik en el que le informaba de que llegarían a las doce del día siguiente, se había dirigido a Wilmington para encontrarse con ellos. El resultado fue que Stener no llegó directamente al corazón de negocios de la ciudad, sino que se apeó en West Philadelphia, con la intención de ir primero a su casa a cambiarse de ropa y después a ver a Mollenhauer antes de reunirse con Cowperwood. Estaba muy asustado y quería tener tiempo para pensar.

—No puedo hacerlo, Frank —adujo lastimeramente—. Mi situación en este asunto es terrible. El secretario de Mollenhauer vino a Wilmington a esperar el tren sólo para advertirme de esta situación, y Strobik también está en contra. Saben la cantidad que debo. Tú o algún otro se lo habéis dicho. No puedo ir contra Mollenhauer. Todo lo que tengo se lo debo a él, de alguna manera. Él me colocó donde estoy.

—Escucha, George. Hagas lo que hagas en este momento, no permitas que esto de la lealtad política te nuble el juicio. Estás en una situación muy grave, igual que yo. Si no actúas por ti mismo ahora, nadie va a hacerlo por ti —ni ahora ni luego—, nadie. Y luego será demasiado tarde. Lo tuve claro anoche cuando fui a Butler en busca de ayuda para nosotros dos. Todos ellos saben lo de nuestras acciones en los tranvías y lo que quieren es librarse de nosotros, ese es el resumen; ni más ni menos. Es una lucha encarnizada lo que hay en este juego y en esta situación en concreto, y depende de nosotros salvarnos frente a todos ellos o hundirnos juntos, y eso es exactamente lo que he venido a decirte. Hoy por hoy le importas un pimiento a

Mollenhauer. Lo que le preocupa no es el dinero que me has estado prestando, sino quién se está beneficiando y qué está consiguiendo. Bien, ellos saben que tú y yo estamos comprando tranvías, ¿no lo ves?, y no quieren que los tengamos. Una vez que consigan que los soltemos, no malgastarán ni un momento más ni contigo ni conmigo. ¿No lo ves? Una vez que hayamos perdido todo lo que hemos invertido, y tú estés en la ruina y yo también, nadie va a mover un dedo por ti ni por mí, ni políticamente ni de ninguna otra manera. Quiero que lo entiendas, George, porque es verdad. Y antes de que digas que vas a hacer algo o que no vas a hacer nada porque eso es lo que dice Mollenhauer, quiero que pienses bien lo que tengo que decirte.

Se encontraba ahora frente a Stener, mirándolo directamente a la cara, intentando, mediante la fuerza cinética de su mente, hacer que Stener diera el único paso que podría salvarlo a él —a Cowperwood—, aunque de poco le serviría a Stener a la larga. Pero lo que es aún más interesante, es que no le importaba. Stener, tal como lo veía en aquel momento, no era más que un peón en manos de quien estuviera en cada momento, y a pesar del señor Mollenhauer, del señor Simpson y del señor Butler, él se proponía mantenerlo en sus manos si le era posible. De modo que allí estaba de pie ante él, mirándolo como lo haría una serpiente a un pájaro, decidido a convencerlo para que actuara en su propio y egoísta interés, si eso era posible. Pero Stener estaba tan asustado en aquel momento que parecía que poco se podría hacer con él. Tenía la cara de un color azul grisáceo, los párpados hinchados y bolsas bajo los ojos, y las manos y los labios húmedos. ¡Dios mío, estaba metido en un buen aprieto!

—Sí, ya lo sé, Frank —exclamó con desesperación—. Sé que lo que dices es cierto. Pero mira la posición en la que me encuentro si te doy ese dinero. Qué es lo que podrían hacerme, y lo harían. Sólo tienes que intentar verlo desde mi punto de vista. Ojalá no hubieras ido a ver a Butler antes de hablar conmigo.

—Como si hubiera podido hacer eso, George, cuando estabas por ahí cazando patos y yo andaba mandando cables a todas partes intentando ponerme en contacto contigo. ¿Cómo iba a haberlo hecho? Había que enfrentarse a la situación. Además, pensé que Butler me apreciaba más de lo que ha resultado después. Pero de nada sirve ahora que te enfades conmigo, George, por haber ido a Butler como hice, y además, no puedes permitirte ahora estar enfadado. Estamos juntos en esto. Aquí o nos salvamos o nos ahogamos los dos solitos —nadie más—, ¿no lo entiendes? Butler o no pudo o no quiso hacer lo que le pedí: que consiguiera que Mollenhauer y Simpson apoyaran el mercado. En vez de eso, lo están machacando. Tienen su propio juego. Y consiste en quitarnos a nosotros de en medio, ¿no lo entiendes? Para quedarse con todo lo que tú y yo hemos conseguido. Depende de ti y de mí que nos salvemos, y a eso he venido. Si no me prestas esos trescientos cincuenta mil dólares —trescientos mil al menos—, tú y yo estaremos arruinados. Y será peor para ti que para mí, George, porque yo no tengo nada que ver en este asunto en ningún aspecto; al menos, no legalmente. Pero no es en eso en lo que estoy pensando ahora. Lo que quiero hacer es salvarnos a los dos; hacernos ricos para el resto de nuestras vidas, a

pesar de lo que ellos digan o hagan, y está en tus manos, con mi ayuda, hacer eso por los dos. ¿Es que no lo entiendes? Quiero salvar mi negocio para poder después ayudarte a salvar tu nombre y tu dinero. —Se detuvo con la esperanza de que esto hubiera convencido a Stener, pero este último todavía estaba temblando.

—Pero ¿qué puedo hacer, Frank? —rogó débilmente—. No puedo ir contra Mollenhauer. Pueden procesarme si hago eso. O, pueden hacerlo, de todos modos. No puedo hacerlo. No soy lo suficientemente fuerte. Si no lo supieran, si no se lo hubieras dicho, quizá fuera diferente, pero de esta manera... —Negó con la cabeza con tristeza y con los pálidos ojos grises llenos de angustia.

—George —contestó Cowperwood, que ahora se daba cuenta de que sólo servirían los argumentos más ásperos—, no hables de lo que hice. Hice lo que tenía que hacer. Estás en peligro de perder la cabeza y los nervios y estás cometiendo un grave error en esto, y no quiero ver cómo eso ocurre. Tengo quinientos mil dólares del dinero de la ciudad invertidos para ti; parte para mí, y parte para ti, pero más para ti que para mí —lo que, por cierto, no era verdad—, y ahora estás aquí dudando en un momento como este de si debes proteger tus intereses o no. No lo entiendo. Se trata de un momento crítico, George. Las acciones se están desplomando por todas partes; las de todo el mundo. No estás solo en esto; ni yo tampoco. El incendio ha provocado el pánico y no puedes pretender salir de esta vivo si no haces algo para protegerte. Dices que le debes el puesto a Mollenhauer y que tienes miedo de lo que pueda hacer. Si te paras a mirar tu situación y la mía, verás que lo que pueda hacer no tiene mucha importancia siempre y cuando yo no quiebre. Si quiebro, ¿en qué posición quedas tú? ¿Quién va a evitar que te procesen? ¿Va a venir Mollenhauer o algún otro a poner quinientos mil dólares en la tesorería por ti? No lo hará. Si Mollenhauer y los otros realmente se preocupan por ti, ¿por qué no están hoy ayudándome en la bolsa? Te lo voy a decir. Lo que quieren son tus acciones del tranvía y las mías, y les da igual si después vas a la cárcel o no. Y ahora, si tienes dos dedos de frente me harás caso. Te he sido leal, ¿no? Has ganado dinero a través de mí; mucho. Si eres inteligente, irás a tu despacho, George, y me harás un cheque por trescientos mil dólares, antes de hacer ninguna otra cosa. No veas a nadie y no hagas nada hasta que no hayas hecho eso. Ya lo mismo va a dar ocho que ochenta. Nadie puede impedirte que me des ese cheque. Tú eres el tesorero de la ciudad. Una vez que lo tenga, podré encontrar la manera de salir de esta, y te lo devolveré la semana que viene o la siguiente; seguro que esta situación de pánico habrá terminado para entonces. Con ese dinero reingresado en la tesorería, podremos hablar con ellos sobre los quinientos mil dólares un poco más adelante. En tres meses o menos, puedo arreglarlo de modo que puedas reponerlos. De hecho, puedo hacerlo en quince días una vez que me recupere. Lo que necesito es tiempo. No habrás perdido tus participaciones y nadie te causará ningún problema si devuelves el dinero. Les interesa tan poco como a ti arriesgarse a crear un escándalo. Así que, ¿qué vas a hacer, George? Mollenhauer no puede impedirte hacer esto, igual que yo no puedo obligarte. Tu vida está en tus manos. ¿Qué vas a hacer?

Stener seguía allí meditando ridículamente cuando, de hecho, seguía desangrándose financieramente. Tenía miedo a actuar. Tenía miedo de Mollenhauer, de Cowperwood, de la vida y de sí mismo. La idea del pánico y de la pérdida, no era tanto algo tangible relacionado con sus propiedades y su dinero como relacionado con su estatus social y político en la comunidad. Pocas personas tienen el sentido de la individualidad financiera fuertemente desarrollado. No saben lo que significa ser capaz de controlar la riqueza, tener el control sobre aquello que desata las fuentes de acción social; su medio de cambio. Quieren dinero, pero no por el dinero en sí mismo. Lo quieren por lo que les permite comprar en forma de simples placeres, mientras que el financiero lo quiere por lo que le permite controlar —por lo que representa en cuanto a dignidad, fuerza y poder—. Cowperwood quería el dinero para eso; Stener no. Por eso se había prestado con tanta facilidad a que Cowperwood actuara por él; y ahora, cuando debería haber visto con mayor claridad que nunca el significado de lo que Cowperwood le proponía, tenía miedo y tenía la mente nublada por cosas como la probable furia y oposición de Mollenhauer, el posible fracaso de Cowperwood y su propia incapacidad de enfrentarse a una auténtica crisis. La habilidad financiera innata de Cowperwood no tranquilizaba a Stener en este momento. El banquero era demasiado joven, demasiado reciente. Mollenhauer era más viejo y más rico. Lo mismo ocurría con Simpson y con Butler. Estos hombres, con su riqueza, representaban las grandes fuerzas, los valores morales de su mundo. Y además, ¿no le había confesado el propio Cowperwood que corría un grave peligro; que estaba en un aprieto? Esa era la peor confesión posible para Stener —aunque en aquellas circunstancias era la única que se podía hacer— porque carecía de valor para enfrentarse al peligro.

Así que ahora, Stener seguía frente a Cowperwood, meditando, pálido, incapaz de hacer nada; incapaz de ver con rapidez dónde estaban sus intereses, incapaz de hacer algo por defenderlos de manera segura y enérgica —mientras se dirigían a su despacho. Cowperwood entró con él con la intención de continuar con su alegato.

—Bueno, George —dijo seriamente—, me gustaría que dijeras algo. No tengo tiempo. No se puede perder ni un momento. Dame el dinero y saldremos de esta rápidamente. No tenemos ni un momento, te digo. No permitas que esa gente te asuste; ellos están haciendo su juego; tú haz el tuyo.

—No puedo, Frank —dijo Stener finalmente, débilmente; en aquel momento, la imagen de la expresión dura y controladora de Mollenhauer se sobreponía en su mente al sentido de su propio futuro financiero—. Tengo que pensarlo. No puedo hacerlo ahora mismo. Strobik acababa de marcharse cuando llegaste y...

—¡Por Dios, George! —exclamó con desprecio Cowperwood—. ¡No me hables de Strobik! ¿Qué tiene él que ver con esto? Piensa en ti mismo. Piensa en dónde vas a terminar. Es en tu futuro —no en el de Strobik— en el que tienes que pensar.

—Ya lo sé, Frank —insistió Stener débilmente—, pero de verdad, no sé cómo hacerlo. De verdad que no. Tú mismo dices que no estás seguro de si podrás salir de

esta, y trescientos mil más son trescientos mil más. No puedo, Frank. De verdad que no puedo. No estaría bien. Además, quiero hablar primero con Mollenhauer, de todas maneras.

—¡Dios mío, qué cosas dices! —explotó Cowperwood furioso, mirándolo con un desprecio a duras penas disimulado—. ¡Adelante! ¡Ve a ver a Mollenhauer! Ve a que te diga que te cortes el cuello para su propio beneficio. No será adecuado prestarme trescientos mil dólares más, pero sí lo será dejar los quinientos mil dólares que has prestado al descubierto sin protección y terminar perdiéndolos. Eso sí está bien, ¿verdad? Eso es exactamente lo que te propones hacer; perderlos, y todo lo demás también. Voy a decirte lo que ha pasado, George; has perdido la cabeza. Has permitido que un simple mensaje de Mollenhauer te dé un susto de muerte, y como consecuencia de eso vas a poner en riesgo toda tu fortuna, tu reputación, tu posición, todo. ¿De verdad te das cuenta de lo que supondrá si quiebro? Te condenarán, George, te lo estoy diciendo. Irás a la cárcel. Este Mollenhauer, que con tanta facilidad te dice lo que no tienes que hacer, será el último en mover un dedo cuando te hayas hundido. Mírame, yo te he ayudado, ¿o no? ¿No me he encargado de tus negocios satisfactoriamente hasta ahora? ¿Qué demonios se te ha metido en la cabeza? ¿De qué tienes miedo?

Stener estaba a punto de hacer otra réplica endeble cuando se abrió la puerta del despacho y entró Albert Stires, el encargado de su despacho. Stener estaba demasiado aturdido en aquel momento como para prestarle mucha atención; pero Cowperwood se encargó del asunto personalmente.

—¿Qué hay, Albert? —preguntó con familiaridad.

—El señor Sengstack, de parte del señor Mollenhauer, ha venido a ver al señor Stener.

Al oír aquel nombre terrible, Stener se marchitó como una hoja. Cowperwood se dio cuenta y se dio cuenta también de que probablemente acabara de perder su última oportunidad de conseguir aquellos trescientos mil dólares. Pero no tenía intención de rendirse todavía.

—Bueno, George —dijo, una vez que Albert hubo salido con instrucciones de que Stener recibiría a Sengstack al cabo de un momento—. Ya veo lo que hay. Este hombre te tiene hipnotizado y eres incapaz de actuar por ti mismo en este momento; estás demasiado asustado. Lo dejaremos estar de momento; ya volveré. Pero por el amor de Dios, ¡cálmate! Piensa en lo que esto significa. Te estoy diciendo exactamente lo que ocurrirá si no lo haces. Serás rico e independiente si lo haces. Si no, te condenarán.

Y decidiendo que haría otro esfuerzo en la calle antes de ir a ver a Butler de nuevo, salió caminando enérgicamente, se montó de un salto en el ligero cupé que le esperaba en la puerta —un bonito y pequeño vehículo amarillo, con asientos de cuero amarillo, tirado por una yegua alazana de paso elegante— y al que hizo correr de puerta en puerta, para lanzar el sedal indiscriminadamente subiendo apresuradamente

los escalones tanto de bancos como de despachos.

Pero todo fue en vano. Todos se mostraron interesados y fueron atentos; pero la situación era muy inestable. El Girard National Bank rehusó concederle una hora de margen y tuvo que enviarles un gran paquete de sus acciones más valiosas para cubrir las pérdidas de las acciones que tenía con ellos. Su padre le hizo llegar a las dos el mensaje de que, como presidente del Third National, tendría que exigir la liquidación de los ciento cincuenta mil que debía allí. Los directores no se fiaban de sus acciones. Enseguida firmó un cheque por valor de cincuenta mil dólares, el depósito que tenía en aquel banco, cogió veinticinco mil de los fondos que tenía disponibles en su despacho, solicitó la cancelación de un crédito de cincuenta mil a Tighe & Co., y vendió sesenta mil de Green & Coates, una línea en la que había estado comprando tímidamente, por un tercio de su valor —y, reuniéndolo todo, lo envió al Third National—. Su padre se sintió inmensamente aliviado por una parte, pero también se sintió triste y deprimido por otra. Salió apresuradamente a las doce para ver qué podría conseguir con su patrimonio. De algún modo, se estaba comprometiendo al hacerlo, pero esto tenía que ver con su corazón de padre, así como con sus propios intereses financieros. Hipotecó la casa y obtuvo créditos por los muebles, carruajes, las parcelas, las acciones, y con ello consiguió reunir cien mil dólares en efectivo, que depositó en su propio banco a favor de Frank; pero se trataba de un ancla muy endeble para capear los remolinos de aquella tormenta. Frank había contado con que le extenderían todos los créditos al menos durante tres o cuatro días. Al repasar su situación a las dos de la tarde de aquel lunes, se dijo a sí mismo pensativamente, pero con determinación: «Bien, Stener tiene que prestarme trescientos mil; y no hay nada más que hablar. Y tengo que ir a ver a Butler ahora, o solicitaré que le liquide el préstamo antes de las tres».

Salió apresuradamente y se dirigió a casa de Butler conduciendo como un loco.

CAPÍTULO XXVI

Las cosas habían cambiado mucho desde la última vez que Cowperwood hablara con Butler. Aunque de lo más amistoso cuando le hiciera la propuesta de que se asociara con Mollenhauer y Simpson para sostener el mercado, ahora, este lunes por la mañana a las nueve, se había sumado una nueva complicación a su ya enredada situación, que había hecho que Butler cambiara completamente de actitud. Al salir de su casa para subirse a su cupé, a las nueve de la mañana de aquel mismo día en el que Cowperwood buscaba la ayuda de Stener, el cartero se había acercado y le había entregado a Butler en mano cuatro cartas, que este se detuvo a inspeccionar. Una era de un subcontratista llamado O'Higgins; la segunda era del padre Michael, su confesor, de St. Timothy, dándole las gracias por su contribución al fondo de los pobres de la parroquia; la tercera era de Drexel & Co. referente a un depósito y la cuarta era una comunicación anónima, garabateada en papel barato por alguien aparentemente poco culto —una mujer, probablemente—, que decía lo siguiente:

«Estimado señor: la presente es para advertirle de que su hija Aileen anda por ahí con un hombre con el que no debería, Frank A. Cowperwood, el banquero. Si no lo cree, vigile la casa del 931 de North Tenth Street, y así podrá verlo con sus propios ojos».

No había firma ni marca de ningún tipo que le indicara de dónde procedía. Butler tuvo la impresión de que la podría haber escrito alguien que viviera en los alrededores del número indicado. A veces tenía buen olfato. De hecho, la había escrito una muchacha, feligresa de St. Timothy, que vivía en las inmediaciones de la casa indicada y que conocía de vista a Aileen, de la que estaba celosa por sus aires y por su posición. Era una criatura insatisfecha, delgada y anémica, poseedora de ese tipo de mentes que pueden conciliar la gratificación de su rencor personal con la reconfortante sensación de haber cumplido con un deber moral. Su casa estaba unas cinco puertas más al norte que el domicilio oficioso de Cowperwood, pero al otro lado de la calle, y gradualmente, con el paso del tiempo, había descubierto, o había imaginado que había descubierto lo que significaba aquella casa, uniendo los datos reales con los imaginarios y fundiéndolo todo con su acertada intuición, lo cual la había dejado tan cerca de la realidad. El resultado de todo aquello era la carta que ahora se abría clara y desalentadora ante los ojos de Butler.

Los irlandeses son una raza a la vez filosófica y práctica. Su primer impulso, y el más fuerte, es el de sacar el mejor partido posible a una mala situación; poner mejor cara ante la adversidad de la que normalmente tiene. La primera lectura de estas líneas y de la información que contenían hizo que a Butler se le estremeciera aquel cuerpo robusto suyo. Apretó la mandíbula instintivamente y entrecerró los ojos grises. ¿Esto sería verdad? Si no lo era, ¿le habría dicho la autora de la carta con tanta naturalidad «Si no lo cree, vigile la casa del 931 de North Tenth Street»? ¿No era eso en sí ya suficiente prueba; su realismo duro y prosaico? Y este era el hombre que

había acudido a él la noche antes buscando ayuda —al que tanto se había molestado por ayudar—. Y entonces se abrió camino en su mente, algo lenta pero bastante perspicaz, la imagen de la distinción y el encanto de su hija —una imagen mucho más nítida de la que nunca se hubiera formado antes y, al mismo tiempo, una comprensión mucho más completa de la personalidad de Frank Algernon Cowperwood—. ¿Cómo había podido no detectar la auténtica sutileza de este hombre? ¿Cómo es que nunca había visto ninguna señal de ello, si es que había habido algo entre Cowperwood y Aileen?

Los padres con frecuencia tienen tendencia a dar a sus hijos por sentado debido a la sensación de seguridad que les proporciona el tiempo. Nunca ha ocurrido nada, de modo que nunca va a ocurrir nada. Ven a sus hijos todos los días, y a través de los ojos del afecto; y a pesar de su encanto natural y de su propio amor de padres, los hijos tienen propensión a convertirse no sólo en algo común y corriente, sino también en algo inefablemente seguro frente al mal. Mary es una buena chica; un poco alocada, pero ¿qué mal puede sucederle? John es un muchacho sincero y formal; ¿cómo iba a meterse en líos? La estupefacción de la mayoría de los padres ante la revelación repentina y accidental de algo negativo en relación con alguno de sus hijos es casi invariablemente patética. «¡Mi John! ¡Mi Mary! ¡Imposible!» Pero es posible. Muy posible. Decididamente probable. Algunos, por falta de experiencia o de juicio, o de ambos, se vuelven instantáneamente duros y amargos. Se sienten asombrosamente humillados tras tanta ternura y sacrificio. Otros se derrumban ante la grave manifestación de la inseguridad y de la falta de certezas de la vida —la química mística de nuestro ser—. Otros, a los que la vida les ha enseñado a golpes, o que están dotados de buen juicio o intuición, o de ambos, ven en esto la última manifestación de esa química incomprensible a la que llamamos vida y personalidad, y sabiendo que es inútil intentar contradecirlas, salvo a través de una mayor sutileza, ponen ante el asunto la mejor cara que pueden y piden una tregua hasta que puedan pensar. Todos sabemos que la vida es irresoluble; todos los que pensamos. El resto imagina algo vano, y están llenos de un ruido y de una furia que no significan nada.

Así Edward Butler, hombre de gran ingenio y de muchas experiencias duras y penosas, se encontró en su puerta sosteniendo en su mano grande y ruda aquel papel fino y barato que contenía una acusación tan terrible contra su hija. En ese momento le vino una imagen de ella cuando era muy pequeña —ella fue su primera hija— y de cuánto la había querido durante todos aquellos años. Había sido una niña preciosa — ¡cuántas veces había tenido aquel pelo dorado rojizo apretado contra su pecho! ¡Y cuántos miles de veces había acariciado sus tiernas mejillas con las manos de dedos duros y rudos! ¡Aileen, su hija, tan guapa y atractiva a sus veintitrés años!—. Se perdió en especulaciones oscuras, extrañas y tristes, incapaz en aquel momento de pensar, ni de decir ni de hacer lo más adecuado. No sabía qué era lo más adecuado, terminó por confesarse a sí mismo. ¡Aileen! ¡Aileen! ¡Su Aileen! Si su madre lo supiera, se le rompería el corazón. ¡No debía enterarse! ¡No debía enterarse! Y aun

así, ¿no sería mejor?

¡El corazón de un padre! El mundo deambula por las más extrañas veredas del afecto. El amor de una madre por sus hijos es dominante, leonino, egoísta y, al mismo tiempo, generoso. Es concéntrico. El amor de un esposo por su esposa, o el de un amante por su amada, es un dulce lazo de acuerdos e intercambios dentro de un bello torneo. El amor de un padre por su hijo o su hija, donde hay amor, es una entrega amplia, generosa, triste, contemplativa, que no espera recompensa; es el saludo y la despedida a un viajero inquieto al que daría cualquier cosa por proteger, un criterio equilibrado entre la debilidad y la fuerza, con dolor ante los fracasos y orgullo ante los logros. Es una flor preciosa, generosa y filosófica que rara vez pide demasiado, y que sólo pretende dar en abundancia y con sabiduría. «¡Ojalá que mi hijo tenga éxito! ¡Ojalá que me hija sea feliz!» ¿Quién no ha oído alguna vez o ha pensado en estas dos expresiones gemelas del fervor de la sabiduría y la ternura de un padre?

Mientras Butler se dirigía al centro de la ciudad, su mente enorme, lenta y, en algunos aspectos, caótica, repasó rápidamente todas las posibilidades relacionadas con esta revelación inesperada, triste e inquietante. ¿Por qué Cowperwood no se había contentado con su esposa? ¿Por qué había tenido que meterse en su casa (la de Butler), de entre todas las del mundo, para establecer una relación clandestina de este tipo? ¿Tenía Aileen alguna culpa en todo esto? Ella no carecía de recursos intelectuales propios. Debía de haber sido consciente de lo que hacía. Era una buena católica, o, por lo menos, así la habían educado. Todos estos años había ido a confesarse y a comulgar con regularidad. Era cierto que últimamente Butler había percibido que ya no se preocupaba tanto por ir a la iglesia, y que a veces se inventaba excusas para quedarse en casa los domingos; pero, por norma general, había ido. Y ahora, ahora —sus pensamientos llegaban al final de un callejón sin salida y entonces volvían, por así decirlo, y mentalmente, al meollo del asunto, para volver a empezar por el principio.

Subió despacio las escaleras que conducían a su despacho. Entró y se sentó, y siguió pensando sin parar. Dieron las diez, las once. Su hijo lo interrumpió con algún asunto de interés, pero al encontrarlo taciturno, finalmente lo dejó sumido en sus meditaciones. Dieron las doce y después la una, y continuaba allí sentado pensando, cuando le anunciaron la visita de Cowperwood.

Cowperwood, al encontrarse con que Butler no estaba en su casa, y al no encontrarse con Aileen, se apresuró en llegar a las oficinas de la Edward Butler Contracting Company, que eran también el centro de algunos de los intereses de Butler en los tranvías. El espacio que controlaba la compañía estaba dividido en los típicos compartimentos oficiales, con secciones para los contables, los encargados del transporte, el tesorero y demás. Owen Butler y su padre tenían unos despachos pequeños, pero atractivamente amueblados en la parte trasera, donde se llevaban a cabo los grandes negocios de la compañía.

Mientras se dirigía allí, curiosamente, a causa de una de esas extrañas intuiciones

psicológicas que tan a menudo preceden a una dificultad de algún que otro tipo, había estado pensando en Aileen. Estaba pensando en la peculiaridad de su relación con ella, y en el hecho de que ahora se dirigía a toda prisa a ver a su padre para pedirle ayuda. Al subir las escaleras, tuvo la peculiar sensación de que le rondaba la adversidad; pero no podría, según su visión de la vida, acreditarlo. Nada más echarle la vista encima a Butler, se dio cuenta de que algo había pasado. Ya no se mostraba tan amistoso; tenía la mirada oscura y su expresión mostraba una dureza que nunca antes había tenido, al menos hasta donde Cowperwood recordaba. Percibió enseguida que había algo distinto a una simple intención de negarle su ayuda y de reclamar el pago del crédito. ¿De qué se trataba? ¿De Aileen? Debía de ser eso. Alguien debía de haberle comentado algo. Los habían visto juntos. Bueno, aun así, no podrían demostrar nada. No le daría a Butler ninguna pista. Pero el crédito; se lo iba a reclamar, seguro. En cuanto a un nuevo crédito, ahora podía darse cuenta, sin necesidad de haber dicho ni una palabra, de que era inútil pensar en ello siquiera.

—He venido a verlo por ese crédito suyo, señor Butler —comenzó, rápidamente, con su antiguo aire desenvuelto. Nadie podría haber deducido ni por su actitud ni por su cara, que hubiera notado nada fuera de lo normal.

Butler, que se encontraba solo en la sala —Owen había salido al despacho adyacente—, simplemente se quedó mirándolo desde debajo de sus peludas cejas.

—Tengo que recuperar ese dinero —dijo brusca y sombríamente.

Una antigua furia irlandesa le inundó el pecho al contemplar a este gallardo y sofisticado joven que había sido la perdición de la virtud de su hija. Prácticamente lo fulminó con la mirada al pensar en ellos juntos.

—Pensé, por cómo iban las cosas esta mañana, que quizá lo quisiera —contestó Cowperwood tranquilamente, sin inmutarse—. El mercado se ha venido abajo, según he visto.

—El mercado se ha venido abajo y no se va a recuperar pronto, me parece a mí. Quiero que me devuelva lo que es mío hoy. No tengo tiempo que perder.

—Muy bien —contestó Cowperwood, que vio con claridad lo traicionera que era la situación. El viejo caballero se mostraba hosco. Su presencia lo irritaba por alguna razón; era una provocación. Cowperwood sintió con claridad que debía de tratarse de Aileen; que él debía de saber o de sospechar algo.

Debía simular que tenía asuntos apremiantes de negocios y terminar con aquello.

—Lo siento. Pensé que igual podría conseguir que usted lo extendiera; pero no importa; puedo conseguir el dinero. Se lo enviaré enseguida.

Se dio la vuelta y se encaminó rápidamente hacia la puerta.

Butler se levantó. Había pensado en manejar este asunto de otro modo. Había pensado en denunciarlo o incluso en agredirlo. Estaba a punto de hacer alguna insinuación o alguna acusación que lo obligara a darle una respuesta; pero Cowperwood ya había salido por la puerta y se alejaba con la misma desenvoltura de costumbre.

El anciano se sintió conmocionado, enfurecido y desilusionado. Abrió la puerta de la pequeña oficina que daba a la oficina contigua y llamó a Owen.

—Sí, padre.

—Manda a alguien al despacho de Cowperwood y recoge ese dinero.

—Has decidido reclamarlo, ¿eh?

—Sí.

A Owen lo sorprendió el tono enfadado del hombre. Se preguntaba por qué sería, pero pensó que él y Cowperwood igual habrían tenido unas palabras. Se dirigió a su mesa para escribir una nota y llamar a un empleado. Butler se dirigió a la ventana y se asomó. En aquel momento estaba enfadado, y se sentía amargado y despiadado.

—¡Maldito perro! —exclamó de repente para sí, en voz baja—. Le quitaré hasta el último dólar que tenga antes de acabar con él. Lo mandaré a la cárcel, vaya que sí. Lo destruiré, sí señor. ¡Espera y verás!

Apretó los grandes puños y los dientes.

—Ya le ajustaré las cuentas. Ya lo verá. ¡Perro! ¡Maldito canalla!

Jamás en su vida se había sentido tan amargado, tan cruel ni tan implacable.

Empezó a caminar por el despacho pensando en lo que podía hacer. Podía interrogar a Aileen; eso es lo que haría. Si su rostro o sus labios le decían que lo que sospechaba era cierto, ya se encargaría de Cowperwood más tarde. El asunto este del tesorero, por ejemplo. No era delito en lo que a Cowperwood concernía; pero se podría lograr que lo fuera.

Así que en ese momento, le dijo al empleado que avisara a Owen de que había salido a la calle un momento, cogió un tranvía y se dirigió a su casa, donde se encontró con su hija mayor preparándose para salir. Llevaba un vestido de calle de terciopelo morado ribeteado con un fino galón dorado y un llamativo turbante dorado y morado. Llevaba unas exquisitas botas nuevas de cuero de cabrito color bronce y guantes largos de gamuza color lavanda. Lucía en las orejas uno de sus últimos artificios, unos pendientes largos de azabache. El viejo irlandés se dio cuenta en esta ocasión, al verla, quizá con más claridad que nunca antes en su vida, de que había criado un pájaro de extraño plumaje.

—¿Dónde vas, hija? —preguntó, intentando infructuosamente ocultar el miedo, la inquietud y la furia que le ardía por dentro.

—A la biblioteca —dijo ella con naturalidad, pero aun así, presintiendo de repente que algo no iba bien con su padre. Tenía la cara cenicienta y mostraba una expresión de gravedad. Parecía cansado y triste.

—Sube un momento a mi despacho —dijo—. Quiero hablar contigo antes de que te vayas.

Aileen lo oyó con una extraña sensación de curiosidad y asombro. No era costumbre de su padre llamarla al despacho justo cuando estaba a punto de salir; y su actitud indicaba, en este caso, que esta excepcionalidad auguraba alguna extraña revelación de algún tipo. Aileen, al igual que cualquier otra persona que transgrede

las rígidas convenciones de su época, era muy consciente de los posibles resultados desastrosos que tendrían lugar si aquello llegaba a descubrirse. A menudo había pensado en lo que diría su familia si supieran lo que estaba haciendo; nunca había conseguido llegar a una conclusión concreta sobre lo que harían. Su padre era un hombre muy fuerte. Pero, que ella supiera, nunca había sido cruel ni frío en su actitud hacia ella ni hacia ningún otro miembro de la familia, pero especialmente no con ella. Siempre se había mostrado demasiado afectuoso como para que nada que pudiera ocurrir lo separara por completo de ella; pero no podía estar segura.

Butler iba delante, plantando sus grandes pies solemnemente sobre cada escalón al subir. Aileen lo siguió tras mirarse una sola vez en el espejo de pie del pasillo, dándose cuenta al mismo tiempo de lo bella que estaba y de lo insegura que se sentía por lo que estaba a punto de ocurrir. ¿Qué podía querer su padre? Palideció por un momento al pensar en lo que su padre pudiera querer.

Butler entró en su poco interesante despacho y se sentó en la gran silla de cuero, que no guardaba la proporción con el resto de los elementos de aquel despacho, pero que, aun así, hacía pareja con su escritorio. Ante él, a contraluz, se hallaba la silla del visitante, en la que le gustaba hacer que se sentaran aquellos cuyos rostros quería estudiar detenidamente. Cuando Aileen entró, le hizo un gesto para que se sentara allí, lo que a ella también le pareció que no auguraba nada bueno, y le dijo:

—Siéntate ahí.

Ella se sentó, sin saber qué pensar de semejante procedimiento. En aquel instante, recordó la promesa que le hiciera a Cowperwood de negarlo todo, pasara lo que pasara. Si su padre estaba a punto de asaltarla con aquel asunto, no recibiría respuesta, pensó ella. Se lo debía a Frank. Su bello rostro se endureció al instante. Apretó los dientes, pequeños y blancos, dando lugar a dos filas parejas; y su padre se dio cuenta con total claridad de que ella estaba preparándose a conciencia para repeler un ataque de algún tipo. Esto le hizo temer que fuera culpable, y se sintió aún más angustiado, avergonzado e indignado, lo que le produjo una sensación de desdicha total. Hurgó en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y sacó de entre varios papeles la fatal comunicación escrita en aquel papel de textura barata. Con torpeza y casi temblorosamente, consiguió sacar la carta del pequeño sobre con sus grandes dedos y la abrió sin decir ni una palabra. Aileen observaba su cara y sus manos, preguntándose qué podría ser aquello que sostenía. Le entregó el papel, que parecía pequeño en comparación con su puño grande, y le dijo:

—Lee eso.

Aileen lo cogió y por un segundo se sintió aliviada de poder bajar los ojos hacia el papel. Su alivio desapareció al instante, cuando se dio cuenta de que tendría que volver a levantarlos y mirarlo a la cara.

«Estimado señor: la presente es para advertirle de que su hija Aileen anda por ahí con un hombre con el que no debería, Frank A. Cowperwood, el banquero. Si no lo cree, vigile la casa del 931 de North Tenth Street, y así podrá verlo con sus propios

ojos.»

Sin poder evitarlo, se le fue el color de las mejillas al instante, para volver en una ardiente oleada desafiante.

—Bueno, ¡menuda mentira! —dijo ella levantando los ojos hasta los de su padre—. ¿Cómo puede nadie escribir algo así sobre mí? ¡Cómo se atreven! ¡Esto me parece una vergüenza!

El viejo Butler la observó atentamente, con solemnidad. No lo había engañado en lo más mínimo con su bravata. Si fuera inocente, se habría puesto en pie de un salto en una muestra de su habitual rebeldía. Habría protestado con todo su cuerpo. En este momento, se limitaba a mirarlo fijamente y con altivez, y él fue capaz de discernir la culpable verdad que se escondía tras su desafiante fachada.

—Hija, ¿y cómo sabes que no he hecho que vigilen la casa? —dijo él socarronamente—. ¿Cómo sabes que no te han visto entrando allí?

Sólo la solemne promesa de Aileen a su amante podría salvarla de este sutil golpe. En cualquier caso, palideció nerviosamente; pero vio a Frank Cowperwood, solemne y distinguido, preguntándole qué diría si la cogieran.

—¡Es mentira! —dijo ella, recuperando el aliento—. No he estado en ninguna casa de ese número y nadie me ha visto entrar allí. ¿Cómo puedes preguntarme eso, padre?

A pesar de la incertidumbre, mezclada con la firme creencia de que su hija era culpable, no pudo por menos que admirar su valor —se mostraba tan desafiante, sentada allí, completamente decidida a mentir para defenderse—. Su belleza la ayudaba y hacía que él la valorara aún más. Después de todo, ¿qué se podía hacer con una mujer como esta? Ya no era una niña de diez años, a pesar de que a veces siguiera viéndola así.

—No deberías decir eso si no es verdad, Aileen —dijo—. No deberías mentir. Va contra tu fe. ¿Por qué iba nadie a escribir una carta así si no fuera cierto?

—Pero no es cierto —insistió Aileen, fingiendo rabia y un gran sentimiento de indignación—, y no creo que tengas derecho a sentarte ahí a decirme eso. No he estado ahí y no ando por ahí con el señor Cowperwood. Vamos, sólo conozco a ese hombre de las reuniones sociales.

Butler negó solemnemente con la cabeza.

—Es un gran golpe para mí, hija. Es un gran golpe para mí —dijo—. Deseo fiarme de tu palabra, si tú lo dices; pero no puedo evitar pensar lo triste que sería que me estuvieras mintiendo. No he hecho que vigilen la casa. Esto me llegó esta mañana. Y puede que lo que está escrito ahí no sea cierto; espero que no lo sea. No volveremos a hablar de esto por ahora. Pero si hay algo de cierto y todavía no te has comprometido demasiado como para que eso te impida salvarte, quiero que pienses en tu madre, en tu hermana y en tus hermanos, y que seas una buena chica. Piensa en la iglesia en la que has sido educada y en el nombre que tenemos que defender en este mundo. Porque, si estuvieras haciendo algo inapropiado, y la gente de Filadelfia se

enterara, esta ciudad, con todo lo grande que es, no lo sería lo suficientemente como para cobijarnos. Tus hermanos tienen una reputación y un trabajo aún por hacer aquí. Tú y tu hermana queréis casaros algún día. ¿Cómo ibas a poder mirar al mundo a la cara y hacer nada de nada si estás haciendo lo que dice esta carta que estás haciendo, y además se dijera eso de ti?

La voz del hombre estaba cargada de una emoción nueva, extraña y triste. No quería creer que su hija fuese culpable, aunque sabía que lo era. No quería enfrentarse a lo que consideraba que era su deber según sus fuertes creencias religiosas, a tener que hacerle duros reproches. Imaginaba que había padres que la habrían echado. Había otros que posiblemente hubieran matado a Cowperwood tras una sutil investigación. Pero eso no era para él. Si había de vengarse, lo haría a través de la política y las finanzas; tenía que echarlo. Pero no por nada desesperado y relacionado con Aileen; eso ni se le ocurría.

—Oh, padre —le contestó Aileen, con una considerable capacidad histriónica al aparentar irritación—. ¿Cómo puedes hablar así cuando sabes que no soy culpable? ¿Cuando yo te lo estoy diciendo?

El viejo irlandés sintió una profunda tristeza al ver con claridad lo que se escondía bajo aquel fingimiento —al saber que una de sus esperanzas más preciadas acababa de ser destruida—. Había tenido grandes esperanzas para ella tanto socialmente como en cuanto a un posible matrimonio. Había al menos una docena de jóvenes excelentes que habrían podido casarse con ella, y ella habría podido tener hermosos hijos que lo hubieran consolado en la vejez.

—Bueno, hija, por el momento no volveremos a hablar de esto —dijo él, cansado—. Has significado tanto para mí durante todos estos años que casi no puedo creer nada malo de ti. No quiero creerlo, bien lo sabe Dios. Ahora ya eres una mujer adulta; y si estás haciendo algo inapropiado, supongo que poco puedo hacer para impedírtelo. Podría echarte de la casa, por supuesto, como harían otros muchos padres; pero no me gustaría tener que hacer algo así. Pero si estás haciendo algo... —y levantó la mano para detener una protesta por parte de Aileen—, recuerda que, a la larga, lo averiguaré, y que en Filadelfia no habrá espacio para mí y para el hombre que haya hecho algo así. Lo atraparé —dijo él, levantándose de manera repentina—. Lo cogeré, y cuando lo haga... —Se volvió hacia la pared, lívido, y Aileen se dio cuenta con total claridad de que Cowperwood, aparte de los otros problemas que pudieran estar acosándolo, ahora tendría además que vérselas con su padre. ¿Era por eso por lo que Frank la había mirado con tanta dureza la noche anterior?

—Tu madre se moriría con el corazón roto si pensara que alguien pudiera decir ni una sola palabra contra ti —siguió Butler, con la voz entrecortada—. Este hombre tiene familia; mujer e hijos. No deberías querer hacer nada que pudiera dañarlos. Van a tener problemas de sobra, si no me equivoco, para enfrentarse con lo que les espera en el futuro. —Y a Butler se le endureció aún más la mandíbula—. Eres una muchacha preciosa. Eres joven. Tienes dinero. Hay decenas de jóvenes que se

sentirían orgullosos de hacerte su esposa. Independientemente de lo que ahora pienses o hagas, no desperdicies tu vida. No destruyas tu alma inmortal. No me destroces el corazón.

Aileen, que no era mezquina —llena de afecto y pasión— podría haber llorado. Sentía lástima de su padre con todo su corazón; pero le debía lealtad a Cowperwood, y esa lealtad se mantenía inquebrantable. Quiso decir algo, protestar de nuevo; pero sabía que no serviría para nada. Su padre sabía que estaba mintiendo.

—Bueno, de nada sirve que diga nada más, padre —dijo ella, poniéndose en pie. La luz del día se apagaba en la ventana. La puerta del piso de abajo se cerró con un ligero portazo, indicando que uno de los chicos acababa de entrar. El viaje que había tenido intención de hacer a la biblioteca, ahora carecía de interés para ella—. Aunque no me creas, sigo siendo inocente.

Butler levantó su mano grande y morena pidiendo silencio. Ella se dio cuenta de que esta vergonzosa relación, en lo que a su padre se refería, había quedado completamente atestiguada, y que esta difícil entrevista había terminado. Se dio la vuelta y salió caminando avergonzada. Él esperó hasta que oyó que el sonido de sus pasos se perdía por el pasillo de camino a su habitación. Después se puso de pie y una vez más apretó los puños.

—¡Canalla! —dijo—. ¡Canalla! Lo echaré de Filadelfia, aunque me cueste hasta el último dólar que tenga en el mundo.

CAPÍTULO XXVII

Por primera vez en su vida, Cowperwood fue consciente de haber presenciado ese interesante fenómeno social —el sentimiento de un padre ultrajado—. Mientras que no tenía conocimiento alguno de por qué Butler se había enfurecido, presentía que Aileen era la causa. Él también era padre. Su hijo, Frank, no suponía para él nada excepcional. Pero la pequeña Lillian, con su delicado cuerpecito y aquella cabeza de brillante aureola, siempre le había atraído. Algún día sería una mujer encantadora, pensaba, y él haría todo lo que pudiera porque estuviera bien situada y libre de preocupaciones. Le decía que tenía los «ojitos como botones», «los pies como un gatito» y que las manitas eran «una peseta de jamón» de lo chiquitas. La niña admiraba a su padre y a menudo se quedaba de pie junto a su silla en la biblioteca o en la sala de estar, o junto a su escritorio en el despacho privado, o junto a su asiento en la mesa, haciéndole preguntas.

Esta actitud suya hacia su propia hija le hizo ver con claridad cómo se sentiría Butler hacia Aileen. Se preguntaba cómo se sentiría si se tratara de su pequeña Lillian, y aun así, siguió pensando que tampoco armaría mucho alboroto por este asunto, ni por él ni por ella, si tuviera la edad de Aileen. Los hijos y sus vidas estaban más o menos por encima de la voluntad de los padres, y resultaría difícil para un padre controlar a ningún hijo, a menos que este fuera de carácter sumiso y estuviera dispuesto a dejarse controlar.

También lo hizo sonreír, aunque de manera forzada, constatar cómo el destino no cesaba de enviarle dificultades. El incendio de Chicago, la ausencia de Stener en un principio, y la indiferencia de Butler, Mollenhauer y Simpson hacia el destino de Stener y el suyo. Y ahora, esta más que probable revelación sobre su relación con Aileen. Todavía no podía estar seguro, pero su instinto y su intuición le decían que debía de tratarse de algo así.

Se sentía inquieto por lo que Aileen pudiera hacer o decir si su padre la enfrentaba de repente. ¡Ojalá pudiera llegar hasta ella! Pero si tenía que hacer frente a la reclamación de Butler para la liquidación del préstamo, y a las que recibiría a lo largo del día o a la mañana siguiente, no tenía ni un momento que perder. Si no pagaba, debía hacer transmisiones enseguida. La furia de Butler, Aileen, el peligro que él corría, quedaron relegados de momento. Su mente se concentró exclusivamente en cómo salvarse financieramente.

Salió apresuradamente para visitar a George Waterman; a David Wiggin, el hermano de su esposa, que ahora disfrutaba de una posición razonablemente acomodada; a Joseph Zimmermann, el acaudalado comerciante textil que había hecho negocios con él en el pasado; al juez Kitchen, que era un operador privado de considerable riqueza; a Frederick van Nostrand, tesorero del estado, que estaba interesado en las acciones del tranvía local, y a otros. De todos a los que acudió, uno no estaba en posición de hacer nada por él; otro tenía miedo; un tercero hacía cálculos

desesperadamente para regatearle; un cuarto se mostraba demasiado prudente y requería más tiempo angustiosamente. Todos presentían cuál era su situación real, todos querían tiempo para pensarlo y él no tenía tiempo para pensar. El juez Kitchen accedió a prestarle treinta mil dólares; una suma miserable. Joseph Zimmerman sólo se atrevió a arriesgar veinticinco mil dólares. Vio que en total podría conseguir setenta y cinco mil dólares hipotecando el doble de esa cantidad en acciones; pero era ridículamente insuficiente. Había vuelto a hacer los cálculos, hasta el último dólar, y necesitaba tener al menos doscientos cincuenta mil dólares para asegurar todas sus participaciones actuales, o tendría que cerrar las puertas. Mañana a las dos lo sabría. Si no, su nombre aparecería como «en quiebra» en una veintena de libros mayores de Filadelfia.

¡Adónde había llegado, él que tan altas esperanzas había tenido hacía tan poco tiempo! Había un crédito de cien mil dólares del Girard National Bank que tenía especial interés en liquidar. Este banco era el más importante de la ciudad, y si conseguía mantener una buena relación con ellos al liquidar este crédito puntualmente, quizá podría esperar que lo favorecieran en el futuro, independientemente de lo que pudiera ocurrir. Pero por el momento, no veía cómo iba a poder hacerlo. Aun así, decidió, tras pensarlo durante algún tiempo, que entregaría las acciones que el juez Kitchen, Zimmerman y los otros habían aceptado quedarse, para obtener los cheques o el dinero en efectivo aquella misma noche. Después convencería a Stener de que le hiciera un cheque por los sesenta mil dólares de crédito de la ciudad que había comprado aquella mañana en la bolsa. De ahí podría quedarse con veinticinco mil dólares para completar la suma que le debía al banco, y aún le quedarían treinta y cinco mil.

El único inconveniente de este arreglo era que, al hacerlo, estaría creando una situación algo complicada con respecto a aquellos mismos certificados. Desde que los adquiriera por la mañana, no los había depositado en el fondo de amortización, donde correspondía (los habían llevado a su oficina a la una y media de la tarde), sino que, por el contrario, los había hipotecado inmediatamente para cubrir otro crédito. Era una operación arriesgada, teniendo en cuenta que corría el peligro de quebrar y que no tenía la seguridad de poder rescatarlos a tiempo.

Pero, razonó, tenía un acuerdo de funcionamiento con el tesorero de la ciudad (ilegal, por supuesto), que podría convertir esa operación en algo plausible, y casi adecuado, incluso en el caso de que quebrara, y eso era porque no tenía por qué cerrar ninguna de las cuentas hasta finales de mes. Si quebraba, y los certificados no se hallaban en el fondo de amortización, podría decir, y sería verdad, que tenía por costumbre tomarse su tiempo, y lo había olvidado. Por lo tanto, la obtención de un cheque por estos certificados que aún no había depositado sería, técnicamente, si no legal y moralmente, plausible. La ciudad perdería otros sesenta mil dólares —lo que haría quinientos sesenta mil dólares en total, y que en vista de una probable pérdida de quinientos mil, no supondría una diferencia tan grande—. Pero su cautela entraba

en contradicción con su necesidad en esta ocasión, y decidió que no reclamaría el cheque a menos que Stener finalmente se negara a ayudarlo con trescientos mil más, en cuyo caso se lo reclamaría como algo que le correspondía. Con toda probabilidad, a Stener no se le ocurriría preguntarle si los certificados estaban en el fondo de amortización o no. Si lo hacía, tendría que mentirle —eso era todo.

Volvió rápidamente a su despacho, y, al encontrarse con la nota de Butler, tal como esperaba, le hizo un cheque a cargo del banco de su padre por los cien mil dólares que su amante padre había puesto a su nombre, y lo envió a la oficina de Butler. Había otra nota, de Albert Stires, el secretario de Stener, en la que le advertía de que no comprara ni vendiera más crédito de la ciudad; ya que hasta nuevo aviso aquellas transacciones no se liquidarían. Cowperwood inmediatamente supo de dónde procedía aquella advertencia. Stener había estado hablando con Butler o con Mollenhauer y estos le habían advertido y asustado. Aun así, volvió a montarse en su cupé y fue directamente a la oficina del tesorero.

Desde la visita de Cowperwood, Stener había vuelto a hablar con Sengstack, con Strobik y con otros, todos ellos enviados para que se encargaran de meterle en el cuerpo suficiente miedo a los asuntos financieros. El resultado era una oposición total a Cowperwood.

El propio Strobik se hallaba considerablemente angustiado. Él, Wycroft y Harmon también habían estado utilizando el dinero de la tesorería —sumas mucho menores, por supuesto, porque carecían de la imaginación financiera de Cowperwood — y les preocupaba cómo encontrar la manera de reponer lo que debían antes de que estallara la tormenta. Si Cowperwood quebraba y a Stener le faltaba dinero de las cuentas, eso podría resultar en una investigación del presupuesto completo, en cuyo caso, saldrían a relucir sus créditos. Tenían que restituir lo que debían, de modo que, al menos, no los acusaran de malversación.

—Acude a Mollenhauer —le había aconsejado Strobik a Stener poco después de que Cowperwood se hubiera marchado del despacho de este último— y cuéntale toda la historia. Él te puso aquí. Apostó fuerte por tu nominación. Explícale cuál es exactamente tu situación y pregúntale qué debes hacer. Probablemente él pueda decírtelo. Ofrécele tus acciones para echarle una mano. Tienes que hacerlo. No puedes evitarlo. Y hagas lo que hagas, no le prestes a Cowperwood ni un mísero dólar más. Te tiene ya tan liado que difícilmente vas a poder salir. Pregúntale a Mollenhauer si puede ayudarte a obligar a Cowperwood a devolver ese dinero. Quizá tenga influencia sobre él.

En esta conversación se dijeron más cosas en el mismo sentido, y después Stener fue corriendo tan rápido como le permitían sus piernas hasta el despacho de Mollenhauer. Tenía tanto miedo que casi no podía ni respirar y estaba dispuesto a tirarse de rodillas ante aquel gran financiero y líder germano-estadounidense. ¡Ay, ojalá Mollenhauer quisiera ayudarlo! ¡Sólo con que pudiera salir de esta sin ir a la cárcel!

«¡Ay, Señor! ¡Ay, Señor! ¡Ay, Señor!», se repetía sin cesar, una y otra vez, mientras caminaba. «¿Qué puedo hacer?»

La actitud de Henry Mollenhauer, del adusto jefe político que era —entrenado en una escuela dura—, era exactamente la actitud de cualquier hombre de su estatus en circunstancias tan difíciles como aquellas.

Se preguntaba, en vista de lo que Butler le había contado, cuánto provecho podría sacarle a aquella situación. Si podía, quería hacerse con el control de las acciones del tranvía que Stener tuviera en ese momento, sin que eso lo comprometiera. Las acciones de Stener podrían transferirse fácilmente a un testaferro a través de los agentes de Mollenhauer, quienes después las transferirían a su nombre (al de Mollenhauer). Debía exprimir a Stener aquella misma tarde, y en cuanto a la deuda de quinientos mil dólares con la tesorería, Mollenhauer no veía qué se podía hacer. Si Cowperwood no podía pagarla, la ciudad tendría que perder ese dinero; pero habría que silenciar el escándalo hasta después de las elecciones. Stener, a menos que los distintos líderes del partido tuvieran más generosidad de la que Mollenhauer imaginaba, tendría que sufrir la denuncia, el arresto, el juicio, la confiscación de sus propiedades y posiblemente una condena de cárcel, aunque esta podría conmutarla el gobernador fácilmente una vez que se hubiera calmado el clamor del público. Ni siquiera se molestó en pensar si Cowperwood tenía implicaciones penales o no. Se apostaba cien a uno a que no era así. Un hombre tan astuto como ese sabía cuidar de sí mismo. Pero si había algún modo de desplazar la culpa a Cowperwood y así librar al tesorero y al partido, no pondría ninguna objeción a que se hiciera. Quería conocer primero la historia completa de las relaciones de Stener con el agente. Mientras tanto, lo que tenía que hacer era quedarse con todo lo que pudiera sacarle a Stener.

El preocupado tesorero, al llegar ante la presencia de Mollenhauer, se dejó caer sin fuerzas en una silla y se hundió. Estaba completamente vencido mentalmente. Había perdido el valor y le faltaba tanto el aliento como la valentía.

—¿Y bien, señor Stener? —preguntó Mollenhauer, imponente, fingiendo no saber lo que lo traía hasta allí.

—He venido a verlo por el asunto de mis créditos al señor Cowperwood.

—Sí, ¿qué pasa con ellos?

—Bueno, me debe, o más bien a la tesorería de la ciudad, quinientos mil dólares, y tengo entendido que va a quebrar y que no podrá devolverlos.

—¿Quién le ha dicho eso?

—El señor Sengstack, y después de eso, el señor Cowperwood ha venido verme. Me dice que necesita más dinero o quebrará, y que quiere un nuevo préstamo de trescientos mil dólares más. Dice que lo necesita.

—¡No me diga! —dijo Mollenhauer, intentando demostrar una sorpresa que no sentía—. Y usted no tendrá intención de hacer eso, por supuesto. Ya está usted tremendamente comprometido, tal como están las cosas. Si él quiere saber por qué, mándemelo a mí. Pero no le adelante ni un dólar más. Si lo hace, y este asunto llega a

juicio, no habrá ningún tribunal que se apiade de usted. Ya va a resultar difícil hacer algo por usted tal como estamos. Sin embargo, si no le adelanta más dinero, ya veremos. Puede que sea posible, no puedo asegurárselo, pero en cualquier caso, no puede salir más dinero de la tesorería para empeorar este asunto. Ya es lo bastante difícil tal como está. —Se quedó mirando a Stener fijamente a modo de advertencia. Y él, conmocionado y enfermo, y aun así, debido a la leve sugerencia de misericordia que Mollenhauer había dejado caer entre sus comentarios, ahora se deslizó de la silla hasta quedar de rodillas y juntó las manos y las levantó hasta quedar en la postura de un devoto ante una imagen sagrada.

—¡Oh, señor Mollenhauer! —se atragantó, comenzando a llorar—. No pretendía hacer nada inadecuado. Strobik y Wycroft me dijeron que estaba bien, y usted me envió a Cowperwood en un principio. Sólo hice lo que creí que habían estado haciendo los otros. El señor Bode lo hacía, igual que lo he estado haciendo yo. Hacía negocios con Tighe & Co. Tengo esposa y cuatro hijos, señor Mollenhauer. Mi hijo pequeño tiene sólo siete años. ¡Piense en ellos, señor Mollenhauer! ¡Piense en lo que mi arresto supondría para ellos! No quiero ir a la cárcel. No creía estar haciendo nada malo, de verdad se lo digo. Renunciaría a todo lo que tengo. Puede quedarse con todas mis acciones, con las casas, las parcelas —todo—, si con eso consigue sacarme de esta. No permitiré que me lleven a la cárcel, ¿verdad?

Los labios, pálidos y carnosos, le temblaban nerviosamente, y le corrían gruesas y ardientes lágrimas por las mejillas, antes tan pálidas y ahora encendidas. Representaba una de esas imágenes casi increíbles que sin embargo son tan intensamente humanas y reales. ¡Ay, si los grandes gigantes de las finanzas y la política revelaran por una vez los detalles exactos de sus vidas!

Mollenhauer lo miró con calma, meditabundo. ¡A cuántos peles había visto no más deshonestos que él mismo, pero carentes de su valor y sutileza, rogándole de este modo, no exactamente de rodillas, pero sí entregados intelectualmente! La vida, para él, igual que para cualquier otro hombre de grandes conocimientos de tipo práctico y de gran perspicacia, era un laberinto inexplicable. ¿Qué se podía hacer con los así llamados preceptos morales del mundo? Este hombre, Stener, se creía deshonesto, y que él, Mollenhauer, era honesto. Y aquí se encontraba, autoinculpándose de un pecado, y rogándole a él, a Mollenhauer, igual que lo haría ante un santo immaculado y virtuoso. De hecho, Mollenhauer sabía que él simplemente era más sagaz, más precavido, más calculador, pero no menos deshonesto. A Stener le faltaban fuerza y cerebro, pero no moral. Y esta carencia constituía su principal delito. Había gente que creía en unos místicos valores morales —un ideal de conducta completa y absolutamente alejado de lo que era la vida real; pero nunca había visto a nadie regirse por ellos, salvo para su propia destrucción financiera (no moral; no diría eso) —. Los hombres que se aferraban a estos ideales fatuos nunca eran hombres importantes ni prácticos. Siempre eran pobres, anodinos e insignificantes soñadores. Aunque hubiera querido, no habría logrado hacer que Stener lo entendiera, y

ciertamente, no era eso lo que quería. Lo sentía por la señora Stener y por sus pequeños. No le cabía duda de que ella había trabajado mucho, al igual que el señor Stener, por ascender en la vida y llegar a ser algo —sólo algo más que pobres de solemnidad—; y ahora esta desafortunada complicación había tenido que surgir para desbaratar lo que habían conseguido —este incendio en Chicago—. ¡Qué cosa más curiosa! Si había algo que lo hiciera dudar más que ninguna otra cosa de la existencia de una Providencia amable y dominante, eran aquellas tormentas inesperadas que surgían sin previo aviso —tanto financieras, como sociales, como de cualquier otra índole— y que con tanta frecuencia suponían la ruina y el desastre para muchos.

—Levántese, Stener —dijo tranquilamente tras unos momentos—. No debe dejarse dominar por los sentimientos de esta manera. No debe llorar. Estos problemas no se solucionan nunca con lágrimas. Tiene que pensar un poco en sí mismo. Quizá la situación no sea tan mala.

Mientras le decía esto, Stener iba recuperando el sitio en la silla, sacó el pañuelo y comenzó a sollozar desesperadamente tapándose con él.

—Haré lo que pueda, señor Stener. No le prometo nada. No puedo asegurarle cuál será el resultado. En esta ciudad hay muchas y muy peculiares fuerzas políticas. Puede que no consiga salvarlo, pero estoy completamente dispuesto a intentarlo. Tiene que ponerse totalmente bajo mi dirección. No debe decir ni hacer nada sin consultarlo previamente conmigo. Le enviaré a mi secretario de vez en cuando y él le dirá lo que tiene que hacer. No debe venir a verme a menos que yo mande a buscarlo. ¿Lo ha entendido todo bien?

—Sí, señor Mollenhauer.

—Bien, ahora séquese los ojos. No quiero que salga de este despacho llorando. Vuelva a su despacho y yo mandaré a Sengstack a verle. Él le dirá lo que tiene que hacer. Siga sus instrucciones al pie de la letra. Y cuando mande a buscarlo, venga enseguida.

Se puso en pie, grande, seguro de sí mismo, reservado. Stener, animado por el sutil consuelo de sus palabras, recuperó la ecuanimidad hasta cierto punto. El señor Mollenhauer, el gran y poderoso señor Mollenhauer, iba a ayudarlo a salir de este apuro. Quizá no tendría que ir a la cárcel después de todo. Se fue unos momentos después, con la cara todavía algo enrojecida por el llanto, pero libre de otras marcas que pudieran delatarlo, y regresó a su despacho.

Tres cuartos de hora después, lo visitó Sengstack por segunda vez aquel día — Abner Sengstack, pequeño, de cara morena, con el pie zopo^[1] y una gruesa suela de cuero de casi ocho centímetros bajo la atrofiada pierna derecha, en cuyas facciones ligeramente esclavas se traslucía una gran inteligencia, y cuyos inescrutables ojos negros eran agudos y penetrantes—. Sengstack era un secretario digno de Mollenhauer. A un solo golpe de vista se sabía que obligaría a Stener a hacer exactamente lo que Mollenhauer sugiriera. Su trabajo consistía en inducir a Stener a renunciar inmediatamente a sus acciones del tranvía a través de Tighe & Co., los

agentes de Butler, en favor de un subagente político que más adelante las transferiría a Mollenhauer. Lo poco que Stener consiguiera por ellas, bien podría ingresarse en la tesorería. Tighe & Co. se encargarían de los detalles de este «cambio» sin darle a ningún otro la opción de pujar, mientras que al mismo tiempo, pareciera que se había realizado una operación en el mercado libre. Al mismo tiempo, Sengstack investigó cuidadosamente el estado del despacho del tesorero para beneficio de su amo —y descubrió lo que Strobik, Wycrift y Harmon habían estado haciendo con sus créditos—. A través de otra fuente, se les ordenó que restituyeran el dinero inmediatamente si no querían enfrentarse a los tribunales. Eran parte de la maquinaria política de Mollenhauer. Luego, después de haber advertido a Stener de que no cediera el resto de sus propiedades a nadie, y que no escuchara a nadie, mucho menos los consejos del maquiavélico Cowperwood, Sengstack se marchó.

No hace falta decir lo satisfecho que se sentía Mollenhauer con el giro que habían tomado los acontecimientos. Lo más probable era que la posición en la que se encontraba Cowperwood lo obligara a ir a verlo, y en cualquier caso, gran parte de las propiedades que controlaba ya estaban en manos de Mollenhauer. Y si por las buenas o por las malas conseguía asegurarse el resto, Simpson y Butler igual tendrían que hablar con él en lo tocante a este asunto del tranvía. Sus participaciones eran ahora tan mayoritarias como las de cualquiera, si no las más importantes con diferencia.

CAPÍTULO XXVIII

En mitad de esta situación tan enrarecida llegó Cowperwood al despacho de Stener a última hora de la tarde de aquel lunes.

Stener estaba solo, preocupado y afligido. Estaba ansioso por ver a Cowperwood y, al mismo tiempo, tenía miedo.

—George —comenzó Cowperwood enérgicamente nada más verlo—, no tengo mucho tiempo que perder ahora, pero he venido a decirte que finalmente tendrás que prestarme esos trescientos mil dólares más si no quieres que quiebre. Las cosas pintan muy mal hoy. Me tienen acorralado con los créditos; pero esta tormenta no va a durar. No hay más que ver por lo que la ha provocado que no puede durar.

Estaba mirando a Stener a la cara y viendo cómo tenía dibujados allí el miedo y una dolorosa y firme necesidad de oponerse a él.

—Chicago se está quemando, pero se volverá a reconstruir. Los negocios serán incluso mayores después. Ahora quiero que seas razonable y que me ayudes. No tengas miedo. —Stener se rebulló inquieto—. No dejes que estos políticos te tengan muerto de miedo. Todo pasará dentro de unos días y después estaremos en mejor posición que nunca. ¿Has ido a ver a Mollenhauer?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me dijo exactamente lo que creía que diría. Que no me autoriza a que haga esto. No puedo, Frank, ¡ya te lo he dicho! —exclamó Stener poniéndose en pie de un salto. Estaba tan nervioso que le había costado permanecer sentado durante esta breve y directa conversación—. ¡No puedo! ¡Me tienen acorralado! ¡Van a por mí! Todos están al tanto de lo que hemos estado haciendo. Mira, Frank —dijo levantando los brazos violentamente—, tienes que sacarme de esta. Tienes que devolverme esos quinientos mil dólares y sacarme de esta. Si no lo haces y terminaras quebrando, me mandarán a la cárcel. Tengo esposa y cuatro hijos, Frank. No puedo seguir metido en esto. Es demasiado grande para mí. Nunca debería haberme metido en esto para empezar. Yo jamás lo habría hecho si tú no me hubieras persuadido. Nunca creí cuando empecé a hacerlo que me vería tan seriamente involucrado. No puedo seguir, Frank. ¡No puedo! Estoy dispuesto a cederte todas mis acciones con tal de que me devuelvas esos quinientos mil, y estaremos en paz. —Levantaba la voz nerviosamente al hablar, se limpió la frente húmeda con la mano y se quedó mirando fijamente a Cowperwood suplicante y con cara de tonto.

Cowperwood le devolvió la mirada, fija durante unos momentos, con unos ojos fríos y cargados de sospecha. Sabía mucho de la naturaleza humana y sabía que cabía esperar cualquier cambio absurdo en la actitud de un individuo, particularmente en un momento de pánico; pero este cambio de Stener le parecía casi demasiado.

—¿Con quién más has estado hablando, George, desde la última vez que nos vimos? ¿A quién has visto? ¿Qué te dijo Sengstack?

—Dice exactamente lo mismo que Mollenhauer, que no debo prestarte más dinero bajo ninguna circunstancia, y dice que debería conseguir esos quinientos mil lo más rápido posible.

—Y tú crees que Mollenhauer quiere ayudarte, ¿verdad? —le preguntó Cowperwood, al que le resultó difícil ocultar el desprecio que pugnaba por asomarse a su voz.

—Creo que sí, sí. No sé quién más podría hacerlo, Frank, si no lo hace él. Es una de las mayores fuerzas políticas de esta ciudad.

—Escúchame —comenzó Cowperwood, mirándolo fijamente. Luego se paró—. ¿Qué te dijo que deberías hacer con tus acciones?

—Venderlas a través de Tighe & Co. y devolver el dinero a la tesorería, si tú no te las quedas.

—¿Vendérselas a quién? —preguntó Cowperwood, pensando en las últimas palabras de Stener.

—A quien las quiera en la bolsa, supongo. No lo sé.

—Eso pensaba —dijo Cowperwood, entendiéndolo todo—. Tendría que habérmelo figurado. Te la están jugando, George. Simplemente están intentando quitarte las acciones. Mollenhauer te está engañando. Sabe que no puedo hacer lo que quieres; devolverte los quinientos mil dólares. Quiere que saques tus acciones al mercado para poder quedárselas él. Y puedes estar seguro de que eso ya está apañado. Cuando lo hagas, me tendrá entre sus garras, o eso es lo que él cree; él, Butler y Simpson. Quieren asociarse en esto del tranvía, lo sé, lo presiento. Hace tiempo que lo estaba viendo venir. Mollenhauer no tiene mayor intención de ayudarte que de echar a volar. Una vez que hayas vendido tus acciones, habrá acabado contigo; acuérdate de lo que te digo. ¿Crees que va a mover un dedo por evitar que entres en la cárcel una vez que estés fuera del negocio del tranvía? No lo hará. Y si lo crees, eres más tonto de lo que nunca he podido llegar a creer que fueras, George. No pierdas la cabeza. No te vuelvas loco. Sé sensato. Mira la situación de frente. Deja que te lo explique. Si no me ayudas ahora, si no me prestas esos trescientos mil dólares antes de mañana a mediodía a lo más tardar, estoy acabado, y tú también lo estarás. No le ocurre nada malo a nuestra situación. Nuestras acciones son tan valiosas hoy como lo han sido siempre. Por Dios, hombre, las respaldan las compañías de ferrocarril. Ellos son los que pagan. La línea de la Seventeenth y Nineteenth está ganando mil dólares al día ahora mismo. ¿Qué mejor prueba quieres que esa? Green & Coates está ganando quinientos dólares. Tienes miedo, George. Estos malditos manipuladores políticos te han asustado. Pero tienes tanto derecho a hacer un préstamo como lo tuvieron Bode y Murtagh antes que tú. Y ellos lo hicieron. Lo has estado haciendo para Mollenhauer y para los otros, sólo que mientras lo hagas para ellos no pasa nada. ¿Y qué es un depositario designado por la ciudad si no otra manera de llamar a un préstamo?

Cowperwood se estaba refiriendo al sistema por el que se permitía que ciertas

partidas de dinero de la ciudad, como el fondo de amortización, se guardaran en determinados bancos a bajo interés, o sin ningún interés —bancos en los que tenían intereses Mollenhauer, Butler y Simpson—. Este era el chanchullo que tenían y que no les suponía ningún riesgo.

—No tires por la borda tus posibilidades, George. No te rajes ahora. Dentro de unos años tendrás millones y no tendrás que mover un dedo para eso. Lo único que tendrás que hacer será mantener lo que ya tienes. Si no me ayudas, recuerda lo que te digo, te quitarán de en medio en el momento en el que yo quede fuera de esto y dejarán que te metan en la cárcel. ¿Quién va a poner por ti esos quinientos mil dólares, George? ¿De dónde los va a sacar Mollenhauer, Butler o cualquiera de ellos en los tiempos que corren? No pueden. Ni tienen la intención de hacerlo. Cuando yo esté acabado, también lo estarás tú, y quedarás desprotegido antes que los demás. No pueden hacerme nada a mí, George. Yo sólo soy un agente. Yo no te pedí que acudieras a mí. Tú viniste a buscarme por tu cuenta y riesgo. Si no me ayudas, estás acabado, te lo digo, y terminarás en la cárcel de todas todas. ¿Por qué no adoptas una actitud firme, George? ¿Por qué no te plantas? Tienes una esposa y cuatro hijos a los que cuidar. No vas a estar en peor situación si me prestas esos trescientos mil dólares de lo que estás ahora. ¿Qué más dan quinientos mil que ochocientos mil? Va a ser lo mismo en el caso de que te juzguen por ello. Además, si me los prestas, no va a haber ningún juicio porque no voy a quebrar. Esta tormenta pasará dentro de una semana o diez días y volveremos a ser ricos. Cielos, George, ¡no te vengas abajo así! ¡Sé sensato! ¡Sé razonable!

Se detuvo porque la cara de Stener se había convertido en una máscara gelatinosa de tribulación.

—No puedo, Frank —gimió—. Te digo que no puedo. Me castigarán aún más si lo hago. No me dejarán en paz nunca. Tú no conoces a esta gente.

Cowperwood vio su propio destino reflejado en la debilidad y el desmoronamiento de Stener. ¿Qué se podía hacer con un hombre así? ¿Cómo se le podía infundir ánimo? ¡Era imposible! Y con un gesto que denotaba que lo había comprendido todo, y el asco y la indiferencia que sentía, alzó las manos y se dirigió a la salida. Al llegar a la puerta se dio la vuelta.

—George —dijo—. Lo siento. Lo siento por ti, no por mí. Yo saldré de esta al final. Y seré rico. Pero tú, George, estás cometiendo el mayor error de tu vida. Vas a ser pobre y te vas a convertir en un presidiario y no podrás echarle la culpa a nadie más que a ti mismo. Lo único que ha provocado esta situación financiera es que ha habido un incendio. Mis negocios van tan bien como siempre, lo único que ha pasado es que se ha producido el pánico y se ha desplomado la bolsa. Tú quédate ahí sentado con una fortuna en las manos y permite que un atajo de conspiradores y estafadores que no saben nada de tus negocios ni de los míos, y a quienes no les interesas más que para ver qué pueden sacarte, te asusten y te impidan hacer lo único que puede salvarte la vida. Trescientos mil miserables dólares que podría devolverte dentro de

tres o cuatro semanas multiplicados por cuatro o por cinco, y por los que vas a permitir que yo quiebre y que tú termines en la cárcel. No lo entiendo, George. Has perdido la cabeza. Vas a lamentar esto todos los días de tu vida.

Esperó unos momentos para ver si esto, por casualidad, ejercía algún efecto; después, al ver que Stener aún continuaba siendo un bulto inerte, sacudió la cabeza pesaroso y salió.

Era la primera vez en su vida que Cowperwood había mostrado el más mínimo signo de debilidad o desesperación. Siempre había pensado que no había nada de cierto en el mito griego de ser perseguido por las Furias^[1]. Ahora, sin embargo, parecía que existiera un destino adverso que lo perseguía. Eso parecía. Aun así, tanto si se trataba del destino como si no, no tenía intención de dejarse amedrentar. Incluso ahora, cuando por primera vez parecía comenzar a sentirse desanimado, levantó la cabeza, hinchó el pecho y salió caminando tan enérgicamente como siempre.

En la amplia sala contigua al despacho privado de Stener se encontró con Albert Stires, el funcionario principal y secretario de Stener. Él y Albert se habían saludado amistosamente muchas veces en el pasado, y entre los dos se habían hecho cargo de todas las transacciones menores relacionadas con el crédito de la ciudad, porque Albert conocía los entresijos de las finanzas y de la contabilidad mejor de lo que Stener llegaría a conocerlos en su vida.

Al ver a Stires, se le vinieron repentinamente a la cabeza los certificados de deuda de la ciudad por valor de sesenta mil dólares, a los que nos hemos referido antes. No los había depositado en el fondo de amortización, ni tenía intención de hacerlo por el momento —tampoco podría hacerlo a no ser que le llegara una cantidad considerable de dinero en un breve plazo— porque los había usado para liquidar otras demandas urgentes y no tenía dinero para volver a comprarlos —ni, en otras palabras, para cederlos—. Ni quería hacerlo en este preciso instante. Según el acuerdo por el que se regían las transacciones de este tipo con el tesorero de la ciudad, se suponía que él debía depositarlos enseguida en el haber de la ciudad y no reclamar el pago de los mismos al tesorero hasta haberlo hecho. Para ser exactos, y según estipulaba la ley, se suponía que el tesorero no tenía que pagarle por ninguna transacción de este tipo hasta que él o alguno de sus agentes presentara un comprobante del banco o de cualquier otra organización adherida al fondo de amortización de la ciudad y que demostrara que los certificados comprados habían sido efectivamente depositados allí. De hecho, según la costumbre que él y Stener habían desarrollado, hacía tiempo que hacían caso omiso de la ley en este aspecto. Él podía comprar certificados de deuda de la ciudad para el fondo de amortización por valor de cualquier cantidad razonable, hipotecarlos donde mejor le pareciera y reclamar el pago sin presentar el comprobante. Al final de cada mes, podía reunir suficientes certificados de crédito de la ciudad cogiéndolos de aquí o de allí para compensar esa deficiencia, o podía directamente pasar por alto esa deficiencia, como se había hecho en más de una ocasión y durante largos periodos de tiempo, mientras utilizaba el dinero obtenido al

hipotecar las acciones con fines especulativos. Esto era ilegal; pero ni Cowperwood ni Stener lo veían de ese modo y tampoco les importaba.

El problema con esta transacción en concreto era la nota que había recibido de Stener en la que le ordenaba que dejara de comprar y vender, y que colocaba sus relaciones con la tesorería en unos términos muy formales. Había comprado aquellos certificados antes de recibir la nota, pero no los había depositado. Ahora iba a coger el cheque; pero quizá ya no pudiera regirse por su viejo y relajado sistema de cuadrar las cuentas a finales de mes. Quizá Stires le pidiera el justificante del depósito. Si lo hacía, no podría coger el cheque de sesenta mil dólares porque tampoco tenía los certificados para poder ingresarlos. Si no, igual podría llevarse el dinero, pero también eso podría constituir la base de alguna subsecuente acción legal contra él. Si no ingresaba los certificados antes de la quiebra, podrían llegar a acusarlo de hurto, por ejemplo. Pero, se dijo a sí mismo, todavía no era seguro que llegara a quebrar. Si alguno de sus socios bancarios llegara a modificar por alguna razón su decisión con respecto a la liquidación de los créditos, no quebraría. ¿Armaría Stener un escándalo por esto si cobraba el cheque en estas circunstancias? ¿Le harían caso los funcionarios de la ciudad si llegaba a hacerlo? ¿Habría algún fiscal que tuviera en cuenta una transacción de este tipo si Stener llegaba a quejarse? No, no había la más mínima posibilidad; y, en cualquier caso, no pasaría nada. No habría jurado que lo condenara en vista del acuerdo existente entre Stener y él, en sus veces de agente o corredor y mandante. Y, una vez que tuviera el dinero, se apostaba cien a uno a que Stener no se volvería a acordar de él. Quedaría metido entre los diversos pasivos no liquidados y nadie volvería a pensar en el asunto. Vio pasar por su mente toda la situación con la velocidad de un rayo. Decidió que correría el riesgo, así que se detuvo ante la mesa del oficial mayor.

—Albert —dijo en voz baja—, esta mañana compré sesenta mil dólares de deuda de la ciudad para el fondo de amortización. ¿Le darás el cheque a mi recadero por la mañana, o mejor aún, me lo darás a mí ahora? Recibí la nota diciendo que no hiciera más compras. Voy a volver a la oficina. Puedes anotar en el haber del fondo de amortización ochocientos certificados por un valor de entre setenta y cinco y ochenta dólares y luego te enviaré la lista pormenorizada.

—Por supuesto, señor Cowperwood, por supuesto —contestó Albert con prontitud—. Las acciones están recibiendo un golpe importante, ¿verdad? Espero que eso no le esté causando muchos problemas.

—No muchos, Albert —contestó Cowperwood, sonriendo durante el tiempo que Albert tardó en rellenar el cheque. Se preguntaba si saldría Stener por casualidad e intentaría evitarlo. Se trataba de una transacción legal. Tenía derecho a ese cheque siempre y cuando hubiera depositado los certificados, como era su costumbre, en el fondo. Esperó nervioso mientras Albert escribía, y finalmente, con el cheque ya en sus manos, dio un suspiro de alivio. Aquí, al menos, tenía sesenta mil dólares, y sus gestiones de la tarde le permitirían cobrar los setenta y cinco mil que le habían

prometido. Mañana, tendría que ir de nuevo a ver a Leigh, a Kitchen, a Jay Cooke & Co., a Edward Clark & Co.; a toda la larga lista de gente a la que les debía créditos para ver qué se podía hacer. ¡Sólo necesitaba tiempo! ¡Sólo necesitaba una semana!

CAPÍTULO XXIX

Pero tiempo era lo que no había en esta situación de emergencia. Con los setenta y cinco mil que sus amigos le habían ofrecido y estos sesenta mil conseguidos a través de Stires, Cowperwood pudo hacer frente a la exigencia del Girard y guardó el resto, treinta y cinco mil dólares, en una caja fuerte en su propia casa. Después hizo una última petición a banqueros y financieros, pero se negaron a ayudarlo. Sin embargo, no se dedicó a compadecerse de sí mismo en este momento. Miró por la ventana del despacho el pequeño patio y suspiró. ¿Qué más podía hacer? Le envió una nota a su padre, pidiéndole que viniera a almorzar. También le envió la nota a su abogado, Harper Steger, un hombre de su misma edad por el que sentía gran simpatía, y le pidió a su vez que fuera a verlo. Desarrolló mentalmente varios planes de dilación, peticiones que cursar a sus acreedores, y cosas por el estilo, pero ¡ay!, terminaría quebrando. Y lo peor de todo era que este asunto de los créditos del tesorero de la ciudad se convertiría en un escándalo público, y lo que era aún peor, en un escándalo político. Y la acusación de complicidad, si no ilegal, al menos moralmente, y de malversación del dinero de la ciudad sería lo que más daño le haría.

¡Cuánto se iban a esforzar sus rivales por hacer publicidad de este hecho! Volvería a enderezar su situación aunque ahora quebrara; pero sería un trabajo ímprobo. ¡Y su padre! Arrastraría a su padre con él. Era probable que lo obligaran a dejar la presidencia del banco. Sumido en estos pensamientos, Cowperwood permanecía sentado esperando, cuando en ese momento su recadero le anunció la visita de Aileen Butler y, al mismo tiempo, la de Albert Stires.

—Haz pasar a la señorita Butler —dijo, poniéndose en pie—. Dile al señor Stires que espere. —Aileen entró caminando con paso enérgico y vigoroso, y con su precioso cuerpo vestido de la misma manera elegante que de costumbre. El traje de calle que llevaba era de ligero velarte marrón dorado, facetado con pequeños botones de color rojo oscuro. Llevaba la cabeza adornada con un casquete de color rojo parduzco de un estilo que sabía que le sentaba bien, sin alas y adornado con una pluma colgante, y en el cuello lucía una gargantilla de tres vueltas de cuentas doradas. Llevaba las manos cubiertas con suaves guantes, como siempre, y los pequeños pies exquisitamente calzados. Tenía una expresión de infantil desazón en los ojos, que, sin embargo, se esforzaba por ocultar.

—Cariño —exclamó al verlo, extendiendo los brazos hacia él—, ¿qué pasa? Me moría de ganas de preguntártelo la otra noche. No vas a quebrar, ¿verdad? Oí a mi padre y a Owen hablando de ti anoche.

—¿Qué dijeron? —preguntó, rodeándola con el brazo y mirando a sus ojos nerviosos con tranquilidad.

—Oh, ya sabes, creo que papá está muy enfadado contigo. Tiene sospechas. Alguien le ha enviado una carta anónima. Intentó sacármelo anoche, pero no tuvo éxito. Lo negué todo. Y esta mañana he venido a verte dos veces, pero habías salido.

Tenía mucho miedo de que él consiguiera verte antes que yo y que pudieras decirle algo.

—¿Yo, Aileen?

—Bueno, no exactamente. No pensaba eso. Ni siquiera sé lo que pensaba. Cariño, es que he estado tan preocupada. No he podido ni dormir nada. Creía que era más fuerte, pero estaba muy preocupada por ti. Me sentó en su mesa, iluminándome con aquella luz fuerte, donde podía verme la cara, y después me enseñó la carta. Me quedé tan atónita por un momento que no sé ni lo que dije ni la cara que puse.

—¿Qué dijiste?

—Pues, dije: «¡Esto es una vergüenza! ¡No es verdad!». Pero no lo dije inmediatamente. Creí que el corazón se me iba a salir por la boca. Casi no podía respirar.

—Tu padre es un hombre muy astuto —comentó él—. Sabe algo de la vida. Ya ves lo difíciles que son estas situaciones. Es una suerte que decidiera enseñarte la carta en lugar de hacer que vigilaran la casa. Supongo que se sentía demasiado mal como para hacerlo. Así que no puede demostrar nada, pero lo sabe. No puedes engañarlo.

—¿Cómo sabes que lo sabe?

—Lo vi ayer.

—¿Te habló de esto?

—No, pero le vi la cara. Simplemente me miró.

—¡Ay, cariño! Me duele tanto por él.

—Ya lo sé. Y a mí también, pero ahora ya no podemos hacer nada para evitarlo. Tendríamos que haberlo pensado en un principio.

—Pero es que te quiero tanto. Ay, cariño, no me perdonará nunca. Con lo que me quiere, no debe enterarse nunca. No admitiré nada. Pero, ¡ay!

Ella le puso en la pechera las manos muy apretadas y él la miró a los ojos intentando consolarla. Tenía los párpados temblorosos, y también los labios. Sentía lástima de su padre, de sí misma y de Cowperwood. A través de ella, sentía la fuerza del afecto paternal de Butler, y la intensidad y el peligro que albergaba su furia. Había muchas, muchas cosas, ahora se daba cuenta, que se estaban conjugando para conducirlo a un desenlace dramático.

—No te preocupes —contestó—; ahora ya no podemos hacer nada por evitarlo. ¿Dónde está mi Aileen, tan fuerte y decidida? Creía que ibas a ser valiente. ¿No lo vas a ser? Ahora necesito que lo seas.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Tienes problemas?

—Creo que voy a quebrar, cariño.

—¡Oh, no!

—Sí, cielo. Tengo la soga al cuello y de momento no veo ninguna salida. He

mandado llamar a mi padre y a mi abogado. No debes quedarte aquí, cariño. Tu padre puede venir en cualquier momento. Tenemos que vernos en otro sitio —mañana, por ejemplo— mañana por la tarde. ¿Te acuerdas de Indian Rock, en el Wissahickon^[1]?

—Sí.

—¿Podrías estar allí a las cuatro?

—Sí.

—Tienes que estar alerta por si te siguen. Si no estoy allí antes de las cuatro y media, no me esperes. Ya sabes por qué. Será porque creo que alguien me está vigilando. Pero eso no ocurrirá si lo hacemos bien. Y ahora debes irte corriendo, cariño. Ya no podemos volver a usar la casa del novecientos treinta y uno. Tendré que alquilar otra en otra parte.

—Ay, cariño, cuánto lo siento.

—¿No vas a ser fuerte y valiente? Necesito que lo seas.

Casi, y por primera vez, parecía mostrarse algo triste.

—Sí, cariño. Sí —afirmó ella, deslizándose sus brazos por debajo de los de él y apretándolo fuerte—. ¡Sí! Confía en mí. ¡Frank, te quiero tanto! Lo siento mucho. Espero que no quiebres. Pero eso no cambia nada entre tú y yo, pase lo que pase, ¿verdad? Nos seguiremos amando igual. ¡Haré cualquier cosa por ti, querido! Haré lo que me pidas. Puedes confiar en mí. Nadie sabrá nada por mí.

Ella lo miró y lo vio pálido y apagado, y se le inundó el corazón con una repentina y fuerte determinación de luchar por él. Su amor era injusto, ilegal, prohibido, pero seguía siendo amor, y tenía mucho de la ardiente audacia del proscrito de la justicia.

—¡Te quiero, Frank! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —declaró. Él aflojó las manos de ella.

—Corre, cariño. Mañana a las cuatro. No me falles. Y no hables. No admitas nada, pase lo que pase.

—No lo haré.

—Y no te preocupes por mí. Todo irá bien.

Casi no había tenido tiempo de enderezarse la corbata y de adoptar un aire de despreocupación junto a la ventana, cuando entró apresuradamente el oficial mayor de Stener —pálido, preocupado, con una actitud claramente distinta a la suya habitual.

—¡Señor Cowperwood! ¿Recuerda el cheque que le di ayer por la tarde? El señor Stener dice que es ilegal, que no debería habérselo dado y que me hará a mí responsable. Dice que pueden arrestarme por felonía, que me echará y que hará que me manden a la cárcel si no consigo que me lo devuelva. ¡Ay, señor Cowperwood, soy un hombre joven! No he hecho más que empezar en la vida, y tengo esposa y un niño pequeño de los que cuidar. Usted no permitirá que me haga eso, ¿verdad? Usted va a devolverme ese cheque, ¿verdad? No puedo volver a la oficina sin él. Dice que va usted a quebrar y que ya lo sabía, y que no tenía ningún derecho a llevárselo.

Cowperwood lo miró con curiosidad. Le sorprendía la variedad de tipos y caracteres de estos emisarios del desastre. Estaba claro que cuando los problemas decidían multiplicarse, tenían gran habilidad para sucederse con rapidez. Stener no tenía ningún derecho a hacer tal afirmación. La transacción no era ilegal. Ese hombre había perdido la cabeza. Era cierto que él, Cowperwood, había recibido la orden de no comprar ni vender más crédito de la ciudad después de que hubiera ya comprado estos valores, pero eso no invalidaba las compras anteriores. Stener estaba intimidando y asustando a este pobre subordinado, un hombre que valía más que él, con la finalidad de que le devolviera el cheque de sesenta mil dólares. ¡Qué criatura tan mezquina! ¡Qué cierto era, como había oído comentar a alguien, que no se podía medir hasta qué nivel de bajeza podían llegar la mezquindad y la vileza de un imbécil!

—Vuelva con el señor Stener, Albert, y dígame que eso no puede ser. Los certificados de deuda se compraron antes de que llegara esa orden y los registros de la bolsa así lo demuestran. No se trata de ninguna ilegalidad. Tengo derecho a ese cheque y podría haberlo exigido ante cualquier tribunal. Ese hombre ha perdido la cabeza. Todavía no he quebrado y usted no corre peligro alguno de ser encausado; y si así fuera, yo le ayudaría a defenderse. No puedo devolverle el cheque porque no lo tengo; y si lo tuviera, tampoco se lo daría. Eso sería permitirle a un imbécil que me hiciera pasar por imbécil. Lo siento, mucho, pero no puedo hacer nada por usted.

—¡Oh, señor Cowperwood! —Stires tenía ahora los ojos llenos de lágrimas—. ¡Me va a despedir! Dejará de ser garante mío. Me echará a la calle. ¡Y lo único que tengo es una pequeña propiedad, aparte de mi sueldo!

Se retorció las manos y Cowperwood negó tristemente con la cabeza.

—La situación no es tan grave como te parece, Albert. No hará lo que dice. No puede hacerlo. Es injusto e ilegal. Podrías entablar una demanda y recuperarías tu sueldo. Te ayudaré en eso todo lo que pueda. Pero no puedo devolverte el cheque de sesenta mil dólares porque no lo tengo. Ni tampoco podría hacerlo aunque quisiera, porque no está aquí. He pagado los valores que compré. Y los valores no están aquí. Están en el fondo de amortización, o lo estarán.

Se paró, deseando no haber mencionado ese hecho. Se había ido de la lengua; había sido una de las pocas veces que eso le ocurría, debido a la peculiar presión de la situación. Stires continuó rogándole, pero no serviría de nada, le insistía Cowperwood. Finalmente se marchó, de capa caída, temeroso, vencido. Tenía lágrimas de sufrimiento en los ojos y Cowperwood lo sentía mucho por él. Y luego le anunciaron la llegada de su padre.

Cowperwood padre estaba demacrado. Él y Frank habían tenido una larga conversación la noche anterior, que duró hasta la madrugada, pero había sido infructuosa; lo único que habían sacado de ella era incertidumbre.

—¡Hola, padre! —exclamó Cowperwood animadamente, al percibir la melancolía de su padre. Estaba convencido de que poco carbón para la esperanza podría sacar de

estas cenizas de la desesperanza, pero tampoco servía de nada admitirlo.

—¿Y bien? —dijo su padre, levantando sus ojos tristes de una manera peculiar.

—Bueno, parece que se avecina tormenta, ¿no? He decidido convocar a mis acreedores a una reunión para pedirles tiempo, padre. No se puede hacer nada más. No puedo sacar dinero suficiente ahora de nada, por lo que no merece la pena ni hablar de ello. Pensé que Stener igual cambiaría de opinión, pero va a peor en lugar de a mejor. Su contable jefe acaba de salir de aquí ahora mismo.

—¿Qué quería? —preguntó Henry Cowperwood.

—Quería que le devolviera un cheque de sesenta mil que me pagó por crédito de la ciudad que compré ayer por la mañana. —Pero, sin embargo, Frank no le explicó a su padre que había hipotecado los certificados que este cheque había pagado y que había utilizado el cheque para reunir el dinero suficiente para pagarle al Girard National Bank y para quedarse con treinta y cinco mil.

—¡Vaya por Dios! —contestó el padre—. Era de esperar que tuviera más sentido común. Es una transacción perfectamente legítima. ¿Cuándo dices que te notificó que no siguieras comprando crédito de la ciudad?

—Ayer a mediodía.

—Ha perdido la cabeza —comentó Cowperwood padre lacónicamente.

—Son Mollenhauer, Simpson y Butler, lo sé. Quieren mis líneas de tranvía. Pero no las tendrán. Las conseguirán a través de un síndico y cuando el pánico haya pasado. Nuestros acreedores tendrán la opción primero. Si compran, se las comprarán a ellos. Si no fuera por ese préstamo de quinientos mil dólares no le daría la más mínima importancia a esto. Mis acreedores me apoyarían sin problemas. ¡Pero en el momento en que esto se empieza a comentar...! ¡Y estas elecciones! Hipotequé esos certificados de deuda de la ciudad porque no quería ponerme a malas con Davison. Esperaba haber recibido el suficiente dinero por ahora como para pagarlos. Verdaderamente, deberían estar en el fondo de amortización.

El caballero comprendió enseguida el porqué y se estremeció.

—Podrían causarte problemas con eso, Frank.

—Es una cuestión técnica —contestó su hijo—. Mi intención era la de pagarlos. De hecho, si puedo lo haré antes de las tres. Antes he estado tardando ocho o diez días en depositarlos. En mitad de una tormenta como esta, tengo derecho a mover mis peones lo mejor que pueda.

Cowperwood padre volvió a taparse la boca con la mano. Esto le hacía sentirse muy angustiado. Y tampoco veía ninguna salida posible, ni le quedaban más recursos. Se acarició la patilla de la mejilla izquierda. Miró por la ventana hacia el jardincillo verde. Posiblemente se tratara de una cuestión técnica, quién podría saberlo. Las relaciones financieras de la tesorería de la ciudad con otros agentes anteriores a Frank habían sido muy poco estrictas y eso lo sabían todos los banqueros. Quizá en este caso se regirían por los precedentes, o deberían hacerlo. Quién sabía. Aun así, era algo peligroso; no estaba en orden. Si Frank pudiera sacarlos y depositarlos, sería

mucho mejor.

—Yo los pagaría si estuviera en tu lugar y pudiera hacerlo —añadió.

—Lo haré si puedo.

—¿Cuánto dinero tienes?

—Veinte mil en total. Pero si suspendo, necesitaré tener algo de dinero en efectivo.

—Yo tengo ocho o diez mil, o los tendré de aquí a la noche, espero.

Estaba pensando en alguien que le daría una segunda hipoteca sobre su casa.

Cowperwood lo miró en silencio. No podía decirle nada más a su padre.

—Volveré a hacerle la petición a Stener cuando se vaya —dijo él—. Iré a verlo con Harper Steger cuando llegue. Si no cambia, enviaré aviso a mis acreedores y se lo notificaré al secretario de la bolsa. Quiero que mantenga el tipo pase lo que pase. Aunque sé que lo hará. Voy a ponerme manos a la obra con esto. Si Stener tuviera cabeza... —Se interrumpió—. Pero ¿de qué sirve hablar con un maldito imbécil?

Se volvió hacia la ventana pensando lo fácil que habría sido arreglarlo todo con Butler si esta carta anónima no los hubiera descubierto a Aileen y a él. Antes de permitir que el partido resultara dañado, Butler, *in extremis*, lo habría ayudado. Ahora...

Su padre se puso en pie para marcharse. La desesperación le hacía mostrarse frío y rígido.

—Bueno —dijo cansado.

Cowperwood sufría intensamente por él. ¡Qué lástima! ¡Su padre! Sintió que lo invadía una gran oleada de tristeza, pero al poco consiguió dominarla y volvió a su razonar rápido y desafiante. Cuando el anciano salió, acompañaron a Harper Steger hasta él. Se dieron la mano y se dirigieron enseguida al despacho de Stener. Pero Stener se había hundido y replegado sobre sí mismo como una bolsa de gas vacía y no había esfuerzo que resultara suficiente para inflarlo. Finalmente, salieron de allí derrotados.

—Déjame que te diga una cosa —dijo Steger—. Yo que tú no me preocuparía. Podemos parar todo esto legalmente hasta las elecciones e incluso después, y eso nos proporcionará tiempo para que se calme este alboroto. Después podrás reunir a tu gente y hacerlos entrar en razón. No van a renunciar a buenas propiedades así como así, aunque Stener vaya a la cárcel.

Steger no sabía nada todavía de lo de los sesenta mil dólares en valores hipotecados. Tampoco sabía nada de lo de Aileen Butler ni de la furia sin límites de su padre.

CAPÍTULO XXX

Había otro acontecimiento relacionado con todo esto que Cowperwood aún ignoraba. El mismo día que Edward Butler recibió la comunicación anónima referente a su hija, llegó lo que era casi un duplicado de la misma a la señora de Frank Algernon Cowperwood, sólo que en este caso, curiosamente, habían omitido el nombre de Aileen Butler.

«Quizá no sepa que su marido anda por ahí con otra mujer. Si no lo cree, vigile la casa del 931 de North Tenth Street.»

La señora Cowperwood estaba en el invernadero regando algunas plantas cuando su criada le llevó la carta el lunes por la mañana. Sus pensamientos eran de lo más apacibles, porque desconocía lo que significaban las deliberaciones de la noche anterior. Frank pasaba ocasionalmente por tormentas financieras, pero eso no parecía afectarlo.

—Déjala en la mesa de la biblioteca, Annie. Ahora la cogeré.

Pensó que se trataría de alguna nota para algún acontecimiento social.

Al cabo de un rato (porque así de pausada era su forma de proceder), dejó la regadera y entró en la biblioteca. Allí estaba sobre el cuero verde que formaba parte de la ornamentación de la gran mesa de la biblioteca. La cogió y la miró con curiosidad, porque era de papel barato, y luego la abrió. La cara le palideció ligeramente al leerla; y después le tembló la mano —no mucho—. La suya no era de esas almas que aman apasionadamente, de ahí que tampoco pudiera sufrir apasionadamente. En aquel momento, se sintió herida, indignada, enfurecida y asustada; pero su espíritu no estaba quebrado completamente. Los trece años de vida compartidos con Frank Cowperwood le habían enseñado una serie de cosas. Era egoísta, ahora lo sabía, egocéntrico, y ella no le resultaba tan encantadora como antes. El miedo que había sentido en un principio por el hecho de que ella le sacara unos años se había visto justificado con el paso del tiempo. Frank no la amaba como antes —hacía tiempo que no la amaba así; ella lo había notado—. ¿De qué se trataba? —se había preguntado a veces—, casi, ¿de quién se trataba? Los negocios lo absorbían.

Las finanzas eran su amo. ¿Significaba esto que su época había terminado?, se preguntó. ¿Se desharía de ella? ¿Dónde se iría? ¿Qué iba a hacer? No se hallaba indefensa, por supuesto, porque tenía su propio dinero que él se encargaba de administrar por ella. ¿Quién era esta otra mujer? ¿Era joven, bella, tenía una posición social importante? ¿Era...? Se detuvo en seco. ¿Era? ¿Podría ser, por casualidad —se le abrió la boca— Aileen Butler?

Se quedó inmóvil mirando la carta fijamente porque casi no podía tolerar lo que ella misma estaba pensando. Había observado con frecuencia, a pesar de todas las precauciones, lo cordial que Aileen era con él y él con ella. A él le caía bien y no desperdiciaba ninguna ocasión para defenderla. Lillian había pensado a veces lo afines que eran ellos dos en temperamento. A él le gustaba la gente joven. Pero por

supuesto, estaba casado, y Aileen era infinitamente inferior a él socialmente, y él tenía dos hijos y a ella misma. Y su posición social y financiera era tan firme y estable que no se atrevería a jugar con ella. Aun así, se detuvo; porque cuarenta años y dos hijos, algunas leves arrugas y la sospecha de que ya no la amaba como antes, es suficiente para hacer que cualquier mujer se detenga, aunque su situación financiera sea excelente. ¿Dónde iría si lo dejaba? ¿Qué pensaría la gente? ¿Y qué pasaría con los niños? ¿Podría ella demostrar esta relación? ¿Podría atraparlo en una situación acomodaticia? ¿Quería ella hacerlo?

Ahora se daba cuenta de que no lo amaba como otras mujeres amaban a sus esposos. No estaba loca por él. De alguna manera, lo había estado dando por sentado todos aquellos años, había pensado que la amaba lo suficiente para no serle infiel; al menos quería creer que estaba tan absorbido por las cosas serias de la vida, que no se molestaría en tener ninguna relación intrascendente como la que esta carta sugería, ni permitiría que interrumpiera su gran carrera. Aparentemente eso no era así. ¿Qué debería hacer ella? ¿Qué debería decir? ¿Cómo debería actuar? Su mente, tan poco brillante, no le era de mucha ayuda en esta crisis. No sabía muy bien ni cómo planificar ni cómo pelear.

La mente convencional es en el mejor de los casos una máquina insignificante. Es como una ostra en su funcionamiento, o quizá mejor, como una almeja. Tiene su propio sifón, que hace subir o bajar los procesos mentales por el inmenso océano de los datos y las circunstancias; pero lo usa tan poco, bombea con tan poca fuerza, que la masa inmensa que está junto a él no se ve afectada en lo más mínimo. Las sutilezas de la vida le pasan desapercibidas. Jamás tiene ni la menor idea de las tormentas ni de los terrores, y si los descubre, es sólo por accidente. Cuando algún hecho crudo y provocativo como esta carta resultó ser se manifiesta en el plácido fluir de los acontecimientos, se produce una gran agonía y perturbación, así como una obstrucción de los llamados procesos normales. El sifón deja de funcionar bien. Absorbe el miedo y la angustia. Las piezas se desajustan y empiezan a chirriar —de modo parecido a una máquina que tuviera arena—, y la vida, como con tanta frecuencia ocurre, cesa o queda lisiada para siempre desde entonces.

La señora Cowperwood era poseedora de una mente convencional. En realidad no sabía nada de la vida. Y la vida no podía enseñárselo. En su caso, no era posible que se produjera una reacción a procesos mentales ingeniosos. No estaba viva en el sentido que lo estaba Aileen Butler y, aun así, pensaba que estaba muy viva. Todo era ilusión. No lo estaba. Resultaba encantadora si a uno le gustaba la placidez. Si no, no lo era. No era entusiasta, brillante ni enérgica. Frank Cowperwood bien podría haberse preguntado en un principio por qué se había casado con ella. Ahora no lo hacía porque no creía que fuera sabio cuestionarse el pasado en busca de las causas de los fallos y los errores. Según él, lamentarse por lo que uno había hecho era poco aconsejable. Siempre encaraba el futuro y hacia allá enfocaba sus pensamientos.

Pero la señora Cowperwood estaba verdaderamente afligida a su manera e iba de

un lado para otro de la casa pensando, sintiéndose desdichada. Decidió esperar, ya que la carta le había pedido que fuera a verlo por sí misma. Debía pensar cómo iba a vigilar aquella casa, en caso de que lo hiciera. Frank no debía saberlo. Si por casualidad se tratara de Aileen Butler —aunque seguramente no lo fuera—, pensó que se lo revelaría a sus padres. Aunque eso significaría que ella misma quedaría expuesta. Decidió ocultar su estado de ánimo lo mejor que pudiera a la hora de la cena; pero a Cowperwood no le fue posible venir. Andaba tan ajetreado, con tantas reuniones con algunos individuos, tan en conversaciones con su padre y con otros, que casi no lo vio este lunes por la noche ni al día siguiente ni durante otros muchos días.

Porque el martes por la tarde a las dos y media remitió a sus acreedores la convocatoria a una reunión, y a las cinco y media, decidió ponerse en manos de un síndico. Pero a pesar de encontrarse de pie en su oficina ante sus principales acreedores —un grupo de treinta hombres—, no tuvo la sensación de que su vida estuviera arruinada. Se sintió momentáneamente avergonzado. Las cosas sin duda se veían muy negras. El asunto de la tesorería de la ciudad provocaría un gran escándalo. Los certificados de deuda hipotecados por sesenta mil, provocarían otro más, si Stener así lo decidía. Pero a pesar de todo, seguía sin sentirse destruido por completo.

—Caballeros —dijo, al cerrar su discurso aclaratorio en la reunión, tan erguido, seguro, desafiante y convincente como siempre—, ya ven cómo están las cosas. Estas acciones tienen el mismo valor que han tenido siempre. Las propiedades que las garantizan no tienen ningún problema. Si me conceden quince o veinte días, estoy seguro de que podré enderezar todo este asunto. Y soy prácticamente el único que puede hacerlo, porque soy quien conoce todos los detalles. El mercado se va a recuperar y la actividad económica será mejor que nunca. Tiempo es lo único que les pido. El tiempo es el único factor significativo en esta situación. Quiero saber si me concederán quince o veinte días; un mes, si pueden. Eso es lo único que les pido.

Se hizo a un lado y salió de la sala, cuyas cortinas estaban cerradas, para ir a su despacho privado, con el objetivo de dar a sus acreedores la oportunidad de hablar en privado sobre su situación. En la reunión tenía amigos que lo respaldaban. Esperó una, dos, casi tres horas mientras hablaban. Finalmente Walter Leigh, el juez Kitchen, Avery Stone, de Jay Cooke & Co. y varios más entraron en su despacho. Eran el comité designado para obtener más información.

—Hoy ya no se puede hacer nada más, Frank —le informó Walter Leigh en voz baja—. La mayoría quiere tener el privilegio de examinar los libros de contabilidad. Hay cierta inseguridad en lo concerniente a este enredo con el tesorero de la ciudad que, según tú dices, existe. Piensan que, en cualquier caso, sería mejor que anunciaras una suspensión temporal; y que si quieren permitirte reanudar las actividades más adelante, podrán hacerlo.

—Siento oír eso, caballeros —contestó Cowperwood, nada deprimido—.

Preferiría hacer cualquier cosa antes que suspender durante una sola hora, si puedo evitarlo, porque sé exactamente lo que eso significa. Se encontrarán con que los activos superan con mucho los pasivos si se quedan con las acciones a su valor normal de mercado; pero eso no servirá de nada si cierro las puertas. El público no creerá en mí. Debería seguir abierto.

—Lo siento, Frank, amigo —observó Leigh, dándole un apretón afectuoso—. Si dependiera de mí personalmente, podrías disponer de todo el tiempo que quisieras. Ahí hay una panda de carcamales que no quieren atender a razones. Están aterrorizados. Supongo que ellos también están seriamente afectados, así que no se les puede culpar. Saldrás de esta sin problemas, aunque ojalá no tengas que cerrar el negocio. Pero no podemos hacer nada en lo que a ellos respecta. Maldita sea, hombre, la verdad es que no entiendo que quiebres. Las acciones volverán a estar bien dentro de diez días.

El juez Kitchen también le hizo saber que lo sentía; pero ¿de qué servía eso? Le estaban imponiendo una quiebra. Tendría que venir un contable experto para repasar sus libros. Butler podría hacer correr el rumor de su relación con la tesorería. Stener podría quejarse de la última operación relacionada con el crédito de la ciudad. Media docena de sus amigos se quedaron con él hasta las cuatro de la mañana; pero tendría que suspender igualmente. Y una vez hecho eso, sabía que su carrera en pos de la fama y la riqueza quedaría seriamente dañada, si no completamente arruinada.

Cuando finalmente se quedó solo en su dormitorio privado, se miró largamente en el espejo. Tenía la cara pálida y cansada, pensó, pero aun así su aspecto era fuerte e imponente. «¡Bah!», se dijo a sí mismo. «No estoy derrotado. Aún soy joven. Me las arreglaré para salir de esta. Lo haré, sin duda. Encontraré alguna salida.»

Y sumido en estas reflexiones, cansado, pesado, comenzó a desvestirse. Finalmente, se dejó caer en la cama, y al cabo de un rato, por extraño que parezca, y a pesar de la maraña de problemas que lo rodeaba, durmió. Era capaz de hacer algo así; dormir y balbucir apaciblemente, mientras su padre paseaba de un lado a otro de su habitación, negándose a consolarse. Ante el hombre mayor todo era oscuridad; su futuro, carente de esperanza. Ante el hombre joven aún la había.

Y en su habitación, Lillian Cowperwood daba vueltas en la cama ante esta nueva calamidad. Porque por las noticias que había recibido de su padre, de Frank y de Anna y de su suegra, parecía que Frank estaba a punto de quebrar, o que quebraría, o que ya lo había hecho —era imposible saber en qué estado se encontraban las cosas exactamente—. Frank estaba demasiado ocupado para explicárselo. El incendio de Chicago había tenido la culpa. Aún no se había mencionado nada de la tesorería de la ciudad. Frank estaba apesadado en una trampa y luchaba por salvar su vida.

En esta crisis, y por el momento, olvidó la nota referente a su infidelidad, o más bien, la ignoró. Estaba atónita, muda, confusa. Su pequeño, bello y plácido mundo daba vueltas a su alrededor mareándola. El encantador y adornado buque de su fortuna era arrastrado sin piedad por el viento de un lado para otro. Sintió que

formaba parte de su deber quedarse en la cama e intentar dormir; pero tenía los ojos abiertos como platos y le dolía la cabeza. Horas antes, Frank había insistido en que no debía preocuparse por él, en que no podía hacer nada por él; y ella lo había dejado, preguntándose más que nunca en qué debía consistir el cumplimiento de su deber. Según las convenciones, consistía en apoyar a su esposo; y eso fue lo que decidió. Sí, era lo que dictaba la religión, y también la costumbre. Y estaban los niños. Ellos no debían sufrir. Había que recuperar a Frank, si era posible. Y a él se le pasaría. ¡Pero qué golpe tan duro!

CAPÍTULO XXXI

La suspensión de la entidad bancaria de Frank A. Cowperwood & Co. creó gran revuelo en la bolsa y en Filadelfia en general. Era algo totalmente inesperado y la cantidad de dinero era bastante importante. La quiebra se produjo por un millón doscientos cincuenta mil dólares; y sus activos, tasados según los valores de las acciones en aquel mercado deprimido, no llegaban a los setecientos cincuenta mil dólares. Se dedicó una considerable cantidad de trabajo a su hoja de balance antes de hacerla pública; pero cuando se hizo, las acciones cayeron otros tres puntos a nivel general y los periódicos del día siguiente le dedicaron al asunto destacados titulares. Cowperwood no tenía la más mínima intención de que aquella quiebra fuese algo permanente; simplemente deseaba hacer una suspensión temporal y más tarde, si era posible, persuadir a sus acreedores para que le permitieran reanudar sus actividades. Sólo había dos cosas que se interponían en su camino: el asunto de los quinientos mil dólares prestados por la tesorería a un tipo de interés ridículamente bajo, que mostraba con total claridad lo que había estado sucediendo, y por otro, el asunto del cheque por sesenta mil dólares. Su instinto financiero le había dictado que había formas de ceder sus acciones a favor de sus mayores acreedores, lo que más tarde le ayudaría a reanudar sus actividades; y había actuado con rapidez. De modo que Harper Steger había redactado documentos que designaban a Cooke & Co., a Edward Clark & Co., a Drexel & Co. y a otros acreedores como privilegiados. Sabía que aunque otros propietarios minoritarios de acciones de su empresa, descontentos, entablasen demandas y obligaran a realizar un reajuste o a declarar bancarrota más adelante, la intención demostrada de preferir a algunos de sus colaboradores más influyentes sería importante. Les gustaría, y eso podría ayudarle más tarde cuando todo esto hubiera pasado. Además, la abundancia de pleitos es una excelente manera de ayudar a salir de una crisis de este tipo hasta que se recuperen las acciones y el sentido común, y él era partidario de que hubiera muchos pleitos. Harper Steger sonrió una vez de manera grave, incluso en medio de aquel torbellino del caos financiero en el que las sonrisas eran escasas, mientras hacían cálculos.

—Frank —dijo—, eres asombroso. Dentro de poco habrás tendido toda una red de pleitos, en la que nadie podrá abrirse paso. Todo el mundo andará enzarzándose en pleitos con todo el mundo.

Cowperwood sonrió.

—Sólo quiero un poco de tiempo, nada más —contestó. Sin embargo, y por primera vez en su vida, estaba algo deprimido; por ahora, este negocio, al que había dedicado años de trabajo y de planificación, estaba acabado.

Lo que más le preocupaba de todo aquello no eran los quinientos mil dólares que debía a la tesorería de la ciudad, y que sabía que causarían gran conmoción tanto en la vida política como en la sociedad una vez que aquello se supiera —al menos se trataba de una transacción legal o semilegal—, sino más bien el asunto de los

certificados del crédito de la ciudad por valor de sesenta mil dólares que no había logrado depositar en el fondo de amortización y que ahora no podría hacer ni aunque le cayera del cielo el dinero necesario. El problema de su ausencia era la cuestión de fondo. Reflexionó largamente sobre esta situación. Pensó que lo que tendría que hacer, si se dirigía a Mollenhauer o a Simpson, o a ambos (no conocía a ninguno de los dos, pero en vista de la deserción de Butler, eran su único recurso), sería decirles que, aunque en aquel momento no podía devolver los quinientos mil dólares, si no tomaban medidas contra él ahora, lo que le impediría retomar sus negocios a escala normal un poco más adelante, les daba su palabra de que devolvería a la tesorería hasta el último dólar de esos quinientos mil con el tiempo. Si se negaban, y él resultaba perjudicado, se proponía hacerlos esperar hasta que «le diera la gana», lo que con toda probabilidad no ocurriría nunca. Pero la verdad era que no tenía muy claro cómo podría él evitar que tomaran acciones contra él; ni siquiera ellos podrían. El dinero aparecía en sus libros de contabilidad como debido a la tesorería, y en los de la tesorería aparecía que él los debía. Además, había una organización local conocida como la Citizens' Municipal Reform Association^[1] que ocasionalmente llevaba a cabo investigaciones relacionadas con asuntos públicos. Su desfalco llegaría a oídos de esta organización con total seguridad y de eso bien podría seguirse una investigación pública. Ya había varias personas que tenían conocimiento de ello. Sus acreedores, por ejemplo, que estaban ahora examinando sus libros.

De cualquier manera, era importante que fuese a ver a Mollenhauer o a Simpson, o a ambos, pensó; pero antes de hacerlo decidió hablarlo con Harper Steger. Así que varios días después de haber cerrado sus puertas, llamó a Steger y le contó todo lo relacionado con la transacción, pero sin dejarle claro que no había tenido intención de meter los certificados en el fondo de amortización a menos que sobreviviera sin apuros.

Harper Steger era un hombre alto, delgado, agraciado y más bien elegante, de voz suave y modales perfectos, que siempre andaba como si fuera un gato que tuviera un perro rondando en las proximidades. Tenía la cara alargada y delgada, una de esas caras que suelen resultar atractivas a las mujeres, y los ojos azules y el pelo castaño con reflejos de un rubio rojizo. Su mirada era fija e inescrutable, y a veces surgía por encima de una mano fina y delicada que se colocaba en la boca cuando meditaba. Era cruel hasta el límite de la palabra, no de una manera agresiva, pero sí indiferente, porque no tenía fe en nada. No era pobre. Ni siquiera había nacido pobre. Simplemente era innatamente perspicaz y presuntamente tenía la idea, que era prácticamente lo único que lo obligaba a trabajar, de que debería ser más rico de lo que era; más manifiestamente. Cowperwood era una excelente avenida hacia la prosperidad legal. Además, era un cliente fascinante. De entre todos sus clientes, al que más admiraba Steger era a Cowperwood.

—Deja que te demanden —dijo en esta ocasión, después de que su brillante mente legal asimilara todos los aspectos de la situación al instante—. No creo que

tengan base más que para una acusación de delito de carácter técnico. Si en algún momento llegáramos a algo así, lo que no creo que suceda, la acusación sería de malversación, o quizá de hurto por depositario. En este caso, tú eras el depositario. Y la única salida sería jurar que habías recibido el cheque con el conocimiento y el consentimiento de Stener. En ese caso, se trataría simplemente de una acusación técnica de irresponsabilidad por tu parte, tal como yo lo veo, y no creo que ningún jurado te condenara teniendo en cuenta las pruebas sobre los términos de esta relación. Pero aun así, podría ocurrir; nunca se sabe lo que va a hacer un jurado. Sin embargo, todo esto tendría que salir en un juicio. Me parece que todo dependería de a quién de los dos —tú o Stener— se inclinara a creer el jurado y de lo ansiosos que estén los de la ciudad por encontrar un chivo expiatorio para Stener. El problema son las próximas elecciones. Si se hubiera producido el pánico en cualquier otro momento... —Cowperwood hizo un gesto pidiendo silencio. Ya lo sabía todo sobre ese tema—. Todo depende de lo que los políticos decidan hacer. Estoy en duda. La situación es demasiado complicada. No se puede silenciar. —Estaban en su despacho privado en su casa—. Lo que tenga que ser, será —añadió.

—Legalmente, ¿qué supondría que me juzgaran por un cargo de hurto por depositario, Harper, tal como tú lo llamas, y fuese condenado? ¿Cuántos años en la penitenciaría como máximo?

Steger se quedó pensando un minuto, acariciándose la barbilla con la mano.

—Déjame ver —dijo—, este es un asunto serio, ¿verdad? La ley marca de uno a cinco años como máximo; pero las sentencias normalmente van de uno a tres años en los casos de malversación. Por supuesto, en este caso...

—Sí, ya lo sé todo al respecto —le interrumpió Cowperwood irritado—. Mi caso no es distinto a los otros y lo sabes. Malversación es malversación si así lo deciden los políticos. —Se quedó en silencio, pensativo, y Steger se levantó y paseó relajadamente por la habitación. También él estaba pensando—. ¿Y tendría que ir a la cárcel en algún momento del proceso; antes de que los tribunales superiores hagan una tasación final de las responsabilidades? —añadió Cowperwood de manera directa y lúgubre tras algún tiempo.

—Sí, ocurre siempre a lo largo de un procedimiento como este —contestó Steger con cautela, ahora acariciándose la oreja e intentando exponerle el asunto de la manera más delicada posible—. Se pueden evitar las sentencias de prisión en las primeras fases de un caso como este; pero si te juzgan y te condenan una vez es bastante difícil hacer nada; de hecho, en ese caso es absolutamente necesario ir a la cárcel durante unos días, cinco o así, pendiente de la petición de un nuevo juicio y de la obtención de un certificado de duda razonable. Normalmente eso es lo que tarda.

El joven banquero permanecía sentado e inmóvil mirando fijamente por la ventana, y Steger lo observaba.

—Es un poco complicado, ¿no?

—Sí, eso parece —le contestó Frank, y añadió para sí—. ¡A la cárcel! ¡Cinco días

en la cárcel!

Esa sería una tremenda bofetada, bien mirado. ¡Cinco días en la cárcel pendiente de la obtención de un certificado de duda razonable, si es que lograba conseguirlo! ¡Debía evitarlo! ¡La cárcel! ¡La penitenciaría! Su reputación comercial nunca sobreviviría a eso.

CAPÍTULO XXXII

Rápidamente se llegó al convencimiento de que aquella reunión entre Butler, Mollenhauer y Simpson era necesaria porque esta situación se agravaba con cada hora que pasaba. Por Third Street corría el rumor de que además de haber quebrado por una suma tan elevada como para haber afectado aún más la situación financiera de pánico existente provocada por el incendio de Chicago, Cowperwood y Stener, o Stener trabajando con Cowperwood, o al revés, habían involucrado a la tesorería de la ciudad hasta la cantidad de quinientos mil dólares. Y la cuestión era cómo conseguirían acallar este asunto hasta después de las elecciones, para las que faltaban todavía tres semanas. Los banqueros y los agentes de bolsa intercambiaban rumores sobre un cheque que había salido de la tesorería después de que Cowperwood supiera que iba a quebrar y sin el consentimiento de Stener. También que había peligro de que llegara a oídos de aquella incómoda organización política conocida como Citizens' Municipal Reform Association, de la que era presidente un tal Skelton C. Wheat, conocido propietario de una fundición, y hombre de gran probidad y rectitud moral. Wheat llevaba años siguiéndole la pista a la administración republicana dominante en un vano intento por hacerles comprender algunas de sus iniquidades políticas. Era un hombre serio y austero; una de esas almas solemnes y santurronas que ven la vida a través de un peculiar velo de deber y que, al no verse afectadas por pasión animal de ningún tipo, van por la vida defendiendo la teoría de los diez mandamientos por encima del orden de las cosas tal como son.

El comité en cuestión fue originariamente organizado para protestar contra algunos abusos del departamento de hacienda; pero desde entonces, de elección en elección, había ido pasando de un asunto a otro, encontrando ocasionalmente alguna prueba de que su existencia merecía la pena en el comentario de algún periódico y en la reforma apresurada de algún funcionario de menor rango provocada por el miedo y que terminaba, normalmente, refugiándose entre las faldas de algún poder político superior —los más importantes de los cuales eran los señores Butler, Mollenhauer y Simpson—. En este preciso momento no tenían munición de importancia ni nada que avivara el fuego; y este asunto de Cowperwood con su delito concomitante, en lo que a la tesorería concernía, amenazaba, según opinaban algunos políticos y banqueros, con darles justamente lo que buscaban.

Sin embargo, aquella reunión decisiva tuvo lugar entre Cowperwood y los poderes políticos reinantes unos cinco días después de la quiebra de Cowperwood, en la casa del senador Simpson, que se encontraba en Rittenhouse Square —el corazón de la zona de los viejos ricos de Filadelfia—. Simpson era un hombre de no poco refinamiento artístico, de procedencia cuáquera, y con buen criterio para hacer aumentar su riqueza, y que utilizaba en gran medida para satisfacer sus ansias de primacía política. Era de lo más generoso cuando el dinero podría proporcionarle a un partidario poderoso o necesario políticamente. Prácticamente colmaba de cargos —

cargos de comisionados, de fideicomisarios, en la judicatura, nominaciones políticas y puestos ejecutivos en general— a los que acataban sus mandatos fielmente y sin cuestionarlos. Comparado con Butler y con Mollenhauer, era más poderoso que ninguno de los otros dos, ya que representaba al estado y a la nación. Cuando las autoridades políticas que intentaban decidir sobre las elecciones nacionales deseaban descubrir lo que haría el estado de Pensilvania, en lo que al Partido Republicano se refería, era al senador Simpson a quien acudían. Él lo sabía, en el sentido literal de la palabra. El senador hacía tiempo que había abandonado la política del estado para dedicarse a la política nacional, y era una figura interesante en el Senado de los Estados Unidos en Washington, donde su voz tenía gran peso en todos los consejos conservadores y adinerados de la nación.

La casa que ocupaba, de estilo veneciano, y con cuatro plantas de altura, lucía muchas de las marcas arquitectónicas de la distinción, tales como las ventanas decoradas con motivos florales, la puerta con el arco de medio punto y los medallones de mármol de color en las paredes. El senador era un gran admirador de Venecia. Había ido con frecuencia, al igual que a Atenas y a Roma, y había traído consigo numerosos objetos de arte representativos de las civilizaciones y los refinamientos de otras épocas. Principalmente era aficionado a los severos bustos esculpidos de los emperadores romanos, y a los fragmentos de los dioses y diosas que son el mejor testimonio de las aspiraciones artísticas de Grecia. En la entreplanta de esta casa se encontraba uno de sus más valiosos tesoros: una base tallada y adornada con motivos florales que soportaba un monolito ahusado de un metro veinte de altura aproximadamente, coronado por la cabeza de un Pan peculiarmente caprino, a cuyo lado se hallaban los dudosos restos de una bella ninfa desnuda —tenía los piecitos rotos a la altura de los tobillos—. La base sobre la que descansaban los pies de la ninfa y el monolito estaba ornamentada con bucráneos entrelazados con rosas. En el vestíbulo había réplicas de Calígula, Nerón y de otros emperadores romanos; y en las paredes de la escalera, relieves de ninfas danzantes en procesión y de sacerdotes que portaban ofrendas de ovejas y cerdos para los altares sacrificiales. Había en algún rincón de la casa un reloj que daba los cuartos, las medias, los tres cuartos y la hora con unas notas extrañas, eufónicas y patéticas. En las paredes de las habitaciones había tapices de origen flamenco, y en la sala de visitas, la biblioteca, la sala de estar y en el salón, muebles ricamente tallados siguiendo el estilo del Renacimiento italiano. El gusto del senador en asunto de pintura era inadecuado, y desconfiaba de él, pero los cuadros que tenía eran auténticos y de origen distinguido. Prefería sus vitrinas llenas de pequeños bronce importados, de cristal veneciano y de jade chino. No era coleccionista de ninguno de estos en sentido estricto, sino que simplemente disfrutaba teniendo unas cuantas muestras escogidas. Las bellas alfombras de piel de tigre y leopardo, la piel de un buey almizclado para su diván, y las pieles de cabra oscuras y con manchas marrones y las de cabritilla de las mesas, daban una sensación de elegancia y de abundancia contenida. Además, el senador había encargado que le

hicieran el comedor siguiendo la idea jacobina de la excelencia artística, y una bodega de la que se encargaban con extremo cuidado los mejores vinateros de la zona. Era un hombre al que le gustaba agasajar a sus invitados con suntuosidad; y cuando se abrían de par en par las puertas de su residencia para dar alguna cena, recepción o baile, allí se podía encontrar a lo mejor de la sociedad de la ciudad.

La reunión tuvo lugar en la biblioteca del senador, y recibió a sus colegas con el aire cordial del que tiene mucho que ganar y poco que perder. Había whiskies, vinos y puros en la mesa, y mientras Mollenhauer y Simpson intercambiaban los habituales comentarios sin importancia mientras esperaban la llegada de Butler, encendieron sendos puros y se guardaron sus pensamientos más íntimos para sí mismos.

Ocurrió que la tarde anterior Butler había sabido por el señor David Pettie, el fiscal del distrito, de la transacción del cheque de los sesenta mil dólares. Al mismo tiempo, el propio Stener había puesto el asunto en conocimiento de Mollenhauer. Fue Mollenhauer, y no Stener, el que se dio cuenta de que aprovechándose de la situación de Cowperwood, podría salvar de culpa al partido, y al mismo tiempo, arrancarle a Cowperwood sus acciones del tranvía sin que Butler ni Simpson llegaran a enterarse de nada. Lo que había que hacer era aterrorizarlo amenazándolo en privado con una demanda.

Butler no tardó mucho en llegar y se disculpó por el retraso. Ocultando su reciente dolor tras un aire lo más desenfadado posible, comenzó diciendo:

—Llevo una vida de lo más animada con todos los bancos de la ciudad queriendo saber si se van a pagar sus créditos. —Cogió un puro y encendió una cerilla.

—Parece muy amenazador —dijo el senador Simpson sonriendo—. Siéntese. Acabo de hablar con Avery Stone, de Jay Cooke & Co., y me ha dicho que los comentarios que se oyen en Third Street sobre la relación de Stener con la quiebra de este Cowperwood están subiendo de tono y que lo más probable es que los periódicos se hagan eco del asunto en breve, a menos que se haga algo al respecto. Estoy seguro de que las noticias también llegarán a oídos del señor Wheat, de la Citizens's Reform Association dentro de poco. Caballeros, deberíamos decidir ahora lo que nos proponemos hacer. Estoy seguro de que lo primero que debemos hacer es quitar a Stener de la lista con el mayor sigilo posible. Me parece que esto podría convertirse en un asunto muy serio y deberíamos hacer lo que podamos ahora para contrarrestar su efecto más tarde.

Mollenhauer dio una larga calada a su puro y soltó una ondulada nube de humo azul plomizo mientras estudiaba el tapiz de la pared que tenía enfrente, pero no dijo nada.

—Una cosa es segura —continuó el senador Simpson poco después, en vista de que nadie más hablaba—, y es que si no ponemos en marcha un proceso por nuestra propia cuenta dentro de un plazo razonable, es probable que sea otro quien lo haga, y eso no daría muy buena impresión. Mi propia opinión sería que esperaríamos hasta que estuviera claro que otra persona iba a emprender acciones legales —posiblemente

la Municipal Reform Association—, pero que estuviésemos preparados para intervenir y actuar de modo que pareciera que habíamos estado planeando hacerlo desde el primer momento. Lo que hay que hacer es ganar tiempo; de modo que sugeriría que dificultáramos todo lo posible el acceso a los libros de contabilidad del tesorero. Si se realizara una investigación, en el caso de que se ponga en marcha — como creo que es muy probable que ocurra—, debería tardar lo más posible en hacerse con los datos.

El senador no era partidario de andarse con remilgos cuando hablaba con sus importantes colegas de asuntos de importancia vital. Prefería, a su modo grandilocuente, llamar al pan, pan y al vino, vino.

—Todo eso me parece muy sensato —dijo Butler repantigándose un poco más en el sillón buscando ponerse cómodo y ocultando lo que sentía realmente con respecto a este asunto—. Los muchachos podrían encargarse fácilmente de que esa investigación durase tres semanas, pienso yo. Son bastante lentos con todo lo demás, si la memoria no me falla. —Al mismo tiempo pensaba en cómo podría introducir en la conversación el tema de la personalidad de Cowperwood y su rápido encausamiento sin que pareciera que con ello descuidaba el bienestar general del partido.

—Sí, no es mala idea —dijo Mollenhauer con solemnidad, exhalando un anillo de humo y pensando en cómo podría evitar que el delito de Cowperwood saliera a relucir en aquella reunión ni antes de que él lo hubiera visto.

—Deberíamos trazar nuestra línea de acción con mucho cuidado —continuó el senador Simpson—, de modo que si nos vemos obligados a actuar, podamos hacerlo con rapidez. Creo que esto se va a convertir en un problema de aquí a una semana, si no antes, y no tenemos tiempo que perder. Si siguiéramos mi consejo, me encargaría de que el alcalde le escribiese al tesorero una carta pidiéndole información y de que el tesorero le enviase su respuesta al alcalde, y también de que el alcalde, con la autorización del concejo, suspenda provisionalmente al tesorero —creo que tenemos autoridad para hacerlo—, o al menos, relevarlo de sus principales obligaciones, pero sin que de momento ninguna de estas medidas se haga pública; hasta que tengamos que hacerlo, por supuesto. Deberíamos tener estas cartas preparadas para poder mostrarlas a los periódicos enseguida, en el caso de que nos veamos obligados a hacerlo.

—Podría encargarme de tener esas cartas preparadas, si ustedes, caballeros, no tienen objeción —intervino Mollenhauer con serenidad, pero con rapidez.

—Bien, eso me parece sensato —dijo Butler en tono relajado—. Es prácticamente lo único que podemos hacer en estas circunstancias, a menos que pudiéramos encontrar a alguien más a quien echar la culpa, y tengo una sugerencia que hacer en ese sentido. Quizá no estemos tan indefensos como pensamos, bien mirado.

En sus ojos brilló levemente el triunfo al decir esto, al tiempo que una leve sombra de decepción veló los de Mollenhauer. De modo que Butler lo sabía, y

probablemente también Simpson.

—¿Qué quiere decir, exactamente? —preguntó el senador mirando a Butler con interés. No sabía nada de la transacción del cheque de los sesenta mil dólares. No había seguido muy de cerca los negocios de la tesorería de la ciudad, ni había hablado con ninguno de sus colegas desde que se produjera la primera reunión—. No hay terceros ajenos que tengan que ver con esto, ¿verdad? —Su acertada y astuta mente política se había puesto a funcionar.

—No. Yo no lo llamaría exactamente ajeno, senador —continuó Butler hábilmente—. Es en Cowperwood en quien estoy pensando. Ha surgido algo desde la última vez que nos reunimos, caballeros, que me hace pensar que quizá ese joven no sea tan inocente como pareciera. Me parece que él ha sido el cabecilla en este asunto y que ha estado engatusando a Stener en contra de su voluntad. He estado investigando el asunto por mi propia cuenta, y hasta donde he podido ver, este Stener no tiene tanta culpa como pensaba. Por todo lo que sé, Cowperwood ha estado amenazando a Stener con una cosa y con otra si no le daba más dinero, y hace sólo unos días obtuvo una suma importante con engaños que podría equipararlo en culpabilidad con Stener. Hay sesenta mil dólares en certificados de deuda de la ciudad que, habiendo sido pagados, no se encuentran en el fondo de amortización. Y en vista de que la reputación del partido está en riesgo, no veo que tengamos la necesidad de tener ninguna consideración especial con él. —Se detuvo ahí con la firme convicción de que había lanzado una flecha de lo más peligrosa en dirección a Cowperwood, como sin duda había hecho. Pero en este momento, tanto el senador como Mollenhauer quedaron no poco sorprendidos en vista de que en la última reunión había mostrado una actitud bastante amistosa hacia el joven banquero y que este reciente descubrimiento no parecía justificar su actitud agresiva de ahora. Mollenhauer estaba especialmente sorprendido porque había considerado que la amistad de Butler con Cowperwood podría ser un escollo.

—Hum, no me diga —observó el senador Simpson pensativamente mientras se acariciaba la boca con su pálida mano.

—Sí, puedo confirmarlo —dijo Mollenhauer con serenidad, viendo que su pequeño plan de intimidar a Cowperwood para despojarlo de sus acciones del tranvía se desvanecía—. Tuve una conversación con Stener el otro día sobre este mismo asunto, y me contó que Cowperwood había estado intentando obligarle a darle trescientos mil dólares más, y que cuando se negó, Cowperwood se las arregló para llevarse sesenta mil dólares más, sin su conocimiento y sin su consentimiento.

—¿Y cómo pudo hacer eso? —preguntó el senador Simpson con incredulidad.

Mollenhauer le explicó la transacción.

—Ah —dijo el senador, una vez que Mollenhauer hubo terminado—. Eso indica que se trata de una persona bastante inteligente, ¿no? ¿Y los certificados no se encuentran entonces en el fondo de amortización?

—No —se apresuró a intervenir Butler con considerable entusiasmo.

—Bueno, debo decir —dijo Simpson, aliviado— que esto me parece algo positivo. Quizá tengamos aquí a un chivo expiatorio. Necesitamos algo así. En estas circunstancias no veo que haya razón alguna para intentar proteger al señor Cowperwood. Quizá deberíamos insistir en eso, si es que tenemos que hacerlo. Los periódicos bien pueden llegar a hacer mucho ruido con eso. Van a hablar de todos modos, y si les proporcionamos el ángulo adecuado, creo que es probable que lleguen y pasen las elecciones antes de que este asunto se haya podido aclarar de manera razonable, incluso aunque intervenga el señor Wheat. Estaré encantado de encargarme de ver qué se puede hacer con respecto a los periódicos.

—Bueno, si ese es el caso —dijo Butler—, no veo que haya mucho más que podamos hacer ahora; pero creo que será un error si Cowperwood no es castigado junto con el otro. Es igual de culpable que Stener, si no más todavía, y a mí personalmente me gustaría ver que se lleva su merecido. Su sitio está en la penitenciaría, y ahí es donde terminará si me salgo con la mía. —Tanto Mollenhauer como Simpson lanzaron una mirada inquisitiva y reservada a su habitualmente cordial colega. ¿Cuál podría ser la razón para esta repentina determinación de hacer que se castigara a Cowperwood? Cowperwood, tal como lo veían Mollenhauer y Simpson, y tal como Butler lo habría visto normalmente, estaba en todo su derecho tanto humana como legalmente, aunque quizá no estrictamente hablando en este último sentido. No lo culpaban por intentar hacer lo que había hecho ni la mitad de lo que culpaban a Stener por habérselo permitido. Pero en vista de que Butler opinaba lo contrario y de que estaban ante un delito técnico, se hallaban perfectamente dispuestos a que la otra parte tuviera la ventaja, aunque Cowperwood terminara en la penitenciaría.

—Quizá tenga razón —dijo el senador Simpson con cautela—. Prepare esas cartas, Henry; y si tenemos que poner en marcha un proceso contra alguien antes de las elecciones, quizá sería aconsejable que demandáramos a Cowperwood. Incluya a Stener si tiene que hacerlo, pero sólo si es necesario. Lo dejo en manos de ustedes dos, ya que me veo obligado a partir hacia Pittsburg el viernes próximo; pero sé que a ustedes no se les pasará nada por alto.

El senador se puso en pie. Su tiempo era siempre muy valioso. Butler se sentía muy satisfecho con lo que había conseguido. Había logrado poner al triunvirato en contra de Cowperwood de modo que él fuese la primera víctima en caso de que se produjeran desórdenes públicos o manifestaciones en contra del partido. Lo único que necesitaba era que ese malestar se hiciera manifiesto, y por lo que podía ver en la ciudad en las actuales condiciones, eso no tardaría mucho. Quedaba ahora por ver el asunto de los acreedores insatisfechos; y si, al comprarles, lograba tener éxito en evitar que el financiero consiguiera reanudar su actividad, se encargaría de que se encontrara en una situación bastante precaria. Fue un día aciago para Cowperwood, pensó Butler, el día en el que intentó por primera vez que Aileen fuera por mal camino, y no tardaría mucho en poder demostrárselo.

CAPÍTULO XXXIII

Mientras tanto, Cowperwood, por lo que veía y oía, estaba cada vez más seguro de que los políticos intentarían convertirlo en el chivo expiatorio y que eso ocurriría en breve. En primer lugar, Stires lo había visitado pocos días después de que cerrara sus puertas y le había informado de algo importante. Albert seguía estando relacionado con la tesorería de la ciudad, al igual que Stener, y se encargaba junto con Sengstack y otra persona designada por Mollenhauer de repasar los libros del tesorero y de explicar su importancia financiera. Stires había venido a ver a Cowperwood principalmente en busca de consejo con respecto al cheque de sesenta mil dólares y a su relación personal con él. Parecía que Stener amenazaba ahora con hacer que procesaran a su oficial mayor, diciendo que él era el responsable de la pérdida del dinero y que se podría hacer responsables de ello a sus garantes. Cowperwood se había limitado a reírse y le había asegurado a Stires que no había posibilidad alguna de que aquello ocurriera.

—Albert —le había dicho, sonriendo—, le digo que eso no va a ocurrir, estoy completamente seguro. No es usted responsable de haberme dado ese cheque. Le voy a decir lo que debe hacer. Vaya a ver a mi abogado: Steger. No le costará un centavo y él le dirá exactamente lo que debe hacer. Vuelva después y no se preocupe por nada. Siento que este movimiento mío le haya causado tantos problemas, pero hay una posibilidad entre cien de que hubiera mantenido su puesto con un nuevo tesorero, en cualquier caso, y si veo algún puesto en el que pueda usted encajar más adelante, se lo haré saber.

Otra cosa que hizo a Cowperwood pararse a pensar en este momento fue una carta de Aileen, detallándole una conversación que había tenido lugar durante la cena en la casa de los Butler una tarde en la que Butler padre no estaba presente. Le contaba cómo su hermano Owen había afirmado que ellos —los políticos—, su padre, Mollenhauer y Simpson iban a «echarle el guante» (refiriéndose a Cowperwood) por alguna manipulación financiera delictiva de algo —ella no sabría explicarle qué—, de un cheque o algo así. Aileen estaba loca de inquietud. ¿Podrían estar refiriéndose a la penitenciaría? Le preguntaba en la carta. ¡Su amor! ¡Su adorado Frank! ¿De verdad podría pasarle algo así?

Se le frunció el ceño y apretó los dientes de rabia cuando leyó la carta. Tendría que hacer algo al respecto; ver a Mollenhauer o a Simpson, o a ambos, y hacerle alguna oferta a la ciudad. No podía prometerles dinero por el momento —sólo pagarés—, pero cabía la posibilidad de que los aceptaran. ¡No podían estar pensando en convertirlo en chivo expiatorio por un asunto tan trivial y tan incierto como este cheque! Sobre todo, teniendo en cuenta que ahí estaban los quinientos mil que Stener le había adelantado, por no mencionar todas las oscuras transacciones de anteriores tesoreros. ¡Cuánta podredumbre! Muy política, pero también muy real y peligrosa.

Pero Simpson iba a estar fuera de la ciudad durante diez días y Mollenhauer,

teniendo en mente la sugerencia hecha por Butler de utilizar la fechoría de Cowperwood en beneficio del partido, ya se había movido según lo planeado. Las cartas estaban preparadas y esperando. Desde que tuviera lugar la reunión, los políticos de menor importancia, siguiendo las indicaciones de sus señores, se habían encargado de hacer correr la historia del cheque de los sesenta mil dólares con diligencia, y de insistir en que el peso de la culpa por el desfaldo de la tesorería recaía sobre el banquero más que sobre nadie. Sin embargo, en el momento en el que Mollenhauer le echó la vista encima a Cowperwood, comprendió que iba a tener que vérselas con alguien de fuerte personalidad. Cowperwood no mostraba ningún indicio de estar asustado. Simplemente afirmó, con tranquilidad, como era habitual en él, que había obtenido préstamos de la tesorería a un tipo de interés bajo y que este pánico lo había afectado de tal manera que en aquel momento le era imposible devolverlo.

—He oído rumores, señor Mollenhauer —dijo él—, de que es probable que inicien acciones legales contra mí como socio del señor Stener en este asunto; pero espero que la ciudad no lo haga y pensé que quizá podría contar con su influencia para evitarlo. Mis asuntos no están en mala situación; lo único que necesito es un poco de tiempo para enderezarlos. He presentado a todos mis acreedores la oferta de cincuenta centavos por dólar y les estoy ofreciendo pagarés a uno, dos y tres años; pero en este asunto del préstamo de la ciudad, si pudiéramos llegar a un acuerdo, estaría dispuesto a ofrecer cien centavos; lo único que necesitaría sería algo más de tiempo. Las acciones van a recuperarse, como usted bien sabe, y salvo por las pérdidas actuales, todo irá bien. Soy consciente de que el asunto ya tiene un alcance considerable, y de que es probable que los periódicos empiecen a hablar de ello en cualquier momento, a menos que los que pueden controlarlos hagan algo para evitarlo. —Miró a Mollenhauer de manera aduladora—. Pero si pudiera quedar fuera del proceso en la medida de lo posible, mi posición no se vería perjudicada y tendría mayores oportunidades de reiniciar mis negocios. Sería mejor para la ciudad, puesto que entonces sin duda podría pagar lo que le debo. —Le dedicó su sonrisa más encantadora y atractiva. Y Mollenhauer, que era la primera vez que lo veía, se sintió impresionado. De hecho, miró a este joven David con interés. Si hubiera visto alguna posibilidad de aceptar esta propuesta de Cowperwood de manera que el dinero que ofrecía hubiera sido pagadero a él en última instancia, y si Cowperwood hubiera tenido alguna posibilidad razonable de volver a iniciar su actividad, habría considerado cuidadosamente lo que tenía que decir. Porque entonces Cowperwood podría haber adscrito a su nombre las propiedades recuperadas. Pero tal como estaban las cosas, había pocas posibilidades de que la situación llegara nunca a enderezarse. La Citizens' Municipal Reform Association, por lo que había llegado a sus oídos, ya se estaba moviendo —investigando, o a punto de hacerlo—, y una vez que le pusieran las manos encima a este asunto, sin duda se encargarían de seguirlo muy de cerca hasta el final.

—El problema con esta situación, señor Cowperwood —dijo con afabilidad—, es

que ya ha ido tan lejos que está prácticamente fuera de mi alcance. En realidad ya tengo poco que ver con esto. Imagino, sin embargo, que lo que le preocupa no es tanto el tema del préstamo de los quinientos mil dólares como este otro del cheque de sesenta mil que recibió el otro día. El señor Stener insiste en que se hizo usted con él de manera ilegal y está muy alterado por eso. Tanto el alcalde como los otros funcionarios municipales están ya al tanto y puede que tomen medidas legales. No lo sé.

Mollenhauer obviamente no estaba siendo franco al adoptar esta actitud; estaba siendo evasivo en cuanto a su taimada referencia a su herramienta oficial, el alcalde; y Cowperwood se dio cuenta. Lo irritó sobremanera, pero tuvo el suficiente tacto como para ser elegante y respetuoso.

—Obtuve un cheque por sesenta mil dólares, es cierto —contestó con aparente franqueza—, el día antes de mi cesión. Fue en pago por unos certificados que había comprado por orden del señor Stener, sin embargo, y se me debían. Necesitaba el dinero y lo pedí. No veo que haya nada ilegal en esa acción.

—No si la transacción se hubiera completado hasta el último detalle —contestó Mollenhauer con tranquilidad—. Según tengo entendido, los certificados fueron comprados para el fondo de amortización, y no se encuentran allí. ¿Cómo me explica usted eso?

—Se trata simplemente de un descuido —contestó Cowperwood con aire inocente y con tanta tranquilidad como Mollenhauer—. Habrían estado allí si no me hubiera visto obligado a hacer una cesión de manera tan imprevista. No me fue posible atender a todo personalmente. No ha sido costumbre nuestra depositarlos de manera inmediata. El señor Stener se lo podrá confirmar, si le pregunta.

—No me diga —contestó Mollenhauer—. No me dio él esa impresión. En cualquier caso no están allí, y creo que eso cambia las cosas en términos legales. No tengo mayor interés en que este asunto se decante de un lado o de otro, no más del que puede tener cualquier buen republicano. No veo qué puedo hacer por usted exactamente. ¿Qué pensaba usted que podría hacer yo?

—No creo que pueda hacer nada por mí, señor Mollenhauer —contestó Cowperwood con cierta aspereza— a menos que esté dispuesto a hablar conmigo con franqueza. No soy ningún principiante en lo que a la política de Filadelfia se refiere. Sé algo sobre los poderes que la dominan. Pensé que usted podría detener los planes de demandarme por este asunto, y darme tiempo para volver a recuperarme. No tengo más responsabilidad penal por esos sesenta mil dólares de la que tengo por los quinientos mil dólares que recibí a modo de préstamo con anterioridad; ni mucho menos. Yo no creé este pánico ni le prendí fuego a Chicago. El señor Stener y sus amigos han estado obteniendo beneficios gracias a sus relaciones conmigo. Tenía derecho, sin duda, a hacer los esfuerzos necesarios para salvarme tras todos estos años de servicio, y no logro entender por qué no debería recibir cierta cortesía de manos de la presente administración local después de haberle sido de tanta utilidad.

He mantenido el crédito de la ciudad a la par; y en lo que se refiere al dinero del señor Stener, nunca se han dejado de pagar los intereses y mucho más que los intereses.

—Cierto —contestó Mollenhauer mirando a Cowperwood a los ojos sin pestañear e intentando calcular la fuerza y la rectitud de aquel hombre en lo que realmente valían—. Entiendo exactamente cómo ha ocurrido todo esto, señor Cowperwood. Sin duda, el señor Stener tiene con usted una deuda de gratitud, al igual que el resto de la administración de la ciudad. Yo no estoy diciendo lo que la administración de la ciudad debería o no debería hacer. Lo único que sé es que usted se encuentra en una situación peligrosa, tanto si es consciente de ello como si no, y que la opinión pública en algunos sectores empieza a posicionarse fuertemente contra usted. Personalmente no tengo interés en una cosa ni en otra, y si no fuera por la situación en sí misma, que me da la sensación de haberse escapado ya de las manos, no me opondría a ayudarle dentro de lo razonable. Pero ¿cómo? El Partido Republicano se encuentra en una situación difícil en lo que a las elecciones se refiere. De alguna manera, aunque haya sido de forma inocente, usted ha contribuido a llevarlo hasta ella, señor Cowperwood. El señor Butler, por alguna razón que desconozco, parece estar profunda y personalmente furioso. Y el señor Butler es uno de los grandes poderes... — Cowperwood comenzó a preguntarse si por un casual Butler habría indicado cuál era la naturaleza de su ofensa hacia él, aunque no podía creerlo. No era probable—. Comprendo perfectamente su situación, señor Cowperwood, pero lo que le sugiero es que vaya primero a ver al señor Butler y al señor Simpson. Si ellos están de acuerdo en establecer algún programa de ayuda, no me opondré a formar parte de él. Pero aparte de eso, no sé exactamente qué es lo que podría hacer yo. Sólo soy uno más entre los que tienen voz y voto en los asuntos de Filadelfia.

Llegado este punto, Mollenhauer esperaba que Cowperwood le ofreciera sus acciones, pero no lo hizo. En vez de eso, le dijo:

—Señor Mollenhauer, le agradezco mucho que haya tenido la cortesía de ofrecerme esta entrevista. Creo que me ayudaría si pudiera. Simplemente tendré que encargarme de intentar solucionar esto como mejor pueda. Buenos días.

Y con eso se despidió, viendo con claridad lo vana que había resultado ser su misión.

Entretanto, en vista de que crecían los rumores y de que nadie parecía estar dispuesto a tomar medidas para enderezar el asunto, el señor Skelton C. Wheat, presidente de la Citizens' Municipal Reform Association, se vio por fin obligado, no en contra de su voluntad, a reunir al comité de diez filadelfios estimables del que era presidente en una sala de reuniones de Market Street para exponerles el asunto de la quiebra de Cowperwood.

—Me parece, señores —anunció—, que esta es una ocasión en la que esta organización puede prestar un servicio notable a la ciudad y a los ciudadanos de Filadelfia, y demostrar el significado y el mérito del nombre que le dimos desde un

principio, realizando una investigación tan exhaustiva que saque a la luz todos los datos de este caso, y respaldándolos después con fuerza insistiendo en que esas prácticas nefarias de las que hemos informado y que se han permitido deben cesar. Sé que esta tarea puede resultar difícil. Podemos estar seguros de que tanto el Partido Republicano como sus intereses locales y estatales se posicionarán en nuestra contra. Es incuestionable que sus líderes están ansiosos por evitar que se produzcan comentarios y por lograr que sus candidatos sean aprobados sin problemas, y que no contemplarán con ecuanimidad el comienzo de nuestras actividades en este asunto; pero si perseveramos, de todo esto saldrán grandes cosas. Ya hay demasiada deshonestidad en la política. En estos asuntos hay unos valores morales que indican lo que es correcto, que no pueden ser ignorados de manera permanente, y que deben cumplirse. Dejo este asunto a su cortés consideración.

El señor Wheat se sentó y el comité se puso de inmediato a estudiar el asunto que él acababa de proponer. Se decidió nombrar un subcomité «para investigar» (citando las declaraciones que se hicieron públicas) «los rumores que afectaban a uno de los departamentos más importantes y distinguidos del gobierno municipal» y para que informara en la siguiente reunión, que fue fijada para la noche siguiente a las nueve. Se suspendió la reunión y se retomó a las nueve del día siguiente; mientras tanto, cuatro individuos de gran criterio financiero se habían dedicado a la tarea que se les había asignado. Redactaron un informe muy detallado, que no coincidía exactamente con los hechos, pero que se acercaba tanto como permitía un espacio de tiempo tan corto.

«Parece (decía el informe, tras un preámbulo que explicaba por qué se había nombrado el comité) que ha sido costumbre de los tesoreros de la ciudad desde hace años, cuando los concejos municipales han aprobado créditos, dejarlos en manos de determinados agentes de su preferencia para que los vendan, debiendo los agentes dar cuenta al tesorero del dinero recibido mediante dichas ventas a intervalos cortos, normalmente a principios de cada mes. En el caso actual, Frank A. Cowperwood ha estado actuando como agente para el tesorero de la ciudad. Pero en el caso del señor Cowperwood parece que ni siquiera se ha acogido a este sistema tan nefasto y tan impropio de los negocios. El accidente del incendio de Chicago, con la consiguiente depresión del valor de las acciones y la consiguiente quiebra del señor Frank A. Cowperwood, han complicado el asunto temporalmente de tal manera que este comité no ha sido capaz de determinar con exactitud si se han rendido las cuentas pertinentes; pero a juzgar por las condiciones en las que el señor Cowperwood ha estado en posesión de los bonos (crédito de la ciudad) para hipotecarlos, etcétera, parecería que no se le ha hecho responsable de nada en lo que a estos asuntos se refiere, y que siempre ha tenido bajo su control varios cientos de miles de dólares en efectivo o en valores pertenecientes a la ciudad, que ha manipulado con diversos fines; pero los datos exactos de estas transacciones no son fácilmente accesibles.

Algunas de las operaciones consistían en hipotecar grandes cantidades de estos

créditos antes de que se emitieran los certificados, encargándose el prestador de que la orden de los valores hipotecados quedara debidamente reflejada en los libros del tesorero. Estos métodos parecen haber estado llevándose a cabo desde hace mucho tiempo, y parece increíble que el tesorero de la ciudad no estuviera al tanto de la naturaleza del negocio, por lo que hay indicios de que haya habido complicidad entre él y el señor Cowperwood para beneficiarse mediante la utilización del crédito de la ciudad, violando la ley.

Lo que es más, al mismo tiempo que se estaban realizando estas hipotecas y mientras la ciudad estaba pagando intereses por tales créditos, el dinero que las representaba se encontraba en manos del agente del tesorero sin que ello supusiera intereses para la ciudad. Se posponía el pago de los certificados municipales, mientras eran comprados por debajo de la par en grandes cantidades por el señor Cowperwood con el mismo dinero que debería haberse encontrado en la tesorería de la ciudad. Los tenedores de buena fe de las peticiones de certificados de créditos no pueden obtenerlos y, por lo tanto, el crédito de la ciudad se ve perjudicado más allá del desfaldo actual, que asciende a más de quinientos mil dólares. En este momento, hay un contable trabajando en los libros del tesorero, y en unos días debería ser posible aclarar completamente cuál ha sido el *modus operandi*^[1]. Es de esperar que la difusión que se hará de todo esto termine con estas nefastas prácticas.»

Se había adjuntado a este informe un extracto de la ley que regía el abuso de confianza; y el comité determinó que, a menos que algún contribuyente eligiera iniciar acciones legales para demandar a los responsables, el comité se vería en la obligación de hacerlo, aunque tales acciones quedaran fuera del objetivo para el que se había formado.

Este informe fue inmediatamente entregado a los periódicos. Aunque tanto los políticos como Cowperwood habían anticipado que se harían públicas algunas declaraciones, esto supuso, no obstante, un duro golpe. El miedo tenía a Stener fuera de sí. Empezó a sudar frío cuando vio el titular, aunque había sido prudentemente redactado: «Reunión de la Municipal Reform Association». Todos los periódicos se hallaban tan identificados con los poderes políticos y financieros de la ciudad que no se atrevían a sacar a la luz abiertamente lo que pensaban. Los datos más relevantes ya llevaban una semana o más en manos de los editores y de los redactores, pero Mollenhauer, Simpson y Butler habían dado instrucciones de que, de momento, se minimizara su importancia. No era bueno para Filadelfia, ni para el comercio local, etcétera, armar un escándalo. Eso mancillaría el buen nombre de la ciudad. Era la misma historia de siempre.

Enseguida se planteó la cuestión de quién era realmente el culpable, si el tesorero o el agente, o ambos. ¿Cuánto dinero se había perdido en realidad? ¿Dónde había ido a parar? ¿Y quién era Frank Algernon Cowperwood, en cualquier caso? ¿Por qué no se le arrestaba? ¿Cómo había llegado a tener una relación tan estrecha con la administración de la ciudad? Y aunque aún no había llegado el día de lo que más

tarde se llegaría a conocer como el «periodismo amarillo»^[2] y los periódicos locales no eran dados a los comentarios personales, como ocurriría después, no era posible, aunque estuvieran atados de pies y manos por los magnates políticos y sociales, evitar los comentarios. Había que escribir editoriales. Tenían que aventurarse a escribir referencias solemnes y conservadoras a la vergüenza y al deshonor que un solo individuo podía acarrear a una gran ciudad y a un partido político tan noble.

Se puso en práctica el plan desesperado de echar la culpa a Cowperwood temporalmente, fraguado por Mollenhauer, Butler y Simpson, de suscitar el odio por aquel delito hacia alguien ajeno al partido, al menos por el momento. Resultó interesante al tiempo que extraño darse cuenta de la rapidez con la que los periódicos, e incluso la Citizens' Municipal Reform Association, adoptaron el argumento de que Cowperwood era en gran medida el culpable, si no el único responsable. Stener le había prestado el dinero, eso era cierto; le había entregado las emisiones de bonos para que las vendiera, eso era cierto, pero de alguna manera, todos parecieron tener la impresión de que Cowperwood había abusado gravemente de la confianza del tesorero. Se hizo alusión al hecho de que se hubiera llevado un cheque de sesenta mil dólares por unos certificados que no se encontraban en el fondo de amortización, aunque tanto los periódicos como el comité temían afirmarlo hasta que pudieran confirmarlo con seguridad, debido a las leyes estatales contra la difamación.

En el momento oportuno aparecieron varias cartas municipales que pretendían ser una severa petición por parte del alcalde, el señor Jacob Borchardt, al señor George W. Stener de una explicación inmediata de su conducta, y la respuesta de este último, y que fueron entregadas inmediatamente a los periódicos y a la Citizens' Municipal Reform Association. Estas cartas serían suficiente para demostrar, o eso pensaban los políticos, que el Partido Republicano estaba ansioso por purgarse de cualquier sinvergüenza que pudiera hallarse entre sus filas, y que servirían para dejar correr el tiempo hasta después de las elecciones.

OFICINA DEL ALCALDE
DE LA CIUDAD DE FILADELFIA
SR. D. GEORGE W. STENER 18 de octubre, 1871
Tesorero de la Ciudad

Estimado señor:

He sido informado de que gran cantidad de certificados de deuda de la ciudad han sido emitidos por usted para ser vendidos en nombre de la ciudad, y que, tras las requisas habituales por parte del alcalde, entiendo que han quedado fuera de su custodia, y que los beneficios de la venta de dichos certificados no se han ingresado en la tesorería de esta ciudad.

También he sido informado de que se ha permitido que gran cantidad de dinero de la ciudad pasara a manos de uno o más agentes y banqueros que operan en Third Street, y que dichos agentes o banqueros se han encontrado con dificultades económicas, debido a las que, y en función de lo anteriormente expuesto, es probable que los intereses de la ciudad se vean seriamente dañados.

Por lo tanto, me veo en la obligación de solicitarle que me informe inmediatamente de la veracidad o falsedad de estas afirmaciones, de modo que pueda ejercer con los deberes que recaen en mí como principal magistrado de la ciudad con total conocimiento de causa, y a la vista de dichos hechos, si existen.

Respetuosamente suyo,

JACOB BORCHARDT
Alcalde de Filadelfia

OFICINA DEL TESORERO
DE LA CIUDAD DE FILADELFIA
HONORABLE JACOB BORCHARDT 19 de octubre, 1871

Estimado señor:

Mediante la presente acuso recibo de su mensaje del 21^[3] del corriente y aprovecho para comunicarle que en este momento no puedo ofrecerle la información que me solicita. Actualmente hay ciertas dificultades en la tesorería de la ciudad, debidas a la actividad delictiva del agente que durante los últimos años ha negociado los créditos de la ciudad, y desde el descubrimiento de dichos actos, estoy realizando todos los esfuerzos posibles para evitar o minimizar la pérdida que amenaza a la ciudad.

Respetuosamente,
GEORGE W. STENER

OFICINA DEL ALCALDE
DE LA CIUDAD DE FILADELFIA
SR. D. GEORGE W. STENER 21 de octubre, 1871
Tesorero de la Ciudad

Estimado señor:

En las presentes circunstancias, debe considerar la presente como una notificación de desistimiento y revocación de toda solicitud o autorización por mi parte para la venta de crédito, en la medida que la misma no haya sido satisfecha. Las solicitudes de dichos créditos podrán realizarse temporalmente en esta oficina.

Respetuosamente,
JACOB BORCHARDT
Alcalde de Filadelfia

¿Y había escrito el señor Borchardt las cartas en las que aparecía su nombre? No. Las había escrito el señor Abner Sengstack en la oficina del señor Mollenhauer, y el comentario del señor Mollenhauer al verlas fue que servirían —que, de hecho, eran muy buenas—. ¿Y el señor Stener, tesorero de la ciudad de Filadelfia, había escrito aquella respuesta tan prudente? No. El señor Stener se encontraba en un estado de colapso total, llegando incluso a llorar en una ocasión mientras se encontraba en la bañera de su casa. También fue el señor Abner Sengstack el que la escribió y después hizo que el señor Stener la firmara. Y el comentario del señor Mollenhauer después de aquello, antes de que fuera enviada, fue que le parecía «bien». En aquel momento, todas las ratas y los ratoncitos se apresuraron a ponerse a cubierto ante la presencia de un gran gato público de ojos fieros merodeando en la oscuridad, y sólo las ratas más viejas y más astutas podían actuar.

En este mismo momento, y desde hacía ya varios días, los señores Mollenhauer, Butler y Simpson estaban, y habían estado, sopesando junto con el señor Pettie, fiscal del distrito, qué podía hacerse con Cowperwood, si es que podía hacerse algo, con el

objetivo de poner aún más énfasis a la hora de dirigir la culpa hacia él, y qué línea de defensa, en el caso de que hubiera alguna, podía seguirse en el caso de Stener. Butler, por supuesto, apostaba con fuerza por demandar a Cowperwood. Pettie no veía que hubiera defensa posible para Stener, ya que en los libros de Cowperwood aparecían las anotaciones de varias compras de acciones del tranvía realizadas para él; pero en cuanto a Cowperwood, «Vamos a ver», dijo. En primer lugar, especulaban sobre si sería una buena política arrestar a Cowperwood, y juzgarlo si se consideraba necesario, ya que el simple hecho de arrestarlo podría parecerle al público una prueba segura de su culpabilidad, por no hablar de la virtuosa indignación de la administración, y en consecuencia, distraer la atención de la funesta índole del partido hasta después de las elecciones.

Así, finalmente, la tarde del 26 de octubre de 1871, Edward Strobik, presidente del concejo de Filadelfia, apareció ante el alcalde, como finalmente ordenó Mollenhauer, y presentó acusación mediante affidavit^[4] contra Frank A. Cowperwood, agente empleado por la tesorería para vender los bonos de la ciudad, por haber cometido malversación de fondos y hurto por depositario. No importaba que al mismo tiempo se acusara a George W. Stener de malversación de fondos. Cowperwood era el chivo expiatorio que andaban buscando.

CAPÍTULO XXXIV

Bien merece la pena valorar la imagen tan diferente que ofrecían en este momento Cowperwood y Stener. Stener tenía la cara de un blanco grisáceo y los labios azules. Cowperwood, a pesar de los pensamientos solemnes que tenía respecto al posible periodo de encarcelación que hacía presagiar el clamor actual, y lo que eso significaría para sus padres y sus hijos, para sus socios comerciales y para sus amigos, estaba tan tranquilo y sosegado como cabría esperar de alguien con tantos recursos mentales. Durante todo este remolino de desastres no había perdido los nervios ni el valor ni una sola vez. Esa cosa que llamamos conciencia, y que obsesiona de tal modo a algunas personas que las lleva a la destrucción, no le molestaba en absoluto. No tenía la más mínima conciencia de lo que habitualmente conocemos como pecado. El escudo que protegía la vida tenía sólo dos caras desde su peculiar punto de vista, la fortaleza mental y la debilidad. ¿Lo que era correcto y lo que no? De eso no sabía nada. Era algo que estaba ligado a abstrusas consideraciones metafísicas que no le preocupaban lo más mínimo. ¿El bien y el mal? Eso era algo con lo que jugaban los clérigos y con lo que ganaban dinero. En lo tocante al favor o al ostracismo social que, ocasionalmente, le seguía los talones a un desastre de cualquier tipo, bueno, ¿qué significaba eso del ostracismo social? ¿Es que sus padres o él habían pertenecido alguna vez a la mejor sociedad? Y puesto que no era así, y a pesar del lío en el que se encontraba, ¿no cabía esperar que se diera una restitución social y que recuperara su posición en el futuro? Podría ser. ¿Moralidad e inmoralidad? Nunca las tenía en cuenta. Pero la fuerza y la debilidad, ¡ah, sí! Si tenías fuerza, siempre podías protegerte y llegar a ser algo. Si eras débil; mejor dar un paso atrás y salir de la línea de fuego. Él era fuerte y lo sabía, y siempre creía en su estrella. Algo —no sabría decir qué—, y que era la única metafísica que le preocupaba, lo favorecía. Siempre le había ayudado y a veces había hecho que las cosas salieran bien. Le había puesto excelentes oportunidades en el camino. ¿Por qué le habían dado una mente tan aguda? ¿Por qué lo favorecía siempre en lo financiero y en lo personal? No lo había merecido; lo había ganado. Por accidente, quizá, pero de alguna manera pensaba que siempre estaría protegido —estos presentimientos, las corazonadas que con frecuencia tenía a la hora de actuar— no se podían explicar tan fácilmente. La vida era un misterio oscuro e insondable, pero fuera lo que fuera, la fuerza y la debilidad eran los dos componentes. La fuerza ganaría y la debilidad perdería. Debía confiar sólo en la rapidez de su pensamiento, en su exactitud, en su juicio, y en nada más. La imagen que daba era el fiel reflejo del valor y la energía —se movía con brío, y con un aire desenvuelto y pulcro, con el bigote rizado, la ropa planchada, las uñas cuidadas, bien afeitado y rebosante de salud.

Entretanto, Cowperwood había ido personalmente a ver a Skelton C. Wheat para intentar explicarle su versión de la situación, alegando que no había hecho nada que no hubieran hecho otros antes que él, pero Wheat estaba dudoso. No conseguía

entender por qué aquellos certificados por valor de sesenta mil dólares no estaban en el fondo de amortización. La explicación de Cowperwood de que aquella había sido su costumbre, fue inútil. Sin embargo, el señor Wheat se dio cuenta de que otros relacionados con la política se habían estado beneficiando tanto como Cowperwood de otras maneras y aconsejó a Cowperwood que se convirtiera en testigo de cargo. Sin embargo, se negó inmediatamente a hacerlo; él no era ningún «soplón», y así se lo dijo al señor Wheat, que se limitó a sonreír con ironía.

Butler padre estaba encantado (a pesar de su preocupación por el resultado del partido en las elecciones) porque ahora tenía al villano atrapado en las redes de tal modo que le costaría trabajo salir de esta. El próximo fiscal del distrito, que sucedería a David Pettie si el Partido Republicano ganaba, sería designado por Butler, tal como habían ya decidido —un joven irlandés que había realizado bastantes gestiones legales para él—, un tal Dennis Shannon. Los otros dos líderes del partido ya se lo habían prometido a Butler. Shannon era un tipo inteligente, atlético y bien parecido, de casi un metro ochenta de estatura, con el pelo rubio, las mejillas sonrosadas y los ojos azules, considerado buen orador y excelente pleiteador. Se sentía muy orgulloso de contar con el favor de Butler —de que le hubiera prometido personalmente que aparecería como candidato— y había dicho que, si era elegido, cumpliría con su mandato a su leal saber y capacidad.

La única pega, en lo que concernía a algunos de los políticos, era que si Cowperwood era condenado, también le ocurriría lo mismo a Stener. No habría escapatoria posible para el tesorero de la ciudad. Si Cowperwood era considerado culpable de haber obtenido fraudulentamente sesenta mil dólares de dinero de la ciudad, Stener sería culpable de haberse hecho con quinientos mil dólares. La pena de prisión por un delito así era de cinco años. Podría declararse inocente, y presentar como prueba que lo que hizo era una práctica consuetudinaria, evitándose así la odiosa necesidad de declararse culpable; pero sería condenado de todos modos. No habría jurado que aceptara algo así viniendo de él. A pesar de la opinión pública, una vez llegado el juicio, podría haber dudas considerables con respecto a Cowperwood. Pero no había ninguna con respecto a Stener.

Las medidas prácticas que se tomaron a partir del momento en el que Cowperwood y Stener fueron acusados formalmente, pueden resumirse rápidamente. Steger, el abogado de Cowperwood, fue informado en privado y de antemano de que Cowperwood iba a ser acusado. Tomó rápidamente medidas para que su cliente compareciera antes de que se ejecutara la orden de detención, y para evitar la consiguiente palabrería de los periódicos si se dictaba una orden de búsqueda.

El alcalde dictó una orden de detención contra Cowperwood y, según el plan de Steger, Cowperwood apareció inmediatamente ante Borchardt acompañado por su abogado y entregó una fianza de veinte mil dólares (W. C. Davison, presidente del Girard National Bank, actuó como garante suyo), siendo emplazado a presentarse en la comisaría central el sábado siguiente para la vista oral. Marcus Oldslaw, abogado,

había sido contratado por Strobik, en calidad de presidente del concejo municipal, para que se hiciera cargo de la acusación en nombre de la ciudad. El alcalde miró a Cowperwood con curiosidad, ya que él, al llevar comparativamente poco tiempo en el mundillo político de Filadelfia, no lo conocía tan bien como los otros, y Cowperwood le devolvió la mirada con amabilidad.

—Esto es una pantomima, señor alcalde —le comentó en voz baja a Borchard, quien le contestó con una sonrisa y una mirada amable, que en lo que a él se refería, era un procedimiento totalmente inevitable en aquel momento.

—Ya sabe cómo funcionan las cosas, señor Cowperwood —observó. A lo que este último sonrió y dijo:

—Lo sé, sin duda.

Luego tuvieron lugar las comparencias inevitables en un tribunal de policía, conocido como el Tribunal Central, donde se declaró inocente de los cargos, emplazándosele finalmente a comparecer ante el gran jurado en noviembre, donde, dada la complicada naturaleza de los cargos formulados contra él por parte de Pettie, le pareció aconsejable aparecer. Fue debidamente acusado por este último órgano (Shannon, recientemente elegido fiscal del distrito, hizo una demostración de fuerza) y se ordenó su juicio para el 5 de diciembre ante un tal juez Payderson en la Sección I del Tribunal Penal, representación local de los Tribunales del Estado que se hacían cargo de este tipo de delitos. Sin embargo, su procesamiento no tuvo lugar antes de que se produjeran las tan discutidas elecciones, lo que tuvo como resultado, gracias a las hábiles manipulaciones políticas de Mollenhauer y de Simpson (que incluyeron votos fraudulentos en las urnas y que no se evitara el ejercicio de la violencia contra determinadas personas durante las votaciones) una nueva victoria, aunque, por una mayoría bastante reducida. La Citizens' Municipal Reform Association, a pesar de su sonada derrota en las urnas, que sólo podría haberse dado mediante el fraude, continuó disparando contra aquellos a los que consideraba los principales malhechores.

Aileen Butler, durante todo este tiempo, siguió las vicisitudes de Cowperwood por lo que anunciaban los periódicos y a través de los cotilleos de la ciudad con tanto interés, parcialidad y entusiasmo por él como su naturaleza física y afectuosa le permitía. No era dada a razonar bien cuando se dejaba llevar por el afecto, pero sí era bastante astuta cuando no lo hacía; y aunque lo veía con frecuencia y le decía muchas cosas —tanto como le permitía su cautela natural—, dedujo de lo que leía en los periódicos y de las conversaciones privadas, tanto a su mesa como en cualquier otro lugar, que a pesar de la mala situación en la que se encontraba, no estaba tan mal como podría haber estado. Sólo un artículo, recortado del *Philadelphia Public Ledger* poco después de que Cowperwood hubiera sido públicamente acusado de malversación, la reconfortó y la consoló. Lo recortó y lo llevaba en su seno porque, de algún modo, parecía demostrar que estaban pecando mucho más contra su adorado Frank de lo que él había pecado. Era parte de uno de los numerosos manifiestos e

informes emitidos por la Citizens' Municipal Reform Association, y decía lo siguiente:

«Los distintos aspectos de este caso son aún más serios de lo que ha llegado hasta la opinión pública. Los quinientos mil dólares que faltan no se deben a bonos de la ciudad vendidos sin la debida justificación, sino a préstamos efectuados por parte del tesorero a este agente. El comité ha recibido también la información, de lo que parece ser una fuente fidedigna, de que los créditos vendidos por el agente eran justificados en liquidaciones mensuales al precio más bajo de los dados durante el mes en curso, y que la diferencia entre esa tasa y la que se había pagado en realidad era dividida entre el tesorero y el agente, convirtiendo, por tanto, en interés de ambas partes que el mercado fuese bajista en algún momento del mes, de modo que pudieran contar con una cotización baja a la hora de hacer la liquidación. Aun así, el comité sólo puede considerar la acusación contra el agente, el señor Cowperwood, como un esfuerzo por desviar la atención del público de partes más culpables, mientras que los involucrados tienen así tiempo para “arreglar” los asuntos de modo satisfactorio para ellos».

«Ahí está» —pensó Aileen cuando lo leyó—, «ahí está». Estos políticos —su padre entre ellos, tal como dedujo de su conversación con ella— estaban intentando echar la culpa de sus propias maldades a su Frank. No era ni mucho menos tan malo como lo pintaban. Eso decía aquel informe. Se recreaba con las palabras: «un esfuerzo por desviar la atención del público de partes más culpables». Eso era exactamente lo que su Frank le había dicho en aquellas horas felices a solas en un sitio o en otro, particularmente en el nuevo lugar de encuentro que Frank había establecido en South Sixth Street, después de que tuvieron que abandonar el antiguo. Le había acariciado el pelo abundante y el cuerpo, y le había dicho que todo aquello no era más que una intriga política urdida de antemano para echarle a él toda la culpa y conseguir que Stener y el partido salieran lo más airoso posible. Saldría de aquello sin problemas, dijo, pero le advirtió de que no hablara. No negó sus largas y ventajosas relaciones con Stener. Le contó en qué habían consistido exactamente. Y ella lo comprendió, o creyó hacerlo. En cualquier caso, su Frank se lo estaba contando, y con eso era suficiente.

En cuanto a los hogares de los dos Cowperwood, tan reciente y pretenciosamente unidos en el éxito, y ahora atados en el fracaso, la vida se les escapaba. Frank Algernon era esa vida. Él era el valor y la fuerza de su padre: el espíritu y la oportunidad de sus hermanos, la esperanza de sus hijos, el patrimonio de su esposa, y la dignidad y la importancia del apellido Cowperwood. Todo eso suponía oportunidad, fuerza, emolumentos, dignidad y felicidad para aquellos que estaban relacionados con él. Y su sol maravilloso parecía ir menguando para dar lugar a un negro eclipse.

Desde aquella mañana fatal, por ejemplo, en la que Lillian Cowperwood recibiera aquella nota destructiva, como una bola de cañón que hubiera hecho pedazos sus asuntos domésticos, caminaba como si estuviera en trance. Desde hacía semanas se

hacía cargo de sus obligaciones con aparente placidez exterior, pero en su interior le preocupaba toda una marea de pensamientos. Era completamente desgraciada. Los cuarenta le habían llegado en un momento en el que la vida debería sostenerse firme y estable sobre una base sólida y, sin embargo, aquí estaba ella, a punto de verse arrancada del suelo doméstico en el que crecía y florecía, y tirada con indiferencia para que se marchitara bajo el abrasador sol del mediodía de las circunstancias.

En lo tocante a Cowperwood padre, su situación en el banco y en los demás lugares se aproximaba rápidamente al clímax. Como se ha dicho, había tenido una fe tremenda en su hijo; pero no podía evitar ver que se había cometido un error, como él lo veía, y que Frank estaba sufriendo enormemente por esa causa en aquel momento. Consideraba, por supuesto, que Frank tenía derecho a intentar salvarse como había hecho; pero lamentaba que su hijo hubiera tenido algo que ver en una situación que motivara tanta discusión del tipo de la que se estaba suscitando en aquel momento. Frank era maravillosamente brillante. No habría necesitado nunca verse involucrado con el tesorero de la ciudad ni con los políticos para haber tenido un éxito magnífico. Los tranvías de la ciudad y los políticos especuladores serían su ruina. El anciano andaba de acá para allá todos los días, consciente de que su sol se ponía, de que él fracasaba con el fracaso de Frank, y de que esta deshonra —estas acusaciones públicas— serían también su propia ruina. Se le había puesto el pelo muy gris en pocas semanas, su caminar se había vuelto lento, la cara pálida y los ojos hundidos. Las patillas, algo ostentosas, parecían ahora banderas u ornamentos de un tiempo pasado que había sido mejor. Su único consuelo en todo aquello era que Frank había terminado su relación con el Third National Bank sin deberle ni un solo dólar. Aun así, le constaba que los directores de aquella institución no podrían tolerar la presencia de un hombre cuyo hijo había ayudado a saquear la tesorería de la ciudad, y cuyo nombre aparecía ahora en la prensa en relación con aquel asunto. Además, Cowperwood padre era demasiado viejo. Debería retirarse.

La crisis para él llegó, por lo tanto, el día en el que Frank fue arrestado acusado de malversación. El anciano, que sabía por Frank que iba a suceder, quien a su vez lo sabía por Steger, aún tuvo el valor de ir al banco, lo cual fue para él como llevar el peso de una gran piedra. Pero antes de ir, y tras una noche de insomnio, redactó su renuncia para Frewen Kasson, presidente de la junta directiva, de modo que pudiera tenerla lista para entregársela enseguida. Kasson, un hombre fornido, musculoso y carismático de cincuenta años, soltó un suspiro de alivio para sus adentros cuando la vio.

—Sé que es duro, señor Cowperwood —dijo compasivamente—. Nosotros, puedo hablar en nombre de los demás miembros de la junta, nosotros lamentamos mucho la desafortunada situación en la que se encuentra. Sabemos exactamente cómo ha llegado su hijo a verse involucrado en algo así. No es el único banquero que ha tenido relación con los asuntos de la ciudad. Ni mucho menos. Es un sistema ya antiguo. Todos nosotros apreciamos los servicios que usted ha brindado a esta

institución durante los últimos treinta y cinco años. Si existiera la posibilidad de que pudiéramos ayudarlo a superar sus actuales dificultades, nos alegraría poder hacerlo, pero usted mismo, como banquero, se dará cuenta de que eso sería imposible. Ahora mismo todo es muy confuso. Si las cosas se tranquilizaran —si supiéramos cuánto tardará esto en pasar...—. Hizo una pausa porque sabía que no podía continuar sin decir que él o el banco sentían verse obligados a prescindir del señor Cowperwood de este modo en aquel momento. Sería el señor Cowperwood el que tendría que hablar.

Durante todo este tiempo el señor Cowperwood padre había estado haciendo un gran esfuerzo por tranquilizarse lo suficiente como para poder hablar. Había sacado un gran pañuelo blanco de lino y se había sonado la nariz, se había enderezado en la silla y había posado las manos tranquilamente sobre la mesa. Pero aun así, se encontraba tremendamente nervioso.

—¡No puedo soportar esto! —exclamó de repente—. Le rogaría que me dejara solo ahora.

Kasson, vestido con gran esmero y con las manos muy cuidadas, se levantó y salió de la habitación durante unos momentos. Era muy consciente del momento de tensión que acababa de presenciar. En el momento en el que se cerró la puerta, Cowperwood dejó caer la cabeza entre las manos y se sacudió con movimientos convulsivos. «Nunca pensé que llegaría a esto», murmuró. Después se limpió las lágrimas saladas y calientes, y se asomó a la ventana para pensar qué más hacer a partir de aquel momento.

CAPÍTULO XXXV

A medida que pasaba el tiempo, Butler se sentía más desconcertado e inquieto en lo tocante a sus deberes con respecto a su hija. Estaba seguro por su actitud furtiva y por su aparente deseo de esquivarlo, que seguía en contacto con Cowperwood de alguna manera, y de que esto le acarrearía un desastre social de algún tipo. Una vez pensó en ir a la señora Cowperwood para que ella ejerciera presión sobre su marido, pero después decidió que eso no serviría. Aún no estaba del todo seguro de que Aileen se estuviera reuniendo en secreto con Cowperwood y, además, era posible que la señora Cowperwood no estuviera al tanto de la duplicidad de su marido. También pensó en dirigirse personalmente a Cowperwood y amenazarlo, pero esa sería una medida extrema, y de nuevo, como en el caso anterior, carecía de pruebas. Dudó en cuanto a recurrir a una agencia de detectives y no quería hacer partícipes al resto de los miembros de su familia de aquel secreto. Salió una vez para inspeccionar las inmediaciones del 931 de North Tenth Street y echó un vistazo a la casa; pero eso le sirvió de poco. El lugar estaba en alquiler, una vez que Cowperwood había abandonado toda relación con él.

Finalmente se le ocurrió el plan de hacer que invitaran a Aileen a algún lugar relativamente distante —Boston o Nueva Orleans, donde vivía una hermana de su esposa—. Era un plan que requería de cierta delicadeza para su organización, y en aquellas cuestiones él no era precisamente el tacto personificado; pero aun así, se puso a ello. Le escribió personalmente a la hermana de su esposa a Nueva Orleans y le preguntó si, sin mencionar en modo alguno que él se lo había sugerido, le escribiría a su esposa para preguntarle si permitiría a Aileen ir a visitarla, y si al mismo tiempo, le enviaría una invitación a Aileen; pero rompió la carta. Poco después, se enteró accidentalmente de que la señora Mollenhauer y sus tres hijas, Caroline, Felicia y Alta, se marchaban a Europa a primeros de diciembre para visitar París, la Riviera y Roma, y decidió pedirle a Mollenhauer que convenciera a su esposa de que invitara a Norah y a Aileen, o sólo a Aileen, a que las acompañara, aduciendo como excusa que su esposa no podía dejarlo y que las muchachas deberían ir. Sería una manera estupenda de deshacerse de Aileen durante un tiempo. El grupo estaría fuera durante seis meses. Mollenhauer aceptó encantado, por supuesto. Las dos familias tenían una relación bastante cercana. La señora Mollenhauer se mostró dispuesta —encantada, desde el punto de vista político— y extendió la invitación. Norah no cabía en sí de contento. Quería ver Europa y siempre había deseado que se le presentara una oportunidad así. Aileen se alegró porque la señora Mollenhauer la hubiera invitado. Años antes habría aceptado sin pensarlo. Pero ahora sentía que suponía simplemente una interrupción desconcertante, una más de las pequeñas dificultades que venían a interrumpir sus relaciones con Cowperwood. Inmediatamente echó un jarro de agua fría a la propuesta que hizo una noche durante la cena la señora Butler, que desconocía la participación de su marido en aquel asunto, pero que había recibido una

llamada de la señora Mollenhauer, momento en el que se había producido la invitación.

—Está ansiosa porque la acompañéis las dos, si a tu padre no le importa —dijo la madre—, y yo creo que os lo pasaríais muy bien. Van a París y a la Riviera.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Norah—. Siempre he querido ir a París. ¿Tú no, Ai? ¿No sería estupendo?

—No estoy segura de querer ir —contestó Aileen. No quería comprometerse mostrando interés desde el primer momento—. Va a llegar el invierno y no tengo ropa. Yo preferiría esperar e ir en algún otro momento.

—¡Oh, Aileen Butler! —exclamó Norah—. ¡Qué cosas dices! Te he oído decir una decena de veces que te gustaría ir al extranjero a pasar algún invierno, y ahora que se presenta la oportunidad; además, puedes encargarte la ropa allí.

—¿No podrías comprarte algo allí? —preguntó la señora Butler—. Además, todavía faltan dos o tres semanas.

—¿No querrán tener a un hombre allí en calidad de guía y consejero, madre? —intervino Callum.

—Yo mismo podría ofrecerles mis servicios —observó Owen con reserva.

—No lo sé —contestó la señora Butler sonriendo y, al mismo tiempo, masticando con deleite—. Tendréis que preguntarles vosotros, hijos míos.

Aileen continuaba insistiendo. No quería ir. Era demasiado repentino. Era esto o lo otro. En ese momento entró el señor Butler y ocupó su sitio a la cabecera de la mesa. Estaba al tanto de todo, pero estaba ansioso por aparentar que no sabía nada.

—Tú no pondrías objeciones, ¿verdad, Edward? —le preguntó su esposa, al tiempo que le explicaba la propuesta.

—¿Objetar? —dijo con un bien disimulado aunque algo burdo intento por parecer alegre—. Menudo favor me estaría haciendo si pusiera objeciones. Me encantaría poder librarme de todos vosotros durante algún tiempo.

—¡Qué cosas dices! —dijo su esposa—. Menudo desastre serías tú viviendo solo.

—No estaría solo, créeme —contestó Butler—. Hay muchos lugares en esta ciudad en los que me recibirían con los brazos abiertos; y no gracias a vosotros.

—Y hay muchos lugares en los que no habrías estado si no fuera por mí. Escucha bien lo que te digo —le contestó la señora Butler con afabilidad.

—Sí, no se puede decir que eso sea manipular la verdad tampoco —contestó él cariñosamente.

Aileen seguía firme. Ningún argumento ni por parte de Norah ni por parte de su madre consiguió hacer ningún efecto. Butler presenció el fracaso de su plan con considerable disgusto, pero aún no había terminado. Cuando finalmente se convenció de que no había posibilidad de persuadirla de que aceptara la invitación de la señora Mollenhauer, decidió, tras algún tiempo, contratar a un detective.

En aquella época, la reputación de William A. Pinkerton^[1] de detective de fama y la de su agencia era considerable. El hombre había escapado de la pobreza mediante

una serie de vicisitudes hasta alcanzar cierta posición en su peculiar y, para muchos, desagradable profesión; pero para cualquiera que necesitara de servicios tan desafortunados, su famosa y patriótica relación con la Guerra Civil y con Abraham Lincoln era sin duda una recomendación. Él, o más bien sus servicios, había protegido a este último durante su tormentoso mandato en la mansión ejecutiva. Había oficinas que gestionaban la compañía en Filadelfia, Washington y Nueva York, por no mencionar otros lugares. Butler había visto el letrero de la oficina de Filadelfia, pero no quería ir allí. Una vez que tomó una decisión sobre este asunto, decidió que iría a Nueva York, donde se hallaban las oficinas centrales, según le habían dicho.

Puso como excusa simplemente que lo requerían algunos negocios, lo cual era corriente en su caso, y viajó hasta Nueva York —a casi cinco horas de distancia a la velocidad de los trenes de entonces—, donde llegó a las dos. En las oficinas de Lower Broadway pidió ver al director, que resultó ser un hombre grande, de facciones bastas, obeso, de cincuenta años, con el pelo y los ojos grises y de semblante hinchado, pero astuto, y de manos de dedos cortos y gruesos que tamborileaban distraídamente sobre la mesa mientras hablaba. Llevaba un traje de paño de lana marrón oscuro, que llamó la atención de Butler por parecerle peculiarmente ostentoso, y un gran alfiler de diamantes en forma de herradura. Él, tan conservador, vestía invariablemente de gris.

—¿Cómo está usted? —dijo Butler cuando un chico lo llevó ante la presencia de este ilustre personaje, cuyo apellido era Martinson; Gilbert Martinson, de origen americano e irlandés. Este último asintió con la cabeza y miró a Butler sagazmente, reconociendo en él al instante a un hombre de fuerza y probablemente de posición. Por lo tanto, se levantó y le ofreció una silla.

—Siéntese —le dijo, estudiando al viejo irlandés desde debajo de unas cejas gruesas y espesas—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Usted es el director, ¿verdad? —preguntó Butler con solemnidad, al tiempo que escrutaba al hombre con curiosidad y astucia.

—Sí, señor —se limitó a contestar Martinson—. Ese es el puesto que ocupo aquí.

—El señor Pinkerton, el que dirige esta agencia, ¿no se encontrará por aquí, verdad? —preguntó con cautela Butler—. Me gustaría hablar con él personalmente, si eso fuera posible, sin ánimo de ofender.

—El señor Pinkerton está en Chicago en este momento —contestó el señor Martinson—. No se espera que regrese hasta dentro de una semana o diez días. Pero puede hablar conmigo con la misma confianza que podría hacerlo con él. Yo soy el responsable aquí. Aunque usted es quien mejor puede juzgarlo.

Butler se debatió consigo mismo en silencio durante unos momentos, valorando al hombre que tenía ante él.

—¿Tiene usted familia? —le preguntó, lo que pareció extraño.

—Sí, señor. Estoy casado —contestó Martinson con solemnidad—. Tengo esposa

y dos hijos.

Martinson, gracias a su dilatada experiencia, dedujo que debía de tratarse de un caso de mala conducta de algún familiar; un hijo, una hija, la esposa. Los casos así no eran infrecuentes.

—Tenía la idea de hablar directamente con el señor Pinkerton, pero puesto que es usted el director... —se interrumpió Butler.

—Así es —contestó Martinson—. Puede hablar conmigo con la misma libertad que con el señor Pinkerton. ¿No quiere pasar a mi despacho privado? Allí podremos sentirnos más cómodos para hablar.

Lo guió hasta una habitación contigua que tenía dos ventanas que daban a Broadway, una pesada mesa rectangular de madera oscura muy pulida, cuatro sillas con el respaldo de cuero y varios cuadros con imágenes de batallas de la Guerra Civil en las que el Norte había resultado victorioso. Butler lo siguió dudoso. Odiaba tener que confiarle a alguien sus temores sobre Aileen. No estaba seguro de que llegara a hacerlo, ni siquiera en este momento. Sólo quería «echarle un vistazo a estos tipos», como no paraba de repetirse mentalmente. Y luego decidiría lo que quería hacer. Se acercó a una de las ventanas y miró hacia la calle, donde había todo un torbellino de tranvías tirados por caballos y vehículos de todo tipo. El señor Martinson cerró la puerta en silencio.

—Y ahora, si puedo hacer algo por usted... —dijo el señor Martinson y se interrumpió. Pensó que con este pequeño truco conseguiría sonsacarle al señor Butler su verdadero nombre; a menudo «funcionaba», pero en este caso no fue así. Butler era demasiado astuto.

—No estoy del todo seguro de querer hacer esto —dijo con solemnidad—. Desde luego que no si se corre el más mínimo riesgo de que este asunto no se maneje adecuadamente. Hay algo que quiero averiguar, algo que debería saber; pero es un asunto muy íntimo y... —Se detuvo para pensar y conjeturar, mirando al mismo tiempo al señor Martinson. Este último comprendió su peculiar estado de ánimo. Había visto muchos casos parecidos.

—Déjeme que le diga, para empezar, señor...

—Scanlon —interpoló Butler con naturalidad—; ese nombre servirá, si es que necesita utilizar uno. Me reservo el mío por el momento.

—Scanlon —continuó Martinson con soltura—. En realidad carece de importancia si se trata de su verdadero nombre o no. Simplemente iba a decirle que quizá no fuera necesario tener su verdadero nombre en estas circunstancias; todo depende de lo que quiera saber. Pero en lo que a sus asuntos privados respecta, están seguros con nosotros, tanto como si nunca se los hubiera contado a nadie. Nuestro negocio se basa en la confianza, y jamás la traicionamos. No nos atreveríamos. Tenemos hombres y mujeres que trabajan para nosotros desde hace más de treinta años y nunca despedimos a nadie a no ser que haya habido malas prácticas, y no escogemos a nadie que pudiera terminar siendo despedido por malas prácticas. El

señor Pinkerton sabe juzgar a los hombres. Y aquí hay otros que consideran que también saben hacerlo. Llevamos más de diez mil casos al año por todo Estados Unidos y trabajamos en cada uno de ellos sólo mientras se nos requiere. Intentamos averiguar sólo aquello que quieren nuestros clientes. No nos entrometemos innecesariamente en los asuntos de nadie. Si consideramos que no podemos averiguar lo que usted quiera saber, seremos los primeros en decírselo. Muchos casos son rechazados aquí mismo en esta oficina antes de comenzar siquiera. El suyo podría ser uno de ellos. No aceptamos ningún caso por el simple hecho de hacernos con él, y somos francos al respecto. Los asuntos que tienen que ver con el orden público o con pequeñas persecuciones ni siquiera los tocamos; no queremos formar parte de ellos. Ya ve cómo funcionamos. Usted parece un hombre de mundo. Y yo también espero serlo. ¿Le parece a usted que una organización como la nuestra podría traicionar la confianza de alguien? —Hizo una pausa y miró a Butler esperando que le confirmara lo que acababa de decir.

—No parece probable —dijo este último—, a decir verdad. Pero no es fácil hablar de los asuntos privados de uno —añadió con tristeza Butler.

Ambos se quedaron en silencio.

—Bien —dijo finalmente Butler—, creo que puedo fiarme de usted y me gustaría pedirle consejo. Tenga en cuenta que estoy dispuesto a pagar bien; y no se trata de nada que vaya a resultar difícil de averiguar. Quiero saber si cierto hombre del lugar donde vivo anda por ahí con cierta mujer, y dónde. Eso podrían averiguarlo con facilidad, me parece, ¿no es cierto?

—Nada más fácil —contestó Martinson—. Lo hacemos continuamente. Veamos si puedo ayudarle a simplificarlo, señor Scanlon, para que le resulte más fácil. Es evidente que no quiere contar más de lo que sea estrictamente necesario, y nosotros no queremos que nos cuente nada que no sea estrictamente necesario. Necesitamos el nombre de la ciudad, por supuesto, y el nombre del hombre o de la mujer; pero no necesariamente el de ambos, a menos que quiera ayudarnos con eso. A veces si nos dan el nombre de una parte —digamos, por ejemplo, el del hombre— y la descripción de la mujer —una detallada—, o una fotografía, podemos proporcionar exactamente lo que se quiere saber tras un corto espacio de tiempo. Por supuesto, siempre es mejor que tengamos toda la información. Eso lo dejo a su elección. Dígame tanto como quiera o tan poco como desee, y le garantizo que haremos todo lo que esté en nuestra mano por servirle, y que quedará satisfecho.

Sonrió afablemente.

—Bien, siendo ese el caso —dijo Butler, decidiéndose por fin a dar el paso, aunque con muchas reservas—. Seré franco con usted. No me llamo Scanlon, sino Butler. Vivo en Filadelfia. Hay un hombre allí, un banquero de nombre Cowperwood —Frank A. Cowperwood...

—Espere un momento —dijo Martinson, sacándose un cuaderno grande del bolsillo y un lápiz—; quiero anotar eso. ¿Podría deletrearlo?

Butler se lo dijo.

—Sí, continúe.

—Tiene un establecimiento en Third Street —Frank A. Cowperwood—; cualquiera podrá mostrarle dónde se encuentra. Acaba de cerrarlo hace poco.

—Ah, así que se trata de ese hombre —interpoló Martinson—. He oído hablar de él. Está relacionado con un caso de malversación. Supongo que la razón por la que no ha ido a nuestra oficina de Filadelfia es porque no quería que nuestros hombres de allí supieran nada del asunto, ¿no es así?

—Sí, se trata de ese hombre y esa es la razón —dijo Butler—. No quiero que nada de esto se sepa en Filadelfia. Por eso estoy aquí. Este hombre tiene una casa en Girard Avenue; en el 1937. Eso también podrá averiguarlo cuando vaya allí.

—Sí —asintió el señor Martinson.

—Bien, es sobre él sobre el que quiero que haga averiguaciones; sobre él y cierta mujer, o muchacha, más bien. —El hombre hizo una pausa y se estremeció ante la necesidad de hablar de Aileen en este caso. Casi no podía ni pensar en ello de tanto que la quería. Había estado muy orgulloso de Aileen. Sintió cómo se le inflamaba el corazón con una furia oscura y ardiente contra Cowperwood.

—Una pariente suya posiblemente, supongo —comentó Martinson con tacto—. No es necesario que me cuente más; sólo deme la descripción, si lo desea. Puede que con eso tengamos suficiente para comenzar a trabajar. —Vio con claridad que estaba tratando con un ciudadano importante, y también que el hombre estaba profundamente preocupado. A Butler se le notaba en la cara apesadumbrada y meditabunda—. Puede ser completamente franco conmigo, señor Butler —añadió—. Creo que lo comprendo. Sólo queremos la información necesaria para ayudarle, nada más.

—Sí —dijo el hombre, con gesto adusto—; es pariente mía. De hecho, es mi hija. Usted me parece un hombre sensato y honesto. Soy su padre y jamás haría nada que pudiera dañarla por nada del mundo. Lo que estoy haciendo es intentar salvarla. Es a él al que quiero —dijo apretando con fuerza su gran puño de manera repentina.

Martinson, que tenía dos hijas, reparó en el elocuente movimiento.

—Entiendo cómo se siente, señor Butler —observó—. Yo también soy padre. Haremos todo lo que podamos por usted. Si puede darme una descripción detallada de ella, o dejar que alguno de mis hombres la vea en su casa o en su despacho, accidentalmente, por supuesto, creo que podremos decirle en muy poco tiempo si se están viendo con cierta regularidad. Eso es lo que usted desea saber, simplemente, ¿no es así?

—Eso es todo —dijo Butler con solemnidad.

—Bueno, no deberíamos tardar nada en eso, señor Butler; tres o cuatro días probablemente, si tenemos suerte; una semana, diez días, dos semanas. Depende de cuánto tiempo quiera usted que lo sigamos en caso de que no encontremos pruebas durante los primeros días.

—Quiero saberlo, y no me importa el tiempo que haga falta —contestó Butler con amargura—. Quiero saberlo, aunque tarden uno, dos o tres meses en averiguarlo. Quiero saberlo. —El hombre se puso en pie al decir esto, con mucho énfasis, con aspereza—. Y no me envíe hombres que no tengan sentido común. Quiero hombres que sean padres, si los tiene, y que tengan el suficiente sentido común como para mantener la boca cerrada; no me mande muchachos.

—Lo comprendo, señor Butler —contestó Martinson—. Cuento con ello; tendrá los mejores de que disponemos y puede confiar en ellos. Serán discretos. Puede estar seguro de ello. Al principio, asignaré un solo hombre a este caso, alguien que usted mismo podrá juzgar si le gusta o no. No le diré nada. Puede usted hablar con él. Si le gusta, cuénteselo, y él se encargará del resto. Luego, si él necesita ayuda, la tendrá. ¿Cuál es su dirección?

Butler se la dio.

—¿Y no se hablará de esto?

—Nada en absoluto —se lo aseguro.

—¿Y cuándo vendrá él?

—Mañana, si así le parece. Tengo a un hombre que podría enviarle esta misma noche. No se encuentra aquí ahora o lo traería para que hablara con usted. Yo hablaré con él y se lo dejaré todo claro. No tiene que preocuparse por nada. La reputación de su hija estará segura en nuestras manos.

—Es usted muy amable —comentó Butler, suavizando mínimamente su actitud, aunque seguía siendo cauteloso—. Se lo agradezco muchísimo. Lo consideraré un gran favor y les pagaré bien.

—No se preocupe por eso, señor Butler —contestó Martinson—. Esta empresa está a su disposición para cualquier cosa que necesite a nuestra tarifa habitual.

Acompañó a Butler a la puerta y el hombre salió. Este asunto lo tenía deprimido y se sentía despreciable. ¡Que tuviera él que poner a alguien a seguir a su Aileen, a su hija!

CAPÍTULO XXXVI

Al día siguiente llegó a la oficina de Butler un hombre solemne, alargado y preternatural, de altura y angulosidad notables, con el pelo y los ojos oscuros, de piel cetrina, de rostro alargado y apergaminado, y particularmente parecido a un halcón, que habló con Butler durante más de una hora, y después se marchó. Aquella tarde visitó la casa de los Butler más o menos a la hora de la cena, lo condujeron hasta la habitación de Butler y allí le mostraron a Aileen con una estratagema. Butler la mandó llamar, y se quedó de pie en la puerta lo suficientemente apartado como para proporcionar buena visibilidad de Aileen. El detective se encontraba tras una de las pesadas cortinas que ya se habían colocado para el invierno, fingiendo mirar hacia la calle.

—¿Ha sacado alguien a Sissy esta mañana? —le preguntó Butler a Aileen, interesándose por uno de los caballos favoritos de la familia. El plan de Butler, en el caso de que llegara a ver al detective, era el de dar la impresión de que se trataba de un tratante de caballos que había venido a comprar o vender. Se llamaba Jonas Alderson, y su aspecto era lo suficientemente parecido al de un chalán como para hacerse pasar por uno.

—Creo que no, padre —contestó Aileen—. Yo no la he sacado. Preguntaré.

—No importa. Lo que quiero saber es si tienes intención de usarla mañana.

—No, no si tú la quieres. Jerry me sirve igual de bien.

—Muy bien, entonces. Déjala en el establo. —Butler cerró la puerta suavemente. Aileen llegó a la conclusión de que estarían hablando de caballos. Ella sabía que su padre no se desharía de ningún caballo que a ella le interesara sin consultárselo primero, de modo que no volvió a pensar en el asunto.

Cuando ella se hubo ido, Alderson salió y anunció que ya tenía suficiente.

—Es todo lo que necesito saber —dijo—. Le haré saber dentro de unos días si he averiguado algo.

Se marchó, y treinta y seis horas después, tanto la casa como la oficina de Cowperwood, la casa de Butler, la oficina de Harper Steger, el abogado de Cowperwood y tanto Cowperwood como Aileen por separado y personalmente estaban bajo total vigilancia. Hicieron falta seis hombres para hacerlo al principio y, posteriormente, hizo falta un séptimo, cuando el segundo lugar de encuentro de South Sixth Street fue descubierto. Todos los detectives eran de Nueva York. Al cabo de una semana, Alderson estaba al tanto de todo. Él y Butler habían acordado que si se descubría que Aileen y Cowperwood tenían algún lugar de encuentro concreto, Butler debería ser informado del momento en el que ella se encontrara allí, de modo que pudiera llegar y confrontarla personalmente, si así lo deseaba. No tenía intención de matar a Cowperwood, y Alderson se habría encargado de que no lo hiciera; al menos en su presencia. Pero lo increparía, lo derribaría, con total probabilidad, y se llevaría a Aileen. Y ella ya no volvería a mentirle sobre si andaba con Cowperwood o no.

Después de eso, ella ya no podría decir lo que iba o no iba a hacer. Butler sería el que establecería las normas para ella. O se enmendaba o la enviaría a un reformatorio. Había que pensar en la influencia que ejercía sobre su hermana, o sobre cualquier buena muchacha —¡sabiendo lo que sabía, o haciendo lo que hacía!—. Después de esto se iría a Europa o a cualquier otro lugar al que él eligiera enviarla.

Al trazar su plan de acción, a Butler le resultó imprescindible confiárselo a Alderson y el detective le dejó clara su determinación de salvaguardar la persona de Cowperwood.

—No le permitiríamos golpearle ni ejercer ningún tipo de violencia —le dijo Alderson a Butler, la primera vez que hablaron de ello—. Va contra las normas. Podemos entrar allí con una orden de registro, si es necesario. Puedo conseguir una sin que nadie sepa que usted está relacionado con el caso. Podemos decir que es para una muchacha de Nueva York. Pero tendrá usted que entrar en presencia de mis hombres y ellos no permitirán que se produzcan altercados. Puede coger a su hija y llevársela sin problemas; y a él también, si es lo que desea; pero tendrá que presentar cargos contra él para que podamos hacerlo. También está el riesgo de que lo vean los vecinos. No siempre se puede garantizar que no se forme bullicio con todo esto. — Butler tenía muchas dudas sobre el asunto. Se corría un grave peligro de que se hiciera público. Pero a pesar de eso, quería saberlo. Quería aterrorizar a Aileen, si podía; hacer que se reformara drásticamente.

Al cabo de una semana, Alderson sabía que Aileen y Cowperwood visitaban una residencia aparentemente privada, pero que era cualquier cosa menos eso. La casa de South Sixth Street era simple y llanamente una casa de citas; pero, a su manera, estaba por encima de los establecimientos normales de este tipo; de ladrillo rojo, con adornos de piedra blanca, de cuatro plantas de altura y todas las habitaciones, unas dieciocho, estaban decoradas de manera llamativa, aunque estaban limpias. La clientela era muy exclusiva, ya que sólo se admitía a aquellos que conocía la madama, tras haber sido presentados por otros. Esto garantizaba la privacidad que las relaciones ilícitas de este mundo tanto necesitaban. La simple frase «Tengo una cita», era suficiente, si una de las dos partes era conocida, para que los condujeran a una *suite* privada. Cowperwood había sabido de aquel lugar por experiencias previas, y cuando se hizo necesario abandonar la casa de North Tenth Street, le había dado instrucciones a Aileen para que se reuniera allí con él.

Entrar en un lugar de aquel tipo e intentar encontrar a alguien era, como Alderson informó a Butler al conocer de qué tipo de establecimiento se trataba, extremadamente difícil. Conllevaba tener derecho de inspección, y ese era difícil de conseguir. Entrar por la fuerza resultaba bastante fácil en la mayoría de los casos cuando la naturaleza del negocio que se llevaba a cabo contrastaba con el sentimiento moral de la comunidad; pero, a veces, se podían encontrar con una violenta oposición por parte de los propios arrendatarios. Y eso bien podría darse en este caso. La única

manera segura de evitar esa oposición sería la de hacer partícipe a la mujer que regentaba aquel lugar y pagarle lo suficiente para asegurarse su silencio.

—Pero en este caso, no se lo aconsejo —le había dicho Alderson a Butler—, porque creo que esta mujer tiene una relación especialmente estrecha con su hombre. Quizá fuera mejor, a pesar del riesgo, hacerlo por sorpresa.

Para hacerlo, le explicó, sería necesario tener al menos tres hombres más aparte del principal; quizá cuatro, que, una vez que el hombre hubiera hecho su entrada en el recibidor, y al abrirse la puerta para contestar a una llamada, aparecerían rápidamente y entrarían en la casa para sujetarlo. Lo siguiente era la rapidez de la búsqueda; abrir todas las puertas de inmediato. Los criados, si es que los había, tendrían que ser dominados y silenciados de algún modo. Esto a veces se hacía con dinero; otras veces, se conseguía mediante la fuerza. Luego, uno de los detectives, simulando ser un criado, tocaría suavemente a las distintas puertas —Butler y los otros esperarían a un lado—, y en caso de que apareciera alguna cara la identificarían o no, según el caso. Si no abrían y la habitación no estaba vacía, podrían terminar forzando la puerta. La casa formaba parte de una hilera, de modo que no había oportunidad de escapar salvo por la puerta delantera y la trasera, que habrían de ser salvaguardadas. Era un plan muy osado. A pesar de todo esto, habría que mantener el mayor secreto a la hora de llevarse a Aileen de allí.

Cuando Butler se enteró de todo esto, se puso nervioso al conocer los detalles de tan terrible procedimiento. Pensó por un momento que, sin ir a la casa, podría simplemente hablar con su hija y decirle que lo sabía, y que ella no podría negarlo de ningún modo. Entonces le daría a elegir entre irse a Europa o a un reformatorio. Pero la firmeza inamovible del carácter de Aileen y cierto poso tosco en sí mismo le hicieron adoptar el otro método al final. Ordenó a Alderson que ultimara el plan y que una vez que descubriera a Cowperwood y a Aileen entrando en la casa, le informara rápidamente. Entonces, conduciría hasta allí, y con la ayuda de estos hombres, la confrontaría.

Era un plan absurdo, brutal, tanto desde el punto de vista del afecto como desde el punto de vista de cualquier medida correctiva que pudiera haber ideado. De la violencia nunca puede salir nada bueno. Pero Butler no se dio cuenta de eso. Quería asustar a Aileen, hacer que abriera los ojos de golpe a la enormidad del pecado que estaba cometiendo. Esperó toda una semana después de haber dado las instrucciones; y luego, una tarde, cuando tenía los nervios casi destrozados de tanta preocupación, se produjo el clímax. Cowperwood ya había sido acusado y estaba ahora a la espera de juicio. Aileen le había estado informando de cuando en cuando de lo que pensaba que su padre sentía al respecto. Ella no conseguía esta información directamente de Butler, por supuesto —él era demasiado reservado, sobre todo con ella, como para contarle lo implacablemente que estaba orquestando la caída final de Cowperwood—, sino a través de datos sueltos que le había contado a Owen, quien se los había contado a Callum, y quien a su vez, con total inocencia, se los había contado a

Aileen. Por un lado, se había enterado de este modo de cosas sobre el nuevo fiscal del distrito —de su probable actitud—, ya que era un visitante asiduo tanto del despacho como de la casa de los Butler. Owen le había contado a Callum que pensaba que Shannon iba a hacer todo lo posible por mandar a Cowperwood a la cárcel; porque su padre pensaba que eso era lo que merecía.

A continuación se enteró de que su padre no quería que Cowperwood retomara sus negocios; no pensaba que mereciera que se le permitiera hacerlo. «Sería una bendición de Dios para la comunidad poder librarse de él», le había dicho a Owen una mañana, a propósito de una noticia publicada en el periódico sobre las dificultades legales de Cowperwood; y Owen le había preguntado a Callum por qué creía él que su padre mostraba una actitud tan desabrida. Ninguno de los dos hijos lo entendía. Cowperwood se enteró de todo esto a través de ella, y más: algunas cosas sobre el juez Payderson, el juez que iba a juzgarlo, que era amigo de Butler; también que Stener podría ser condenado a cumplir la condena completa por su delito, pero que sería indultado poco después.

Aparentemente, Cowperwood no estaba muy asustado. Le contó a ella que tenía amigos muy poderosos en el mundo de las finanzas que apelarían al gobernador para que lo indultara en el caso de que lo condenaran; y que, en cualquier caso, no pensaba que las pruebas fuesen lo suficientemente incriminatorias como para condenarlo. Él no era más que el chivo expiatorio político, debido tanto al clamor popular como a la influencia de su padre; desde que este último recibiera la carta en la que le hablaban de ellos, se había convertido en víctima de la enemistad de Butler y nada más.

—Si no fuera por tu padre, cariño —le dijo—, podría conseguir que esta acusación fuese anulada en un abrir y cerrar de ojos. Estoy seguro de que ni Mollenhauer ni Simpson tienen nada contra mí personalmente. Quieren que abandone el negocio de los tranvías aquí en Filadelfia, y, por supuesto, al principio querían hacer que las cosas pintaran mejor para Stener; pero puedes estar segura de que si tu padre no se hubiera vuelto en mi contra, ellos no se habrían tomado tantas molestias para convertirme en la víctima. Además, tu padre tiene a este Shannon y a otros políticos de menor importancia exactamente donde quiere que estén. Ahí es donde está el problema. Tienen que continuar.

—Ay, ya lo sé —contestó Aileen—. Soy yo y sólo yo, eso es todo. Si no fuera por mí y por sus sospechas, te ayudaría sin pensarlo. ¿Sabes?, a veces pienso que te he venido muy mal. No sé qué debería hacer. Si creyera que te ayudaría en lo más mínimo, dejaría de verte durante algún tiempo, aunque no sé de qué serviría eso ahora. ¡Oh, Frank, te quiero, te quiero! Haría cualquier cosa por ti. Me da igual lo que piense o lo que diga la gente. Te quiero.

—Ah, tú sólo crees que me amas —le contestó él en tono de broma—. Ya lo superarás. Hay otros.

—¡Otros! —repitió ella, con resentimiento y desprecio—. Después de ti, no puede haber otros. Sólo quiero a un hombre, a mi Frank. Si tú alguna vez me

abandonas, me iré al infierno. Ya lo verás.

—No hables así, Aileen —le contestó, casi irritado—. No me gusta oírte decir esas cosas. No pasaría nada de eso. Yo te quiero y sabes que no voy a abandonarte. Aunque te convendría abandonarme ahora mismo.

—¡Qué cosas dices! —exclamó ella—. ¡Abandonarte! Eso es muy probable, ¿verdad? Pero si tú alguna vez me abandonas, haré lo que te he dicho. Te lo juro.

—No hables así. No digas tonterías.

—Lo juro. Lo juro por mi amor. Lo juro por tu éxito; por mi propia felicidad. Haré lo que te acabo de decir. Me iré al infierno.

Cowperwood se puso de pie. Ahora tenía un poco de miedo de esta pasión tan profunda que él había provocado. Era peligrosa. Era imposible predecir adónde podría conducir.

Una sombría tarde de noviembre, Alderson informó a Butler, como estaba previsto, de la presencia de Aileen y Cowperwood en la casa de South Sixth Street mediante el detective de guardia, que condujo rápidamente hasta la oficina de Butler y lo invitó a que lo acompañara. Ni siquiera en aquel momento Butler era capaz de creer que encontraría a su hija allí. ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! ¿Qué le diría? ¿Cómo se lo iba a reprochar? ¿Qué podría hacerle a Cowperwood? Le temblaban las enormes manos sólo de pensarlo. Condujeron rápidamente hasta unas puertas más allá de la casa, donde un segundo detective, que estaba de guardia al otro lado de la calle, se les acercó. Butler y Alderson descendieron del vehículo y, juntos, se aproximaron a la puerta. Eran casi las cuatro y media de la tarde. En una de las habitaciones de la casa, Cowperwood, despojado de la chaqueta y el chaleco, escuchaba el relato de las cuitas de Aileen.

La habitación en la que se hallaban sentados en aquel momento tenía las características típicas de la idea común de entonces de lo que era el lujo. La mayoría de los muebles que los fabricantes sacaban al mercado para su venta al público en general eran, cuando se acercaban mínimamente a la idea correcta del lujo, imitaciones de alguno de los estilos de los distintos Luises. Las cortinas eran siempre pesadas, a menudo de brocado, y no con poca frecuencia, rojas. Las alfombras tenían ricos diseños de flores de colores subidos y eran de lanilla gruesa y aterciopelada. Los muebles, fueran de la madera que fueran, eran casi invariablemente pesados, voluminosos y estaban decorados con motivos florales. Esta habitación contenía una cama de pesado armazón de madera de nogal, con un lavamanos, una cómoda y un armario a juego. Sobre el lavamanos colgaba un espejo grande y cuadrado con el marco dorado. Varias litografías de mala calidad que representaban paisajes y figuras desnudas colgaban de la pared en marcos dorados. Las sillas de armazón dorado estaban tapizadas de brocado floreado en tonos blancos y rosas con brillantes tachuelas. La alfombra era gruesa, de lana peinada, de color crema pálido y rosado, con grandes jardineras azules en las que habían tejido flores a modo de adorno. El efecto general resultaba luminoso, rico y algo cargado.

—A veces siento un miedo terrible, ¿sabes? —dijo Aileen—. Mi padre podría estar vigilándonos. A menudo me he parado a pensar en lo que haría si nos pillara. Ya no podría salir de esta mintiendo, ¿verdad?

—No, desde luego que no podrías —dijo Cowperwood, que nunca dejaba de responder a la incitación de sus encantos. Tenía unos brazos preciosos y suaves, y el cuello y la garganta exquisitamente gráciles y redondeados; el pelo, de un dorado rojizo, flotaba como una aureola alrededor de su cabeza, y los grandes ojos le chispeaban. Tenía el vigor maravilloso de la feminidad —descarriada, imprudente, romántica, pero exquisita—; pero mejor no te preocupes por eso hasta que no llegue el momento —continuó él—. Yo mismo he estado pensando que quizá sería mejor que no continuáramos con esto por el momento. Esa carta debería haber sido suficiente para que lo dejáramos por un tiempo.

Se acercó hasta donde estaba ella arreglándose el pelo junto al tocador.

—Eres una descarada preciosa —dijo él. La rodeó con el brazo y le dio un beso en aquella boca tan bonita—. No hay nada más dulce que tú a este lado del paraíso —le susurró al oído.

Mientras todo esto ocurría, Butler y el otro detective se habían hecho a un lado para ocultarse junto a la puerta principal de la casa, mientras Alderson, adelantándose, tocaba al timbre. Apareció una criada negra.

—¿Está en casa la señora Davis? —preguntó afablemente, utilizando el nombre de la mujer que dirigía aquello—. Me gustaría verla.

—Pase —dijo la criada sin sospechar nada, y le indicó la sala de visitas que quedaba a la derecha. Alderson se quitó el sombrero de felpa de ala ancha y entró. Cuando la criada subió las escaleras, abrió la puerta inmediatamente dejando entrar a Butler y a los dos detectives. Los cuatro entraron en la sala de visitas sin ser vistos. Al cabo de unos momentos, apareció la «madama», como se conoce a este tipo de mujeres. Era alta, rubia, de rasgos duros, pero nada desagradable a la vista. Tenía los ojos de un color azul claro y una sonrisa cordial. El prolongado contacto con la policía y las brutalidades del sexo en épocas anteriores de su vida la habían vuelto recelosa, y un poco temerosa de lo que la vida pudiera depararle. Al ser ilícita esta forma concreta de ganarse la vida, y al no disponer de ningún otro tipo de conocimiento práctico, le preocupaba mantener una relación pacífica con la policía y con el público en general, igual que le habría ocurrido a cualquier otro tipo de comerciante de cualquier clase social que luchara por salir adelante. Llevaba puesto un peinador o bata amplia de flores azules, abierta por delante, cerrada con lazos azules, que dejaba ver en parte la cara ropa interior que llevaba debajo. Un gran anillo de ópalo le adornaba el dedo corazón de la mano izquierda, y de las orejas le colgaban turquesas de un azul vívido. Llevaba unas zapatillas amarillas de seda con hebillas de bronce; y su apariencia, en general, no desentonaba con el carácter de la sala de visitas, que mezclaba el papel pintado de flores doradas, una alfombra de lana peinada de color crema, grabados de desnudos yacentes con pesados marcos dorados

y un espejo de marco dorado que iba del suelo hasta el techo. Ni que decir tiene que Butler se quedó totalmente escandalizado ante este ambiente tan insinuante que supuestamente tenía a su hija dentro de sus destructores confines.

Alderson le hizo señas a uno de sus detectives para que se colocara detrás de la mujer —entre ella y la puerta—, cosa que este último hizo.

—Siento molestarla, señora Davis —dijo él—, pero estamos buscando a una pareja que se encuentra en su casa. Estamos tras una muchacha que se ha escapado. No queremos causarle ninguna molestia; simplemente queremos cogerla y llevárnosla. —La señora Davis palideció y abrió la boca—. No haga ruido ni intente gritar, o tendremos que impedirselo. Mis hombres tienen la casa rodeada. No puede salir nadie. ¿Conoce a alguien de nombre Cowperwood?

La señora Davis no era, afortunadamente, al menos desde un punto de vista, del tipo nervioso ni particularmente contencioso. Era más o menos filosófica. No estaba en contacto con la policía aquí en Filadelfia, y por tanto, se exponía a que la descubrieran. ¿De qué serviría gritar?, pensó. El lugar estaba rodeado. En aquel momento, no había nadie en la casa que pudiera salvar a Cowperwood y a Aileen. No conocía a Cowperwood por su nombre ni a Aileen por el suyo. Para ella, eran el señor y la señora Montague.

—No conozco a nadie por ese nombre —contestó nerviosa.

—¿No hay aquí una muchacha pelirroja? —preguntó uno de los ayudantes de Alderson—. ¿Y un hombre con un traje gris y bigote castaño? Entraron hace media hora. Los recuerda, ¿verdad?

—Sólo hay una pareja en la casa y no estoy segura de que sean los que ustedes buscan. Les pediré que bajen, si es lo que desean. Les rogaría que no armaran un alboroto. Esto es terrible.

—Nosotros no armaremos ningún alboroto si usted no lo hace. Simplemente, quédese callada. Lo único que queremos es ver a la muchacha y llevárnosla. Y ahora, quédese donde está. ¿En qué habitación están?

—En la segunda de las escaleras traseras. ¿No van a permitirme ir? Sería mucho mejor. Simplemente tocaré a la puerta y les pediré que salgan.

—No. Ya nos encargaremos nosotros de eso. Quédese donde está. Usted no va a tener ningún problema. Simplemente quédese donde está —insistió Alderson.

Le hizo señas a Butler quien, ahora que se había embarcado en esta tarea tan penosa, estaba pensando que había cometido un error. ¿De qué le serviría a él entrar a la fuerza y obligarla a salir, a menos que tuviera intención de matar a Cowperwood? Con que la obligaran a ella a bajar sería suficiente. Así ella ya sabría que él estaba al tanto de todo. No quería pelearse con Cowperwood en público, había decidido. Tenía miedo de hacerlo. Tenía miedo de sí mismo.

—Deje que vaya —dijo él con gesto adusto, refiriéndose a la señora Davis—. Pero vigílenla. Dígale a la muchacha que baje a verme.

La señora Davis, dándose cuenta al instante de que se trataba de alguna tragedia

familiar, y esperando angustiada poder salir de aquello de manera pacífica, comenzó a subir las escaleras enseguida con Alderson y sus ayudantes, que la seguían de cerca. Al llegar a la puerta de la habitación ocupada por Cowperwood y Aileen, tocó suavemente. En aquel momento, Aileen y Cowperwood estaban sentados en un gran sillón. Al oír el primer toque, Aileen palideció y se puso en pie de un salto. Aunque normalmente no se ponía nerviosa, hoy, por alguna razón, anticipaba problemas. A Cowperwood se le endureció la mirada al instante.

—No te pongas nerviosa —le dijo él—; sin duda se tratará sólo de una criada. Yo iré. —Él se dirigió a la puerta, pero Aileen lo detuvo.

—Espera —dijo ella. Recobrando algo la seguridad, fue al armario, sacó una bata y se la puso. Entretanto volvieron a llamar, y entonces fue hasta la puerta y la abrió un poco.

—Señora Montague —dijo la señora Davis con voz evidentemente nerviosa y forzada—, hay un caballero abajo que desea verla.

—¿Que hay un caballero que ha venido a verme? —exclamó Aileen, atónita y palideciendo—. ¿Está usted segura?

—Sí; dice que quiere verla. Hay otros caballeros con él. Creo que es alguien de su familia, quizá.

Aileen se dio cuenta al instante, al igual que Cowperwood, de lo que con total probabilidad había ocurrido. O bien Butler, o bien la señora Cowperwood había hecho que los siguieran —con total probabilidad habría sido su padre—. Se preguntaba qué debía hacer en aquel momento para protegerla a ella, no a sí mismo. No estaba especialmente preocupado por sí mismo, ni siquiera allí. Habiendo alguna dama por medio, era demasiado caballeroso para permitirse sentir miedo. No era nada improbable que Butler quisiera matarlo; pero eso no le preocupaba. No le prestó la más mínima atención a aquella idea y no estaba armado.

—Me vestiré y bajaré —dijo cuando vio la cara pálida de Aileen—. Tú quédate aquí. Y no te preocupes por nada porque te sacaré de esta; no te preocupes. Esto es asunto mío. Yo te metí en esto y yo te sacaré de esto. —Fue a por su sombrero y a por la chaqueta, y añadió, según los cogía—: Tú vístete; pero deja que vaya yo primero.

Aileen, muy nerviosa, había empezado a ponerse la ropa rápidamente en el momento en el que se cerró la puerta. Su mente se movía a la velocidad de una máquina. Se preguntaba si de verdad se trataría de su padre. Quizá no lo fuera. ¿Podría haber otra señora Montague? ¿Alguien que se llamara así de verdad? Suponiendo que fuera su padre, había sido muy bueno con ella al no decírselo a la familia, al mantener su secreto hasta ahora. Él la quería y ella lo sabía. En una ocasión como esta, la actitud de una hija cambia completamente si ha sido querida, consentida y mimada, o lo contrario. Aileen había sido querida, consentida y mimada. No se le pasaba por la cabeza que su padre pudiera hacerle nada terrible a ella ni a ninguna otra persona. Pero iba a ser muy difícil confrontarlo y mirarle a los ojos. Cuando consiguió recordarlo como realmente era, sus sentidos, a pesar de la

agitación y la confusión, le dijeron lo que debía hacer.

—No, Frank —le susurró, nerviosa—. Si es mi padre, será mejor que me dejes ir. Yo sé cómo hablarle. A mí no me dirá nada. Quédate aquí. No tengo miedo, de verdad; no lo tengo. Si te necesito, te llamaré.

Él se había acercado y le había cogido la barbilla entre sus manos, mirándola a los ojos con gran solemnidad.

—No debes tener miedo —le dijo—. Yo bajaré. Si es tu padre, podrás marcharte con él. No creo que nos haga nada ni a ti ni a mí. Si es él, escíbeme algo a la oficina. Estaré allí. Si puedo ayudarte de algún modo, lo haré. Ya arreglaremos algo. No servirá de nada intentar explicar esto. No digas nada en absoluto.

Él se había puesto la chaqueta y el abrigo y estaba de pie con el sombrero en la mano. Aileen estaba prácticamente vestida, aunque tenía dificultades con la hilera de botones de color rojo que abrochaban su vestido en la espalda. Cowperwood la ayudó. Cuando estuvo lista —sombrero, guantes y todo lo demás—, le dijo:

—Ahora déjame que baje yo primero. Quiero ver quién es.

—No, Frank, por favor —le rogó ella con valentía—. Déjame ir a mí; yo sé que es mi padre. ¿Quién más podría ser? —En aquel momento se preguntó si su padre habría traído a sus dos hermanos, pero no lo creía. Él no le haría eso; lo sabía—. Puedes venir si te llamo —continuó—. Aunque, no va a pasar nada. Yo lo entiendo a él. A mí no me hará nada. Si vas tú, sólo conseguirás que se enfade. Déjame ir. Tú quédate aquí en la puerta. Si no te llamo, es que todo va bien. ¿De acuerdo?

Le posó aquellas bonitas manos en los hombros y él sopesó el asunto con cuidado:

—Muy bien —dijo él—, bajaré contigo sólo hasta el pie de las escaleras.

Se dirigieron a la puerta y él la abrió. Fuera estaba Alderson con otros dos detectives y la señora Davis, un poco más alejada.

—Bien —dijo Cowperwood de forma autoritaria, mirando a Alderson.

—Hay un caballero abajo que desea ver a la dama —dijo Alderson—. Creo que es su padre —añadió en voz baja.

Cowperwood dejó pasar a Aileen, que pasó por su lado furiosa por la presencia de aquellos hombres y por haberse visto expuesta. Había recuperado el valor completamente. Ahora estaba enfadada al pensar que su padre la había convertido en un espectáculo público. Cowperwood se dispuso a seguirla.

—Le aconsejaría que no bajara ahí ahora mismo —le advirtió Alderson con cordura—. Es su padre. Se llama Butler, ¿no es así? No es tanto el interés que tiene en verle a usted como el que tiene en llevársela a ella.

Aun así, Cowperwood caminó lentamente hasta el rellano de la escalera para poder oír.

—¿Qué te ha hecho venir hasta aquí, papá? —oyó que preguntaba Aileen.

No logró oír la respuesta de Butler, pero ahora ya se encontraba tranquilo porque sabía lo mucho que Butler amaba a su hija.

Confrontada por su padre, Aileen ahora intentaba mirarlo de manera desafiante, que pareciera que lo miraba con reproche, pero los ojos grises de Butler bajo aquellas cejas greñudas traslucían tanto cansancio y tanta desesperación que ni siquiera ella, a pesar de su actitud enfadada y desafiante, consiguió hacerlo abiertamente. Todo aquello era demasiado triste.

—Nunca pensé que te encontraría en un lugar como este, hija mía —dijo él—. Pensaba que te tenías a ti misma en mayor estima. —Se le quebró la voz e hizo una pausa.

»Sé con quién estás aquí —continuó, moviendo la cabeza con tristeza—. ¡Qué perro! Ya lo cogeré. He tenido a hombres vigilándoos. ¡Ah, qué vergüenza tan grande la de este día! ¡Qué vergüenza la de este día! Ahora te vienes a casa conmigo.

—Así que es eso, padre —comenzó Aileen—. Has tenido hombres vigilándome. Yo habría pensado... —Ella se paró porque él levantó la mano de una forma extraña, angustiosa y, al mismo tiempo, dominante.

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso! —dijo él, mirándola con el ceño fruncido desde debajo de aquellas cejas grises y tristes—. ¡No puedo soportarlo! ¡No me tientes! Todavía no hemos salido de aquí. ¡Él no ha salido! Vas a venir a casa conmigo ahora mismo.

Aileen comprendió lo que quería decir. Se refería a Cowperwood y eso la asustó.

—Estoy lista —contestó ella, nerviosa.

El hombre, con el corazón roto, salió primero. Sintió que nunca viviría lo suficiente para olvidar la agonía de aquel día.

CAPÍTULO XXXVII

A pesar de la furia de Butler y de su determinación de hacerle al financiero tantas cosas como pudiera, estaba tan trastornado y tan escandalizado por la actitud de Aileen, que casi no podía creer que fuera el mismo hombre de sólo veinticuatro horas antes. Ella se mostraba desafiante, como si no le diera importancia a las cosas. Esperaba que se hubiera venido abajo al verse enfrentada a su culpa. En lugar de eso, al salir de la casa descubrió para su desesperación que había despertado en la muchacha un afán de lucha comparable al suyo propio. Tenía la misma firmeza de carácter que Owen y que él mismo. Iba sentada junto a él en el pequeño cupé —que no era el suyo— en el que la llevaba a casa, mientras se le subían los colores y palidecía alternativamente según fueran los pensamientos que se le cruzaran por la cabeza, decidida a mantenerse firme ahora que su padre la había pillado sin remedio, a defender a Cowperwood y el amor que sentía por él, y su situación en general. ¿Qué más le daba ahora lo que su padre pudiera pensar?, se preguntaba a sí misma. Estaba metida en esto. Amaba a Cowperwood y a ojos de su padre había quedado deshonrada para siempre. ¿Qué más daba nada ya? Él había caído tan bajo en sus sentimientos paternales como para llegar a espiarla y a ponerla en evidencia ante otros hombres —desconocidos, detectives y Cowperwood—. ¿Qué clase de afecto podía sentir ella por él después de esto? Su padre había cometido un error, según su opinión. Había hecho algo descabellado y despreciable, que no tenía justificación por muy malas que hubieran sido sus acciones. ¿Qué esperaba conseguir abalanzándose sobre ella de esta manera y rasgando el velo de su alma ante estos otros hombres; estos groseros detectives? ¡Qué agonía le había supuesto ir del dormitorio hasta la sala de visitas! Nunca se lo perdonaría a su padre, ¡nunca, nunca, nunca! Había matado el amor que sentía por él; eso era lo que sentía en ese momento. A partir de entonces, habría entre ellos una batalla campal. En el coche, en silencio absoluto durante un rato, se apretaba y se soltaba las manos de manera desafiante, clavándose las uñas en la palma y con una mueca de dureza en la boca.

La cuestión de si la oposición encarnizada alguna vez consigue algo que merezca la pena en la vida está por resolver. Parece ser algo tan inherente al orden humano de las cosas que se le otorga una validez amplísima. Es más que probable que debamos a ello este espectáculo llamado vida, y eso es algo que se puede demostrar científicamente; pero a fin de cuentas, ¿qué valor tiene? ¿Cuál es el valor del espectáculo? ¿Y cuál es el valor de una escena como esta representada por Aileen y por su padre? El hombre no le veía ninguno mientras iban juntos en el coche; lo único que veía era un combate desalentador entre ellos que no sabía en qué terminaría. ¿Qué podía hacer con ella? Iban juntos tras esta terrible catástrofe, ¡y ella no decía ni una palabra! ¡Incluso le había preguntado qué lo había llevado hasta allí! ¿Cómo iba a dominarla cuando ni siquiera el hecho de haberla pillado había servido para nada? Su estratagema, tan exitosa en teoría, había resultado ser un completo fracaso en el

plano espiritual. Llegaron a la casa y Aileen se bajó. El hombre, demasiado desconcertado para hacer nada más en aquel momento, continuó hasta su oficina. Después se bajó y caminó —algo poco frecuente en él—; no había hecho nada parecido desde hacía años —caminar para pensar—. Pasó por una iglesia católica que estaba abierta y entró para rezar en busca de iluminación; la penumbra creciente del interior, la única lámpara encendida permanentemente ante el sagrario en el que se guardaba el cáliz, y el alto y blanco altar en el que había velas encendidas, calmaron sus sentimientos de desazón.

Al cabo de un rato, salió de la iglesia y regresó a su casa. Aileen no apareció a la hora de la cena y él no pudo comer. Fue a su habitación privada y cerró la puerta — para pensar, pensar y pensar—. El terrible espectáculo de Aileen en una casa de mala reputación le quemaba el cerebro. ¡Y pensar que Cowperwood la hubiera llevado a semejante lugar; a su Aileen, a la niña de sus ojos y de los de su mujer! A pesar de sus oraciones, de su incertidumbre, de la oposición de ella y de la desconcertante naturaleza de aquella situación, había que sacarla de aquello. Debía marcharse durante algún tiempo y dejar a aquel hombre, y ya la ley seguiría su curso con respecto a él. Con toda probabilidad, Cowperwood terminaría en la penitenciaría; si había hombre que lo mereciera, ese era él. Butler se encargaría de que no quedara piedra por remover. Lo convertiría en un asunto personal si era necesario. Lo único que tenía que hacer era que eso se supiera en los círculos judiciales. No podía sobornar al jurado, eso sería delito; pero sí podía encargarse de que el caso se presentara de la manera más adecuada y contundente; y si Cowperwood era condenado, que Dios lo ayudara. La apelación de sus amigos financieros no lo salvaría. Los jueces de las cortes inferiores y superiores sabían lo que les convenía. Sin duda se esforzarían por ponerse a favor de la opinión política de más peso en aquel momento, y ahí sí que podría influir él. Entretanto, Aileen sopesaba la peculiar naturaleza de su situación. A pesar de su silencio durante el camino a casa, sabía que tendría que tener una conversación con su padre. Tenía que tenerla. Seguro que querría que se marchara a algún sitio. Lo más probable era que retomara el asunto del viaje a Europa de alguna manera —ahora sospechaba que la invitación de la señora Mollenhauer había sido una artimaña—; y tenía que decidir si iría o no. ¿Iba a dejar a Cowperwood justo cuando iban a juzgarlo? Estaba decidida a no hacerlo. Quería saber qué iba a ocurrirle. Antes se marcharía de casa; se iría corriendo en busca de algún pariente, de algún amigo, de algún desconocido, si era necesario, y pediría que la acogieran. Su padre siempre había sido muy generoso con ella. Podría coger alguna ropa y desaparecer. Tras algún tiempo, estarían ansiosos por mandar a buscarla. Su madre se pondría frenética; Norah, Callum y Owen estarían fuera de sí de preocupación y sorpresa; su padre... podría entenderlo. Quizá eso lo hiciera entrar en razón. A pesar de sus caprichos afectivos, ella era el orgullo y el interés de aquel hogar, y lo sabía.

Esos eran los pensamientos que tenía cuando, unos días después de haberse visto

expuesta de aquella manera tan terrible en la casa de Sixth Street, su padre mandó llamarla a su despacho privado. Había vuelto de la oficina muy temprano aquella tarde, esperando encontrarse allí a Aileen, de modo que pudiera tener una entrevista privada con ella, y por suerte, se encontró con que estaba en casa. No había tenido deseos de salir al mundo aquellos últimos días —se sentía expectante ante los problemas que se le avecinaban—. Acababa de escribir a Cowperwood solicitándole un encuentro en el Wissahickon la tarde siguiente, a pesar de los detectives. Tenía que verlo. Su padre no había hecho nada, le había dicho; pero ella estaba segura de que lo intentaría. Quería hablar con Cowperwood de eso.

—He estado pensando en ti, Aileen, y en lo que deberíamos hacer en este caso —comenzó su padre sin más preliminares de ningún tipo una vez que se encontraron en la oficina paterna en la casa—. Vas de cabeza a tu propia perdición. Tiemblo al pensar en tu alma inmortal. Quiero hacer algo por ti, hija mía, antes de que sea demasiado tarde. Llevo un mes o más haciéndome reproches, pensando que quizá sea por algo que yo haya hecho, o quizá algo que no hayamos hecho, o tu madre o yo, lo que te ha llevado adonde hoy te encuentras. No hace falta que te diga que lo llevo sobre mi conciencia, hija mía. Tienes delante a un hombre con el corazón roto. Jamás podré volver a llevar la cabeza alta. ¡Ay, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¡Que yo haya vivido para ver esto!

—Pero, padre —protestó Aileen, que se sentía algo inquieta ante la idea de tener que escuchar una larga prédica relacionada con sus deberes hacia Dios y la Iglesia, y su familia, su madre y él mismo. Era consciente de que todo esto tenía su importancia; pero Cowperwood y su punto de vista le habían dado otra visión de la vida. Habían hablado sobre las familias —padres, hijos, maridos, esposas, hermanos, hermanas— desde prácticamente todos los puntos de vista. La actitud liberal de Cowperwood había penetrado en su mente con fuerza. Veía las cosas a través de su actitud fría y directa de «yo me satisfago a mí mismo». Lamentaba las pequeñas diferencias que las distintas personalidades hacían surgir entre las personas, provocando peleas, riñas, oposiciones y separaciones; pero era algo que no podía evitarse. Las personas terminaban alejándose con el tiempo. Sus puntos de vista iban transformándose a distintas velocidades; de ahí los cambios. Y en cuanto a los valores morales, los que los tenían, los tenían, y los que no, no. No había explicación. En cuanto a él, no consideraba que hubiera nada malo en las relaciones sexuales. Entre aquellos que eran mutuamente compatibles, era algo inocente y delicioso. Aileen, estando entre sus brazos sin estar casada aún con él, y que lo amaba, así como él a ella, era tan buena y pura como cualquier otra mujer; mucho más pura que la mayoría. Uno se encontraba sin buscarlo en determinado orden social, teoría o diseño divino. Con el fin de tener éxito social, para no ofender, para allanar el camino, para facilitar las cosas, para evitar críticas inútiles y cosas por el estilo, era necesario crear una imagen externa —que se ajustara ostensiblemente a lo exigido—. Aparte de eso, no era necesario hacer nada más. No fallar nunca, no permitir que te atraparan. Pero

si eso ocurría, lo mejor era salir en silencio y no decir nada. Eso era lo que él estaba haciendo en relación a sus presentes problemas financieros; eso era lo que había estado dispuesto a hacer el otro día cuando los pillaron. Era esto lo que estaba influyendo en el estado de ánimo de Aileen mientras escuchaba en silencio.

—Pero, padre —protestó—, yo amo al señor Cowperwood. Es casi lo mismo que si estuviera casada con él. Algún día se casará conmigo, cuando se divorcie de la señora Cowperwood. No lo entiendes. Él me quiere mucho y yo lo amo. Me necesita.

Butler la miró con extrañeza, sin ser capaz de comprenderla.

—Divorciarse, ¿has dicho? —comenzó, pensando en la Iglesia católica y en el dogma—. Que se va a divorciar de su esposa y de sus hijos por ti, ¿eso dices? Que te necesita, ¿eso dices? —añadió con sarcasmo—. ¿Y qué pasará con su esposa e hijos? Supongo que ellos no lo necesitan, ¿verdad? ¿Qué tienes que decir?

Aileen echó la cabeza hacia atrás en un acto de desafío.

—Aunque no lo creas, es cierto —se reiteró—. Simplemente, no lo comprendes.

Butler era incapaz de creer lo que estaba escuchando. Nunca había oído a nadie hablar así en toda su vida. Estaba asombrado y estupefacto. Conocía bien los entresijos de la política y de los negocios, pero los del romance eran demasiado para él. No sabía nada de ese tema. ¡Y pensar que una hija suya pudiera decir aquellas cosas, siendo católica como era! No entendía de dónde había sacado aquellas ideas, a menos que fuera del cerebro maquiavélico y corruptor del propio Cowperwood.

—¿Cuánto hace que tienes semejantes ideas, hija mía? —preguntó de repente, con tranquilidad y serenidad—. ¿De dónde las has sacado? Con total seguridad nunca habrás oído nada por el estilo en esta casa, eso te lo garantizo. Hablas como si hubieras perdido la cabeza.

—No digas tonterías, padre —estalló Aileen enfadada, pensando en lo inútil que era hablar con su padre de estos asuntos—. Ya no soy una niña. Tengo veinticuatro años. Simplemente no lo entiendes. Al señor Cowperwood no le gusta su esposa. Se va a divorciar en cuanto pueda y se casará conmigo. Yo lo amo y él me ama a mí, y eso es lo único que importa.

—¿De verdad? —preguntó Butler, dispuesto a hacer que esta muchacha entrara en razón por todos los medios, por las buenas o por las malas—. ¿No piensas pararte a pensar en su esposa y en sus hijos, entonces? Y supongo que para ti tampoco significa nada que vaya a terminar en la cárcel. Supongo que seguirías amándolo igual cuando lo vieras con el traje de rayas de los presos; o puede que incluso más. (El hombre mostraba su mejor faceta, humanamente hablando, cuando se ponía un poco sarcástico.) Lo verás así con total probabilidad, si es que lo ves.

La ira de Aileen se encendió como una llamarada furiosa.

—Sí, ya lo sé —dijo en tono burlón—. Eso es lo que a ti te gustaría. Ya sé lo que has estado haciendo. Y Frank también lo sabe. Estás intentando que termine en la cárcel por algo que ni siquiera hizo, y todo por mi causa. Sí, ya lo sé. Pero no conseguirás hacerle daño. ¡No puedes hacerlo! Él es más grande y mejor de lo que

crees y, a la larga, no conseguirás hacerle daño. Saldrá de nuevo. Quieres castigarlo por mi culpa; pero a él le da igual. Y me casaré con él de todos modos. Lo amo, y lo esperaré y me casaré con él, y tú puedes hacer lo que te plazca. ¡Eso es!

—Así que te vas a casar con él, ¿verdad? —preguntó Butler, sorprendido y cada vez más atónito—. ¿Así que lo vas a esperar y te vas a casar con él? Lo alejarás de su esposa y de sus hijos, donde, si sólo fuera la mitad de hombre, estaría en estos momentos en lugar de andar por ahí contigo. ¿Y que te vas a casar con él? ¿Deshonrarías a tu padre, a tu madre y a toda tu familia? ¿Y te pones ahí delante a decirme esto a mí, a mí que te he criado, que te he cuidado y que te he convertido en lo que eres? ¿Dónde estarías si no fuera por mí y por tu pobre madre, todo el día trabajando y haciendo planes para ti un año detrás de otro? Supongo que tú eres más lista que yo. Que sabes más del mundo que yo y que cualquier otra persona que tuviera algo que decirte. Te he criado para que seas una dama, y mira con lo que me encuentro. Y tú me dices a mí que no soy capaz de entenderlo, tú que amas a un futuro convicto, a un ladrón, a un malversador, a un hombre en bancarrota, a un mentiroso...

—¡Padre! —exclamó Aileen con determinación—. No pienso escucharte decir esas cosas. Él no es ninguna de esas cosas que tú dices. No pienso quedarme aquí. — Se dirigió hacia la puerta, pero Butler se puso en pie de un salto y la detuvo. Tenía la cara hinchada y roja de ira.

—Pero yo todavía no he terminado contigo —continuó, ignorando los deseos de marcharse de ella y espetándole directamente, seguro ahora de que ella sería tan capaz de comprenderlo como cualquier otro—: lo cogeré como que me llamo Butler. En este país la ley funciona, y me encargaré de echársela encima. Ya le enseñaré yo para que sepa que no se entra en una casa decente para robarles las hijas a los padres.

Hizo una pausa porque le faltaba el aliento y Aileen se quedó mirándolo fijamente con el rostro tenso y pálido. Su padre podía llegar a ser ridículo. Era muy diferente a Cowperwood, sus opiniones contrastaban con las de él, y era muy anticuado. Creer que estuviera diciendo que alguien había entrado en su casa y la había robado a ella, cuando había estado ansiosa por marcharse. ¡Cuánta estupidez! Pero ¿por qué discutir? ¿Qué iba a conseguir discutiendo con él de esta manera? Así que, de momento, no dijo nada más; se limitó a mirarlo. Pero Butler no había terminado ni mucho menos. Estaba rabioso, aunque hacía todo lo que podía por controlarse.

—Es una lástima, hija —continuó en voz baja, una vez que se hubo convencido de que ella tendría poco o nada que decir—. Estoy dejando que la rabia se apodere de mí. No era de esto de lo que quería hablar cuando te llamé para que vinieras. Tengo otra cosa en mente. Estaba pensando que quizá te gustaría ir a Europa a estudiar Música durante algún tiempo. En estos momentos no parece estar en tus cabales. Creo que necesitas descansar. Sería bueno para ti alejarte durante una temporada. Y además, podrías pasártelo bien allí. Norah podría acompañarte, y también la hermana Constantia, que te dio clases. Supongo que no pondrás objeciones a que ella también

vaya.

Ante esta nueva mención de la idea del viaje a Europa con la hermana Constantia y lo de estudiar Música para darle una forma ligeramente diferente, Aileen se ofendió, pero a pesar de eso, se sonrió a medias para sí. Resultaba tan ridículo; tan falto de tacto, en realidad, que su padre sacara este tema ahora, especialmente después de censurarla a ella y a Cowperwood, y de haberlos amenazado con todo lo que había dicho. ¿Es que no pensaba tener la más mínima diplomacia para tratar con ella? ¡En realidad resultaba divertido! Pero volvió a controlarse, porque vio con total claridad que cualquier cosa que dijera ahora en una discusión de este tipo sería fútil.

—Te rogaría que no hablaras de eso, padre —comenzó, tras moderarse con la explicación de su padre—. No quiero ir a Europa ahora, no quiero marcharme de Filadelfia. Sé que quieres que me vaya, pero yo ni siquiera me lo planteo. No puedo.

A Butler se le volvió a ensombrecer el semblante. ¿De qué servía tanta oposición por su parte? ¿De verdad creía que iba a dominarlo, a su padre, en lo tocante a un problema como este? ¡Era imposible! Pero, controlando la voz tanto como le fue posible, continuó con suavidad.

—Pero te vendría muy bien, Aileen. No puedes esperar quedarte aquí después de... —Hizo una nueva pausa porque iba a decir «después de lo que ha pasado». Sabía que era muy sensible con eso. Su propio modo de proceder al perseguirla había sido una brecha importante de la cortesía debida por un padre, y sabía que ella estaba resentida, y, en cierto modo, tenía razones para estarlo. Pero, a pesar de ello, ¿qué podía haber peor que su falta?—... después —concluyó— de haber cometido tal falta no querrás quedarte aquí. No querrás seguir con eso; cometiendo pecado mortal. Va contra las leyes de Dios y de los hombres.

Esperaba que Aileen recuperara la noción del pecado —la enormidad de su falta desde el punto de vista espiritual—, pero Aileen no lo veía en absoluto.

—No me comprendes, padre —exclamó ella hacia el final sin esperanza—. No puedes. Yo tengo una idea y tú tienes otra. Pero parece que no soy capaz de hacértelo comprender. La verdad es que, si quieres saberlo, ya no creo en la Iglesia católica.

En el momento en el que Aileen hubo dicho aquello, deseó no haberlo hecho. Se le había escapado. La expresión de Butler se volvió inefablemente triste y desesperada.

—¿Que no crees en la Iglesia? —preguntó.

—No, no exactamente; no como tú lo haces.

Él negó con la cabeza.

—¡Qué daño le estás haciendo a tu alma! —contestó él—. Veo con claridad, hija mía, que te ha ocurrido algo terrible. Este hombre ha sido tu perdición, la de tu cuerpo y la de tu alma. Hay que hacer algo. No quiero ser duro contigo, pero tienes que marcharte de Filadelfia. No puedes quedarte aquí. No puedo permitirte. Puedes irte a Europa o puedes irte a casa de tu tía a Nueva Orleans; pero tienes que irte a alguna parte. No puedo dejar que te quedes aquí; es demasiado peligroso. Seguro que

terminará sabiéndose. Y después lo sabrán los periódicos. Todavía eres joven. Tienes toda la vida por delante. Tiemblo al pensar en tu alma; pero puesto que aún eres joven y estás viva, aún puedes entrar en razón. Es mi deber ser severo. Es mi obligación para contigo y con la Iglesia. Tienes que acabar con esta vida. Tienes que dejar a este hombre. No debes verlo nunca más. No puedo permitírtelo. No es bueno para ti. No tiene la más mínima intención de casarse contigo, y si lo hiciera, estaría faltándole a Dios y al hombre. ¡No, no! ¡Eso nunca! Ese hombre está arruinado, es un canalla, un ladrón. Si estuvieras con él, al poco serías la mujer más infeliz de la tierra. No te sería fiel. No, no podría. No es de ese tipo de hombres. —Hizo una pausa, asqueado hasta lo más profundo de su alma—. Debes marcharte. Te lo digo ahora y es definitivo. Te lo digo con cariño, pero quiero que lo hagas. Lo hago porque pienso que es lo mejor para ti. Te quiero, pero tienes que hacerlo. Siento que tengas que marcharte; preferiría que te quedaras aquí. Nadie lo va a sentir más que yo, pero tienes que irte. Tienes que hacer que parezca algo normal y natural de cara a tu madre; pero tienes que irte. ¿Me has oído? Tienes que hacerlo.

Hizo una nueva pausa, mirando a Aileen con tristeza pero son seguridad, desde debajo de aquellas cejas greñudas. Ella supo que lo decía en serio. Llevaba su expresión más solemne y más religiosa. Pero no le contestó. No podía. ¿De qué iba a servir? Pero no se marcharía. Lo sabía; de modo que se quedó allí de pie, blanca y en tensión.

—Coge toda la ropa que quieras —continuó Butler, sin percibir en modo alguno cuál era la auténtica actitud de ella—. Organízalo como quieras. Di dónde quieres irte, pero prepárate.

—Pero no me iré, padre —contestó Aileen por fin, con la misma solemnidad y con la misma determinación—. ¡No me iré! No me marcharé de Filadelfia.

—¿No me estarás diciendo que vas a desobedecerme deliberadamente cuando te estoy pidiendo que hagas algo que es por tu propio bien, verdad, hija?

—Sí —contestó Aileen, con decisión—. ¡No me iré! Lo siento, pero ¡no me iré!

—Lo dices en serio, ¿no? —preguntó Butler, con tristeza y con determinación.

—Sí —contestó Aileen también con determinación.

—Entonces tendré que ver qué puedo hacer, hija —contestó el hombre—. Sigues siendo mi hija, sea como sea, y no voy a permitir que arruines tu vida por no hacer lo que sé que es mi deber más solemne. Te daré unos días más para que lo pienses, pero deberás irte igualmente. Y no hay más que hablar. En este país sigue habiendo leyes. Y hay cosas que se pueden hacer con los que no las obedecen. Esta vez te he encontrado; por mucho que me doliera hacerlo. Te volveré a encontrar si intentas desobedecerme. Tienes que cambiar tu conducta; no puedo permitir que sigas como vas. Espero que lo hayas entendido. Es mi última palabra. Deja a este hombre y podrás tener lo que quieras. Eres mi niña; haré todo lo que pueda en este mundo por hacerte feliz. ¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Qué otra cosa tengo que me impulse en esta vida si no mis hijos? Por ti y por los demás es por lo que me he pasado tantos años

trabajando y haciendo proyectos. Venga, sé una buena chica. Tú quieres al viejo de tu padre, ¿a que sí? Te acuné en mis brazos cuando eras un bebé, Aileen. Te he cuidado desde que eras tan pequeña que cabías en mis manos. He sido un buen padre para ti; eso no puedes negarlo. Mira a las otras muchachas a las que has visto. ¿Ha tenido alguna de ellas más de lo que has tenido tú, o lo mismo? No me llevarás la contraria en esto. Seguro que no. No puedes. Me quieres demasiado, seguro, ¿verdad? —Se le quebró la voz y los ojos casi se le llenaron de lágrimas.

Se interrumpió y le puso a Aileen en el brazo una mano grande, morena y rugosa. Había escuchado su petición no sin emoción —más o menos suavizada— porque era inútil. No podía dejar a Cowperwood. Su padre simplemente no lo entendía. Él no sabía lo que era el amor. Era incuestionable que él nunca había amado como lo hacía ella.

Se quedó allí en silencio absoluto mientras Butler le suplicaba.

—Me gustaría, padre —dijo finalmente, suavemente, con ternura—. De verdad que me gustaría. Sí te quiero. Quiero complacerte, pero en esto no puedo, ¡no puedo! Amo a Frank Cowperwood. Tú no lo entiendes, ¡de verdad que no lo entiendes!

Ante la repetición del nombre de Cowperwood, la boca de Butler se endureció. Se daba cuenta de que ella estaba completamente encaprichada, de que su petición tan perfectamente calculada había fracasado. Debía pensar en otra fórmula.

—Muy bien, entonces —dijo finalmente y con tristeza, ¡ay!, con tanta tristeza, que Aileen desvió la mirada—. Como quieras. Pero sea como sea, tienes que irte, tanto si te gusta como si no. No puede ser de otro modo. Ojalá hubiera otra manera.

Aileen salió, muy solemne, y Butler fue hasta su escritorio y se sentó. «¡Qué situación!», dijo para sí mismo. «¡Qué complicación!»

CAPÍTULO XXXVIII

La situación a la que se enfrentaba Aileen era sin duda difícil. Una muchacha de menos valentía innata y con menos determinación habría flaqueado y claudicado. Porque a pesar de sus contactos sociales y de sus conocidos, las personas a las que Aileen podría acudir en el caso de una emergencia de este tipo no eran numerosas. Casi no se le ocurría nadie que pudiera acogerla durante un periodo prolongado y sin hacer preguntas. Había unas cuantas muchachas de su misma edad, casadas y no casadas, que eran muy simpáticas con ella, pero había pocas con las que tuviera una relación realmente estrecha. La única persona que se le ocurría que pudiera ofrecerle alguna posibilidad de refugio durante algún tiempo era una tal Mary Calligan, más conocida como «Mamie» entre sus amigas, que había ido al colegio con Aileen años atrás y que ahora era maestra en uno de las escuelas de la ciudad.

La familia Calligan la componían la señora Katharine Calligan, la madre, modista de profesión y viuda —su marido, mozo de mudanzas de oficio, había muerto al caérsele encima un muro hacía unos diez años— y Mamie, su hija de veintitrés años. Vivían en una pequeña casa de ladrillo de dos plantas en Cherry Street, cerca de la Fifteenth. La señora Calligan no era muy buena como modista o, al menos, no lo suficientemente buena como para que la familia Butler fuese cliente de ella teniendo en cuenta su eminente estatus actual. Aileen acudía allí ocasionalmente en busca de vestidos de guinga^[1] para andar por casa, ropa interior, bonitos camiones de dormir y arreglos de otras prendas más importantes que le había hecho una modista mucho más elegante de Chestnut Street. Visitaba la casa en gran medida porque había sido compañera de colegio de Mamie en St. Agatha, cuando las perspectivas de la familia Calligan eran mucho más prometedoras. Mamie ganaba cuarenta dólares al mes como maestra de un grupo de sexto curso en uno de los colegios públicos del vecindario, y la señora Calligan ganaba de media unos dos dólares al día —a veces no llegaba a tanto—. La casa que ocupaban era propiedad suya, sin deudas, y los muebles que contenía daban idea de a cuánto ascendían los ingresos de ambas, que rondaban los ochenta dólares al mes.

Mamie Calligan no era atractiva, ni mucho menos tan guapa como lo había sido su madre. La señora Calligan seguía siendo rolliza, animada y alegre a los cincuenta, con mucho buen humor. Mamie era algo más apagada tanto mental como emocionalmente. Era seria —quizá hubiera llegado a serlo obligada más por las circunstancias que por ninguna otra cosa, porque no era nada vital y tenía poco atractivo sexual—. Pero aun así, era amable, honesta, sincera, buena católica, y poseía esa extraña virtud interior tan excesiva que aleja a mucha gente del mundo: su sentido de la responsabilidad. Para Mamie Calligan, el deber (la rutina conforme con las teorías y preceptos que le habían enseñado desde la infancia y según los que se había regido desde entonces) era lo más importante, su principal fuente de consuelo y alivio; su puntal en este mundo extraño e incierto era el deber hacia su Iglesia, el

deber hacia su escuela, el deber hacia su madre, el deber hacia sus amigos, etcétera. Su madre a veces deseaba por el bien de Mamie que fuese menos cumplida y más agraciada físicamente, de modo que pudiera gustarle a los hombres.

A pesar del hecho de que su madre era modista, la ropa de Mamie nunca era atractiva ni elegante —si lo hubiera sido, le habría parecido que no estaba en armonía con ella—. Llevaba zapatos grandes que no le quedaban bien; la falda le caía en lacios pliegues desde las caderas hasta los pies, de buena tela pero con aspecto de estar mal diseñada. En aquella época el llamado «jersey» de colores, comenzaba a ponerse de moda, y al quedar ceñido, sentaba bien a aquellas que tenían buena silueta. ¡Pero ay de la pobre Mamie Calligan! La moda de la época la obligaba a ponérselo, pero no tenía ni los brazos ni el desarrollo de busto que convierten esta prenda en algo digno de admiración. El sombrero, por elección propia, solía ser de tipo plano con una única pluma larga que nunca parecía estar en la posición correcta, ni con respecto al pelo ni con respecto a la cara. La mayoría de las veces tenía aspecto de estar algo cansada, pero no se trataba tanto de cansancio físico como de aburrimiento. Su vida tenía poco encanto, y Aileen Butler era incuestionablemente el ingrediente más romántico que contenía.

La madre de Mamie tenía una muy agradable predisposición a ser sociable, y el hecho de que tuvieran una pequeña casa modesta pero muy limpia, de que pudiera entretenerlas tocando el piano que tenían y de que la señora Calligan pusiera un interés propio de la adoración en los trabajos que hacía para ella fueron en esencia los que hicieron que el hogar de las Calligan le resultara atractivo a Aileen. Iba allí de vez en cuando para liberarse de otras cosas, y porque Mamie tenía un buen conocimiento de la literatura y compartía con ella gustos literarios. Curiosamente, le gustaban los mismos libros que a Aileen: *Jane Eyre*, *Kenelm Chillingly*, *Tricotrín* y *A Bow of Orange Ribbon*^[2]. Mamie ocasionalmente le recomendaba nuevas obras de este tipo, y Aileen, que consideraba que tenía buen criterio, se veía obligada a admirarla.

En esta situación de crisis, Aileen pensó en el hogar de las Calligan. Si su padre no era agradable con ella y tuviera que marcharse de casa durante un tiempo, podría irse a casa de las Calligan. Ellas la acogerían y no dirían nada. El resto de los miembros de la familia Butler no las conocía lo suficiente como para que llegaran a sospechar que se había ido allí. Podría desaparecer fácilmente aislándose en Cherry Street de modo que nadie la viera ni supiera de ella durante semanas. Es interesante tener en cuenta que las Calligan, al igual que los otros miembros de la familia Butler, nunca sospecharon que Aileen tuviera la más mínima propensión a llevar una existencia díscola. Por lo tanto, escaparse de su familia, si alguna vez eso llegaba a producirse, sería atribuido más a un capricho de su temperamento que a ninguna otra cosa.

Por otro lado, en lo que respecta a la familia Butler en su conjunto, necesitaba más a Aileen de lo que Aileen los necesitaba a ellos. Necesitaba la luz de su

semblante para mantener la alegría de la casa, y si ella se marchaba, se produciría un vacío que no lograrían superar con facilidad.

Butler padre, por ejemplo, había visto cómo su hijita se había convertido en una mujer de radiante belleza. La había visto ir al colegio y al convento, y aprender a tocar el piano —lo que para él constituía un gran talento—. También había visto cómo cambiaba su manera de comportarse y cómo se volvía llamativa, y cómo aumentaban sus conocimientos de la vida, aparentemente, y se convertía, al menos para él, en alguien impresionante. Sus opiniones inteligentes y dogmáticas sobre la mayoría de las cosas merecían ser escuchadas, al menos, a su modo de ver. Sabía más de libros y de arte que Owen o que Callum, y su sentido de las convenciones sociales era perfecto. Cuando se sentaba a la mesa —desayuno, almuerzo o cena— siempre resultaba agradable observarla. Él había creado a Aileen; y se congratulaba de ello. Él le había proporcionado el dinero para que fuera tan elegante. Y continuaría haciéndolo. No debía permitir que ningún arribista de segunda fila arruinara su vida. Tenía intención de cuidar de ella siempre; de dejarle tanto dinero con las adecuadas disposiciones legales que ningún marido inútil pudiera nunca afectar a su vida. «Me parece que estás encantadora esta noche», era uno de sus comentarios preferidos; y también, «pero ¡qué elegantes somos!». En la mesa invariablemente se sentaba a su lado y estaba pendiente de él. Y eso era lo que él quería. La había colocado allí a su lado para las comidas años atrás cuando aún era una niña.

Su madre también la amaba desmesuradamente, y lo mismo ocurría con Callum y Owen. Así que, hasta entonces al menos, Aileen había devuelto en belleza e interés tanto como recibía, y todos en la familia así lo pensaban. Cuando se marchaba un día o dos, la casa parecía triste; hasta las comidas eran menos apetitosas. Cuando regresaba, todos volvían a estar contentos y felices.

Aileen se daba cuenta de esto con total claridad al menos en un sentido. Ahora, llegado el momento de pensar en marcharse y de arreglárselas sola con el fin de evitar un viaje que no quería verse obligada a hacer, su valentía se basaba en gran medida en su seguridad de ser importante para su familia. Pensó en lo que su padre le había dicho y decidió que debía actuar enseguida. Se vistió de calle a la mañana siguiente, cuando su padre se hubo marchado, y decidió pasarse por casa de las Calligan sobre el mediodía, cuando Mamie estaría en casa para almorzar. Entonces dejaría caer el tema de manera casual. Si no tenían ninguna objeción, se iría allí. A veces se preguntaba por qué Cowperwood, pasando como estaba por un momento de tanta tensión, no le había propuesto que se marcharan a algún lugar desconocido; pero también pensaba que él debía de saber mejor que ella lo que podía hacer. Sus crecientes problemas la deprimían.

La señora Calligan estaba sola cuando ella llegó y se mostró encantada de verla. Tras el intercambio de los cotilleos del día, y sin saber muy bien cómo proceder en relación con el recado que la había llevado hasta allí, fue hasta el piano y tocó una melodía melancólica.

—Tocas maravillosamente, Aileen —observó la señora Calligan, que a su vez era excesivamente sentimental—. Me encanta escucharte. Ojalá vinieras a vernos con más frecuencia. Últimamente rara vez nos visitas.

—Oh, he estado muy ocupada, señora Calligan —contestó Aileen—. He tenido muchas cosas que hacer este otoño; simplemente no he podido. Querían que me fuera a Europa, pero no he querido. ¡Ay, Dios mío! —suspiró y terminó su interpretación con un movimiento triste de gran romanticismo. La puerta se abrió y entró Mamie. Su cara tan poco agraciada se iluminó al ver a Aileen.

—¡Pero bueno, Aileen Butler! —exclamó—. ¿De dónde has salido? ¿Dónde has estado escondida todo este tiempo?

Aileen se levantó para intercambiar besos.

—Ah, he estado muy ocupada, Mamie; eso mismo le estaba diciendo a tu madre. ¿Y tú cómo estás? ¿Cómo te va en el trabajo?

Mamie le relató enseguida algunas dificultades que tenía en el colegio y que la tenían desconcertada —el aumento de alumnos en las clases y la cantidad de trabajo que eso supondría. Mientras la señora Calligan ponía la mesa, Mamie fue a su habitación y Aileen la siguió.

Aileen la observó meditabunda mientras se encontraba ante el espejo arreglándose el pelo.

—¿Qué te pasa hoy, Aileen? —le preguntó Mamie—. Pareces muy... —se interrumpió para volver a mirarla.

—¿Qué parezco? —preguntó Aileen.

—Bueno, como si no estuvieras segura de algo o como si estuvieras preocupada. Nunca te he visto así antes. ¿Qué ocurre?

—Oh, nada —contestó Aileen—. Sólo estaba pensando. —Se acercó a una de las ventanas que daba al pequeño jardín, meditando sobre si podría soportar vivir allí durante algún tiempo. La casa era demasiado pequeña y los muebles demasiado simples.

—A ti te pasa algo hoy, Aileen —observó Mamie, acercándose a ella y mirándola a la cara—. No pareces tú.

—Hay algo que me preocupa —contestó Aileen—, algo que me inquieta. Y no sé lo que hacer; eso es lo que me pasa.

—Bueno, ¿y de qué se trata? —pregunto Mamie—. Nunca te había visto comportarte de este modo. ¿No puedes contármelo? ¿Qué es?

—No, no creo que pueda; no ahora, al menos —se interrumpió Aileen—. ¿Crees que tu madre objetaría —preguntó de repente— a que me viniera aquí y me quedara durante un corto periodo? Quiero salir de mi casa durante un tiempo por un motivo concreto.

—¡Pero, Aileen Butler, qué cosas dices! —exclamó su amiga—. ¡Objetar! Sabes que estaría encantada, y yo también. ¡Ay, Dios mío! ¿Puedes venirte? ¿Pero qué te hace querer irte de tu casa?

—Eso es exactamente lo que no puedo contarte; no ahora, al menos. No tanto a ti como a tu madre. Tengo miedo de lo que pudiera pensar, ¿sabes? —contestó Aileen—. Pero no debes preguntármelo todavía. Quiero pensar. ¡Ay, Dios mío! Pero quiero venirme, si me lo permitís. ¿Hablas tú con tu madre o lo hago yo?

—Yo lo haré —dijo Mamie, asombrada ante este extraordinario acontecimiento—. Pero es una tontería hacerlo. Sé lo que dirá antes incluso de preguntárselo, y tú también lo sabes. No tienes más que traerte tus cosas y venirme. Ella nunca te diría ni te preguntaría nada tampoco, y lo sabes; si no quisieras que lo hiciera. —Mamie estaba radiante y emocionadísima con aquella idea. Le gustaba mucho la compañía de Aileen.

Aileen la miró con solemnidad y comprendió muy bien por qué tanto entusiasmo; tanto de ella como de su madre. Las dos querían contar con su presencia para que iluminara su mundo.

—Pero ninguna de las dos debe decirle a nadie que estoy aquí, ¿entendido? No quiero que nadie lo sepa, particularmente nadie de mi familia. Tengo mis razones, buenas razones, pero no puedo contaros de qué se trata; al menos no por el momento. Debéis prometerme que no se lo diréis a nadie.

—Oh, por supuesto —contestó Mamie con entusiasmo—, pero no piensas marcharte para siempre, ¿verdad, Aileen? —preguntó curiosa y con seriedad.

—Ay, no lo sé; todavía no sé lo que voy a hacer. Lo único que sé es que quiero salir de allí durante un tiempo, de momento; eso es todo. —Hizo una pausa, mientras Mamie la observaba boquiabierta de pie ante ella.

—Bueno, ¿quién lo hubiera imaginado? —contestó su amiga—. Es increíble, Aileen. Pero será maravilloso tenerte aquí. Mamá estará encantada. Y por supuesto que no se lo diremos a nadie si tú no quieres que lo hagamos. Casi nunca viene nadie; y si vienen, no tienes por qué verlos. Puedes quedarte con la habitación grande que está al lado de la mía. ¡Qué bien! Estoy entusiasmada. —La joven maestra decididamente se había puesto de muy buen humor—. Vamos, ¿por qué no se lo decimos a mamá ahora mismo?

Aileen dudó porque ni siquiera en aquel momento estaba completamente segura de que debiera hacer aquello, pero finalmente bajaron juntas la escalera, aunque Aileen procuró quedarse algo rezagada cuando se acercaron al pie. Mamie le dijo a su madre sin más preámbulo:

—¡Mamá! ¿No es maravilloso? Aileen va a venir a quedarse con nosotras durante un tiempo. No quiere que lo sepa nadie y se va a venir inmediatamente.

La señora Calligan, que sostenía un azucarero en la mano, se giró para mirarla con una expresión de sorpresa en la cara sonriente. Inmediatamente la asaltó la curiosidad de saber por qué Aileen querría irse allí; por qué querría salir de su casa. Por otro lado, sus sentimientos por Aileen eran tan profundos que se sintió tremenda y felizmente intrigada ante aquello. ¿Y por qué no? ¿No era la famosa hija de Edward Butler una mujer hecha y derecha, capaz de hacerse cargo de sus propios asuntos, y

bienvenida en aquella casa, por supuesto, como miembro honorable de una familia tan importante? Para las Calligan era muy halagador pensar que Aileen las hubiera escogido fueran cuales fueran las circunstancias.

—No entiendo cómo tus padres pueden dejarte marchar, Aileen; pero sin duda eres bienvenida aquí para quedarte el tiempo que quieras; para siempre, si quieres. — Y la señora Calligan le dedicó una enorme sonrisa de bienvenida. ¡Y pensar que Aileen Butler le hubiera pedido que le permitiera irse a vivir allí! Y la forma tan cordial y comprensiva de decírselo y el entusiasmo de Mamie hicieron que Aileen diera un suspiro de alivio. Entonces se le ocurrió pensar en los gastos que le supondría a ellas tenerla en su casa.

—Yo quiero pagarle, por supuesto —le dijo a la señora Calligan—, si me vengo.

—¡Menuda idea, Aileen Butler! —exclamó Mamie—. Nada de eso. Te vendrás a vivir aquí en calidad de invitada.

—¡No, no lo haré! No me vendré si no me dejáis pagaros —contestó Aileen—. Tendréis que dejarme que lo haga. —Sabía que las Calligan no podían permitirse mantenerla.

—Bueno, sea como sea, no hablaremos de eso ahora —contestó la señora Calligan—. Puedes venirme cuando gustes y quedarte el tiempo que quieras. Alcánzame servilletas limpias, Mamie.

Aileen se quedó a comer y se marchó poco después para llegar a la cita que le había propuesto a Cowperwood, sintiéndose satisfecha de haber resuelto su principal problema. Ahora tenía el camino despejado. Podría venirse aquí si quería. Era simplemente cuestión de recoger unas cuantas cosas que le resultaban necesarias o de venirse sin traer nada. Quizá Frank tuviera alguna sugerencia que hacerle.

Mientras tanto, Cowperwood no había hecho ningún esfuerzo por comunicarse con Aileen desde el desafortunado descubrimiento de su lugar de encuentro, sino que se había limitado a esperar una carta de ella, que no tardó mucho en llegar. Como era habitual, se trataba de una larguísima carta optimista, afectuosa y desafiante, en la que le relataba todo lo que le había ocurrido y sus planes para marcharse de casa. Esto último lo sorprendió y preocupó bastante.

Aileen en el seno de su familia, elegante y bien cuidada, era una cosa. Aileen sola en el mundo y dependiente de él era otra. Él nunca había imaginado que ella pudiera verse obligada a marcharse antes de que él estuviera preparado para acogerla; y si lo hacía ahora, eso podría crear complicaciones que no serían agradables de considerar. Aun así, sentía afecto por ella y haría cualquier cosa por hacerla feliz. Incluso ahora podría mantenerla de manera muy respetable si no terminaba por ir a la cárcel, e incluso estando allí, podría arreglárselas para hacerlo. Aunque sería mucho mejor si lograba convencerla para que se quedara en su casa hasta que él supiera exactamente cuál iba a ser su destino. Nunca tuvo dudas de que algún día, pasara lo que pasara, dentro de un plazo razonable de tiempo, se libraría de todas aquellas complicaciones y volvería a tener una posición acomodada, en cuyo caso, si conseguía divorciarse,

quería casarse con Aileen. Si no, se la llevaría consigo de todos modos, y desde este punto de vista, lo mismo daba si ella se separaba ahora de su familia. Pero desde la perspectiva de sus complicaciones actuales —la búsqueda que organizaría Butler—, podría resultar peligroso. Podría incluso acusarlo de raptó. Por lo tanto, decidió convencer a Aileen de que se quedara en su casa, de suspender la comunicación y los encuentros entre ellos por el momento, e incluso, de que se fuera al extranjero. Él estaría bien hasta que ella volviera y lo mismo le sucedería a ella —en este caso debían regirse por el sentido común.

Con todo esto en mente se puso en marcha para acudir a la cita que ella le había propuesto en su carta, a pesar de que pensaba que era algo peligroso.

—¿Estás segura —le preguntó después de haber escuchado su descripción de la casa de las Calligan— de que te gustaría estar allí? Parece bastante pobre por lo que me cuentas.

—Sí, pero ellas me gustan mucho —contestó Aileen.

—¿Y estás segura de que no te delatarán?

—¡Oh, no, nunca!

—Muy bien —concluyó—. Tú sabrás lo que haces. No quiero aconsejarte algo que vaya contra tu voluntad. Pero si estuviera en tu lugar, seguiría el consejo de tu padre y me marcharía durante un tiempo. Para entonces se le habrá pasado esto y yo seguiré estando aquí. Puedo escribirte de cuando en cuando y tú puedes escribirme a mí.

En el momento en el que Cowperwood dijo esto, a Aileen se le nubló el semblante. Su amor por él era tan grande que la simple mención de una separación prolongada se le clavó como un cuchillo. ¡Su Frank aquí y con problemas; puede que incluso en un juicio y ella lejos de allí! ¡Nunca! ¿Qué pretendía haciéndole una sugerencia como aquella? ¿Podría ser que no la amara tanto como ella a él? ¿La amaba de verdad?, se preguntó. ¿Iba a abandonarla justo cuando ella iba a hacer algo que precisamente los acercaría más? Se le nublaron los ojos porque se sentía terriblemente dolida.

—Pero ¡qué cosas dices! —exclamó—. Sabes que no me marcharé de Filadelfia ahora. No esperarás que te deje.

Cowperwood lo vio con total claridad. Era demasiado astuto como para no verlo. La amaba intensamente. ¡Cielos! —pensó—. ¡No le haría daño por nada en el mundo!

—Cariño —se apresuró a decirle cuando vio sus ojos—, no lo entiendes. Quiero que hagas lo que quieras hacer. Lo has planeado todo para estar conmigo; pues hazlo. No pienses más en nada de lo que te he dicho. Simplemente estaba pensando que podría empeorar las cosas para ambos; pero no creo que eso vaya a ocurrir. Piensas que tu padre te ama tanto que cambiará de opinión cuando te hayas marchado. Muy bien, pues márchate. Pero debemos ser muy cuidadosos, querida, tú y yo, es necesario. Esto se está poniendo muy serio. Si te marcharas y tu padre me acusara de

rapto, si hiciera esto público, sería algo serio para ambos, tanto para ti como para mí, porque entonces me condenarían con total seguridad, sólo por eso, si no por algo más. ¿Y entonces qué? Será mejor que no intentes verme con frecuencia por el momento; no más de lo que podamos evitar. Si hubiéramos usado nuestro sentido común y hubiéramos dejado de hacerlo cuando tu padre recibió aquella carta, esto no habría pasado. Pero ahora que ha pasado, debemos ser tan inteligentes como podamos, ¿no te das cuenta? Así que piénsalo y haz lo que creas mejor, y después escíbeme y, hagas lo que hagas, a mí me parecerá bien, ¿me has oído? —La atrajo hacia sí y la besó—. No tienes dinero, ¿verdad? —concluyó acertadamente.

Aileen, muy conmovida por todo lo que él acababa de decirle, seguía convencida, después de haberlo meditado durante un momento, de que su plan era el mejor. Su padre la amaba demasiado. No haría nada que pudiera perjudicarla públicamente, de modo que no la utilizaría abiertamente para atacar a Cowperwood. Era más que probable, según le explicó a Cowperwood, que le rogara que volviera a casa. Y él, al escucharla, se vio obligado a ceder. ¿Para qué discutir? No iba a dejarlo de todos modos.

Metió la mano en el bolsillo por primera vez desde que conociera a Aileen y sacó un fajo de billetes.

—Aquí tienes doscientos dólares, querida —dijo—, hasta que volvamos a vernos o vuelva a tener noticias tuyas. Me encargaré de que tengas todo lo necesario; y ahora no pienses que no te amo. Sabes que sí. Estoy loco por ti.

Aileen protestó diciendo que no necesitaba tanto —que en realidad no necesitaba nada— porque tenía algo de dinero en casa; pero él lo dejó pasar. Sabía que ella necesitaba tener dinero.

—No digas nada, cariño —dijo él—. Sé lo que necesitas. —Ella estaba tan acostumbrada a recibir dinero de su padre y de su madre en cantidades generosas de vez en cuando que no le daba importancia. Frank la amaba tanto que eso hacía que todo fuera bien entre ellos. Ella se ablandó y hablaron del asunto de las cartas, llegando a la conclusión de que lo más seguro sería utilizar a un mensajero privado. Cuando por fin se despidieron, Aileen, después de haberse sentido hundida por la actitud incierta de él, se sentía de nuevo en las nubes. Llegó a la conclusión de que la amaba y se marchó sonriente. Podía recurrir a su Frank; se lo demostraría a su padre. Cowperwood sacudió la cabeza y la siguió con los ojos. Ella suponía una carga adicional, pero no estaba dispuesto a renunciar a ella. ¿Iba él a rasgar el velo de la ilusión que creaba este afecto y hacer que se sintiera desgraciada cuando la amaba tanto? No. No le quedaba otra cosa que hacer más que la que había hecho. Después de todo, pensó, podría no salir tan mal. Cualquier investigación que Butler pudiera hacer mediante los detectives demostraría que ella no se había ido con él. Si en algún momento resultara necesario hacer que imperara el sentido común para salvar la situación de un clímax mortífero, podría hacer que informaran secretamente a los Butler del paradero de Aileen. Eso demostraría que él ahí tenía poco que ver, y ellos

podrían intentar persuadir a Aileen de que volviera a casa de nuevo. Quizá fuera para bien; nadie podía saberlo. Se iría haciendo cargo de los problemas según surgieran. Se dirigió rápidamente a su oficina, y Aileen regresó a su casa decidida a poner en marcha su plan. Su padre le había dado algo de tiempo para decidirse —posiblemente podría darle algo más—, pero ella no podía esperar. Acostumbrada a que siempre se le concedieran sus deseos, no podía comprender por qué esta vez no iba a salirse con la suya. Eran sobre las cinco. Esperaría hasta que todos los miembros de la familia estuvieran cómodamente sentados a la mesa para cenar, lo que sería sobre las siete, y entonces se marcharía sin ser vista.

Sin embargo, al llegar a casa, se encontró con una razón inesperada para dejar el plan en suspenso. Se trataba de la presencia de unos tales señor y señora Steinmetz — el marido, un famoso ingeniero que Butler contrataba para realizar los planos de las obras que emprendía—. Era el día antes de Acción de Gracias y estaban ansiosos por invitar a Aileen y a Norah a que pasaran una quincena con ellos en su nueva casa de West Chester —una casa de cuyo encanto había oído hablar mucho—. Eran extremadamente simpáticos; eran relativamente jóvenes y estaban rodeados de todo un círculo de amigos interesantes. Aileen decidió posponer su huida e ir con ellos. Su padre estuvo de lo más cordial. La presencia de los Steinmetz y su invitación supuso para él un alivio tan grande como el de Aileen. West Chester estaba a unas cuarenta millas de Filadelfia, por lo que era poco probable que Aileen intentara ver a Cowperwood mientras se encontrara allí.

Le escribió a Cowperwood informándole del cambio de planes y partió, y él dio un suspiro de alivio, pensando en aquel momento que la tormenta había pasado definitivamente.

CAPÍTULO XXXIX

Entretanto, la fecha del juicio de Cowperwood se acercaba. Tenía la impresión de que iban a intentar declararlo culpable tanto si los hechos así lo justificaban como si no. No veía ninguna salida a su dilema, a menos que lo abandonara todo y se marchara de Filadelfia para siempre, lo cual era imposible. La única forma de resguardar su futuro y mantener a sus amigos financieros era la de ser procesado lo antes posible y confiar en que ellos le ayudaran a comenzar de nuevo en el futuro, en caso de que él no pudiera. Habló con Steger de las posibilidades de que se diera un juicio injusto, pero él no parecía pensar que eso fuese a ser así. En primer lugar, no le resultaría fácil a nadie sobornar al jurado. En segundo lugar, la mayoría de los jueces eran honestos, a pesar de su inclinación política, y no irían más allá de mostrar cierta parcialidad con su partido en sus resoluciones y opiniones, lo que sopesándolo todo, no suponía mucho. En concreto, el juez que iba a decidir sobre su culpabilidad, un tal Wilbur Payderson del Tribunal de lo Penal, era un juez designado por el partido, y como tal, tenía obligaciones con Mollenhauer, Simpson y Butler; pero por lo que Steger había oído decir de él, era un hombre honesto.

—Lo que no logro comprender —dijo Steger— es por qué estos tipos están tan ansiosos por castigarte, a menos que lo hagan para dar un golpe de efecto en todo el estado. Ya han pasado las elecciones. Tengo entendido que hay un movimiento en marcha para destituir a Stener en caso de que sea declarado culpable, lo cual ocurrirá. Tienen que juzgarlo. No le caerán más de uno, dos o tres años, y si eso ocurre, lo indultarán a mitad de condena, o incluso antes. Lo mismo pasaría contigo, si fueras condenado. No podrían mantenerte en la cárcel si él fuese indultado. Pero no llegaremos a eso, te lo aseguro. Ganaremos ante el jurado, o revocaremos la sentencia de culpabilidad ante la Corte Suprema del Estado con total seguridad. Esos cinco jueces no van a confirmar semejante paparrucha.

Steger estaba realmente convencido de lo que decía, y Cowperwood se sintió satisfecho. Hasta ahora aquel joven abogado lo había hecho extremadamente bien en todos sus juicios. Aun así, no le gustaba la idea de que Butler lo anduviera persiguiendo. Era un asunto serio, y era algo que Steger desconocía por completo. Cowperwood no lograba olvidarlo del todo mientras escuchaba las tranquilizadoras y optimistas palabras de su abogado.

El comienzo del juicio se encontró con la mayor parte de los seiscientos habitantes de la ciudad bastante «exaltada». Ninguna de las mujeres de la familia Cowperwood tenía intención de asistir al tribunal. Había insistido en que no hubiera demostraciones de sus familiares que los periódicos pudieran después comentar. Su padre sí estaría presente, porque se le podría necesitar como testigo. Aileen le había escrito la tarde antes para decirle que había regresado de West Chester y para desearle suerte. Estaba tan ansiosa por saber lo que sería de él que no había podido quedarse lejos por más tiempo y había regresado; no para ir al tribunal, ya que él no quería que

ella lo hiciera, sino para estar lo más cerca posible cuando se decidiera su destino, tanto si le era adverso como si no. Quería poder salir corriendo a felicitarlo si ganaba, o a consolarlo si perdía. Presentía que era probable que su regreso precipitara una confrontación con su padre, pero no podía evitarlo.

La posición de la señora Cowperwood era tremendamente anómala. Tenía que pasar por la formalidad de parecer tierna y afectuosa, aun sabiendo que Frank no quería que lo fuera. Él ahora ya presentía que ella estaba al tanto de su relación con Aileen y estaba esperando el momento oportuno para exponerle toda la situación. Ella lo abrazó en la puerta aquella mañana fatídica, de la manera algo formal en la que lo venían haciendo durante los últimos años, y por un momento, a pesar de que era plenamente consciente de sus dificultades, no fue capaz de besarlo. Él no quería que ella lo besara, pero no lo demostraba. Al final lo besó, y le dijo:

—Espero que las cosas salgan bien.

—Creo que no hace falta que te preocupes por eso, Lillian —contestó él con optimismo—. Estaré bien.

Bajó las escaleras corriendo y caminó por Girard Avenue, hacia su antigua línea de tranvías, y se subió a un coche. Pensaba en Aileen y en cuanto lo quería, y en la farsa que era ahora su vida de casado, y en si se encontraría con un jurado sensato, y en esto y en lo otro. Si eso no ocurría, si no ocurría, ¡este día era crucial!

Se bajó del coche en Third y Market y se dirigió presuroso a su oficina. Steger ya estaba allí.

—Bien, Harper —comentó Cowperwood, animoso—, ya ha llegado el día.

El Tribunal de lo Penal, Sección I, en el que iba a celebrarse su juicio, se reunía en el famoso Independence Hall^[1], en Sixth y Chestnut Streets, que en estos momentos era, como ya venía ocurriendo desde hacía un siglo, el centro de la vida ejecutiva y judicial de la ciudad. Era un edificio de ladrillo rojo bajo, de dos plantas, con una torre central blanca de madera de inspiración germana e inglesa, en la que se combinaban el cuadrado, el círculo y el octógono. El edificio tenía una parte central y dos alas en forma de T, una a cada lado, con puertas y ventanas de estilo antiguo rematadas en arco de medio punto; las ventanas, de guillotina, estaban adornadas con profusión de palillería, tan admirada por los que gustan de lo que se conoce como la arquitectura colonial. Aquí, y en un edificio anejo conocido como State House Row (que ya ha sido demolido), que se extendía desde la parte trasera del edificio hacia Walnut Street, se encontraban las oficinas del alcalde, del jefe de policía, del tesorero, de las cámaras del concejo y el resto de las oficinas importantes y ejecutivas de la ciudad, junto con las cuatro secciones del Tribunal Penal, que se reunían para juzgar la creciente lista de casos penales pendientes. En aquel momento se estaba construyendo un descomunal edificio para el ayuntamiento entre Broad Street y Market Street, cuya edificación concluiría más adelante.

Se había hecho un intento por mejorar las salas del tribunal, que tenían unas dimensiones razonablemente grandes, instalando plataformas elevadas de nogal

oscuro coronadas por grandes tribunas también de nogal oscuro, tras las que se sentaban los jueces; pero aquel intento no había tenido mucho éxito. Los escritorios, las tribunas del jurado y todas las barandillas resultaban demasiado grandes, con lo que el efecto general era de desproporción. Alguien había pensado que una pared de color crema era lo más apropiado para aquel mobiliario de nogal casi negro, pero el tiempo y el polvo habían hecho de aquella combinación algo deprimente. No había cuadros ni adornos de ningún tipo, aparte de las recargadas lámparas de gas que se encontraban en la tribuna de su señoría y de la araña de luces que colgaba del centro del techo. Los gordos alguaciles y oficiales del juzgado, preocupados sólo por mantener aquellos puestos que no les suponían ningún trabajo, tampoco añadían nada al espíritu de la escena. Dos de ellos de la sala en la que se celebraba este juicio discutían cada hora por ver a quién le correspondía darle al juez un vaso de agua. Uno precedía a su señoría como si se tratara de un mayordomo gordo y polvoriento en sus idas y venidas al vestidor. Su trabajo consistía en decir en voz alta, cuando este último entraba: «Su señoría va a hacer su entrada en la sala. Descúbranse. Todos en pie, por favor», mientras que un segundo alguacil, de pie a la izquierda de donde su señoría se sentaba, y entre la tribuna del jurado y la silla de los testigos, recitaba de manera completamente ininteligible aquella bella y solemne declaración de las obligaciones colectivas de la sociedad hacia las unidades constitutivas, que comienza con «¡Oíid!, ¡oíid!, ¡oíid!» y termina con «Todos los que tengáis justa causa de reclamación acercaos y seréis oídos». Sin embargo, aquí daba la impresión de que no tenía importancia. La costumbre y la indiferencia habían permitido que se degradara hasta convertirse en palabras farfulladas. Un tercer alguacil guardaba la puerta de acceso a la sala; y, además de estos, había presente un secretario del juzgado — pequeño, pálido, de piel cerosa, con los ojos descoloridos y acuosos, y de pelo y barba ralos del color de la grasa de cerdo, que daba toda la impresión de ser un decrepito y americanizado chino mandarín— y un taquígrafo del tribunal.

El juez Wilbur Payderson, un hombre delgado como un arenque, que había visto este caso al principio como juez de instrucción cuando Cowperwood fue acusado por el gran jurado, y que había dictado que se celebrara juicio en esta fecha, era un tipo de juez peculiarmente interesante, en lo que a jueces se refiere. Era tan flaco y tan endeble que sólo por esas características ya llamaba la atención. Técnicamente, era un hombre versado en leyes; en realidad, en lo que a la vida se refería, no tenía la más mínima conciencia de esa sutil química que trasciende a cualquier ley escrita y que afecta al espíritu, y para la que cualquier ley es inútil, como todos los jueces sabios bien saben. Podrías haber mirado aquel cuerpo delgado y pedante, aquel rizado pelo gris, aquellos ojos azules grisáceos carentes de todo tipo de especulación y aquella cara bien moldeada pero insignificante, y decirle que carecía de imaginación, pero él no te habría creído; te habría multado en ese caso por desacato al tribunal. Recabando todas las pequeñas oportunidades que se le presentaban, sacando brillo a cada una de sus escasas ventajas, escuchando servilmente la voz del partido y siguiendo lo mejor

que podía los mandatos de la autoridad establecida, había alcanzado su estatus actual. Tampoco es que fuera mucho en realidad. Su salario era de sólo seis mil dólares al año. Su escasa fama no se extendía más allá de la reducida esfera de los abogados y jueces locales. Pero ver su nombre diariamente citado cuando realizaba su trabajo, o dictar esta o aquella decisión, era para él una gran satisfacción. Pensaba que lo convertía en una figura significativa a nivel mundial. «Ved que no soy como otros hombres», pensaba a menudo, y esto lo reconfortaba. Se sentía halagado cuando llegaba a su lista de pleitos algún caso importante; y mientras se hallaba entronizado ante los distintos litigantes y abogados se sentía, por regla general, francamente importante. De vez en cuando, alguna sutileza de la vida venía a confundir su más bien limitado intelecto; pero para todos aquellos casos, ya se disponía de escritos sobre la ley. Podía buscar en el repertorio de jurisprudencia hasta averiguar lo que otros hombres que sí pensaban de verdad habían decidido. Además, los abogados siempre son muy perspicaces en todas partes y ya se encargan de ponerle al juez ante las narices las normas jurídicas, tanto si son favorables como si no lo son. «Señoría, en el volumen treinta y dos de los *Revised Reports of Massachusetts*^[2], página tal y tal, línea tal y tal, en Arundel contra Bannerman, encontrará..., etcétera.» ¿Cuántas veces se ha oído eso en un tribunal? El razonamiento que queda pendiente por hacer en la mayoría de los casos es más bien poco. Y la santidad de la ley es izada cual gran bandera mediante la que se fortalece el orgullo del titular.

Payderson, como había indicado Steger, no podía ser considerado un juez injusto. Era un juez del partido; republicano por principio, o más bien por creencia, tenía obligaciones con los consejos del partido dominante por su continuidad en el cargo y, en consecuencia, estaba dispuesto y ansioso por hacer todo aquello que dentro de lo razonable consideraba que podía hacer para contribuir al bienestar del partido y a los intereses particulares de sus señores. La mayoría de la gente nunca se molesta en analizar con demasiada atención la mecánica de esa cosa que llaman conciencia. Y cuando lo hacen, con demasiada frecuencia carecen de la capacidad para desenmarañar los enredados hilos de la ética y la moral. Se limitan a creer concienzudamente aquello que siga la opinión de la época y aquello que les dicte el peso de los grandes intereses. Alguien inventó hace tiempo la expresión «juez de mentalidad corporativa». Y hay muchos así.

Payderson era uno de ellos. Prácticamente veneraba la propiedad y el poder. Para él, Butler, Mollenhauer y Simpson eran grandes hombres —razonablemente seguros de tener siempre la razón puesto que eran tan poderosos—. Hacía tiempo que había oído hablar de este asunto del desfalco de Cowperwood y Stener; sabía por sus relaciones con unos y otros en política, y por sus perspectivas, cuál era la situación. El partido, tal como lo veían los líderes, había sido colocado en muy mala posición debido a la perspicacia de Cowperwood. Había descarriado a Stener —más de lo que un tesorero debería haber permitido que lo descarriaran—, y aunque Stener era primordialmente culpable por ser el promotor de aquel plan, Cowperwood lo era aún

más por haberlo convencido para llegar tan lejos. Además, el partido necesitaba un chivo expiatorio, y eso, en principio, ya era suficiente para Payderson. Por supuesto que, una vez ganadas las elecciones y visto que parecía que el partido no había sufrido demasiado, no comprendía muy bien por qué había tanto interés en que Cowperwood continuase estando incluido en el proceso; pero tenía fe en que los líderes tenían motivos justificados para no perdonarlo. A través de distintas fuentes, se enteró de que Butler tenía algún enfrentamiento personal con Cowperwood, aunque nadie parecía saber exactamente de qué se trataba. La impresión general era que Cowperwood había llevado a Butler a alguna transacción financiera perniciosa. En cualquier caso, se entendía que por el bien del partido, y con la finalidad de dar una buena lección a peligrosos subordinados, se había decidido permitir que estas acusaciones siguieran su curso. Cowperwood debía ser castigado con la misma severidad que Stener como ejemplo moralizante para la comunidad. Stener sería sentenciado con la mayor pena posible por su delito, de modo que el partido y los tribunales parecieran adecuadamente rectos. Después, quedaría a merced del gobernador, que podría suavizar las cosas si así lo decidía, y si los líderes así lo deseaban. A los ojos estúpidos del público en general, se suponía que los varios jueces del Tribunal Penal en su sereno retiro de la vida, como si se tratara de niñas encerradas en internados, no sabían lo que ocurría en el mundo subterráneo de la política; pero lo sabían muy bien, y sabiendo especialmente bien de dónde procedía la continuidad de sus puestos y de su autoridad, estaban debidamente agradecidos.

CAPÍTULO XL

Cuando Cowperwood entró en la abarrotada sala del tribunal acompañado de su padre y de Steger, fresco y airoso (con el aspecto propio del financiero sagaz, el hombre de negocios), todo el mundo se le quedó mirando fijamente. Era demasiado esperar, pensó la mayoría, que condenaran a un hombre como este. Sin duda era culpable, pero tampoco cabía duda alguna de que contaba con los medios para eludir la ley. Su abogado, Harper Steger, les pareció un tipo astuto y sagaz. Hacía mucho frío y ambos hombres llevaban abrigos largos, oscuros, de un color azul grisáceo cortados a la última moda. Cowperwood era aficionado a llevar una flor en el ojal cuando hacía buen tiempo, pero hoy no llevaba ninguna. Sin embargo, la corbata era de una impresionante seda gruesa de color lavanda, fijada con una gran y cristalina esmeralda. La leontina^[1] del reloj que llevaba era muy fina y no lucía adornos de ningún otro tipo. Siempre parecía desenvuelto y al mismo tiempo reservado, amistoso y aun así, capaz y seguro de sí mismo. Y nunca lo había parecido más que este día.

Enseguida captó la naturaleza de aquella escena, que tenía un interés tan particular para él. Ante él estaba la aún vacía tribuna del juez, y a su derecha, la vacía tribuna del jurado; entre esta y a la izquierda del juez, desde donde se sentaba frente al público, se encontraba la silla de los testigos, donde debería sentarse a testificar. Detrás, esperando ya la llegada del juez, había un alguacil gordo, un tal John Sparkheaver, cuyo oficio era el de presentar la vieja y grasienta biblia para que el testigo la tocara al hacer el juramento, y para decirle «Pase por aquí», cuando había dado su testimonio. Había otros alguaciles; uno en la entrada a la zona separada por la barandilla que se hallaba delante de la tribuna del juez, donde se procesaba a los prisioneros, donde se sentaban y pleiteaban los abogados, donde el demandado tenía su silla, y demás; otro, en el pasillo que conducía a la sala del jurado, y otro más guardando la puerta por la que entraba el público. Cowperwood estudió a Stener, que era uno de los testigos, y que ahora, presa del pánico por su propio destino, carecía de rencor hacia nadie. En realidad nunca había sentido rencor alguno. Ahora se lamentaba por no haber seguido el consejo de Cowperwood, viendo donde se encontraba, aunque aún tenía fe en que Mollenhauer y los poderes políticos que él representaba intercederían por él ante el gobernador una vez que lo condenaran. Estaba muy pálido y comparativamente delgado. Ya había perdido aquella corpulencia rubicunda que había ido aumentando en sus días de prosperidad. Llevaba un traje nuevo gris con una corbata marrón y estaba recién afeitado. Cuando vio la mirada insistente de Cowperwood, retiró la suya y la bajó. Se acarició la oreja tontamente. Cowperwood hizo una inclinación de cabeza.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Steger—. George me da pena. Es un estúpido, pero aun así hice todo lo que pude.

Cowperwood también observó a la señora Stener por el rabillo del ojo —una mujer minúscula, paliducha y cetrina, cuya ropa le quedaba abominablemente mal—.

Era muy propio de Stener haberse casado con una mujer así. Las miserables parejas de los ajenos a la elite social, de los indignos, siempre le interesaban, aunque no siempre le divirtieran. La señora Stener, por supuesto, no sentía ningún afecto por Cowperwood, al que consideraba el causante de la caída de su marido y un hombre sin escrúpulos. Ahora volvían a ser pobres, y estaban a punto de mudarse de su gran casa a otro alojamiento más barato; y esta perspectiva no le resultaba en modo alguno agradable.

Al cabo de un rato entró el juez Payderson, acompañado por su grueso y bajísimo ujier, que parecía más un buchón^[2] que un ser humano; al hacer su entrada, el alguacil Sparkheaver dio unos cuantos golpes sobre la tribuna del juez, junto a la que había estado aletargado, y murmuró «En pie, por favor», cosa que el público hizo, como es costumbre en todos los tribunales. El juez Payderson revolvió las carpetas que se hallaban encima de la tribuna y preguntó enérgicamente a su secretario: «¿Cuál es el primer caso, señor Protus?».

Durante la larga y tediosa organización de la lista de casos del día y mientras se valoraban las variadas mociones menores de los abogados, la escena que tenía lugar en la sala siguió captando la atención de Cowperwood. Estaba ansioso por ganar y furioso por la serie de circunstancias adversas que habían terminado por traerlo hasta allí. Estuvo en todo momento intensamente irritado, aunque no lo demostró, por todo el proceso y por los retrasos que supusieron los fundamentos, preguntas y objeciones intrascendentes, mediante los que los asuntos de los hombres se veían legalmente obstaculizados con demasiada frecuencia. Si le hubieran preguntado a él, y se hubiera expresado con total precisión, habría dicho que la ley era una neblina formada por los estados de ánimo y los errores de los hombres, que entenebrece el mar de la vida e impedía la navegación de las pequeñas barcas comerciales y sociales de los hombres; era una miasma de tergiversaciones en la que se enconaban los males de la vida, y también un lugar en el que los que caían heridos accidentalmente eran aplastados entre las piedras de molino de la fuerza o el azar; era una batalla de ingenios, extraña, rara e interesante, y aun así, fútil, en la que los ignorantes y los incompetentes, y los astutos, los enojados y los débiles, eran convertidos en peones o volantes para otros hombres; para los abogados que se aprovechaban de sus estados de ánimo, de su vanidad, de sus deseos y de sus necesidades. Era un espectáculo tremendo e insatisfactorio, perturbador y dilatorio, una dolorosa crónica de las fragilidades de la vida y de los hombres, una estafa, una trampa, un foso. En manos de los fuertes, como él mismo en sus mejores momentos, la ley era una espada y un escudo, una trampa que tender ante los pies de los incautos; un foso que cavar en el camino de aquellos a los que quisieran dar caza. Era lo que se quisiera hacer de ella; una puerta para obtener una oportunidad ilegal; una nube de polvo que lanzar a los ojos de quienes desearan legítimamente ver; un velo que dejar caer arbitrariamente entre la verdad y su ejecución, entre la justicia y el juicio, entre el crimen y el castigo. Por lo general, los abogados eran mercenarios intelectuales que podían comprarse o

venderse en cualquier causa. Le divertía escuchar los consabidos discursos éticos y emotivos de los abogados, ver la facilidad con la que mentían, robaban, prevaricaban y tergiversaban prácticamente en cualquier causa y con cualquier propósito. Los grandes abogados no eran más que hombres perspicaces y carentes de escrúpulos, como él mismo, que se retrepaban a esperar en sus oscuras y tupidas guaridas, como arañas, que se acercaran las incautas moscas humanas. La vida, en el mejor de los casos, era una lucha oscura, inhumana, despiadada e implacable, construida sobre la crueldad, y la ley, y sus abogados eran los representantes más despreciables de todo aquel inaceptable desastre. Aun así, él utilizaba la ley igual que utilizaría cualquier otra trampa o arma con la que librarse de los males de la vida; y en lo que a los abogados se refería, los escogía igual que si se tratara de un palo o un cuchillo con los que defenderse. No sentía ningún respeto por ninguno de ellos en concreto; ni siquiera por Harper Steger, aunque le cayera bien. Eran herramientas de las que servirse: cuchillos, llaves, palos, lo que se quiera; pero nada más. Cuando todo se acababa, se les pagaba y se les abandonaba; se dejaban de lado y se olvidaban. En cuanto a los jueces, por regla general no eran más que abogados incompetentes, que, por algún afortunado golpe del destino eran designados y quienes, con total probabilidad, no serían tan eficientes como los abogados que pleiteaban ante ellos si se vieran en su misma posición. No sentía ningún respeto por los jueces; sabía demasiadas cosas sobre ellos. Sabía con qué frecuencia no eran más que aduladores, arribistas políticos, saboteadores políticos, instrumentos, contemporizadores y felpudos judiciales echados a los pies de los grandes y poderosos de las finanzas y la política, que como tales los utilizaban. Los jueces eran unos idiotas, al igual que la mayoría de la gente de este mundo polvoriento y furtivo. ¡Bah! Sus ojos inescrutables los asimilaban a todos sin dar muestra alguna de ello. Su única seguridad yacía en la magnífica agudeza de su propia mente, pensaba, y en ninguna otra cosa. A Cowperwood no se le podía convencer de que hubiera ninguna gran virtud inherente a todo aquel plan establecido. Sabía demasiado y se conocía a sí mismo.

Cuando el juez por fin quitó de en medio las diversas mociones que tenía pendientes, ordenó al secretario que anunciara el caso de la Ciudad de Filadelfia contra Frank A. Cowperwood, lo que hizo con voz clara. Tanto Dennis Shannon, el nuevo fiscal del distrito, como Steger se pusieron de pie enseguida. Steger y Cowperwood, junto con Shannon y Strobik, que acababa de entrar y actuaba como representante del estado de Pensilvania —como demandante— habían tomado asiento en la larga mesa que se hallaba tras la barandilla que cerraba el espacio que se encontraba ante la tribuna del juez. Steger propuso al juez Payderson, para impresionar más que nada, que la acusación fuese anulada, pero se le denegó.

Se seleccionó entonces rápidamente el jurado para que juzgara el caso —doce hombres sacados de la lista que habitualmente se convocaba para que sirvieran durante un mes—, con lo que estuvo preparado para ser desafiado por el abogado contrario. El proceso por el que se seleccionaba el jurado era bastante simple, al

menos en lo concerniente a esta sala. Consistió simplemente en que el secretario que parecía mandarín tomara nota de los nombres de todos los jurados convocados para servir en aquel juzgado durante un mes —unos cincuenta en total—, y los colocara, escrito cada uno de ellos en una hoja de papel aparte, dentro de un bombo que giraba y al que le dio varias vueltas, y después sacara el primer papel que encontrara su mano, glorificando así el azar que había determinado quién sería el jurado número uno. Metió la mano doce veces para sacar los nombres de los doce miembros del jurado, a quienes se les ordenaba que ocuparan su lugar en la tribuna del jurado cuando se leía su nombre.

Cowperwood observó el procedimiento con gran interés. ¿Qué podría ser más importante que los hombres que iban a juzgarlo? El proceso fue demasiado rápido para poder sacar conclusiones acertadas, pero tuvo la impresión de que se trataba de hombres de clase media. Sin embargo, hubo un hombre en concreto, mayor, de unos sesenta y cinco años, con el pelo y la barba grises como el acero, las cejas peludas, de piel amarillenta y hombros cargados, que le llamó la atención por parecer que tenía un temperamento amable y gran experiencia, lo que podría, en determinadas circunstancias, ser llevado a su favor si se argumentaba bien. Había otro hombrecillo de nariz fina y puntiaguda, y de cuello delgado, que probablemente se dedicara al comercio de alguna clase que le produjo una antipatía inmediata.

—Espero no tener a ese hombre como miembro del jurado —le dijo a Steger en voz baja.

—No tienes por qué —contestó Steger—. Lo recusaré. Tenemos derecho a hacer quince recusaciones sin causa en un caso como este, igual que la acusación.

Cuando la tribuna del jurado estuvo completa, los dos abogados esperaron a que el secretario les trajera la pequeña tablilla sobre la que se habían fijado hojas de papel en filas con los nombres de los miembros del jurado según el orden de la selección — los jurados uno, dos y tres se encontraban en la primera fila; el cuatro, cinco y el seis, en la segunda, y así sucesivamente—. Al ser prerrogativa del fiscal examinar y recusar a los miembros del jurado en primer lugar, Shannon se levantó y, cogiendo la tablilla, comenzó a interrogarlos sobre sus profesiones y oficios, sus conocimientos del caso que ahora se hallaba ante el tribunal y sus posibles prejuicios a favor o en contra del acusado.

Tanto Steger como Shannon tenían la responsabilidad de encontrar hombres que supieran algo de finanzas de modo que pudieran comprender aquella peculiar situación sin que ninguno de ellos tuviera ningún prejuicio contra el hecho de que un hombre intentara ayudarse, utilizando medios razonables, a capear un temporal financiero (mirado desde el punto de vista de Shannon), y que ninguno sintiera tampoco simpatía hacia tales medios si había la más mínima sospecha de que se tratara de artimañas, ventajismo o manipulación deshonestas de algún tipo. Como tanto Shannon como Steger fueron viendo en lo relativo a este jurado, estaba compuesto por el típico surtido de hombres insignificantes que las redes de los

tribunales, una vez lanzadas al océano de la ciudad, sacan a la superficie para propósitos de este tipo. Estaba compuesto fundamentalmente por directores, agentes, comerciantes, editores, ingenieros, arquitectos, peleteros, tenderos, viajantes, autores y por cualquier otro ciudadano que trabajara y cuya experiencia lo hubiera convertido en alguien elegible para servir en procedimientos de esta naturaleza. Rara vez se encontraría a alguien de gran distinción; pero sí, con mucha frecuencia, a un grupo de hombres que poseían no poco de esa interesante cualidad conocida como sentido común.

Durante todo este tiempo, Cowperwood se mantuvo callado examinando a los hombres. Un joven florista de rostro pálido, amplia frente especulativa y manos anémicas, le pareció que merecería la pena por ser susceptible de dejarse impresionar lo suficiente por su encanto personal. Y así se lo dijo a Steger en un susurro. Había un judío sagaz, peletero, que fue recusado porque había leído todas las noticias relativas al pánico y había perdido dos mil dólares en acciones del tranvía. Había un robusto tendero, de mejillas coloradas, ojos azules y pelo muy rubio, del que Cowperwood dijo que le parecía un tipo obstinado y que fue eliminado. Había un pulcro y delgado director de un pequeño comercio de ropa al por menor, muy ansioso por ser excusado, que declaró falsamente que no creía en jurar sobre la biblia. El juez Payderson, echándole una mirada severa, lo dejó marchar. Hubo unos diez más en total —hombres que sabían de Cowperwood, hombres que admitieron tener prejuicios, hombres que eran republicanos acérrimos y sentían resentimientos con respecto a este delito, hombres que conocían a Stener— que fueron eliminados con cortesía.

Hacia las doce, sin embargo, se había elegido a un jurado razonablemente satisfactorio para ambas partes.

CAPÍTULO XLI

A las dos en punto, Dennis Shannon, como fiscal del distrito, comenzó el alegato de apertura. Afirmó de manera simple y amable —porque tenía unos modales de lo más encantadores— que en aquel acto de procesamiento se acusaba al señor Frank A. Cowperwood, que se hallaba sentado a la mesa que se encontraba detrás de la barandilla, primero de hurto, segundo de malversación de fondos, tercero de hurto por depositario y cuarto del desfalco de una determinada cantidad de dinero —una suma concreta; es decir, de sesenta mil dólares— de un cheque que le fue entregado (extendido a su nombre) el 9 de octubre de 1871, destinado a reembolsarle cierto número de certificados de crédito de la ciudad, que él como agente o depositario del cheque supuestamente había comprado para el fondo de amortización de la ciudad según la orden del tesorero de la ciudad (al amparo de algún tipo de acuerdo que existía entre ellos, y que estaba vigente desde hacía algún tiempo) —teniendo dicho fondo como finalidad la de acoger los certificados que al vencer en manos de los tenedores fueran presentados para su pago— y para cuyo propósito el cheque en cuestión no fue nunca utilizado.

—Y ahora, caballeros —dijo Shannon con voz muy pausada—, antes de que nos adentremos en la cuestión de si el señor Cowperwood obtuvo o no en la fecha en cuestión sesenta mil dólares de manos del tesorero de la ciudad, que no utilizó con honestidad, permítanme que les explique lo que significa que el pueblo lo acuse en primer lugar de hurto, en segundo lugar de malversación de fondos, en tercer lugar de hurto por depositario y en cuarto lugar de desfalco de un cheque. Ahora, como ven, hay cuatro cargos, tal como lo denominamos los abogados, y la razón por la que hay cuatro es la siguiente: un hombre puede ser culpable de hurto y malversación al mismo tiempo, o de hurto o de malversación únicamente, sin ser culpable del otro cargo, y el fiscal del distrito, que representa al pueblo, podría no estar seguro, no de que no fuese culpable de ambos, sino de que no fuera posible presentar las pruebas pertinentes a un cargo que aseguraran el consiguiente castigo por un delito que, de alguna manera, tuviera relación con ambos. En esos casos, caballeros, se acostumbra a hacer acusaciones de los cargos por separado, como se ha hecho en este que nos ocupa. Ahora, los cuatro cargos de este caso de alguna manera se superponen y se confirman unos a otros, y su deber consistirá, una vez que les hayamos explicado cuál es su naturaleza y carácter, y les hayamos presentado las pruebas, en decidir si el acusado es culpable de un cargo o de otro, o de dos o tres de esos cargos, o de los cuatro, según estimen adecuado; o, mejor dicho, según lo justifiquen las pruebas. El hurto, como quizá ustedes sepan, o quizá no, es el acto de apoderarse de los bienes o cosas muebles ajenas sin el conocimiento o consentimiento del otro, y la malversación es la apropiación fraudulenta para uso propio de aquello confiado a su cuidado y gestión, especialmente del dinero. El hurto por depositario, por otro lado, es simplemente una forma más específica de hurto en la que el acto de apoderarse de

los bienes ajenos sin el conocimiento o consentimiento del otro es realizado por la persona a quien se habían entregado en fiducia, es decir, por el agente o depositario. El desfaldo de un cheque, que es el cuarto cargo, es simplemente una forma más concreta de denominar el cargo número dos, y que significa exactamente la apropiación del dinero de un cheque entregado para un propósito concreto. Todos estos cargos, como pueden ver, caballeros, son sinónimos en cierto sentido. Coinciden en parte y se superponen unos a otros. El pueblo, a través de su representante, el fiscal del distrito, sostiene que el señor Cowperwood, el acusado aquí presente, es culpable de los cuatro cargos. Y ahora, caballeros, procederemos a exponer la historia de este delito, que demuestra, a mi modo de ver individual, que este acusado tiene una de las mentes más agudas y peligrosas del típico financiero delincuente, y esperamos poder demostrárselo a ustedes mediante los testigos.

Como las normas que regían las pruebas y el procedimiento utilizado en el tribunal no admitían interrupción alguna cuando el fiscal presentaba el caso, Shannon procedió a describir, desde su propio punto de vista, cómo Cowperwood había conocido a Stener; cómo se había ganado su confianza mediante insidias; los insuficientes conocimientos financieros que poseía Stener y demás; para llegar finalmente al día en que le fue entregado a Cowperwood el cheque de los sesenta mil dólares; cómo Stener, como tesorero, afirmaba que no tenía conocimiento de su entrega, lo que constituía el fundamento para el cargo de hurto; cómo Cowperwood, en posesión del mismo, hizo una apropiación indebida de los certificados que supuestamente había comprado para el fondo de amortización, caso de que realmente hubieran sido comprados; según Shannon, todas esas acciones constituían los diferentes delitos de los que se acusaba a Cowperwood, y de los cuales era incuestionablemente culpable.

—Tenemos pruebas directas y concluyentes de todo lo que se ha afirmado hasta ahora, caballeros —concluyó con violencia Shannon—. Esta no es una cuestión de testimonios de oídas ni de teorías, sino de hechos. Quedará demostrado ante ustedes mediante testimonios directos incuestionables cómo se llevaron a cabo estos actos. Si después de haber oído todo esto aún piensan que este hombre es inocente, que no cometió los delitos de los que se le acusa, será su deber absolverlo. Sin embargo, si piensan que los testigos que ocuparán el estrado están diciendo la verdad, entonces será su deber condenarlo, decidir sobre el veredicto del pueblo contra el acusado. Muchas gracias por su atención.

Los miembros del jurado se rebulleron para adoptar posturas que les resultaran cómodas y en las que pensaban que se mantendrían por el momento; pero su ociosa comodidad duró poco porque Shannon pronunció el nombre de George W. Stener, que se adelantó presuroso, muy pálido, muy flácido, con aspecto de estar muy cansado. Miró a su alrededor nervioso, inquieto, mientras tomaba asiento en la tribuna de los testigos y ponía la mano en la biblia para jurar que diría la verdad.

Su voz sonó algo débil cuando comenzó a dar su testimonio. Primero contó cómo

había conocido a Cowperwood en los primeros meses de 1866 —no recordaba qué día con exactitud—; fue durante su primer mandato como tesorero para el que había sido elegido en el otoño de 1864. Le había estado preocupando la condición del crédito de la ciudad, que se hallaba por debajo de la par, y que no podía venderse legalmente más que a la par. Alguien le había recomendado a Cowperwood; creía que había sido el señor Strobik, aunque no estaba seguro. Era costumbre de los tesoreros de la ciudad emplear agentes, o a uno en concreto, en una crisis como aquella, y él se limitó simplemente a actuar según la costumbre. Pasó entonces a describir, ante las continuas incitaciones y preguntas de la mente mordaz de Shannon, cuál había sido exactamente la naturaleza de aquella primera conversación, que recordaba bastante bien; cómo el señor Cowperwood le había dicho que creía que podía hacer lo que le pedía; cómo se había marchado y había trazado o elaborado un plan; y cómo había regresado y se lo había expuesto a Stener. Bajo la diestra dirección de Shannon, Stener aclaró en qué consistía aquel plan; que no era exactamente halagador en lo que a la honestidad de los hombres en general se refería, pero sí en cuanto a la apreciación de su habilidad y agudeza.

Tras un largo repaso a las relaciones de Stener y Cowperwood, la historia finalmente llegó al octubre anterior, cuando, debido a la camaradería, a un acuerdo comercial establecido hacía tiempo, a una relación mutuamente satisfactoria, etcétera, se había llegado, según se explicó, a un punto en el que Cowperwood no sólo manejaba varios millones de dólares de crédito de la ciudad, para la que lo compraba, vendía y con el que, en general, negociaba, sino que además, se había procurado quinientos mil dólares de dinero de la ciudad a un tipo de interés excesivamente bajo, que él mismo estaba invirtiendo en su beneficio y en el de Stener en empresas, de un tipo u otro, relacionadas con el tranvía. Stener no mostraba excesivo interés en ser del todo claro en este punto; pero Shannon, sabiendo que más tarde tendría que acusar al propio Stener de aquel mismo delito de malversación, y que pronto sería el turno de preguntas de Steger, no estaba dispuesto a permitirle que fuese confuso. Shannon quería fijar en la mente de los miembros del jurado la impresión de que Cowperwood era un tipo inteligente y ladino, y poco a poco, ciertamente consiguió hacer ver que era un hombre muy perspicaz. Cuando salía a relucir algún que otro aspecto de la agudeza mental de Cowperwood y quedaba moderadamente claro, ocasionalmente algún miembro del jurado se giraba para mirarlo. Al darse cuenta de esto, y con la intención de crearles a todos una impresión lo más favorable posible, se limitaba a mirar hacia Stener adoptando un aire inteligente y comprensivo.

El interrogatorio llegó ahora al asunto del cheque de sesenta mil dólares que Albert Stires le había entregado a Cowperwood a última hora de la tarde del 9 de octubre de 1871. Shannon le mostró el cheque a Stener. ¿Lo había visto alguna vez? ¿Dónde? En la oficina del fiscal del distrito Pettie el 20 de octubre pasado, aproximadamente. ¿Fue aquella la primera vez que lo vio? Sí. ¿Había oído hablar de aquel cheque con anterioridad? Sí. ¿Cuándo? El 10 de octubre pasado. ¿Sería él tan

amable de relatarle al jurado con sus propias palabras cómo y en qué circunstancias había oído hablar de aquel cheque entonces? Stener se revolvió en la silla incómodo. Aquello le resultaba difícil. No era un comentario agradable que hacer sobre su propio carácter y sobre su grado de vigor moral, por no decir algo peor. A pesar de ello, se aclaró la garganta de nuevo y dio comienzo al relato de aquel pequeño pero amargo capítulo del drama de su vida en el que Cowperwood, que se encontraba en una situación complicada y al borde de la quiebra, había acudido a su oficina para exigirle que le prestara trescientos mil dólares más de un solo golpe.

Justo en este punto hubo bastante discusión entre Steger y Shannon porque este último estaba ansioso por hacer que pareciera que Stener mentía y que se lo estaba inventando todo. Steger protestó en ese momento, dando lugar a que se desviarán del tema principal de manera considerable, porque Stener no paraba de repetir que él «pensaba» o que él «creía».

—¡Protesto! —gritó Steger repetidamente—. Solicito que eso sea borrado del acta por ser improcedente, irrelevante e insustancial. El testigo no está autorizado a decir lo que piensa, y la acusación lo sabe perfectamente.

—Señoría —insistió Shannon—, estoy haciendo todo lo que puedo para que el testigo haga un relato simple y directo, y creo que es obvio que lo está haciendo.

—¡Protesto! —repitió Steger vociferando—. Señoría, insisto en que el fiscal del distrito no tiene ningún derecho a intentar influir sobre los miembros del jurado con estimaciones sobre la sinceridad del testigo que pretende utilizar en su ventaja. Lo que él piense sobre el testigo y sobre su sinceridad carece de importancia en este caso. Debo pedirle a su señoría que lo amoneste.

—Se acepta la protesta —declaró el juez Payderson—; se ruega al ministerio público que sea más explícito. —Y Shannon continuó con su caso.

El testimonio de Stener, en un aspecto, fue de la máxima importancia porque dejó claro lo que Cowperwood no quería que saliera a relucir; es decir, que él y Stener habían tenido una disputa anteriormente; que Stener le había dicho a Cowperwood con total claridad que no iba a prestarle más dinero; que Cowperwood le había dicho a Stener, el día antes de hacerse con el cheque, que se encontraba en una situación financiera desesperada, y que si no le ayudaba con trescientos mil dólares, quebraría, y que entonces, tanto él como Stener se quedarían en la ruina. A lo largo de la mañana de ese mismo día, según Stener, le había enviado a Cowperwood una carta en la que le ordenaba que dejase de comprar certificados del crédito de la ciudad para el fondo de amortización. Fue tras su conversación aquella misma tarde cuando Cowperwood se hizo subrepticamente con el cheque de sesenta mil dólares a través de Albert Stires sin su conocimiento (el de Stener); y, posteriormente, Stener envió a Albert para que exigiera la devolución del cheque, a lo cual se negó, aunque al día siguiente a las cinco de la tarde Cowperwood hizo una cesión. Y los certificados para los que había hurtado el cheque no se encontraban en el fondo de amortización, donde deberían haber estado. Este testimonio era nefasto para Cowperwood.

Si alguien imagina que todo esto tuvo lugar sin que Steger protestara vehementemente multitud de veces, y sin que posteriormente, cuando él estaba interrogando a Stener, protestara Shannon, comete un grave error. Hubo momentos en los que la sala echaba chispas con las encarnizadas disputas de estos dos caballeros, y su señoría se vio obligado a golpear repetidamente con el martillo y a amenazar a ambos con acusarlos de desacato al tribunal con el objetivo de que entraran en razón y mantuvieran cierto orden. Mientras Payderson se mostró furioso, el jurado estuvo sin duda entretenido e interesado.

—Caballeros, tendrán ustedes que desistir en su comportamiento o ambos serán multados con cantidades elevadas. Este es un tribunal de justicia, no el salón de un bar. Señor Steger, espero que me pida disculpas a mí y a su colega inmediatamente. Señor Shannon, debo pedirle que utilice métodos menos agresivos. Su comportamiento me resulta ofensivo y no es apropiado para un tribunal de justicia. No volveré a advertírsele a ninguno de los dos.

Ambos abogados se disculparon, como suelen hacer los abogados en tales ocasiones, pero en realidad, las cosas cambiaron poco. La actitud y los métodos de ambos continuaron siendo de la misma manera que antes.

—¿Qué le dijo —le preguntó Shannon a Stener tras una de estas interrupciones tan molestas— en aquella ocasión, el 9 de octubre pasado, cuando fue a verle y le exigió un nuevo préstamo de trescientos mil dólares? Repita sus palabras con la mayor fidelidad posible; las palabras exactas, si es posible.

—¡Protesto! —interpuso Steger rotundamente—. Las palabras exactas no están recogidas en ninguna parte más que en la memoria del señor Stener, y sus recuerdos no pueden ser admitidos como prueba en este caso. El testigo ya ha declarado sobre los hechos en general.

El juez Payderson sonrió de manera desagradable y dijo:

—Rechazada la protesta —le contestó.

—¡Protesto! —gritó Steger.

—Dijo, hasta donde puedo recordar —contestó Stener, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre los brazos de la silla de los testigos— que si no le daba los trescientos mil dólares, él quebraría y yo volvería a ser pobre y terminaría en la penitenciaría.

—¡Protesto! —gritó Steger, poniéndose en pie de un salto—. Señoría, me opongo a la forma en que este interrogatorio está siendo realizado por parte del ministerio fiscal. Las pruebas que el fiscal del distrito está intentando obtener de la dudosa memoria del testigo desafían a la ley y a toda la jurisprudencia, y no tienen relación concreta e inequívoca con los hechos de este caso, y no podrían refutar ni confirmar si el señor Cowperwood pensaba o dejaba de pensar que iba a quebrar. El señor Stener podría dar una versión de esta conversación o de cualquier otra que hubiera tenido lugar en el momento, y el señor Cowperwood, otra. De hecho, sus versiones difieren. No veo cuál es el objeto de la línea del interrogatorio del señor Shannon, a

menos que se trate de influir sobre el jurado para que acepte ciertas alegaciones que la acusación se complace en hacer y que no puede confirmar de ningún modo. Creo que debería advertir al testigo de que testifique sólo sobre cosas que recuerde con total exactitud, no sobre lo que cree que recuerda; y, personalmente, pienso que todo lo que ha testificado durante los últimos cinco minutos no debería constar en acta.

—Rechazada la protesta —contestó el juez Payderson, con cierta indiferencia; y Steger, que había estado hablando simplemente para restar fuerza al testimonio de Stener y a la impresión que pudiera crear en el jurado, se sentó.

Shannon volvió a aproximarse a Stener.

—Y ahora, con la mayor exactitud con la que sea capaz de recordar, señor Stener, le ruego que le diga al jurado qué más le dijo el señor Cowperwood en aquella ocasión. Seguro que no terminó con ese comentario de que usted acabaría arruinado y en la penitenciaría. ¿No empleó otro lenguaje en aquella ocasión?

—Dijo, hasta donde puedo recordar —contestó Stener—, que había muchos intrigantes políticos que intentaban asustarme, que si no le daba los trescientos mil dólares, ambos terminaríamos arruinados, y que una vez que me juzgaran, lo mismo daba ocho que ochenta.

—¡Ah! —gritó Shannon—. Conque eso dijo, ¿no?

—Sí, señor; eso dijo —dijo Stener.

—Y, ¿cómo lo dijo exactamente? ¿Cuáles fueron sus palabras exactas? —preguntó Shannon enfático, señalando a Stener con el dedo de manera enérgica para que se centrara en los recuerdos de lo que había ocurrido.

—Bueno, hasta donde puedo recordar, eso fue lo que dijo —contestó Stener de manera vaga—. Una vez que te juzguen lo mismo da ocho que ochenta.

—¡Exactamente! —exclamó Shannon, dándose la vuelta y pasando junto al jurado para mirar a Cowperwood—. Eso era lo que pensaba.

—Pura pirotecnia, señoría —dijo Steger, poniéndose de pie al instante—. Y todo ello con la única intención de predisponer al jurado. Una actuación. Le rogaría que advirtiera al fiscal que se atuviera a las pruebas y a que no actuara en provecho de su causa.

Los espectadores sonrieron y el juez Payderson frunció el ceño con severidad al percatarse de ello.

—¿Se trata de una protesta, señor Steger? —preguntó.

—Sin duda, señoría —insistió Steger con habilidad.

—Rechazada la protesta. Ni el fiscal ni la defensa tienen limitaciones a la hora de utilizar distintas formas de expresarse.

El propio Steger estuvo a punto de sonreír, pero no se atrevió a hacerlo.

Cowperwood, a pesar del temor que le provocaba que aquel testimonio pudiera resultar determinante y lamentándolo profundamente, siguió mirando a Stener con lástima. ¡Qué pusilánime era aquel hombre! ¡Qué debilidad la de aquel hombre y a qué situación tan difícil los había llevado a ambos su cobardía!

Cuando Shannon terminó de sacar a relucir todos aquellos datos tan poco convenientes, fue Steger el que se hizo cargo de Stener, pero no consiguió sacarle tanto partido como esperaba. En lo referente a esta situación en concreto, Stener estaba diciendo la más exacta de las verdades; y es difícil debilitar el efecto de la verdad mediante sutilezas en la interpretación, aunque a veces se pueda hacer. Con minucioso esmero Steger repasó la larga relación de Stener con Cowperwood e intentó hacer que pareciera que Cowperwood había sido siempre un agente desinteresado —y no el cabecilla de un ingenioso negocio delictivo—. Era difícil, pero logró dar buena impresión. Aun así, el jurado le escuchó con escepticismo. Quizá no fuera justo castigar a Cowperwood por aprovechar con avidez una oportunidad espléndida de hacerse rico rápidamente, pensaban; pero sin duda tampoco se podría cubrir con un velo de inocencia aquella codicia tan palpable. Finalmente, ambos abogados hubieron terminado con Stener por el momento, en cualquier caso, y entonces Albert Stires fue llamado al estrado.

Seguía siendo el mismo hombre delgado, agradable y despierto que había sido durante el apogeo de sus días de prosperidad como empleado —un poco más pálido ahora, pero por lo demás no había cambiado—. Cowperwood se había encargado de salvar su pequeña propiedad dando instrucciones a Steger de que informara a la Municipal Reform Association de que los fiadores de Stires estaban intentando embargarla para su propio beneficio, cuando en realidad debería ir a parar a la ciudad si es que en realidad había alguna demanda que hacerle; que no era el caso. Aquella organización, tan alerta como siempre, había emitido uno de sus numerosos informes dedicado a este asunto, y Albert había tenido el placer de ver cómo Strobik y los otros se apresuraban a retirarse. Le estaba agradecido a Cowperwood, naturalmente, a pesar de que en una ocasión se había visto obligado a llorar en su presencia. Ahora estaba ansioso por hacer lo que pudiera para ayudar al banquero, pero su inclinación natural a decir la verdad le impedía decir nada que no fueran los hechos tal como sucedieron, lo que en parte le resultaría beneficioso y en parte no.

Stires testificó que recordaba que Cowperwood dijo que había comprado los certificados, que tenía derecho a aquel dinero, que Stener no tenía motivos para sentir temor, y que a él, a Albert, no podría sobrevenirle ningún problema. Identificó ciertas anotaciones de los libros del tesorero que le fueron presentadas, y dijo que eran correctas, y otras de los libros de Cowperwood, que también le fueron presentadas y que eran confirmatorias. Su testimonio en cuanto al asombro de Stener al descubrir que su oficial mayor había entregado un cheque a Cowperwood iba contra este último, pero Cowperwood esperaba poder contrarrestar su efecto cuando él diera su propio testimonio más adelante.

Hasta aquel momento, Steger y Cowperwood pensaban que les estaba yendo bastante bien, y que no resultaría sorprendente que ganaran el caso.

CAPÍTULO XLII

El juicio siguió su curso. Los testigos de la acusación se sucedieron uno tras otro hasta que la fiscalía hubo conseguido reunir las pruebas que a Shannon le parecieron suficientes para demostrar la culpabilidad de Cowperwood, por lo que anunció que había concluido. Steger se puso en pie enseguida y comenzó una larga argumentación para que se desestimara la acusación debido a que no había pruebas que la sostuvieran, y que si esto y que si lo otro, pero el juez Payderson no quiso ni siquiera pensárselo. Sabía lo importante que era aquel asunto para el mundillo político local.

—No creo que valga la pena que repase todo eso ahora, señor Steger —le dijo, cansado, tras permitirle extenderse durante un buen rato—. Estoy familiarizado con las costumbres de esta ciudad, y la acusación tal como está formulada en este caso no tiene nada que ver con las costumbres de la ciudad. Tendrá que dirigir su argumentación al jurado, no a mí. No podría entrar en eso ahora. Puede volver a presentar su moción cuando concluya el proceso del acusado. Moción desestimada.

El fiscal del distrito Shannon, que había estado escuchando atentamente, se sentó. Steger, en vista de que no tenía opciones de suavizar la opinión del juez mediante las sutilezas de sus argumentos, volvió a Cowperwood, que sonreía a la vista del resultado.

—Tendremos que probar suerte con el jurado —anunció.

—Estaba seguro de que sería así —contestó Cowperwood.

Steger se acercó entonces al jurado, y una vez expuesto el caso desde su perspectiva, continuó diciéndoles lo que las pruebas demostrarían desde su punto de vista.

—De hecho, caballeros, no hay ninguna diferencia fundamental en las pruebas que la acusación puede presentar y en las que nosotros, la defensa, podemos presentarles. No vamos a poner en duda que el señor Cowperwood recibió un cheque del señor Stener por valor de sesenta mil dólares, ni que dejó de ingresar los certificados de crédito de la ciudad que esa cantidad representaban, y a la que tenía derecho en calidad de agente, en el fondo de amortización, tal como la acusación ahora argumenta que debería haber hecho; pero sí vamos a argumentar y a demostrar también más allá de cualquier sombra de duda razonable que tenía derecho, como agente de la ciudad, con la que llevaba haciendo negocios a través del departamento de tesorería desde hacía cuatro años, a retener, en virtud del acuerdo que tenía con el tesorero, todos los pagos de dinero y todos los certificados destinados al fondo de amortización hasta el primer día del mes siguiente —del mes siguiente a cualquier transacción—. De hecho, podemos traer, y lo haremos, a muchos agentes y banqueros que han hecho negocios con la tesorería de la ciudad en el pasado exactamente de esta misma manera para demostrarlo. La acusación les va a pedir que crean que el señor Cowperwood sabía en el momento en el que recibió el cheque que iba a quebrar; que no compró los certificados, tal como afirmó, con la intención de

depositarlos en el fondo de amortización; y que, sabiendo que iba a quebrar, y que no podría depositarlos, deliberadamente fue al señor Albert Stires, secretario del señor Stener, le dijo que había comprado esos certificados, y basándose en una falsedad, implícita si no explícitamente expresada, se hizo con el cheque y se marchó.

»Y ahora, caballeros, no voy a extenderme en una prolija explicación de todos estos puntos en este momento, puesto que el testimonio les va a demostrar muy rápidamente cuáles son los hechos. Tenemos a toda una serie de testigos aquí presentes y estamos todos ansiosos por escucharlos. Lo que voy a pedirles que recuerden es que no hay el más mínimo testimonio, aparte del que pudiera dar el señor George W. Stener, que pueda demostrar ni que el señor Cowperwood sabía, en el momento en el que visitó al tesorero, que iba a quebrar, ni que el señor Cowperwood no hubiera comprado los certificados en cuestión, ni que no tuviera derecho a retenerlos cuanto quisiera antes de ingresarlos en el fondo de amortización teniendo como límite el primer día del mes siguiente, día en el que invariablemente él liquidaba las cuentas con la ciudad. El señor Stener, el extesorero de la ciudad, puede muy bien testificar en un sentido. El señor Cowperwood, en su defensa, testificará en otro. Serán entonces ustedes, caballeros, quienes tendrán que decidir entre ellos, decidir a cuál de ellos prefieren creer; si al señor George W. Stener, el extesorero de la ciudad, el antiguo socio comercial del señor Cowperwood, quien, tras años y años de beneficios, y sólo a causa de distintas condiciones como el estrés financiero, el incendio y el pánico, prefirió volverse en contra de su antiguo socio gracias a cuyas transacciones había conseguido tan pingües beneficios, o al señor Frank A. Cowperwood, el conocido banquero y financiero, que hizo todo lo que pudo por capear el temporal solo, que respetó hasta la última coma todos los acuerdos que tenía con la ciudad, quien, hasta este mismo momento, sigue intentando remediar las injustas dificultades financieras que le sobrevinieron a causa del incendio y el pánico, y quien justo ayer le hizo una oferta a la ciudad según la que, si le fuera posible continuar manteniendo el control ininterrumpido de sus negocios, con gusto devolvería hasta el último dólar de su deuda lo antes que le fuera posible (deuda que en realidad no es suya en su totalidad), incluidos los quinientos mil dólares que nos ocupan y sobre los que hay discusión entre él, el señor Stener y la ciudad, y así demostrar, mediante hechos, y no sólo palabras, que no hay base para esta injusta sospecha sobre sus motivos. Como quizá supongan ustedes, la ciudad no ha aceptado su oferta, y yo intentaré explicarles por qué más tarde, caballeros. De momento, procederemos con los testimonios de la defensa, y lo único que les pido es que presten mucha atención a todo lo que se testifique aquí hoy. Escuchen atentamente al señor W. C. Davison cuando se encuentre en la tribuna. Escuchen con igual atención al señor Cowperwood cuando sea llamado a testificar. Sigán con atención los otros testimonios y entonces podrán juzgar por ustedes mismos y determinar si encuentran justo motivo para esta acusación. Yo no. Les agradezco mucho que me hayan escuchado con tanta atención, caballeros.

Entonces llamó a Arthur Rivers, que había trabajado para Cowperwood en la bolsa como agente especial durante el pánico, para que testificara sobre las grandes cantidades de crédito de la ciudad que había adquirido para contener el mercado; y luego, tras él, a los hermanos de Cowperwood, Edward y Joseph, que testificaron sobre las instrucciones recibidas de Rivers en lo referente a la compra y venta de crédito de la ciudad en aquella ocasión; principalmente compra.

El siguiente testigo fue W. C. Davison, presidente del Girard National Bank. Era un hombre grande, no tanto orondo, como ancho y algo lleno. Tenía los hombros y el pecho anchos, y una cabeza grande y rubia de frente amplia y alta, que le daba el aspecto de ser alguien sensato. Tenía una nariz gruesa y aplastada, que, sin embargo, resultaba enérgica, y los labios finos y firmes. En sus duros ojos azules a veces se percibía cierto toque de humor cínico; pero, por lo general, era un hombre de aspecto amistoso, despierto y plácido, sin parecer sentimental y ni siquiera amable. Su tarea consistía, como podía apreciarse a simple vista, en insistir en hechos financieros innegables y también era evidente que, de forma natural, tendería a apoyar a Cowperwood, sin que eso significara que este tenía influencia alguna sobre sus opiniones ni sobre él mismo en modo alguno. A pesar de ocupar la silla en silencio, su actitud era de lo más elocuente, resultaba obvio que pensaba que todo aquel jaleo legal y financiero estaba por encima del hombre corriente y por debajo de la dignidad de un auténtico financiero; en otras palabras, se trataba de un incordio. El adormilado Sparkheaver, de pie a su lado sosteniendo una biblia para que él pudiera jurar sobre ella, bien podría haber sido un bloque de madera. El juramento para él era un asunto personal. A veces estaba bien decir la verdad. Su testimonio fue muy directo y simple.

Conocía al señor Frank Algernon Cowperwood desde hacía casi diez años. Había hecho negocios con él o a través de él durante prácticamente todo ese tiempo. No sabía nada sobre sus relaciones personales con el señor Stener, y no conocía al señor Stener personalmente. En cuanto al cheque de sesenta mil dólares; sí, lo había visto con anterioridad. Lo había ingresado en el banco el 10 de octubre junto con otras garantías para compensar un descubierto de Cowperwood & Co. Fue anotado en el haber de Cowperwood & Co. en los libros del banco, y el banco cobró el efectivo a través de la cámara de compensación. Cowperwood & Co. no había retirado dinero del banco después de eso, lo que habría dado lugar a un saldo deudor. La cuenta del banco con Cowperwood había quedado cuadrada.

Sin embargo, el señor Cowperwood podría haber retirado grandes cantidades de dinero y no se le habría dado importancia. El señor Davison no sabía que el señor Cowperwood iba a quebrar; no suponía que podría ocurrirle tan rápido. Con frecuencia había tenido saldo negativo en su cuenta con el banco; de hecho, en el curso habitual de sus negocios era normal que lo hiciera. Mantenía sus activos en uso, lo que indica que los negocios van bien. Sus saldos deudores estaban protegidos mediante garantías, y era su costumbre enviar paquetes de garantías o cheques, o

ambas cosas, que se distribuían de forma que todo estuviera en orden. La cuenta del señor Cowperwood era la más abultada y la más activa del banco, añadió el señor Davison voluntariamente. Cuando el señor Cowperwood hubo quebrado, había más de noventa mil dólares en certificados del crédito de la ciudad en posesión del banco que el señor Cowperwood había enviado allí como garantía. Shannon, en las repreguntas, intentó averiguar, por el efecto que tendría en el jurado, si el señor Davison no tendría algún motivo oculto para ser especialmente favorable al señor Cowperwood, pero no le fue posible hacerlo. Después siguió Steger, que hizo todo lo que pudo por dejar claros ante el jurado todos los aspectos favorables que el señor Davison había declarado sobre Cowperwood al hacer que los repitiera. Shannon protestó, por supuesto, pero no sirvió de nada. Steger consiguió lo que se proponía.

Ahora decidió que fuera Cowperwood quien ocupara la tribuna, y al mencionar su nombre, la sala entera se alborotó.

Cowperwood avanzó hacia la tribuna rápidamente y con paso enérgico. Estaba tranquilo, y aparecía desenvuelto y desafiante ante la vida, manteniendo al mismo tiempo una actitud cortés. Ni estos abogados ni este jurado ni este juez, que no era más que un hombre de paja, ni las maquinaciones del destino lo alteraban ni lo humillaban ni lo debilitaban. Adivinó enseguida cuál era la aptitud mental del jurado. Quería ayudar a su abogado a alterar y confundir a Shannon, pero el sentido común le dijo que sólo una urdimbre indestructible de hechos reales o con apariencia de realidad lograría hacerlo. Estaba convencido de que lo que había hecho era correcto en términos financieros. Tenía derecho a hacerlo. La vida era una guerra — especialmente la vida financiera—; y la estrategia era la tónica, el deber, la necesidad. ¿Por qué habría de preocuparse por aquellas mentes insignificantes y mezquinas que no podían comprenderlo? Repasó su historia para Steger y el jurado, y lo hizo intentando darle el enfoque más sensato y agradable que pudo. Para empezar, no había sido él quien había ido a buscar al señor Stener, sino que le habían llamado, dijo. Él no había instado al señor Stener a hacer nada. Simplemente le había mostrado a él y a sus amigos ciertas posibilidades financieras que ellos estaban ávidos de aprovechar. Y se abalanzaron sobre ellas. (A Shannon no le resultaba posible a estas alturas descubrir la sutileza con la que había organizado sus compañías de tranvías, lo que le habría permitido «quitarse de encima» a Stener y a sus amigos sin que estos hubieran podido siquiera protestar, de modo que habló de estas cosas en términos de oportunidades que él había creado para Stener y para otros. Shannon no era financiero, ni tampoco lo era Steger. Tenían que creerle hasta cierto punto, aunque tenían sus dudas; particularmente Shannon.) Él no era el responsable de la costumbre que prevalecía en la oficina del tesorero de la ciudad, dijo. Él era banquero y agente de bolsa.

El jurado lo miró y se lo creyó todo a excepción del asunto del cheque de los sesenta mil dólares. Al llegar a eso, lo explicó de manera bastante plausible. Cuando fue a ver a Stener durante aquellos últimos días, no había imaginado que terminaría

quebrando. Le había pedido más dinero a Stener, eso era cierto —no tanto, bien pensado—, ciento cincuenta mil dólares; pero como Stener debería haber testificado, él (Cowperwood) no se encontraba alterado en lo más mínimo. Stener era simplemente uno de sus recursos. En aquel momento, contaba con otros muchos. No había utilizado un lenguaje agresivo ni le había hecho una petición apremiante, tal como Stener había dicho, aunque sí le había señalado que era un error dejarse llevar por el pánico, así como negarle más crédito. Era cierto que Stener era su fuente más rápida y fácil, pero no la única. De hecho, pensaba que su crédito se vería aumentado de manera considerable a través de sus amistades, en caso de que fuera necesario, y que dispondría de tiempo de sobra para salvar sus asuntos y mantener el negocio funcionando hasta que la tormenta hubiera pasado. Le había dicho a Stener que había hecho una compra masiva de deuda de la ciudad el primer día del pánico para contener el mercado, y le había informado de que se le debían sesenta mil dólares, y Stener no había puesto ninguna objeción. Cabía la posibilidad de que en aquel momento se encontrara tan confuso que no le hubiera prestado la debida atención. Después de eso, para su sorpresa, las inesperadas presiones que sufrieron las grandes casas financieras provenientes de inesperadas direcciones, provocaron que estas, desafortunadamente, tuvieran que ser extremadamente exigentes con él, contra su voluntad. Esta presión, que le llovió de todas partes al día siguiente, le había obligado a cerrar las puertas de su negocio, aunque hasta el último momento no había esperado que eso llegara a suceder. Su visita de aquel día para recoger el cheque de sesenta mil dólares había sido algo totalmente fortuito. Por supuesto que necesitaba el dinero, pero se le debía, y sus empleados estaban todos ocupados. Simplemente lo pidió y se lo llevó personalmente para ahorrar tiempo. Stener sabía que si se lo hubiera negado, lo habría demandado. En lo tocante a depositar los certificados de crédito de la ciudad en el fondo de amortización, cuando se compraban para la ciudad, era algo a lo que él jamás prestaba la más mínima atención personalmente. Su contable, el señor Stapley, se encargaba de todo aquello. De hecho, él no sabía que no se habían depositado. (Esta era una mentira descarada y él lo sabía.) El hecho de que el cheque se entregara al Girard National Bank fue también algo fortuito. Podría haber terminado en cualquier otro banco si las condiciones hubieran sido distintas.

Y en esa línea continuó, contestando a todas las preguntas inquisitivas de Steger y de Shannon con una franqueza de lo más grata, y cualquiera habría jurado, por la solemnidad con la que lo trataba todo —la seriedad de su atención comercial—, que era ni más ni menos que el alma del llamado honor comercial. Y, a decir verdad, él realmente creía en la justicia, la importancia y la necesidad de lo que había hecho y que ahora describía. Quería que el jurado lo viera como él lo veía; que se pusieran en su lugar y lo comprendieran.

Por fin terminó, y el efecto que tuvieron su testimonio y su personalidad sobre el jurado fue peculiar. Philip Moultrie, el miembro número uno del jurado, decidió que Cowperwood estaba mintiendo; no entendía cómo era posible que el día antes de la

quiebra no hubiera sabido que iba a quebrar. Estaba seguro de que lo sabía, pensó. Y, en cualquier caso, todas aquellas transacciones que habían tenido lugar entre Cowperwood y Stener le parecían punibles, y durante toda la declaración, estuvo pensando que, cuando entrara en la sala del jurado, votaría culpable. Incluso pensó en algunos de los argumentos que utilizaría para convencer a los otros de que Cowperwood era culpable. El miembro número dos del jurado, por el contrario, Simon Glassberg, sastre de profesión, creyó entender cómo había ocurrido todo, y decidió que votaría por la absolución. No pensaba que Cowperwood fuera inocente, pero tampoco creía que mereciera ser castigado. El miembro número tres, Fletcher Norton, arquitecto, pensaba que Cowperwood era culpable, pero al mismo tiempo creía que tenía demasiado talento para ser enviado a prisión. El miembro número cuatro del jurado, Charles Hillegan, contratista irlandés, y persona relativamente religiosa, pensaba que Cowperwood era culpable y que debería ser castigado. El miembro número cinco del jurado, Philip Lukash, carbonero, pensaba que era culpable. El miembro número seis, Benjamin Fraser, experto en minas, pensaba que probablemente fuera culpable, pero no estaba seguro. Sin saber a ciencia cierta lo que haría, el miembro número siete, J. J. Bridges, corredor de Third Street, pequeño, práctico y estrecho de miras, pensaba que Cowperwood era astuto y que merecía ser castigado. Y eso votaría. El miembro número ocho, Guy E. Tripp, director general de una pequeña empresa naviera de buques de vapor, estaba en duda. El miembro número nueve, Joseph Tisdale, un fabricante de pegamento jubilado, pensaba que Cowperwood probablemente fuera culpable de los cargos, pero para Tisdale, eso no constituía delito. Cowperwood tenía derecho a hacer lo que hizo, dadas las circunstancias, por lo que Tisdale votaría por su absolución. El miembro número diez, Richard Marsh, un joven florista, estaba a favor de Cowperwood por razones sentimentales. De hecho, carecía de convicción. El miembro número once, Richard Webber, tendero, pequeño en términos financieros, pero pesado físicamente, estaba a favor de que se condenara a Cowperwood. Pensaba que era culpable. El miembro número doce, Washington B. Thomas, mayorista de harinas, pensaba que Cowperwood era culpable, pero pensaba que se debería solicitar clemencia tras declararlo culpable. Los hombres debían reformarse, ese era su eslogan.

Así estaban las cosas y así los dejó Cowperwood, preguntándose si su testimonio habría tenido un efecto favorable.

CAPÍTULO XLIII

Puesto que es privilegio del abogado de la defensa ser el primero en dirigirse al jurado, Steger hizo una leve inclinación de cabeza a su colega y avanzó. Poniendo las manos en la barandilla de la tribuna del jurado, comenzó a hablar en voz baja y de manera nada pretenciosa, pero que aun así, causaba impresión:

—Caballeros del jurado, mi cliente, el señor Frank Algernon Cowperwood, conocido banquero y financiero de esta ciudad, que trabaja en Third Street, es acusado por el estado de Pensilvania, representado por el fiscal de este distrito, de transferir fraudulentamente de la tesorería de la ciudad de Filadelfia a su propio bolsillo la cantidad de sesenta mil dólares, en la forma de un cheque extendido a su nombre con fecha 9 de octubre de 1871, y recibido por él de mano de Albert Stires, secretario privado y jefe de contabilidad del tesorero de esta ciudad, en el momento ya mencionado. Y ahora, caballeros, ¿cuáles son los hechos relacionados con este asunto? Han oído a diversos testigos y ya conocen el resumen de la historia. Cojamos para empezar el testimonio de George W. Stener. Les dice que en algún momento del año 1866 necesitaba con urgencia a alguien, algún banquero o agente, que le dijera cómo llevar a la par el crédito de la ciudad, que en aquel momento se estaba vendiendo a un precio muy bajo; y que no sólo le asesoraría sobre esto, sino que además le demostró que sus conocimientos eran exactos, puesto que lo hizo. El señor Stener era un hombre que carecía de experiencia financiera en aquel momento. El señor Cowperwood era un joven activo con una envidiable trayectoria como agente y como corredor en la bolsa, que procedió a demostrar al señor Stener no sólo en la teoría, sino también con hechos, cómo se podía llevar el crédito de la ciudad a la par. En aquel momento llegó a un acuerdo con el señor Stener, cuyos detalles le han oído relatar al propio señor Stener, que tuvo como resultado que el señor Stener pusiera en manos del señor Cowperwood una gran cantidad de crédito de la ciudad para que este lo vendiera, que con una hábil manipulación; métodos de compras y ventas en los que no hay necesidad de entrar aquí, pero que son perfectamente legales y legítimos en el mundo en el que operaba el señor Cowperwood, consiguió llevar el crédito a la par y lo mantuvo así año tras año, tal como ustedes han oído decir aquí a los testigos.

»Entonces, ¿cuál es la manzana de la discordia, caballeros, cuál es el hecho significativo que trae al señor Stener a este tribunal para acusar a su antiguo agente y corredor de hurto y malversación, alegando que se ha apropiado para beneficio propio, y sin la más mínima intención de reembolsarlos, de sesenta mil dólares de dinero que pertenece a la tesorería de la ciudad? ¿De qué se trata? ¿Es que el señor Cowperwood en secreto y con gran sigilo, digámoslo así, en algún momento y sin que el señor Stener ni ninguno de sus ayudantes lo supieran, entró en la oficina del tesorero y a la fuerza y con intenciones delictivas, se llevó sesenta mil dólares de dinero de la ciudad? En absoluto. Lo que ocurrió fue, como han oído explicar al fiscal del distrito, que el señor Cowperwood fue allí a plena luz del día, entre las cuatro y

las cinco de la tarde del día anterior a su cesión; que estuvo encerrado con el señor Stener media hora o tres cuartos de hora; que salió; que explicó al señor Albert Stires que acababa de comprar crédito de la ciudad por valor de sesenta mil dólares para el fondo de amortización que no se le habían pagado; que pidió que esa cantidad fuese anotada a su favor en los libros de la ciudad y que se le entregara el cheque, como correspondía; y que se marchó. ¿Hay algo extraordinario en eso, caballeros? ¿Algo que resulte extraño? ¿Se ha testificado aquí hoy que el señor Cowperwood no fuera el agente de la ciudad encargado de realizar operaciones de la misma naturaleza que las que dijo haber realizado en aquella ocasión? ¿Ha dicho alguien en la tribuna de los testigos que no había comprado esos certificados, tal como dijo que había hecho?

»¿Por qué entonces acusa el señor Stener al señor Cowperwood de hurto por apropiarse del cheque y de haber cometido un delito grave por disponer de un cheque de sesenta mil dólares por certificados que tenía derecho a comprar, y que no se ha rebatido aquí que comprara? La razón está aquí mismo —escuchen—, aquí mismo. En el momento en el que mi cliente pidió el cheque y se lo llevó para depositarlo en su banco, en su cuenta, no ingresó los certificados por valor de sesenta mil dólares y por los que había recibido el cheque, según insiste la acusación, en el fondo de amortización; y como no llegó a hacerlo, y se vio obligado por la presión de los acontecimientos financieros de aquel mismo día a hacer suspensión de pagos con carácter general, se convirtió, según la acusación y los preocupados líderes del Partido Republicano de la ciudad, en un malversador, en un ladrón, y en esto y en lo otro; lo que prefieran, siempre y cuando encuentren un sustituto para George W. Stener y para los indiferentes líderes del Partido Republicano a ojos de la gente.

Y aquí Steger se lanzó con audacia y en tono desafiante a explicar cuál había sido la situación política tal como se había manifestado en relación con el incendio de Chicago, el pánico subsiguiente y sus consecuencias políticas, y a retratar a Cowperwood como el agente injustamente calumniado, que antes del incendio había sido lo suficientemente valioso y honorable como para venirle bien a los líderes políticos de Filadelfia, pero que después, y ante la amenaza de una derrota política, fue escogido como el chivo expiatorio más apropiado y más a la mano.

Tardó media hora en hacerlo. Y después, pero sólo tras haber señalado a Stener como el auténtico escudero y el pretexto, quien, a su vez, había sido utilizado por fuerzas políticas superiores para obtener determinados resultados financieros, que no estaban dispuestos a atribuirse a sí mismos, continuó diciendo:

—Y ahora, a la luz de todo esto, ¡qué ridículo resulta todo! ¡Qué estúpido! Frank A. Cowperwood siempre había sido el agente de la ciudad para estos asuntos durante años y años. Trabajaban según ciertas reglas que él y el señor Stener habían acordado desde el principio, y que, obviamente, procedían de otros que se hallaban por encima del señor Stener, al tratarse de costumbres y reglas antiguas de anteriores gobiernos, que existían desde mucho antes de que el señor Stener apareciera en escena como tesorero de la ciudad. Una de ellas era que podía arrastrar todas las operaciones hasta

el primer día del mes siguiente, momento en el que se hacía balance. Es decir, que no tenía que pagarle nada al tesorero, que no tenía que enviarle ningún cheque, ni hacer depósitos en efectivo, ni en certificados en el fondo de amortización hasta el primer día del mes siguiente porque; y ahora escuchen esto con atención, caballeros; es importante; porque las operaciones que hacía en relación con el crédito de la ciudad y con cualquier otra cosa por encargo del tesorero eran tan numerosas y tan rápidas, y no estaban previstas de antemano, que debía contar con un sistema flexible y cómodo como este para poder realizar su trabajo adecuadamente; para poder hacer negocios. De otro modo, no podría haber trabajado para beneficio del señor Stener, ni para ninguna otra persona. Eso habría significado demasiados apuntes contables, tanto para él como para el tesorero. El señor Stener testificó al respecto al comienzo de esta historia. El señor Stires ha indicado que ese era el acuerdo. Y entonces, ¿qué? Pues, esto. ¿Podría imaginar algún miembro del jurado o cualquier hombre de negocios en su sano juicio, si ese fuera el caso, que el señor Cowperwood anduviera corriendo de un lado para otro personalmente con todos estos depósitos encima, a los distintos bancos, al fondo de amortización, o a la oficina del tesorero, o que le dijera a su contable: «Aquí tienes, Stapley, un cheque de sesenta mil dólares. Asegúrate de que los certificados de crédito de la ciudad se ingresen hoy en el fondo de amortización»? ¿Y por qué no? ¡Cualquier otra suposición resultaría ridícula! Pero, de hecho, el señor Cowperwood siempre había tenido su sistema de trabajo. Cuando llegara el momento, tanto el cheque como los certificados serían gestionados automáticamente. Él le entregó el cheque al contable y se olvidó del asunto. ¿Pueden imaginarse a un banquero con un importante negocio de este tipo haciendo las cosas de manera diferente?

El señor Steger hizo una pausa para recuperar el aliento y para asegurarse del efecto de la pregunta, y luego, con la sensación de que había conseguido demostrar lo que quería, continuó:

—Claro que la respuesta es que él sabía que iba a quebrar. Bien, la respuesta del señor Cowperwood es que no tenía ni idea. Él mismo ha testificado que no fue hasta el último momento, justo antes de que ocurriera, cuando pensó o llegó a saber que tal cosa llegaría a pasar. ¿Por qué, entonces, esta supuesta negativa a darle el cheque al que legalmente tenía derecho? Creo que lo sé. Creo que puedo darles una razón, si me escuchan hasta el final.

Steger cambió de postura y se dirigió al jurado cambiando de perspectiva intelectual:

»Simplemente porque el señor George W. Stener, en aquel momento, debido al reciente incendio y al pánico que provocó, imaginaba, por alguna razón —quizá porque el señor Cowperwood le previno para que no se dejara amedrentar por el curso de los acontecimientos en el ámbito local— que el señor Cowperwood iba a cerrar sus puertas; y, como el señor Cowperwood tenía una considerable suma de dinero en depósito a un tipo de interés bajo, el señor Stener decidió que el señor

Cowperwood no debía tener más dinero; ni siquiera el dinero que en realidad se le debía por servicios ya prestados, y que no tenía absolutamente nada que ver con el dinero que el señor Stener le había prestado al dos y medio por ciento. ¿No se trata de una situación ridícula? Pero fue por el propio miedo que invadía al señor George W. Stener, provocado por un incendio que en principio no tenía absolutamente nada que ver con la solvencia del señor Cowperwood por lo que decidió que Frank A. Cowperwood no debía cobrar el dinero que en realidad se le debía, porque él, Stener, estaba utilizando el dinero de la ciudad de manera delictiva para fomentar sus propios intereses particulares (a través del señor Cowperwood como agente), y corría el riesgo de verse expuesto, y de ser incluso sancionado por ello. Y, ahora, yo les pregunto, ¿qué lógica tiene esa decisión? ¿La ven ustedes, caballeros? ¿Seguía siendo el señor Cowperwood agente de la ciudad en el momento en el que compró los certificados del crédito, tal como se ha testificado aquí? Por supuesto que lo era. Y si era así, ¿tenía derecho a aquel dinero? ¿Quién puede levantarse aquí y negarlo? ¿Cómo se puede entonces cuestionar su derecho o su honradez en este asunto? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí, entonces? Yo se lo diré. Todo provino de una única fuente y de ningún otro sitio, y fue del deseo de los políticos de esta ciudad de encontrar un chivo expiatorio para el Partido Republicano.

»Y ahora puede que piensen que estoy yendo muy lejos para buscar una explicación a la decisión de acusar al señor Cowperwood, agente de la ciudad, por pedir y recibir lo que en realidad le pertenecía. Pero no es así. Tengan en cuenta la posición del Partido Republicano en aquel momento. Tengan en cuenta el hecho de que de hacerse públicos los detalles de un gran desfalco en la tesorería de la ciudad, eso tendría un efecto negativo en las elecciones que estaban a punto de celebrarse. El Partido Republicano tenía a otro tesorero al que elegir y a un nuevo fiscal del distrito. Había tenido por costumbre conceder a sus tesoreros el privilegio de invertir los fondos de los que disponía a un tipo de interés muy bajo para beneficio propio y de sus amigos. Tienen sueldos pequeños y necesitan tener algún modo de ganarse la vida que les permita llevar una existencia razonable. ¿Era el señor Stener el responsable de esta costumbre de prestar el dinero de la ciudad? En absoluto. ¿Lo era el señor Cowperwood? En absoluto. Esta costumbre ya existía mucho antes de que el señor Cowperwood o el señor Stener entraran en escena. ¿Por qué, entonces, este clamor ahora? Todo este alboroto se produjo simplemente a raíz del miedo del señor Stener en esta coyuntura concreta, del miedo de los políticos en esta coyuntura, del miedo a que saliera a la luz y se hiciera público. Ningún otro tesorero de la ciudad había quedado expuesto antes. Tener que enfrentarse a la opinión pública era algo nuevo; tener que enfrentarse al riesgo de atraer la atención del público hacia una práctica infame de la que el señor Stener se estaba aprovechando, y nada más. Un gran incendio y el pánico estaban poniendo en peligro la seguridad y la prosperidad de muchas organizaciones financieras de la ciudad —la del señor Cowperwood entre otras—. Eso significaba que había muchas posibles quiebras, y muchas posibles

quiebras significaban una posible quiebra. Si Frank A. Cowperwood quebraba, lo haría debiéndole a la ciudad de Filadelfia quinientos mil dólares, que el tesorero de la ciudad le había prestado a un tipo de interés muy bajo, al dos y medio por ciento. ¿Hay algo que vaya en detrimento del señor Cowperwood en eso? ¿Se había dirigido él al tesorero de la ciudad para pedirle que le prestara dinero al dos y medio por ciento? Y si lo hubiera hecho, ¿había algo delictivo en ello desde el punto de vista comercial? ¿No tiene derecho un hombre a recibir dinero en préstamo de cualquier fuente al tipo de interés más bajo posible? ¿Tenía que prestárselo el señor Stener al señor Cowperwood si no quería hacerlo? De hecho, ¿no ha testificado hoy él aquí que fue él personalmente quien mandó llamar al señor Cowperwood en un principio? ¿Por qué, entonces, por amor de Dios, esta acusación de hurto, hurto por depositario, malversación y desfalco de un cheque?

Una vez más, caballeros, escuchen. Yo les diré por qué. Los hombres que se ocultaban tras Stener, y cuyas órdenes cumplía, querían hacer de alguien su chivo expiatorio político; de Frank Algernon Cowperwood, si no tenían a nadie más de quien echar mano. Por eso. No hay ninguna otra razón en el mundo; ninguna. Entonces, si el señor Cowperwood necesitaba más dinero en aquel momento para salir de apuros, habría sido una buena decisión dárselo y acallar este asunto. Habría sido ilegal —aunque no más ilegal que ninguna de las otras cosas que se habían hecho con anterioridad—, pero habría sido más seguro. El miedo, caballeros, el miedo, la falta de valor, la incapacidad de hacer frente a una gran crisis cuando aparece una gran crisis, eso fue lo que realmente les impidió hacerlo. Tenían miedo de depositar su confianza en un hombre que hasta entonces nunca la había traicionado, y gracias a cuya lealtad y gran habilidad financiera tanto ellos como la ciudad habían obtenido enormes beneficios. El tesorero de la ciudad en aquel momento no tuvo el valor de seguir, ante la amenaza que suponían el incendio, el pánico y los rumores de posibles quiebras, de seguir cometiendo las mismas ilegalidades; de modo que decidió economizar, tal como ha testificado hoy aquí —pedirle al señor Cowperwood que devolviera al menos una buena parte de los quinientos mil dólares que le había prestado, y que Cowperwood había estado utilizando para su beneficio, el de Stener, y negarle además el dinero que en realidad se le debía por una compra autorizada de crédito de la ciudad—. ¿Era el señor Cowperwood culpable de algo en alguna de estas transacciones? Ni lo más mínimo. ¿Había pendiente algún pleito para obligarle a devolver los quinientos mil dólares de dinero de la ciudad relacionados con esta quiebra? En absoluto. Se trataba simplemente de un caso de miedo feroz y absurdo por parte de George W. Stener, y del ferviente deseo por parte de los líderes del Partido Republicano, una vez que descubrieron cuál era la situación, de encontrar a alguien aparte de Stener, el tesorero de la ciudad, a quien pudieran culpar por el déficit de la tesorería. Ustedes han oído lo que el señor Cowperwood ha testificado hoy aquí con respecto a este caso; que fue al señor Stener para evitar cualquier posible acción de este tipo en primer lugar. Y fue

precisamente por esta advertencia por la que el señor Stener se puso tremendamente nervioso, perdió la cabeza, y por lo que quiso que el señor Cowperwood le devolviera todo el dinero, los quinientos mil dólares que le había prestado al dos y medio por ciento. ¿No es esa una estupidez en un negocio de tipo financiero? ¿No era ese el mejor momento para solicitar el pago de un préstamo perfectamente legal, por decir poco?

»Pero ahora volvamos a este cheque concreto de sesenta mil dólares. Cuando el señor Cowperwood visitó al señor Stener aquella tarde justo antes de su quiebra, y según ha declarado el señor Stener, este le dijo que no podía darle más dinero, que era imposible, y que entonces el señor Cowperwood salió a la oficina general y sin su conocimiento y consentimiento convenció a su oficial mayor y secretario, el señor Albert Stires, para que le diera un cheque por valor de sesenta mil dólares, al que no tenía derecho y cuyo pago el señor Stener habría prohibido de haber tenido conocimiento de ello.

»¡Menuda tontería! ¿Por qué no lo sabía? Tenía los libros allí, abiertos ante él. El señor Stires se lo dijo a primera hora de la mañana. El señor Cowperwood no le dio la menor importancia, puesto que tenía derecho a cobrarlo, y cualquier tribunal de justicia con jurisdicción en esos casos se lo habría dado, con quiebra o sin quiebra. Es una estupidez por parte del señor Stener decir que él habría impedido el pago. Tal afirmación debe obedecer a algo que se le ocurrió a la mañana siguiente tras haber hablado con sus amigos, los políticos, y formaba parte de una trampa, de un ardid para proporcionarle un chivo expiatorio al Partido Republicano en aquel momento. Nada más y nada menos; y pueden estar seguros de que nadie lo sabía mejor que aquellos que estaban más ansiosos por hacer que se condenara al señor Cowperwood.

Steger hizo una pausa y lanzó una mirada significativa a Shannon.

—Caballeros del jurado (concluyó finalmente, con voz tranquila pero ferviente), se darán cuenta cuando lo piensen en la sala del jurado esta tarde de que las acusaciones de hurto y de hurto por depositario y de desfalco de un cheque por valor de sesenta mil dólares, incluidas en este proceso, y que no representan más que el esfuerzo denodado del fiscal del distrito por expresar este acto de modo que parezca delictivo, no representan más que la imaginación excitada de un montón de gente que se refugia en la política, ansiosos por proteger lo que les rodea a expensas del señor Cowperwood, y a quienes no les importa nada; ni el honor ni el juego limpio ni ninguna otra cosa, siempre y cuando ellos queden impunes. No quieren que los republicanos de Pensilvania piensen mal de la gestión y del control del Partido Republicano en esta ciudad. Quieren proteger a George W. Stener tanto como puedan y convertir a mi cliente en el chivo expiatorio político. No se puede hacer eso, y no se hará. Como hombres honorables e inteligentes, ustedes no permitirán que eso se haga. Y creo que con este último pensamiento puedo dejar este asunto tranquilamente en sus manos.

Steger se dio la vuelta y se alejó de la tribuna del jurado para dirigirse hacia su

asiento junto a Cowperwood, mientras Shannon se levantaba tranquilo, pero enérgico y vigoroso, mucho más joven.

De hombre a hombre, Shannon no estaba en lo personal en contra de los argumentos que Steger había esgrimido para defender a Cowperwood, ni estaba en contra de que Cowperwood hubiera ganado dinero como lo había hecho. De hecho, lo que Shannon realmente pensaba era que si hubiera estado en el lugar de Cowperwood, habría hecho exactamente lo mismo que él. Sin embargo, él era el nuevo y recién elegido fiscal del distrito. Tenía que marcarse un tanto y, además, los poderes políticos que estaban por encima de él estaban convencidos de que Cowperwood debería ser sancionado según veían ellos el caso. Por lo tanto, empezó por apoyar las manos con fuerza sobre la barandilla, se tomó su tiempo para mirar a los miembros del jurado fijamente a los ojos y, tras formular unas cuantas ideas mentalmente, comenzó:

—Ahora, caballeros del jurado, me parece que si todos prestamos mucha atención a lo que ha ocurrido hoy aquí no tendremos dificultad alguna para llegar a una conclusión; y será muy satisfactoria, si intentamos interpretar los hechos correctamente. El acusado, el señor Cowperwood, ha entrado hoy en esta sala, acusado, como ya les expuse antes, de hurto, hurto por depositario, malversación y malversación de un cheque concreto; exactamente de uno de fecha 9 de octubre de 1871, extendido a la orden de Frank A. Cowperwood & Co. por el secretario del tesorero de la ciudad y firmado por él, haciendo uso de su derecho a hacerlo, por la cantidad de sesenta mil dólares y entregado a Frank A. Cowperwood, quien afirma que no sólo era perfectamente solvente en aquel momento, sino que además había adquirido certificados de crédito de la ciudad por valor de sesenta mil dólares, que en aquel momento o poco después, como era su costumbre, depositaría en el fondo de amortización, cerrando así una operación absolutamente normal; es decir, Frank A. Cowperwood & Co. como banqueros y agentes de la ciudad compran crédito de la ciudad en su nombre, lo depositan en el fondo de amortización y ese dinero se les reembolsa puntualmente. Y ahora, caballeros, ¿cuáles son los auténticos hechos en este caso? ¿Eran Frank A. Cowperwood & Co. —no existe tal compañía, como bien saben, tal como han oído hoy a los testigos; sólo Frank A. Cowperwood—; era apropiado que Frank A. Cowperwood recibiera el cheque en el momento y en las circunstancias en las que lo recibió; es decir, era en aquel momento un agente autorizado de la ciudad, o no lo era? ¿Era solvente? ¿Realmente pensaba que iba a quebrar, y este cheque de sesenta mil dólares era el último clavo ardiendo al que se agarraba para salvar su negocio financiero sin importarle las consecuencias legales o morales o de otro tipo que eso conllevara; o había comprado los certificados de crédito de la ciudad por la cantidad que decía que lo había hecho y de la manera que decía que lo había hecho en el momento que decía que lo había hecho, y, por lo tanto, estaba recogiendo lo que honradamente le pertenecía? ¿Tenía intención de depositar aquellos certificados de crédito de la ciudad en el fondo de amortización, como decía

que haría —como se entendía que haría— o no? ¿Estaba su relación de agente y corredor con el tesorero de la ciudad en los mismos términos que siempre el día que él se hizo con este cheque de sesenta mil dólares, o no lo estaba? ¿Había terminado esa relación tras una conversación que tuvo lugar quince minutos antes o dos días antes o dos semanas antes —da igual cuándo tuviera lugar, siempre y cuando esa relación hubiera terminado— o no? Cualquier hombre de negocios tiene derecho a abrogar un acuerdo en cualquier momento, siempre que no medie un contrato específico o un plazo de tiempo específico; como todos ustedes deben saber. No deben olvidarlo al valorar las pruebas de este caso. ¿George W. Stener, sabiendo o sospechando que Frank A. Cowperwood tenía dificultades financieras, y que era incapaz ya de llevar a cabo las obligaciones que este acuerdo suponía de una manera adecuada y honrada, dio por terminado el acuerdo el 9 de octubre de 1871, antes de la entrega de este cheque, o no? ¿El señor Frank A. Cowperwood, sabiendo que ya no era agente del tesorero ni de la ciudad, y sabiendo también que era insolvente (puesto que ya le había admitido al señor Stener que ese era el caso) y que no tenía intención de depositar los certificados que más tarde declaró haber comprado en el fondo de amortización, salió a la oficina, se encontró con el secretario, le dijo que había comprado sesenta mil dólares de crédito de la ciudad, le pidió el cheque, lo cogió, se lo metió en el bolsillo, se marchó y nunca, en ningún momento, efectuó devolución alguna, en ninguna forma o manera, a la ciudad, y luego, veinticuatro horas después, quebró, debiendo este dinero más quinientos mil dólares más a la tesorería de la ciudad, o no? ¿Cuáles son los hechos en este caso? ¿Qué han declarado los testigos? ¿Qué han testificado George W. Stener, Albert Stires, el presidente Davison y el propio señor Cowperwood? ¿Cuáles son los hechos que nos interesa discernir en este caso? Caballeros, tienen ustedes un problema muy curioso sobre el que decidir.

Se interrumpió y miró al jurado mientras se ajustaba las mangas al mismo tiempo, y con el aspecto de quien está seguro de andar tras la pista de un escurridizo y esquivo criminal que se la iba a pegar a una comunidad honorable y decente, y a un honorable e inocente jurado, haciéndose pasar por un hombre honrado.

Después continuó:

—Y ahora, caballeros, ¿cuáles son los hechos? Ya saben cómo se ha producido toda esta situación. Ustedes son hombres sensatos. No hace falta que yo se lo diga. Aquí tienen a dos hombres, uno elegido tesorero de la ciudad de Filadelfia, que juró salvaguardar los intereses de la ciudad y manejar sus finanzas con el mayor provecho posible, y el otro, requerido en un momento financiero incierto para ayudar a desenmarañar un problema difícil; y luego tienen el acuerdo financiero privado y secreto al que llegaron, y las consiguientes operaciones ilegales en las que uno de los hombres, el más astuto, más conocedor y más versado en las manipulaciones de Third Street, lleva al otro con argumentos de seguridad y tranquilidad a hacer inversiones ventajosas que terminan enfangadas en una quiebra, por accidente, aunque no por eso menos delictiva, las cuales llegan a conocimiento del público, expuestos así a las

calumnias, etcétera. Y después llegan al punto en el que el individuo más vulnerable de los dos —el hombre que está en una posición más peligrosa, el tesorero de la ciudad de Filadelfia, nada menos— ya no puede de manera razonable, o digamos, ya no tiene valor para seguir al otro; y entonces tienen ustedes el espectáculo que ha descrito aquí esta tarde el señor Stener; es decir, tienen al despiadado, codicioso y agresivo lobo financiero cerniéndose sobre el acobardado y cándido cordero comercial, al que le dice, al tiempo que le enseña los dientes blancos y brillantes: «Si no me prestas el dinero que te pido —los trescientos mil dólares que te pido ahora—, serás un convicto, tus hijos terminarán en la calle, tú y tu familia volveréis a quedar sumidos en la pobreza, y no habrá nadie que mueva un dedo por ti». Eso es lo que dice el señor Stener que Cowperwood le dijo. Yo, por mi parte, no tengo la más mínima duda de que se lo dijo. El señor Steger, en sus comedidas referencias a su cliente, lo describe como a un agente amable, agradable y caballeroso, como un corredor al que prácticamente se le obligó a utilizar los quinientos mil dólares al dos y medio por ciento, cuando el dinero se estaba cobrando entre el diez y el quince por ciento en los créditos de Third Street, e incluso más. Lo que me parece raro de todo esto es que si era tan amable, agradable y tan ajeno —tratándose simplemente de un agente contratado, y por tanto, de un subordinado—, ¿cómo es posible que hubiera podido ir a la oficina de Stener dos o tres días antes del asunto del cheque de sesenta mil dólares a decirle, como ha testificado el señor Stener bajo juramento que le dijo: «Si no me das trescientos mil dólares más del dinero de la ciudad hoy, ahora mismo, quebraré, y a ti te condenarán y terminarás en la cárcel»? Eso es lo que le dijo. «Yo quebraré y a ti te condenarán. A mí no pueden tocarme, pero a ti te arrestarán. Yo no soy más que un agente.» ¿Les parece que eso es propio de un agente contratado agradable, afable, inocente y cortés, o más bien les parece un amo duro, desafiante y despectivo; un hombre que está al mando y está dispuesto a gobernar y ganar utilizando medios justos o sucios?

»Caballeros, no defiendo a George W. Stener. A mi juicio es tan culpable como su engreído compinche —si no más aún—, este empalagoso financiero que llegó sonriendo cubierto con piel de cordero para indicarle la ingeniosa fórmula mediante la que podrían hacer que el dinero de la ciudad les resultase rentable a ambos; pero cuando oigo que se describe al señor Cowperwood como acabo de oír, como un agente agradable, afable e inocente, me da asco. Caballeros, si quieren tener una perspectiva adecuada para juzgar esta situación, tendrán que retrotraerse diez o doce años y ver al señor George W. Stener como era entonces, un principiante en la política, bastante pobre, y antes de que este corredor inteligente y perspicaz apareciera y le indicara la manera en la que el dinero de esta ciudad podría ser una fuente de ingresos; George W. Stener no era muy conocido entonces, y tampoco lo era Frank A. Cowperwood cuando se encontró con Stener, recién elegido para el cargo de tesorero de la ciudad. ¿Pueden imaginárselo llegando entonces, joven, fresco y bien vestido, astuto como un zorro, y diciéndole: “Ven a mí. Déjame que me

encargue de manejar el crédito de la ciudad. Préstame el dinero de la ciudad al dos por ciento o menos”? ¿Pueden oír cómo se lo propone? ¿Se lo imaginan?

»George W. Stener era un hombre pobre, comparativamente bastante pobre, cuando se convirtió en tesorero de la ciudad. Lo único que tenía era una pequeña propiedad y un negocio de seguros que le proporcionaba unos ingresos de, digamos, dos mil quinientos dólares al año. Tenía esposa y cuatro hijos que alimentar, y nunca había experimentado ni mínimamente lo que podríamos denominar como lujos y comodidades. Y entonces aparece Cowperwood —a petición suya, sí, pero con un recado que, para Stener en aquel momento, no presuponía ganancias ilegales— y le propone este grandioso proyecto de manejar la totalidad del crédito de la ciudad para provecho de ambos. ¿Creen ustedes, caballeros, a raíz de lo que han visto de George W. Stener aquí en la tribuna de los testigos, que fue él el que propuso el plan para obtener ganancias ilícitas a aquel caballero de allí?

Señaló a Cowperwood.

—¿Les parece a ustedes que ese hombre podría decirle a aquel caballero algo sobre finanzas o sobre la manipulación que se hizo después? Les pregunto, ¿les parece lo suficientemente inteligente como para sugerir los ardidés mediante los que ellos dos ganaron tanto dinero? El estado de cuentas que Cowperwood presentó a sus acreedores en el momento de la quiebra hace unas semanas demostraba que se valoraba a sí mismo en más de un millón doscientos cincuenta mil dólares, y sólo tiene poco más de treinta y cuatro años. ¿Cuánto tenía cuando comenzó su relación comercial con el extesorero de la ciudad? ¿Tienen idea? Yo se lo diré. Hice que investigaran el asunto hace casi un mes cuando accedí al cargo. Algo más de doscientos mil dólares, caballeros; sólo algo más de doscientos mil dólares. Aquí hay un extracto de los archivos de Dun & Co. de aquel año. Ahora pueden ver la rapidez con la que nuestro César ha aumentado su riqueza desde entonces. Pueden ver lo ventajosos que le han resultado estos últimos años. ¿Tenía George W. Stener una suma parecida cuando fue destituido del cargo y acusado de malversación? ¿La tenía? Aquí tengo el inventario de sus activos y pasivos, elaborado en aquel momento. Véanlo ustedes mismos, caballeros. La suma de todas sus propiedades ascendía a sólo doscientos veinte mil dólares hace tres semanas; y tengo razones para saber que es una estimación exacta. ¿Y por qué suponen ustedes que el señor Cowperwood aumentó su riqueza con tanta rapidez y el señor Stener tan despacio? Eran cómplices del delito. El señor Stener le prestaba al señor Cowperwood enormes sumas de dinero de la ciudad al dos por ciento, cuando los intereses del dinero en Third Street llegaban a alcanzar a veces el dieciséis o diecisiete por ciento. ¿No creen que el señor Cowperwood, que está allí sentado, sabía cómo utilizar este dinero fácil para sacarle el máximo rendimiento? ¿Al mirarlo, les parece que no lo sabía? Lo han visto en la tribuna de los testigos. Lo han oído testificar. Muy fino, aparentemente sincero, muy inocente, que lo hacía todo para favorecer al señor Stener y a sus amigos, por supuesto, y que aun así ganó un millón en poco más de seis años, mientras permitía

que el señor Stener ganara ciento sesenta mil dólares o menos, porque el señor Stener tenía algo de dinero cuando comenzó esta asociación; unos cuantos miles de dólares.

Shannon llegó entonces a la transacción fundamental del 9 de octubre, cuando Cowperwood visitó a Stener y se hizo con el cheque de sesenta mil dólares a través de Albert Stires. Su desprecio por esta transacción hábil y delictiva no tenía límites (o eso parecía pensar). Era simple y llanamente un hurto, un robo, y Cowperwood lo sabía cuando le pidió el cheque a Stires.

—¡Piénsenlo! —exclamó Shannon, dándose la vuelta y mirando a Cowperwood directamente, quien a su vez le devolvió la mirada con tranquilidad, sin inmutarse y sin sentirse avergonzado—. ¡Piénsenlo! ¡Piensen en la tremenda desfachatez de este hombre; en la sutileza maquiavélica de su mente! Sabía que iba a quebrar. Lo sabía tras dos días de trabajos —tras dos días de esfuerzos por contrarrestar el providencial desastre que echó por alto estas nefarias maquinaciones— cuando ya había agotado todas sus posibles fuentes menos una, la tesorería de la ciudad, y cuando, a menos que consiguiera forzar que le prestaran ayuda, quebraría. Ya le debía a la tesorería quinientos mil dólares. Ya había utilizado tanto al tesorero como instrumento, lo había involucrado tanto, que este último, debido al asombroso tamaño de la deuda, se estaba asustando. ¿Detuvo eso al señor Cowperwood? En absoluto.

Señaló a Cowperwood agitándole el dedo amenazadoramente en la cara, y este último la giró irritado. «Se está luciendo para asegurarse el futuro», le susurró a Steger. «Me gustaría que pudieras decírselo al jurado.»

«Ojalá pudiera», contestó Steger sonriendo desdeñosamente, «pero se me ha acabado el tiempo».

—Piensen (continuó el señor Shannon, dirigiéndose de nuevo al jurado) en la colosal y carroñera desfachatez que tiene que tener un hombre para permitirse decirle a Albert Stires que acababa de comprar sesenta mil dólares más de crédito de la ciudad, y que se llevaría el cheque correspondiente en aquel mismo momento. ¿Había comprado realmente ese crédito, tal como dijo? ¿Quién puede saberlo? ¿Hay ser humano capaz de moverse por todos los laberintos del complicado sistema de contabilidad que llevaba y ser capaz de afirmarlo con seguridad? La mejor respuesta a eso es que si compró los certificados, no tenía intención de que eso supusiera ninguna diferencia para la ciudad, puesto que no hizo ningún esfuerzo por depositar los certificados en el fondo de amortización, donde debían estar. Su abogado dice, y él mismo dice, que no tenía que hacerlo hasta el primer día del mes siguiente, aunque la ley dice que debe hacerlo al instante, y él sabía muy bien que legalmente estaba obligado a ello. Su abogado dice, y él mismo, que no sabía que iba a quebrar. De ahí que no hubiera necesidad de preocuparse por ello. Me pregunto si alguno de ustedes, caballeros, realmente lo cree. ¿Había pedido alguna vez antes en su vida un cheque con aquella rapidez? En toda la historia de estas nefarias operaciones, ¿hubo alguna vez otro incidente como este? Saben que no lo hubo. Nunca antes había, en ninguna ocasión, pedido personalmente un cheque en esta oficina y, sin embargo, en esta

ocasión sí lo hizo. ¿Por qué? ¿Por qué debería hacerlo esta vez? Lo mismo habrían dado unas horas más o unas horas menos, según su propia declaración, ¿verdad? Podría haber enviado a algún empleado a recogerlo, como siempre. Así era como lo había hecho siempre antes. ¿Por qué lo hizo de manera diferente ahora? ¡Yo les diré por qué! (Shannon gritó de repente, variando el tono de voz de manera notable.) ¡Yo les diré por qué! ¡Sabía que estaba arruinado! Sabía que su última vía de escape medio legítima —el favor de George W. Stener— se le había cerrado. Sabía que no podía sacar ni un dólar más de la tesorería de la ciudad de Filadelfia de manera honrada. Sabía que si salía de la oficina sin el cheque y enviaba a un chico a buscarlo, el tesorero de la ciudad, irritado como estaba, tendría tiempo de alertar a sus empleados, y entonces no podría conseguir más dinero. ¡Por eso! Por eso, caballeros, si de verdad les interesa saberlo.

»Y ahora, caballeros del jurado, prácticamente he terminado con mi alegato sobre este ciudadano excelente, honorable y virtuoso, de quien el abogado de la defensa, el señor Steger, les dice que no pueden condenar sin hacer una gran injusticia. Lo único que tengo que decirles es que me parecen hombres inteligentes y juiciosos; el tipo de hombres con los que me encuentro todos los días, normales y corrientes, haciendo negocios honradamente en los Estados Unidos, como los hacen los norteamericanos honrados. Y ahora, caballeros del jurado (ahora hablaba con suavidad), lo único que tengo que decirles es que si, tras todo lo que han visto y oído aquí hoy, aún piensan que el señor Frank A. Cowperwood es un hombre honrado y honorable; que no robó deliberadamente y con conocimiento sesenta mil dólares de la tesorería de Filadelfia; que había comprado esos certificados que dice que había comprado, y que tenía intención de depositarlos en el fondo de amortización, como dice, entonces no se atrevan más que a dejarlo libre, y rápidamente, de manera que pueda volver a Third Street hoy mismo a intentar enderezar sus enredados asuntos financieros. Es lo único que pueden hacer hombres honestos y serios; dejarlo libre al instante para que vuelva al corazón de esta comunidad, para que parte de esa tremenda injusticia que mi colega el señor Steger alega que se ha hecho con él, le sea de algún modo recompensada. Le deben, si así piensan, un rápido reconocimiento de su inocencia. No se preocupen por el señor George W. Stener. Su culpabilidad ha quedado establecida en su propia confesión. Admite que es culpable. Será sentenciado sin juicio más adelante. Pero este hombre; dice que es un hombre honrado y honorable. Dice que no pensaba que fuera a quebrar. Dice que utilizó aquel lenguaje amenazador, apremiante y espantoso, no porque corriera el riesgo de quebrar, sino porque no quería molestar en buscar ayuda en otra parte. ¿Qué piensan ustedes? ¿Creen de verdad que había comprado sesenta mil dólares más de certificados para el fondo de amortización y que tenía derecho al dinero? Si es así, ¿por qué no los ingresó en el fondo de amortización? No están allí, y los sesenta mil dólares han desaparecido. ¿Quién los tiene? El Girard National Bank, ¡donde tenía la cuenta en descubierto por valor de cien mil dólares! ¿Los llevó allí junto con cuarenta mil

dólares más en otros cheques y certificados? Por supuesto. ¿Por qué? ¿Creen ustedes que el Girard National Bank le estaría agradecido de algún modo por este último favor antes de que cerrara sus puertas? ¿Creen que el presidente Davison, a quien han visto testificar en este caso tan amablemente siente alguna simpatía, y que eso podría —y no estoy diciendo que lo haga— explicar la interpretación tan favorable que hace del señor Cowperwood? Podría ser. Ustedes pueden hacerse esas mismas preguntas, igual que yo. En cualquier caso, caballeros, el presidente Davison dice que el señor Cowperwood es un hombre honorable y honrado, y también lo piensa su abogado, el señor Steger. Ustedes han oído el testimonio. Y ahora piénsenlo bien. Si quieren dejarlo en libertad; déjenlo libre. (Hizo un gesto cansado con la mano.) Ustedes son los jueces. Yo no lo haría; pero yo no soy más que un abogado trabajador; una persona, una opinión. Ustedes pueden tener una opinión diferente; eso es cosa suya. (Hizo un gesto elocuente con la mano, que resultó casi desdeñoso.) Y con esto he terminado y les doy las gracias por su amabilidad. Caballeros, en sus manos está la decisión.

Se alejó pomposamente y el jurado se rebulló, al igual que los espectadores que se encontraban en la sala. El juez Payderson dejó escapar un suspiro de alivio. Había oscurecido ya bastante, y las llameantes lámparas de gas de la sala estaban todas encendidas. Fuera se veía que estaba nevando. El juez removió sus papeles con aspecto cansado, y dirigiéndose solemnemente hacia los miembros del jurado, comenzó su habitual explicación de la ley, tras lo que salieron en fila hacia la sala del jurado.

Cowperwood se volvió hacia su padre, que se dirigía hacia él cruzando la sala que se vaciaba con rapidez, y le dijo:

—Bueno, lo sabremos dentro de un rato.

—Sí —respondió Cowperwood padre, algo cansado—. Espero que salga bien. Vi a Butler ahí atrás hace un rato.

—¿De verdad? —preguntó Cowperwood, para quien esto tenía un interés particular.

—Sí —respondió su padre—. Acaba de irse.

De modo que, pensó Cowperwood, Butler sentía la suficiente curiosidad por su destino como para querer venir a presenciar el juicio. Shannon era un instrumento suyo. El juez Payderson, era, en cierto sentido, su emisario. Él, Cowperwood, podría vencerlo en su pleito con su hija, pero no era tan fácil vencerlo aquí a menos que el jurado adoptara una actitud comprensiva. Podrían condenarlo, y entonces el juez de Butler, Payderson, tendría el privilegio de dictar sentencia —imponiéndole la máxima—. Eso no sería tan agradable —¡cinco años!—. Le dio un ligero escalofrío al pensarlo, pero no servía de nada preocuparse por lo que aún no había ocurrido. Steger se acercó y le dijo que la vigencia de su fianza se daba por concluida —concluyó en el momento en el que el jurado abandonó la sala—, y que ahora estaba bajo la custodia del *sheriff*, al que conocía: el *sheriff* Adlai Jaspers. A menos que fuera

absuelto por el jurado, añadió Steger, tendría que permanecer bajo la custodia del *sheriff* hasta que pudiera solicitar un certificado de duda razonable y lograr que se tomaran medidas.

—Tardaría cinco días, Frank —dijo Steger—, pero Jaspers no es mal tipo. Sería razonable. Por supuesto que si tenemos suerte, no tendrás que visitarlo. Tendrás que irte con este alguacil ahora. Luego, si las cosas salen bien, nos iremos a casa. Me gustaría ganar este caso —dijo—. Me gustaría poder reírme en su cara y ver cómo lo ganas. Considero que has sido tratado muy injustamente, y creo que lo he dejado perfectamente claro. Puedo revertir este veredicto basándome en una decena de cosas distintas si terminan decidiendo en tu contra.

Él, Cowperwood y el padre de este siguieron ahora los pasos de un subordinado del *sheriff* —un hombrecillo llamado Eddie Zanders, que se había aproximado para hacerse cargo—. Entraron en una sala pequeña que hacía las veces de calabozo que se encontraba en la parte trasera de la sala, donde todos los sometidos a juicio que perdían la libertad cuando el jurado se ausentaba de la sala tenían que esperar a que regresara. Era un lugar deprimente y cuadrangular, con el techo alto y una ventana que daba a Chestnut Street, y una segunda puerta que daría a otro lugar; no se sabía adónde. Era un sitio deslucido, con un gastado suelo de tablones y con pesados bancos de madera arrimados a las cuatro paredes, sin cuadros ni adornos de ningún tipo. Únicamente había una lámpara de gas de dos brazos que colgaba del centro del techo. El lugar estaba impregnado de un olor peculiarmente rancio y acre, que obviamente hacía pensar en los naufragos de la vida —criminales e inocentes— que habían esperado pacientemente allí de pie o sentados de cuando en cuando para saber lo que les guardaba el destino tras las deliberaciones.

Cowperwood, por supuesto, estaba asqueado; pero tenía demasiada confianza en sí mismo y era demasiado capaz como para demostrarlo. Toda su vida había sido un hombre inmaculado y muy escrupuloso en su cuidado personal. Y aquí se estaba viendo obligado a entrar en contacto con una forma de vida que le resultaba tremendamente desagradable. Steger, que se encontraba a su lado, hizo algunos comentarios aclaratorios y de disculpa con la intención de consolarlo.

—No es tan agradable como debiera —dijo—, pero seguro que no te importará esperar unos momentos. El jurado no tardará mucho, creo.

—Puede que eso no me ayude —contestó, caminando hasta la ventana. Después añadió—: Lo que tenga que ser, será.

Su padre se estremeció. ¿Y si Frank estuviera a punto de ser condenado a una larga sentencia de cárcel, que supondría estar en un ambiente como aquel? ¡Cielo santo! Por un momento, tembló, y luego, por primera vez desde hacía años, rezó en silencio.

CAPÍTULO XLIV

Entretanto había comenzado un gran debate en la sala del jurado, y todos los puntos sobre los que habían estado meditando en silencio mientras se encontraban en la tribuna del jurado se discutían ahora abiertamente.

Es tremendamente interesante ver cómo un jurado vacila y especula en un caso como este —lo curioso e incierto que es el proceso mediante el que termina por formarse una opinión—. La así llamada verdad es algo nebuloso en el mejor de los casos; los hechos pueden desviarse e interpretarse de maneras curiosas, tanto si se hace de forma honesta como si no. El jurado tenía un problema terriblemente complicado ante sí, de modo que repasó el asunto una y otra vez.

Los miembros de los jurados no llegan tanto a conclusiones definitivas como a veredictos, de manera curiosa y por razones extrañas. Con frecuencia los jurados deciden poco en lo que a sus miembros se refiere tomados individualmente, y aun así, habrán llegado a un veredicto. La cuestión del tiempo, como saben todos los abogados, juega un papel en esto. Los jurados, refiriéndose al conjunto de sus miembros y con frecuencia también a cada miembro individualmente, objetan a la cantidad de tiempo que se requiere para decidir un caso. No les gusta estar allí sentados deliberando acerca de un problema, a no ser que sea tremendamente fascinante. Las ramificaciones o el misterio de un silogismo pueden convertirse en una pesadez y en un aburrimiento. La sala del jurado en sí con frecuencia se convierte en una pesada agonía.

Por otro lado, ningún jurado contempla el desacuerdo con el más mínimo grado de satisfacción. Hay algo tan inherentemente constructivo en la mente humana que dejar un problema sin resolver se convierte en un sufrimiento, que suele obsesionar al individuo normal como cualquier otra tarea importante que haya quedado inconclusa. A los hombres que se encuentran en una sala de jurado, como esos átomos del cristal científicamente demostrados sobre los que gustan especular científicos y filósofos, les complace organizarse en un todo ordenado y artístico, y presentar un frente compacto e intelectual para ser aquello para lo que fueron designados, correctamente y sin equivocarse: un jurado compacto y sensato. Este mismo instinto se ve maravillosamente demostrado en todas las demás facetas de la naturaleza; en los bosques marinos que flotan hacia el mar de los Sargazos, en la interrelación geométrica de las burbujas de aire en la superficie del agua en calma, en la maravillosa arquitectura irracional de tantos insectos y de las figuras de los átomos que constituyen la sustancia y la textura de este mundo. Parecería como si la sustancia física del mundo, esta apariencia de forma que detecta el ojo y a la que denomina como real, estuviera atravesada por una tremenda inteligencia que ama el orden, que es el orden. Los átomos de lo que llamamos nuestro ser, a pesar de lo que llamamos nuestra razón —los sueños del ánimo— saben dónde ir y lo que hacer. Representan un orden, una sabiduría y una voluntad que no son nuestros. Construyen

un orden a pesar de nosotros. Y exactamente así es como funciona el espíritu de un jurado. Al mismo tiempo, no se puede uno olvidar del extraño efecto hipnótico que tiene una personalidad sobre otra, los variables efectos que ejercen los distintos tipos unos sobre otros, hasta que se llega a una solución —por utilizar el término en el sentido estrictamente químico—. En una sala del jurado es probable que las ideas o la determinación de uno, dos o tres hombres impregnen a toda la sala —si son lo suficientemente claras— y conquisten el sentido común o la oposición de la mayoría. Un hombre que insista en una idea en la que cree firmemente puede llegar a convertirse bien en el líder triunfador de una masa dócil o terminar siendo el objetivo brutalmente atravesado por el llameante y concentrado fuego intelectual. Los hombres desprecian la oposición que no va acompañada de razón. De todos los sitios, es en la sala de un jurado donde se espera que un hombre sea capaz de razonar aquello de lo que está convencido; si se le pide que lo haga. No basta con decir «No puedo estar de acuerdo». Se sabe que los miembros de los jurados han llegado a pelearse. En esas salas se han forjado encarnizados antagonismos que han llegado a durar años. Y ha habido miembros recalcitrantes de los jurados que han sido acosados comercialmente en su propio ambiente por mantener una oposición o una conclusión que no argumentaron.

Después de llegar a la conclusión de que Cowperwood incuestionablemente merecía ser castigado de algún modo, hubo cierta discusión sobre si el veredicto debía ser culpable de los cuatro cargos, tal como había sido formulado en el acta de acusación. Como no sabían muy bien cómo diferenciar entre esos cuatro cargos distintos, decidieron que debería serlo de los cuatro, añadiendo una recomendación de clemencia. Sin embargo, después se eliminó esta última; debía ser culpable o no serlo. El juez vería, al igual que ellos, las circunstancias atenuantes —quizá mejor aún—. ¿Por qué atarle las manos? De todos modos, por regla general, no se prestaba atención a tales recomendaciones, y lo único que conseguían era hacer que el jurado pareciera inseguro.

De modo que aquella noche, por fin a las doce menos diez, estuvieron listos para emitir un fallo; y al juez Payderson, quien debido a su interés en el caso y al hecho de que no vivía muy lejos de allí había decidido esperar levantado todo aquel tiempo, lo llamaron de nuevo a la sala. También mandaron a buscar a Steger y a Cowperwood. La sala estaba completamente iluminada. El alguacil, el secretario y el taquígrafo se encontraban allí. El jurado accedió en fila a la sala y Cowperwood, con Steger a su derecha, ocupó su puesto junto a la puerta que daba acceso al espacio cerrado por la barandilla en el que siempre se ponen en pie los acusados para escuchar el veredicto y cualquier otro comentario que pueda hacer el juez. Estaba acompañado por su padre, que se encontraba muy nervioso.

Por primera vez en su vida se sentía como un sonámbulo. ¿Era este el Frank Cowperwood real, el mismo de dos meses atrás; tan rico, tan próspero y tan seguro? ¿Estaban sólo a cinco o seis de diciembre (pasaba ya de la medianoche)? ¿Por qué

había deliberado el jurado durante tanto tiempo? ¿Qué podía eso significar? Aquí estaban ahora, de pie y mirando al frente con solemnidad; y el juez Payderson, que subía los escalones de su tribuna, con el pelo rizado despeinado de una manera casi atractiva, y su alguacil habitual, que daba golpecitos pidiendo orden. No miró a Cowperwood —no habría sido cortés—, sino al jurado, que a su vez, le devolvió la mirada. Ante la pregunta del secretario, «Señores del jurado, ¿han llegado ustedes a un veredicto?», el presidente del jurado contestó, «Sí».

—¿Encuentran al acusado culpable o no culpable?

—Encontramos al acusado culpable de los cargos del acta de acusación.

¿Cómo habían llegado a esta conclusión? ¿Porque había cogido un cheque de sesenta mil dólares que no le pertenecía? Pero en realidad, sí le correspondía. Dios mío, ¿qué eran sesenta mil dólares comparados con el total de las sumas que se habían movido entre Stener y él? ¡Nada! ¡Nada! Una mera bagatela; y aun así, aquí se había alzado este cheque insignificante y miserable convirtiéndose en una montaña, en una pared de piedra, en los muros de una prisión que iban a impedirle seguir adelante. Era asombroso. Miró a su alrededor en la sala. ¡Qué grande, desnuda y fría resultaba! Y él seguía siendo Frank A. Cowperwood. ¿Por qué permitía que aquellos pensamientos tan extraños lo alteraran? Su lucha por la libertad, por los privilegios y por la restitución aún no había terminado. ¡Cielo santo! Sólo acababa de empezar. Dentro de cinco días volvería a salir bajo fianza. Steger apelaría y él saldría, y tendría dos largos meses por delante en los que presentar batalla de nuevo. Todavía no lo habían vencido. Conquistaría su libertad. El jurado estaba completamente equivocado. Y así lo confirmaría un tribunal superior. Revocaría su veredicto y él lo sabía. Se volvió a mirar a Steger, que se encontraba junto al secretario, al que había solicitado que interrogara al jurado con la esperanza de que algún miembro del mismo hubiera sido coaccionado y obligado a votar en contra de su voluntad.

—¿Es ese su veredicto? —oyó que el secretario preguntaba a Philip Moultrie, el miembro número uno.

—Lo es —contestó aquel ilustre personaje con solemnidad.

—¿Es ese su veredicto? —dijo el secretario señalando a Simon Glassberg.

—Sí, señor.

—¿Es ese su veredicto? —señaló a Fletcher Norton.

—Sí.

Y así continuó hasta haberle preguntado a todos los miembros del jurado. Todos los hombres contestaron con firmeza y claridad, aunque Steger pensaba que quizá existiera la posibilidad de que alguno hubiera cambiado de opinión. El juez les dio las gracias y les dijo que en vista de la cantidad de horas que habían trabajado aquella noche, quedaban liberados para el resto del periodo. Lo único que quedaba por hacer ahora era que Steger convenciera al juez Payderson para que le concediera la suspensión de la ejecución de la sentencia hasta que se celebrara la vista del recurso ante la Corte Suprema del Estado para un nuevo juicio.

El juez miró a Cowperwood con mucha curiosidad mientras Steger hacía la petición de manera formal, y debido a la importancia del caso y a que suponía que la Corte Suprema podría muy bien concederle un certificado de duda razonable en este caso, se lo concedió. No quedaba nada, por tanto, más que Cowperwood regresara a la cárcel del condado a estas horas con el ayudante del *sheriff*, donde ahora debería permanecer al menos durante cinco días; y posiblemente más tiempo.

La cárcel en cuestión, que se conocía a nivel local con el nombre de Moyamensing Prison^[1], estaba ubicada entre las calles Tenth y Reed Street, y desde el punto de vista arquitectónico y artístico no resultaba desagradable a los ojos. Estaba formada por una parte central —la prisión y la residencia del *sheriff* o como se le quiera llamar— de tres plantas de altura, con una cornisa y con una torre almenadas, esta de más o menos un tercio de la altura de la parte central, y dos alas, cada una de ellas de dos plantas de altura, con torretas fortificadas en cada extremo y que le conferían un aire de castillo y, por lo tanto, desde el punto de vista norteamericano, un aspecto muy apropiado para una prisión. La fachada de la prisión, que no tenía más de once metros de altura en la parte central, ni más de siete metros en las alas, estaba a unos treinta metros de la calle y continuaba por ambos extremos, desde las alas hasta el final de la manzana, en un muro de piedra de seis metros de altura. La estructura no era la típica de una cárcel estrictamente hablando, ya que la parte central estaba atravesada por grandes huecos sin rejas de los que colgaban cortinas en los dos pisos superiores, lo que le confería a la parte frontal un agradable aire residencial. El ala de la derecha, según se miraba desde la calle, era la parte conocida como la cárcel del condado en sí, y se destinaba a la custodia de los prisioneros que cumplían sentencias cortas por orden judicial. El ala de la izquierda estaba destinada exclusivamente a la custodia y al control de los prisioneros que no habían sido juzgados. Todo el edificio estaba construido en una piedra lisa de color claro, que en una noche de nieve como esta, y con las pocas lámparas que se utilizaban para iluminarla brillando tenuemente en la oscuridad, presentaba un aspecto sobrecogedor, irreal y casi sobrenatural.

Hacía una noche tormentosa y de mucho viento cuando Cowperwood se vio obligado a ponerse en marcha hacia esta institución. El viento levantaba curiosos remolinos de nieve delante del edificio. Eddie Zanders, el ayudante del *sheriff* que estaba de guardia en el tribunal, lo acompañó a él, a su padre y a Steger. Zanders era un hombrecillo moreno con un bigotito corto y grueso, y una expresión sagaz, aunque no especialmente inteligente, en los ojos. Estaba ansioso en primer lugar por confirmar su dignidad de ayudante del *sheriff*, que, a su juicio, era un puesto muy importante, y después, por ganarse el pan honradamente si podía. Sabía pocas cosas aparte de los detalles de su pequeño mundo, que consistían en acompañar a los prisioneros en sus idas y venidas de los tribunales a las cárceles, y en encargarse de que no se escaparan. No era hostil con un tipo concreto de prisioneros —los acomodados o los que eran moderadamente prósperos—, porque hacía tiempo que

había descubierto que le salía a cuenta no serlo. Esta noche hizo unos cuantos comentarios con la intención de ser sociable; a saber, que hacía mal tiempo, que la cárcel no estaba muy lejos y por eso podían ir andando, y que el *sheriff* Jaspers andaría por allí, casi con total seguridad, y podrían despertarlo. Cowperwood prácticamente no le prestó atención. Pensaba en su madre, en su esposa y en Aileen.

Cuando llegaron a la cárcel lo condujo hasta la parte central, ya que era aquí donde el *sheriff*, Adlai Jaspers, tenía su oficina privada. Hacía poco que Jaspers había sido elegido para el cargo y tenía tendencia a guardar las apariencias de cara al exterior en lo que a la conducta adecuada de su oficina se refería, pero sin regirse en realidad por las normas a nivel particular. Así que era sabido entre los políticos que una de las maneras que tenía de engordar su salario, que era algo escaso, era alquilando habitaciones privadas y concediendo privilegios especiales a los prisioneros que tenían dinero para pagarlos. Otros *sheriffs* antes de él ya lo habían hecho. De hecho, cuando Jaspers tomó posesión del cargo, varios prisioneros ya disfrutaban de estos privilegios, y no formaba parte de sus planes molestarlos. Las habitaciones que alquilaba a las «partes adecuadas», como invariablemente los denominaba, se encontraban en la parte central de la cárcel, donde estaban sus propias dependencias privadas. No tenían rejas y no se parecían en nada a una celda. No había ningún peligro especial de fuga, ya que siempre había un guardián ante su puerta privada con instrucciones de «estar muy atento» a los movimientos generales de todos los internos. Los prisioneros que se encontraban acomodados de este modo gozaban de bastante libertad. Se les servían las comidas en su habitación si así lo deseaban. Podían leer o jugar a las cartas, y recibir visitas; y si les gustaba especialmente algún instrumento musical, tampoco se les negaba. Sólo había una norma que debía cumplirse. Si se trataba de un personaje público y lo visitaba algún periodista, había de ser llevado obligatoriamente a la planta baja a la sala privada para las entrevistas, de modo que no pudieran saber que no se encontraba confinado en una celda como cualquier otro prisionero.

Previamente, Steger había informado a Cowperwood prácticamente de todos estos detalles; pero a pesar de todo, lo invadió una peculiar sensación de extrañeza y derrota en cuanto cruzó el umbral de la cárcel. Él y sus acompañantes fueron conducidos a una pequeña oficina que se encontraba a la izquierda de la entrada, donde sólo había una mesa y una silla tenuemente iluminadas por una lámpara de gas. El *sheriff* Jaspers, corpulento y rubicundo, los recibió, saludándolos de manera bastante amistosa. Despachó a Zanders, que se dirigió con paso enérgico a sus quehaceres.

—Una mala noche, ¿no? —observó Jaspers mientras subía el gas y se preparaba para cumplir con los trámites rutinarios de registro del prisionero. Steger se le acercó y mantuvo una breve conversación privada con él junto a la mesa, lo que dio lugar a que la cara del *sheriff* se iluminara.

—¡Ah, por supuesto, por supuesto! Desde luego, puede estar seguro, señor Steger.

¡Claro, por supuesto!

Cowperwood, que observaba al *sheriff* desde donde se encontraba, entendió perfectamente de qué iba todo aquello. Había recuperado completamente su actitud crítica y su aplomo y serenidad intelectuales. Así que esta era la cárcel, y este era el *sheriff* gordo y mediocre que iba a encargarse de él. Muy bien. Le sacaría el mayor partido posible. Se preguntó si lo cachearían —lo normal era que cachearan a los prisioneros—, pero pronto descubrió que no iban a hacerlo.

—Muy bien, señor Cowperwood —dijo Jaspers poniéndose en pie—. Creo que podré hacer que se sienta cómodo, más o menos. Como sabrá, no es un hotel lo que tenemos —se rio de su propio chiste—, pero creo que estará cómodo. John —dijo, llamando al somnoliento factótum^[2], que apareció desde otra habitación frotándose los ojos—, ¿está aquí abajo la llave del número seis?

—Sí, señor.

—Dámela.

John desapareció y regresó mientras Steger le explicaba a Cowperwood que cualquier cosa que deseara, como ropa, por ejemplo, se le podría traer. El propio Steger se pasaría a la mañana siguiente para hablar con él, al igual que podrían hacer los miembros de la familia de Cowperwood a los que deseara ver. Cowperwood le explicó a su padre inmediatamente que deseaba tener el menor número de visitas posible. Joseph y Edward podrían venir por la mañana y traerle una bolsa llena de ropa interior, etcétera; pero en lo tocante a los otros, sería mejor que esperaran hasta que saliera o hasta que se supiera si tendría que quedarse de manera permanente. Pensó en escribir a Aileen para advertirle de que no hiciera nada; pero el *sheriff* le hizo ahora señas y él lo siguió en silencio. Acompañado por su padre y por Steger, subió hasta su nueva habitación.

Era una habitación sencilla de paredes blancas y de unos cuatro metros y medio por seis, en la que había una cama amarilla de madera con un cabecero alto, una cómoda amarilla, una mesita cuya madera imitaba a la de cerezo, tres sillas corrientes con el asiento de mimbre y el respaldo de nogal tallado, teñidas también de color cerezo, y un palanganero de madera amarilla, que hacía juego con la cama, y que contenía una palangana, un jarro, una jabonera abierta y una pequeña jarrita barata de flores de color rosa para el cepillo de dientes y la brocha de afeitarse, que no hacía juego con las otras piezas de cerámica y que probablemente habría costado diez centavos. El valor que esta habitación tenía para el *sheriff* Jaspers era lo que pudiera sacarle en casos como este —veinticinco o treinta y cinco dólares a la semana—. Cowperwood pagaría treinta y cinco.

Cowperwood caminó hasta la ventana que daba al césped delantero, ahora enterrado en nieve, con paso enérgico, y dijo que el lugar le parecía bien. Tanto Steger como su padre estaban dispuestos a quedarse allí hablando con él durante horas, si así lo deseaba; pero no había nada que decir. No tenía deseos de hablar.

—Que Ed me traiga sábanas limpias por la mañana y un par de trajes, y estaré

bien. George puede recoger mis cosas. —Se estaba refiriendo a un criado de la familia que hacía las veces de ayuda de cámara, y que también cumplía con otras funciones—. Dile a Lillian que no se preocupe. Estoy bien. Preferiría que ella no viniera, ya que estaré fuera dentro de cinco días. Si no es así, ya habrá tiempo de sobra más adelante. Dale un beso a los niños de mi parte. —Y sonrió afablemente.

Como sus predicciones sobre el resultado del juicio preliminar no se habían cumplido, Steger casi temía sugerirle confidencialmente lo que haría o dejaría de hacer la Corte Suprema del Estado, pero algo tenía que decir.

—No creo que tengas que preocuparte por el resultado de mi apelación, Frank. Conseguiré un certificado de duda razonable, lo que equivaldría a una estancia de dos meses, o quizá más. No creo que la fianza sea de más de treinta mil dólares, a lo sumo. Estarás fuera de nuevo dentro de cinco o seis días, sea como sea.

Cowperwood dijo que así lo esperaba, y sugirió que dejaran el asunto ya por aquella noche. Tras varios intentos infructuosos por decir algo, su padre y Steger finalmente le dieron las buenas noches, dejándolo solo con sus pensamientos. Estaba cansado y, tras quitarse la ropa, se metió en aquella cama mediocre y pronto se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO XLV

Se diga lo que se diga sobre la vida en una cárcel en general, por mucho que se modifique con habitaciones especiales gracias a obsequiosos carceleros, y a pesar de que puedan tender a ponerlo a uno lo más cómodo posible, una cárcel es una cárcel, y no hay forma de escapar de ese hecho. Cowperwood, en una habitación que no era peor que la de cualquier casa de huéspedes normal y corriente, era sin embargo consciente del carácter de aquella sección de la cárcel propiamente dicha en la que él no se encontraba. Sabía que había celdas allí, probablemente grasientas, malolientes y llenas de bichos, que estaban cerradas por gruesos barrotes de hierro, que fácilmente se habrían cerrado tras él con estruendo, igual que había ocurrido con los que se encontraban allí encarcelados, si no hubiera tenido dinero para pagar por algo mejor. Así era la supuesta igualdad de los hombres, pensó, que proporcionaba a uno, incluso dentro de los lúgubres confines de la maquinaria de la justicia, la libertad personal de la que ahora él disfrutaba, y a otro, porque carecía de ingenio o de amigos y familiares o de riqueza, le negaba aquellas comodidades que el dinero sí podía comprar.

Al despertarse la mañana posterior al juicio, se despertó con curiosidad, y entonces, de repente, recordó que ya no se encontraba en la comodidad y libertad de su propio dormitorio, sino en la celda de una cárcel, o mejor dicho, en su sustituto más cómodo, una habitación alquilada al *sheriff*. Se levantó y miró por la ventana. El suelo y Passayunk Avenue estaban cubiertos de nieve. Pasaron varios carros silenciosos. Se veía a unos cuantos filadelfios aquí y allí, yendo de un lado para otro haciendo sus recados matutinos. Enseguida empezó a pensar en las cosas que debía hacer, en cómo debía actuar para llevar adelante sus asuntos y rehabilitarse; mientras lo hacía, se vistió y tiró del cordón de la campanilla que le habían indicado y que haría venir a un asistente que le encendería el fuego y que luego le traería algo de comer. Un desaliñado sirviente de la cárcel vestido con un uniforme azul, consciente de la superioridad de Cowperwood por la habitación que ocupaba, puso madera y carbón en la chimenea y encendió el fuego y, más tarde, le trajo el desayuno, que podía ser cualquier cosa menos comida carcelaria, aunque no por eso dejaba de ser humilde.

Después, se vio obligado a esperar pacientemente durante varias horas, a pesar del interés supuestamente solícito del *sheriff*, hasta que permitieron entrar a su hermano Edward con la ropa. Un sirviente, a cambio de una remuneración, le trajo los periódicos de la mañana, que leyó con indiferencia, a excepción de la sección financiera. Steger llegó a última hora de la tarde diciendo que había estado ocupado con ciertos procedimientos que había tenido que posponer, pero que lo había arreglado con el *sheriff* de modo que a Cowperwood se le permitiera ver a aquellas personas con las que tuviera negocios importantes.

Para entonces Cowperwood ya le había escrito a Aileen diciéndole que bajo

ninguna circunstancia debía intentar ir a verlo, ya que saldría antes del día diez, y que se reunirían bien ese día o poco después. Sabía que ella estaba deseando verlo, pero tenía razones para creer que estaría bajo vigilancia por parte de detectives empleados por su padre. Esto no era cierto, pero era algo que la obsesionaba, y que combinado con algunos comentarios despectivos que Owen y Callum habían hecho en la mesa últimamente, había demostrado ser casi demasiado para su fogoso temperamento. Pero debido a la carta de Cowperwood que le llegó a casa de las Calligan, no hizo nada hasta que leyó en la mañana del día diez que la petición de Cowperwood de un certificado de duda razonable había sido atendida, y que una vez más, al menos durante algún tiempo, sería libre. Esto le dio el valor suficiente para hacer lo que hacía tanto tiempo que deseaba, y eso era demostrarle a su padre que podía arreglárselas sin él y que no podría obligarla a hacer nada que ella no deseara. Aún tenía los doscientos dólares que Cowperwood le había dado, junto con algo de dinero propio; quizá trescientos cincuenta dólares en total. Pensó que con eso tendría suficiente para llegar hasta el final de su aventura, o al menos hasta que pudiera hacer otros planes referentes a su bienestar personal. Por lo que sabía de lo que su familia sentía por ella, pensaba que serían ellos los únicos que sufrirían de angustia. Quizá cuando su padre viera lo decidida que estaba, resolvería dejarla tranquila y hacer las paces. En cualquier caso, estaba dispuesta a intentarlo, e inmediatamente le envió a Cowperwood un mensaje informándole de que se iba a casa de las Calligan y de que le daría la bienvenida a la libertad.

En cierto sentido, se sintió gratificado por el mensaje de Aileen, porque pensaba que su actual situación, tan amarga como era, se debía en gran medida a la enemistad de Butler, y no sentía ningún remordimiento a la hora de devolverle el golpe a través de su hija. Su anterior idea de no enfurecer a Butler había demostrado ser fútil, pensaba, y puesto que no había manera de apaciguar al hombre, bien podía permitir que fuera Aileen quien le demostrara que no carecía de recursos propios y que podía vivir sin él. Quizá consiguiera obligarlo a cambiar de actitud hacia ella e incluso a modificar sus tejemanejes políticos contra él. La necesidad carece de ley; y además, ahora no tenía nada que perder, y su instinto le decía que era probable que la mudanza de ella terminara teniendo más resultados positivos que negativos, de modo que no hizo nada por evitarlo.

Ella cogió sus joyas, algo de ropa interior, un par de vestidos que pensó que le resultarían útiles y unas cuantas cosas más y lo metió todo en la maleta de viaje más espaciosa que tenía. Tuvo en cuenta también los zapatos y las medias, pero, a pesar de sus esfuerzos, se dio cuenta de que no podía meter todo lo que quería. El sombrero más bonito que tenía, y que estaba decidida a llevarse, tendría que ir fuera. Preparó un bulto aparte con él, que no resultaba agradable a la vista. Pero aun así, decidió llevárselo. Hurgó en el cajón donde guardaba el dinero y las joyas, encontró los trescientos cincuenta dólares y los metió en su bolso. No era mucho, como ella misma se daba cuenta, pero Cowperwood la ayudaría. Si él no se hacía cargo de sus

gastos y su padre no se ablandaba, tendría que buscar algo que pudiera hacer. Qué poco sabía de la cara acerada que la vida presentaba a aquellos que prácticamente no tenían formación y que no eran económicamente solventes. Era completamente incapaz de comprender hasta qué punto la vida podía ser amarga. Esperó, tarareando para disimular, hasta que su padre bajó a cenar este diez de diciembre, después se echó sobre la balaustrada del piso de arriba para asegurarse de que Owen, Callum, Norah y su madre estaban a la mesa, y de que Katy, la sirvienta, no estuviera por ninguna parte. Entonces entró cautelosamente en el gabinete de su padre y, sacándose una nota del vestido, la dejó sobre la mesa y salió. Iba dirigida a «Padre» y decía lo siguiente:

«Querido padre:

No puedo hacer lo que quieres que haga. He llegado a la conclusión de que amo demasiado al señor Cowperwood, así que me marché. No me busques donde esté él. No me encontrarás donde piensas. No me voy con él; no estaré allí. Voy a intentar arreglármelas sola durante un tiempo hasta que él quiera que me case con él y pueda hacerlo. Lo siento muchísimo; pero simplemente no puedo hacer lo que quieres que haga. No podré perdonarte nunca por la forma en la que te has comportado conmigo. Di adiós de mi parte a mamá, a Norah y a los chicos.

Aileen».

Para asegurarse de que la descubriría, cogió las gafas de montura gruesa que Butler siempre usaba cuando leía y las puso encima. Por un momento se sintió extraña, como una ladrona. Incluso llegó a experimentar una momentánea sensación de ingratitud junto con una punzada de dolor. Quizá estuviera actuando mal. Su padre había sido muy bueno con ella. Su madre se sentiría muy mal. Norah lo lamentaría, así como Callum y Owen. Pero ellos ya no la comprendían. Estaba resentida por el comportamiento de su padre. Él podría haberse dado cuenta de cuál era la cuestión; pero no, era demasiado viejo, y estaba demasiado aferrado a la religión y a las convenciones; nunca lo entendería. Quizá ni siquiera le permitiera volver nunca. Muy bien, ya se las arreglaría de algún modo. Pensaba demostrárselo. Quizá pudiera conseguir un puesto de maestra y seguir viviendo con las Calligan durante un periodo prolongado, si era necesario, o quizá dar clases de música.

Se escabulló hasta la planta baja y de allí al vestíbulo, abrió la puerta y miró hacia la calle. Las farolas ya estaban encendidas en la oscuridad y soplaba un viento fresco. La maleta pesaba mucho, pero ella era fuerte. Caminó hasta la esquina, que estaba a unos quince metros de distancia, con paso resuelto, y desde allí se dirigió hacia el sur, caminando con cierto nerviosismo e irritación, ya que esta era una experiencia nueva para ella, y todo le resultaba muy poco digno, muy diferente a lo que estaba acostumbrada a hacer. Al fin, dejó la maleta en el suelo en una esquina para descansar. Un chico que silbaba a lo lejos atrajo su atención, y cuando se acercó a ella, lo llamó:

—¡Chico! ¡Eh, chico!

Se acercó a ella mirándola con curiosidad.

—¿Quieres ganarte algún dinero?

—Sí, señora —contestó cortésmente, colocándose la gorra sucia por encima de la oreja.

—Llévame esta bolsa —dijo Aileen, y él la cogió y echó a andar.

Al tiempo llegaron a casa de las Calligan y, en medio de gran excitación, se instaló en el seno de su nuevo hogar. Se tomó su nueva situación con gran despreocupación una vez que estuvo debidamente instalada, y colocó sus artículos de tocador y su ropa con sumo cuidado. El hecho de no disponer ya de los servicios de Kathleen, la sirvienta que atendía a su madre, a Norah y a ella conjuntamente, le resultaba extraño, aunque no duro. En realidad, no creía haberse apartado de aquellos lujos de forma permanente, así que se puso cómoda.

Mamie Calligan y su madre eran unas fregonas que la adoraban, de modo que no estaba del todo fuera del ambiente que le gustaba y al que estaba acostumbrada.

CAPÍTULO XLVI

Mientras tanto, en el hogar de los Butler la familia se estaba reuniendo para cenar. La señora Butler estaba sentada en rotunda complacencia en un extremo de la mesa, con el pelo gris peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente redonda y brillante. Llevaba un vestido de seda de color gris oscuro, ribeteado con un lazo de rayas grises y blancas, que casaba de manera admirable con su temperamento florido. Aileen lo había escogido para su madre y se había encargado de que lo confeccionaran adecuadamente. A Norah daba gusto verla con un juvenil vestido de color verde pálido con los puños y el cuello de terciopelo rojo. Se la veía joven, delgada y alegre, y tanto el pelo como los ojos y la piel tenían un aspecto fresco y saludable. Jugaba con un collar de cuentas de coral que su madre acababa de regalarle.

—Mira, Callum —le dijo a su hermano, que se encontraba frente a ella y que estaba tamborileando distraídamente con el cuchillo y el tenedor sobre la mesa—. ¿No te parece precioso? Mamá acaba de regalármelo.

—Mamá hace por ti más de lo que yo haría. ¿Tú sabes lo que te regalaría yo, no?

—¿Qué?

La miró con aire juguetón. Como respuesta, Norah le hizo una mueca. En ese momento entró Owen y ocupó su lugar en la mesa, y la señora Butler vio la mueca de Norah.

—Bueno, con eso no conseguirás el amor de tu hermano. Eso es seguro —comentó.

—Ay, Señor. ¡Menudo día! —observó Owen cansado, desdoblando la servilleta—. Hoy he terminado hartos de trabajar.

—¿Hay algún problema? —preguntó su madre consternada.

—No es que haya ningún problema —contestó—. Es todo —un despilfarro, eso es todo.

—Bueno, ahora debes comer bien; comida buena y abundante, y con eso te recuperarás —observó su madre con cariño y conmiseración—. Thompson —dijo, refiriéndose al tendero de la familia— nos trajo sus últimas judías. Tienes que probarlas.

—Claro, las judías lo arreglarán, Owen; sea lo que sea —bromeó Callum—. Mamá tiene la respuesta.

—Son buenas, para que lo sepas —contestó la señora Butler, sin darse cuenta de que se trataba de una broma.

—No lo dudo, madre —contestó Callum—. Alimento para la mente. Vamos a darle un poco a Norah.

—Más vale que comas tú un poco, listillo. Vaya, ¡qué contento estás! Supongo que vas a salir a ver a alguien. Por eso será.

—Tienes razón, Norah. Chica lista. A cinco o seis. De diez a quince minutos con

cada una. Te visitaría a ti también si fueras más simpática.

—Lo harías si pudieras —se burló Norah—. Ya me encargaría de hacerte saber que no serías bien recibido. Me sentiría mal si no fuera capaz de conseguir a alguien mejor que tú.

—Tanto como yo, querrás decir —la corrigió Callum.

—¡Niños, niños! —interrumpió la señora Butler con calma mirando a su alrededor en busca de John. Callad ya. Aquí viene vuestro padre. ¿Dónde está Aileen?

Butler entró caminando pesadamente y tomó asiento.

John, el sirviente, apareció con una bandeja de judías entre otras cosas, y la señora Butler le pidió que mandara a alguien a buscar a Aileen.

—Está empezando a hacer frío —dijo Butler intentando iniciar una conversación y reparando en la silla vacía de Aileen. Llegaría pronto; su gran problema. Había tenido mucho tacto en aquellos dos últimos meses; evitando cualquier referencia a Cowperwood en su presencia hasta donde le era posible.

—Hace más frío —comentó Owen—, bastante más. Me parece que el invierno va a llegar pronto.

El viejo John empezó a ofrecer los distintos platos en orden; pero cuando todos se habían servido, Aileen aún no había llegado.

—Ve a ver dónde está Aileen, John —le dijo la señora Butler con mucho interés—. Se le va a enfriar la comida.

El viejo John regresó con la noticia de que Aileen no estaba en su habitación.

—Tiene que estar en alguna parte —comentó la señora Butler, ligeramente sorprendida—. Bueno, ya vendrá si quiere cenar. No importa. Sabe que es la hora de la cena.

La conversación fue desde los planes para una nueva planta de tratamiento de agua hasta el ayuntamiento, que estaba a punto de ser acabado por entonces; los problemas financieros y sociales de Cowperwood y el estado general de la bolsa de valores; una nueva mina de oro en Arizona; la partida de la señora Mollenhauer hacia Europa el martes siguiente, con los comentarios apropiados por parte de Norah y Callum; y un baile de Navidad que se iba a organizar con fines benéficos.

—Seguro que Aileen querrá asistir —comentó la señora Butler.

—Yo pienso ir, de eso podéis estar seguros —añadió Norah.

—¿Y quién te va a llevar? —preguntó Callum.

—Eso es asunto mío, caballero —le contestó ella con insolencia.

La cena terminó y la señora Butler subió a la habitación de Aileen para ver por qué no había bajado a cenar. Butler entró en su gabinete pensando que ojalá pudiera sincerarse con su esposa y contarle lo que tanto le preocupaba. Sobre la mesa, al sentarse y encender la luz, vio la nota. Al instante reconoció la letra de Aileen. ¿Qué habría pretendido al escribirle? Lo invadió la sensación de que algo malo ocurría y rasgó el sobre lentamente, se puso las gafas y contempló la nota con solemnidad.

Aileen se había marchado. El hombre miró cada palabra como si las hubieran escrito con fuego. Decía que no se había ido con Cowperwood. Pero, aun así, estaba dentro de lo posible que él se hubiera escapado de Filadelfia y se la hubiera llevado consigo. Esto era lo que le faltaba. Este sí que era el final. Que Aileen se hubiera dejado deslumbrar como para marcharse de casa, pero ¿adónde?, ¿a qué? Butler no podía creer, sin embargo, que fuera Cowperwood quien la hubiera tentado para hacer esto. Tenía demasiado en juego y esto complicaría a su familia y a la de Butler. Los periódicos se harían con la noticia muy pronto. Se levantó, estrujando el papel que tenía en la mano, y se giró al oír un ruido. Su esposa acababa de entrar. Intentó recuperar la calma y se metió la carta en el bolsillo.

—Aileen no está en su habitación —dijo ella, sorprendida—. No dijo nada de que fuera a salir, ¿verdad?

—No —respondió él diciendo la verdad, y preguntándose cuándo debería contárselo a su esposa.

—Qué raro —comentó la señora Butler con poco convencimiento—. Debe de haber salido a buscar algo. Pero es raro que no se lo haya dicho a nadie.

Butler no dejó traslucir nada. No se atrevió.

—Ya volverá —dijo, más para ganar tiempo que para ninguna otra cosa. Sentía verse obligado a fingir. La señora Butler salió y cerró la puerta. Entonces sacó la carta y volvió a leerla. Esa muchacha estaba loca. Estaba haciendo algo completamente absurdo, inhumano y sin sentido. ¿Dónde podría haberse ido si no con Cowperwood? Estaba al borde del escándalo público y esto daría pie a ello. Sólo había una cosa que podía hacer. Cowperwood, si es que aún se encontraba en Filadelfia, lo sabría. Iría a verlo —lo amenazaría, lo engatusaría, lo destruiría si era necesario—. Aileen debía volver. No haría falta que se fuera a Europa, quizá, pero debía volver y comportarse al menos hasta que Cowperwood pudiera casarse con ella legítimamente. Eso era lo único que podía esperar ya. Ella tendría que esperar, y algún día, quizá podría llegar a aceptar la lamentable propuesta de ella. ¡Qué pensamiento tan horrible! Mataría a su madre y deshonoraría a su hermana. Se puso en pie, cogió el sombrero, se puso el abrigo y salió.

Al llegar a la casa de Cowperwood lo condujeron a la sala de visitas. Cowperwood estaba en su gabinete en aquel momento echando un vistazo a algunos papeles privados. Cuando le anunciaron el nombre de Butler bajó a la planta de abajo inmediatamente. Era propio de él no haber sentido la más mínima conmoción ante el anuncio de la presencia de Butler. Así que Butler había venido. Eso, por supuesto, significaba que Aileen se había marchado. Y ahora se produciría una batalla, no de palabras, sino de personalidades. Sentía que él era intelectual y socialmente el más poderoso de los dos, así como en todos los demás aspectos. El contenido espiritual que llamamos vida se le endureció hasta adquirir la consistencia del acero. Recordó que aunque le había contado a su esposa y a su padre que los políticos, de los que Butler formaba parte, estaban intentando convertirlo en chivo expiatorio, no

consideraba haber perdido del todo la amistad de Butler y que debían prevalecer las buenas formas. Le gustaría mucho apaciguarlo si podía, hablar de los hechos innegables de la vida de manera amistosa y calmada. Pero el asunto de Aileen tenía que quedar zanjado de una vez por todas. Y con esa idea en mente se apresuró a llegar hasta donde se encontraba Butler.

El hombre, cuando supo que Cowperwood estaba en casa y que lo recibiría, decidió que su contacto con el financiero debía ser lo más corto y efectivo posible. Prácticamente no se movió cuando oyó los pasos de Cowperwood, tan ligeros y elásticos como siempre.

—Buenas noches, señor Butler —dijo Cowperwood alegremente cuando lo vio, extendiéndole la mano—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Puede quitarme eso de delante, para empezar —dijo Butler en tono grave refiriéndose a la mano—. No la necesito. He venido a hablar de mi hija, y quiero respuestas directas. ¿Dónde está?

—¿Se refiere a Aileen? —dijo Cowperwood, mirándolo fijamente y con curiosidad, sin que sus ojos dejaran traslucir nada, y utilizando el comentario simplemente para ganar tiempo—. ¿Qué puedo decirle sobre ella?

—Puede decirme dónde está, que yo sepa. Y puede obligarla a que vuelva a casa, que es donde tiene que estar. Ya fue mala suerte que una vez traspasara la puerta de mi casa, pero no voy a discutir con usted aquí. Me va a decir dónde está mi hija, y a partir de ahora, va a dejarla en paz, o yo... —El puño del hombre se cerró con violencia y el pecho le subía y le bajaba al intentar contener la rabia—. Si sabe lo que le conviene, no me hará perder la paciencia —añadió; y tras un momento, recuperando un poco la ecuanimidad—: No quiero tener nada que ver con usted. Quiero a mi hija.

—Escuche, señor Butler —dijo Cowperwood con bastante calma, saboreando la situación por la sensación de superioridad que le daba—, quiero ser franco con usted, si me lo permite. Puede que sepa dónde está su hija, y puede que no. Puede que desee decírselo, y puede que no. Quizá sea ella la que no desee que se lo diga. Pero si no está dispuesto a hablar conmigo con cortesía, no hay necesidad de continuar con esta conversación. Puede usted hacer lo que prefiera. ¿Quiere subir conmigo a mi gabinete? Allí podremos hablar más cómodos.

Butler miró a su antiguo protegido completamente atónito. Jamás en su vida, y a pesar de toda su experiencia, se las había visto con un tipo más despiadado —hábil, afable, convincente y sin miedo—. Este hombre había llegado a él como un corderito, y había resultado ser un lobo salvaje. Su encarcelamiento no lo había aterrorizado en lo más mínimo.

—No voy a subir a su gabinete —dijo Butler—, y no va a salir de Filadelfia con ella, si es que es eso lo que tiene previsto. Me encargaré de que no sea así. Ya veo que piensa que me lleva la delantera en esto, y está ansioso por sacarle partido. Bien, pues eso no va a ocurrir. No fue suficiente que, habiendo llegado a mí como un mendigo,

implorando mi ayuda, lo acogiera y le ayudara en todo lo que pude; tenía que quitarme a mi hija, para colmo. Si no fuera por la madre, por la hermana y por sus hermanos —hombres más decentes de lo que usted lo será nunca—, le rompería la crisma aquí mismo. ¡Llevarse a una muchacha joven e inocente para convertirla en una mala mujer, siendo además un hombre casado! Es una suerte para usted que haya venido yo a hablar con usted y no uno de mis hijos, o no habría llegado vivo al final de esta conversación.

El hombre sentía una rabia tremenda, pero se sentía impotente.

—Lo siento, señor Butler —contestó Cowperwood con calma—. Deseo explicarme, pero usted no me lo permite. No tengo intención de fugarme con su hija, ni de marcharme de Filadelfia. Debería conocerme lo suficiente como para saber que no contemplo nada de eso; tengo demasiados intereses. Usted y yo somos hombres prácticos. Deberíamos poder hablar de este asunto y llegar a un entendimiento. Ya pensé una vez en ir a verlo para explicárselo todo; pero estaba prácticamente convencido de que no me escucharía. Ahora que está usted aquí me gustaría hablar con usted. Si quisiera acompañarme, me gustaría hacerlo; pero si no lo desea, no. ¿Querrá acompañarme arriba?

Butler se dio cuenta de que Cowperwood tenía ventaja. Sería mejor que subiera. De otro modo, estaba claro que no conseguiría ninguna información.

—Muy bien —dijo.

Cowperwood fue delante mostrando una actitud amistosa y, una vez dentro del despacho, cerró la puerta tras él.

—Deberíamos ser capaces de discutir este asunto y llegar a un entendimiento —dijo de nuevo, cuando se encontraban en el gabinete y hubo cerrado la puerta—. No soy tan mala persona como usted piensa, aunque sé que lo parezco. —Butler lo miró con desprecio—. Amo a su hija y ella me ama a mí. Sé que usted se estará preguntando cómo puedo hacer esto cuando aún estoy casado; pero le aseguro que es así y que la amo. No soy feliz en mi matrimonio. Esperaba haber podido acordar el divorcio con mi esposa, si no hubiera tenido lugar este pánico, y casarme con Aileen. Mis intenciones son perfectamente buenas. La situación de la que usted puede quejarse es la que se produjo hace unas semanas, por supuesto. Fue algo indiscreto, pero completamente humano. Su hija no se queja; ella lo comprende. —Ante la mención de su hija en este aspecto, Butler se encendió a causa de la vergüenza y la rabia, pero se controló.

—Y usted piensa que como ella no se queja, entonces eso es correcto, ¿verdad? —preguntó con sarcasmo.

—Desde mi punto de vista, sí; desde el suyo, no. Usted tiene una visión de la vida, señor Butler, y yo tengo otra.

—En eso tiene razón —interpuso Butler—, al menos, por esta vez.

—Eso no demuestra que ninguno de nosotros esté en lo cierto ni que esté equivocado. A mi juicio, este fin justifica los medios. El fin que tengo en mente es

casarme con Aileen. Si consigo salir de esta situación financiera tan difícil, lo haré. Por supuesto, me gustaría contar con su consentimiento para ello; y también a Aileen; pero si no puede ser, no puede ser. —Cowperwood estaba pensando que aunque esto no tuviera un efecto demasiado tranquilizador bajo el punto de vista del viejo contratista, sí debería al menos apelar a su sentido de lo que era posible o necesario. La actual situación de Aileen era del todo insatisfactoria si no había posibilidad de matrimonio. Y, aunque Cowperwood estuviera prácticamente condenado por malversación a ojos del público, eso no lo convertía en un malversador. Aún podría salir libre y rehabilitarse (lo que sin duda ocurriría) y Aileen debería alegrarse de casarse con él si podía, en estas circunstancias. Él no llegaba a captar la profundidad de los sentimientos religiosos y de los prejuicios morales de Butler—. Últimamente, según tengo entendido, ha estado usted haciendo todo lo posible por derribarme, a cuenta de Aileen, supongo; pero eso lo único que conseguiré será posponer lo que quiero hacer.

—Supongo que quiere que le ayude a hacerlo, ¿verdad? —sugirió Butler, con una paciencia infinita y gran repugnancia.

—Quiero casarme con Aileen —repitió Cowperwood, para poner mayor énfasis—. Ella quiere casarse conmigo. En estas circunstancias, y a pesar de cuáles sean sus sentimientos al respecto, no puede poner objeciones a que lo haga, de eso estoy seguro; pero a pesar de eso, usted sigue poniéndose en mi contra —poniéndome dificultades para que pueda hacer lo que realmente usted sabe que se debería hacer.

—Es usted un sinvergüenza —dijo Butler, viendo con claridad adónde quería llegar—. Es usted un estafador y no quiero que ninguno de mis hijos tenga nada que ver con usted. No estoy diciendo, viendo cómo están las cosas, que si fuera un hombre libre no sería mejor que se casara con usted. Es lo único decente que podría hacer; si quisiera, que lo dudo. Pero no es ese el caso en este momento. ¿Qué puede esperar de ella teniéndola escondida en alguna parte? No puede casarse con ella. No puede divorciarse. Está demasiado ocupado con sus pleitos para intentar quedar fuera de la cárcel. Ella no le supondrá más que un gasto añadido, y va a necesitar todo el dinero que tenga para otras cosas, me parece. ¿Por qué iba a querer sacarla de una casa decente y convertirla en algo de lo que usted mismo se avergonzaría si pudiera casarse con ella? Lo menos que podría hacer, si fuese un poco hombre nada más, y sintiera algo de eso que a usted le gusta llamar amor, sería dejarla en su casa y que siguiera siendo lo más respetable posible. Cuidado, no estoy pensando que ella no valga diez mil veces más que usted, a pesar de haberla convertido en lo que la ha convertido. Pero si le quedara el más mínimo sentido de la decencia, no le permitiría que avergonzara a su familia ni que le rompiera el corazón a su madre, con el único propósito de convertirla en algo peor de lo que ya es. ¿Qué provecho puede sacarle a esta situación ahora? ¿Qué beneficio puede sacar de esto? ¡Cielo santo! Si tuviera el más mínimo sentido común, usted mismo se daría cuenta. Sólo está creándose nuevos problemas, no quitándoselos de encima; y ella no se lo agradecerá más adelante.

Se detuvo, sorprendido por haberse dejado arrastrar a una discusión. Su desprecio por este hombre era tal que casi no podía ni mirarlo, pero su deber y su necesidad era conseguir que Aileen volviera. Cowperwood lo miró como quien presta toda su atención a otra persona. Parecía estar pensando seriamente en lo que Butler le acababa de decir.

—Para decirle la verdad, señor Butler —dijo—, yo no quería que Aileen se marchara de su casa; y ella misma se lo dirá, si alguna vez habla con ella sobre esto. Hice todo lo que pude por convencerla de que no lo hiciera, y cuando ella insistió en marcharse, lo único que pude hacer fue asegurarme de que estuviera cómoda dondequiera que se marchara. Se sentía tremendamente indignada porque usted hubiera contratado detectives para seguirle la pista. Eso y el hecho de que usted quisiera mandarla fuera contra su voluntad fueron las razones fundamentales de su marcha. Le aseguro que yo no quería que se marchara. Creo que usted olvida a veces, señor Butler, que Aileen es una mujer adulta y que tiene voluntad propia. Usted piensa que soy yo quien la controla y que la estoy perjudicando con ello. De hecho, estoy muy enamorado de ella, y de eso hace ya tres o cuatro años; y si sabe algo sobre el amor, sabrá que eso no siempre implica que haya control. No le estoy haciendo ninguna injusticia a Aileen cuando le digo que ella ha influido tanto en mí como yo en ella. La amo, y esa es la causa de todo el problema. Usted viene a insistirme en que le devuelva a su hija. De hecho, ni siquiera sé si puedo hacerlo o no. No sé si volvería sólo porque yo quisiera que lo hiciera. Quizá se volviera contra mí y me dijera que ya no la amo. Y eso no es cierto, y no quiero que ella lo piense. Está muy dolida, como le he dicho, por lo que usted le hizo, y por el hecho de que usted quiera que se marche de Filadelfia. Usted puede hacer tanto por remediarlo como yo. Podría decirle dónde se encuentra, pero no sé si quiero hacerlo. Por supuesto que no hasta que no sepa cuál va a ser su actitud con respecto a ella y a toda esta proposición.

Hizo una pausa y miró con calma al viejo contratista, que a su vez le devolvió una mirada grave.

—¿De qué proposición me está hablando? —preguntó Butler, interesado por el peculiar giro que estaba tomando esta discusión. A pesar de sí mismo, estaba empezando a ver la situación desde un ángulo diferente. La escena estaba cambiando. Cowperwood parecía ser razonablemente sincero con respecto a aquel asunto. Quizá sus promesas fueran inadecuadas, pero parecía que amaba a Aileen; y era posible que tuviera intención de divorciarse de su esposa en algún momento y de casarse con Aileen. El divorcio, como bien sabía Butler, iba contra las normas de la Iglesia católica, que él tanto veneraba. Las leyes de Dios y de la decencia dictaban que Cowperwood no debería abandonar a su esposa y a sus hijos para irse con otra mujer —ni siquiera con Aileen, para salvarla—. Era un plan criminal, socialmente hablando, y demostraba la clase de villano que era Cowperwood; pero aun así, Cowperwood no era católico, y su visión de la vida no era la misma que la de Butler, y, además, y lo que era aún peor (sin duda debido al propio temperamento de Aileen),

había comprometido la situación de ella de manera muy sustancial. Quizá no resultara fácil hacerle ver de nuevo lo que era normal y decente, de modo que merecía la pena considerar el asunto. Butler sabía que a la larga no podría consentir nada parecido — desde luego no podría hacerlo y mantener su fe en la Iglesia—, pero era lo suficientemente humano como para tenerlo en cuenta. Además, quería que Aileen volviera; y, de ahora en adelante, tendría que escuchar lo que Aileen tuviera que decir con respecto a su futuro.

—Bien, es muy simple —contestó Cowperwood—. Me gustaría que desistiera de su oposición a que Aileen se quedara en Filadelfia, por un lado; y por otro, me gustaría que dejara de atacarme. —Cowperwood sonrió de manera adulatora. Realmente esperaba poder apaciguar a Butler al menos parcialmente gracias a su actitud generosa en todo este procedimiento—. No puedo obligarle a hacerlo, por supuesto, a menos que usted quiera. Simplemente lo saco a relucir, señor Butler, porque estoy seguro de que si no hubiera sido por Aileen, su relación conmigo no habría tomado el curso que ha tomado. Tengo entendido que recibió usted una carta anónima, y que aquella tarde exigió el pago del crédito que tenía con usted. Desde entonces me han llegado informaciones de aquí y de allí según las que usted tiene un enfrentamiento grave conmigo, y simplemente quiero decirle que desearía que eso no fuera así. No soy culpable de haber malversado sesenta mil dólares y usted lo sabe. Mis intenciones eran las mejores. No pensé que iba a quebrar en el momento en el que utilicé los certificados, y si no hubiera sido por la exigencia de pago de otros cuantos créditos, habría podido continuar hasta finales de aquel mes y los habría ingresado a tiempo, como siempre había hecho. Siempre he valorado mucho su amistad, y siento mucho haberla perdido. Ahora ya le he dicho todo lo que quería decirle.

Butler miró a Cowperwood con una mirada sagaz y calculadora. Aquel hombre tenía mérito, pero también ocultaba una desmedida maldad. Butler sabía muy bien cómo había conseguido el cheque y otras muchas cosas relacionadas con aquel asunto. La forma en la que había jugado sus cartas esta noche estaba a la par con cómo había corrido hasta él la noche del incendio. Simplemente era un tipo astuto, calculador y despiadado.

—No voy a hacerle ninguna promesa —dijo—. Dígame dónde está mi hija y lo pensaré. No tiene derecho a reclamarme nada y yo no le debo nada. Pero aun así, lo pensaré.

—Muy bien —contestó Cowperwood—. Es todo lo que me cabe esperar. Pero ¿qué me dice de Aileen? ¿Espera que se marche de Filadelfia?

—No, si vuelve a la normalidad y se comporta como es debido; pero lo que hay entre ustedes tiene que terminar. Ella está deshonrando a su familia y, de camino, condenando su alma. Y eso es lo que usted está haciendo con la suya. Ya habrá tiempo de hablar de todo lo demás cuando sea usted un hombre libre. No pienso prometerle más que eso.

Cowperwood, satisfecho con que este movimiento de Aileen le hubiera servido a ella aunque a él no le hubiera ayudado especialmente, estaba convencido de que sería positivo que ella regresara a su casa enseguida. Él no podía predecir qué sucedería con su apelación a la Corte Suprema. La petición de un nuevo juicio que pensaba hacer ahora amparándose en el certificado de duda razonable podría no ser atendida, en cuyo caso, tendría que cumplir una temporada en penitenciaría. Si se viera obligado a ingresar en la penitenciaría, ella estaría más segura y más cómoda en el seno de su familia. Él iba a estar tremendamente ocupado durante los siguientes dos meses, hasta que supiera qué iba a ocurrir con su apelación. Y después de eso; bueno, después de eso continuaría luchando, pasara lo que pasara.

Durante todo el tiempo que Cowperwood llevaba intentando defender su caso de este modo, había estado pensando en cómo podría cumplir con este compromiso y conservar al mismo tiempo el amor de Aileen sin ofender su sensibilidad al animarla para que volviera a su casa. Sabía que ella no estaría de acuerdo en que dejaran de verse, y él tampoco estaba deseoso de que así fuera. A menos que tuviera una razón lo suficientemente buena, estaría haciendo un papel espantoso diciéndole a Butler dónde estaba ella. No tenía intención de hacerlo hasta que viera exactamente cómo plantearlo; de qué manera le resultaría más aceptable a Aileen. Sabía que ella no sería feliz durante mucho tiempo en el lugar en el que se encontraba. Su huida se debía en parte a la intensa oposición de Butler hacia él, y en parte a su determinación de obligarla a que abandonara Filadelfia y a que se comportara debidamente; pero esto último ahora estaba parcialmente eliminado. Butler, a pesar de sus palabras, había dejado de comportarse como una severa Némesis^[1]. Se estaba ablandando, ansioso por encontrar a su hija y deseoso de perdonarla. Había terminado abatido, completamente derrotado en su propio juego, y Cowperwood lo veía en los ojos del hombre. Si pudiera hablar con Aileen personalmente y explicarle en qué situación se encontraban las cosas, estaba seguro de que podría hacerle comprender que redundaría en ventaja de ambos, al menos por el momento, tener el asunto zanjado de manera amistosa. Ahora tendría que conseguir que Butler esperara en alguna parte —aquí, posiblemente— mientras él iba a hablar con ella. En cuanto supiera cómo estaban las cosas, seguramente accedería.

—Lo mejor que puedo hacer en estas circunstancias —dijo al cabo—, sería ir a ver a Aileen dentro de dos o tres días y preguntarle qué desea hacer. Puedo explicarle el asunto, y si quiere volver, entonces podrá hacerlo. Prometo decirle cualquier cosa que usted me diga.

—¡Dos o tres días! —exclamó Butler irritado—. ¡Qué tontería es esa de dos o tres días! Tiene que venir a casa esta noche. Su madre no sabe todavía que se ha marchado de casa. ¡Tiene que ser esta noche! Yo mismo iré a buscarla esta noche.

—No, eso no servirá —dijo Cowperwood—. Tendré que ir yo. Si quiere esperar aquí, veré qué se puede hacer y se lo haré saber.

—Muy bien —gruñó Butler, que estaba ahora caminando arriba y abajo con las

manos a la espalda—. Pero ¡dese prisa, por Dios! No hay tiempo que perder. Pensaba ahora en la señora Butler. Cowperwood llamó al criado, pidió el cupé, y le dijo a George que se encargara de que no entrara nadie en su gabinete. Y luego, mientras Butler continuaba caminando arriba y abajo en esta habitación, para él desagradable, Cowperwood se marchó a toda prisa.

CAPÍTULO XLVII

Aunque eran casi las once de la noche cuando llegó a casa de las Calligan, Aileen aún no se había acostado. Arriba en su dormitorio estaba contándoles a Mamie y a la señora Calligan algunas de sus experiencias sociales cuando sonó el timbre y la señora Calligan bajó a abrir la puerta a Cowperwood.

—Tengo entendido que la señorita Butler se encuentra aquí —dijo él—. ¿Podría decirle que ha venido alguien a verla de parte de su padre? —Aunque Aileen había dado instrucciones de que no se informara de su presencia ni siquiera a los miembros de su familia, la fuerza de la presencia de Cowperwood y la mención del apellido Butler hicieron que la señora Calligan perdiera su presencia de ánimo.

—Espere un momento —dijo—; voy a ver.

Dio un paso atrás, que Cowperwood aprovechó para entrar y quitarse el sombrero, de tal manera que el gesto dio a entender que se sentía satisfecho de que Aileen estuviera allí.

—Dígale que sólo quiero hablar con ella un momento —dijo cuando la señora Calligan ya iba subiendo la escalera y alzando la voz con la esperanza de que Aileen lo oyera, como así ocurrió, y Aileen bajó enseguida. Estaba muy sorprendida al ver que él hubiera ido tan pronto, y se imaginaba, en su vanidad, que en su casa debía de haber gran excitación. Se habría sentido muy apenada si no hubiera sido así.

A las Calligan les habría encantado oír la conversación, pero Cowperwood fue extremadamente cuidadoso. Cuando ella bajó la escalera, él se llevó el dedo a los labios indicándole que guardara silencio, y dijo:

—Supongo que es usted la señorita Butler.

—Sí —contestó Aileen, sonriendo para sí. Lo único que deseaba era besarlo—. ¿Qué ocurre, cariño? —preguntó con suavidad.

—Vas a tener que volver, me temo, querida —susurró Cowperwood—. Si no lo haces, se va a crear un gran barullo. Tu madre aún no lo sabe, según parece, y tu padre está en mi casa en estos momentos, esperándote. Puede resultarme de mucha ayuda que vuelvas. Deja que te explique... —Continuó hablando para explicarle detalladamente la conversación que había mantenido con Butler y su propia visión del asunto. La expresión de Aileen iba cambiando según le relataba las diferentes facetas del asunto; pero convencida por la sinceridad con la que él se lo había explicado y por la promesa de que sus relaciones continuarían como antes, ininterrumpidas, una vez que todo se arreglara, ella decidió regresar. En un aspecto, la claudicación de su padre era un gran triunfo. Se despidió de las Calligan, diciéndoles, con una sonrisa, que no podían pasar sin ella en su casa, y que mandarían a buscar sus pertenencias más adelante, y volvió con Cowperwood hasta la puerta de su casa. Una vez allí, él le pidió que esperara en el cupé mientras avisaba a su padre para que bajara.

—¿Y bien? —preguntó Butler, girándose al oír que la puerta se abría y no viendo

allí a Aileen.

—La encontrará fuera en el cupé —le dijo Cowperwood—. Puede utilizarlo si lo desea y yo enviaré a un sirviente a buscarlo.

—No, gracias; iremos caminando —dijo Butler.

Cowperwood llamó al sirviente para que se hiciera cargo del vehículo, y Butler salió con paso solemne.

Tenía que admitir que la influencia de Cowperwood sobre su hija era enorme y, probablemente, permanente. Lo mejor que podía hacer era mantenerla dentro de casa, donde quizá todavía pudiera hacer que volviera a sus cabales. Mantuvo una conversación muy cautelosa con ella de camino a la casa, por miedo a que se sintiera ofendida nuevamente. Por supuesto, mantener una discusión era algo que descartaba por completo.

—Podrías haber hablado conmigo de nuevo, Aileen —dijo—, antes de marcharte. Tu madre se encontraría en un estado lamentable si supiera que te habías marchado. Aún no lo sabe. Tendrás que decirle que te habías quedado a cenar en alguna parte.

—Estaba en casa de las Calligan —contestó Aileen—. Así que eso es fácil; mamá no le dará ninguna importancia.

—Me duele el corazón, Aileen. Espero que de ahora en adelante pienses mejor lo que haces y hagas las cosas mejor. Por ahora, no te diré nada más.

Aileen volvió a su habitación, sintiéndose triunfante al menos por el momento, y las cosas continuaron aparentemente como siempre en la casa de los Butler. Pero se equivocan los que imaginen que esta derrota alteró de manera definitiva la actitud de Butler hacia Cowperwood.

Entretanto, entre el día en el que se produjo este alivio temporal y la vista de su apelación, para la que aún faltaban dos meses, Cowperwood continuó haciendo todo lo que pudo por reparar en lo posible sus destrozadas defensas. Retomó el trabajo desde donde lo había dejado; pero la posibilidad de reorganizar su negocio había quedado bastante modificada desde que fuera condenado. Debido al hecho de que había intentado proteger a sus mayores acreedores en el momento de la quiebra, pensaba que una vez que fuese libre de nuevo, si alguna vez llegaba a serlo, su crédito, si todo seguía igual, sería bueno con aquellos que mejor podrían ayudarle —digamos Cooke & Co., Clark & Co., Drexel & Co. y el Girard National Bank—, siempre y cuando su reputación personal no hubiera quedado demasiado dañada por la sentencia. Afortunadamente, para su estado de esperanza, no se daba cuenta del efecto tan deprimente que una decisión legal de este tipo, tanto si era firme como si no, tenía sobre el estado de ánimo incluso de sus partidarios más entusiastas.

Sus mejores amigos del mundo financiero estaban convencidos a estas alturas de que el suyo era un barco que se hundía. Un estudiante de finanzas comentó en una ocasión que no hay nada más sensible que el dinero, y la mente financiera bebe en gran medida de la cualidad de aquello con lo que trabaja. De nada servía intentar hacer algo por un hombre que podría terminar en la cárcel durante unos cuantos años.

Quizá se pudiera hacer algo por él en relación con el gobernador, siempre y cuando perdiera el caso ante la Corte Suprema y fuera condenado a prisión; pero para eso faltaban dos meses, o más, y no podían predecir cuál sería el resultado. De modo que las repetidas peticiones de ayuda por parte de Cowperwood, de concesión de crédito o de la aceptación de alguno de los planes que tenía para lograr una rehabilitación total, se encontraron con amables evasivas por parte de aquellos que andaban en duda. Lo pensarían. Lo mirarían. Había obstáculos en aquel momento. Y así sucesivamente le dieron toda la lista interminable de excusas que utilizan aquellos que no están dispuestos a hacer nada. En esos días se movió por el mundo financiero con su habitual aire desenvuelto, saludando a todos aquellos a los que conocía desde hacía muchos años y haciendo ver, cuando le preguntaban, que estaba muy esperanzado y que le iba bastante bien; pero no lo creían, y en realidad a él le daba igual si lo hacían o no. Su objetivo era el de convencer o el de volver a convencer a cualquiera que pudiera realmente serle de utilidad, y a esta tarea se dedicó sin descanso, ignorando todas las demás.

—Hola, Frank —decían sus amigos cuando lo veían—. ¿Cómo te va?

—¡Bien! ¡Bien! —contestaba en tono alegre—. Mejor que nunca. —Y les explicaba por encima cómo iban sus asuntos. Traslataba gran parte de su optimismo a todos los que lo conocían y se interesaban por su bienestar, pero, por supuesto, había muchos a los que eso no les importaba.

También en aquellos días, él y Steger debían verse constantemente en los tribunales, porque continuamente volvían a interrogarlo por alguna demanda de bancarrota. Eran días desgarradores, pero él no se acobardó. Quería quedarse en Filadelfia y luchar hasta el final —hasta conseguir llegar al punto en el que se encontraba cuando se produjo el incendio; hasta conseguir rehabilitarse a ojos del público—. Y además pensaba que conseguiría hacerlo si no lo mandaban a la cárcel durante mucho tiempo; e incluso en ese caso, porque su optimismo llegaba hasta este extremo, cuando saliera de nuevo. Pero en lo que a Filadelfia se refería, estaba claro que sus sueños eran vanos.

Una de las cosas que militaba en su contra era la oposición continuada de Butler y de los políticos. Por alguna razón —aunque nadie hubiera sabido decir exactamente por qué—, la sensación dentro del mundo político era que tanto él como el antiguo tesorero perderían sus apelaciones y terminarían siendo sentenciados conjuntamente. Stener, a pesar de su intención inicial de declararse culpable y aceptar el castigo sin más comentarios, había sido convencido por algunos de sus amigos políticos de que sería mejor para su futuro declararse no culpable y alegar que su delito se había debido a la costumbre, en lugar de admitir su culpa directamente, haciendo así que pareciera que no tenía la más mínima justificación. Y así lo hizo, pero fue condenado igualmente. Para salvar las apariencias, se fabricó una nueva apelación que ahora se encontraba en la Corte Suprema del Estado.

También entonces, debido a cuchicheos de un lado y otro originados por la

muchacha que le había enviado la nota a Butler y a la esposa de Cowperwood, empezaba a haber un creciente rumor relacionado con las supuestas relaciones de Cowperwood con la hija de Butler, Aileen. Había habido una casa en Tenth Street que Cowperwood había mantenido para ella. Con razón Butler tenía una actitud tan vengativa. Sin duda, esto lo explicaría. E incluso en el práctico mundo financiero, las críticas se dirigían ahora más contra Cowperwood que contra sus enemigos. Ya que, ¿no era cierto que al comienzo de su carrera había gozado de la amistad de Butler? ¡Menuda manera de premiar aquella amistad! Sus más antiguos y mayores admiradores negaban con la cabeza, porque sentían que este era otro claro ejemplo de aquella actitud innata de Cowperwood de «yo me satisfago a mí mismo» que era la que regulaba su conducta. Sin duda era un hombre fuerte y brillante. Nunca se había visto en Third Street un hombre más extraordinario, fascinante y financieramente agresivo, y al mismo tiempo, más conservador. Pero ¿ser tan atrevido y tan egocéntrico no era una posible manera de tentar a Némesis? Al igual que la muerte, hace de los brillantes su objetivo. Quizá no debería haber seducido a la hija de Butler; era incuestionable que no debería haberse arriesgado a coger aquel cheque, especialmente tras su enfrentamiento y su ruptura con Stener. Quizá fuera excesivamente agresivo. ¿No era algo cuestionable que, con semejante historial, pudiera recuperar su antigua posición? Tanto los banqueros como los hombres de negocios más cercanos a él se encontraban en duda.

Pero en lo que a Cowperwood y a su actitud hacia la vida se refería, en este momento y combinado con su amor por la belleza y por las mujeres, seguía convirtiéndolo en alguien implacable y poco considerado. Incluso entonces, la belleza y el deleite que una muchacha como Aileen le proporcionaban eran mucho más importantes para él que la buena voluntad de cincuenta millones de personas, si conseguía sustraerse a la necesidad de contar con su buena voluntad. Antes del incendio de Chicago y del pánico, su estrella había ascendido tan rápido que en medio del tumulto de tantos acontecimientos importantes y favorables prácticamente no había prestado atención a la importancia social de lo que estaba haciendo. La juventud y la alegría de vivir le corrían por las venas. Se sentía joven, vigoroso, como la hierba nueva. Llevaba dentro el frescor de las noches de primavera, y no le importaba. Tras la quiebra, cuando habría sido de imaginar que se debería de haber dado cuenta de que era conveniente que renunciara a Aileen, al menos de momento, no quiso hacerlo. Ella representaba lo mejor de aquellos días maravillosos que había vivido con anterioridad. Era el nexo que unía su pasado y su presente, y su aún por llegar triunfante futuro.

Su peor preocupación era que, si lo mandaban a la penitenciaría, o si lo declaraban en bancarrota, o ambas cosas, probablemente perdería el privilegio de ser miembro de la bolsa y eso le cerraría el camino más distinguido hacia la prosperidad aquí en Filadelfia durante algún tiempo, si no indefinidamente. Por el momento, debido a sus complicaciones, su membresía había sido embargada como activo

patrimonial y no podía actuar. Edward y Joseph, prácticamente los únicos empleados que podía permitirse, aún actuaban para él a pequeña escala; pero los otros miembros de la bolsa naturalmente sospechaban que sus hermanos trabajaban como agentes suyos, y cualquier rumor que pudiera surgir sobre la posibilidad de que ellos iniciaran un negocio por su cuenta, simplemente indicaba a los otros agentes y a los banqueros que Cowperwood estaba sopesando alguna jugada oculta que no necesariamente resultaría beneficiosa para sus acreedores, y además, iría contra la ley. Pero él debía mantenerse en la bolsa, pasara lo que pasara, de manera potencial, aunque no activa; gracias a su ágil mente dio con una idea que, en el caso de que lo metieran en la cárcel o de que lo declararan en bancarrota, o ambas cosas, lo protegería; debería formar una sociedad mercantil subsidiaria en comandita con algún hombre que gozara de buena acogida en la bolsa y a quien podría utilizar como instrumento y testaferro.

Finalmente dio con un hombre que pensó que le serviría. No era un hombre importante; tenía un pequeño negocio; pero era honrado y Cowperwood le caía bien. Se llamaba Wingate —Stephen Wingate— y se ganaba la vida sin muchas alegrías en South Third Street trabajando como corredor. Tenía cuarenta y cinco años, era de altura media, algo robusto, pero no le faltaba atractivo, y era inteligente y activo, sin ser demasiado enérgico ni demasiado ambicioso. Tenía necesidad de un hombre como Cowperwood que lo convirtiera en algo importante, si es que tenía alguna posibilidad. Era miembro de la bolsa y allí tenían buena opinión de él; era respetado, aunque no fuese muy próspero. En el pasado le había pedido pequeños favores a Cowperwood —pequeños créditos a tipos de interés moderados, consejos y cosas así—; y Cowperwood, debido a que le caía bien y a que sentía cierta lástima por él, se los había concedido—. Ahora Wingate se acercaba lentamente hacia una vejez no demasiado próspera y era abordable, como suelen serlo ese tipo de personas. De momento nadie sospecharía que él fuera un mercenario de Cowperwood, y este último podría fiarse de que llevara a cabo sus órdenes al pie de la letra. Mandó llamarlo y tuvo una larga conversación con él. Le explicó cuál era la situación, lo que pensaba que podría hacer por él como socio, qué parte del negocio querría para sí, y demás, y se encontró con que el hombre estuvo de acuerdo.

—Haré con mucho gusto cualquier cosa que me diga, señor Cowperwood —le aseguró—. Sé que, pase lo que pase, usted me protegerá, y no hay nadie en el mundo con quien prefiriera trabajar ni a quien respete más. Esta tormenta pasará y todo volverá a irle bien. Podemos intentarlo, al menos. Si no funciona, siempre puede pensar qué hacer al respecto más adelante.

Y así es como esta sociedad comenzó a funcionar provisionalmente y Cowperwood comenzó a actuar a pequeña escala a través de Wingate.

CAPÍTULO XLVIII

Para cuando la Corte Suprema del Estado iba a decidir sobre la petición de Cowperwood de la revocación de la sentencia del tribunal inferior y la celebración de un nuevo juicio, los rumores que lo relacionaban con Aileen se habían extendido por todas partes. Como ya se ha visto, eso le había hecho mucho daño y seguía haciéndoselo. Confirmaba la impresión de que Cowperwood era el auténtico delincuente y de que Stener era la víctima, que era exactamente la imagen que los políticos habían intentado dar desde el principio. Su perspicacia semilegítima con las finanzas, respaldada sin duda por su genialidad financiera, que no era peor que la que se practicaba en otros lugares en silencio y sin mucho aplauso, se veía ahora como una artimaña maquiavélica del tipo más peligroso. Tenía esposa y dos hijos, y sin saber cuáles habían sido sus pensamientos reales, el público, tremendamente imaginativo, había llegado a la conclusión de que había estado a punto de abandonarlos, de divorciarse de Lillian y de casarse con Aileen. Esto ya era lo suficientemente delictivo de por sí, desde el punto de vista conservador; pero cuando además se combinaba con su historial financiero, con el juicio, la condena y su situación de bancarrota, el público tendió a creer que en realidad era lo que los políticos decían que era. Deberían condenarlo. La Corte Suprema no debería atender su petición de un nuevo juicio. Así es como a veces nuestros pensamientos e intenciones más íntimos llegan a ser de dominio público sin que medie ningún instrumento material conocido. La gente sabe las cosas, cuando en realidad no pueden saber por qué las saben. Se produce algo así como una transferencia de los pensamientos y un trascendentalismo de las ideas.

Y esto llegó a oídos de los cinco jueces de la Corte Suprema del Estado y del gobernador del estado.

Durante las cuatro semanas que Cowperwood había estado en libertad amparado en el certificado de duda razonable, tanto Harper Steger como Dennis Shannon comparecieron ante los jueces de la Corte Suprema y expusieron sus argumentos a favor y en contra de la celebración de un nuevo juicio. A través de su abogado, Cowperwood hizo una apelación erudita a los jueces de la Corte Suprema, en la que demostraba que había sido condenado injustamente en primera instancia y que no había pruebas sustanciales en las que basar la acusación de hurto ni ninguna otra. Steger tardó dos horas y diez minutos en exponer sus argumentos, y el fiscal del distrito Shannon aún más tiempo en darle la réplica; mientras lo hacían, los cinco jueces que ocupaban la tribuna, hombres con una considerable experiencia legal pero que carecían de grandes conocimientos financieros, escucharon con mucha atención. Tres de ellos, los jueces Smithson, Rainey y Beckwith, hombres de lo más sumisos al sentimiento político del momento y a los deseos de los jefes, no tenían mucho interés en la historia de las operaciones de Cowperwood, particularmente desde que habían llegado a sus oídos las relaciones de Cowperwood con la hija de Butler y la posterior

oposición de Butler hacia él. Creían que en cierto modo estaban valorando todo el asunto de una manera justa e imparcial; pero nunca olvidaban la manera en la que Cowperwood había tratado a Butler. Dos de ellos, los jueces Marvin y Rafalsky, hombres que mostraban mayor comprensión y conmiseración, aunque carecieran de mayor libertad política, sí pensaban que Cowperwood había sido tratado injustamente hasta el momento, pero tampoco veían qué podían hacer ellos al respecto. Se había colocado en una situación de lo menos satisfactoria, política y socialmente. Comprendieron y tuvieron en consideración las grandes pérdidas financieras y sociales que había sufrido y que Steger describió con total exactitud; y uno de ellos, el juez Rafalsky, que había sufrido un incidente similar en su propia vida relacionado con una muchacha, se inclinaba por abogar enérgicamente contra la condena de Cowperwood; pero debido a sus contactos y obligaciones políticas, se dio cuenta de que no sería políticamente acertado destacarse manifestándose en contra de lo que se esperaba de él. Aun así, cuando él y Marvin supieron que los jueces Smithson, Rainey y Beckwith estaban a favor de condenar a Cowperwood sin mayor discusión, decidieron dictar una opinión discrepante. El punto que se discutía era espinoso. Cowperwood podría llevarlo a la Corte Suprema de los Estados Unidos basándose en el principio fundamental de la libertad de acción. Además, otros jueces de distintos tribunales de Pensilvania y de otros lugares se mostrarían dispuestos a estudiar la decisión sobre este caso, debido a su importancia. Los jueces que estaban en minoría decidieron que no les causaría ningún perjuicio dictar una opinión discrepante. A los políticos no les importaría siempre y cuando Cowperwood fuese condenado —de hecho, lo preferirían—. Parecería más justo. Además, Marvin y Rafalsky no tenían interés en verse incluidos, si podían evitarlo, junto con Smithson, Rainey y Beckwith en una condena aplastante de Cowperwood. Y así es como los cinco jueces pensaban que estaban valorando el asunto de manera bastante justa e imparcial, tal como ocurre con los hombres en estas circunstancias. Smithson, hablando por él y por los jueces Rainey y Beckwith, dijo el 11 de febrero de 1872:

«El acusado, Frank A. Cowperwood, solicita que se anule el fallo del jurado de la corte inferior (El estado de Pensilvania contra Frank A. Cowperwood) y que se celebre un nuevo juicio. Este tribunal no considera que el acusado haya sido tratado de manera sustancialmente injusta. (A continuación se produjo un resumen bastante extenso de la historia del caso, en el que se señaló que la costumbre y el precedente de la oficina del tesorero, por no hablar de las formas tan poco ortodoxas de hacer negocios del señor Cowperwood con la tesorería, no podían tener nada que ver con su responsabilidad y su obligación de respetar el espíritu y la letra de la ley.) La obtención de bienes bajo la apariencia de un proceso legal (continuó el juez Smithson, hablando por la mayoría) puede equivaler al hurto. En este caso era competencia del jurado determinar si hubo intención delictiva. Han resuelto en contra del acusado al considerarlo una cuestión de hecho, y el tribunal no puede decir que no hubiera prueba suficiente que respaldara el veredicto. ¿Con qué propósito obtuvo el

acusado el cheque? Estaba a punto de quebrar. Ya había hipotecado el crédito de la ciudad que tenía en su poder para ponerlo a la venta para cubrir sus propias deudas — había obtenido ilícitamente quinientos mil dólares en efectivo a modo de préstamo—; y es razonable suponer que no podría conseguir nada más de la tesorería por los medios habituales. Es entonces cuando va allí, y mediante una falsedad implícita, si no real, obtiene sesenta mil dólares más. El jurado ha determinado con qué intención lo hizo».

Fue por estas palabras por lo que la mayoría rechazó la petición de Cowperwood de que se celebrara un nuevo juicio.

Por su parte y por la del juez Rafalsky, el juez Marvin, que disentía, escribió:

«Queda claro por las pruebas del caso que el señor Cowperwood no recibió el cheque sin la autorización que como agente tenía, y no ha quedado debidamente demostrado que, como agente, no llevara a cabo o no tuviera intención de hacer en su totalidad las obligaciones que la recepción de este cheque conllevaban. En el juicio quedó demostrado que como norma se entendía que las compras realizadas para el fondo de amortización no podían ser conocidas por el público en general como tales, y que el señor Cowperwood, en calidad de agente, debía tener total libertad para disponer de los activos y pasivos siempre y cuando el resultado final fuese satisfactorio. No había un momento específico en el que debiera comprarse el crédito, ni tampoco se mencionó en ningún momento que hubiese una cantidad concreta. A menos que el acusado tuviera la intención de apropiarse del cheque fraudulentamente en el momento en el que lo hizo, no podría condenársele del primer cargo. El veredicto del jurado no prueba este hecho; las pruebas no demuestran de manera concluyente que se pudiera probar; y el mismo jurado, encontró al acusado culpable de los otros tres cargos sin la más mínima sombra de prueba. ¿Cómo podemos decir que sus conclusiones con respecto al primer cargo son infalibles cuando erraron en los otros tres cargos de manera tan palpable? Es la opinión de la minoría que el veredicto del jurado al condenar por hurto por el primer cargo no es válido, y que el veredicto debería ser anulado y concedérsele al acusado un nuevo juicio».

El juez Rafalsky, un hombre meditabundo y práctico de ascendencia judía, pero de aspecto peculiarmente norteamericano, se sintió obligado a escribir una tercera opinión que reflejara especialmente sus propias reflexiones y que suponía una crítica a la mayoría, así como una ligera variación con respecto a los puntos en los que estaba de acuerdo con el juez Marvin, a los que además, añadía otras reflexiones. La culpabilidad de Cowperwood era una cuestión espinosa, y aparte de la necesidad política de que resultara condenado, en ninguna parte quedaba demostrado de manera más patente que en las distintas opiniones de la corte superior. El juez Rafalsky sostenía, por ejemplo, que en el caso de que se hubiera cometido un delito, no sería el denominado como hurto, y continuó diciendo:

«Es imposible, a partir de las pruebas, determinar que Cowperwood no tenía intención de depositar el crédito en breve, ni que Albert Stires, el oficial mayor, o el

tesorero de la ciudad no tuvieran intención de desprenderse no sólo de la posesión, sino también y de manera absoluta de la propiedad del cheque y del dinero que representaba. El señor Stires declaró que el señor Cowperwood le dijo que había comprado certificados del crédito de la ciudad por aquel importe, y no ha quedado claramente demostrado que no lo hubiera hecho. El hecho de que no los depositara en el fondo de amortización debe, para ser justos, sin perjuicio de la letra de la ley sobre lo contrario, ser considerado y juzgado a la luz de la costumbre. ¿Era su costumbre hacerlo de este modo? A mi juicio, la doctrina expresada por la mayoría de la corte extiende el delito de un presunto hurto hasta unos extremos que cualquier hombre de negocios que se dedique a importantes y perfectamente legítimas operaciones de bolsa puede, sin saberlo, debido a un pánico repentino del mercado o a un incendio, como en este caso, convertirse en un delincuente. Afirmar un principio así que establece un precedente que puede llevar a estos resultados resulta, como poco, sorprendente».

Aunque se sintió francamente reconfortado por las opiniones discrepantes de los jueces en minoría, y aunque se había estado preparando para esperar lo peor en este tema y organizando sus asuntos de la mejor manera posible anticipándose al resultado, Cowperwood quedó tremendamente decepcionado. Sería falso decir que, a pesar de lo fuerte y seguro que era normalmente, no sufrió. No carecía de una sensibilidad de primer orden, sólo que en su caso estaba gobernada y controlada por la razón, fría y dura como el hierro, que nunca lo abandonaba. No cabían más recursos posibles salvo la Corte Suprema de los Estados Unidos, como le señaló Steger, y allí sólo se verían la constitucionalidad de algún aspecto de la decisión y sus derechos como ciudadano, que la Corte Suprema de los Estados Unidos debía tener en cuenta. Era un proceso tedioso y caro. Y en aquel momento no resultaba obvio en qué podría basarse para hacer una apelación. Conllevaría una larga espera; quizá un año y medio, o incluso más, tras lo cual quizá tuviera que ingresar en prisión de todos modos, y durante la espera sin duda tendría que sufrir encarcelamiento durante un tiempo.

Cowperwood conjeturó durante unos momentos tras oír la presentación que Steger hizo del caso. Luego dijo:

—Bueno, parece que tendré que ir a la cárcel o marcharme del país, y me he decidido por la cárcel. Puedo resolver esto a la larga aquí mismo en Filadelfia y resultar vencedor. Puedo conseguir que la Corte Suprema revoque esa decisión o que el gobernador me indulte tras algún tiempo, me parece. No voy a huir y todos saben que no voy a hacerlo. Esta gente que cree que me ha hundido no ha conseguido atarme las manos ni siguiera un poco. Saldré de esta con el tiempo, y cuando lo haga, les demostraré a estos politiquillos lo que es pelear de verdad. ¡Nunca me sacarán ni un dólar; ni uno solo! Tenía la intención de pagar esos quinientos mil dólares en algún momento si me hubieran dejado libre. ¡Ahora van listos!

Apretó los dientes y sus ojos grises reflejaron determinación.

—He hecho todo lo que he podido, Frank —le dijo Steger, compadeciéndose de él—. Me reconocerás que he luchado lo mejor que he sabido. Quizá no sea quién para juzgarlo —eso tendrás que decirlo tú—, pero dentro de mis limitaciones, lo he hecho lo mejor que he podido. Puedo hacer unas cuantas cosas más para seguir adelante con este asunto, si quieres que lo haga, pero lo dejo a tu elección. Se hará lo que tú digas.

—No digas tonterías a estas alturas, Harper —le contestó Cowperwood casi con irritación—. Yo sé cuándo estoy satisfecho y cuándo no, y si no lo estuviera, te lo diría. Creo que será mejor que estudies a ver si encuentras base para llevarlo a la Corte Suprema, pero mientras tanto, comenzaré a cumplir mi condena. Supongo que Payderson fijará pronto el día para que me presente ante él.

—Depende de lo que tú prefieras, Frank. Podría conseguir un aplazamiento de la sentencia de una semana o diez días, si eso te beneficia en algo. Shannon no pondrá objeciones a eso, estoy seguro. Sólo hay un impedimento. Jaspers vendrá mañana a buscarte. Tiene el deber de detenerte de nuevo, una vez que le hayan notificado que te han denegado la apelación. Querrá encerrarte a menos que le pagues, pero eso podemos arreglarlo. Si de verdad quieres esperar y disponer de tiempo fuera, supongo que él dispondrá dejarte salir con algún agente; pero me temo que tendrás que pasar las noches allí. Son muy estrictos con eso desde el caso de Albertson hace unos cuantos años.

Steger se refería al caso del destacado cajero de un banco al que, tras autorizársele a salir de la cárcel por la noche bajo la supuesta custodia de un ayudante, se le permitió escapar. En su momento se condenó severamente a la oficina del *sheriff*, y desde entonces, con reputación o sin ella, y con dinero o sin él, los delincuentes condenados tenían que permanecer en la cárcel al menos por la noche.

Cowperwood lo meditó con calma mientras miraba por la ventana del abogado, que daba a Second Street. No temía nada de lo que pudiera pasarle mientras estuviera a cargo de Jaspers tras haber probado la hospitalidad de aquel caballero, aunque sí tenía objeciones a pasar las noches en la cárcel del condado cuando de ese modo no reduciría su estancia en la prisión en lo más mínimo. Lo que ahora podía hacer en relación con sus asuntos, a menos que pudiera gozar de meses de libertad, igual podría realizarlo desde una celda de la cárcel que desde su oficina de Third Street; no exactamente igual, pero casi. Y en cualquier caso, ¿para qué parlamentar? Se enfrentaba a una estancia en prisión, y más le valía aceptarlo sin más. Podría cogerse un día o dos para hacerse cargo de sus asuntos; pero aparte de eso, ¿para qué molestarse?

—En el curso normal de los acontecimientos, si no hicieras nada en absoluto, ¿cuándo tendría que comparecer para la sentencia?

—El viernes o el lunes, supongo —contestó Steger—. No sé qué jugada tiene pensada Shannon en relación a este asunto. He pensado en ir a verlo dentro de un rato.

—Sí, creo que será mejor que hagas eso —contestó Cowperwood—. El viernes o

el lunes me va bien, sea el que sea. No tengo ninguna preferencia en particular. Mejor que sea el lunes si puedes. ¿Crees que hay alguna manera de convencer a Jaspers de que me deje hasta entonces? Sabe que soy completamente de fiar.

—No lo sé, Frank; veré qué puedo hacer. Iré a hablar con él esta noche. Quizá cien dólares lo harían relajar el rigor de esa norma hasta ese día.

Cowperwood sonrió forzosamente.

—Me parece que Jaspers relajaría un montón de normas por cien dólares — contestó y se puso en pie para marcharse.

Steger también se levantó.

—Iré a verlos a los dos y después iré a verte a tu casa. Estarás allí después de la cena, ¿verdad?

—Sí.

Se pusieron los abrigos y salieron al frío día de febrero. Cowperwood se dirigió a su oficina de Third Street y Steger se fue a ver a Shannon y a Jaspers.

CAPÍTULO XLIX

Dejar resuelto con Shannon el cumplimiento de la sentencia de Cowperwood para el lunes no llevó mucho tiempo, ya que no tenía ninguna objeción a que se produjera un retraso razonable.

Steger visitó después la cárcel del condado, cerca de las cinco, cuando ya había oscurecido. El *sheriff* Jaspers salió indolentemente de su biblioteca privada donde había estado entregado a la limpieza de su pipa.

—¿Cómo está usted, señor Steger? —dijo sonriendo de manera relajada—. ¿Qué tal está? Me alegro de verle. ¿No quiere sentarse? Supongo que ha venido de nuevo por el asunto de Cowperwood. El fiscal del distrito me acaba de comunicar la noticia de que ha perdido el caso.

—Así es, *sheriff* —contestó Steger de manera obsequiosa—. Me pidió que pasara por aquí para ver qué quiere usted que haga con referencia a este asunto. El juez Payderson acaba de fijar la sentencia para el lunes por la mañana a las diez. Supongo que no le molestará si no se presenta hasta el lunes a las ocho, o hasta el domingo por la noche, ¿verdad? Es una persona de total confianza, como usted bien sabe. —Steger estaba sondeando a Jaspers, intentando que la cuestión de la hora de llegada de Cowperwood pareciera un asunto trivial para evitar pagarle los cien dólares, si era posible. Pero Jaspers no iba a dejar que lo despachara tan fácilmente. Su cara rechoncha se alargó considerablemente. ¿Cómo podía Steger pedirle un favor así sin sugerir siquiera que pudiera haber algún tipo de remuneración?

—Eso va contra la ley, señor Steger, como usted bien sabe —comenzó diciendo con cautela y en tono de queja—. Me gustaría complacerle, si lo demás sigue igual, pero desde el caso de Albertson de hace tres años hemos tenido que dirigir esta oficina con bastante más cuidado, y...

—Sí, ya lo sé, *sheriff* —lo interrumpió Steger con suavidad—, pero este no es un caso normal en ningún aspecto, como usted mismo se dará cuenta. El señor Cowperwood es un hombre muy importante y tiene muchos asuntos a los que atender. Pero si se tratara simplemente de cuestión de setenta y cinco o cien dólares para satisfacer a algún empleado del tribunal, o para pagar una multa, sería fácil, pero... —Se interrumpió y desvió la mirada sabiamente, y la cara del señor Jaspers comenzó a relajarse al instante. Aquella ley que normalmente resultaba tan difícil infringir ya no era tan importante. Steger se dio cuenta de que no era necesario utilizar más argumentos.

—Este es un asunto muy delicado, señor Steger —interpuso el *sheriff*, ablandándose, pero con un deje quejumbroso en la voz—. Si ocurriera algo, me costaría el puesto con total seguridad. No me gusta hacerlo en ninguna circunstancia, y no lo haría, pero resulta que conozco tanto al señor Cowperwood como al señor Stener y los dos me caen bien. Y además me parece que esto no es del todo justo para ellos. No me importa hacer una excepción en este caso si el señor Cowperwood no

anda por ahí en público demasiado. No me gustaría que ninguno de los hombres de la oficina del fiscal del distrito lo supiera. Imagino que a él no le importará que mantenga a un agente cerca todo el tiempo para guardar las apariencias. Tengo que hacerlo, usted lo sabe, según la ley. No lo molestará en lo más mínimo. Sólo montará guardia. —Jaspers miró al señor Steger directamente y con prudencia, casi con intención de apaciguarlo en aquellas circunstancias, y Steger asintió.

—Cierto, *sheriff*, cierto. Tiene usted toda la razón. —Y sacó la cartera mientras el *sheriff* lo conducía prudentemente hacia su biblioteca.

—Me gustaría enseñarle el estante de libros de legislación que me estoy preparando aquí, señor Steger —comentó en tono amistoso, mientras su mano se cerraba alrededor del pequeño rollo de billetes de diez dólares que Steger le acababa de entregar—. De vez en cuando necesitamos utilizar aquí libros de este tipo, como sabrá. Me pareció buena idea tenerlos a mano. —Hizo un gesto con el brazo para abarcar la hilera de informes estatales, de los códigos de leyes revisados, de la normativa sobre prisiones, etcétera, mientras se metía el dinero en el bolsillo y Steger simulaba echarles un vistazo.

—Me parece buena idea, *sheriff*. Muy buena, sin duda. ¿Le parece bien entonces que el señor Cowperwood esté aquí el lunes temprano, digamos a las ocho y media?

—Sí, creo que sí —contestó el *sheriff*, peculiarmente nervioso, pero agradable, ansioso por complacer—. No creo que surja nada por lo que necesitara que estuviera aquí más temprano. Si ocurre algo, se lo comunicaré y usted se encarga de que venga. Aunque no lo creo, señor Steger; creo que todo irá bien. —Una vez más se encontraban en el recibidor principal—. Me alegro de haberle visto de nuevo, señor Steger; mucho, me alegro mucho —añadió—. Pásese de nuevo algún día.

Se despidió del *sheriff* con un gesto amable y salió apresuradamente en dirección a la casa de Cowperwood.

Nadie habría pensado al ver a Cowperwood subir los escalones de la entrada principal de su bonita residencia, vestido con un traje gris y un abrigo de buena factura al regresar de su oficina aquella tarde, que iba pensando que quizá aquella fuese su última noche en la casa. Su aire y su paso no delataban el más mínimo debilitamiento de su espíritu. Entró en el recibidor, donde ya brillaba la primera lámpara y se topó con Wash Sims, un viejo factótum negro que subía en ese momento del sótano acarreado un cubo de carbón para una de las chimeneas.

—Hace mucho frío fuera esta noche, señor Cowperwood —dijo Wash, para quien siempre que se bajara de quince grados hacía mucho frío. Su única queja era que Filadelfia no se encontrara en Carolina del Norte, de donde procedía.

—Mucho, Wash —contestó Cowperwood con aire ausente. En aquel momento estaba pensando en la casa y en lo bonita que se veía mientras se acercaba por Girard Avenue, y también en lo que pensaban de él los vecinos, que lo observaban de cuando en cuando por las ventanas. Hacía un día frío y despejado. Las lámparas del recibidor y de la sala de estar estaban encendidas porque él no había permitido que aquel lugar

se viera invadido por la penumbra propia de los funerales desde que comenzaran sus problemas. Por el extremo oeste de la calle se veía un último resplandor teñido de lavanda y violeta sobre la nieve blanca y fría de la carretera. La casa, de piedra gris verdosa, con las ventanas iluminadas y las cortinas de encaje color crema, se veía especialmente atractiva. En aquel momento había pensado en el orgullo que había sentido al levantar todo aquello, al decorarla y arreglarla, y en si alguna vez podría volver a recuperarla—. ¿Dónde está la señora? —le dijo a Wash cuando se acordó.

—En la sala de estar, señor Cowperwood, me parece.

Cowperwood subió las escaleras pensando en lo curioso que era que Wash fuese a quedarse pronto sin trabajo, a menos que la señora Cowperwood, a pesar del naufragio, decidiera quedárselo, lo cual no le parecía probable. Entró en la sala de estar y allí estaba su esposa sentada junto a la mesa de centro rectangular, cosiendo unos corchetes en una de las enaguas interiores de la pequeña Lillian. Levantó la mirada al oír sus pasos con aquella sonrisa tan peculiar y tan indecisa que lucía aquellos días —y que dejaba traslucir su dolor, su miedo y su recelo— y le preguntó:

—Bueno, ¿qué hay de nuevo, Frank? —Su sonrisa era como un sombrero o un cinturón, un adorno que uno se pone y se quita a placer.

—Nada en particular —contestó él a su manera algo displicente—, aparte de que tengo entendido que he perdido la apelación. Steger vendrá a comunicármelo dentro de un rato. Me llegó una nota de él e imagino que se debe a eso.

No quiso decir directamente que había perdido. Sabía que ella ya estaba lo suficientemente angustiada y no quería ser demasiado brusco justo en este momento.

—¡No me digas! —contestó Lillian con sorpresa y miedo en la voz, y poniéndose en pie.

Había estado tan acostumbrada a un mundo en el que prácticamente no se pensaba en las prisiones, en el que los días transcurrían sin contratiempos y sin intrusiones de cosas tan preocupantes como los juzgados, las cárceles y lugares por el estilo, que estos últimos meses casi la habían vuelto loca. Cowperwood había insistido con mucha firmeza en que ella se mantuviera en un segundo plano —le había contado tan poco del asunto que ella se encontraba totalmente perdida en lo que a todo aquel procedimiento se refería—. Casi todo lo que sabía le había llegado a través del padre y la madre de Cowperwood, y de Anna, y de su escrutinio casi secreto de los periódicos.

Cuando él fue a la prisión del condado, ella ni siquiera supo nada de todo aquello hasta que su padre volvió del tribunal y de la cárcel y le dio la noticia de sopetón. Para ella aquello supuso un golpe tremendo. Y ahora, que le dieran esta noticia de manera tan brusca, aunque la esperaba y la temía hora tras hora, era demasiado.

Aún seguía siendo una mujer decididamente atractiva allí de pie sosteniendo las enaguas de su hija en la mano, aunque se compararan sus cuarenta años con los treinta y cinco de Cowperwood. Iba vestida con una de las creaciones de su antigua prosperidad, un vestido de color crema de una lujosa tela de seda con pasamanería de

color marrón oscuro —una combinación que a ella le sentaba especialmente bien—. Tenía los ojos un poco hundidos y rojos por los bordes, pero aparte de eso, no denotaba su intensa aflicción. Aún retenía la antigua dulzura serena que tanto lo había fascinado diez años atrás.

—Pero eso es terrible —dijo ella débilmente con las manos temblorosas—. Es espantoso. ¿De verdad no queda nada más que puedas hacer? No tienes que ir a la cárcel, ¿verdad? —Él desaprobaba su angustia y su nerviosa inquietud. Prefería otro tipo de mujer, más fuerte e independiente, pero seguía siendo su esposa y en su día la había amado mucho.

—Parece que sí, Lillian —dijo él, dando muestras de conmiseración por primera vez desde hacía mucho tiempo, porque ahora sentía lástima de ella. Al mismo tiempo temía seguir por aquella línea por miedo a darle una falsa impresión en cuanto a su actitud hacía ella, que en este momento era básicamente de indiferencia. Aunque ella no era tan torpe como para no darse cuenta de que la consideración que le mostraba había venido provocada por la derrota de él, que significaba también la suya. Se quedó sin habla y se sintió conmovida. Aquel simple rastro de conmiseración la había devuelto a los viejos tiempos que definitivamente se habían ido para siempre. ¡Ojalá pudiera recuperarlos!

—Pero no quiero que te angusties por mí —continuó él, antes de que ella pudiera decirle nada—. Seguiré peleando. Saldré de esta. Parece que tendré que ir a la cárcel para poder enderezar las cosas en condiciones. Me gustaría que mantuvieras una actitud animada ante el resto de la familia; especialmente ante mi padre y mi madre. Necesitan que alguien los anime. —Pensó en cogerle la mano, pero después decidió no hacerlo. Ella percibió su duda y la gran diferencia entre su actitud de ahora y la que había tenido diez o doce años atrás. No le dolía tanto como hubiera podido pensar en algún momento. Lo miró, casi sin saber qué decirle. La verdad es que no había mucho que decir.

—Si es que tienes que irte, ¿tendrás que hacerlo pronto? —se arriesgó a preguntarle con desaliento.

—Aún no lo sé. Quizá esta noche. Quizá el viernes. Quizá no tenga que irme hasta el lunes. Estoy esperando a ver qué dice Steger. Supongo que llegará de un momento a otro.

¡A la cárcel! ¡A la cárcel! Su Frank Cowperwood, su marido —la esencia de su casa— iba a ir a la cárcel, lo que suponría una desgracia para todos ellos. ¡Y ni siquiera ahora alcanzaba a comprender por qué! Se quedó allí de pie preguntándose qué podría hacer.

—¿Puedo traerte algo? —preguntó, moviéndose como si estuviera en un sueño—. ¿Hay algo que quieras que haga? ¿No crees que quizá deberías marcharte de Filadelfia, Frank? No tienes que ir a la cárcel si no quieres.

Estaba muy preocupada, por primera vez en su vida, privada de su perfecta tranquilidad por aquel golpe.

Él hizo una pausa y la miró un momento a su manera escrutadora y directa, recuperando al instante su severo juicio comercial.

—Eso equivaldría a una declaración de culpabilidad, Lillian, y yo no soy culpable —contestó, casi con frialdad—. No he hecho nada que justificara mi huida, como tampoco he hecho nada que merezca la cárcel. De momento voy a ir simplemente para ganar tiempo. No puedo seguir litigando indefinidamente. Saldré; me indultarán o saldré tras un nuevo juicio dentro de un periodo de tiempo razonable. Es sólo que ahora me parece que es mejor ir. Ni se me ocurriría huir de Filadelfia. Dos de los cinco jueces me dieron la razón. Eso es prueba suficiente de que el estado no tiene argumentos contra mí.

Su esposa se dio cuenta de que había cometido un error y aquello la hizo cambiar de opinión al instante.

—No lo había dicho en ese sentido, Frank —contestó, disculpándose—. Sabes que no ha sido así. Por supuesto que sé que no eres culpable. ¿Por qué iba a pensarlo, yo entre toda la gente?

Hizo una pausa esperando que él le contestara, que le ofreciera otros argumentos —o quizá una palabra amable—. Algún rastro de aquel antiguo amor que tan desconcertante le había resultado, pero él se había vuelto hacia la mesa en silencio y pensaba ya en otras cosas.

En este momento volvió a ser consciente de lo anómalo de su situación. Todo aquello era muy triste; una situación desesperada. ¿Y qué se suponía que debía hacer en el futuro? ¿Y qué sería lo que haría? Se detuvo medio temblando y aun así, decidida, debido a aquella peculiaridad de su carácter de no oponer resistencia. ¿Por qué robarle tiempo? ¿Para qué molestarlo? No sacaría nada de aquello. Ya no la amaba; eso era todo. No había nada que pudiera hacer que volviera a amarla, nada que pudiera volver a acercarlos, ni siquiera una tragedia como esta. Su interés estaba en otra mujer —Aileen—, de modo que sus torpes pensamientos y sus explicaciones, sus miedos, su dolor, su desesperación y su tristeza ya no eran importantes para él. ¡Podría confundir el angustioso deseo que sentía de que él fuera libre con un comentario acerca de su posible culpabilidad, con dudas acerca de su inocencia, con una crítica hacia él! Giró la cara un momento y él se dispuso a abandonar la habitación.

—Volveré dentro de un momento —le dijo—. ¿Están los niños aquí?

—Sí, están en el cuarto de juegos —le contestó ella embargada por la tristeza, completamente desconcertada y afligida.

Estuvo a punto de exclamar «¡Ay, Frank!», pero antes de que pudiera decirlo, él ya había bajado las escaleras apresuradamente y se había marchado. Se volvió de nuevo hacia la mesa tapándose la boca con la mano izquierda y con los ojos velados por una extraña bruma de melancolía. ¿Era posible, pensó, que la vida de verdad llegara a esto; que el amor pudiera morir de manera tan absoluta y definitiva? Diez años atrás; pero ¿para qué volver a aquello? Era obvio que sí, y pensar en ello no le

serviría de nada en aquel momento. Por segunda vez en su vida parecía que todo se había hecho añicos —la primera, cuando murió su primer marido, y ahora, cuando su segundo marido le había fallado, se había enamorado de otra mujer y estaba esperando para entrar en prisión—. ¿Qué tenía ella que provocara semejantes cosas? ¿Qué fallo podría tener? ¿Qué iba a hacer? ¿Adónde iría? Por supuesto, no tenía ni idea de cuántos años tendría él que cumplir condena. Podrían ser un año o cinco, como había leído en los periódicos. ¡Cielo santo! Los niños casi podrían llegar a olvidarse de él en cinco años. Se tapó la boca con la otra mano también y después, se la llevó a la frente, donde sentía un dolor sordo. Intentó continuar adelante con los pensamientos, pero por alguna razón, le resultó imposible. De repente, de manera totalmente ajena a su voluntad, y sin que lo hubiera premeditado, el pecho comenzó a palpitarle, la garganta se le contrajo con cuatro o cinco espasmos dolorosos y se estremeció con un llanto enérgico, angustiado y desesperado, casi sin lágrimas, aunque le quemaba en los ojos el calor de las pocas que derramó. Incapaz de parar, se quedó allí de pie temblorosa, y luego, al rato, le siguió un dolor sordo y volvió a sentirse como al principio.

«¿Para qué iba a llorar?» —se preguntó a sí misma casi con fiereza; por ella—. «¿Para qué venirse abajo de esta manera tormentosa e inútil? ¿Iba eso a servirle de algo?»

Pero a pesar de sus observaciones especulativas y filosóficas, seguía sintiendo el eco y el retumbo lejano de la tormenta que se estaba produciendo en su alma. «¿Por qué llorar? ¿Por qué no llorar?» Eso podría haber dicho; pero no lo hizo, y a pesar de sí misma y de toda su lógica, sabía que esta tempestad que se había desatado sobre ella hacía tan poco ahora simplemente se cernía sobre el horizonte de su alma y volvería para estallar de nuevo.

CAPÍTULO L

La llegada de Steger con la información de que el *sheriff* no haría movimientos de ningún tipo hasta el lunes por la mañana, cuando Cowperwood podría presentarse por su cuenta, le facilitaba las cosas. Esto le daba tiempo para pensar —para organizar sus asuntos domésticos tranquilamente—. Les dio la noticia a sus padres con palabras de consuelo, y habló con sus hermanos y con su padre de los ajustes que tendrían que llevar a cabo de manera inmediata en relación con las casas más pequeñas a las que se verían obligados a mudarse en breve. Se produjeron múltiples reuniones entre los distintos miembros de esta organización que ahora se venía abajo referentes a detalles menores; y entre sus reuniones con Steger, sus visitas a Davison, Leigh, Avery Stone, de Jay Cooke & Co., George Waterman (su viejo patrón, Henry, había muerto), al extesorero del estado, Van Nostrand, que había salido con la vieja administración del estado, y otros, estuvo muy ocupado. Ahora que iba a entrar en prisión quería que sus amigos del mundo financiero se unieran para intentar sacarlo de allí apelando al gobernador. La división de opinión de los jueces de la Corte Suprema del Estado era a su vez su excusa y su punto fuerte. Quería que Steger continuara en esa línea y él no escatimó esfuerzos para ver a todos aquellos que pudieran servirle de algo, sin excepción —Edward Tighe, de Tighe & Co., que seguía haciendo negocios en Third Street; a Newton Targool; a Arthur Rivers; a Joseph Zimmerman, el príncipe de los artículos de confección, convertido ahora en millonario; a Terrence Relihan, el antiguo representante del dinero en Harrisburg, y a muchos otros.

Cowperwood quería que Relihan se dirigiera a los periódicos para ver si conseguía que modificaran su actitud con la finalidad de sacarlo de la cárcel, y quería que Walter Leigh encabezara un movimiento para organizar una petición con una recogida de firmas que debía contener todos los nombres importantes de la gente más adinerada y de otros, que solicitara al gobernador que lo liberara. Leigh aceptó con entusiasmo, al igual que Relihan y muchos otros.

Y después ya no quedó verdaderamente nada por hacer, a menos que fuese ver a Aileen una vez más, y esto, en medio de todas aquellas obligaciones y complicaciones, le parecía a veces algo imposible; y, aun así, consiguió hacerlo también; estaba ansioso por sentirse consolado y reconfortado por el amor inocente que ella sentía por él, y que era al mismo tiempo tan grande y tan absoluto. ¡Lo que se veía en sus ojos estos días! En ellos ardían el ansia por verlo y por hacerlo feliz. ¡Y pensar que lo estuvieran torturando así, a su Frank! Oh, ella lo sabía; daba igual lo que él dijera y la valentía o el desenfado con el que hablara. Pensar que precisamente el amor que él le tenía hubiera sido la causa principal por la que lo iban a mandar a prisión, como ella creía ahora. ¡Y la crueldad de su padre! Y lo insignificantes que eran sus enemigos —el idiota ese, Stener, por ejemplo, cuyas fotos había visto en los periódicos—. En realidad, cada vez que su Frank estaba presente, prácticamente hervía en una agonía alquímica por él —su bello y fuerte amor—, el hombre más

fuerte, más valiente, más sabio, más amable y más atractivo del mundo. ¿Cómo no iba ella a saberlo? Y Cowperwood, que al mirarla a los ojos se daba cuenta de esta enfebrecida sinrazón, que tan reconfortante le resultaba, sonreía y se sentía emocionado. ¡Cuánto amor! Igual que el de un perro por su amo; que el de una madre por un hijo. ¿Y cómo había conseguido él provocarlo? No lo sabía, pero era algo maravilloso.

Por eso, ahora, en estas últimas horas difíciles, deseaba verla con frecuencia —y lo hizo—, reuniéndose con ella al menos cuatro veces durante el mes que estuvo libre, entre la condena y la desestimación definitiva de su apelación. Tuvo una última oportunidad de verla —y ella de verlo a él— justo antes de su entrada en prisión esta última vez —el sábado anterior al lunes en el que fue sentenciado—. No se había puesto en contacto con ella desde que la Corte Suprema anunciara su decisión, pero había recibido una carta de ella que se había hecho enviar a un buzón privado y la había citado para que se encontraran el sábado en un hotelito en Camden, que, al estar al otro lado del río, resultaba más seguro, a su juicio, que ningún lugar de Filadelfia. No estaba muy seguro de cómo se tomaría ella la posibilidad de que no pudiera verlo pronto después del lunes, ni de cómo actuaría en general cuando no pudiera reunirse con él con tanta frecuencia como gustara. En consecuencia, estaba ansioso por hablar con ella. Pero en esta ocasión, como él anticipaba, e incluso temía, de tanto que lo lamentaba por ella, sus protestas no fueron menos enfáticas de lo que lo habían sido siempre; de hecho, lo fueron mucho más. Cuando lo vio acercarse a lo lejos, se adelantó para ir a su encuentro de aquella manera directa y enérgica que sólo ella podía permitirse con él; una especie de impetuosidad masculina que a ambos les gustaba y que ambos aprobaban, y echándole los brazos al cuello, le dijo:

—Cariño, no hace falta que me lo digas. Lo leí en los periódicos la otra mañana. No te preocupes, cariño. Te quiero. Te esperaré. Estaré contigo aunque tenga que esperar diez años. Me da igual si son cien, pero lo siento mucho por ti, mi amor. Te acompañaré todos y cada uno de los días, cariño, amándote con todo mi ser.

Lo acarició mientras él la miraba con aquella calma que demostraba al mismo tiempo su aplomo y también el interés y la satisfacción que ella le provocaba. No podía evitar amar a Aileen, pensaba, ¿quién podría? Era apasionada, vibrante, deseable. No podía evitar admirarla tremendamente, y ahora más que nunca, porque literalmente, a pesar de toda su fortaleza intelectual, en realidad no podía dominarla. Arremetía contra él, incluso cuando él guardaba las distancias con actitud serena y crítica, como si él fuera su propiedad, su juguete. Siempre le hablaba, y particularmente cuando estaba excitada, como si él no fuera más que un bebé, su cielo; y a veces pensaba que ella podría llegar a dominarlo mentalmente, a someterlo, de lo independiente que era y de lo segura que estaba de sí misma como mujer.

En esta ocasión, ella siguió hablando como si a él se le hubiera roto el corazón y necesitara de todos sus cuidados y ternura, aunque en realidad no era así en absoluto; y por un momento, llegó a hacerle sentir que sí.

—No es tan terrible, Aileen —se aventuró a decir, finalmente, con una dulzura y una ternura poco frecuentes en él, incluso tratándose de ella, pero ella continuó sin prestarle la más mínima atención.

—Sí que lo es, cariño. Yo lo sé. ¡Mi pobre Frank! Pero yo iré a verte. Sabré arreglármelas, pase lo que pase. ¿Cada cuánto tiempo permiten que los prisioneros tengan visitas?

—Sólo una vez cada tres meses, querida, o eso dicen, pero creo que nosotros podremos arreglarlo una vez que esté allí; aunque, ¿crees que deberías intentarlo inmediatamente, Aileen? Ya sabes lo que piensa la gente ahora. ¿No sería mejor que esperaras un poco? ¿No crees que corres el riesgo de provocar a tu padre? Podría crear muchos problemas si se lo propusiera.

—¡Sólo una vez cada tres meses! —exclamó ella con énfasis creciente cuando él comenzó esta explicación—. ¡No, Frank, no! ¡Seguro que no! ¡Una vez cada tres meses! ¡No puedo soportar eso! ¡Y no lo haré! Iré personalmente a ver al alcaide. Él me dejará verte. Estoy segura de que me dejará si hablo con él.

Llegó casi a jadear en mitad de su agitación, incapaz de detener su diatriba, pero Cowperwood la interrumpió:

—Estás hablando sin pensar, Aileen. No estás pensando. ¡Acuérdate de tu padre! ¡Acuérdate de tu familia! Puede que tu padre conozca al alcaide. Y no querrás que se entere toda la ciudad de que vas allí corriendo a verme, ¿verdad? Tu padre podría causarte problemas. Además, tú no conoces a los pequeños políticos del partido tan bien como yo. Cotillean como un montón de viejas. Tendrás que tener mucho cuidado con lo que haces y con cómo lo haces. No quiero perderte. Quiero verte. Pero tendrás que andarte con ojo con lo que haces. No intentes ir a verme enseguida. Yo quiero verte, pero quiero tantear el terreno y quiero que tú lo hagas también. No vas a perderme. No estaré mal del todo allí.

Se detuvo al pensar en las largas hileras de celdas de hierro que debía de haber allí, de las que una sería la suya —¿durante cuánto tiempo?— y en Aileen viéndolo a través de las rejas, o dentro de la celda. Y al mismo tiempo pensaba, a pesar de todo lo demás, en lo bella que estaba hoy. En lo joven que seguía pareciendo y en lo fuerte que era su carácter. Mientras que él se acercaba a la madurez, ella seguía siendo una muchacha comparativamente joven, y tan bella como siempre. Llevaba un traje de seda de rayas blancas y negras con polisón, siguiendo los curiosos dictados de la moda de la época, y un conjunto de pieles de foca, que incluía un pequeño sombrero colocado de manera desenfadada sobre su pelo dorado rojizo.

—Ya lo sé, ya lo sé —contestó Aileen con firmeza—. ¡Pero piensa que son tres meses! ¡No puedo, cariño! ¡No lo haré! Es una estupidez. ¡Tres meses! Mi padre no tendría que esperar tres meses si quisiera ver a alguien allí, ni tampoco nadie para quien mi padre quisiera pedir algún favor. No pienso hacerlo; ya encontraré alguna manera.

Cowperwood se vio obligado a sonreír. Aileen no se dejaba derrotar fácilmente.

—Pero tú no eres tu padre, cariño; y tú no querrás que se entere.

—Ya sé que no, pero no hace falta que ellos sepan quién soy yo. Puedo cubrirme con un velo tupido. No creo que el alcaide conozca a mi padre. Puede que sí. Pero en cualquier caso, a mí no me conoce; y si yo pudiera hablar con él, no me delataría aunque me conociera.

Lo segura que estaba de sus encantos, de su personalidad y de sus privilegios terrenales era algo bastante anárquico. Cowperwood negó con la cabeza.

—Cariño, eres casi lo mejor y lo peor que hay en cuanto a mujeres se refiere —observó él con ternura, cogiéndole la cabeza para besarla—, pero tendrás que escucharme de todos modos. Tengo un abogado, Steger; tú lo conoces. Él se va a encargar de este asunto con el alcaide; de hecho, se está haciendo cargo hoy. Quizá pueda arreglar las cosas, y quizá no. Lo sabré mañana o el domingo, y te escribiré. Pero no vayas a hacer nada que pueda resultar imprudente hasta que tengas noticias mías. Estoy seguro de que podré reducir las limitaciones sobre las visitas a la mitad, y quizá lleguemos a una vez al mes o incluso cada dos semanas. Sólo me está permitido escribir una carta cada tres meses —Aileen explotó de nuevo—, y estoy seguro de que puedo conseguir que eso cambie, al menos un poco; pero no me escribas hasta que tengas noticias mías, o al menos no pongas ningún nombre ni ninguna dirección. Abren todas las cartas y las leen. Si vienes a verme o si me escribes tendrás que ser muy cuidadosa, y tú no eres precisamente la persona más cuidadosa del mundo. Vas a ser buena, ¿verdad?

Hablaron mucho más —de la familia de él, de su comparecencia en la Corte el lunes, de si saldría pronto para asistir a alguno de los juicios que tenía aún pendientes o de si sería indultado—. Aileen aún creía que él tenía futuro. Había leído las opiniones de los jueces discrepantes a su favor, y las de los tres jueces que se habían puesto de acuerdo en su contra. Estaba segura de que su hora en Filadelfia aún no había pasado, y de que en algún momento volvería a abrir su negocio y después se la llevaría a ella a algún otro sitio. Sentía lástima por la señora Cowperwood, pero estaba convencida de que no era la mujer apropiada para él —de que Frank necesitaba a alguien como ella, a alguien que gozara de juventud, belleza y fuerza—, a ella misma, sin más. Se aferró a él ahora en abrazos embelesados hasta que llegó la hora de marcharse. A pesar de lo difícil que habría podido parecer organizar un plan de funcionamiento en una situación tan imposible de ajustar de manera precisa, lo había hecho. En el último momento, ella estaba desesperadamente abatida, al igual que él, ante la despedida; pero se controló haciendo uso de su fortaleza habitual y encaró el oscuro futuro con la mirada firme.

CAPÍTULO LI

Llegó el lunes y con él su partida definitiva. Había hecho todo lo que se podía hacer. Cowperwood se despidió de su madre, de su padre, de sus hermanos y de su hermana. Tuvo una conversación algo distante, pero sensata y pragmática con su esposa. No puso ningún empeño especial en despedirse de su hijo ni de su hija; cuando volvió el jueves, el viernes, el sábado y el domingo por la tarde, tras haberse enterado de que tendría que marcharse el lunes, lo hizo con la idea de mantener con ellos una pequeña conversación de manera especialmente afectuosa. Era consciente de que, en general, su actitud moral o inmoral quizá les estuviera suponiendo una injusticia temporal. Pero seguía sin estar seguro. A la mayoría de la gente le iba bastante bien en la vida, tanto si habían sido mimados como si se habían visto privados de oportunidades. A estos niños probablemente les fuera tan bien como a la mayoría, pasara lo que pasara —y, de todos modos, no tenía intención de abandonarlos económicamente hablando, si podía evitarlo—. No quería separar a su esposa de sus hijos, ni a ellos de ella. Debían quedarse con ella. Quería que estuvieran cómodos con ella. Le gustaría verlos, estuvieran donde estuvieran con ella, ocasionalmente. Lo único que quería era su libertad personal, en lo que a ella y a los niños se refería, para marcharse y organizarse un nuevo mundo y crear un nuevo hogar con Aileen. De modo que en estos últimos días, y particularmente este último domingo por la noche, fue notablemente considerado con su hijo y con su hija, sin dar a entender demasiado abiertamente que se acercaba el momento de su separación de ellos.

—Frank —le dijo a su hijo, que era perceptiblemente apático, en esta ocasión—, ¿no piensas enderezarte para llegar a ser un tipo grande, fuerte y saludable? No juegas lo suficiente. Deberías meterte en una pandilla de chicos y convertirte en el cabecilla. ¿Por qué no te montas un gimnasio en alguna parte para intentar fortalecerte?

Estaban en la sala de estar del padre de Cowperwood, donde se habían reunido todos en esta ocasión de manera deliberada.

Lillian hija, que estaba en el extremo opuesto a su padre en la gran mesa de biblioteca, se detuvo para observarlos a él y a su hermano con interés. Ambos habían sido cuidadosamente resguardados de los asuntos de su padre de los que no sabían nada, ni de su difícil situación actual. Iba a marcharse de viaje durante un mes más o menos, o eso tenían ellos entendido. Lillian estaba leyendo un libro de cuentos que le habían regalado la Navidad anterior.

—No va a hacer nada —comentó apartando la vista de su lectura de una manera que resultaba inusualmente crítica en ella—. Si ni siquiera quiere echar carreras conmigo cuando se lo pido.

—¡Ah! ¿Y quién va a querer echar carreras contigo, vamos a ver? —le respondió Frank hijo, con acritud—. Si tú ni siquiera serías capaz de correr aunque yo quisiera

correr contigo.

—¿Que no? —contestó ella—. Podría ganarte sin problemas.

—¡Lillian! —le dijo su madre en tono de súplica, pero con cierto tono admonitorio en la voz.

Cowperwood sonrió y le puso a su hijo la mano en la cabeza con afecto.

—Todo irá bien, Frank —le dijo, dándole un leve pellizco en la oreja—. No te preocupes; sólo tienes que esforzarte.

El niño no respondió con el entusiasmo que él esperaba. Más tarde, la señora Cowperwood reparó en cómo su marido apretaba la delgada cinturita de su hija y le tiraba suavemente de los rizos. En aquel momento, sintió celos de su hija.

—¿Vas a ser la niña más buena del mundo mientras esté fuera? —le dijo a ella en privado.

—Sí, papá —le contestó ella con entusiasmo.

—Muy bien —le dijo, inclinándose para besarla en los labios con ternura—, ojitos bonitos.

La señora Cowperwood exhaló un suspiro cuando él se marchó. «Todo para los niños y nada para mí» pensó, aunque los niños tampoco habían obtenido mucho de él en el pasado.

La actitud que mantuvo Cowperwood con su madre en estos últimos momentos fue de la mayor ternura y cordialidad que a él le resultaba posible. Entendía muy bien las ramificaciones de su preocupación y cuánto sufría por él y por todos los demás que estaban resultando afectados. No se había olvidado del cariño con el que lo había cuidado durante su juventud; y si hubiera podido hacer algo para evitarle esta desventurada pérdida de su fortuna en su ancianidad, lo habría hecho. A lo hecho, pecho. A veces, en momentos de éxito o de fracaso, le resultaba imposible no sentirse intensamente afectado; pero lo más adecuado era aguantar, no demostrarlo, hablar poco y seguir con sus cosas con una actitud no tanto de resignación como de confianza en sí mismo ante lo que le deparara el futuro, fuera lo que fuera. Y esa era su actitud esta mañana, y eso era lo que esperaba de los que lo rodeaban —de hecho, prácticamente obligados por la actitud de él.

—Bueno, madre —dijo cordialmente en el último momento; no pensaba permitir que ella ni su esposa ni su hermana fueran al tribunal, asegurando que eso no le ayudaría a él en nada y serviría únicamente para destrozarlas a ellas inútilmente—, me voy ya. No te preocupes y arriba ese ánimo.

Rodeó a su madre por la cintura con el brazo y ella, desconsolada, lo abrazó largamente sin contenerse, y le dio un beso.

—Vete, Frank —le dijo, con voz ahogada cuando lo soltó—. Que Dios te bendiga. Rezaré por ti. —Él no volvió a prestarle atención. No se atrevió.

—Adiós, Lillian —le dijo a su esposa con amabilidad y en tono agradable—. Creo que volveré dentro de unos días. Saldré para asistir a algunos de los procedimientos judiciales.

A su hermana le dijo:

—Adiós, Anna. No dejes que se desanimen demasiado los demás.

—A vosotros tres os veré luego —les dijo a su padre y a sus hermanos; y así, vestido con lo mejor de la moda de aquella época, bajó apresuradamente hasta el recibidor, donde lo aguardaba Steger, y se marchó. Su familia, al oír cómo se cerraba la puerta tras él, sufrió una sensación punzante de desolación. Se quedaron de pie allí unos momentos: su madre llorando; su padre, con el aspecto de quien ha perdido a su último amigo, pero haciendo un esfuerzo por parecer seguro y de estar a la altura de sus problemas; Anna, diciéndole a Lillian que no se preocupara, y esta última, encarando el futuro en silencio y sin saber qué pensar. Sin duda, un sol muy brillante acababa de ponerse en su escenario particular, y de un modo muy dramático.

CAPÍTULO LII

Cuando Cowperwood llegó a la prisión, Jaspers se encontraba allí, contento de verlo pero, sobre todo, aliviado de sentir que no había ocurrido nada que hubiera podido manchar su reputación como *sheriff*. Debido principalmente a la urgencia de los asuntos judiciales, se decidió que la partida hacia el tribunal fuese a las nueve. El cometido de encargarse de llevar a Cowperwood ante el juez Payderson sin ningún percance y de devolverlo después a la penitenciaría volvió a recaer en Eddie Zanders. Todos los papeles del caso fueron puestos bajo su cuidado para ser entregados al alcaide.

—Supongo que sabrá que Stener está aquí —le confió el *sheriff* Jaspers a Steger—. Ahora no tiene dinero, pero aun así le he dado una habitación privada. No he querido meter a un hombre como él en una celda. —El *sheriff* Jaspers se compadecía de Stener.

—Muy bien. Me alegra oír eso —contestó Steger, sonriéndose para sí.

—He supuesto, por lo que he oído, que el señor Cowperwood no querría encontrarse con Stener aquí, de modo que los he puesto separados. George se marchó hace un minuto con otro ayudante.

—Muy acertado. Así debería ser —contestó Steger. Se alegraba por Cowperwood de que el *sheriff* mostrara tanto tacto. Era evidente que George y el *sheriff* mantenían una relación muy amistosa, a pesar de los tremendos problemas y de la falta de medios del primero.

El grupo de Cowperwood fue caminando, ya que no había mucha distancia, y mientras lo hacían, hablaron de cosas sin importancia para evitar las otras más serias.

—Las cosas no van a ir tan mal —le dijo Edward a su padre—. Steger dice que el gobernador indultará a Stener dentro de un año o incluso menos, y si lo hace, seguro que también dejará salir a Frank.

Cowperwood padre había oído esto una y otra vez, pero no se cansaba de escucharlo. Era para él como una dulce nana con la que dormir a un bebé. La nieve que cubría el suelo, que estaba durando mucho teniendo en cuenta la época del año; el día tan bueno que hacía, y que había amanecido despejado y luminoso, y la esperanza de que la sala no estuviera llena, distrajeron la atención del padre y de los dos hijos. Cowperwood padre hizo incluso comentarios sobre unos gorriones que se peleaban por un trozo de pan, maravillándose con lo bien que se las arreglaban en invierno, con el único objeto de relajar su tensión. Cowperwood, que caminaba delante junto a Steger y a Sanders, hablaba de los próximos procesos en relación con su negocio y de las cosas que se deberían hacer.

Cuando llegaron al tribunal, a Cowperwood le aguardaba para recibirlo el mismo cuartito en el que había esperado el veredicto del jurado varios meses antes.

Cowperwood padre y sus otros hijos buscaron sitio en la sala del tribunal. Eddie Zanders permaneció con su prisionero. Stener y un ayudante del *sheriff* llamado

Wilkerson estaban en el cuartito; pero él y Cowperwood fingieron no verse. Frank no habría tenido inconveniente en hablar con su antiguo socio, pero se daba cuenta de que Stener se sentía inseguro y avergonzado, de modo que salvó la situación sin que mediaran mirada ni palabra alguna. Tras aproximadamente tres cuartos de hora de monótona espera, la puerta que conducía a la sala propiamente dicha se abrió y entró un alguacil.

—Todos los prisioneros deben comparecer para oír su sentencia —dijo.

Había seis en total, incluidos Cowperwood y Stener. Dos de ellos eran ladrones confederados a los que habían pillado con las manos en la masa mientras se afanaban en su trabajo a medianoche.

Otro prisionero no era ni más ni menos que un ladrón de caballos, un joven de veintiséis años que había sido condenado por un jurado por haberle robado el caballo a un tendero y haberlo vendido. El último hombre era un negro alto, desgarrado, analfabeto y de mente confusa, que se había llevado un trozo de tubería de plomo aparentemente desechado que había encontrado en un almacén de madera. Su intención era venderlo o cambiarlo por un trago. En realidad, no le correspondía estar en este tribunal, pero como lo había cogido un vigilante americano medio enano que estaba al cuidado de la propiedad, y como se había negado en un primer momento a declararse culpable al no entender demasiado bien lo que iban a hacer con él, lo habían tenido que derivar forzosamente a este tribunal para ser juzgado. Después, había cambiado de opinión y había admitido su culpa, de modo que ahora tenía que comparecer ante el juez Payderson para oír la sentencia o la desestimación. El tribunal inferior ante el que lo habían llevado en un principio había perdido su jurisdicción al obligarlo a comparecer ante una corte superior para ser juzgado. Eddie Zanders, haciendo gala del papel de guía y mentor de Cowperwood que él mismo se había atribuido, le había ido informando de todo mientras esperaban en pie.

La sala estaba abarrotada. A Cowperwood le resultó muy humillante tener que formar una fila en el pasillo lateral con estos otros, seguido de Stener, bien vestido pero con aspecto de enfermo y de desconsuelo.

El negro, Charles Ackerman, era el primero de la lista.

—¿Por qué comparece este hombre ante mí? —preguntó Payderson malhumorado cuando vio el valor de la propiedad que Ackerman supuestamente había robado.

—Señoría —explicó el ayudante del fiscal del distrito al instante—, este hombre compareció ante un tribunal inferior y se negó, porque estaba borracho o algo parecido, a declararse culpable. La corte inferior, debido a que el querellante se negó a desistir de su acusación, se vio obligada a hacer que se presentara ante este tribunal para ser juzgado. Desde entonces ha cambiado de opinión y ha admitido su culpa ante el fiscal del distrito. No lo habríamos presentado ante usted si hubiéramos tenido otra alternativa. Tiene que venir aquí para que su causa desaparezca de la lista.

El juez Payderson miró fijamente y con curiosidad al negro, a quien resultaba obvio que este examen no le molestó en absoluto, ya que estaba echado

cómodamente contra la barandilla ante la que cualquier otro criminal se habría mantenido tieso y aterrorizado. Ya había comparecido ante magistrados de los tribunales de policía con anterioridad por acusaciones de un tipo u otro — embriaguez, alteración del orden público y otras similares—, pero su actitud desgarrada e indolente, que aquí resultaba divertida, era la de un hombre inocente.

—Bien, Ackerman —le preguntó su señoría con severidad—, ¿robaste este trozo de tubería de plomo, según se te acusa aquí, por valor de cuatro dólares con ochenta centavos, o no?

—Sí, señor —comenzó—. Le voy a decir cómo fue, juez. Yo pasaba por el almacén de madera un sábado por la tarde, y yo no había estado trabajando, y vi el trozo ese al otro lado de la valla, en el suelo, y yo sólo lo alcancé con un trozo de madera que encontré allí y lo fui arrastrando hasta que lo cogí. Y después este señor guarda —dijo señalando con gestos de orador hacia la tribuna de los testigos, donde, por si el juez deseaba hacerle alguna pregunta, se encontraba el demandante— vino adonde yo vivo y me acusó de habérmelo llevado.

—Pero sí lo cogiste, ¿no?

—Sí, señor, lo cogí.

—¿Y qué hiciste con él?

—Lo cambié por veinticinco centavos.

—Querrás decir que lo vendiste —lo corrigió su señoría.

—Sí, señor. Lo vendí.

—¿Y no sabes que no está bien hacer algo así? ¿No sabías que estabas robando cuando arrastraste la tubería desde el otro lado de la valla y la cogiste? ¿No lo sabías?

—Sí, señor. Sabía que no estaba bien —contestó Ackerman avergonzado—. No sabía que eso fuera lo mismo que robar, pero sabía que no estaba bien. Supongo que sabía que no debía llevármelo.

—Por supuesto que lo sabías. Por supuesto que lo sabías. Eso es lo malo. Sabías que estabas robando y aun así, te lo llevaste. ¿Han detenido ya al hombre al que este negro le vendió la tubería? —le preguntó el juez bruscamente al fiscal del distrito—. Deberían hacerlo, porque es más culpable que este negro por comerciar con artículos robados.

—Sí, señor —contestó el ayudante—. Su caso está ante el juez Yawger.

—Muy bien. Así debe ser —contestó Payderson con severidad—. Comerciar con artículos robados es uno de los peores delitos, a mi juicio.

Entonces volvió a dirigir su atención a Ackerman.

—Vamos a ver, Ackerman —exclamó, irritado por tener que lidiar con un caso tan insignificante—, quiero decirte algo, y quiero que me prestes toda tu atención. ¡Ponte derecho! ¡No te echas contra la barandilla! Estás ante la ley. —Ackerman se había echado apoyándose en los codos cómodamente, igual que lo habría hecho en la valla trasera de una casa mientras hablaba con alguien, pero se puso derecho inmediatamente, sin dejar de sonreír estúpidamente a modo de disculpa, cuando oyó

esto—. No eres tan estúpido como para no comprender lo que voy a decirte. Lo que has hecho —robar un trozo de tubería de plomo— es un delito. ¿Me has oído? Un delito grave por el que podría castigarte muy severamente. Podría enviarte a la penitenciaría durante un año si así lo decidiera —la ley me autoriza a hacerlo—, sentenciarte a un año de trabajos forzados por robar un trozo de tubería de plomo. Y ahora, si tienes algo de sentido común, vas a prestar atención a lo que voy a decirte. No voy a mandarte a la penitenciaría ahora mismo. Me voy a esperar un poco. Voy a sentenciarte a un año en la penitenciaría, un año. ¿Me comprendes? —Ackerman palideció un poco y se lamió los labios nerviosamente—. Y luego voy a aplazar la sentencia; penderá sobre tu cabeza, de modo que si alguna vez vuelven a pillarte cogiendo cualquier otra cosa, se te castigará por este delito y por el otro al mismo tiempo. ¿Entiendes eso? ¿Sabes lo que quiero decir? Dímelo. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor, lo entiendo —contestó el negro—. Me va a dejar que me vaya; eso es.

El público sonrió y su señoría puso mal gesto para evitar sonreír él también.

—Voy a dejarte ir siempre y cuando no vuelvas a robar nada más —tronó—. En el momento en el que robes cualquier otra cosa, volverás a este tribunal, y entonces irás a la penitenciaría durante un año o durante el tiempo que merezcas. ¿Entiendes eso? Y ahora quiero que salgas de esta sala y que te comportes como es debido. No vuelvas a robar. ¡Búscate un trabajo! No robes, ¿me oyes? ¡No toques nada que no te pertenezca! ¡No vuelvas por aquí! Si lo haces, te mandaré a la penitenciaría sin duda alguna.

—¡Sí, señor! ¡No, señor, no lo haré! —contestó Ackerman nervioso—. No volveré a coger nada que no me pertenezca.

Salió arrastrando los pies al cabo de un momento, guiado presurosamente por la mano diligente de un alguacil, que lo condujo hasta el exterior de la sala entre una mezcla de sonrisas y carcajadas provocadas por su simpleza y por la excesiva severidad de las maneras de Payderson. Pero se anunció el siguiente caso y este pronto captó la atención del público.

Era el de dos ladrones a los que Cowperwood había estado estudiando con gran curiosidad, y lo seguía haciendo. Jamás en toda su vida había presenciado antes el pronunciamiento de una sentencia. Nunca había estado en tribunales de policía ni penales de ningún tipo —y rara vez en alguno civil—. Se alegró de ver al negro quedar libre y valoró que Payderson hubiera demostrado sentido común y compasión —que era más de lo que habría esperado.

Se preguntaba ahora si por casualidad Aileen estaría allí. Había puesto objeciones a que viniera, pero aun así, quizá lo hubiera hecho. De hecho, estaba al fondo en mitad de un numeroso grupo de gente junto a la puerta, cubierta con un velo tupido, pero presente. No había podido resistir los deseos de conocer cuanto antes el destino de su amado —estar cerca de él en esta hora de gran sufrimiento, según ella creía—. Se enfureció al ver que entraba en una fila con auténticos delincuentes y que se veía

obligado a esperar de una manera que a ella le pareció especialmente vergonzosa por lo pública, pero no pudo evitar admirar aún más la dignidad y la superioridad de su presencia incluso aquí. Ni siquiera estaba pálido, tal como pudo ver; mostraba la misma calma que ella siempre había conocido en él. Ojalá pudiera verla ahora; ojalá mirara hacia donde estaba para que ella pudiera levantarse el velo y sonreírle. Pero no lo hizo; no iba a hacerlo. Él no quería verla a ella aquí. Pero aun así, se lo contaría todo cuando volviera a verlo.

El juez se deshizo de los dos ladrones rápidamente con una sentencia de un año cada uno, y se los llevaron, mientras ellos parecían no estar seguros de nada ni saber qué pensar de su delito ni de su futuro.

Cuando llegó el turno de llamar a Cowperwood, el propio juez se estiró y se puso derecho porque este era otro tipo de hombre y no se podía manejar de la manera habitual. Sabía exactamente lo que iba a decir. Cuando uno de los agentes de Mollenhauer, muy buen amigo de Butler, le sugirió que cinco años tanto para Cowperwood como para Stener estaría bien, supo exactamente lo que tenía que hacer.

—Frank Algernon Cowperwood —llamó el secretario.

Cowperwood avanzó con paso enérgico, sintiendo lástima de sí mismo, avergonzado de su situación, pero sin demostrarlo ni por su aspecto ni por su actitud. Payderson lo miró de la misma manera que había hecho con los otros.

—¿Nombre? —preguntó el alguacil para el taquígrafo del tribunal.

—Frank Algernon Cowperwood.

—¿Domicilio?

—1937 de Girard Avenue.

—¿Ocupación?

—Banquero y agente de bolsa.

Steger estaba en pie tras él, con aspecto solemne, fuerte, preparado para hacer el alegato final dirigido tanto al tribunal como al público cuando llegara el momento. Aileen, desde el lugar donde se encontraba cerca de la puerta, estaba mordiendo los dedos nerviosamente por primera vez en su vida y gruesas gotas de sudor le cubrían la frente. El padre de Cowperwood estaba tenso debido a la ansiedad, y sus dos hermanos apartaron la vista rápidamente, haciendo todo lo que podían por ocultar el miedo y el dolor.

—¿Lo han condenado antes alguna vez?

—Nunca —contestó Steger por Cowperwood, sin alzar la voz.

—Frank Algernon Cowperwood —lo llamó el secretario con su tono nasal y cantarín, adelantándose—, ¿tiene algo que alegar por lo que no se debiera dictar sentencia? Si es así, hable.

Cowperwood comenzó a decir que no, pero Steger levantó la mano.

—Con el permiso del tribunal, mi cliente, el señor Cowperwood, el acusado, no es culpable ni a su juicio ni al de dos quintas partes de la Corte Suprema del Estado de Pensilvania; la corte de último recurso de este estado —exclamó en voz alta y

clara, de modo que todos pudieran oírlo.

Uno de los interesados asistentes y espectadores en este momento era Edward Malia Butler, que acababa de entrar desde otra sala en la que había estado hablando con un juez. Un obsequioso ujier le había avisado de que Cowperwood estaba a punto de ser sentenciado. En realidad había venido esta mañana para no perderse esta sentencia, pero ocultó sus motivos bajo la guisa de otro asunto. No sabía que Aileen también estaba allí, y tampoco la vio.

—Como él mismo testificó durante el juicio —continuó Steger—, y como las pruebas demostraron con claridad, nunca fue más que un agente para el caballero cuyo delito fue posteriormente juzgado por este tribunal; y como agente, aún mantiene, y dos quintas partes de la Corte Suprema del Estado están de acuerdo con él, que formaba parte de sus prerrogativas y que estaba completamente en su derecho de no depositar los certificados de crédito de la ciudad por valor de sesenta mil dólares en aquel momento, y de aquella forma y manera, a pesar de que el pueblo, representado por el fiscal del distrito, reclama que lo debería haber hecho. Mi cliente es un hombre de un inusual talento financiero. A través de las diversas cartas que se han presentado a su señoría en su nombre, verá que goza del respeto y de las simpatías de la inmensa mayoría de los hombres más eminentes y poderosos de este círculo concreto. Es un hombre de una posición social distinguida y de notables logros. La única razón de que esté aquí hoy ante su señoría ha sido un cruel e inesperado golpe de la fortuna —un incendio y el pánico subsiguiente que implicó a una propiedad financiera de la más estable y sólida naturaleza—. A pesar del veredicto del jurado y de la decisión de las tres quintas partes de la Corte Suprema del Estado, mantengo que mi cliente no es un malversador, que no es autor de hurto alguno, que nunca debería haber sido condenado y que ahora no debería ser castigado por algo de lo que no es culpable.

»Confío en que su señoría no me malinterprete a mí ni a mis razones al señalar en este momento que lo que acabo de decir es la verdad. No es mi deseo censurar la integridad de este tribunal ni la de ningún tribunal ni la del hacer de la justicia. Pero sí condeno y deploro la desafortunada serie de acontecimientos que ha contribuido a crear una imagen falsa, no fácilmente entendible por parte de los legos en estos asuntos, y que ha traído a mi distinguido cliente ante la ley. Creo que es justo que se hagan estas afirmaciones aquí y ahora de manera contundente y pública. Le ruego a su señoría que sea benévolo, y que si no puede, en conciencia, desestimar estos cargos, vea al menos que los hechos que acabo de señalarle tengan un peso proporcional en la medida del castigo infligido.

Steger dio un paso atrás y el juez Payderson asintió, tanto para dar a entender que había escuchado todo lo que el distinguido abogado acababa de decir como para afirmar que lo consideraría debidamente —y nada más—. Después se dirigió a Cowperwood y, haciendo acopio de toda su dignidad de juez, comenzó:

—Frank Algernon Cowperwood, ha sido condenado por un jurado de su propia

elección del cargo de hurto. La petición de nuevo juicio presentada por su distinguido letrado ha sido cuidadosamente valorada y desestimada al estar la mayoría de la corte completamente satisfecha con la corrección de la condena, basándose tanto en la ley como en las pruebas. Su delito fue de inusual gravedad, máxime teniendo en cuenta que el dinero que obtuvo pertenecía a la ciudad. Y se vio agravado por el hecho de que hasta aquel momento se había apropiado y había utilizado en provecho propio varios cientos de miles de dólares del crédito y del dinero de la ciudad. Por un delito de estas características la pena máxima prevista por la ley es singularmente clemente. Sin embargo, los hechos relacionados con su hasta ahora distinguida posición, las circunstancias en las que se produjo su quiebra y las apelaciones de sus numerosos amigos y socios financieros serán debidamente tomados en consideración por parte de este tribunal. No se hará caso omiso de ningún dato importante de su carrera. — Payderson hizo una pausa, como si dudara, aunque sabía muy bien cómo iba a proceder. Sabía lo que sus superiores esperaban de él.

»Si su caso no tiene ningún otro mensaje moral —continuó tras un momento, mientras acariciaba los informes—, al menos dará una lección muy necesaria en estos tiempos, y es que la tesorería de la ciudad no puede ser invadida ni saqueada impunemente bajo la endeble apariencia de una transacción comercial, y que la ley sigue teniendo el poder de hacerse valer y de proteger al público.

»La sentencia de este tribunal —añadió con solemnidad mientras Cowperwood lo miraba impasible— es, por lo tanto, que pague una multa de cinco mil dólares a la comunidad por el uso del condado, que pague las costas del proceso y que sufra pena de reclusión incomunicada o de aislamiento con trabajos forzados en la Penitenciaría del Estado para el Distrito Este durante un periodo de cuatro años y tres meses, y que estará a disposición de este tribunal hasta que se cumpla esta sentencia.

El padre de Cowperwood, al oír esto, inclinó la cabeza para ocultar las lágrimas. Aileen se mordió el labio inferior y apretó los puños para controlar la rabia, la desilusión y las lágrimas. ¡Cuatro años y tres meses! Eso supondría una separación terrible para la vida de ambos. Aun así, ella le esperaría. Era mejor que ocho o diez años, como había llegado a temer que sucediera. Quizá ahora, una vez que todo hubiera terminado y él estuviera en prisión, el gobernador lo indultara.

El juez se movió ahora para coger los papeles relacionados con el caso de Stener, satisfecho por no haber dado a los financieros la ocasión de decir que no había prestado la atención debida a su petición en relación con Cowperwood y, además, convencido de que los políticos se sentirían satisfechos de que le hubiera impuesto prácticamente la pena máxima al tiempo que parecía haber atendido las peticiones de clemencia. Cowperwood se dio cuenta de la argucia enseguida, pero no le afectó. Apareció un alguacil que comenzó a urgirlo para llevárselo.

—Permita al prisionero quedarse un momento —dijo el juez.

El nombre de George W. Stener había sido anunciado por el secretario y Cowperwood no entendía muy bien por qué lo estaban haciendo esperar, pero pronto

lo comprendió. Era para que oyera la opinión del tribunal en relación con su consocio del delito. Le pidieron los datos. Roger O'Mara, el abogado irlandés de los políticos, que había ejercido como defensa, estaba de pie junto a él, pero no tuvo nada que añadir aparte de la petición que le hizo al juez de que valorara la honorable carrera anterior de Stener.

—George W. Stener —dijo su señoría mientras que el público, incluido Cowperwood, escuchaba con atención—. Habiendo sido desestimada su petición de nuevo juicio así como la solicitud de la suspensión del pronunciamiento de la sentencia, lo único que le resta a este tribunal es imponer una sentencia acorde con la naturaleza de su delito. No deseo hacerle aún más dolorosa esta situación añadiendo comentarios propios; pero no puedo desaprovechar la oportunidad de expresar mi más rotunda repulsa de su delito. El uso indebido del dinero público se ha convertido en el gran delito de nuestra época. Si no se le pone freno de manera inmediata y con firmeza, terminará por destruir nuestras instituciones. Cuando una república se ve horadada por la corrupción, pierde el vigor y se desmorona ante la más mínima presión.

»En mi opinión, el público es culpable en gran medida de este delito y de otros de naturaleza similar. Hasta ahora, el fraude oficial ha sido contemplado con excesiva indiferencia. Lo que necesitamos es una moralidad política más elevada y más pura; un estado de opinión pública que convirtiera el uso indebido del dinero público en algo execrable. La ausencia de esta opinión es la que hizo posible su delito. Más allá de eso, no encuentro atenuantes en su caso. —El juez Payderson hizo una pausa para procurarse mayor énfasis. Estaba llegando al punto álgido de su exposición y quería que se le entendiera bien.

»El pueblo le había confiado el cuidado de su dinero —continuó con solemnidad—. Se trataba de una responsabilidad elevada, sagrada. Debería haber guardado la puerta de la tesorería como el ángel que protegía el jardín del Edén, y debería haber blandido la espada llameante de la honestidad contra todo el que se acercara con intenciones impropias. Su posición de representante de una gran comunidad así lo exigía.

»A la vista de todos los hechos de su causa, este tribunal no puede por menos que imponerle una grave sanción. El artículo setenta y cuatro de la Ley de Enjuiciamiento Criminal estipula que ningún condenado será sentenciado por el tribunal de esta comunidad a ninguna de las penitenciarías de la misma a ningún periodo que expire entre el 15 de noviembre y el 15 de febrero de ningún año, y esta disposición me obliga a rebajar en tres meses el tiempo máximo que podría fijar en su caso; es decir, cinco años. La sentencia de este tribunal es, por lo tanto, que pague una multa de cinco mil dólares a la comunidad por el uso del condado —Payderson sabía muy bien que Stener nunca podría pagar semejante suma— y que sufra pena de reclusión incomunicada o de aislamiento con trabajos forzados en la Penitenciaría del Estado para el Distrito Este durante un periodo de cuatro años y nueve meses, y que estará a

disposición de este tribunal hasta que se cumpla esta sentencia. —Soltó los informes y se rascó la barbilla en actitud reflexiva mientras Cowperwood y Stener eran sacados de la sala apresuradamente. Butler fue el primero en marcharse tras la sentencia; bastante satisfecho. Al ver que todo había terminado en lo que a ella le concernía, Aileen se apresuró a salir sigilosamente; y tras ella, unos momentos después, salieron los hermanos y el padre de Cowperwood. Le esperarían fuera para acompañarle hasta la penitenciaría. Los restantes miembros de la familia estaban en casa esperando impacientes recibir noticias de los acontecimientos de la mañana, por lo que enviaron a Joseph Cowperwood enseguida para informarlos.

El día se había vuelto nublado, cubierto, y daba la impresión de que podría nevar. Eddie Zanders, al que le habían entregado todos los papeles del caso, anunció que no había necesidad de regresar a la cárcel del condado. En consecuencia, los cinco — Zanders, Steger, Cowperwood, su padre y Edward— se montaron en un tranvía que los dejó a pocas manzanas de la prisión. Al cabo de media hora se encontraban a las puertas de la Penitenciaría del Este.

CAPÍTULO LIII

La Penitenciaría de Pensilvania para el Distrito Este^[1], que se hallaba entre Fairmount Avenue y Twenty-first Street en Filadelfia, donde Cowperwood tendría que cumplir su sentencia de cuatro años y tres meses, era una gran estructura de piedra gris, solemne y de aire importante, que guardaba cierto parecido con el palacio Sforza de Milán, aunque no era tan distinguida. Ocupaba varias manzanas y se extendía por cuatro calles diferentes, con el gris aspecto solitario e intimidante que debería dar cualquier prisión. El muro que cercaba una extensión de más de cuarenta mil metros cuadrados, y que en gran medida le confería tanta solemnidad, tenía más de diez metros de altura y dos de espesor. La prisión en sí, que no era visible desde el exterior, estaba compuesta por siete brazos o corredores que estaban dispuestos como las patas de un pulpo alrededor de una sala o patio central, y ocupaba aproximadamente dos tercios de la extensión del patio que quedaba tras el muro, de modo que restaba poco espacio para disfrutar del encanto del césped. Los corredores, cuya parte exterior tenía trece metros de ancho, medían cincuenta y cinco metros de largo; cuatro de ellos tenían dos plantas de altura y se extendían en todas las direcciones. Los corredores carecían de ventanas y contaban sólo con estrechas aberturas en el techo a modo de tragaluces de un metro de largo por veinte centímetros de ancho; las celdas de la planta baja se acompañaban en algunos casos de un pequeño patio de tres metros por cinco —el mismo tamaño de la celda—, que estaba rodeado de un alto muro de ladrillo en todos los casos. Tanto las celdas, como los suelos y los techos estaban hechos de piedra, y los pasillos, que contaban sólo con una separación de tres metros entre celda y celda, y en el caso de las partes de una sola planta tenían sólo cuatro metros y medio de altura, tenían también el suelo de piedra. De pie en la sala central o rotonda, si se dirigía la vista hacia los brazos que salían en todas las direcciones, la sensación era de estrechez y opresión, no del todo compatible con su longitud. Las puertas de hierro, complementadas por otras exteriores de madera maciza, usadas estas últimas a veces para evitar que los presos vieran y oyeran nada, resultaban sombrías y desagradables a la vista. Los pasillos eran bastante luminosos, ya que eran encalados con frecuencia y contaban con los estrechos tragaluces, que se cerraban con cristales esmerilados durante el invierno; pero se encontraban, al igual que todos los lugares destinados a encarcelar a los hombres, desnudos, y su visión resultaba aburrida. En honor a la verdad, aquel lugar contenía mucha vida, en vista de que en aquella época había cuatrocientos prisioneros allí, y de que prácticamente todas las celdas estaban ocupadas; pero aquella vida no resultaba evidente para nadie. Se sabía que estaba allí, pero no se veía. Algunos de los prisioneros, tras un largo periodo de encarcelamiento, servían como «reclusos de confianza» o «mensajeros», como se les conocía allí, pero no muchos. Había una panadería, un taller de máquinas, un taller de carpintería, una despensa, un molino de harina y una serie de jardines o pequeños huertos, pero no requerían de muchas

personas para su funcionamiento.

La prisión databa de 1822 y había ido creciendo al ir pasando hasta alcanzar el considerable tamaño que tenía actualmente. La población reclusa estaba compuesta por individuos de todos los grados de inteligencia y que habían cometido todo tipo de crímenes, por lo que había desde asesinos hasta ladrones de escasa importancia. La población reclusa se regía por el conocido como «sistema de Pensilvania», que consistía ni más ni menos que en la prisión en aislamiento para todos los internos — una vida de silencio absoluto realizando trabajos de manera aislada en cada una de las celdas.

Aparte de su reciente experiencia en la cárcel del condado, que después de todo estaba lejos de ser lo habitual, Cowperwood no había estado nunca en una cárcel en su vida. Una vez, siendo niño, en uno de sus viajes a las poblaciones de alrededor, había pasado por la cárcel de un pueblo —un pequeño edificio cuadrado y gris con ventanas alargadas cubiertas por barrotes—, y había visto, a través de las deprimentes rendijas de la planta de arriba, a un borracho no demasiado agradable o al holgazán del pueblo que lo miraba con los ojos empañados, desgredado y el rostro pálido y abotagado por la bebida, que le dijo (era verano y la ventana de la cárcel estaba abierta):

—Hijo, tráeme un rollo de tabaco de mascar, ¿quieres?

Cowperwood, que había mirado hacia arriba y se había sentido espantado por el aspecto desaliñado de aquel hombre, le había contestado prácticamente sin pararse a pensar:

—No, no puedo.

—Pues ten cuidado, no vayas a terminar tú encerrado algún día, enano —le había contestado el hombre con fiereza, recuperado sólo a medias de los excesos del día anterior.

No había vuelto a pensar en esta escena desde hacía años, pero ahora se le vino a la cabeza de repente. Aquí iba de camino a que lo encerraran en esta prisión sombría y gris, estaba nevando y él iba a quedar apartado de los asuntos de los hombres, en la medida en la que eso era posible en su caso.

No estaba permitido que ningún amigo lo acompañara más allá del portón exterior; ni siquiera Steger en este momento, aunque quizá pudiera visitarlo más tarde aquel mismo día. Se trataba de una regla inviolable. Zanders, al que conocía el vigilante del portón y que llevaba los documentos de su auto de prisión, fue admitido al instante. Los otros, muy serios, se dieron media vuelta. Se despidieron con tristeza y afecto de Cowperwood, quien, por su parte, intentó darle un aire de intrascendencia a todo aquello; porque, en parte e incluso aquí, él sentía que no la tenía.

—Bueno, ahora tenemos que despedirnos por el momento —dijo, dándoles la mano—. Estaré bien y saldré pronto. Ya veréis. Decidle a Lillian que no se preocupe.

Entró y el portón se cerró tras él con un solemne sonido metálico. Zanders lo condujo por un pasillo oscuro y sombrío, ancho y de techos altos, hasta otro portón,

donde un segundo guardián, que jugueteaba con una llave grande, abrió con ella una puerta de barrotes cuando este se lo pidió. Una vez dentro del patio de la cárcel, Zanders giró a la izquierda para entrar en una pequeña oficina en la que presentó a su prisionero ante una pequeña mesa que le llegaba hasta el pecho junto a la que se encontraba un guardia de la prisión uniformado de azul. Este último, el supervisor encargado de recibir a los presos —un hombre delgado, práctico y con aire de autoridad, con los ojos grises achinados y el pelo claro—, cogió el papel que le tendió el ayudante del *sheriff* y lo leyó. Se trataba de la autorización para recibir a Cowperwood. A su vez, él le tendió a Zanders una hoja que demostraba que había recibido al prisionero; y luego Zanders se marchó, habiendo recibido antes agradecido la propina que Cowperwood le puso en la mano al tiempo que se la apretaba.

—Bueno, adiós señor Cowperwood —dijo girando su cabeza de detective de una manera peculiar—. Lo siento. Espero que la estancia aquí no le resulte demasiado desagradable.

Quería impresionar al supervisor encargado de recibir a los presos con la familiaridad con la que trataba a este prisionero tan distinguido, y Cowperwood, fiel a su política de fingimiento, le dio la mano cordialmente.

—Le estoy muy agradecido por su cortesía, señor Zanders —dijo él, y después se volvió hacia su nuevo amo con el aire de un hombre que está decidido a causar buena impresión. Sabía que ahora se hallaba en manos de funcionarios insignificantes que podrían modificar o aumentar su comodidad a su antojo. Quería impresionar a este hombre con su total disposición a acatar y a obedecer —con su sentido del respeto a la autoridad— sin rebajarse a sí mismo en lo más mínimo. Se sentía deprimido pero seguía siendo eficiente, incluso aquí en las garras de la maquinaria de la ley, en la Penitenciaría del Estado, que tanto había luchado por evitar.

El supervisor, Roger Kendall, a pesar de su delgadez y de su aire de oficinista, era un hombre bastante capaz, hasta donde pueden serlo los funcionarios de prisiones; astuto, sin demasiada cultura, carente de inteligencia natural, no demasiado trabajador, pero lo suficientemente enérgico como para mantener su puesto. Sabía bastante sobre presos —muchísimo— porque llevaba casi veintiséis años tratando con ellos, y su actitud hacia ellos era fría, cínica y crítica.

No permitía que ninguno de ellos llegara a tener el más mínimo contacto personal con él, de modo que se encargaba de que los subordinados cumplieran con los requisitos legales en su presencia.

Cuando Cowperwood entró, vestido con aquellas ropas de tan buena calidad —un traje gris oscuro de sarga de lana pura, un abrigo ligero de buen corte de color gris, un sombrero hongo de última moda, unos zapatos nuevos de piel buena, una corbata de la mejor seda, gruesa y de un color conservador, el pelo y el bigote que delataban las atenciones de un buen barbero y las manos muy cuidadas—, el supervisor se dio cuenta enseguida de que se encontraba ante alguien de una inteligencia y una fuerza

excepcionales, el tipo de hombre que, por las características de su oficio, rara vez atrapaba en sus redes.

Cowperwood se hallaba de pie en medio de la sala sin, aparentemente, reparar en nada ni en nadie, aunque lo veía todo.

—Presidiario número 3633 —dijo Kendall a un empleado, al tiempo que le tendía un papel de color amarillo en el que aparecía el nombre completo de Cowperwood y su número de registro, contando desde que se inauguró la penitenciaría.

El subordinado, un preso, la cogió y anotó los datos en un libro, reservando al mismo tiempo la hoja para el «recadero» o «preso de confianza», que sería quien conduciría a Cowperwood a la galería «de las buenas maneras».

—Tendrá que quitarse la ropa y darse un baño —le dijo Kendall a Cowperwood, mirándolo con curiosidad—. No creo que le haga falta, pero esas son las normas.

—Gracias —contestó Cowperwood, satisfecho de que su personalidad contara para algo incluso aquí—. Sean las que sean las normas, estoy dispuesto a acatarlas.

Cuando comenzó a quitarse el abrigo, sin embargo, Kendall levantó la mano indicándole que se detuviera e hizo sonar un timbre. Entonces apareció un ayudante que entró desde una habitación contigua, un asistente de la prisión, un espécimen de aspecto extraño del género «preso de confianza». Era un individuo pequeño, oscuro y estaba ladeado; tenía una pierna ligeramente más corta que la otra y, por lo tanto, también tenía un hombro más bajo que el otro. Tenía el pecho hundido, era bizco y cojeaba un poco, aunque resultaba bastante ágil a pesar de todo ello. Iba vestido con un traje ancho de tela fina de mezclilla de rayas de mala calidad, de las rayas propias de aquella prisión, que dejaba ver la camisa de cuello de tortuga que llevaba debajo, y llevaba una gorra grande de gruesas rayas, que le resultó a Cowperwood especialmente ofensiva a la vista por su tamaño y por su forma. No pudo evitar pensar que los ojos bizcos de aquel hombre resultaban especialmente extraños bajo aquella visera recta y sobresaliente. El preso de confianza tenía una manera tonta y servil de agitar la mano a modo de saludo. Era ladrón profesional y estaba condenado a diez años, pero a fuerza de buena conducta había obtenido el honor de trabajar en aquella oficina sin necesidad de llevar la degradante capucha que los prisioneros estaban obligados a llevar encima de la gorra. Y por ello se sentía agradecido. Observaba ahora a su superior con mirada nerviosa, perruna, y a Cowperwood con una mirada sagaz de conmiseración por su destino, mostrando a su vez cierta desconfianza en un primer momento.

Para el convicto, todos los prisioneros son iguales; de hecho, el único consuelo que tienen en su degradación es que ninguno de los que llegan aquí es mejor que ellos. Puede que el mundo los haya maltratado, pero ellos maltratan a sus cofrades con el pensamiento. La actitud mojigata, intencionada o no, es la mayor y más letal ofensa dentro de los muros de una prisión. Este «preso de confianza» en concreto no tenía más capacidad para entender a Cowperwood de la que tendría una mosca para comprender los movimientos de un volante; pero con la superioridad arrogante propia

de los subalternos del mundo, no dudaba en pensar que sí la tenía. Para él, un delincuente no era más que un delincuente —y Cowperwood no lo era menos que el más infame de los carteristas—. Lo único que pensaba era que le gustaría degradarlo, rebajarlo hasta su nivel.

—Tiene que sacar todo lo que lleve en los bolsillos —informó ahora Kendall a Cowperwood. Habitualmente, habría dicho: «Registra al prisionero».

Cowperwood dio un paso adelante y sacó un monedero con veinticinco dólares en su interior, una navaja, un cuaderno pequeño y un pequeño elefante de marfil que Aileen le había regalado en una ocasión «para que le trajera suerte» y que él atesoraba únicamente porque ella se lo había dado. Kendall miró esto último con curiosidad.

—Ahora ya puedes continuar —le dijo al preso de confianza, refiriéndose al proceso que implicaba que el preso se quitara la ropa y se bañara, y que debía ocurrir a continuación.

—Por aquí —dijo este dirigiéndose a Cowperwood y pasando primero a una habitación contigua, donde había tres cubículos que contenían tres bañeras antiguas de hierro con el tablero superior de madera y baldas auxiliares en las que dejar las bastas toallas de arpillera, el jabón amarillo y artículos similares, y ganchos para la ropa.

—Entra ahí —dijo el preso de confianza que se llamaba Thomas Kuby, señalando una de las bañeras.

Cowperwood se dio cuenta de que se trataba del comienzo de una mezquina supervisión oficial; pero le pareció sensato parecer simpático incluso aquí.

—Bien —dijo—. Sí.

—Eso es —contestó el ayudante, algo más tranquilo—. ¿Qué traes?

Cowperwood le lanzó una mirada inquisitiva sin comprender. El ayudante de la prisión se dio cuenta entonces de que este hombre desconocía la jerga del lugar.

—¿Qué traes? —repitió—. ¿Cuántos años te han echado?

—¡Ah! —exclamó Cowperwood, al comprenderlo—. Ya entiendo. Cuatro y tres meses.

Decidió darle gusto al hombre. Probablemente sería lo mejor.

—¿Por qué? —le preguntó Kuby con familiaridad.

A Cowperwood se le heló la sangre por un momento.

—Hurto —dijo.

—Pues te han echado poco —comentó Kuby—. Yo tengo diez. Me los echó un juez palurdo.

Kuby nunca había oído hablar del delito de Cowperwood. Y aunque lo hubiera hecho, no habría comprendido sus implicaciones. Cowperwood no quería hablar con este hombre; no sabía cómo hacerlo. Deseaba que se marchara, cosa que era poco probable. Quería que lo metieran en su celda y que lo dejaran en paz.

—Qué mala suerte —le contestó; y el convicto se dio cuenta al instante y con

total claridad de que aquel hombre no era uno de los suyos, o no habría dicho algo así. Kuby se acercó a los dos grifos de la bañera y los abrió. Cowperwood se había ido desvistiendo mientras tanto y ahora se encontraba desnudo, aunque no sentía vergüenza, ante esta criatura de minúscula inteligencia.

—Que no se te olvide lavarte también la cabeza —dijo Kuby antes de marcharse.

Cowperwood se quedó allí de pie mientras corría el agua, meditando sobre su destino. Le resultaba extraño que la vida lo hubiera tratado con tanta severidad últimamente. A diferencia de la mayoría de los hombres que se encuentran en su situación, su conciencia no lo hacía sufrir por haber obrado mal. No se consideraba un malvado. Desde su punto de vista, simplemente había tenido mala suerte. ¡Pensar que de verdad estuviera en aquella enorme y silenciosa penitenciaría, condenado, esperando junto a aquella bañera barata de hierro, que no resultaba agradable ni higiénica a la vista, vigilado por un criminal loco!

Se metió en la bañera y se lavó enérgicamente con el áspero jabón amarillo, y después se secó con una de aquellas toallas bastas sólo parcialmente blanqueada. Buscó su ropa interior, pero no había. En este momento, apareció de nuevo el ayudante.

—Aquí fuera —dijo sin miramientos.

Cowperwood lo siguió, desnudo. Lo condujo a otra habitación pasando por la oficina del supervisor, en la que había una balanza, instrumentos para medir, un libro de registros, etcétera. El ayudante, que había estado de guardia en la puerta, se acercó ahora, y el secretario que estaba sentado en la esquina cogió de manera automática un expediente en blanco. Kendall inspeccionó la figura indudablemente atractiva de Cowperwood, y aunque ya comenzaba a ensancharse ligeramente alrededor de la cintura, concluyó que era bastante mejor que la mayoría de los que pasaban por allí. Le llamó la atención especialmente que tuviera la piel tan blanca.

—Súbete a la báscula —le dijo con brusquedad el ayudante.

Cowperwood obedeció y este último ajustó las pesas y observó con atención lo que marcaba.

—Peso, setenta y nueve kilos —dijo—. Ponte aquí ahora.

Le indicó un punto en la pared lateral del que sobresalía un delgado listón que iba desde el suelo hasta algo más de dos metros de altura y del que colgaba un indicador móvil de madera, que podía bajarse hasta la cabeza del hombre que se colocara debajo. En el lateral del listón estaban marcados los centímetros con sus décimas correspondientes, y a la derecha, un medidor de longitud para los brazos. Cowperwood comprendió lo que se esperaba de él y se colocó bajo el indicador, manteniéndose muy recto.

—Los pies juntos y la espalda pegada a la pared —le instó el ayudante—. Altura, un metro ochenta —dijo, y el secretario que estaba en la esquina lo anotó. Sacó ahora una cinta métrica y comenzó a medir los brazos, las piernas, el pecho, la cintura, las caderas, etc. Fue dictando el color de sus ojos, del pelo, del bigote, y mirándole el

interior de la boca, exclamó:

—Tiene todos los dientes sanos.

Después de que Cowperwood diera de nuevo su dirección, edad, profesión, si conocía algún oficio, etcétera —a lo que contestó que no—, le fue permitido regresar al cuarto de baño y ponerse la ropa que la prisión le había proporcionado —primero, la ropa interior basta y que producía picores; después, la camisa blanca barata de cuello de tortuga; después, los calcetines de mala calidad de algodón de color azul grisáceo, de un tipo que jamás había usado; y encima, unos zuecos indescritibles de cuero en bruto, pesados y grasientos que, al ponérselos, daban la sensación de estar hechos de madera o de hierro—. Después se puso los pantalones deformes de delatoras rayas, y cubriéndole los brazos y el pecho, la chaqueta ancha y sin forma y el chaleco. Presentía y era consciente de que tenía un aspecto muy extraño, lamentable. Al salir de nuevo a la oficina del supervisor experimentó una peculiar sensación de depresión, un sentimiento que nunca lo había asaltado con anterioridad y que ahora se esforzaba por ocultar. Esto era entonces lo que la sociedad le hacía al delincuente, pensó para sí. Lo cogía y le arrancaba del cuerpo y de la vida los atavíos de su estado, dejándole estos. Se sentía triste y decaído, y por más que lo intentó, no pudo evitar dejar traslucir sus sentimientos durante un momento. Era siempre su intención y su propósito ocultar sus verdaderos sentimientos, pero ahora no le resultaba del todo posible. Se sentía degradado, imposible con aquella ropa, y sabía que precisamente ese era el aspecto que tenía. A pesar de todo, hizo lo posible por recomponerse y aparentar indiferencia, buena disposición, obediencia y consideración por sus superiores. Después de todo, se dijo a sí mismo, todo aquello no era más que un juego, un sueño incluso, si se elegía considerarlo así, hasta una miasma, de la que, a su debido tiempo y con un poco de suerte, podría salir relativamente indemne. Eso esperaba. Aquello no podía durar. Sólo estaba representando un papel extraño y desconocido sobre el escenario; sobre este escenario de la vida que tan bien conocía.

Kendall no dedicó ni un instante a mirarlo. Se limitó a decirle a su ayudante:

—Mira a ver si puedes conseguirle una gorra.

Y este último, dirigiéndose a un armario en el que había estantes numerados, sacó una gorra —una de rayas de corona alta, con la visera recta y de aspecto lamentable— que le pidió a Cowperwood que se probara. La talla era relativamente adecuada y le bajaba casi hasta las orejas, de modo que pensó que debía de haber llegado al final de las indignidades. ¿Qué más podrían añadir? Ya no podían quedar más desconcertantes avíos. Pero estaba equivocado.

—Kuby, ahora llévalo al señor Chapin —dijo Kendall.

Kuby lo entendió. Volvió al cuarto de baño y sacó algo de lo que Cowperwood había oído hablar, pero que nunca había visto: una bolsa de algodón de rayas blancas y azules, que medía más o menos la mitad que una funda de almohada y tenía la mitad de su anchura, que Kuby desdobló y sacudió al tiempo que se dirigía hacia él.

Se trataba de la costumbre. El uso de esta capucha, que databa de los primeros tiempos de la prisión, tenía como intención evitar que el preso lograra orientarse y ubicarse, evitando así cualquier intento de fuga. A partir de aquel momento y durante el resto de su estancia, se suponía que no podría ver a ningún otro interno, ni hablar con ninguno de ellos ni pasear con ninguno tampoco; ni siquiera podría conversar con sus superiores, a menos que se dirigieran a él. Se trataba de una norma penosa, que sin embargo aquí se llevaba a la práctica, aunque más tarde se enteraría de que incluso aquí esa norma podía modificarse.

—Tienes que ponerte esto —le dijo Kuby, y lo abrió de modo que pudiera colocárselo a Cowperwood en la cabeza.

Cowperwood lo comprendió. Se lo había oído contar a alguien en algún momento de su pasado. Se sintió un tanto sorprendido; lo miró primero con auténtica sorpresa, pero un momento después levantó las manos y ayudó a colocárselo.

—No te preocupes —le dijo el guardia—, baja las manos. Yo te lo pongo.

Cowperwood dejó caer los brazos. Cuando estuvo debidamente colocado, le llegaba hasta el pecho, lo que le dejaba pocas oportunidades de ver nada. Se sintió muy extraño, muy humillado y muy hundido. El simple hecho de que le colocaran una bolsa de rayas blancas y azules por encima de la cabeza casi consigue acabar con su serenidad. Por qué no podían haberle ahorrado esta última indignidad, pensó.

—Por aquí —dijo el ayudante, y lo condujo a algún lugar desconocido para él.

—Si tiras un poco hacia delante, verás lo suficiente para andar —le dijo el guía; y Cowperwood tiró, de modo que conseguía discernir sus pies y un trozo del suelo que pisaba. Y así fue conducido, sin ver por dónde pasaba; primero, un tramo corto; después, un largo corredor; después, atravesaron una sala llena de guardias uniformados, y finalmente, subió por unas estrechas escaleras con escalones de hierro, que conducía a la oficina del supervisor, que se encontraba en la segunda planta de uno de los bloques de dos pisos. Allí oyó que Kuby decía:

—Señor Chapin, le traigo a otro prisionero de parte del señor Kendall.

—Tardo un minuto —oyó que decía a lo lejos una voz peculiarmente agradable. Al poco, una mano grande y pesada lo agarró del brazo y lo condujo un poco más allá.

—Ya no te queda mucho por andar —dijo la voz—, y después te quitaré la bolsa. —Y Cowperwood, por alguna razón, se sintió agradecido y casi sintió que se ahogaba. Los escalones que quedaban no eran muchos.

Llegaron a la puerta de una celda que se abrió al insertar una gran llave de hierro. Abrió la reja completamente y la misma mano grande lo guió hacia el interior. Un momento después, le quitaron la bolsa de la cabeza con sorprendente facilidad, y vio que se encontraba en una celda estrecha y encalada, algo oscura y sin ventanas, pero que recibía luz desde una claraboya en el techo cubierta por un cristal esmerilado, de unos quince centímetros de largo por diez de ancho. Como luz nocturna había una lámpara con el cuerpo de hojalata colgada de un gancho más o menos a la mitad de

una de las paredes laterales. En un rincón había un tosco catre de hierro, provisto de un jergón de paja y dos pares de mantas azules, probablemente sin lavar. Había un grifo y un pequeño lavabo en el otro. Un pequeño estante ocupaba la pared opuesta a la cama. Había una sencilla silla de madera de respaldo redondeado a los pies de la cama, y una escoba en bastante buen estado en otro rincón. Había una banqueta de hierro o bacina para los excrementos, que daba a una gran cañería de desagüe que corría paralela al muro interior, y que obviamente, se limpiaba echándole cubos de agua. Estaba infestada de ratas y de todo tipo de bichos y desprendía un desagradable olor que invadía toda la celda. El suelo era de piedra. Los ojos escrutadores de Cowperwood lo captaron todo al primer vistazo. Vio la dura puerta de la celda, cubierta con gruesos barrotes de acero verticales y horizontales, y que se aseguraba con una ancha cerradura muy brillante. También vio que más allá había una pesada puerta de madera, que podía encerrarlo aún más completamente que la de hierro. No había la más mínima posibilidad de que llegara la purificante y clara luz del sol. La limpieza se reducía exclusivamente a la cal, el jabón, el agua y la escoba, que a su vez, dependían exclusivamente de los prisioneros.

También analizó a Chapin, el afable y campechano supervisor de celda, al que veía ahora por primera vez —un hombre grande y pesado, de aspecto algo polvoriento y deforme, al que el uniforme no le quedaba bien y cuya postura de pie parecía indicar que preferiría estar sentado—. Obviamente se trataba de un hombre corpulento, pero no fuerte, y su cara amable estaba cubierta por un bigotito corto entre castaño y canoso. Tenía el pelo mal cortado y le sobresalían mechones irregulares por debajo de aquella gorra grande. A pesar de todo, Cowperwood no se llevó una mala impresión —muy al contrario—, y enseguida tuvo la sensación de que este hombre podría ser mucho más considerado con él de lo que lo habían sido los otros. O eso esperaba, al menos. No sabía que estaba ante el supervisor de la «galería de buenas maneras», a cargo de quien estaría solamente durante dos semanas para que lo instruyera en las normas de la prisión, y que él era uno de los veintiséis en total que estaban bajo la responsabilidad de Chapin.

Aquel ilustre personaje, a modo de presentación, se dirigió a la cama y se sentó en ella. Le señaló a Cowperwood la dura silla de madera, y Cowperwood tiró de ella y se sentó.

—Bueno, ya estás aquí, ¿verdad? —preguntó y se respondió a sí mismo con bastante afabilidad, porque era un hombre indocto, de disposición generosa, con mucha experiencia con delincuentes y con tendencia a tratarlos con amabilidad, debido tanto a su carácter amable como a sus creencias religiosas —era cuáquero^[2]—, lo que lo había llevado a ser compasivo, a pesar de que sus deberes oficiales, como Cowperwood más tarde descubriría, lo habían llevado a la conclusión de que la mayoría de los criminales eran malos por naturaleza. Al igual que Kendall, los consideraba unos peles y unos inútiles con rasgos de maldad, y, en general, no estaba equivocado. Pero no podía evitar ser lo que era, un hombre mayor, paternal y

amable, que tenía fe en el santo y seña de los débiles y de los mentalmente inexpertos; en la justicia social y en la bondad humana.

—Sí, aquí estoy, señor Chapin —se limitó a contestar Cowperwood, que recordaba su nombre porque se lo había oído al ayudante, sorprendiendo agradablemente al guardián al utilizarlo.

Para Chapin aquella situación era algo desconcertante. Este era el famoso Frank A. Cowperwood sobre el que había leído, el notable banquero que había saqueado la tesorería. Él y su compinche Stener, según había leído, tendrían que cumplir una condena comparativamente larga en aquel lugar. Quinientos mil dólares era una suma enorme de dinero en aquellos tiempos, mucho más de lo que habrían sido cinco millones cuarenta años después. Estaba asombrado por lo que había ocurrido; por cómo Cowperwood había logrado hacer todas las cosas que los periódicos decían que había hecho. Tenía un pequeño formulario de preguntas que solía hacerle a cada nuevo prisionero —le preguntaba si se arrepentía del delito o del crimen cometido, si tenía intención de enmendarse cuando tuviera la ocasión, si sus padres vivían, etcétera—; y por la manera en la que respondían a sus preguntas —con sencillez, mostrando arrepentimiento, con actitud desafiante o de otras formas—, juzgaba si el castigo que estaban recibiendo era adecuado o no. Pero ahora se daba cuenta de que no podía hablar con Cowperwood de la misma manera en la que lo hacía con un vulgar ladrón de viviendas, con un saqueador de mercancías, con un carterista, con un ladronzuelo o con un timador. Pero tampoco sabía hablar de otra manera.

—Bueno —continuó—, supongo que nunca pensó que terminaría en un sitio como este, ¿verdad, señor Cowperwood?

—Nunca —contestó simplemente Frank—. Hace unos meses no lo habría creído, señor Chapin. Creo que no merezco estar aquí ahora, aunque por supuesto de nada sirve que se lo diga.

Vio que el viejo Chapin quería moralizar un poco y se sintió dispuesto a complacerlo. Pronto se encontraría solo y sin nadie con quien hablar, y si lograba llegar a un entendimiento con este hombre ahora, tanto mejor. La necesidad carece de ley y, en caso de necesidad, hay que agarrarse a un clavo ardiendo.

—Bueno, no hay duda de que todos cometemos errores —continuó el señor Chapin, con aire de superioridad y con tanta fe en su propia valía como guía moral y como reformador que resultaba divertido—. No siempre podemos saber cómo van a salir esos planes que creemos que son tan excelentes, ¿verdad? Aquí está ahora y supongo que lamenta que ciertas cosas no salieran como pensaba; pero si tuviera la ocasión, supongo que no volvería a actuar de la misma manera que antes, ¿verdad?

—No, señor Chapin, no exactamente igual —dijo Cowperwood con sinceridad—, aunque creía que estaba actuando bien. Creo que conmigo no se ha hecho justicia.

—Bueno, ese es el camino —continuó Chapin, meditabundo, rascándose la cabeza canosa y mirando a su alrededor afablemente—. A veces, como les digo siempre a algunos de los jóvenes que entran aquí, no sabemos tanto como creemos

que sabemos. Olvidamos que hay otros que son igual de listos que nosotros, y que hay otras personas que nos vigilan constantemente. Hay tribunales, cárceles y detectives, que siempre están ahí y que nos cogen. Ya ves —la versión particular de Chapin para no decir «por Dios»— que lo hacen si no nos comportamos adecuadamente.

—Sí —contestó Cowperwood—, es cierto, señor Chapin.

—Bueno —contestó el hombre al cabo de un rato, tras haber hecho unos cuantos comentarios solemnes y, a pesar de ello, bien intencionados—, aquí tiene su cama, su silla, y ahí, el lavabo y la letrina. Ahora manténgalos limpios y úselos bien. (Parecería que le estaba regalando a Cowperwood algo que valiera una fortuna.) Tendrá usted que hacerse la cama todas las mañanas y mantener el suelo barrido, la letrina baldeada y la celda limpia. Aquí no va a venir nadie a hacérselo. Tiene que hacer todas esas cosas a primera hora de la mañana nada más levantarse, y después le traerán algo de comer, sobre las seis y media. Tendrá que levantarse a las cinco y media.

—Sí, señor Chapin —dijo Cowperwood con cortesía—. Puede estar seguro de que haré todas esas cosas con diligencia.

—No hay mucho más —añadió Chapin—. Tendrá que lavarse entero una vez a la semana y yo le traeré una toalla limpia para eso. Además, tendrá que fregar este suelo todos los viernes por la mañana. —Cowperwood se estremeció al oír aquello—. Para eso podrá tener agua caliente si lo desea. Me encargaré que uno de los recaderos se la traiga. Y en lo referente a los amigos y parientes... —se levantó y se sacudió como un gran perro de Terranova—. Usted tiene esposa, ¿verdad?

—Sí —contestó Cowperwood.

—Bien, las normas de aquí establecen que su esposa o sus amigos pueden venir a verlo una vez cada tres meses, y su abogado, porque tiene abogado, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Cowperwood, divertido.

—Bien, él puede venir todas las semanas o así, si lo desea —todos los días, supongo—; no hay reglas referentes a los abogados. Pero sólo puede escribir una carta cada tres meses, y si quiere algo como tabaco o algo así del almacén, tendrá que firmar un pedido, y si tiene dinero donde el alcaide, entonces se lo podré conseguir.

El hombre estaba por encima de aceptar pequeñas propinas en forma de dinero. Era una reliquia de un régimen mucho más severo y honrado, pero los regalos o la adulación constante no fallarían a la hora de hacer que fuese amable y generoso. Cowperwood lo había analizado a la perfección.

—Muy bien, señor Chapin; lo he comprendido —dijo levantándose al mismo tiempo que lo hacía el hombre.

—Y luego, cuando haya pasado dos semanas aquí —añadió Chapin pensativamente (había olvidado decírselo a Cowperwood antes)—, el alcaide vendrá a por usted y le dará su celda definitiva en la planta de abajo. Para entonces, piense qué le gustaría hacer y en qué le gustaría trabajar. Si se porta bien, es probable que le

den una celda con patio. Pero eso nunca se sabe.

Salió y cerró la puerta con llave con un ruido solemne, y Cowperwood se quedó allí de pie aún más deprimido de lo que estaba antes, como consecuencia de esta última información. Sólo dos semanas, y entonces lo transferirían de este hombre amable a otro al que no conocía y con el que podría no irle tan bien.

—Si me necesita para algo en cualquier momento, si se pone enfermo o algo así—regresó Chapin para decirle, después de haberse alejado unos pasos—, aquí tenemos nuestra propia señal. Simplemente cuelgue la toalla de modo que sobresalga de estos barrotes. Cuando la vea, me pararé cuando pase por aquí a ver qué quiere.

Cowperwood, al que se le había caído el alma a los pies, se animó un poco.

—Sí, señor—contestó—. Gracias, señor Chapin.

El hombre se alejó y Cowperwood oyó cómo sus pasos se perdían por el pasillo de suelo de cemento. Se quedó quieto aguzando el oído, y oyó de vez en cuando una tos distante, un débil arrastrar de los pies, el murmullo o el zumbido de una máquina, o el roce metálico de una llave en una cerradura. Ninguno de aquellos ruidos sonaba alto. Todos parecían distantes y apagados. Fue hasta la cama y se quedó mirándola; no estaba muy limpia y no tenía sábanas, y era cualquier cosa menos ancha y blanda, y la probó con curiosidad. De modo que era aquí donde tendría que dormir de ahora en adelante; él, a quien tanto le gustaba el lujo y el refinamiento. Si Aileen o alguno de sus amigos ricos pudiera verlo ahora. Peor, sintió asco al pensar en los posibles bichos. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a arreglárselas? La única silla era algo abominable. El tragaluz daba una luz muy débil. Intentó pensar que conseguiría acostumbrarse a aquella situación, pero entonces reparó de nuevo en la bacina que había en un rincón y eso lo desanimó. Era posible que las ratas llegaran hasta aquí, esa era la impresión que tenía. No había cuadros ni libros ni vistas, nadie, ni sitio para caminar; sólo silencio y cuatro paredes desnudas entre las que lo encerrarían por la noche con aquella gruesa puerta. ¡Qué destino tan horrible!

Se sentó a reflexionar sobre su situación. Aquí estaba al fin, en la Penitenciaría del Este, condenado, según el juicio de los políticos (Butler entre otros) a permanecer aquí durante cuatro largos años y más. En ese preciso instante se le ocurrió que Stener probablemente debía de estar pasando por el mismo proceso que él acababa de pasar. ¡El pobre Stener! Cómo se había puesto en ridículo. Pero merecía todo lo que le estaba pasando por su estupidez. Pero la diferencia entre él y Stener era que a Stener lo soltarían. Era posible que incluso en aquel momento ya estuvieran suavizándole el castigo de alguna manera que él, Cowperwood, desconocía. Se llevó la mano a la barbilla, pensando en su negocio, en su casa, en sus amigos, en su familia, en Aileen. Se tocó la muñeca en busca del reloj, pero recordó que se lo habían quitado. No había forma de saber qué hora era. Tampoco tenía ningún cuaderno, bolígrafo ni lápiz con los que entretenerse. Además, no había comido nada desde por la mañana. Pero eso le importaba poco. Lo que sí tenía importancia era que estaba aquí encerrado, alejado del mundo, solo, muy solo, sin saber qué hora era y sin

poder hacerse cargo de ninguna de las cosas de las que tendría que estar haciéndose cargo: sus negocios, su futuro. Cierto era que Steger probablemente vendría a verlo al cabo de un rato. Eso le ayudaría algo. Pero aun así, ¡con la posición y las perspectivas que había tenido hasta el día del incendio, y la situación en la que se encontraba ahora! Se quedó sentado mirándose los zapatos y el traje. ¡Por Dios! Se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro, de un lado a otro, pero le parecía que sus pasos y sus movimientos sonaban muy alto. Caminó hasta la puerta de la celda y miró a través de los gruesos barrotes, pero no había nada que ver; nada, salvo un trozo de las puertas de las dos celdas que tenía enfrente, parecidas a la suya. Se volvió y se sentó en la silla a meditar, pero se cansó de hacerlo y se estiró sobre la sucia cama de la prisión para probarla. No era del todo incómoda. Se levantó al cabo de un rato y se sentó, paseó y volvió a sentarse. Qué sitio tan estrecho para caminar, pensó. Esto era horrible, era como una tumba para vivos. Y pensar que tendría que estar aquí ahora, un día tras otro y tras otro, hasta... ¿hasta qué? Hasta que el gobernador lo indultara o cumpliera la condena, o hasta que se hubiera consumido su fortuna, o...

Y así, pensando, se le pasaron las horas. Eran casi las cinco antes de que Steger pudiera volver, y entonces sólo pudo quedarse durante un momento. Había estado preparando las comparencias de Cowperwood del jueves, viernes y lunes próximos en varias de las causas que tenía abiertas. Cuando se marchó y cayó la noche, y Cowperwood tuvo que preparar la penosa lámpara de aceite, beberse aquel té fuerte y comerse el pan basto y humilde hecho de salvado y harina blanca que el preso de confianza encargado de repartir la comida le pasó por la pequeña abertura de la puerta, acompañado por el supervisor, que se encargaba de comprobar que lo hiciera adecuadamente, fue cuando se sintió realmente mal. Tras eso, un preso de confianza cerró la puerta de madera de su celda bruscamente y dando un portazo, y echó la llave sin decir ni una palabra. A las nueve en punto harían sonar una campana en alguna parte, según tenía entendido, y entonces tendría que apagar la lámpara inmediatamente, desvestirse y meterse en la cama. Sin duda, se castigarían las infracciones de estas normas —se reducirían las raciones, se pondrían camisas de fuerza y puede que incluso se dieran latigazos—, no sabía muy bien qué. Se sentía desconsolado, desalentado y cansado. Había mantenido una lucha larga que no le había dado los resultados esperados. Tras fregar la pesada taza de piedra y el plato de hojalata bajo el grifo, se quitó aquel horrible uniforme y los zapatos, e incluso los calzoncillos que tantos picores le producían, y se estiró cansado sobre la cama. El lugar no era muy cálido e intentó ponerse cómodo entre las mantas; pero de poco le sirvió. Tenía frío en el alma.

—Nunca podré arreglármelas —se dijo—. Nunca podré arreglármelas. No estoy seguro de cuánto podré aguantar. —A pesar de eso, se giró hacia la pared y tras varias horas, al fin lo invadió el sueño.

CAPÍTULO LIV

Aquellos que por cortesía de una fortuna favorable, por un accidente de nacimiento, por la sabiduría de sus padres o amigos han logrado evitar el anatema de los prósperos y acomodados, «arruinarse la vida», apenas conseguirán comprender cómo se sentía Cowperwood sentado en su celda, triste, estos primeros días y, a pesar de todo su talento, preguntándose qué sería de él. Hasta los más fuertes tienen horas bajas. Hay momentos en los que la vida adquiere un tono sombrío para aquellos dotados de gran inteligencia —quizá, precisamente más para ellos porque son capaces de ver muchos más aspectos con todos sus deprimentes matices—. Sólo cuando el alma del hombre ha desarrollado confianza en sí misma, fe en sus propias fortalezas, basada sin duda en la presencia sutil de estas mismas fortalezas en el cuerpo, puede afrontar la vida resueltamente. Sería excesivo decir que la mente de Cowperwood era superior. Sin duda era una mente aguda —y gozaba, como suele ocurrir con los que obtienen grandes logros, de un fuerte sentido del cultivo personal—. Era una mente poderosa, como si se tratara de un enorme foco, de un rayo brillante que llega a muchos rincones oscuros; pero carecía de la imparcialidad necesaria para abarcar toda la oscuridad. De alguna manera, se daba cuenta de aquello sobre lo que meditaban los grandes astrónomos, sociólogos, filósofos, químicos, físicos y fisiólogos; pero no podía estar seguro, fuera lo que fuera, de que fuese importante para él. Sin duda la vida escondía extraños secretos. Quizá fuera esencial que alguien los investigara. Sin embargo, la llamada de su alma iba en otra dirección. Su objetivo era ganar dinero —organizar algo que le permitiera ganar mucho dinero, o mejor aún, salvar la organización que había puesto en marcha.

Pero esto, tal como lo veía ahora, era casi imposible. Se había visto desestabilizada y complicada por desafortunadas circunstancias. Como Steger le había hecho ver, podría prolongar los pleitos causados por la bancarrota durante años, cansando por el camino a algún acreedor que otro, pero mientras tanto, las propiedades implicadas se estaban viendo seriamente dañadas. Los cargos por el interés de los créditos que no había pagado suponían un saqueo importante; los costes judiciales seguían subiendo; y, para rematar, había descubierto a través de Steger que había una serie de acreedores —los que le habían vendido a Butler, y, por consiguiente, a Mollenhauer— que jamás aceptarían nada que no fuera el importe total de su reclamación. La única esperanza que le quedaba ahora era salvar lo que pudiera mediante acuerdos alcanzados un poco más adelante, y poner en marcha algún tipo de negocio lucrativo a través de Stephen Wingate. Este último vendría dentro de un día o dos, en cuanto Steger organizara algún tipo de arreglo de trabajo para él con el alcaide Michael Desmas, que vino el segundo día a echarle un vistazo al nuevo prisionero.

Desmas era un hombre grande —nacido en Irlanda y de formación política— que había hecho de todo en Filadelfia, desde policía en los primeros tiempos y cabo en la

Guerra Civil hasta comisario del distrito electoral bajo Mollenhauer. Era un hombre astuto, alto, huesudo, con un aspecto singularmente musculado, que, para sus cincuenta y siete años, daba la impresión de ser capaz de conseguir excelentes resultados en cualquier competición física. Tenía las manos grandes y huesudas, la cara resultaba más cuadrada que redonda o alargada, y tenía la frente alta. Lucía un pelo vigoroso, muy corto, de color gris acerado, y un hirsuto bigote entre canoso y gris, muy recortado, y tenía unos ojos penetrantes e inteligentes de color azul grisáceo; era de compleción rubicunda y tenía unos dientes muy parejos y de aspecto salvaje, que se veían sólo mínimamente, y que le conferían un aire lobuno cuando sonreía. Sin embargo, no era tan cruel como parecía; era temperamental, y duro hasta cierto punto, incluso salvaje en ocasiones, pero tenía también sus momentos amables. Su punto más débil era que carecía de la capacidad intelectual suficiente para reconocer que había diferencias mentales y sociales entre los prisioneros, y que de vez en cuando, cabía la posibilidad de que apareciera alguno que, con o sin influencias políticas, fuese merecedor de una especial consideración. Las que sí reconocía eran las diferencias que le señalaban los políticos en casos especiales, como en el de Stener —no así en el de Cowperwood—. Sin embargo, sabiendo que la prisión era una institución pública que podría ser visitada en cualquier momento por abogados, detectives, médicos, predicadores, prosélitos y el público en general, y que tenía que procurar que se cumplieran determinadas normas y regulaciones (aunque sólo fuera para mantener el control moral y administrativo sobre sus propios subordinados), resultaba necesario mantener —incluso ante el caso del político— cierto grado de disciplina, sistema y orden, y no era posible ser demasiado liberal con nadie. Había, sin embargo, casos excepcionales —hombres de gran riqueza y refinamiento, víctimas de ocasionales sublevaciones políticas que en general tanto impactaban a los dirigentes políticos— a los que había que cuidar con amabilidad.

Desmas era muy consciente, por supuesto, de la historia de Cowperwood y de Stener. Los políticos ya le habían advertido de que Stener, debido a sus servicios previos a la comunidad, debía ser tratado con especial consideración. Sin embargo, no le dijeron lo mismo en el caso de Cowperwood, aunque sí admitieron que lo que le había tocado en suerte era bastante duro. Quizá pudiera hacer algo para aliviárselo, pero por su cuenta y riesgo.

«Butler le tiene inquina», le había dicho Strobik a Desmas en una ocasión. «Es esa hija suya la que está en el fondo de todo esto. Si le hicieras caso a Butler, no le darías más que pan y agua, pero no es mal tipo. De hecho, si George hubiera tenido cabeza, Cowperwood no estaría donde está hoy. Pero los mandamases no dejaban en paz a Stener. No estaban dispuestos a permitir que le diera más dinero a Cowperwood.»

Aunque Strobik había sido uno de los que, bajo la presión de Mollenhauer, le había aconsejado a Stener que no le diera más dinero a Cowperwood, aquí estaba señalando la estupidez del comportamiento de la víctima. Ni se molestó en pensar en

la incongruencia de lo que estaba diciendo.

Desmas, por tanto, decidió que si Cowperwood era *persona non grata* para los «tres grandes», quizá fuera necesario mostrar indiferencia hacia él o, al menos, no darse prisa en concederle favores especiales. Para Stener, una buena silla, sábanas limpias, platos y cubiertos especiales, los periódicos del día, privilegios referentes al correo, las visitas de amigos y cosas similares. Para Cowperwood, bueno... tendría primero que echarle un vistazo a Cowperwood para formarse una opinión. Al mismo tiempo, las intercesiones de Steger ante Desmas tuvieron su efecto. La mañana después de la entrada de Cowperwood, el alcaide recibió una carta de Terrence Relihan, el potentado de Harrisburg, en la que le hacía saber que cualquier gesto de amabilidad que mostrara hacia el señor Cowperwood sería valorado muy positivamente por él. En cuanto recibió la carta, Desmas subió a asomarse por la puerta de hierro de Cowperwood. De camino, tuvo una charla breve con Chapin, que le dijo que Cowperwood le había parecido un hombre muy agradable.

Desmas no había visto nunca a Cowperwood con anterioridad, pero a pesar del desaliñado uniforme, de los zuecos, de la camisa barata y de aquella lamentable celda, se sintió impresionado. En lugar del cuerpo débil y anémico, y de las miradas furtivas habituales entre los prisioneros, vio a un hombre cuyo rostro y cuyo cuerpo irradiaban energía y poder, y que no había ropas ni condiciones miserables que pudieran degradar el porte recto y vigoroso de aquel hombre. Levantó la cabeza cuando llegó Desmas, agradecido de que cualquier forma humana hubiera aparecido a su puerta, y lo miró con sus ojos grandes y escrutadores —aquellos ojos que en el pasado habían inspirado tanta confianza y seguridad en todos los que lo conocían—. Desmas se sintió impresionado. Comparado con Stener, al que había conocido con anterioridad y al que había visto el día que entró, este hombre tenía fuerza. Digan lo que digan, un hombre fuerte tiende por naturaleza a respetar a otro. Y Desmas era físicamente vigoroso. Observó a Cowperwood y Cowperwood lo observó a él. A Desmas le cayó bien de manera instintiva. Eran como dos tigres midiéndose.

Cowperwood adivinó al instante que se trataba del alcaide.

—Es usted el señor Desmas, ¿verdad? —le preguntó con cortesía y amabilidad.

—Sí, señor, ese soy yo —contestó Desmas, cuyo interés había despertado—. Estas habitaciones no son todo lo cómodas que podrían ser, ¿verdad? —Los dientes parejos del alcaide se dejaron ver en una mueca amistosa, aunque lobuna.

—Desde luego que no, señor Desmas —contestó Cowperwood, de pie muy recto, con una postura casi propia de un soldado—. Tampoco pensaba que fuese a venir a un hotel. —Sonrió.

—¿Hay algo especial que pueda hacer por usted, señor Cowperwood? —comenzó Desmas interesándose, porque lo movía el pensamiento de que en algún momento un hombre como aquel podría serle de ayuda—. He estado hablando con su abogado. —Cowperwood se sintió tremendamente satisfecho con él. Ya veía por dónde iban los tiros. Bueno, entonces, dentro de lo razonable, quizá las cosas no le fueran tan mal

aquí. Ya se vería. Sondearía a este hombre.

—No quiero pedirle cosas que no pueda usted proporcionarme, en buena lógica —le contestó cortésmente—. Pero hay unas cuantas cosas, por supuesto, que cambiaría si pudiera. Me gustaría tener sábanas para la cama y también me vendría bien otra ropa interior, si usted me permitiera llevarla. La que llevo me resulta bastante molesta.

—No es de lana de la mejor calidad, eso desde luego —contestó Desmas, con solemnidad—. La fabrican para el estado en algún lugar de Pensilvania. Imagino que no se puede poner objeción a que lleve su propia ropa interior si lo desea. Me encargaré de eso. Y de las sábanas también. Podríamos permitirle usarlas si las tiene. Con esto tendremos que ir algo más lentos. Hay mucha gente que pone especial interés en mostrarle al alcaide cómo tiene que hacer su trabajo.

—Eso puedo entenderlo, alcaide —repuso Cowperwood rápidamente—, y le estoy muy agradecido, desde luego. Puede estar seguro de que cualquier cosa que haga por mí aquí será debidamente apreciada y no caerá en saco roto, y que tengo amigos fuera que podrán corresponder por mí con el tiempo. —Habló despacio y marcando mucho las palabras, sin dejar de mirar a Desmas a los ojos. Desmas se sintió muy impresionado.

—Muy bien —dijo, ahora que había llegado hasta el extremo de mostrarse amigable—. No puedo prometerle mucho. Las normas de la cárcel son las normas de la cárcel. Pero hay ciertas cosas que se pueden hacer, porque también es la norma que se hagan por otros hombres cuando se comportan debidamente. Puede tener una silla mejor, si quiere, y algo que leer. Si continúa usted con sus negocios, no me gustaría hacer nada que lo entorpeciera. No podemos tener gente entrando y saliendo de aquí cada quince minutos y tampoco puede usted convertir la celda en una oficina; eso no es posible. Rompería el orden de este lugar. Pero no hay razón para que no pueda ver a algunas de sus amistades de vez en cuando. En cuanto al correo; bueno, tendremos que abrirlo como es habitual aquí, al menos durante un tiempo. Tendré que encargarme de eso. No puedo prometerle demasiado. Tendrá que esperar hasta que salga de esta galería y pase a la planta de abajo. Algunas de las celdas de abajo tienen patio; si hay alguna vacía... —El alcaide le hizo un guiño cargado de significado, y Cowperwood se dio cuenta de que después de todo no le iba a ir tan mal como había anticipado, aunque seguiría siendo malo. El alcaide le habló de los distintos oficios que podría desempeñar, y le pidió que pensara en cuál podría preferir—. Le hará falta algo que le mantenga las manos ocupadas, aunque sólo sea por eso. Se dará cuenta de que lo necesita. Aquí todo el mundo quiere trabajar pasado algún tiempo. Ya me he percatado.

Cowperwood lo comprendió y le dio las gracias a Desmas profusamente. El horror de la inactividad y el silencio en una celda en la que casi no podía ni darse la vuelta con comodidad ya había empezado a apoderarse de él, y saber que podría ver a Wingate y a Steger con frecuencia, y que recibiría su correo, tras algún tiempo, sin

que nadie lo manipulara, le supuso un gran alivio. Podría llevar su propia ropa interior de seda y lana, ¡gracias a Dios! Y quizá, le permitieran quitarse aquellos zapatos pasado algún tiempo. Con estas modificaciones y algo que hacer, y quizá el pequeño patio al que Desmas había aludido, su vida sería, si no ideal, al menos tolerable. La prisión seguía siendo una prisión, pero parecía que no le resultaría tan aterradora como obviamente lo era para muchos otros.

Durante las dos semanas que Cowperwood estuvo en la «galería de buenas maneras», al cuidado de Chapin, aprendió casi todo lo que llegaría a aprender de la vida en una prisión en general; porque esta no era una penitenciaría normal, en el sentido de que el funcionamiento del patio de la prisión, la galería, el paso en formación, el comedor y el trabajo que se asocia a las prisiones no eran los habituales de una penitenciaría normal. Para él y para el resto de los internos de allí no había, en general, vida en común en la prisión. La gran mayoría debía trabajar en silencio en sus celdas realizando las tareas que se les asignaran, sin saber nada del resto de la vida que los rodeaba, ya que la norma de esta prisión era el encarcelamiento en aislamiento, permitiendo sólo a unos pocos trabajar fuera de las celdas desempeñando tareas de escasa importancia. De hecho, como había supuesto, y como el viejo Chapin pronto le informó, no había más de setenta y cinco o cien presos de los cuatrocientos allí ingresados realizando aquellas tareas, y no todos ellos las efectuaban de manera regular; la cocina, la jardinería estacional, el trabajo en el molino y la limpieza general eran las únicas vías de escape de la soledad. E incluso los que efectuaban estos trabajos tenían estrictamente prohibido hablar, y aunque no tenían que llevar aquella terrible capucha cuando estaban trabajando, se suponía que tenían que ponérsela tanto a la ida como a la vuelta del trabajo. Cowperwood los veía ocasionalmente cuando pasaban por la puerta de su celda, y le parecía extraño, sorprendente y desalentador. A veces, sinceramente deseaba poder quedarse bajo la responsabilidad del viejo Chapin de manera permanente, ya que era tan afable y tan hablador; pero eso no podría ser.

Pronto pasaron las dos semanas —deprimentes, pero pasaron—, intercaladas por sus tareas diversas como hacer la cama, barrer el suelo, vestirse, comer, desvestirse, levantarse a las cinco y media, acostarse a las nueve, lavar los platos tras cada comida, etcétera. Pensó que nunca llegaría a acostumbrarse a la comida. El desayuno, como ya se ha dicho, era a las seis y media, y consistía en basto pan negro hecho de salvado y algo de harina de trigo, servido con café solo. El almuerzo era a las once y media y consistía en un guiso de alubias o sopa de verdura, con algo de carne y el mismo pan. La cena era a las seis, té con pan, un té muy fuerte con el mismo pan —sin mantequilla, ni leche ni azúcar—. Cowperwood no fumaba, de modo que la pequeña ración de tabaco permitida no tenía ningún valor para él. Steger lo visitó cada día durante dos o tres semanas, y tras el segundo día, Stephen Wingate, en calidad de su nuevo socio comercial, obtuvo también autorización para visitarlo —una vez al día, si así lo deseaba, según afirmó Desmas, aunque este último pensaba

que quizá se estaba excediendo al permitírsele tan pronto—. Ambas visitas rara vez le ocupaban más de una hora, u hora y media, y después, el día le resultaba muy largo. Lo sacaron varias veces por orden del juez, entre las nueve y las cinco, para testificar en los procedimientos abiertos contra él por la bancarrota, lo que hacía que el tiempo al principio se le pasara más rápido.

Le resultaba curioso que, una vez en la cárcel, apartado del mundo aparentemente durante un periodo que duraría años, la idea de ayudarlo hubiera desaparecido tan rápido de la mente de aquellos que tan amigos suyos habían sido. Estaba acabado, eso era lo que pensaba la mayoría. Lo único que podían hacer ahora era intentar utilizar su influencia para sacarlo en algún momento; pero no sabían cuánto tardarían. Aparte de eso no había nada. Nunca volvería a tener importancia para nadie, o eso pensaban ellos. Era muy triste, muy trágico, pero había desaparecido; su mundo no lo conocía.

—Un joven brillante, este —comentó el presidente Davison del Girard National al leer sobre la sentencia y la encarcelación de Cowperwood—. ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! Cometió un grave error.

Sólo sus padres, Aileen y su esposa —esta última con sentimientos encontrados, entre el resentimiento y la pena— lo echaban de menos de verdad. Aileen era la que más sufría, debido a la gran pasión que sentía por él. Cuatro años y tres meses, pensaba. Si no salía antes de entonces, ella tendría casi veintinueve años y él andaría cerca de los cuarenta. ¿Seguiría queriéndola entonces? ¿Seguiría ella resultándole atractiva? Y en casi cinco años, ¿no cambiaría él de opinión? Tendría que llevar un traje de preso durante todo ese tiempo y después, seguiría siendo un convicto toda su vida. Le resultaba duro pensarlo, pero eso conseguía únicamente que aumentara su determinación de aferrarse a él aún con más fuerza, pasara lo que pasara, para ayudarle en todo lo que pudiera.

El día después de que lo encarcelaran, fue hasta allí para mirar los muros grises y tristes de la penitenciaría. Sin saber absolutamente nada de los complejos y amplios procesos legales ni de los cumplimientos de sentencia, a ella le pareció especialmente terrible. ¿Qué no le estarían haciendo a su Frank? ¿Estaría sufriendo mucho? ¿Estaría pensando en ella igual que ella pensaba en él? ¡Ay, qué pena! ¡Qué pena! ¡Qué pena de sí misma y del gran amor que sentía por él! Volvió a casa, decidida a verlo; pero como él le había dicho que los días de visita eran sólo una vez cada tres meses, y que él tendría que escribirle para decirle cuándo sería el siguiente, o cuándo podía ella ir, o cuándo podría él verla fuera, casi no sabía qué hacer. La discreción era la pauta.

Al día siguiente, sin embargo, le escribió a pesar de todo, describiéndole su paseo hasta allí en la tarde anterior durante la tormenta, y cuánto la había aterrorizado pensar que él se encontraba tras aquellos muros grises, y haciéndole saber que estaba decidida a verlo pronto. Y esta carta, con las nuevas disposiciones, le llegó enseguida. Le contestó y le dio a Wingate la carta para que la enviara. Decía así:

Mi niña querida:

Me parece que te desanima un poco pensar que no voy a poder estar contigo pronto, pero no debes sentirte

así. Supongo que lo leerías todo sobre la sentencia en los periódicos. Llegué aquí aquella misma mañana, casi a mediodía. Si tuviera tiempo, querida mía, te escribiría una carta larga contándote la situación de modo que pudieras estar más tranquila; pero no lo tengo. Va contra las normas y estoy escribiéndote esto en secreto. Estoy aquí, a salvo, aunque, por supuesto, desearía estar fuera. Mi amor, debes ser cuidadosa a la hora de intentar verme al principio. No puedes hacer mucho por mí aparte de animarme, pero en cambio tú podrías resultar gravemente perjudicada. Además, creo que ya te he hecho más daño del que podré nunca reparar y que sería mejor que me dejaras, aunque sé que tú no piensas así, y yo me entristecería si lo hicieras. El viernes a las dos tengo que presentarme en el Tribunal de Causas Especiales, en Sixth y Chestnut, pero allí no podrás verme. Saldré a cargo de mi abogado. Debes tener cuidado. Quizá lo pienses mejor y no vengas aquí.

Este último toque era de pura tristeza, el primero que Cowperwood había introducido en su relación, pero las condiciones lo habían cambiado. Hasta ahora, él se había encontrado en una posición de superioridad, en la posición del que es deseado y buscado —aunque Aileen bien había merecido y merecía que la buscaran—, y había pensado que podría salir indemne y continuar creciendo en dignidad y poder hasta que llegara un momento en el que quizá Aileen ya no fuera merecedora de él. Había llegado a pensarlo. Pero aquí, vestido con un traje de rayas, el asunto cambiaba completamente. La posición de Aileen, a pesar de haberse devaluado como consecuencia de su larga y ardiente relación con él, era ahora, sin embargo, superior a la suya —o al menos, lo era en apariencia—. Porque después de todo, seguía siendo la hija de Edward Butler, pero podría también, después de estar separada de él durante un tiempo, desear convertirse en la futura esposa de un convicto. No debería desear algo así, y quizá no llegara a querer hacerlo, hasta donde él sabía; quizá cambiara de opinión. No debería esperarle. Su vida aún tenía remedio. No era de dominio público, pensaba él —al menos, no del todo— que ella hubiera sido su amante. Aún podría casarse. ¿Por qué no? Y salir así de su vida para siempre. ¿No sería eso triste para él? Pero ¿acaso él no se lo debía? ¿No era lo justo, que le pidiera que lo abandonara, o al menos, que sopesara esa posibilidad?

Le había hecho justicia al creer que no querría abandonarlo; y en su posición, por muy perjudicial que pudiera resultarle a ella, para él suponía una ventaja, un nexo de unión con el mejor periodo de su vida que ella siguiera amándolo. Sin embargo, no consiguió sustraerse a la tentación de incluir aquella sombra de duda en el último momento, a pesar de estar escribiendo aquella nota apresuradamente en su celda y en presencia de Wingate para dársela para que él la enviara (el supervisor Chapin se mantuvo a una distancia discreta a pesar de que se suponía que debía estar presente); cuando Aileen la leyó, aquello le llegó al alma. Consideró que se debía a su estado de melancolía —a su gran abatimiento—. Quizá, después de todo, la penitenciaría y todo lo demás estuvieran quebrantando su ánimo, con lo valientemente que había sido capaz de resistir durante tanto tiempo. La consecuencia fue que ahora ella estaba tremendamente ansiosa por verlo, por consolarlo, aunque resultara difícil y hasta arriesgado. Tenía que verlo, se dijo.

En lo referente a las visitas de los diversos miembros de su familia —sus padres, su hermano, su esposa y su hermana—, Cowperwood les dejó claro uno de los días que salió para asistir a una vista relacionada con la bancarrota que no creía que

debieran ir más de una vez cada tres meses, a menos que él les escribiera o les mandara recado con Steger. La verdad era que en realidad no tenía mucho interés en ver a ninguno de ellos en aquel momento. Estaba hastiado de todo aquel sistema social. De hecho, quería librarse de toda la agitación en la que había estado inmerso, a la vista de que todo había demostrado ser inútil. Había invertido casi quince mil dólares en su defensa hasta la fecha —costas legales, mantenimiento de la familia, Steger, etcétera—; pero eso no le preocupaba. Esperaba ganar algún dinero trabajando por mediación de Wingate. Su familia no carecía de los fondos suficientes para vivir de manera modesta. Les había aconsejado que se mudaran a otras casas más en consonancia con sus actuales circunstancias, lo cual habían hecho —sus padres y sus hermanos se habían mudado a una casa de ladrillo de tres plantas de un tamaño similar al de su antigua casa de Buttonwood Street, y su esposa, a una casa más pequeña y barata de dos plantas en North Twenty-First Street, cercana a la penitenciaría, que había conseguido sufragar con parte de los treinta y cinco mil dólares que le había sacado a Stener con falsos pretextos—. Por supuesto que todo esto significaba un cambio tremendo con respecto a la mansión de Girard Avenue para Cowperwood padre, ya que ahora no tenía ninguno de aquellos muebles que habían caracterizado su fabuloso domicilio anterior —tenían muebles corrientes, fabricados en serie, y cortinas y accesorios baratos, aunque decentes—. Los cesionarios, a quienes pertenecían todos los bienes personales de Cowperwood, y a quien Cowperwood padre había entregado todas sus propiedades, no permitirían que se retirara nada de importancia. Había que venderlo todo en beneficio de los acreedores. Habían conseguido conservar algunas cosas pequeñas, pero sólo unas cuantas, ya que todo había sido inventariado con anterioridad. Una de las cosas que Cowperwood padre quería era su mesa de despacho, que Frank había diseñado para él; pero como estaba valorada en quinientos dólares y el *sheriff* no podía cederla a menos que se procediera al pago de aquella suma, o mediante subasta, y como Henry Cowperwood no podía permitirse una suma así, tuvo que desprenderse del escritorio. Había muchas cosas que todos ellos querían, y Anna Adelaide robó unas cuantas, aunque no se lo admitió a sus padres hasta mucho tiempo después.

Llegó el día en el que las dos casas de Girard Avenue fueron el escenario de una venta judicial, durante la cual, el público en general, sin estorbo ni obstáculo, contó con autorización para recorrer las habitaciones y examinar los cuadros, las esculturas y, en general, todos los objetos artísticos, que se subastaron al mejor postor. Cowperwood había adquirido una fama considerable en este campo, debido, en primer lugar, al mérito de lo que había conseguido reunir, y después, a los comentarios entusiastas de hombres como Wilton Ellsworth, Fletcher Norton y Gordon Strake —los arquitectos y los marchantes de arte cuyos conocimientos y cuyo gusto eran considerados importantes en Filadelfia—. Todas las cosas bellas a las que tanto valor había dado —los pequeños bronce, representativos del mejor periodo del Renacimiento italiano; las piezas de cristal veneciano que había coleccionado con

gran esmero y de las que había una vitrina llena; las esculturas de Powers, Hosmer y Thorwaldsen, que habrían de provocar sonrisas treinta años después, pero que entonces se consideraban de gran valor; todos los cuadros de los más representativos pintores norteamericanos, desde Gilbert hasta Eastman Johnson^[1], junto con unos cuantos ejemplares de las escuelas francesa e inglesa de la época— se vendieron por una miseria. El criterio artístico de Filadelfia entonces no era muy bueno; y algunos de los cuadros se vendieron por un precio excesivamente bajo por falta de un adecuado juicio apreciativo. Strake, Norton y Ellsworth estuvieron presentes y compraron en abundancia. El senador Simpson, Mollenhauer y Strobik fueron a ver lo que encontraban. Los politiquillos de menor importancia acudieron en masa. Pero Simpson, capaz de juzgar el arte con serenidad, se hizo prácticamente con lo mejor que se ofreció. A sus manos llegó la vitrina de cristal veneciano, un par de cilíndricos jarrones altos mahometanos de color blanco y azul, catorce piezas de jade chino, que incluían cuencos de varios artistas y un mosquitero perforado del más leve matiz verde. Mollenhauer se hizo con los muebles y los artículos de decoración del recibidor y de la sala de visitas de la casa de Henry Cowperwood, y a Edward Strobik fueron a parar dos de los juegos de dormitorio de arce ojo de pájaro por precios más que modestos. Adam Davis estuvo presente y se hizo con el secreter de marquetería que tanto apreciaba Cowperwood padre. A Fletcher Norton fueron a parar cuatro jarrones griegos —un cáliz, una jarra y dos ánforas— que él le había vendido a Cowperwood y que apreciaba mucho. Varios objetos de arte, incluida una vajilla de Sèvres, un tapiz gobelino, bronce de Barye y cuadros de Detaille, Fortuny y George Inness^[2], fueron a manos de Walter Leigh, Arthur Rivers, Joseph Zimmerman, el juez Kitchen, Harper Steger, Terrence Relihan, Trenor Drake, el señor y la señora de Simeon Jones, W. C. Davison, Frewen Kasson, Fletcher Norton y el juez Rafalsky.

Cuatro días después de comenzar la venta judicial, las dos casas habían sido privadas de todos sus contenidos. Hasta los objetos de la casa del número 931 de North Tenth Street fueron sacados del almacén en el que se ubicaron en el momento en el que se consideró aconsejable cerrar aquella casa y puestos a la venta junto con el contenido de las dos viviendas. Fue en este momento cuando Cowperwood padre tuvo la primera noción de que había algo misterioso en relación con su hijo y su esposa. Ninguno de los miembros de la familia Cowperwood estuvo presente durante este triste reparto; y Aileen, al leer sobre la enajenación de aquellos objetos y consciente del valor que tenían para Cowperwood, por no hablar del atractivo que poseían para ella, se sintió terriblemente abatida; pero su desánimo no duró mucho tiempo, porque estaba convencida de que Cowperwood algún día recuperaría la libertad y alcanzaría una posición de mayor importancia aún en el mundo financiero. No habría sabido decir por qué, pero estaba convencida de ello.

CAPÍTULO LV

Mientras tanto, Cowperwood había sido transferido a un nuevo supervisor y a una celda nueva en el bloque 3 en la planta baja, que era igual que las demás en cuanto al tamaño, de tres por cinco metros, pero que contaba con el patio anexo que ya se ha mencionado con anterioridad. El alcaide Desmas subió a verlo dos días antes de que fuera trasladado y tuvo otra breve conversación con él a través de la puerta de la celda.

—Lo trasladarán el lunes —le dijo hablándole con lentitud y con su habitual tono reservado—. Le darán un patio, aunque no le servirá de mucho porque sólo se le permitirá salir media hora al día. Le he hablado al supervisor de las disposiciones referentes a sus negocios. Le tratará bien en ese aspecto. Cuídese de no ocupar demasiado tiempo con eso y todo irá bien. He decidido permitirle aprender a hacer asientos de mimbre para las sillas. Creo que será lo mejor para usted. Es fácil y le mantendrá la mente ocupada.

El alcaide y algunos políticos relacionados con la prisión le sacaban rendimiento al trabajo de la cárcel. No eran trabajos difíciles —las tareas que se asignaban eran simples y no resultaban agobiantes, pero todos los productos se vendían de manera inmediata y ellos se embolsaban los beneficios—. De modo que era bueno ver que todos los internos estaban trabajando y, además, les hacía bien. Cowperwood se alegró de contar con la oportunidad de hacer algo, porque la verdad es que los libros no le interesaban demasiado y su contacto con Wingate y con sus viejos asuntos no era suficiente para tener la mente ocupada de manera satisfactoria. Al mismo tiempo, no podía evitar pensar que si a él se le hacía raro, más raro sería verlo ocupado en una tarea tan vulgar como hacer asientos de mimbre tras aquellos estrechos barrotes. Aun así, le dio las gracias a Desmas por aquello, así como por las sábanas y los artículos de aseo que le acababan de traer.

—No hay de qué —contestó este último, en tono agradable y con suavidad, a estas alturas ya muy intrigado por Cowperwood—. Sé que hay hombres y hombres aquí, igual que en todas partes. Si hay quien sabe utilizar estas cosas y mantenerse aseado, no seré yo quien venga a ponerle impedimentos.

El nuevo supervisor con el que Cowperwood tenía que vérselas era una persona muy diferente a Elias Chapin. Se llamaba Walter Bonhag y no tenía más de treinta y siete años; una persona grande y fofa, de mente astuta, cuyo principal objetivo en la vida era que su actual empleo en la prisión le proporcionara mejores ingresos que el sueldo que le pagaban. Un análisis en profundidad de Bonhag habría parecido indicar que era el chivato de Desmas, pero esto sólo era verdad hasta cierto punto. Como Bonhag era sagaz y servil, y rápido en ver un punto a su favor o al de otros, Desmas supo de manera instintiva que era el tipo de hombre al que podría encomendarle ser benévolo, tanto si se trataba de una orden como de una sugerencia. O lo que es lo mismo, si Desmas tenía el más mínimo interés en algún prisionero, casi no tenía ni

que decírselo a Bonhag; simplemente tenía que sugerirle que este hombre estaba habituado a otro tipo de vida, o que, debido a alguna experiencia anterior, le resultaría difícil que lo trataran con aspereza, y Bonhag se esforzaría en ser amable. El problema era que para cualquier hombre inteligente y refinado, sus atenciones podían resultar desagradables, ya que perseguían algún propósito, y para otro hombre pobre e ignorante eran brutales y despectivas. Tenía una fuente de ingresos adicionales dentro de la prisión, vendiéndoles a los reclusos raciones extra de cosas que él metía a hurtadillas dentro de la prisión. Estaba terminantemente prohibido por las normas, al menos en teoría, introducir en la prisión artículos que no se vendieran en el almacén: tabaco, papel de cartas, plumas, tinta, whisky, puros o exquisiteces de cualquier tipo. Por otro lado, es cierto que se les proporcionaba tabaco de mala calidad, así como plumas, papel y tinta lamentables, de modo que ningún hombre que tuviera el más mínimo respeto hacía sí mismo podía soportarlos. El whisky no estaba permitido, y abominaban de las exquisiteces por considerar que eran indicativas del favoritismo más absoluto; aun así, los introducían en la prisión. Si un prisionero tenía dinero y se aseguraba de que Bonhag recibiera algo por las molestias, podía esperar que le trajeran prácticamente cualquier cosa. También se vendían el privilegio de ser enviado al patio como «preso de confianza» y la autorización para quedarse en el patio privado que tenían algunas celdas más tiempo de la media hora autorizada.

Una de las cosas que resultaban curiosas en este momento, y que iba a favor de Cowperwood, era el hecho de que Bonhag tuviera buena relación con el supervisor que tenía a Stener a su cargo, y que Stener, gracias a sus amigos políticos, estuviera siendo tratado con generosidad, cosa que Bonhag sabía. No leía los periódicos con atención, ni tenía capacidad intelectual para comprender los grandes acontecimientos; pero por entonces ya sabía que tanto Stener como Cowperwood eran o habían sido individuos de gran importancia en la comunidad; y también que Cowperwood había sido el más importante de los dos. Más aún, tal como llegó a oídos de Bonhag por entonces, Cowperwood aún tenía dinero. Algún prisionero al que se le permitía leer el periódico se lo había dicho. De modo que, de manera totalmente independiente a la recomendación de Desmas, que le fue hecha de manera discreta y nada comprometida, Bonhag tenía interés en ver qué podría hacer por Cowperwood a cambio de dinero.

El día que Cowperwood se instaló en su nueva celda, Bonhag se echó contra la puerta, que estaba abierta, y le dijo, en un tono ligeramente condescendiente:

—¿Tienes todas las cosas aquí ya? —Era obligación suya cerrar la puerta una vez que Cowperwood estuviera dentro.

—Sí, señor —contestó Cowperwood, que había sido lo suficientemente astuto como para enterarse de cómo se llamaba el nuevo supervisor a través de Chapin—. Usted es el señor Bonhag, ¿supongo?

—Sí, soy yo —contestó Bonhag, no poco halagado porque lo hubiera reconocido, pero aún interesado únicamente en la parte práctica de esta presentación. Estaba

ansioso por estudiar a Cowperwood para ver qué tipo de hombre era.

—Esto le va a resultar algo distinto a lo de ahí abajo —observó Bonhag—. No está tan cargado. Cuando hay puertas que dan a los patios se nota la diferencia.

—Ah, sí —dijo Cowperwood, sin dejar de observarlo astutamente—, ese será el patio del que me habló el señor Desmas.

Ante la mención de aquel nombre mágico, si Bonhag hubiera sido un caballo, se habría podido ver cómo se le ponían las orejas de punta. Porque, claro, si Cowperwood tenía una relación tan amistosa con Desmas que hasta este último le había descrito el tipo de celda que iba a tener ya de antemano, era necesario que Bonhag se andara con especial cuidado.

—Sí, exacto, pero no es gran cosa —observó—. Sólo se permite estar media hora fuera. Pero tampoco pasaría nada si alguna persona pudiera quedarse fuera un rato más.

Esta fue su primera alusión a los tejemanejes y al favoritismo, y Cowperwood lo apreció con total claridad en el tono en el que lo dijo.

—¡Qué mala suerte! —dijo—. Supongo que la buena conducta no ayuda a que te den más tiempo. —Esperó para ver si habría respuesta, pero en lugar de contestarle, Bonhag continuó con:

—Será mejor que le enseñe ya su nuevo oficio. Tiene que aprender a ponerles asientos a las sillas, según me ha dicho el alcaide. Si quiere, podemos empezar ahora mismo. —Pero sin esperar a que Cowperwood asintiera, se marchó y regresó al rato con tres armazones de silla sin barnizar y un bulto de mimbres, que depositó en el suelo. Una vez hecho eso con gesto triunfal, continuó—: Ahora voy a enseñarle si me presta atención —y comenzó a mostrarle a Cowperwood cómo encajar los mimbres a través de las aberturas que había a ambos lados, cómo cortarlos y asegurarlos con unas pequeñas varillas de nogal—. Una vez hecho esto, trajo un punzón, un martillo pequeño, una caja de varillas y unos alicates. Tras varias demostraciones breves con distintos mimbres para enseñarle cómo se diseñaban las diversas formas geométricas, permitió que Cowperwood se encargara, mientras él lo observaba por encima del hombro. El financiero, que era rápido para todo, ya se tratara de algo mental o de algo manual, se puso manos a la obra con su habitual energía, y en cinco minutos le demostró a Bonhag que, a pesar de no tener todavía velocidad ni maña, que sólo podría adquirir con la práctica, podría hacerlo tan bien como cualquier otro.

—No va a tener problemas —dijo Bonhag—. Se supone que debe hacer diez de esas al día. No lo tendremos en cuenta los próximos días, hasta que aprenda a hacerlas. Después, me pasaré a ver cómo le va. Ya sabe cómo va lo de la toalla en la puerta, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí, el señor Chapin me lo explicó —le contestó Cowperwood—. Creo que ya conozco la mayoría de las normas. Intentaré no quebrantar ninguna.

Los días siguientes trajeron una serie de modificaciones en cuanto a su vida en la cárcel, pero aún ni mucho menos las suficientes como para que aquella vida le

resultara aceptable. Bonhag, durante los primeros días mientras enseñaba a Cowperwood el arte de poner asientos de mimbre a las sillas, se las arregló para dejarle perfectamente claro que había una serie de cosas que estaría encantado de hacer por él. Una de las cosas que lo impulsó a hacerlo fue que ya le había llamado la atención el hecho de que a Stener vinieran a verlo muchos más amigos de los que visitaban a Cowperwood, y que también le trajeran de vez en cuando una cesta de fruta que le daba a los supervisores, y que a su esposa y a sus hijos ya se les hubiera permitido verlo fuera del día fijado para las visitas. Esto provocaba los celos de Bonhag. Su colega supervisor lo estaba tratando con prepotencia, hablándole, digámoslo así, del jolgorio del Bloque 4. Bonhag tenía muchas ganas de que Cowperwood se acicalara y le demostrara de lo que era capaz, tanto en el aspecto social o en cualquier otro.

Así que comenzó con:

—Veo que su abogado y su socio vienen todos los días. No hay nadie más que quiera que venga a visitarlo, ¿no? Por supuesto que sé que va contra las normas que vengan su esposa o su hermana o alguien así fuera de los días de visita... —Y ahí hizo una pausa y miró a Cowperwood poniendo los ojos en blanco con una mirada cargada de significado que supuestamente debía dar a entender cosas misteriosas y enigmáticas—. Pero aquí no se cumplen todas las normas, ni mucho menos.

No sería Cowperwood quien desperdiciara una ocasión como esta. Sonrió levemente, lo suficiente como para calmarse y para dejarle caer a Bonhag que le agradecía la información, pero se limitó a decir:

—Le diré cómo es esto, señor Bonhag. Creo que usted comprende mi posición mejor que la mayoría de los hombres y que puedo hablar con usted. Hay personas a las que les gustaría venir, pero a las que no he permitido venir por miedo. No sabía que eso se pudiera arreglar. Si pudiera ser, yo se lo agradecería mucho. Usted y yo somos hombres prácticos. Sé que si se hacen favores, hay que cuidar de los que los hacen posibles. Si puede hacer algo para que mi vida aquí sea un poco más cómoda, le demostraré que sé apreciarlo. No tengo dinero encima, pero siempre puedo conseguirlo y me encargaré de que le cuiden como es preciso.

A Bonhag le ardieron las orejas pequeñas y carnosas. Este era el tipo de cosas que le gustaba oír.

—Puedo arreglar cualquier cosa de ese tipo, señor Cowperwood —le contestó servilmente—. Déjemelo a mí. Si hay alguien a quien quiera ver en cualquier momento, sólo hágamelo saber. Por supuesto que tendré que tener mucho cuidado, y usted también, pero eso no será un problema. Si quiere quedarse en el patio un rato más por la mañana o salir por las tardes o por la noche, hágalo sin dudar a partir de ahora. Puede hacerlo. Simplemente, le dejaré la puerta abierta. Si se acercara por aquí el alcaide o alguna otra persona, arañaré la puerta con mi llave y usted sólo tendrá que entrar y cerrarla. Si quiere algo de fuera, también se lo puedo conseguir: gelatina, huevos, mantequilla o alguna cosilla de esas. Quizá quiera mejorar un poco la comida

de ese modo.

—Se lo agradezco muchísimo, señor Bonhag —le respondió Cowperwood con total solemnidad, y aunque le entraron ganas de sonreír, se mantuvo serio.

—Con respecto a ese otro asunto —continuó Bonhag, refiriéndose a las visitas—, puedo arreglarlo en el momento en el que quiera. Conozco a los hombres de la puerta. Si quiere que venga alguien, escríbales una nota y me la da a mí, y yo les diré que pregunten por mí cuando lleguen. Eso hará que puedan entrar sin problemas. Y cuando lleguen, podrá hablar con ellos en su celda. ¡Ya está! Lo único es que cuando yo dé un golpecito, tendrán que salir. Recuerde eso. Así que, simplemente hágamelo saber.

Cowperwood se sintió sumamente agradecido. Y así se lo dijo de manera directa y escogiendo muy bien las palabras. Enseguida pensó que esta era la oportunidad que necesitaba Aileen y que ahora podría escribirle para decirle que podía venir. Si se ocultaba tras un velo, probablemente estaría a salvo. Decidió escribirle y cuando vino Wingate, le dio la carta para que la echara al correo.

Dos días después, a las tres de la tarde —la hora designada por él— vino Aileen a verlo. Vestía un traje de velarte gris ribeteado de terciopelo blanco y adornado con botones troquelados que brillaban como la plata, y como adornos adicionales que le servían también de protección contra el frío llevaba un gorro, una estola y un manguito de armiño blanco como la nieve. Sobre este impresionante conjunto se había echado una capa oscura larga y circular, que tenía intención de quitarse en cuanto llegara. Había escogido con mucho cuidado los zapatos, los guantes y las joyas de oro que llevaba, y se había arreglado el pelo con gran esmero. Llevaba la cara oculta tras un tupido velo verde, tal como Cowperwood le había sugerido que hiciera; y llegó a una hora en la que estaría solo, al menos en lo tocante a la parte que él podía organizar. Wingate normalmente venía a las cuatro, cuando terminaba con los negocios, y Steger por la mañana, en el caso de que viniera. Ella estaba muy nerviosa ante esta nueva aventura; se bajó del tranvía en el que había decidido desplazarse a cierta distancia y siguió caminando por una calle secundaria. El frío y aquellos muros grises bajo un cielo plomizo le hicieron sentirse derrotada, pero se había esforzado mucho por estar atractiva para animar a su amante. Sabía que él reaccionaba con facilidad ante su belleza cuando sabía presentársela adecuadamente.

Cowperwood, en vista de que ella iba a venir, había arreglado la celda lo mejor que había podido. Estaba limpia, porque él mismo se había encargado de barrerla, y había hecho la cama; y además, se había afeitado, se había peinado y se había arreglado. Había colocado las sillas en las que estaba trabajando en un rincón a los pies de la cama. Los pocos platos que tenía, estaban fregados y ordenados, y había cepillado los zuecos con un cepillo que usaba específicamente para eso. Nunca antes lo había visto Aileen de esta manera, pensó sintiéndose peculiarmente degradado. Siempre había admirado su buen gusto para la ropa y lo bien que la lucía; y ahora iba a verlo vestido con unas prendas que ninguna apostura podían convertir en algo

presentable. Sólo podía ayudarle en esto el estoicismo con el que consideraba la dignidad de su alma. Después de todo, como pensó ahora, él era Frank A. Cowperwood, y eso ya tenía su significado, independientemente de la ropa que vistiera. Y Aileen lo sabía. Y además, algún día volvería a ser libre, y rico, y sabía que ella estaba convencida de ello. Y lo mejor de todo, sabía que su aspecto, en esta circunstancia o en cualquier otra, no modificaría en nada la opinión de Aileen. Simplemente, lo amaría aún más. A lo que temía era a la intensidad de su compasión. Se alegraba mucho de que Bonhag hubiera accedido a dejarla entrar en la celda, porque habría resultado muy penoso hablar con ella a través de una puerta de barrotes.

Cuando Aileen llegó, preguntó por el señor Bonhag y le permitieron ir hasta la rotonda central, donde él fue a buscarla. Cuando llegó, ella dijo en un murmullo:

—Deseo ver al señor Cowperwood, por favor.

Y él exclamó:

—Sí, acompáñeme.

Mientras cruzaba la rotonda procedente de su galería, le sorprendió la evidente juventud de Aileen, a pesar de que no podía verle la cara. Esto sí que estaba en consonancia con lo que había esperado de Cowperwood. Un hombre capaz de robar quinientos mil dólares y de poner en pie de guerra a toda una ciudad, debía de tener maravillosas aventuras de todo tipo, y Aileen tenía el aspecto de ser una de ellas. La condujo hasta la pequeña habitación en la que tenía su mesa de trabajo y en la que hacía esperar a los visitantes, y se apresuró en llegar hasta la celda de Cowperwood, donde el financiero estaba trabajando en una de las sillas, y arañando la puerta con la llave, le dijo:

—Ha venido a verle una joven dama. ¿Desea dejarla pasar?

—Sí, por favor —le contestó Cowperwood; y Bonhag se marchó apresuradamente, olvidando de manera involuntaria, debido a su grosera descortesía, abrir la puerta de la celda, de modo que tuvo que abrirla en presencia de Aileen. El largo corredor con gruesas puertas de rejas espaciadas a intervalos matemáticamente calculados y el suelo de piedra gris hicieron que Aileen se sintiera descorazonada. ¡Una cárcel de celdas con barrotes de hierro! Y él estaba en una de ellas. Su espíritu, normalmente tan valeroso, se vino abajo. ¡Qué sitio tan terrible para su Frank! ¡Era terrible que lo hubieran metido aquí! Los jueces, los jurados, los tribunales, las leyes y las cárceles no eran para ella más que ogros que echaban espuma por la boca, y que, repartidos por el mundo, la miraban con odio a ella y a su historia de amor. El ruido seco de la llave en la cerradura y del chirrido de los goznes de la pesada puerta completaron su sensación de infortunio. Y luego vio a Cowperwood.

Debido al pago que iba a recibir, Bonhag, tras hacerla pasar a ella, se alejó discretamente. Aileen miró a Cowperwood a través del velo, con miedo a hablarle hasta que estuvo segura de que Bonhag se había marchado. Y Cowperwood, que hacía esfuerzos por mantener la serenidad, le hizo una señal al cabo de unos

momentos.

—Ya puedes —le dijo—. Se ha marchado. —Ella se levantó el velo, se quitó la capa y captó, aunque sin dar señales de ello, la estrechez y las escasas dimensiones de la habitación; los horribles zapatos de él; el traje, barato y deforme, y la puerta de hierro que había tras él y que daba al pequeño patio anexo a su celda. En semejante ambiente, y con aquellas sillas a medio hacer parcialmente visibles a los pies de la cama, él parecía irreal, extraño incluso. ¡Su Frank! En semejante estado. Temblaba y era incapaz de intentar hablar siquiera. Sólo logró abrazarlo y acariciarle la cabeza, murmurando:

—Pobrecito mi niño, mi amor. ¿Esto es lo que te han hecho? Pobre amor mío. — Le sostuvo la cabeza mientras Cowperwood, preocupado por mantener la compostura, se estremeció y se echó a temblar también. El amor de ella era enorme, genuino. Resultaba tranquilizador, al tiempo que lo desarmaba, convirtiéndolo de nuevo en un niño. Y por primera vez en su vida, mediante algún inexplicable ardid de la química (de la química del cuerpo, de las fuerzas ciegas que con tanta facilidad a veces desbancan a la razón) perdió el dominio de sí mismo. La profundidad de los sentimientos de Aileen, el tono arrullador de su voz, la ternura aterciopelada de sus manos y la belleza que siempre lo había atraído tanto (quizá aquí, entre estos gruesos muros y a la vista de la desgracia de él, más radiante de lo que nunca le había parecido antes), lo desarmaron por completo. Él mismo no entendía cómo era posible; intentó desafiar a la melancolía, pero no lo logró. Cuando ella le cogió la cabeza con fuerza y se la acarició, de repente y a pesar de sí mismo, sintió que se le encogía el pecho y que le faltaba el aire, y que la garganta le dolía. Tuvo una sensación que le resultaba sorprendentemente ajena: unas ganas de llorar que hizo lo posible por contener porque para él era algo de lo más extraño. Entonces una imagen curiosa e intensa del gran mundo que había perdido hacía tan poco conspiró para derrotarlo, de aquel mundo maravilloso y magnífico que esperaba recuperar algún día. En aquel momento sintió de manera aún más dolorosa que nunca antes la degradación de los zuecos que llevaba, de la camisa de algodón, del traje de rayas, de haberse convertido en un convicto y de que ya lo sería para siempre, y no podría dejarlo de lado. Se retiró de ella rápidamente, le dio la espalda, apretó los puños y tensó los músculos; pero era demasiado tarde. Estaba llorando y no podía parar.

—¡Maldita sea! —exclamó, entre el enfado y la autocompasión y mezclando la rabia con la vergüenza—. ¿Por qué tengo que ponerme a llorar? ¿Qué diablos me pasa?

Aileen se dio cuenta y prácticamente se abalanzó hacia él para colocarse delante y cogerle la cabeza con una mano, mientras le ponía la otra en la desaliñada cintura, y lo apretó con tanta fuerza que a él le habría costado soltarse.

—¡Ay, cariño, cariño, cariño! —exclamó inundada por la compasión—. Te amo, te adoro. Dejaría que me cortaran a pedacitos si eso pudiera aliviarte. ¡Que te hagan llorar! ¡Ay, cariño mío, mi amor!

Apretó con más fuerza el cuerpo de él, que aún temblaba, y con la mano libre le acarició la cabeza. Le besó los ojos, el pelo y las mejillas. Él volvió a soltarse durante un instante, y exclamó:

—¿Qué demonios me ha pasado? —Pero ella volvió a atraerlo hacia sí.

—No importa, cariño mío; no te avergüences de haber llorado. Lloro aquí en mi hombro. Lloro conmigo. Mi amor, precioso mío.

Él se tranquilizó pasados unos momentos, previniéndola en contra de Bonhag y recobrando su antigua compostura, que tanto se avergonzaba de haber perdido.

—Eres una muchacha maravillosa, cariño —dijo él con una sonrisa tierna y al mismo tiempo de disculpa—. Eres lo mejor —lo único que necesito— y me eres de gran ayuda; pero no te preocupes más por mí, querida. Estoy bien. No es tan malo como crees. ¿Y tú cómo estás?

Aileen, por su parte, no iba a calmarse tan fácilmente. Las desgracias de él, incluida su situación allí dentro, atentaban contra su sentido de la justicia y de la dignidad. Pensar que el bueno de su Frank, tan maravilloso, se hubiera visto obligado a llegar a esto, a echarse a llorar. Le acarició la cabeza con ternura, mientras que en su mente se disparaba una oposición salvaje, mortífera e irracional contra la vida, la casualidad y el antagonismo injustificado. ¡Su padre, maldito sea! ¡Su familia, bah! ¿Qué le importaban a ella? Su Frank, su Frank. ¡Qué poco le importaba todo lo demás si lo comparaba con él! Nunca, nunca, nunca lo dejaría. Nunca. Pasara lo que pasara. Y ahora se aferró a él en silencio mientras que en su mente libraba una terrible batalla contra la vida, la ley, el destino y las circunstancias. ¡La ley! ¡Tonterías! ¡La gente; todos no eran más que unos brutos, unos demonios, enemigos, unos sabuesos! Ella estaba ansiosa por sacrificarse a sí misma, dispuesta, loca por hacerlo. Ahora iría adonde hiciera falta por su Frank o con él. Haría cualquier cosa por él. Su familia no era nada; la vida no era nada, nada, nada. Haría lo que él deseara, nada más y nada menos; haría cualquier cosa para salvarlo, por hacer que su vida fuera más feliz, pero no haría nada por nadie más.

CAPÍTULO LVI

Pasaron los días. Una vez alcanzado el acuerdo con Bonhag, la esposa, la madre y la hermana de Cowperwood pudieron aparecer por allí ocasionalmente. Su esposa y los niños estaban ahora instalados en la casita que él pagaba, y sus obligaciones económicas con ella eran satisfechas por Wingate, que le abonaba en su nombre ciento veinticinco dólares al mes. Era consciente de que le debía más, pero pisaba un terreno algo peligroso en el aspecto financiero últimamente. En marzo había tenido lugar el hundimiento definitivo de sus antiguas participaciones, cuando lo habían declarado legalmente quebrado y todas sus propiedades habían sido decomisadas para satisfacer las reclamaciones que había contra él. La reclamación de quinientos mil dólares por parte de la ciudad se habría comido más de lo que habría podido pagar en aquel momento, si no hubiera sido porque habían establecido un pago a prorrata de treinta centavos al dólar. Ni siquiera así recibió la ciudad lo que le correspondía, porque por algún malabarismo se declaró que había perdido sus derechos. No había presentado su reclamación en el momento oportuno ni de la manera adecuada, lo que dejaba más dinero real para repartir entre los otros.

Afortunadamente, Cowperwood había empezado a ver a estas alturas que estableciendo algunos cambios era probable que sus relaciones comerciales con Wingate demostraran ser lucrativas. El agente le había dejado claro que tenía intención de ser completamente franco con él. Había empleado a los dos hermanos de Cowperwood con unos sueldos bastante moderados —a uno para que se encargara de los libros de contabilidad y para que se hiciera cargo de la oficina, y al otro para que trabajara en la bolsa con él, ya que sus membresías en aquella organización no se habían vendido—. Y también, realizando un esfuerzo considerable, había conseguido un puesto de empleado en un banco para Cowperwood padre, ya que este último se encontraba sumido en la tristeza y en un apuro tremendo sobre qué hacer con su vida en adelante desde que tuviera que presentar su dimisión en el Third National. ¡La desgracia de su hijo! El horror del juicio y la encarcelación. Desde el día en el que Frank fue procesado y, más aún, desde que fuera sentenciado e ingresara en la Penitenciaría del Este, era como un sonámbulo. ¡Aquel juicio! ¡Aquella acusación contra Frank! Su propio hijo, un convicto con un traje de rayas —después de que él y Frank hubieran ocupado orgullosos las primeras filas entre los hombres de éxito más respetados de la ciudad—. Como tantos otros, en su hora de aflicción se había aficionado a leer la Biblia, buscando entre sus páginas ese algo que sirviera de consuelo a su mente y que desde su juventud había imaginado que podría encontrar allí, aunque en los últimos años lo hubiera hecho sólo de manera ocasional. Los Salmos, Isaías, el Libro de Job, el Eclesiastés^[1]..., pero que, debido fundamentalmente al desgaste provocado por la naturaleza de sus males presentes, no conseguía encontrar.

Pero un día tras otro se encerraba en su despacho —una habitación pequeña y

estrecha que habían conseguido poniendo un tabique en un extremo del pasillo en su nueva casa, donde, de cara a su esposa, pretendía hacer ver que seguía trabajando en algunos asuntos con los que aún seguía relacionado—, y una vez dentro, cerraba con llave y se sentaba para darle vueltas a todo lo que le había sobrevenido, a sus pérdidas, a su buen nombre. O, tras meses así, y debido al puesto que Wingate le había conseguido —un trabajo de contable en uno de los bancos de las afueras—, se escabullía por la mañana temprano y regresaba por la noche ya tarde, para repasar mentalmente en un lúgubre epítome todo lo que había ocurrido y lo que aún podría venir.

Verlo salir apresuradamente de su nueva casa, mucho más pequeña, a las siete y media de la mañana para poder llegar al pequeño banco, que estaba a cierta distancia y al que no podía llegar usando el tranvía, era una de esas visiones patéticas que nos ofrecen con tanta frecuencia las vicisitudes de los negocios. Llevaba el almuerzo en una pequeña tartera porque no le resultaba práctico regresar a su casa en el tiempo de que disponía para ese propósito, y porque su nuevo salario no le permitía la extravagancia de pagárselo fuera de casa. Su única ambición ahora era conseguir llevar una vida respetable e invisible hasta la muerte, algo que deseaba que no tardara mucho. Dibujaba una figura patética, con las piernas y el cuerpo tan delgados, el pelo gris y las patillas blancas como la nieve. Era enjuto y anguloso, y cuando se enfrentaba con algún problema difícil, su mente resultaba vaga y algo vacilante. Un antiguo hábito, adquirido durante sus años de prosperidad, y que consistía en taparse la boca con la mano y en abrir mucho los ojos en un gesto que denotaba sorpresa, y que carecía de base real, ahora se hizo cada vez más frecuente. En realidad, había degenerado, aunque él no lo supiera, en un simple autómatas. La vida esparce por sus playas los más interesantes y patéticos restos de naufragios.

Una de las cosas que no daba precisamente poco que pensar a Cowperwood en esta época, especialmente en vista de su actual y absoluta indiferencia hacia su esposa, era cómo iba a sacar el tema de esa indiferencia y del deseo que tenía de poner fin a su relación. Pero aparte de la brutalidad de la verdad descarnada, no encontraba otra manera. Como apreciaba con total claridad, ella continuaba simulando una devoción total, aparentemente ajena a cualquier sospecha de lo que había ocurrido. Pero desde el juicio y la condena, a ella le había estado llegando información a través de distintas fuentes de que seguía manteniendo su relación con Aileen, y sólo sus muchas desgracias y el hecho de que quizá en el futuro lograra volver a tener éxito en las finanzas, la disuadían a ella de ser la que hablara. Él estaba encerrado en una celda, se repetía a sí misma, y lo sentía mucho por él, pero no lo amaba como una vez lo hiciera. La verdad era que merecía el reproche por su conducta más que inapropiada, y no había duda de que la fuerza que gobernaba el mundo tenía intención de hacérselo y así se lo estaba imponiendo.

Cualquiera puede imaginar lo que una actitud como esta podía provocar en Cowperwood, una vez que él la hubiera detectado. A través de una decena de

pequeños gestos, a pesar del hecho de que ella le traía exquisiteces y de que se compadecía de su destino, se daba cuenta de que no sólo se sentía triste, sino de que también tenía una actitud reprobadora, y si había algo a lo que Cowperwood objetaba en cualquier circunstancia era al talante moralista y funéreo. Comparada con el optimismo combativo y alegre y con el entusiasmo de Aileen, la indecisión de la señora Cowperwood resultaba, por decirlo suavemente, un poco insulsa. Aileen, tras la primera explosión de rabia provocada por el destino de él, y que no provocó en ella lágrima alguna, aparentemente estaba convencida de que él saldría y volvería a prosperar. Hablaba del éxito y del futuro continuamente porque creía en ellos. Parecía darse cuenta de manera innata de que los muros de la prisión no podían constituir para él una prisión. Al marcharse el primer día, le dio a Bonhag un billete de diez dólares, y tras darle las gracias con aquella voz tan agradable —sin mostrarle la cara— por su evidente amabilidad para con ella, favoreció los futuros favores a Cowperwood —«un gran hombre», como ella lo describió—, sellando el destino de aquel ambicioso materialista de manera definitiva. No había nada que el supervisor no estuviera dispuesto a hacer por la joven dama de la capa oscura. Podría haberse quedado en la celda de Cowperwood durante una semana si no fuera porque las horas de visita de la penitenciaría lo convertían en algo imposible.

El día que Cowperwood decidió hablar con su esposa del cansancio que le producía el actual estado de su matrimonio y del deseo que sentía de verse libre de él fue unos cuatro meses después de su entrada en la prisión. Para entonces ya se había habituado a su vida de preso. El silencio de su celda y las tareas de escasa importancia que se veía obligado a realizar, y que al principio le habían resultado tan deprimentes, banales y exasperantes por su reiteración carente de sentido, se habían convertido ahora simplemente en algo común y corriente —en algo aburrido, pero no doloroso—. Lo que es más, había aprendido muchos de los pequeños recursos de los que se sirven los convictos solitarios, como utilizar la lámpara para calentar algún resto delicioso que hubiera reservado de una comida anterior o procedente de alguna cesta enviada por su esposa o por Aileen. Se había librado parcialmente del nauseabundo olor de la celda convenciendo a Bonhag para que le trajera pequeños paquetes de cal, que utilizaba con gran liberalidad. También logró derrotar con trampas a algunas de las ratas más atrevidas; y con el permiso de Bonhag, una vez que habían cerrado la puerta de su celda por la noche y también el portón exterior de madera, cogía la silla, si no hacía demasiado frío, y salía al patio trasero de la celda para mirar al cielo, donde, en las noches despejadas, podía ver las estrellas. Nunca le había interesado la astronomía como disciplina científica, pero ahora las Pléyades, el cinturón de Orión, la Osa Mayor y la Estrella Polar, hasta la que se llega trazando una línea recta imaginaria, habían captado su interés, y casi se podría decir que le entusiasmaban. Se preguntaba por qué las estrellas del cinturón de Orión adoptaban aquella peculiar relación matemática entre sí, en lo que a distancia y disposición se refería, y si aquello podría tener alguna importancia intelectual^[2]. El nebuloso

conglomerado de soles de las Pléyades sugería que el espacio tenía una profundidad insondable, y pensaba en la Tierra como en un planeta que flotaba como una pequeña pelota en los inconmensurables confines del éter^[3]. Su propia vida le parecía muy trivial a la vista de estas cosas, y se sorprendía preguntándose si todo era de verdad tan importante o significativo. Sin embargo, se deshacía con facilidad de estos estados de ánimo porque aquel hombre estaba dotado de un gran espíritu de grandeza, fundamentalmente en lo tocante a sí mismo y a sus asuntos; y su temperamento era primordialmente material y vital. Algo no cesaba de repetirle que fuera cual fuera su situación actual, aún llegaría a convertirse en un personaje importante, uno cuya fama sería aclamada en todo el mundo, y que debía seguir y seguir intentándolo. No les era dado a todos los hombres ver más allá ni llevar una vida brillante; pero a él sí que le estaba dado, y tenía que ser aquello para lo que estaba hecho. Le era tan imposible escapar a la grandeza que le era inherente como a tantos otros escapar a la insignificancia que llevaban en su interior.

La señora Cowperwood fue aquella tarde con bastante solemnidad y le llevó varias mudas de ropa interior, un par de sábanas, carne en conserva y un pastel. No estaba afligida exactamente, pero Cowperwood pensó que estaba de camino a estarlo, fundamentalmente de tanto darle vueltas a su relación con Aileen, que él sabía que ella conocía. Algo en la actitud de ella lo hizo decidirse a hablarle antes de que se marchara; y tras preguntarle cómo estaban los niños, y escuchar sus preguntas acerca de las cosas que él pudiera necesitar, le dijo, sentado en la silla mientras ella estaba sentada en la cama:

—Lillian, hay algo de lo que quiero hablar contigo desde hace algún tiempo. Debería haberlo hecho antes, pero más vale tarde que nunca. Sé que sabes que hay algo entre Aileen Butler y yo, así que será mejor que seamos francos y pongamos las cartas sobre la mesa. Es cierto que le tengo mucho cariño y que ella me adora, y si salgo de aquí alguna vez quiero arreglar las cosas de modo que pueda casarme con ella. Eso significa que tendrás que concederme el divorcio, si estás dispuesta; y de eso es de lo que quiero hablarte ahora. Esto no puede suponer ninguna sorpresa para ti porque debes de haberte dado cuenta que desde hace tiempo nuestra relación no ha sido todo lo que cabría esperar de ella, y en estas circunstancias, estoy seguro de que esto no puede suponer ningún sufrimiento para ti. —Hizo una pausa, esperando, porque la señora Cowperwood no dijo nada en un primer momento.

Ella pensaba, al abordar él el tema, que quizá debería hacer alguna demostración de sorpresa o de ira; pero cuando lo miró a los ojos y se encontró con su mirada fija y escrutadora, libre de la ilusión o del interés en demostraciones de ningún tipo, se dio cuenta de lo inútil que resultaría. Trataba de una manera totalmente práctica lo que a ella le parecían asuntos privados y secretos, y lo hacía sin sentir la más mínima vergüenza. Pero en cualquier caso, nunca había sido capaz de comprender del todo cómo podía él tomarse las cosas más sutiles de la vida del modo en que lo hacía. Hablaba con total despreocupación de ciertas cosas que ella pensaba que debían

callarse. A veces le zumbaban los oídos ante la franqueza con la que despachaba determinadas situaciones sociales; pero pensaba que debía de ser algo característico de los hombres importantes, de modo que no había nada que decir al respecto. Ciertos hombres hacían lo que les placía, y la sociedad parecía incapaz de ocuparse de ellos en ningún aspecto. Quizá se encargara Dios, más adelante, pero no estaba segura. Pero a pesar de que no fuera bueno y de que fuera tan directo y tan contundente como era, seguía siendo mucho más interesante que la mayoría de los tipos más conservadores en los que parecían predominar las virtudes sociales de la conversación educada y de los pensamientos modestos.

—Lo sé —dijo ella de manera bastante tranquila, aunque había un leve tono de rabia y resentimiento en su voz—. Hace tiempo que lo sé todo. Esperaba que me dijeras algo así cualquier día. Bonita recompensa a mi dedicación; pero es muy propio de ti, Frank. Cuando te empeñas en algo, no hay quien pueda pararte. No era para ti suficiente que te fuera tan bien y que tuvieras dos hijos a los que deberías amar. No. Tenías que andar con esta muchacha Butler hasta que su nombre y el tuyo se han convertido en la comidilla de la ciudad. Sé que viene a la prisión. La vi ahí fuera el otro día cuando yo entraba, y supongo que todo el mundo lo sabe también. No tiene el más mínimo sentido de la decencia y tampoco le importa, a esa desgraciada vanidosa; pero cabría esperar que tú te sintieras avergonzado, Frank, del camino que has tomado, cuando me tienes a mí todavía, y a los niños, y a tu padre y a tu madre, y cuando, tal como están las cosas, sabes que tendrás aún que luchar mucho para volver a recuperar tu posición. Si ella tuviera un mínimo de decencia, no querría tener nada que ver contigo; esa desvergonzada.

Cowperwood miró a su esposa sin pestañear. Leyó en sus comentarios lo que había confirmado mediante la observación hacía ya mucho tiempo —que había perdido la capacidad de conectar con él—. Ya no era físicamente tan atractiva, e intelectualmente no podía igualar a Aileen. También el contacto con aquellas mujeres que se habían dignado a honrar su casa en los momentos de mayor prosperidad le había demostrado de manera concluyente que carecía de cierto encanto social. No era que Aileen fuera inmensamente mejor en modo alguno, pero aun así, era joven, agradable y adaptable, y aún se la podría mejorar. La ocasión, como ahora prefería verlo, podría mejorar a Aileen, mientras que no podría hacer ya nada por Lillian —al menos, según lo veía ahora.

—Te lo voy a explicar, Lillian —le dijo—; no estoy seguro de que vayas a comprender exactamente lo que quiero decir, pero tú y yo ya no estamos hecho el uno para el otro.

—No parecías pensar lo mismo hace tres o cuatro años —lo interrumpió su esposa con rencor.

—Me casé contigo cuando tenía veintiún años —continuó Cowperwood, despiadadamente, sin prestar la más mínima atención a su interrupción—, y yo era demasiado joven para saber lo que estaba haciendo. No era más que un niño. Aunque

eso no tiene mucha importancia, de modo que no lo estoy utilizando como excusa. Lo que estoy intentando decirte es que, tanto si está bien como si está mal, y tanto si es importante como si no lo es, he cambiado de opinión desde entonces. Ya no te amo y no me apetece seguir manteniendo una relación que no me resulta satisfactoria, a pesar de lo que la gente pueda pensar. Tú tienes una forma de ver la vida, y yo tengo otra. Tú piensas que tu manera de verla es la correcta, y hay miles de personas que estarán de acuerdo contigo, pero yo no lo veo así. Nunca hemos discutido por estas cosas con anterioridad porque no me parecía que mereciera la pena discutir por eso. Y, en estas circunstancias, no creo que te esté haciendo ninguna injusticia al pedirte que me liberes. No tengo intención de abandonarte ni a ti ni a los niños; seguirás contando con una buena renta que te pagaré siempre y cuando tenga dinero para hacerlo, pero quiero gozar de libertad personal cuando salga de aquí, si es que eso ocurre alguna vez, y quiero que me permitas tenerla. Una vez que salga de aquí, recobrarás el dinero que tenías y bastante más en cuanto consiga recuperarme de nuevo. Pero eso no ocurrirá si te opones; únicamente si me ayudas. Yo quiero seguir ayudándote siempre, y tengo intención de hacerlo, pero a mi manera.

Alisó la pernera del pantalón con aire pensativo y se tironeó la manga de la chaqueta. Ahora mismo, allí sentado, más bien parecía un trabajador especialmente inteligente en lugar del hombre importante que en realidad era. La señora Cowperwood estaba llena de resentimiento.

—¡Bonita manera de hablarme y de tratarme! —exclamó ella con gran dramatismo, poniéndose en pie y recorriendo el escaso espacio —unos dos pasos— que separaba la pared de la cama—. Debería haber sabido que eras demasiado joven para saber lo que querías cuando te casaste conmigo. Claro que no piensas más que en el dinero y en tu propia satisfacción. No creo que tengas el más mínimo sentido de la justicia y no creo que lo hayas tenido nunca. Sólo piensas en ti mismo, Frank. Jamás he visto un hombre como tú. Me has tratado como a un perro desde que empezaste con esta aventura; y durante todo este tiempo has estado andando por ahí con la irlandesita esa y hablándole de todos tus asuntos, supongo. Permitiste que yo siguiera creyendo que aún te importaba hasta el último momento, y luego, de repente, saltas con que quieres el divorcio. No pienso hacerlo. No te concederé el divorcio, así que no te molestes ni en pensarlo siquiera.

Cowperwood la escuchó en silencio. Su posición, en lo que a este enredo matrimonial se refería, era muy ventajosa, según su parecer. Era un convicto, obligado por las exigencias de su posición a no estar en contacto con su esposa durante un largo periodo de tiempo en el futuro, lo que la iría acostumbrando de manera natural a pasar sin él. Cuando saliera, a ella le resultaría muy fácil obtener el divorcio de un convicto, particularmente si podía alegar una conducta indebida con otra mujer, que él no negaría. Al mismo tiempo, deseaba que el nombre de Aileen quedara fuera del asunto. La señora Cowperwood, en el caso de que estuviera dispuesta, podría dar cualquier nombre falso si él no lo rebatía. Además, ella no era

muy fuerte, intelectualmente hablando. Él conseguiría hacer que se plegara a sus deseos. No había necesidad de decir mucho más ahora; había roto el hielo, le había planteado la situación, y el tiempo se encargaría de hacer el resto.

—No seas dramática, Lillian —comentó él con indiferencia—. Para ti perderme no supone ningún gran perjuicio, siempre que tengas lo suficiente para vivir. No creo que quiera seguir viviendo en Filadelfia si alguna vez logro salir de aquí. Tengo la intención de irme al Oeste, y creo que quiero irme solo. No me casaré de nuevo inmediatamente, aunque me des el divorcio. No tengo ganas de llevar a nadie conmigo. Sería mejor para los niños que te quedaras aquí y que te divorciaras de mí. La gente tendría mejor opinión de ellos y de ti.

—No lo haré —declaró la señora Cowperwood con gran énfasis—. No lo haré. Nunca. ¡Ya lo sabes! Puedes decir lo que quieras. Después de todo lo que he hecho por ti, me lo debes; me debes quedarte conmigo y con los niños. No hace falta que sigas con esto; no lo haré.

—Muy bien —contestó Cowperwood con tranquilidad, poniéndose en pie—. No hace falta que sigamos hablando de esto ahora. Además, prácticamente se ha agotado el tiempo (se suponía que cada visita contaba con veinte minutos). Quizá cambies de opinión más adelante.

Ella recogió el manguito y el portamantas en el que había traído los regalos y se dio la vuelta para marcharse. Había tenido por costumbre hasta entonces besar a Cowperwood simulando que no pasaba nada, pero ahora estaba demasiado enfadada para ese fingimiento. Pero también lo lamentaba; lo sentía por ella, y pensaba que también por él.

—Frank —dijo con dramatismo en el último momento—, no he visto nunca a un hombre como tú. Creo que no tienes corazón. No mereces tener una buena esposa. Lo que mereces es una mujer como la que te has buscado ahora. ¡Menuda idea! —De repente se le llenaron los ojos de lágrimas y salió haciendo aspavientos con desprecio, pero afligida al mismo tiempo.

Cowperwood permaneció allí de pie. Al menos ya no habría más besos inútiles entre ellos, se felicitó. En cierto sentido le resultaba duro, pero únicamente desde el punto de vista emocional. No estaba siendo injusto con ella, razonó; no en el aspecto económico, que era lo que importaba. Hoy estaba enfadada, pero lo superaría, y con el tiempo quizá llegara a comprender su punto de vista. En cualquier caso, le había dejado claro lo que tenía intención de hacer y eso ya era algo, al menos en su opinión. Allí de pie recordaba más que nada a un polluelo intentando salir del cascarón de su antiguo estado. Aunque estaba encerrado en la celda de una penitenciaría y aún le quedaban por cumplir casi cuatro años más, en su interior sentía que aún tenía el mundo entero ante sí. Podría marcharse al Oeste si no conseguía volver a establecerse en Filadelfia; pero debería quedarse allí al menos el tiempo suficiente para conseguir la aprobación de aquellos que lo habían conocido en el pasado —para obtener, digámoslo así, una carta de crédito que pudiera llevarse a otra parte.

—A palabras necias, oídos sordos —se dijo mientras su esposa salía—. Nunca acaba un hombre hasta que está acabado. Ya se lo demostraré a algunos de estos. —A Bonhag, que vino a cerrar la puerta de la celda, le preguntó si iba a llover porque el pasillo estaba muy oscuro.

—Seguro que llueve antes de que anochezca —le contestó Bonhag, que no dejaba de darle vueltas a los embrollos de Cowperwood y a la información que sin cesar le iba llegando de aquí y de allí.

CAPÍTULO LVII

El tiempo que Cowperwood pasó en la Penitenciaría del Este fue exactamente de trece meses desde el día que ingresó hasta el día que lo pusieron en libertad. Las influencias que dieron lugar a este resultado dependieron en parte de él, pero otras no. Por un lado, Edward Malia Butler murió, expiró sentado en la silla del despacho que tenía en su casa unos seis meses después de su encarcelamiento. La conducta de Aileen había supuesto para él una gran tensión. Desde el momento en el que sentenciaron a Cowperwood, y particularmente desde el día en el que lloró en el hombro de Aileen en la cárcel, ella se había vuelto contra su padre de un modo casi brutal. La actitud de ella, completamente antinatural en una hija, resultaba bastante comprensible en una amante torturada. Cowperwood le había dicho que sospechaba que Butler estaba utilizando sus influencias para que le retrasaran el indulto, a pesar de que ya se lo habían concedido a Stener, cuya vida en prisión había seguido con considerable interés; esto la había enfurecido sobremanera. No perdía oportunidad de ser prácticamente insultante con su padre, de ignorarlo continuamente y de negarse a comer a la misma mesa que él cada vez que le era posible, y cuando lo hacía, se sentaba junto a su madre en el sitio de Norah, con la que siempre se las arreglaba para cambiarlo. Se negó a cantar y a tocar cuando él estuviera presente e ignoraba de manera insistente al gran número de jóvenes aspirantes a políticos que venían a la casa, y cuya presencia se había visto en cierto modo fomentada precisamente por ella. El viejo Butler, por supuesto, era consciente de la causa de todo aquello. No dijo nada. Y no consiguió apaciguarla.

Su madre y sus hermanos no entendían nada al principio. (La señora Butler nunca lo entendió.) Pero no mucho después de la encarcelación de Cowperwood, Callum y Owen se dieron cuenta de cuál era el problema. Una vez, cuando Callum salía de una recepción en una de las casas donde era bienvenido a causa de su creciente importancia financiera, oyó que un hombre al que conocía de vista le decía a otro, mientras se ajustaban las chaquetas de pie en la puerta:

—Te has enterado de por dónde le han venido los cuatro años al tipo este, Cowperwood, ¿verdad?

—Sí —contestó el otro—. Qué tipo tan listo, ¿no? También conocía a la muchacha esa con la que estaba; ya sabes a quien me refiero. La señorita Butler, ¿no se llamaba así?

Owen no estaba seguro al principio de haber oído bien. No lo relacionó todo hasta que el otro invitado comentó al abrir la puerta y salir:

—Bueno, parece ser que el viejo Butler le ajustó las cuentas. Dicen que es él el que lo ha mandado allí.

Owen frunció el ceño y en sus ojos apareció una mirada dura y pendenciera. Había heredado la fuerza de su padre. ¿De qué demonios estaban hablando? ¿En qué señorita Butler estaban pensando? ¿Podía tratarse de Aileen o de Norah? ¿Pero cómo

iba a estar Cowperwood con ninguna de ellas? No podía tratarse de Norah, pensó; estaba enamorada de un joven al que él conocía e iba a casarse con él. Aileen había tenido muy buena relación con los Cowperwood, y a menudo había hablado bien del financiero. ¿Podría tratarse de ella? No podía creerlo. Pensó por un momento en acercarse a aquellos dos conocidos para preguntarles qué querían decir, pero cuando salió, ya se habían alejado calle abajo y en dirección contraria a la que él deseaba ir. Decidió preguntarle a su padre.

Al preguntarle, el viejo Butler se lo confesó al instante, pero insistió en que su hijo guardara silencio al respecto.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo Owen con tristeza—. Le habría pegado un tiro a ese perro asqueroso.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Butler—. Tu vida vale más que la suya, y lo único que conseguirías sería arrastrar al resto de la familia por el fango junto con él. Ya está pagando por sus sucios tejemanejes, y todavía pagará más. Tú simplemente no le digas nada a nadie. Querrá salir dentro de un año o dos. A ella tampoco le digas nada. Hablar no servirá de nada. Recuperará la cordura cuando haya pasado el tiempo suficiente alejada de él, pienso yo.

Owen había intentado mantener la cortesía con su hermana después de aquello, pero como era muy puntilloso con la perfección y el ascenso social, y como estaba ansioso por progresar por sí mismo, no comprendía cómo podía ella haber hecho algo así. Le molestaba tremendamente que le hubiera puesto semejante piedra en el camino. Ahora, entre otras cosas, sus enemigos tendrían algo que echarle en cara si querían, y seguro que querrían. Tiempo al tiempo.

Callum llegó a saber del asunto de una forma completamente distinta, pero más o menos por la misma época. Era miembro de un club de atletismo que tenía un atractivo edificio en la ciudad, y un elegante club de campo al que iba ocasionalmente para disfrutar de la piscina y del baño turco que se comunicaba con ella. Uno de sus amigos se le acercó una noche en la sala de billar y le dijo:

—Oye, Butler, sabes que soy buen amigo tuyo, ¿verdad?

—Claro, por supuesto que lo sé —le contestó Callum—. ¿Qué pasa?

—Bueno, ya sabes —dijo el joven, cuyo nombre era Richard Pethick, mirando a Callum con una expresión de afecto y crispación—. No vendría a contarte ninguna historia si pensara que eso podría hacerte daño o si considerara que no tenías por qué saberlo, pero creo que sí debes saber esto. —Se tiró del cuello blanco de la camisa como si lo ahogara.

—Ya sé que no lo harías, Pethick —le contestó Callum, mostrando bastante interés—. ¿De qué se trata? ¿A qué viene esto?

—Bueno, no me gusta decirte esto, pero el tipo ese, Hibbs, anda diciendo cosas de tu hermana por ahí —le contestó Pethick.

—¿Cómo dices? —exclamó Callum enderezándose con energía y acordándose del procedimiento social previsto para casos como este. Debería enfadarse mucho.

Debería exigir y asegurarse de que recibía una reparación adecuada de una manera u otra —a golpes, más que probablemente, si se había puesto en duda su honor de cualquier forma—. ¿Qué es lo que dice de mi hermana? ¿Y qué derecho tiene él a mencionar su nombre aquí? Ni siquiera la conoce.

Pethick fingió estar muy preocupado porque no quería causar problemas entre Callum y Hibbs. Protestó, diciendo que no quería, cuando, en realidad, se moría por contárselo. Al fin, le soltó:

—Pues, ha ido contando por ahí que tu hermana tenía algo que ver con este Cowperwood al que juzgaron aquí hace poco, y que precisamente por eso es por lo que ha terminado en prisión.

—¿Cómo es eso? —exclamó Callum, perdiendo la esperanza de que se tratara de algo insignificante y adoptando la expresión seria de quien sufre con desesperación—. Eso es lo que dice, ¿no? ¿Dónde está? Quiero ver si es capaz de decírmelo a mí.

Parte de la dureza y de la capacidad de lucha de su padre se asomó a su rostro joven, delgado y refinado.

—Mira, Callum —le insistió Pethick, dándose cuenta de la tormenta que había provocado y algo temeroso de cuál podría ser el resultado—, ten mucho cuidado con lo que dices. No puedes pelearte aquí dentro. Ya sabes que va contra las normas. Además, puede que esté borracho. Seguro que no es más que algún chismorreo absurdo que ha oído. Por Dios, no te alteres tanto. —Pethick, ahora que había provocado la tormenta, estaba más que algo nervioso por los resultados que podría acarrearle a él personalmente. Además de Callum y del que había ido contando la historia, también él podría verse involucrado.

Pero ahora ya no era fácil refrenar a Callum. Estaba pálido y se encaminaba hacia el asador inglés, donde casualmente se encontraba Hibbs tomándose un brandi con soda con un amigo más o menos de su misma edad. Callum entró y lo llamó.

—¡Eh, Hibbs! —dijo.

Hibbs, al oír su voz y verlo en la puerta, se puso en pie y se acercó. Era un joven interesante de aspecto universitario que se había educado en Princeton. Le había llegado el rumor referente a Aileen de distintas fuentes —de varios miembros del club, para empezar— y se había atrevido a repetirlo en presencia de Pethick.

—¿Qué es eso que acabas de decir de mi hermana? —le preguntó Callum, implacable, mirándolo directamente a los ojos.

—Pues... yo... —dudó Hibbs, que presentía que iba a haber problemas y estaba ansioso por evitarlos. No era un tipo excepcionalmente valiente y su aspecto no lo desmentía. Tenía el pelo pajizo, los ojos azules y las mejillas sonrosadas... nada en particular. ¿Quién ha dicho que yo he estado hablando de ella? —Miró a Pethick, sabiendo que era él el que había ido con el cuento, y este último exclamó presa de la excitación:

—No intentes negarlo ahora, Hibbs. Sabes que te he oído.

—¿Y qué he dicho? —le preguntó Hibbs, desafiante.

—Sí, ¿qué has dicho? —lo interrumpió Callum, inexorable, desplazando la conversación a sí mismo—. Eso es exactamente lo que yo quiero saber.

—Pues —balbuceó Hibbs nervioso—, no creo haber dicho nada que no hayan dicho todos los demás. Simplemente he repetido que alguien me dijo que tu hermana había sido muy amiga del señor Cowperwood. No he dicho más que lo que he oído contar a otra gente por aquí.

—Ah, conque no lo has dicho, ¿no? —exclamó Callum, sacándose la mano del bolsillo y abofeteando a Hibbs en la cara. Repitió el golpe con la mano izquierda con violencia—. ¡Quizá esto te enseñe a no volver a nombrar a mi hermana, niño engreído!

Hibbs alzó los brazos al instante. No carecía de entrenamiento pugilístico y le devolvió el golpe con fuerza, golpeando a Callum en el pecho y en el cuello. Al momento, el alboroto había llegado a las dos salas de la estancia. Los hombres, tratando de llegar a la escena de la acción, volcaron sillas y mesas con su energía. Los dos combatientes fueron separados rápidamente, y los amigos de cada uno de ellos tomaron partido, intentando dar explicaciones con gran excitación, mientras que otros las desafiaban. Callum se examinaba los nudillos de la mano izquierda, en los que había aparecido un corte provocado por el golpe que había propinado y mantenía la calma propia de un caballero. Hibbs, bastante excitado y conmocionado, insistía en que había sido tratado de forma muy injusta. ¡A quién se le ocurría atacarle aquí! Y, además, tal como ahora mantenía, Pethick había estado escuchando a escondidas y después mintiendo sobre él. Por otro lado, este último se quejaba ante otros de que había hecho lo único que un amigo honorable podía hacer. Fue la comidilla del día en el club y sólo los esfuerzos denodados de los amigos de ambas partes consiguieron evitar que saliera en los periódicos. Callum se sintió tan indignado al descubrir que había cierta base para aquel rumor que corría por el club, porque se trataba de un rumor que se había impuesto de manera generalizada, que se dio de baja y no volvió jamás por allí.

—Desearía con toda mi alma que no hubieras golpeado a aquel tipo —le dijo Owen cuando le contaron el incidente—. Lo único que conseguirá será dar más que hablar. Ella debería marcharse de aquí, pero no lo hará. Todavía sigue enamorada de ese tipo, y no podemos contárselo a Norah ni a mamá. Esto nos perseguirá siempre a ti y a mí, créeme.

—¡Maldita sea! Habría que obligarla a marcharse —exclamó Callum.

—Pero no lo hará —contestó Owen—. Papá ha intentado obligarla y no está dispuesta a irse. Dejemos las cosas como están. Él está ahora en la penitenciaría y es probable que eso sea su final. Parece que la gente piensa que fue papá quien lo metió allí, y eso ya es algo. Quizá podamos convencerla para que se marche pasado algún tiempo. Ojalá nunca le hubiéramos echado la vista encima al tipo ese. Si sale algún día, buena gana me da de matarlo.

—Yo no lo haría —contestó Callum—. No sirve de nada. Sólo volvería a crear

revuelo. En cualquier caso, está acabado.

Acordaron urgir a Norah a que se casara lo antes posible. Y en cuanto a sus sentimientos hacia Aileen, desde entonces en adelante, la señora Butler, para su confusión, dolor y asombro, observó que había un ambiente frío.

En este mundo dividido el señor Butler terminó encontrándose completamente perdido, sin saber qué pensar ni qué hacer. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas, meses, y aún no había encontrado la solución. Y al final, se desplomó en una especie de desesperanza religiosa, sentado a su mesa, en su silla de trabajo —un hombre de setenta años, cansado y desconsolado—. Una lesión del ventrículo izquierdo fue la causa física, aunque en parte, la causa fue la profunda melancolía que le había provocado Aileen. Su muerte no podía achacarse exactamente al dolor que sentía por causa de Aileen, porque era un hombre muy corpulento —apoplético y con venas y arterias escleróticas—. Llevaba muchos años haciendo muy poco ejercicio y, por tanto, su digestión se había visto considerablemente perjudicada. Tenía más de setenta años y le había llegado su hora. Lo encontraron allí a la mañana siguiente con las manos juntas en el regazo, la cabeza sobre el pecho y ya bastante frío.

Fue enterrado con honores junto a la iglesia de St. Timothy y al funeral asistieron gran número de políticos y de gobernantes de la ciudad, que, en secreto, discutían entre ellos si el dolor que había sentido por su hija habría tenido algo que ver con su final. Todas sus buenas obras fueron recordadas, por supuesto, y tanto Mollenhauer como Simpson enviaron grandes arreglos florales en su recuerdo. Sentían mucho que hubiera muerto, porque habían formado un trío muy cordial. Pero había muerto, y ahí terminaba su interés en el asunto. Dejó todas sus propiedades a su esposa en uno de los testamentos más cortos jamás registrados en la ciudad.

«Lego a mi amada esposa, Norah, todas mis propiedades de todo tipo para que disponga de ellas como crea conveniente.»

No había forma de malinterpretar esto. Un documento privado que Butler había redactado en secreto para ella algún tiempo antes explicaba cómo debía ella disponer de las propiedades a su muerte. Se trataba del auténtico testamento de Butler bajo la apariencia del de ella, y ella no lo habría cambiado por nada del mundo; pero él quería que ella disfrutara tranquila de todas las posesiones hasta su muerte. La parte originalmente asignada a Aileen nunca se había cambiado. Según el testamento de su padre, que ningún poder de este mundo habría podido hacer que la señora Butler alterara, a ella le correspondían 250 000 dólares que se le pagarían a la muerte de la señora Butler, quien no comunicó ni este dato ni ninguno de los demás contenidos en el documento y que mantuvo en secreto para usarlos como las disposiciones de su propio testamento. Aileen a menudo se preguntó, aunque nunca buscó averiguar, qué le había dejado a ella. Imaginaba que nada; pero pensaba que no podía remediarlo.

La muerte de Butler dio lugar de manera inmediata a un gran cambio en el ambiente de la casa. Tras el funeral, la familia aparentemente continuaría tranquilamente con su antigua vida, pero eso no era más que una apariencia. En

realidad, la situación era que Callum y Owen manifestaban cierto grado de desprecio por Aileen, quien, al darse cuenta, les respondía de igual modo. Era muy arrogante. Owen había planeado obligarla a marcharse tras la muerte de Butler, pero al final se preguntó de qué iba a servir. La señora Butler, que no quería abandonar su antigua casa, quería mucho a Aileen, por lo que esa ya era suficiente razón para permitir que se quedara. Además, cualquier movimiento para obligarla a marcharse habría acarreado la necesidad de darle a su madre explicaciones, lo que no consideró aconsejable. Owen estaba interesado en Caroline Mollenhauer, con la que esperaba casarse algún día —siendo su futura riqueza una de las razones, aunque no la única, porque le tenía mucho afecto—. En el mes de enero que siguió a la muerte de Butler, que había fallecido en agosto, Norah se casó en una boda muy sencilla, y la primavera siguiente, Callum se embarcó en una aventura similar.

Entretanto, tras la muerte de Butler, el control de la situación política había variado considerablemente. Un tal Tom Collins, uno de los antiguos secuaces de Butler, que más tarde se convirtió en uno de los poderes de los Distritos Uno, Dos, Tres y Cuatro, donde tenía numerosas tabernas, además del control de otras formas del vicio, se presentó para solicitar reconocimiento político. Mollenhauer y Simpson se vieron obligados a consultarle, ya que podría hacer que unos ciento quince mil votos tuvieran un final incierto. Un gran número de aquellos votos eran fraudulentos, pero ese hecho no alteraba el efecto mortífero que podrían tener en un momento concreto. Los hijos de Butler desaparecieron como posibles factores políticos y se vieron obligados a limitarse a los negocios de las contrataciones y los tranvías. El indulto para Cowperwood y Stener, al que Butler se habría opuesto, porque al mantener a Stener encerrado también mantenía a Cowperwood allí dentro, se convirtió en un asunto mucho más sencillo. El escándalo del desfaldo de la tesorería iba remitiendo gradualmente y los periódicos habían dejado de referirse al asunto. Por mediación de Steger y Wingate, se envió al gobernador una petición firmada por todos los financieros y los agentes de bolsa importantes, en la que se señalaba que el juicio y la condena de Cowperwood habían sido muy injustos y en la que se le pedía que fuera indultado. No había necesidad de hacer ningún esfuerzo de ese tipo, en lo que a Stener se refería; cuando pareció haber llegado el momento oportuno, los políticos estuvieron dispuestos a decirle al gobernador que debía liberarlo. Sólo habían dudado porque Butler se oponía a la liberación de Cowperwood. No era posible liberar a uno e ignorar al otro; y esta petición, junto con la muerte de Butler, le allanó el camino.

Sin embargo, no se hizo nada hasta el mes de marzo siguiente a la muerte de Butler, cuando tanto Stener como Cowperwood cumplían trece meses de encarcelamiento —un periodo de tiempo que se estimaba suficiente para calmar la ira del público en general—. Durante este periodo, Stener había sufrido un considerable cambio físico y mental. A pesar del hecho de que una serie de concejales de menor importancia, que se habían beneficiado de su generosidad, lo visitaban

ocasionalmente, y de que podría decirse que prácticamente había gozado de libertad allí dentro, y de que no habían permitido que su familia sufriera, era consciente de que tanto su vida política como la social habían acabado. Ahora alguien podría de vez en cuando enviarle una cesta de fruta y asegurarle que no se vería obligado a seguir sufriendo durante mucho más tiempo, pero cuando finalmente salió, supo que no podía depender más que de su experiencia como agente de seguros e inmobiliario. Eso le había proporcionado una existencia precaria ya cuando intentaba conseguir un pequeño cargo político. ¿Así que cómo sería cuando fuera conocido sólo como el hombre que había saqueado quinientos mil dólares de la tesorería y que había sido condenado a pasar cinco años en la penitenciaría? ¿Quién iba a prestarle el dinero suficiente para empezar de nuevo, o ni siquiera cuatro o cinco mil dólares? ¿La gente que lo visitaba de tarde en tarde para presentarle sus respetos y para asegurarle que lo habían tratado injustamente? Nunca. Todos ellos podrían alegar haciendo honor a la verdad que no disponían de tanto dinero. Si contara con avales suficientes, sí; pero si contara con buenos avales, no necesitaría acudir a ellos para nada. El hombre que sí lo habría ayudado si lo hubiera sabido era Frank A. Cowperwood. Stener podría haber admitido su error, tal como Cowperwood lo consideraba, y Cowperwood le habría dado el dinero con mucho gusto, sin esperar que se lo devolviera. Pero debido a su escasa comprensión de la naturaleza humana, Stener estaba convencido de que Cowperwood debía de ser su enemigo, y no habría tenido ni el valor ni la visión comercial suficientes para dirigirse a él.

Durante su encarcelamiento, Cowperwood había ido acumulando algo de dinero paulatinamente a través de Wingate. Le había pagado a Steger considerables sumas de dinero de tanto en tanto, hasta que aquel ilustre personaje finalmente consideró que no sería justo aceptar más.

—Si alguna vez consigues establecerte de nuevo, Frank —le dijo—, podrás acordarte de mí si quieres, aunque dudo que quieras hacerlo. No has hecho más que perder y perder a través de mí. Me haré cargo del asunto de la apelación al gobernador sin ningún cargo por mi parte. Cualquier cosa que pueda hacer por ti de ahora en adelante será totalmente gratis.

—Ah, no digas tonterías, Harper —le contestó Cowperwood—. No conozco a nadie que hubiera podido hacerlo mejor con mi caso. Y desde luego, no hay nadie en quien hubiera confiado más. Ya sabes que no me gustan los abogados.

—Bueno, sí —dijo Steger—, ellos no tienen nada contra los financieros, así que digamos que estamos en paz. —Y se dieron la mano.

Así que cuando finalmente decidieron indultar a Stener, lo que ocurrió a principios de marzo de 1873, el indulto de Cowperwood hubo de ser necesariamente concedido, aunque fuese a regañadientes. Una delegación de la que formaban parte Strobik, Harmon y Winpenny, y que representaba, como deseaban hacer ver, el deseo unánime del concejo municipal y de la administración de la ciudad, y que hablaba en nombre de Mollenhauer y Simpson, quienes habían dado su consentimiento, visitó al

gobernador en Harrisburg e hizo las imprescindibles representaciones formales que iban destinadas a impresionar al público. Al mismo tiempo, y por mediación de Steger, Davison y Walter Leigh, se presentó una alegación a favor de Cowperwood. El gobernador, que había recibido previamente instrucciones de instancias muy superiores a este comité, mantuvo una actitud muy solemne durante todo el procedimiento. Sometería el asunto a deliberaciones con expertos. Investigaría el historial de los delitos y los antecedentes de ambos hombres. No iba a hacer ninguna promesa; ya vería. Pero al cabo de diez días, tras dejar que las peticiones cogieran polvo en uno de los estantes y sin haber hecho absolutamente nada por investigar lo más mínimo, extendió dos indultos por separado y por escrito. Uno, por una cuestión de cortesía, lo entregó en mano a los señores Strobik, Harmon y Winpenny, para que lo entregaran personalmente al señor Stener, tal como ellos deseaban que hiciera. El otro, a petición de Steger, le fue entregado a este último. Los dos comités que habían acudido a recibirlos se marcharon entonces; y la tarde de aquel mismo día fue testigo de la llegada de Strobik, Harmon y Winpenny por un lado, y de Steger, Wingate y Walter Leigh por otro, a las puertas de la prisión, aunque a horas diferentes.

CAPÍTULO LVIII

A Cowperwood le habían ocultado el momento exacto en el que se produciría su indulto, aunque el hecho de que pronto lo indultarían o de que tenía muchas posibilidades de que eso ocurriera, no se le había negado —más bien, le habían dado gran importancia de cuando en cuando—. Wingate lo había mantenido puntualmente informado de los avances en el asunto, pero cuando el secretario privado del gobernador les confirmó el día concreto en el que se les entregaría el indulto, Steger, Wingate y Walter Leigh decidieron que no dirían nada, cogiendo así a Cowperwood por sorpresa. Steger y Wingate llegaron incluso a comunicarle a Cowperwood que había surgido algún tipo de obstáculo en el procedimiento y que quizá no saliera tan pronto. Cowperwood se sentía algo deprimido, pero se lo tomó con el adecuado estoicismo; se decía a sí mismo que podía esperar y que en algún momento todo le iría bien. Por lo tanto, se sorprendió cuando un viernes por la tarde vio aparecer en la puerta de la celda a Wingate, Steger y Leigh, acompañados por el alcaide Desmas.

Al alcaide le complacía pensar que Cowperwood fuese a salir por fin, ya que lo admiraba mucho, y decidió acompañarlos a la celda para ver cómo se tomaba la liberación. De camino hacia allí, Desmas comentó el hecho de que siempre había sido un prisionero modelo.

—Mantén un pequeño jardín en el patio trasero —le confió a Walter Leigh—. Tenía violetas, pensamientos y geranios allí, y muy bonitos, además.

Leigh sonrió. Era muy propio de Cowperwood seguir siendo diligente y teniendo buen gusto incluso en la cárcel. No había forma de vencer a un hombre así.

—Un hombre extraordinario —le dijo a Desmas.

—Mucho —le contestó el alcaide—. No hace falta más que verlo para saberlo.

Los cuatro miraron hacia el interior de la celda a través de los barrotes de la puerta, y observaron a Cowperwood trabajar sin que se percatara de que estaban allí, ya que se habían aproximado en silencio.

—¿Trabajando mucho, Frank? —le preguntó Steger.

Cowperwood lo miró por encima del hombro y se levantó. Había estado pensando, como siempre hacía últimamente, en lo que haría cuando finalmente saliera.

—¿Qué es esto? —preguntó—, ¿una delegación política? —Sospechó algo al instante. Los cuatro sonrieron jovialmente y Bonhag abrió la puerta para el alcaide.

—Nada importante, Frank —contestó Steger regodeándose—; se trata simplemente de que eres un hombre libre. Puedes recoger los bártulos y acompañarnos, si quieres.

Cowperwood observó a sus amigos con mirada serena. No había esperado que ocurriera tan pronto después de lo que le habían dicho. No era de los que se interesaban por las bromas ni las sorpresas, pero esta le agradó —darse cuenta de repente de que era libre—. Aun así, llevaba tanto tiempo anticipándolo que el encanto

del momento se había perdido hasta cierto punto. Allí dentro había sido desgraciado, pero también había momentos en los que no lo había sido. Para empezar, le había supuesto una gran vergüenza y humillación. Últimamente, cuando ya se había habituado a todo aquello, la sensación de estrechez y humillación había ido cediendo, y sólo le fastidiaba la conciencia de estar preso y de la dilación del encarcelamiento. Aparte del intenso deseo que sentía de ciertas cosas —del éxito y de la vindicación, fundamentalmente—, había descubierto que podía vivir en aquella celda estrecha y que podía estar razonablemente cómodo. Hacía mucho que se había acostumbrado al olor de la cal (que utilizaba para deshacerse de otro mucho más nauseabundo) y a las numerosas ratas que atrapaba con regularidad. Había aprendido a interesarse en el proceso de fabricar los asientos de las sillas, algo en lo que había logrado ser tan competente que podía llegar a hacer veinte en un día si se lo proponía, y en el cuidado de su pequeño jardín en primavera, verano y otoño. Había estudiado el cielo todas las noches desde su pequeño patio, lo que curiosamente dio lugar a que años más tarde regalara un gran telescopio a una famosa universidad. No se había considerado un prisionero corriente, en modo alguno; no sentía que lo hubieran castigado lo suficiente en el caso de que realmente hubiera cometido algún delito. Por Bonhag se había enterado de la historia de muchos de los criminales allí encerrados, desde asesinos hasta otros que habían cometido delitos menores, y de vez en cuando le había señalado a más de uno para que supiera quién era. Bonhag lo había escoltado hasta el patio general, había visto cómo se preparaba la comida de aquel lugar, había tenido noticias de la vida que llevaba Stener allí dentro y demás. Y finalmente había llegado a la conclusión de que no se estaba tan mal allí dentro, aunque retrasar la salida de un individuo como él era un desperdicio. Él podría hacer mucho más si estuviera fuera y no tuviera que seguir luchando en los tribunales. ¡Tribunales y cárceles! Negaba con la cabeza al pensar en el despilfarro que suponían.

—Muy bien —dijo mirando a su alrededor con expresión dudosa—. Estoy listo.

Salió al pasillo, sin echar siquiera una última mirada de despedida, y a Bonhag, que sufría intensamente por la pérdida de un cliente tan rentable, le dijo:

—Me gustaría que te encargaras de que me envíen a casa algunas de estas cosas, Walter. Puedes quedarte con la silla si la quieres, con el reloj, este espejo, estos cuadros; en realidad, con todo menos con la ropa interior, las cuchillas y demás.

Este último acto de beneficencia alivió algo el alma lacerada de Bonhag. Salieron hasta la oficina del supervisor de ingresos, donde Cowperwood dejó su traje de prisionero y la camisa con una considerable sensación de alivio. Hacía tiempo que había cambiado los zuecos por un par de zapatos buenos. Se puso el sombrero hongo y el abrigo gris que llevaba el año anterior cuando ingresó, y dijo que estaba listo. A la entrada de la prisión se volvió para mirar —para echarle un último vistazo— la puerta de hierro que conducía al jardín.

—No lamentarás dejar eso atrás, ¿verdad, Frank? —le preguntó Steger con curiosidad.

—No —le contestó Cowperwood—. No era eso en lo que estaba pensando. Sólo lo parecía, eso es todo.

Un minuto después se encontraban en la verja exterior, donde Cowperwood finalmente le dio la mano al alcaide. Después, al subir a un carruaje en la impresionante entrada gótica, las puertas se cerraron tras ellos y se alejaron de allí.

—Bueno, ya se acabó, Frank —le dijo Steger alegremente—; nunca tendrás que volver a preocuparte por esto.

—Sí —contestó Cowperwood—. Es peor cuando esperas que ocurra que cuando ya ha pasado.

—Me parece que tendríamos que celebrar esta ocasión de algún modo —observó Walter Leigh—. No es suficiente con limitarnos a llevar a Frank a casa. ¿Por qué no vamos todos a Green's^[1]? Me parece buena idea.

—Preferiría no ir, si no te importa —contestó Cowperwood, con profunda emoción—. Me reuniré con vosotros más tarde. Ahora mismo me gustaría ir a casa a cambiarme de ropa.

Pensaba en Aileen, en sus hijos, en sus padres y en su futuro en general. La vida se iba a abrir ante él de manera considerable de ahora en adelante; estaba seguro de ello. Había aprendido a cuidar de sí mismo durante aquellos trece meses. Iría a ver a Aileen y averiguaría cuáles eran sus sentimientos en general, y después retomaría las obligaciones en sus negocios con Wingate & Co. Volvería a asegurarse un puesto en la bolsa a través de sus amigos; y para escapar al efecto de los prejuicios de aquellos que no quisieran hacer negocios con un exconvicto, actuaría como comercial y agente auxiliar para Wingate & Co., de modo que no pudieran demostrar de manera pública que en realidad era él el que ejercía el control. Y ahora, cuando ocurriera algún acontecimiento importante en el mercado —alguna caída importante, por ejemplo—, le demostraría al mundo si era un fracasado o no.

Lo dejaron ante la casita de su esposa y se adentró con paso enérgico en la reinante oscuridad.

El 18 de septiembre de 1873, a las doce y cuarto de la mañana de un luminoso día de otoño en la ciudad de Filadelfia, dio comienzo una de las tragedias financieras más inesperadas que el mundo haya conocido. La entidad bancaria Jay Cooke & Co., la organización financiera más destacada de Estados Unidos, que tenía su sede en el número 114 de South Third Street de Filadelfia y que contaba con sucursales en Nueva York, Washington y Londres, cerró sus puertas. Aquellos que tengan conocimiento de las crisis financieras estadounidenses sabrán bien la importancia del pánico subsiguiente. Todos los historiadores se refieren a él como el pánico de 1873, y el desastre y la ruina generalizados que siguieron carecían de precedentes en la historia de Estados Unidos.

Por esta época, Cowperwood, convertido de nuevo en agente de bolsa —en apariencia, sólo como agente auxiliar— trabajaba en South Third Street y representaba a Wingate & Co. en la bolsa. Durante los seis meses que habían

transcurrido desde que saliera de la Penitenciaría del Este, había estado retomando sus relaciones financieras de manera sigilosa, aunque no así las sociales, con aquellos con los que había hecho negocios con anterioridad.

Es más, Wingate & Co. prosperaba, y llevaba haciéndolo ya algún tiempo, hecho que redundaba en su favor entre aquellos que lo sabían. Aparentemente vivía con su esposa en una casita de North Twenty-first Street, pero en realidad ocupaba un apartamento de soltero en North Fifteenth Street, al que Aileen acudía ocasionalmente. Las diferencias entre él y su esposa eran algo ya de sobra conocido por toda la familia, y, aunque hicieron algunos débiles intentos por suavizar las cosas, nada bueno resultó de ellos. Las dificultades de los dos últimos años habían habituado a sus padres a esperar tanto el infortunio como lo excepcional de tal modo que por muy sorprendente que esto resulte, no les conmocionó tanto como lo habría hecho años atrás. Le tenían tanto miedo a la vida que no estaban dispuestos a luchar contra sus extrañas novedades. Lo único que podían hacer era esperar y rezar por que todo saliera bien.

La familia Butler, por otro lado, lo que quedaba de ella, se había vuelto indiferente a la conducta de Aileen. Sus hermanos y Norah, que ahora lo sabía todo, la ignoraban; y su madre estaba tan ocupada con sus devociones religiosas y con la meditación melancólica sobre su pérdida, que no prestaba tanta atención a la vida de Aileen como debiera. Además, Cowperwood y su amante eran más circunspectos con su conducta de lo que lo habían sido nunca antes. Ocultaban sus movimientos con gran cuidado, aunque el resultado seguía siendo el mismo. Cowperwood se planteaba marcharse al Oeste —quería conseguir cierta posición en Filadelfia para después, cuando contara quizá con unos cien mil dólares de capital, marcharse a las infinitas praderas de las que tanto había oído hablar—, a Chicago, Fargo, Duluth, Sioux City, lugares que entonces se anunciaban en Filadelfia y en el este como próximos centros de gran animación, y llevarse a Aileen con él. Aunque el problema del matrimonio con ella era insoluble a menos que la señora Cowperwood accediera de manera formal a renunciar a él —una posibilidad que no era manifiesta en este momento—, ni Aileen ni él se dejaban disuadir por ese asunto. Iban a construirse un futuro juntos —o eso pensaban, tanto si había matrimonio como si no—. Lo único que Cowperwood podía aspirar a hacer era llevarse a Aileen con él, y confiar en que con el tiempo y la ausencia, su esposa cambiara de opinión.

Este pánico en concreto, que estaba destinado a provocar un cambio notable en la carrera de Cowperwood, fue una de esas cosas peculiares que surgen de manera natural del optimismo del pueblo norteamericano y del irrefrenable progreso del país. Fue el resultado, para ser exactos, del prestigio y la ambición de Jay Cooke^[2], cuyos primeros pasos y su éxito consiguiente habían tenido lugar en Filadelfia, y que se había convertido en la figura financiera más destacada de su época. Sería inútil intentar seguir aquí la pista del éxito de este hombre hasta convertirse en una figura sobresaliente; baste simplemente decir que gracias a sus sugerencias y a los métodos

que diseñó, el gobierno de la Unión, en sus horas más bajas, logró recaudar el dinero necesario para seguir luchando contra el Sur. Tras la Guerra Civil, este hombre, que había levantado un tremendo negocio bancario en Filadelfia, con importantes sucursales en Nueva York y Washington, no encontró durante algún tiempo nada significativo a lo que pudiera dedicarse, alguna labor constructiva digna de su genialidad. La guerra había terminado; lo único que quedaban eran las finanzas del tiempo de paz, y las mayores empresas del mundo financiero de los Estados Unidos eran aquellas relacionadas con la construcción de las líneas del ferrocarril transcontinental. La Union Pacific, autorizada en 1860, ya se estaba construyendo; la Northern Pacific y la Southern Pacific ya habitaban los sueños de algunas mentes pioneras^[3]. Lo importante era conectar el Atlántico y el Pacífico gracias al acero, vincular los territorios de aquella Unión nueva y sólida, o embarcarse en algún importante proyecto minero, de los que los relacionados con el oro y la plata eran los más importantes. Pero en realidad, la construcción del ferrocarril era el más significativo, y las acciones del ferrocarril eran con mucho las más valiosas e importantes en todas las bolsas de los Estados Unidos. Aquí en Filadelfia se estaba negociando generosamente con la New York Central, la Rock Island, la Wabash, la Central Pacific, la St. Paul, la Hannibal & St. Joseph, la Union Pacific y la Ohio & Mississippi. Había hombres que se estaban enriqueciendo y haciéndose famosos comerciando con aquellas acciones; y figuras destacadas como Cornelius Vanderbilt, Jay Gould, Daniel Drew, James Fish y otros en el Este^[4], así como Fair, Crocker, W. R. Hearst y Collis P. Huntington, en el Oeste^[5], empezaban a emerger como montañas inmensas por su relación con estas empresas. Entre los que soñaban con más ardor a este respecto se encontraba Jay Cooke, que sin la astucia lobuna de un Gould y sin los conocimientos prácticos de un Vanderbilt era lo suficientemente ambicioso como para intentar ensartar las zonas más septentrionales con una cinta de acero que constituyera un monumento conmemorativo permanente a su nombre.

El proyecto que más lo fascinaba era uno relacionado con la explotación del territorio entonces prácticamente inexplorado que se encontraba entre el extremo más occidental del lago Superior, donde hoy se encuentra Duluth, y esa parte del océano Pacífico en la que desemboca el río Columbia —el tercio más septentrional de los Estados Unidos—. Si se construía allí un ferrocarril, surgirían grandes ciudades y prósperas poblaciones. Se sospechaba que había minas de varios metales en la región de las Rocosas, que esta línea férrea atravesaría, aparte de la incalculable riqueza que podrían generar las cosechas de los fértiles campos de trigo y maíz. Los productos que entonces sólo podían llegar hasta Duluth podrían entonces transportarse por barco hasta el Atlántico vía los Grandes Lagos y el canal del Erie^[6], reduciendo el coste de manera considerable. Era un imperio en perspectiva similar al proyecto del canal de Panamá de aquella misma época, y que, aparentemente, prometía ser igual de útil para la humanidad, y que había suscitado el interés y el entusiasmo de Cooke. Debido al hecho de que el gobierno había concedido vastas extensiones de tierra a

ambos lados de la línea férrea a la empresa que emprendiera el proyecto y lo terminara en un plazo razonable de años, y debido a la oportunidad que le proporcionaba de seguir siendo una distinguida figura pública, finalmente había decidido asumirlo. Estaba sujeto a numerosas objeciones y críticas, pero se consideraba que la genialidad de aquel hombre que había bastado para financiar la Guerra Civil también lograría financiar la línea férrea Northern Pacific. Cooke emprendió el proyecto con la idea de presentar al público los méritos de aquella propuesta de manera directa —y no por intermediación de una corporación financiera— y de venderle al carnicero, al panadero y al orfebre las acciones o las participaciones de las que deseara deshacerse.

Era una oportunidad excelente. Con su genialidad había logrado vender los créditos del gobierno durante la Guerra Civil directamente al público de este mismo modo. ¿Por qué no los certificados de la Northern Pacific? Durante varios años llevó a cabo una campaña magnífica, inspeccionando el territorio en cuestión, organizando grandes cuerpos de obreros para la construcción del ferrocarril, construyendo cientos de kilómetros de vía férrea en las condiciones más adversas y vendiendo grandes paquetes de sus acciones con un interés determinado y garantizado. Si no hubiera sido porque él personalmente no sabía mucho sobre la construcción de ferrocarriles y porque el proyecto era tan inmenso que difícilmente podía abarcarlo un solo hombre, aunque fuera tan sobresaliente como él, quizá habría tenido éxito, como finalmente lo tuvo posteriormente con otros gestores. Sin embargo, hubo muchos factores que conspiraron para hacer fracasar el proyecto, tales como una época difícil, la guerra entre Francia y Alemania, que inmovilizó el capital europeo durante un tiempo haciéndolo indiferente a los proyectos norteamericanos, la envidia, la calumnia y cierto grado de mala gestión. El 18 de septiembre de 1873, a las doce y cuarto de la tarde, Jay Cooke & Co. quebró por aproximadamente ocho millones de dólares y la Northern Pacific, a pesar de todo lo que se había invertido en ella, por unos cincuenta millones de dólares más.

Puede uno imaginarse cuál fue el resultado: el financiero más importante y la empresa ferroviaria más distinguida se hundieron exactamente al mismo tiempo. «Un trueno financiero en un cielo despejado», dijo el *Philadelphia Press*. «Nadie se habría sorprendido más si hubiera nevado en una tarde soleada de verano», dijo el *Philadelphia Inquirer*^[7]. El público que, debido al tremendo éxito anterior de Cooke, había llegado a creer que era invencible, era incapaz de comprenderlo. Se trataba de algo increíble. ¿Que Jay Cooke había quebrado? Imposible; ni nada que tuviera que ver con él. Y sin embargo, había quebrado, y la bolsa de Nueva York, tras ser testigo de varias quiebras que le siguieron de manera inmediata, cerró durante ocho días. La línea férrea Lake Shore Railroad no consiguió pagar un préstamo cobrable a la vista por valor de un millón setecientos cincuenta mil dólares; y la Union Trust Company, aliada con los intereses de Vanderbilt, cerró sus puertas tras soportar una prolongada retirada de fondos a consecuencia del pánico. La National Trust Company de Nueva

York tenía ochocientos mil dólares de bonos del estado en sus cámaras acorazadas, pero no se podía obtener ni un dólar por ellos, y suspendió pagos. Cundió la desconfianza y los rumores afectaron a todo el mundo.

En Filadelfia, cuando las noticias llegaron a la bolsa, lo hicieron primero en forma de un breve informe dirigido a la junta remitido por la bolsa de Nueva York: «Se rumorea en la calle que Jay Cooke & Co. ha quebrado. Respondan.» No lo creyeron y, por lo tanto, no hubo respuesta. No le dieron la menor importancia. El mundo de los corredores de bolsa prácticamente no le prestó atención a aquello. Cowperwood, que había seguido la fortuna de Jay Cooke & Co. con un recelo considerable hacia la brillante teoría de su presidente de vender a la gente directamente, fue probablemente el único que tuvo sospechas. En una ocasión hizo un análisis brillante para alguien que le preguntó, y le había dicho que nunca antes ninguna empresa de la envergadura de la Northern Pacific había dependido exclusivamente de una entidad, o más bien, de un solo hombre, y que no le gustaba. «No estoy seguro de que las tierras por las que discurre la vía disfruten de un clima, un suelo, una madera, unos minerales, etcétera tan incomparables como el señor Cooke y sus amigos querrían hacernos creer. Ni creo tampoco que esa línea consiga beneficios suficientes en este momento, ni hasta dentro de bastantes años, como para cubrir los intereses que sus grandes emisiones de acciones requieren. Y eso supone un peligro y un riesgo enormes.» De modo que cuando colgaron el aviso, lo miró y se preguntó cuáles serían las consecuencias si por casualidad Jay Cooke & Co. llegara a quebrar.

No tuvo que preguntárselo durante mucho tiempo. El segundo despacho que se colgó en la bolsa decía: «Nueva York, 18 de septiembre. Jay Cooke & Co. ha suspendido pagos».

Cowperwood no daba crédito. Se volvió loco de alegría al pensar en la gran oportunidad que se le presentaba. Junto con todos los demás corredores de bolsa, se apresuró en llegar al número 114 de Third Street donde se encontraba la antigua y famosa entidad bancaria para asegurarse. A pesar de su dignidad y de su comedimiento naturales, no dudó en echar a correr. Si era cierto, se le acababa de presentar una oportunidad de oro. El pánico y el desastre se extenderían y habría un desplome espectacular de los precios de todas las acciones. Tenía que asegurarse de estar en el meollo de la acción; Wingate tendría que estar disponible y también sus dos hermanos. Tenía que decirles cómo vender y cuándo, y qué comprar. ¡Su gran momento había llegado!

CAPÍTULO LIX

La sede de la entidad bancaria de Jay Cooke & Co., a pesar de su tremenda importancia como empresa bancaria y constructora, era un edificio nada pretencioso de cuatro plantas y media de altura, construido en piedra gris y ladrillo rojo. Nunca había sido considerado un edificio atractivo ni cómodo. Cowperwood lo había visitado con frecuencia. Por los desagües que conducían a las alcantarillas de Dock Street subían ratas del muelle del tamaño del antebrazo de un hombre, que corrían a su antojo por las estancias. Veintenas de empleados trabajaban bajo lámparas de gas en lugares en los que no había ni luz ni aire suficiente, para llevar el registro de la ingente contabilidad de aquella empresa. Estaba junto al Girard National Bank, donde seguía prosperando Davison, el amigo de Cowperwood, y donde convergían los principales negocios financieros de la calle. Mientras Cowperwood iba corriendo se encontró con su hermano Edward, que se dirigía hacia la bolsa con un mensaje de Wingate para él.

—Corre a buscar a Wingate y a Joe —le dijo—. Ha ocurrido algo grande. Jay Cooke ha quebrado.

No tuvo que decirle a Edward ni una palabra más, y este se marchó apresuradamente a cumplir con el encargo.

Cowperwood fue de los primeros en llegar a Cooke & Co. Para su total asombro, las puertas macizas de roble oscuro que tan bien conocía estaban cerradas y en ellas colgaba una nota, que se apresuró a leer y que decía lo siguiente:

«18 de septiembre, 1873.

Información al público en general. Sentimos vernos obligados a comunicarles que, debido a inesperadas reclamaciones de pago, nuestra empresa se ha visto obligada a presentar suspensión de pagos. Dentro de unos días podremos presentar un estado de cuentas a nuestros acreedores. Hasta ese momento, les rogamos que sean pacientes. Creemos que nuestros activos excederán con mucho a nuestras obligaciones.

Jay Cooke & Co.».

La victoria brilló en los ojos de Cowperwood. Junto con otros muchos, se dio la vuelta y corrió hacia la bolsa, mientras que un periodista, que había venido en busca de información, tocó a las enormes puertas de la entidad bancaria, donde, atendido por un portero que se asomó por la apertura en forma de diamante, fue informado de que Jay Cooke se había marchado ya a su casa aquel día y de que no se le podía ver.

«Y ahora», pensó Cowperwood, para quien este pánico significaba una oportunidad y no ruina, «ha llegado mi momento. Venderé en corto de esto; de todo».

Antes, cuando se produjo el pánico que siguió al incendio de Chicago, había ido largo —se había visto obligado a mantener muchas acciones diferentes para protegerse—. Hoy en día no tenía nada reseñable —quizá unos míseros setenta y cinco mil dólares, que era lo único que había conseguido reunir poco a poco—.

¡Gracias a Dios! Lo único que podía perder era la reputación del antiguo negocio de Wingate, si es que perdía, y eso era lo mismo que nada. Con el respaldo de esa agencia —que no servía más que para justificar su presencia, y su derecho a comprar y vender— tenía mucho que ganar. Mientras muchos hombres pensaban en su ruina, él pensaba en el éxito. Tendría a Wingate y a sus hermanos bajo su dirección para que ejecutaran sus órdenes al detalle. También podría hacerse con un cuarto y un quinto hombres si fuera necesario. Les daría orden de vender —de venderlo todo—, a diez, quince, veinte, treinta puntos por debajo si era necesario, para atrapar a los incautos, deprimir el mercado y asustar a los temerosos, que lo considerarían demasiado atrevido; y después compraría, compraría sin parar por debajo de aquellas cifras todo lo que le fuera posible con la intención de cubrir sus ventas y sacar beneficio.

El instinto le decía que este pánico sería generalizado y duradero. La Northern Pacific era una empresa de cien millones de dólares, en la que participaban los ahorros de cientos de miles de personas —pequeños banqueros, comerciantes, predicadores, abogados, médicos, viudas, instituciones de todo el país—, y todos ellos porque habían puesto su fe en la seguridad que les brindaba Jay Cooke. En una ocasión, Cowperwood había visto un folleto y un mapa, no muy distinto al del incendio de Chicago, de la ubicación de los terrenos concedidos para la Northern Pacific que Cooke había controlado, y que mostraba un extenso tramo o cinturón de territorio que se extendía desde Duluth —«La ciudad más próspera de los mares de agua dulce», como la denominó sarcásticamente Proctor Knott^[1] en una ocasión dirigiéndose a la Cámara de Representantes—, y que atravesaba las Rocosas y la cabecera del Missouri hasta llegar al océano Pacífico. Había visto cómo Cooke había logrado hacerse con el control de esta concesión gubernamental que comprendía miles de kilómetros cuadrados y que medía más de dos mil doscientos kilómetros de longitud; pero no se trataba más que del sueño de un imperio. Era posible que hubiera minas de oro y cobre allí. Se podría utilizar la tierra —algún día podría utilizarse—. ¿Pero, y ahora? Sólo serviría para incendiar la imaginación de los idiotas; pero para nada más. Era inaccesible, y lo seguiría siendo durante muchos años. No había duda de que miles de personas habían suscrito capital para construir esta vía; pero también perderían miles de personas ahora si había quebrado. Ahora que se había derrumbado, el dolor y la rabia del público serían intensos. Durante días, semanas y meses faltarían la confianza y el valor. Este era su momento. Este era su gran momento. Igual que un lobo que merodea en la noche bajo las brillantes y frías estrellas, observaba los humildes rediles de los ingenuos y veía cuánto les iba a costar su ignorancia y su candidez.

Volvió a la bolsa apresuradamente, a la misma sala en la que sólo dos años antes había luchado en aquella batalla que finalmente perdió, y encontrándose con que su socio y su hermano no habían llegado todavía, comenzó a vender todo lo que tenía a la vista. ¡Aquello era un pandemonio! Muchachos y hombres entraban prácticamente corriendo desde todas las secciones con órdenes de corredores aterrorizados para

vender, vender y vender, y más tarde, con órdenes de comprar; los distintos puestos de operaciones eran una masa tambaleante de corredores y de agentes arremolinados. En la calle, a las puertas de Jay Cooke & Co., de Clark & Co., del Girard National Bank y de otras instituciones, se había empezado a congregarse una multitud. La gente se había apresurado hasta allí para enterarse de lo que había pasado, para retirar su dinero y, en general, para proteger sus intereses. Un policía arrestó a un muchacho por decir a gritos que Jay Cooke & Co. había quebrado, pero aun así, la noticia del gran desastre se extendía como la pólvora.

Entre estos hombres atenazados por el pánico, Cowperwood se mantenía completamente sereno y frío como el hielo; era el mismo Cowperwood que había insertado varillas con actitud solemne en sus diez sillas al día mientras estuvo en prisión, el que había puesto los cebos en las trampas para las ratas y el que había trabajado en el pequeño jardín que le habían asignado en silencio y soledad absolutos. Ahora se sentía vigoroso y lleno de energía. Había pasado ya el suficiente tiempo en la bolsa esta segunda vez como para forjarse una imagen admirada y distinguida. Se abrió camino hasta el centro de aquel remolino de hombres que se gritaban ya unos a otros hasta quedarse roncos, que ofrecían lo que se terciara en cantidades que resultaban asombrosas, y a tales precios que hacían comprar a los pocos que estaban ansiosos por ganar dinero con el desplome de los precios. Nueva York Central estaba a 104 7/8 cuando se anunció la quiebra, Rhode Island a 108 7/8, Western Union^[2] a 92 1/2 Wabash a 70 1/4, Panama a 117 3/8, Central Pacific a 99 5/8, St. Paul a 51, Hannibal & St. Joseph a 48, Northwestern a 63, Union Pacific a 26 3/4, Ohio y Mississippi a 38 3/4. La agencia de Cowperwood no tenía a mano prácticamente ninguna de aquellas acciones. No las gestionaban para ningún cliente, y, a pesar de eso, vendió sin parar a quien quisiera comprarlas a unos precios que estaba seguro que los animarían a hacerlo.

«Cinco mil de New York Central a noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y siete, noventa y seis, noventa y cinco, noventa y cuatro, noventa y tres, noventa y dos, noventa y uno, noventa, ochenta y nueve», se le podría haber oído gritar; y cuando las ventas no estaban lo suficientemente activas, se pasaba a otra cosa: Rock Island, Panama, Central Pacific, Western Union, Northwestern o Union Pacific. Vio a su hermano y a Wingate entrar corriendo y se detuvo sólo el tiempo suficiente para darles instrucciones.

—Vended todo lo que podáis —les advirtió en voz baja— a quince puntos menos, si es necesario, pero no por debajo de eso de momento; y comprad todo lo que podáis por debajo de ese precio. Ed, mira a ver si puedes comprar algo de los tranvías locales a quince puntos por debajo. Joe, tú quédate por aquí cerca y compra cuando te lo diga.

El secretario de la junta apareció en su pequeña plataforma.

—E. W. Clark & Co. —anunció, a la una y media— acaba de cerrar sus puertas.

—Tighe & Co. —gritó a la una y cuarenta y cinco— anuncia que se ven

obligados a suspender pagos.

—El First National Bank de Filadelfia —dijo a las dos en punto— me ruega que informe que en este momento es incapaz de cumplir con sus compromisos.

Tras cada anuncio, siempre, igual que tiempo atrás, cuando el gong reclamaba silencio, este se rompía con el siniestro «Oh» que dejaba escapar la multitud.

«Tighe & Co.», pensó Cowperwood sólo durante un segundo cuando lo oyó nombrar. «Este es su fin», y después volvió al trabajo.

Cuando llegó la hora de cierre, con el abrigo rasgado, el cuello torcido y desabrochado, la corbata rota, perdido el sombrero, salió de allí cuerdo, tranquilo y templado.

—Bien, Ed —preguntó al encontrarse con su hermano—, ¿cómo te ha ido? —Este último estaba igualmente arañado, con la ropa rasgada y exhausto.

—Dios mío —le contestó, tirándose de las mangas—, en mi vida he visto un sitio como este. Casi me arrancan la ropa a tirones.

—¿Has comprado algo del tranvía de la ciudad?

—Unas cinco mil acciones.

—Será mejor que vayamos a Green's —comentó Frank, refiriéndose al vestíbulo del hotel más importante—. No hemos terminado todavía. Seguiremos negociando allí.

Se adelantó para buscar a Wingate y a su hermano Joe, y se marcharon juntos, calculando por el camino los aspectos más importantes de las compras y ventas que habían realizado.

Y, como había previsto, la emoción no terminó con la llegada de la noche. La gente continuaba a las puertas de Jay Cooke & Co. en Third Street y delante de otras instituciones, esperando, aparentemente, que ocurriera algo que les resultara favorable. Para los iniciados, el centro de agitación y debate era el Green's Hotel, que la noche del dieciocho, tenía el vestíbulo y los pasillos llenos de banqueros, corredores de bolsa y especuladores. Parecía que la bolsa en masa se había trasladado a aquel hotel. ¿Qué pasaría a la mañana siguiente? ¿Quién sería el siguiente en quebrar? ¿De dónde iba a proceder el dinero ahora? Estos eran los temas que ocupaban el pensamiento y estaban en boca de todos. De Nueva York seguían llegando más noticias de desastres. Allí, los bancos y las compañías fiduciarias seguían cayendo como árboles durante un huracán. Cowperwood, en sus idas y venidas para ver qué podía escuchar y observar, llegaba a acuerdos que iban contra las normas de la bolsa, pero que, sin embargo, todos estaban haciendo; vio a su alrededor a hombres que conocía por ser agentes de Mollenhauer y de Simpson, y se congratuló al saber que podría sacar algo de ellos antes de que se terminara la semana. Quizá no fuera dueño de ningún tranvía, pero tendría los medios para serlo. Se enteró por lo que oía y por la información recibida de Nueva York y de otras partes de que las cosas no podían ir peor y que los que esperaban una rápida vuelta a la normalidad bien podían ir perdiendo las esperanzas de que eso ocurriera. No se le

ocurrió ni pensar en dejarlo por aquella noche hasta que se hubo marchado el último hombre. Para entonces, ya era prácticamente por la mañana.

El día siguiente era viernes y prometía más acontecimientos siniestros. ¿Se trataría de otro Viernes Negro? Cowperwood ya estaba en su oficina antes de que la calle terminara de despertar. Preparó su agenda del día al detalle, con una sensación extrañamente diferente a la que había sentido dos años antes cuando las condiciones no habían sido muy diferentes. El día anterior, a pesar de la repentina arremetida, había ganado ciento cincuenta mil dólares, y hoy esperaba ganar una cantidad similar, si no más. Era imposible saber cuánto lograría ganar, pensó, si conseguía mantener su pequeña organización en perfecto orden y si lograba que sus ayudantes siguieran sus órdenes al pie de la letra. La ruina de otros comenzó temprano con la suspensión de pagos de Fisk & Hatch, los fieles lugartenientes de Jay Cooke durante la Guerra Civil. Les habían hecho reclamaciones de pago por valor de un millón quinientos mil dólares a los quince minutos de abrir las puertas, con lo que volvieron a cerrarlas de nuevo enseguida, y la quiebra se atribuyó a la Central Pacific Railroad y a la Chesapeake & Ohio de Collis P. Huntington. Hubo una sostenida retirada de fondos a consecuencia del pánico en la Fidelity Trust Company. Las noticias sobre estos hechos y sobre las quiebras en Nueva York que se publicaban en la bolsa fortalecían la causa en la que tanto interés tenía Cowperwood; porque él estaba vendiendo al precio más alto posible y comprando a precios que se hundían de manera constante. Calculó con sus ayudantes que para las doce había conseguido unas ganancias de cien mil dólares; y a las tres, tenía doscientos mil más. Aquella tarde, entre las tres y las siete, estuvo ajustando las distintas operaciones, y entre las siete y la una de la mañana, sin haber comido nada, estuvo recopilando toda la información adicional que pudo y haciendo planes de futuro. El sábado por la mañana repitió los resultados del día anterior, a los que siguieron los ajustes el domingo y un día de especial actividad bursátil el lunes. El lunes por la tarde a las tres calculó que, dejando a un lado las pérdidas y las incertidumbres, volvía a ser millonario, y que ahora, el futuro se le presentaba claro y despejado.

Sentado a su mesa en la oficina ya tarde aquel día, miró por la ventana hacia Third Street, donde se mantenía el río de agentes presurosos, mensajeros y depositantes ansiosos, y sintió que Filadelfia y su vida en aquella ciudad habían terminado para él. La correduría ya había dejado de interesarle aquí y en general. Las quiebras como esta y los desastres como el del incendio de Chicago, que lo había sobrepasado dos años antes, lo habían curado de todo amor por la bolsa y de cualquier sentimiento por Filadelfia. Había sido muy desgraciado aquí a pesar de toda la felicidad de la que había disfrutado con anterioridad; y su condición de convicto lo había convertido, como ahora veía con total claridad, en alguien completamente inaceptable para aquellos con los que una vez esperó poder llegar a asociarse. Ahora que se había vuelto a establecer como hombre de negocios en Filadelfia y que había sido indultado de un delito que esperaba poder hacer creer a la gente que en realidad

no había cometido nunca, no podía hacer otra cosa más que marcharse de Filadelfia y buscar un nuevo mundo.

«Si salgo de esta sin ningún percance», se dijo a sí mismo, «se acabó. Me iré al Oeste y me dedicaré a otro tipo de negocios». Pensó en los tranvías, en la especulación del suelo, en algún gran proyecto manufacturero de alguna clase, e incluso en la minería, sobre una base legítima.

«He aprendido la lección», se dijo cuando al fin se levantó dispuesto a marcharse. «Soy tan rico como lo fui antes, sólo que algo mayor. Me pillaron una vez, pero no volverán a hacerlo.» Habló con Wingate sobre cómo debía continuar la campaña siguiendo la línea con la que él la había comenzado, y que él mismo tenía intención de seguir con gran energía; pero durante todo aquel tiempo, en su mente sólo resonaba un único pensamiento: «Soy millonario. Soy un hombre libre. Sólo tengo treinta y seis años, y todo el futuro por delante».

Con esta idea en mente fue a visitar a Aileen para hacer planes de futuro.

Sólo tres meses más tarde, un tren que atravesaba velozmente las montañas de Pensilvania y las planicies de Ohio e Indiana, llevaba a Chicago y al Oeste al joven financiero aspirante que, a pesar de su juventud, de su riqueza y de su notable vigor físico, reflexionaba de manera solemne y con cautela sobre qué podría depararle el futuro. El Oeste, como había calculado con tanto cuidado antes de marcharse, ofrecía muchas cosas. Había estudiado los recibos de la Cámara de Compensación de Nueva York hacía poco y la transferencia de los saldos y el envío de oro, y había visto que grandes cantidades de aquel metal iban a parar a Chicago. Entendía las finanzas a la perfección, y estaba claro lo que significaban aquellos cargamentos de oro. Donde iba el dinero, el comercio cobraba una vida floreciente y próspera. Ansiaba ser capaz de ver con claridad lo que este mundo podía ofrecerle.

Dos años después, siguiendo la meteórica aparición de un joven especulador en Duluth, y después de que Chicago hubiera sido testigo de la fundación de una prudente casa comisionista de grano denominada Frank A. Cowperwood & Co., que en apariencia comerciaba con las grandes cosechas de trigo del Oeste, a la señora de Frank A. Cowperwood le concedieron un discreto divorcio en Filadelfia, porque aparentemente era lo que ella deseaba. El tiempo no se había portado mal con ella, al parecer. Sus asuntos financieros, que tan mal habían ido durante una época, parecían haberse enderezado, y ahora ocupaba una casa nueva y bonita en la parte oeste de Filadelfia, cerca de una de sus hermanas, y que gozaba de todas las comodidades propias de una magnífica residencia de clase media. De nuevo, se había vuelto muy religiosa. Los dos niños, Frank y Lillian, asistían a colegios privados y regresaban con su madre por la noche. «Wash» Sims volvía a ser el factótum negro. El señor y la señora de Henry Worthington Cowperwood, que ya no sufrían angustias económicas, aunque se mostraban apagados y cansados, la visitaban con frecuencia los domingos; el viento, que tan favorable les había sido, había abandonado sus velas por completo. Cowperwood padre tenía suficiente dinero para mantenerse, y eso sin trabajar como

un esclavo en su puesto de empleado insignificante, pero había perdido la alegría de su vida social. Estaba viejo, desilusionado y triste. Sentía que con su antiguo honor y gloria financiera, él seguía siendo el mismo; pero no lo era. Sus sueños y su valentía habían desaparecido, y ya sólo aguardaba la muerte.

De cuando en cuando, también venía aquí Anna Adelaide Cowperwood, empleada en la oficina municipal del agua y que reflexionaba mucho sobre las extrañas vicisitudes de la vida. Sentía gran interés por su hermano, quien parecía predestinado a jugar un papel destacado en el mundo; pero ella no lo comprendía. En vista de que todos los que de alguna manera tenían relación con él parecían subir o caer con su prosperidad, no entendía cómo funcionaban la justicia y la moral en el mundo. Parecía haber ciertos principios generales —o la gente asumía que los había—, pero al parecer, había excepciones. Con total seguridad, su hermano no se regía por ninguna norma conocida, y, a pesar de ello, parecía que volvía a irle muy bien. ¿Y eso qué significaba? La señora Cowperwood, su anterior esposa, condenaba sus acciones, pero aun así, aceptaba parte de la prosperidad de él por considerar que le correspondía. ¿Qué ética había en eso?

Todas y cada una de las acciones de Cowperwood eran conocidas por Aileen Butler, su actual paradero y sus perspectivas de futuro. No mucho después de divorciarse de su esposa, y tras muchos viajes de ida y vuelta desde este nuevo mundo en el que ahora vivía, ellos dos se marcharon juntos de Filadelfia una tarde de invierno. Aileen le explicó a su madre, que estaba deseosa de irse a vivir con Norah, que se había enamorado del antiguo banquero y que deseaba casarse con él. La vieja señora, que al principio sólo tuvo una confusa versión de lo que había ocurrido, consintió.

Y así es como terminó para siempre esta prolongada relación de Aileen con su viejo mundo. Chicago se abría ante ella —con unas perspectivas mucho más distinguidas, según le dijo Frank, de las que nunca habrían llegado a tener en Filadelfia.

—¿No es magnífico que al fin podamos marcharnos? —comentó ella.

—En cualquier caso, es provechoso —dijo él.

SOBRE LA *MYCTEROPERCA BONACI*

Hay cierto pez, cuyo nombre científico es *Mycteroperca Bonaci* y cuyo nombre común es mero negro, que tiene un valor considerable para dar una explicación relacionada con esta historia y que merece ser mejor conocido. Es una criatura que goza de buena salud, que con frecuencia crece hasta alcanzar un peso de casi setenta kilos y que lleva una existencia cómoda y longeva gracias a su asombrosa capacidad para adaptarse a las condiciones. Se supone que ese algo tan sutil a lo que llamamos la fuerza creadora y a la que otorgamos el espíritu de las bienaventuranzas construye esta vida mortal de tal modo que sólo prevalezcan la honestidad y la virtud. Y sin

embargo, véase la forma tan significativa en la que ha creado al mero negro. Podríamos utilizar ejemplos muy diversos en busca de una iniquidad menos reveladora: la horrible araña que teje su tela para la mosca irreflexiva; la bella *Drosera* (rocío del sol) que usa su cáliz carmesí a modo de trampa en la que ahoga y devora a la víctima de su belleza; la medusa arcoíris, que extiende sus tentáculos transparentes a modo de serpentinas de gran belleza, únicamente para picar y torturar a todo aquello que cae dentro de sus radiantes pliegues. El hombre mismo se afana en cavar la trampa y en diseñar el lazo, pero se niega a creerlo. Tiene los pies cogidos en la trampa de la circunstancia y los ojos puestos en una ilusión.

La *Mycteroperca*, que se mueve en ese mundo oscuro de aguas verdosas, es un magnífico ejemplo del genio creador de la naturaleza, que no es beatífico, como tantos otros que la mente del hombre podría descubrir. Su gran superioridad se halla en su casi increíble poder de simulación y que afecta exclusivamente a la pigmentación de su piel. Gracias a la electromecánica, nos enorgullecemos de nuestra habilidad para transformar una brillante escena en otra en un abrir y cerrar de ojos, y para mostrar ante los ojos del espectador una imagen tras otra, que aparecen y desaparecen mientras miramos. El control que la *Mycteroperca* ejerce sobre su aspecto es mucho más significativo. No se la puede mirar durante mucho tiempo sin tener la sensación de estar siendo testigo de algo espectral e irreal, debido a la genialidad de su capacidad para el engaño. Estando de color negro, puede llegar a volverse blanca al instante; estando de color marrón terroso, puede difuminarse hasta llegar al verde agua. Sus tonos cambian como las nubes en el cielo. Uno no puede dejar de maravillarse ante la variedad y la sutileza de su poder.

Pegada al fondo de una bahía, puede simular el fango que la rodea. Escondida en los pliegues de hojas magníficas, adquiere los mismos tonos. Cuando está al acecho bañada por la luz, es como la propia luz, y brilla tenuemente en el agua. Su capacidad para escapar o para atacar sin ser vista es de las mayores.

¿Cuál podríamos decir que era la intención de la fuerza dominante, inteligente y creadora que le da a la *Mycteroperca* esta capacidad? ¿Equiparla para que fuera sincera? ¿Permitirle tener un aspecto invariable que todos los peces que se buscan la vida honradamente pudieran reconocer? ¿O, quizá, diríamos que aquí se dan la astucia, las artimañas y los engaños? Fácilmente podríamos sospechar que estamos ante un instrumento de la ilusión, ante una mentira viviente, ante una criatura cuyo objetivo es el de parecer lo que no es, el de simular ser aquello con lo que no tiene nada en común, el de ganarse la vida gracias a una gran astucia, algo que poco podrán hacer sus enemigos por impedirle. La acusación es justa.

En vista de esto, ¿podría decirse que una fuerza creadora beatífica, bienhechora y dominante nunca desea aquello que es engañoso o capcioso? ¿O se diría más bien que este lugar material en el que habitamos es en sí mismo una ilusión? Si no lo es, ¿por qué causa surgen entonces los Diez Mandamientos y la ilusión de la justicia? ¿Por qué se soñó entonces con las bienaventuranzas y de qué sirven?

Si hubieras sido un místico, un augur o miembro de ese mundo misterioso que adivina mediante conjuros, sueños, la copa mística o la esfera de cristal, habrías podido estudiar sus misteriosas profundidades en este momento y adivinar todo un mundo de acontecimientos relativos a estos dos, que eran ahora aparentemente tan afortunados. En los vapores del caldero de las brujas, o en las profundidades del resplandeciente cristal, quizá se habrían podido manifestar ciudades y más ciudades; un mundo de mansiones, carruajes, joyas y belleza; una enorme metrópolis ofendida por el poder de un hombre solo; un gran estado hirviendo de indignación por una fuerza que es incapaz de controlar; amplísimas galerías de cuadros de incalculable valor; un palacio de incomparable magnificencia; todo un mundo que, de vez en cuando, lee asombrado sobre determinada persona. Y dolor, dolor, mucho dolor.

Las tres brujas que saludaron a Macbeth^[3] en el inhóspito brezal, podrían a su vez haber dicho a Cowperwood: «¡Salud, Frank Cowperwood, señor de un ferrocarril! ¡Salud, Frank Cowperwood, que has construido una mansión de incalculable valor! ¡Salud, Frank Cowperwood, patrón de las artes y poseedor de riquezas sin fin! De ahora en adelante gozarás de renombre». Pero al igual que las hermanas fatídicas, habrían mentido, porque en la gloria también se hallaban las cenizas de la fruta del mar Muerto —una interpretación que no podía ser ni inflamada por el deseo ni satisfecha por el lujo—; un corazón que hacía mucho que la experiencia había agotado; un alma que estaba tan desprovista de ilusión como una luna sin aliento. Y a Aileen, igual que a Macduff^[4], le podrían haber hecho una promesa más patética, una que tuviera que ver con la esperanza y el fracaso. ¡Tener y no tener! ¡En apariencia todo, y aun así sufrir el dolor de no tenerlo! La elegante sociedad que brillaba en un espejismo, pero que le cerró las puertas; el amor que la esquivó como una quimera y murió en la oscuridad. «¡Salve, Frank Cowperwood, señor y no señor, príncipe de un mundo de sueños cuya realidad fue una desilusión!» Así podrían haber hablado las brujas, así podrían haber danzado las figuras en la copa y haber aparecido visiones en los vapores, y habría sido verdad. ¿Qué hechicero no habría sido capaz de leer en semejante comienzo un final así?

NOTAS

[1] Andrew Jackson (1767-1845) fue el séptimo presidente de los Estados Unidos (1829-1837). Nicholas Biddle (1786-1844) fue el tercer y último presidente del Segundo Banco de los Estados Unidos, localizado en Filadelfia. El Banco de los Estados Unidos, conocido como el First National Bank (Primer Banco Nacional), tenía su sede en Filadelfia, que fue la capital provisional de la nación hasta 1799, y funcionó como el banco central del país desde 1791 hasta 1816, cuando fue sucedido por el Second Bank of the United States (Segundo Banco). <<

[2] El Third National Bank de Filadelfia no existió hasta la firma de las National Banking Acts de 1863 y 1864, las leyes que regularon el establecimiento del sistema de bancos nacionales en Estados Unidos. <<

[3] La bahía de Delaware es una ensenada situada en el océano Atlántico, entre los estados de Nueva Jersey y Delaware. <<

[4] Benjamin Franklin (1706-1790), uno de los padres fundadores de Estados Unidos, además de reconocido inventor y científico, residió Fildelfia, ciudad en la que murió.

<<

[5] Diario de Filadelfia publicado entre 1836 y 1942. <<

[1] En 1837 Francis M. Drexel (1792-1863) abrió una casa de cambio en la Third Street de Filadelfia. Su hijo, Anthony Joseph Drexel (1826-1893), también un exitoso financiero y banquero, socio de JP Morgan, fundó la Universidad Drexel, en esa ciudad. Por otra parte, en 1850 los exitosos financieros G. W. y J. W. Edwards inauguraron un lujoso hotel también Filadelfia: la Girard House. <<

[2] La Compañía Británica de las Indias Orientales fue fundada en 1599 por empresarios ingleses para hacer frente al monopolio de las compañías holandesas sobre el comercio de las especias. <<

[3] B. Steemberger fue un personaje real, cuyos negocios, sin embargo, fueron un fracaso. <<

[4] Francis Joseph Grund (1805-1863) fue un periodista americano de origen alemán, autor de *The Americans in Their Moral, Social, and Political Relations* (1837). <<

[5] El Sheraton fue un estilo neoclásico inglés muy de moda entre 1785 y 1820; inspirado en el estilo Luis XVI. Creado por Thomas Sheraton (1751-1806), fue el más reproducido en Estados Unidos durante el periodo federal. <<

[1] El jabón de Castilla, elaborado a base de agua, sosa y aceite de oliva, se llama así porque se fabricaba en la Corona de Castilla, desde donde era exportado al resto de Europa y a América. <<

[2] La Guerra de Secesión o Guerra Civil estadounidense tuvo lugar entre 1861 y 1865. Enfrentó a los estados del Norte (la Unión) contra 11 estados del Sur, los Estados Confederados de América, que proclamaron su independencia. <<

[1] La Cámara de Compensación de Nueva York fue creada en 1853 para simplificar el intercambio de cheques, giros, billetes y liquidar saldos entre los distintos bancos. Más tarde sirvió para estabilizar las fluctuaciones de divisas y fortalecer el sistema monetario en los recurrentes momentos de «pánico». <<

[1] La North Pennsylvania Railway Company era una compañía de ferrocarril que prestaba servicio a Filadelfia, los condados de Montgomery, de Bucks y de Northampton, en Pensilvania. Se instituyó en 1852 y comenzó a funcionar en 1855.

<<

[2] Cyrus West Field (1819-1892) fue un empresario estadounidense que dirigió la Atlantic Telegraph Company, la cual llevó el primer tendido de cable telegráfico a través del océano Atlántico en 1858. William Henry Vanderbilt (1821-1885) se inició muy joven en el mundo de los negocios relacionados con las compañías ferroviarias, auspiciado por su padre, el magnate Cornelius Vanderbilt. Sobre Drexel, véase nota 1 del capítulo II. <<

[1] El pánico de 1857 fue la primera crisis económica a nivel mundial. Se originó en Estados Unidos a causa del declive de la economía internacional y la sobreexpansión de la economía doméstica. <<

[2] Jay Cooke (1821-1905) fue un financiero estadounidense que sostuvo económicamente a la Unión durante la Guerra Civil americana. Invirtió en el desarrollo del ferrocarril en el noroeste de Estados Unidos. <<

[3] Con sede en Filadelfia, el Girard National Bank fue fundado por Stephen Girard, de origen francés, en 1811. <<

[1] Junto con el estilo Sheraton, el Chippendale, creado por Thomas Chippendale (1718-1779), fue muy popular desde finales del siglo XVIII. De estilo neoclásico, recibió igualmente influencia del rococó. <<

[2] Harriet Goodhue Hosmer (1830-1908) y Hiram Powers (1805-1873) eran conocidos escultores neoclásicos. Edward Clark Potter (1857-1923) fue un escultor estadounidense de gran popularidad, autor de los leones de mármol que presiden la Biblioteca Pública de Nueva York. <<

[3] John Brown (1800-1859) fue un abolicionista estadounidense ejecutado en Charles Town, Virginia. Abraham Lincoln (1809-1865), del Partido Republicano, fue proclamado el decimosexto presidente de los Estados Unidos. El Sur había dejado claro que la secesión era inevitable y la tensión en la nación fue en aumento hasta el punto de que Lincoln tuvo que ir a Washington en secreto y disfrazado. Las batallas de Bull Run (primera en 1861, segunda en 1862), el sitio de Vicksburg (1863) y la batalla de Gettysburg (1863) fueron campañas de la Guerra Civil estadounidense; las dos últimas llevaron a la contienda a su punto y final. <<

[4] En inglés *Railsplitter*, uno de los sobrenombres de Abraham Lincoln. [N. de la T.]

<<

[1] Jason Gould (1836-1892) fue un especulador e inversor en el negocio del ferrocarril estadounidense que junto con James Fisk (1835-1872), un corredor de bolsa de Nueva York, se hizo con el control de la Erie Railroad. Ambos han pasado a la historia por sus prácticas financieras sin escrúpulos. Su intento de acaparar el mercado del oro culminó en el fatídico Viernes Negro del 24 de septiembre de 1869, por el que muchos inversores se arruinaron, si bien ellos no salieron muy perjudicados. <<

[2] Germantown, un área situada en el noroeste de Filadelfia, fue fundada por familias cuáqueras y menonitas alemanas en 1683, al principio como un municipio independiente que después fue absorbido por Filadelfia en 1854. <<

[3] Roca compuesta de feldespato y augita con algo de hierro magnético. <<

[1] El Girard College era un internado para huérfanos fundado con la herencia dejada por Stephen Girard, (véase nota 3 del capítulo VII), quien murió sin descendencia.
[N. de la T.] <<

[2] Dante Gabriel Rossetti (1828-1882) fue un poeta, ilustrador, pintor y traductor inglés fundador de la Hermandad Prerrafaelita en 1848 junto con William Holman Hunt y John Everett Millais. Influyó notablemente en la obra de sir Edward Coley Burne-Jones (183-1898), un artista británico cofundador de la Morris, Marshall, Faulkner & Co. <<

[1] La batalla de Mobile fue una contienda naval que supuso una importante victoria para la Unión, pues dejó sin puertos a la Confederación tras la captura del puerto de Savannah (Georgia). En la batalla de la Espesura se enfrentaron el ejército de la Unión, liderado por el general Grant, y el ejército de los confederados, liderado por el general Lee, en una zona de matorrales del condado de Spotsylvania (Virginia). Ninguno de los dos se hizo con la victoria. <<

[2] Petersburg era crucial para el suministro del ejército confederado, de ahí que Grant la sometiera a un intenso asedio. Esto dio lugar a numerosas incursiones y batallas ente ambos ejércitos. Lee finalmente cedió a la presión y abandonó tanto Petersburg como Richmon en abril de 1865, dando lugar a su retirada y entrega a la Corte de Appomattox. <<

[3] El ejército del Potomac fue el principal ejército de la Unión del frente oriental en la Guerra Civil estadounidense, liderado por el general George Brinton McClellan. Véase también nota 2 del capítulo III. <<

[4] Todos ellos eran conocidos abolicionistas: Charles Summer (1811-1874), William Lloyd Garrison (1805-1879), Wendell Phillips (1811-1884) y Hensy Ward Beecher (1813-1887). <<

[1] La Erie Railroad fue la compañía que extendió la línea ferroviaria que conectaba la ciudad de Nueva York con el lago Erie. La Standard Oil fue una empresa petrolera estadounidense fundada en 1870 que llegó a ser el mayor refinador de petróleo en el mundo y una de las primeras y más grandes corporaciones multinacionales. <<

[2] El estilo Tudor constituyó el desarrollo final de la arquitectura medieval inglesa, durante el periodo del mismo nombre (1485-1603). <<

[3] Remate arquitectónico formado por dos líneas rectas y un extremo agudo. <<

[4] El arce «ojo de pájaro» es una madera muy utilizada para la fabricación artesanal de muebles e instrumentos. Presenta un patrón moteado. <<

[5] El similar es un acabado que simula más calidad. Tanto la marquetería como el taraceado consisten en la inserción de pequeños trozos de madera en una estructura formando patrones decorativos, si bien en la taracea se utilizan otros materiales como metales o nácar. <<

[6] Bertel Thorvaldsen (1770-1844) era un escultor danés/islandés representante del neoclasicismo, como los ya mencionados Powers y Hosmer (véase nota 2 del capítulo X). <<

[7] Se refiere a William Holman Hunt (1827-1910), pintor británico y uno de los fundadores de la Hermandad Prerrafaelita; Thomas Sully (1783-1872), pintor estadounidense de origen británico, conocido principalmente como un retratista, si bien también pintó paisajes y piezas históricas; y William Hart (1823-1894), pintor estadounidense de origen escocés, paisajista y miembro de la Hudson River School.

<<

[8] Un par de caballos de color castaño oscuro. <<

[1] El compositor alemán Robert Schumann (1810-1856), el compositor austriaco Franz Peter Schubert (1797-1828), el compositor germano-francés Jacques Offenbach (1819-1880) y el compositor polaco-francés Frédéric Chopin (1810-1849) son todos ellos máximos representantes del Romanticismo. <<

[2] La chaqueta zuava, que imitaba la prenda utilizada por los zuavos (soldados argelinos de la infantería), fue muy popular en el vestuario femenino en Estados Unidos desde mediados hasta finales del siglo XIX. <<

[3] El dolmán era el manto de moda en el vestuario femenino en las décadas de 1870 y 1880. <<

[4] El carné de baile era un tarjetón doblado o pequeño librito que llevaban las mujeres a los bailes a los que asistían. En ellos las damas escribían el nombre de los muchachos con los que habían bailado cada pieza. <<

[1] En español, literalmente: «Voz del pueblo, voz de Dios», lo que se interpreta como que la opinión de la gente revela la voluntad de Dios y debe obedecerse. <<

[2] Los caballos alazanes son de color rojizo o canela. Respecto a «chalán», es aquel que trata en compras y ventas, especialmente de caballos u otras bestias, y tiene para ello maña y persuasiva (*RAE*). <<

[1] Se refiere a Helena de Troya, considerada hija de Zeus, que fue seducida por Paris, príncipe de Troya, originando la Guerra de Troya; a Mesalina (25 d. C.-48 d. C.), esposa del emperador Claudio y célebre por las constantes infidelidades a su esposo; a las amantes de Luis XV de Francia, Jeanne du Barry (1743-1793) y Jeanne-Antoinette Poisson (conocida como Madame Pompadour, 1721-1764); a Françoise d'Aubigné (1635-1719), segunda esposa, en matrimonio morganático y secreto, de Luis XIV de Francia, y finalmente a Eleanor Gwyn (1650-1687), actriz inglesa amante del rey Carlos II de Inglaterra. <<

[2] La Pennsylvania Coal Company fue fundada en 1838 para la extracción del carbón antracita. La Delaware y Hudson Canal Company sería responsable de la construcción del ferrocarril de Delaware y Hudson. Por otra parte, Morris and Essex Canal hace referencia a la Morris and Essex Railroad, la línea que atravesaba el norte de Nueva Jersey y que más tarde constituiría la línea ferroviaria principal de la Delaware, Lackawanna and Western Railroad. Finalmente, la Reading Railroad operaba en el sudeste de Pensilvania y los estados vecinos. Hasta la disminución de la producción de antracita después de la Segunda Guerra Mundial, fue una de las empresas más prósperas de los Estados Unidos. <<

[1] George Hepplewhite (1727?-1786) marcó, junto a los ya mencionados Thomas Chippendale y Thomas Sheraton (nn. 10 y 19), la moda en cuanto a mobiliario se refiere en la Inglaterra del siglo XVIII. El estilo Luis XVI surgió en Francia dentro del movimiento neoclásico y tuvo su apogeo hasta 1789. <<

[1] El gran incendio de Chicago se produjo el 10 de octubre de 1871, mató a 300 personas, dejó a más de 100 000 ciudadanos sin hogar y arrasó unos 9 km². <<

[2] Crisis financiera producida el 24 de septiembre de 1869 en Nueva York con motivo de los movimientos especulativos de Jay Gould y James Fisk (véase nota 1 del capítulo XI). <<

[3] La Northern Pacific Railway era un ferrocarril transcontinental que operaba en toda la franja norte del oeste de los Estados Unidos, de Minnesota a la costa del Pacífico. <<

[4] En alusión a *The Mourning Bride. A Tragedy* de William Congreve (1670-1729).
[N. de la T.] <<

[1] Se refiere a *The Philadelphia Press*, un periódico que se publicó 1857-1920. <<

[2] Especulación con fondos públicos (*RAE*). <<

[3] La Illinois Central Railroad conectaba principalmente Chicago con Nueva Orleans, Louisiana y Mobile (Alabama); la Lake Shore and Michigan Southern Railway conectaba Buffalo (Nueva York) con Chicago, siguiendo la costa sur del lago Erie (en Nueva York, Pensilvania y Ohio) y por el norte de Indiana, mientras que la Wabash Railroad operaba en los estados de Ohio, Indiana, Illinois, Iowa, Michigan y Missouri y la provincia de Ontario. <<

[1] Torcido o contrahecho (*RAE*). <<

[1] En la mitología griega, las Furias, que eran las personificaciones de la venganza, se conocían como las Erinias. Realmente se conocían como Furias en la mitología romana. <<

[1] El Indian Rock era un hotel de Filadelfia situado en las cercanías del arroyo Wissahickon. El nombre del hotel proviene de una escultura de mármol blanco que representa un indio arrodillado, conocido erróneamente como «Teedyuscung», por un jefe indio de Delaware del siglo XVIII. <<

[1] Desde finales de 1860 hasta la década de los noventa en Filadelfia se originaron diversos movimientos ciudadanos, que de manera no partidista y particular propugnaban la reforma política, como el caso de la Citizen's Municipal Reform Association, fundada en 1887. <<

[1] Expresión latina que en español significa literalmente «modo de operar», es decir, en este caso concreto, el modo de proceder de una persona o grupo de personas. <<

[2] Con la expresión «prensa amarilla» se hace referencia a la prensa sensacionalista, que centra la noticia en escándalos, crímenes, catástrofes o enredos políticos. La expresión tuvo su origen a finales del siglo XIX, como resultado de la rivalidad mantenida por dos periódicos neoyorkinos: el *New York World* y el *New York Journal*.

<<

[3] Efectivamente en el original aparece «21st instant», cuando la carta del alcalde es del día 18, por lo que deduzco que debe de tratarse de un descuido de Dreiser. [*N. de la T.*] <<

[4] Documento legal que sirve como testimonio o declaración jurada ante un tribunal, o como garantía o aval en otros casos (*RAE*). <<

[1] En la época en la que discurren los hechos, Allan Pinkerton (1819-1884), cuyo padre sí se llamaba William Pinkerton, fue un detective y espía escocés que fundó la primera agencia de detectives del mundo, la Agencia Pinkerton. Resolvió varios atracos a trenes en Estados Unidos, lo que motivó que personajes como el general McClellan y el presidente Lincoln contrataran sus servicios. <<

[1] Especie de tela de algodón (*RAE*). <<

[2] *Jane Eyre* es la obra de la novelista y poetisa inglesa Charlotte Brontë (1816-1855); *Kenelm Chillingly* es del novelista, poeta, dramaturgo y político Edward Bulwer-Lytton (1803-1873); *Tricotrín* es de Ouida (1839-1908), pseudónimo de la novelista inglesa Marie Louise de la Ramée; y *A Bow of Orange Ribbon* es obra de la novelista británica Amelia Edith Huddleston Barr (1831-1919). <<

[1] En Independen Hall fue donde se aprobó la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y donde se debatió y firmó la constitución. <<

[2] Recopilación de jurisprudencia. <<

[1] Cinta o cadena colgante de reloj de bolsillo (*RAE*). <<

[2] Paloma o palomo domésticos: que se distinguen por la propiedad de inflar el buche desmesuradamente (*RAE*): <<

[1] La prisión Moyamensing, terminada de construir en 1835, estuvo en uso hasta 1963. Entre sus «huéspedes ilustres» estuvo Edgar Allan Poe, quien según él mismo relató estuvo preso en ella una noche, el 1 de julio de 1849, cuando fue detenido por embriaguez pública. <<

[2] Persona de plena confianza de otra y que en nombre de esta despacha sus principales negocios (*RAE*). <<

[1] En la mitología griega, Némesis es la diosa de la venganza, la fortuna y la justicia retributiva. <<

[1] A esta prisión también se la conocía como Prisión Estatal de Cherry Hill. Fue una de las estructuras más grandes y más caras de su época; tenía inodoros y calefacción en las celdas, lo cual era por entonces muy inusual. La descripción que se hará de la celda en este capítulo no parece corresponder con las comodidades que parecían disfrutar los presos. <<

[2] Los cuáqueros procesan una religión basada en la justicia, la honradez y la vida sencilla y pacífica. <<

[1] Gilbert Charles Stuart (1755-1828) fue un pintor americano muy famoso por sus retratos y Eastman Johnson (1824-1906), también un pintor americano, fue cofundador del Metropolitan Museum of Art de Nueva York. <<

[2] Antoine-Louis Barye (1796-1875) fue un escultor francés muy conocido por sus representaciones de animales; Jean-Baptiste Édouard Detaille (1848-1912) fue un pintor francés muy valorado por la precisión y el realismo de sus escenas; el catalán Mariano Fortuny (1838-1874), quien alcanzó su máxima expresión en la corriente romántica, está considerado como uno de los pintores más importantes del siglo XIX español, y George Inness (1825-1894) fue un paisajista estadounidense muy influido por la pintura romántica estadounidense de la escuela de Hudson River y la escuela francesa de Barbizon. <<

[1] Todos del Antiguo Testamento. <<

[2] El cinturón de Orión está compuesto por tres estrellas muy brillantes (Alnitak, Alnilam y Mintaka) que, al alinearse, semejan el cinturón de la figura de un cazador.

<<

[3] Las Pléyades es un cúmulo estelar dominado por estrellas calientes muy azules y luminosas. Atraviesan una nube de polvo que forma una nebulosa alrededor de las estrellas más brillantes. <<

[1] Se refiere al Green's Hotel, situado en la Octava calle esquina con la calle Chestnut. Inaugurado en 1866, fue en tiempos la casa colonial de una de las familias más influyentes de Filadelfia, los Shippen. <<

[2] Véase nota 2 del capítulo VII. <<

[3] La Union Pacific Railroad Company, dedicada al transporte de mercancías, se convertiría en una de las mayores compañías de ferrocarril de Norteamérica. La Southern Pacific Railroad, o Southern Pacific Company, fue una compañía de ferrocarriles de clase I fundada en 1865, dentro del consorcio ferroviario Central Pacific, que se menciona líneas después. La proliferación de compañías ferroviarias en la época da idea de lo que el desarrollo del ferrocarril conllevó para las comunicaciones y la economía norteamericana. <<

[4] Cornelius Vanderbilt (1794-1877), conocido también como «Comodoro Vanderbilt», hijo de William Henry Vanderbilt (véase nota 2 del capítulo VI), fue un magnate de los negocios y filántropo que basó su fortuna en los negocios relacionados con el ferrocarril y la construcción de barcos. Es conocido por la construcción de la New York Central Railroad. Sobre Jay Gould, véase nota 1 del capítulo XI. Respecto a James Fish, es probable que haga referencia a James Fisk (también nota 1 del capítulo XI). Daniel Drew (1797-1879) fue un empresario y financiero americano dedicado al negocio de los barcos de vapor y el ferrocarril. <<

[5] James Graham Fair (1831-1894) fue un ingeniero de minas y hombre de negocios de origen irlandés. Sus inversiones de plata en Nevada le hicieron millonario. Charles Crocker (1822-1888) fue un ejecutivo americano fundador del Central Pacific Railroad, que construyó el tramo más occidental del primer ferrocarril transcontinental y tomó el control con otros socios del Southern Pacific Railroad. Con W. R. Hearst parece referirse a William Randolph Hearst (1863-1951), un periodista, empresario, político y uno de los grandes magnates de la prensa y medios de comunicación de Estados Unidos. Sin embargo, cuando se desarrollaron los hechos que narra Dreiser, Hearst era demasiado joven. Finalmente, Collis Potter Huntington (1821-1900) fue uno de los grandes inversores del ferrocarril en la zona oeste (junto con Leland Stanford, Mark Hopkins y Charles Crocker). Construyó el Central Pacific Railroad como parte del primer ferrocarril transcontinental de los Estados Unidos. <<

[6] Los Grandes Lagos se sitúan en la frontera entre los Estados Unidos y Canadá, y juntos conforman la mayor extensión de agua dulce del mundo. Sus nombres: Hurón, Ontario, Michigan, Erie y Superior. El canal de Erie, una histórica vía fluvial, conecta los Grandes Lagos con el océano Atlántico. <<

[7] Periódico fundado en junio de 1829, todavía en activo. Para el *Philadelphia Press*, véase nota 1 del capítulo XXV. <<

[1] James Proctor Knott (1830-1911) fue gobernador de Kentucky desde 1883 a 1887.

<<

[2] La Western Union Telegraph Company fue la empresa que completó la primera línea telegráfica transcontinental en 1861. <<

[3] *Macbeth* es una tragedia de William Shakespeare probablemente escrita entre 1599 y 1606. Las tres brujas o «hermanas fatídicas» se presentan ante el protagonista profetizando que será rey, vaticinio que le conducirá a la desgracia. <<

[4] Lord Macduff, barón de Tife, es un personaje de *Macbeth*. Es el héroe vengador de la tiranía de Macbeth. <<